

JUAN

DAD  
CIÓN

TONOYLA DE NUEVA  
GENERAL DE BIBLIOTE

IDENTIFICA  
DEL ANO

BT301  
C76  
V.6  
c.1

135863

224



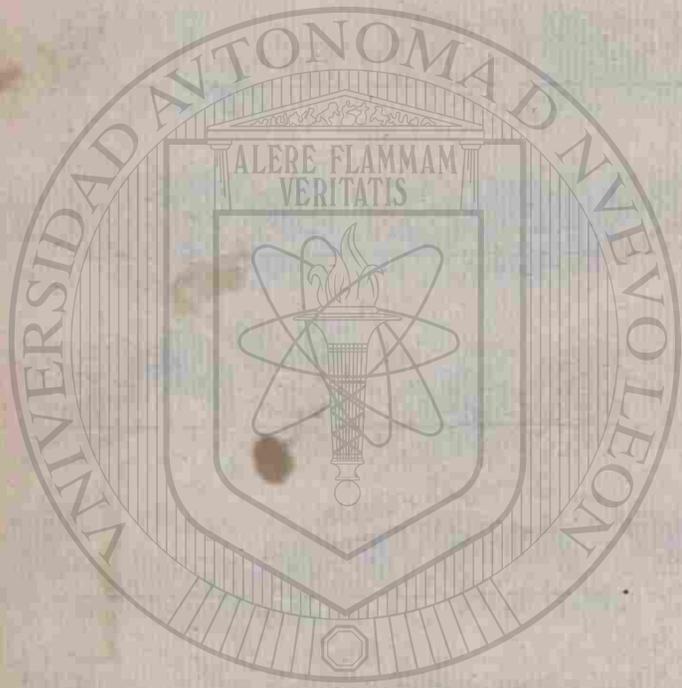
1080042916



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

E#48487

112



AÑO CRISTIANO

EXERCICIOS DEVOTOS.  
VITA DE NUESTRO SR. JESUCRISTO  
Y DE LA SANTISIMA VIRGEN.  
TOMO SEPTO.

U A N L

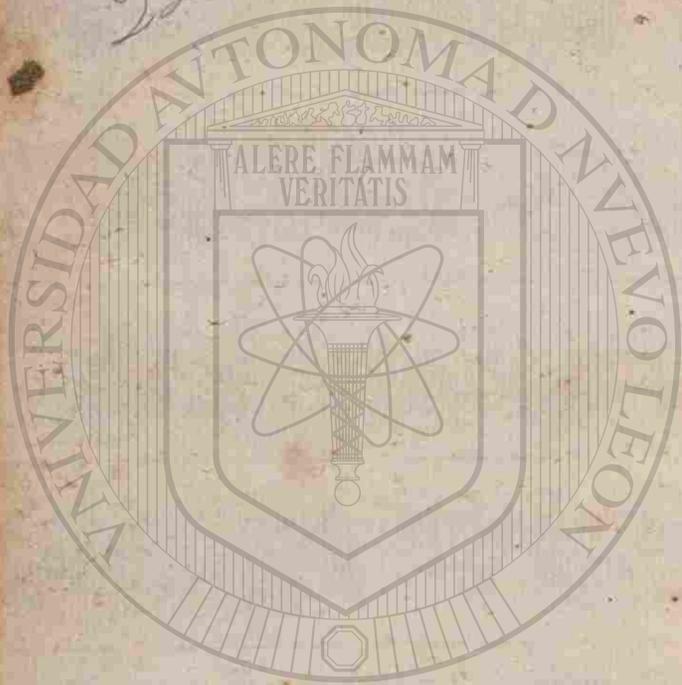
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSO SOLÍS DE LA UNIVERSITARIA  
4-21-83 MICROFILMADO R-54

225



AÑO CRISTIANO  
EXERCICIOS DEVOTOS  
DE LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO  
Y DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

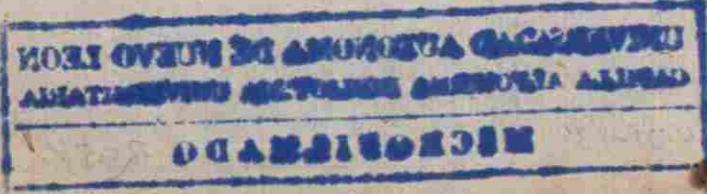
# AÑO CRISTIANO

ó

EXERCICIOS DEVOTOS.  
VIDA DE NUESTRO SR. JESUCRISTO  
Y DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.  
TOMO SEXTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





AÑO CRISTIANO

ó

EXERCICIOS DEVOTOS.

CONTIENE LA VIDA

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

SACADA DE LOS CUATRO EVANGELISTAS,

Y DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA,

MADRE DE DIOS,

CÓN ALGUNAS NOTAS HISTÓRICAS Y REFLEXIONES MORALES.

ESCRITO EN FRANCES

POR EL PADRE JUAN CROISSET,  
*de la Compañía de Jesus.*

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL DOCTOR D. JOAQUIN CASTELLOT,  
*capellan doctoral de S. M. en su real capilla de la Encarnacion  
de Madrid.*

TOMO SEXTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



MADRID MDCCCXVIII.

IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA.

FOR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.

37682

B7301  
C76  
v. 6

AÑO CRISTIANO

EXERCICIOS DEVOTOS

CONTIENE LA

DE NUESTRO SEÑOR

SICADA DE LOS

Y DE LA SANTISIMA

DE LOS

CÓN ALGUNAS

ESTO EN EL

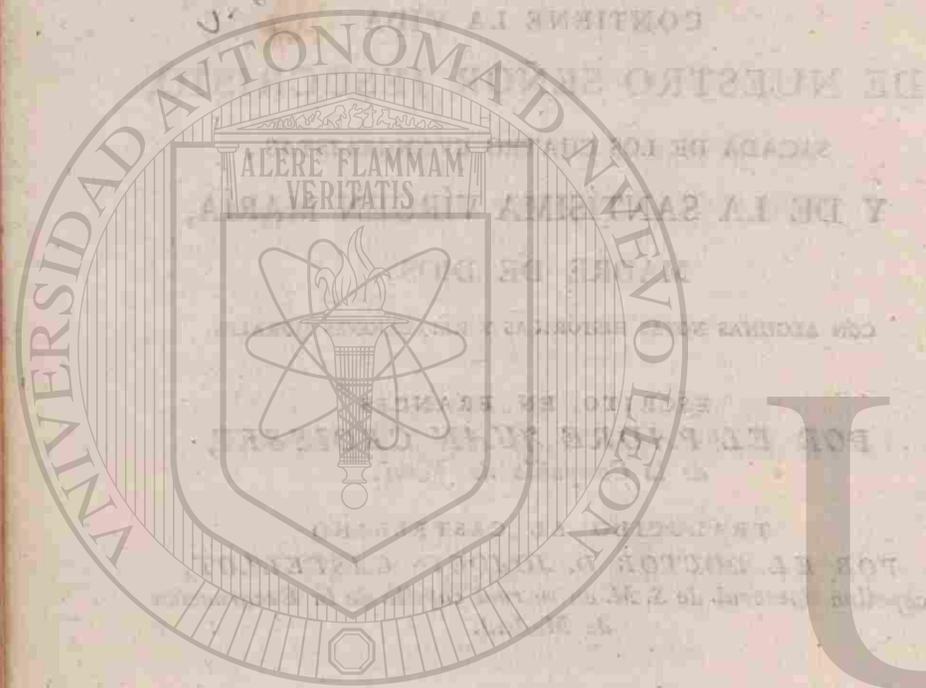
POR EL

TRADUCIDA

POR EL

DE

TOMO SEPTO.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135863

## PRÓLOGO.

Después de haber dado al Público las vidas de los Santos, era indispensable dar la del Santo de los santos Jesucristo, y la de la Reyna de los santos la santísima Virgen.

Como un compendio demasiado conciso desagradada por lo comun, y una historia demasiado larga, fatiga; se ha procurado evitar en esta obra entrámbos extremos. Habiéndonos dexado los cuatro Evangelistas una relacion precisa y natural de los misterios y de las principales acciones del Salvador y de su madre la santísima Virgen, no nos ha parecido conveniente seguir otras guías: lo que hemos procurado ha sido reunir en un cuerpo de historia lo que se halla separado en todos estos historiadores sagrados, é imitar la noble sencillez de su estilo.

Nos hemos valido de las luces de los mas sabios intérpretes para hacer fácil y acomodado á la capacidad de todos lo que hay de mas misterioso y mas sublime en la vida de este Hombre-Dios; y sin salir del carácter histórico, hemos acompañado la narracion de los hechos con algunas cortas reflexiones dogmáticas y morales. No

hay expresion ni término tan obscuro en el evangelio de que no hayamos procurado descubrir y manifestar el verdadero sentido; y como toda la vida de Jesucristo es una prueba sensible de su divinidad, hemos puesto el mayor estudio en hacer una demostracion de élla.

Ademas de las profecías, cuyo cumplimiento se ve en la persona de Jesucristo; de los milagros, pruebas incontestables de su divinidad; y del milagro permanente que, subsistiendo todavía en el portentoso establecimiento del cristianismo, no es la menor prueba de todas; hemos referido el testimonio de los mismos paganos y de los mayores enemigos de nuestra religion; los que, á pesar de su supersticiosa obstinacion, se han visto precisados, por la fuerza de la verdad, á confesar que Jesucristo era mas que hombre.

Todo lo que sirvió de instrumento en la passion y muerte de Jesucristo quedó consagrado con su sangre; y así tiene demasiada relacion con la vida mortal de este divino Salvador para ser omitido en esta historia: se prueba la autenticidad de semejantes instrumentos; se justifica la veneracion que se les da; se refieren los milagros que han obrado, y se espera que el lector hallará en esta obra un compendio de toda la religion.

Se ha guardado, con poca diferencia, el mismo método en la historia de la vida de la santísima Vírgen que en la de Jesucristo: las figuras

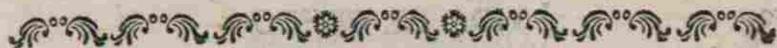
del antiguo Testamento; los testimonios claros y visibles del nuevo; las profecías concernientes á la excelencia y prerogativas de la Madre de Dios, notoriamente cumplidas todas en la santísima Vírgen; los sentimientos de los santos Padres antiguos y modernos; y finalmente, el testimonio de toda la Iglesia, su zelo, su devocion y su culto todo se encuentra aquí reunido baxo un solo punto de vista, para dar la idea menos imperfecta del original, cuyo retrato se hace.

Veneramos muchas circunstancias particulares, referidas en las historias de la vida de la santísima Vírgen, que han parecido en estos últimos tiempos, las cuales se miran como unas devotas adiciones; pero hemos creído no debíamos dispensarnos de la ley que nos pusimos de no decir nada en esta historia de que no fuesen garantes los sagrados Historiadores ó los santos Padres, cuya autoridad preferimos á todas las inspiraciones ó revelaciones particulares.

Nos hemos extendido un poco mas sobre la inmaculada concepcion de la Madre de Dios, por cuanto, entre todas las gracias y favores que recibió del Señor, es el privilegio que la hace mas honor; y el que, si se hubiera dexado á su eleccion, hubiera preferido á todos los otros.

Se halla al fin de esta historia el culto singular que desde su nacimiento ha dado la Iglesia á la Madre de Dios, y la tierna devocion

que siempre ha profesado á aquella en quien , despues de Dios , pone toda su confianza ; devocion que en todos tiempos ha caracterizado á todos los verdaderos fieles . Las fiestas particulares establecidas ; la infinidad de templos edificadlos á honra suya ; la multitud pasmosa de devotas congregaciones fundadas baxo su advocacion ; el unánime consentimiento de todos los Santos en publicar sus alabanzas y en implorar su intercesion , son monumentos todavía mas augustos de la gloria , del poder y de las grandezas de la Madre de Dios , que todos cuantos la han levantado , en reconocimiento á sus beneficios , los mayores monarcas del universo ; y con esto damos fin á esta historia.



# VIDA

DE NTRO. SR. JESUCRISTO

SACADA

DE LOS CUATRO EVANGELISTAS.

**J**ESUCRISTO , el Verbo encarnado , ó el Verbo hecho carne , como habla san Juan , hijo único de Dios , verdadero Dios , y como tal igual en todo á su Padre , la imágen de su substancia , el resplandor de su gloria , principio y fin de todas las cosas criadas , sin el cual no se ha hecho nada de todo lo que ha sido hecho ; (*Joan. 10.*) Jesucristo , autor y consumador de la fe , fuente única de la salud , principio de toda santidad , no solo es el Salvador y el remunerador de los santos , sino tambien el modelo ; pues los que Dios previó por su eterna ciencia que habian de corresponder fielmente á sus gracias , los predestinó por su pura misericordia para que fuesen conformes á la imágen de su hijo , á fin que este hijo sea el primogénito entre muchos hermanos , los que por esta conformidad se hacen coherederos suyos . A los méritos de Jesucristo deben los santos su santidad , pues ninguno llega á conseguir la honra de ser hijo de Dios , sino por la adopcion que nos mereció este divino Salvador ; y ninguno merece la herencia celestial , sino imitando á este divino Salvador , que es el modelo perfecto y único de todos los santos . La vida de todos los santos es una copia que nos representa fielmente la pintura de la vida de Jesucristo ; y esto es lo que nos ha obligado á dar en particular la historia de la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo , despues de haber dado la coleccion de las vidas de estos héroes del cristianismo .

Tom. VI.

A

## §. I.

*El misterio de la Encarnacion del Verbo divino.*

Crió Dios en la inocencia al primer hombre; pero habiendo éste abusado de su libertad, é incurrido por su desobediencia en desgracia de Dios, y hecho incurrir á toda su posteridad, perdió para sí y para sus descendientes todos los derechos que la justicia original le daba á la felicidad: quedó esclavo del demonio, sumergido en este abismo sin fondo de miserias, que son los tristes efectos del pecado original; y atraxo este diluvio de males que ha inundado toda la tierra.

Dios, que desde su eternidad habia previsto esta infeliz caída, habia igualmente resuelto desde su eternidad repararla de un modo conveniente á su bondad y á su grandeza; pero como ninguna pura criatura, por perfecta que fuese, podia plenamente satisfacer á la justicia divina por la infinita desproporcion que hay entre la satisfaccion siempre limitada de una pura criatura, y la magestad infinita de un Dios ofendido; este Padre de las misericordias resolvió la encarnacion de la segunda persona de la adorable Trinidad; es decir, del Verbo eterno, el cual, haciéndose carne, venia á ser Dios y hombre á un mismo tiempo, y estaba con proporcion y en estado de satisfacer como hombre, y de satisfacer plena y dignamente como Hombre-Dios que era juntamente.

Siendo este misterio tan sobre las luces y capacidad del espíritu humano, era necesario hacerle accesible y creible por medio de pruebas y señales sensibles, y proporcionadas á la capacidad del espíritu de los hombres: hizolo Dios esto. Como la profecía es entre todos los signos sensibles el que lleva mas visiblemente en sí un carácter de verdad, y el que da mas golpe, se sirvió Dios de élla para domesticar, digámoslo así, el espíritu humano, y hacerle creible lo que le era incomprendible; y no contento con esto, por una sobreabundancia de convenimiento, se dignó añadir á la prediccion la prueba de los milagros, que son otro medio seguro y sensible para hacer

creible un misterio; pues son unos hechos incontestables, que por mas incomprendibles que sean á las luces de la razon, ningun hombre racional puede no conocer en ellos la mano de un poder sobrenatural. Apénas hubo salido el mundo de las manos del Criador, apénas hubo sucedido la caída del primer hombre, cuando ya se le habla de un libertador, de un salvador: se le muestra de léjos este Hombre-Dios, este Mesías, por cuya virtud y poder habia de ser quebrantada la cabeza de la serpiente que le habia engañado, y su esclavo habia de recobrar la libertad. Pasáronse algunos siglos, la inundacion general hizo un nuevo universo: acuérdase Dios de su palabra: piensa hacerse un pueblo agradable á sus ojos; escógele entre la multitud de las naciones que estaban esparcidas sobre la tierra; su amor se complace en hacer resplandecer sobre él sus mas abundantes misericordias. Dignase el Señor tratar, por decirlo así, con sus siervos; y hablando con Abraham, le dice: En tu posteridad serán benditos todos los pueblos. En esta alianza tan santamente jurada empiezan, digámoslo así, á desenvolverse los designios de Dios, y todo parece ser un anuncio y un preludio del nacimiento del Mesías, del cual predice y anuncia hasta las menores circunstancias. Todos los hombres grandes del pueblo judáico no son menos figuras de este divino Salvador, que lo fueron sus padres: cópianle, y nos le pintan cada uno á su modo; y todos juntos nos le representan tal cual debe parecer sobre la tierra. Todos los sucesos conducen á él; y los hombres, á pesar de la diversidad de sus miras y de sus designios, á pesar de la inconstancia de sus proyectos, no hacen otra cosa que disponer, sin saberlo, las circunstancias preliminares de su nacimiento.

No se contenta Dios con esta prediccion general, sino que envía de tiempo en tiempo profetas para anunciar á Israel su Redentor: señalan el tiempo preciso de su venida, su concepcion milagrosa en el seno de una virgen, el lugar de su nacimiento, y todas las circunstancias de su vida y de su muerte; y todos hacen de él un retrato tan verdadero, tan propio, tan parecido, que no es visible equivocarse, ni equivocarle.

No saldrá de Judá el cetro, dice Jacob, cerca de 17 siglos ántes de Jesucristo: veránse siempre capitanes, ma-

gistrados y jueces oriundos de su raza, hasta que venga el que ha de ser enviado, y el que será la espectacion de las gentes (*Gen. 49.*). En efecto, vino este anunciado Mesías; y no fue, segun la prediccion, sino despues que el cetro hubo salido de Judá, y cuando ya eran extrangeros los que gobernaban el pueblo. El efecto verificó la profecía en la persona de Jesucristo; no es menester mas que leerla para reconocer visiblemente al Mesías en la persona de Jesucristo.

La profecía de Daniel determina todavia mas fixamente la época de su venida, y da una idea todavia mas individual de las circunstancias de élla.

*Los tiempos que Dios ha fixado en favor de vuestro pueblo y de vuestra ciudad, dixo el ángel Gabriel al profeta Daniel, son setenta semanas de años, que hacen quatrocientos noventa años, para que las prevaricaciones sean abolidas, para que el pecado tenga su fin, para que la iniquidad sea borrada, para que la justicia eterna venga á la tierra, para que las profecías sean cumplidas, y el Santo de los santos reciba la sagrada uncion; es decir, para que el Verbo se haga carne, y se llame el Cristo, ó el Ungido del Señor. Despues de setenta y dos semanas matarán al Cristo, y el pueblo que le ha de negar, no será mas su pueblo. Un pueblo con su caudillo, habla de los romanos, mandados por Tito, destruirá al Cristo y á su santuario. Acabará ésta con una entera ruina, y despues de finalizada la guerra, sucederá la desolacion que ha sido predicha. El Cristo confirmará su alianza con muchos en una semana, y á mitad de la semana quedarán abolidas las hostias y los sacrificios antiguos. La abominacion de la desolacion estará en el templo, y durará la desolacion hasta la consumacion y hasta el fin (*Daniel 9.*).*

Era tan terminante, y estaba tan clara esta profecía, que cuando Jesucristo vino al mundo, todos los judíos estaban persuadidos que habia llegado ya el término de su libertad y de sus esperanzas, señalado por Daniel. Tanto los doctores, como el pueblo, estaban en espectacion: se contaban, por decirlo así, las horas; y se hubiera dicho que se buscaba cada dia con los ojos á aquel que el cielo habia prometido desde el nacimiento del mundo, y que, segun el cálculo del Profeta, debia dexarse ver en aque-

llos dias. Esto fue tambien lo que obligo á los doctores y al pueblo luego que san Juan empezó á predicar, á persuadirse que el nuevo predicador podria ser muy bien el Mesías: *Ne fortè ipse esset Christus.*

## §. II.

*Cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo.*

No hubo uno de los demas profetas que no anunciase al Mesías, ninguno que no descubriese en sí algunos rasgos tan expresos y tan circunstanciados del nacimiento, de la vida, de la muerte, y de la resurreccion del Salvador, que se puede decir, que su retrato estaba acabado muchos siglos antes de su nacimiento.

David, aquel rey profeta, aquel hombre segun el corazon de Dios, da en sus salmos la historia profética del Mesías: y no hay nadie que en la pintura que hace de él no reconozca la historia abreviada, ó un compendio histórico de Jesucristo. En ellos se ven las promesas de la venida del Redentor, de la vocacion de los gentiles á la fé, del establecimiento de la Iglesia. El salmo segundo se refiere únicamente al Mesías: en él habla el Profeta de la divinidad de Jesucristo, de la extension de su imperio, de su poder, de la conspiracion de sus enemigos, y del castigo que deben temer los que rehúsen someterse á sus leyes. El tercero contiene una figura de Jesucristo en su pasion. El veinte y uno su oracion sobre la cruz. El veinte y siete la persecucion de la Iglesia. El treinta y nueve es la figura de Jesucristo, glorificado despues de haber padecido; y el cuarenta es una figura de la traicion del pérfido Apóstol. El sesenta y siete es una profecía visible de la venida de Jesucristo, de sus victorias, de los misterios que se cumplieron en su pesona, y del establecimiento de la Iglesia por sus apóstoles. El setenta y uno predice la adoracion de los Magos. El ochenta y siete es una figura sensible de Jesucristo, que ora á su Padre en el tiempo de su pasion. En el noventa y seis describe David la segunda venida de Jesucristo á juzgar á los vivos y muertos;

y en el ciento y seis la vocacion de los gentiles, y el establecimiento de la Iglesia. El ciento veinte y ocho nos representa visiblemente la Iglesia victoriosa de las persecuciones; y se puede decir, que todo cuanto el Rey profeta cuenta de los malos tratamientos, y de las sangrientas persecuciones que padeció de parte de Saul, y de su propio hijo Absalon, es una alegoría continuada de lo que Jesucristo padeció debaxo de su propio pueblo; y aunque parece que David habla de su propia persona, es evidente que lo que dice no puede aplicarse á otro que á Jesucristo, del que el mismo David era figura. Dice en el salmo veinte y uno: *Foderunt manus meas et pedes meos: me agujereáron los pies y las manos, tendiéron tan violentamente mi cuerpo, y tiráron tan reciamente todos mis miembros, que era muy fácil contar todos mis huesos. En este lastimoso estado, añade el Profeta, les sirvió de un dulce y alegre espectáculo, apacientan sus ojos, y divierten su vista mirando mis dolores; finalmente, para no perdonarme ningun género de suplicio, se repartieron á mis ojos mis vestidos, y echáron suerte sobre mi túnica: Et super vestem meam miserunt sortem.* Es mas claro que el sol, que nada de todo esto conviene al Profeta; y que todo este salmo se debe entender á la letra de Jesucristo, á quien David hace hablar sobre la cruz.

No hay cosa, aun entrando la ciudad en que debía nacer el Salvador, que no haya sido predicha.

El profeta Miqueas, despues de haber anunciado á Judá las calamidades que le habian de suceder, consuela á su pueblo, y le promete un nuevo libertador en el Mesías, que debe nacer en Belen de Efrata en la tribu de Judá: *Et tu, Bethlehem Ephrata; parvulus es in milibus Judá: ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israël, et egressus ejus ab initio, à diebus æternitatis, (Mich. 5.),* y tú, Belen de Efrata, eres pequeña entre las ciudades de Judá, sin embargo, saldrá de ti el que debe reynar en Israel, cuya generacion es desde el principio y desde toda la eternidad, aunque no se dexa ver sobre la tierra sino en el tiempo. Distingue el Profeta á Belen de Efrata, de donde era la familia de David, de otro Belen que estaba en otra tribu diferente. Estaban los judíos tan persuadidos á que el Mesías habia de nacer en Belen, que cuando el

rey Herodes, sobresaltado á la llegada de los Magos, preguntó á los sacerdotes y doctores de la nacion, en dónde debía nacer el Mesías; no se detuviéron en citar esta profecía, y responder que debía nacer en Belen de Judá.

La profecía de Isaías no dexa circunstancia de la vida, pasion y muerte de Jesucristo de que no hable; y el retrato que hace de él es tan parecido, que san Gerónimo tuvo razon de decir, que Isaías parece mas bien un evangelista que refiere lo que ha sucedido, que un profeta que anuncia simplemente lo que ha de suceder en adelante. Anuncia este Profeta el modo milagroso como el Mesías habia ser concebido: *Ecce virgo concipiet, et pariet filium, dice, et vocabitur nomem ejus Emmanuel (Isai. c. 7.),* mirad el prodigio que ha de suceder: una virgen concebirá y parirá un hijo que se llamará Emmanuel (en nuestro idioma *Manuel*), que significa Dios con nosotros.

La pintura que nos hace de la pasion de Jesucristo en el capítulo 53, parece ser casi de los evangelistas. *Vidimus eum, dice, et non erat aspectus: Vimosle, y estaba tan desfigurado que no se conocia. Los profetas veían lo por venir de una manera tan clara y tan positiva, que hablan de ello ordinariamente como de un hecho ya pasado. A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas: todo su cuerpo desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no es sino una llaga: ha sido tan maltratado, añade el Profeta, que nos ha parecido el último de los hombres, y un varon de dolores: Novissimum virorum virum dolorum.* Haciendo despues hablar al Salvador, dice: Entregué mi cuerpo á los que me herian; y no aparté mi cara de los que me ultrajaban, y me llenaban de salivas. Luego volviendo á tomar él mismo la palabra, dice: Tomó sobre sí nuestras miserias, y se cargó voluntariamente de nuestras iniquidades: *Ipse vulneratus est propter iniquitates nostras: fué cubierto de heridas por nuestros pecados, quiso padecer toda la pena que merecian nuestras culpas; y si hemos sido curados, se lo debemos á su sangre derramada por nosotros: Cujus libori sanati sumus.* Por lo demas, continúa el Profeta, si fue inmolado por nosotros, fue porque quiso serlo: *Oblatus est quia ipse voluit.* Ninguna cosa fue mas libre que su sacrificio; y así, ni aun abrió la boca para quejarse. Será llevado á la

muerte como una oveja que van á degollar, y guarda un profundo silencio: será semejante á un cordero que está mudo delante del que le trasquila: *Et quasi agnus coram tondente se obmutescet.* Pero como sin embargo de las iniquidades ajenas, de que se dignó cargarse, y de que se halla inocente, es santo y justo por excelencia y por naturaleza, justificará con su muerte un gran número de criminales: *Justificabit ipse justus multos;* y por cuanto se entregó á la muerte por la expiacion de los pecados, y oró por los mismos que le quitaban la vida, verá una numerosa posteridad, y reynará en todo el universo, y mas allá de todos los siglos: *Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum.* ¿Quien no conoce en esta pintura alegórica el verdadero retrato de Jesucristo muriendo?

Todos los demas profetas no se proponen otro blanco que á Jesucristo. Él es el principal objeto de aquella multitud de predicciones que tiran é imprimen los rasgos mas vivos y mas naturales de su vida. Entre todos los profetas no hay uno que no sea como el rey de armas de este Hombre-Dios, cuya santidad y divinidad publican al mismo tiempo que predicen su venida. Él es nuestro Dios, dice el profeta Baruc, y ningun ótro subsistirá delante de él: *Hic est Deus noster, et non æstimabitur alius adversus eum* (Baruc. 3.): él es el que encontró los caminos de la verdadera ciencia, el que la dió á Jacob su siervo, y á su querido Israel. Despues de esto fue visto sobre la tierra, y conversó con los hombres. *Post hæc in terris visus est, et cum hominibus conversatus est.* Quiere decir, que este Dios, cuya bondad es tan incomprendible, como infinita su misericordia, despues de haber instruido y preparado á su pueblo en la escuela de los profetas, despues de haberle hecho con estas pinturas alegóricas, y con estas predicciones multiplicadas capaz de un misterio tan sobre la capacidad del espíritu humano, se hizo visible sobre la tierra por su encarnacion; y hecho hombre, se dignó conversar familiarmente con los hombres, y hacerse semejante á ellos.

Se puede decir que todo el viejo testamento es una continua alegoría de los misterios contenidos en el nuevo, y singularmente del de la encarnacion del Verbo, ba-

xo los nombres figurativos de Cristo ó un Ungido del Señor, de Libertador, de Caudillo, de Rey, de Enviado, de Conductor, de Mesías, de Salvador. Por medio de estas pinturas alegóricas quiso el Espíritu santo familiarizar, por decirlo así, el espíritu humano con una verdad, contra la cual se revolvía naturalmente toda su razon, y hacerle poco á poco capaz de la fe de un misterio tan sobre los sentidos y la razon.

## §. III.

*Otras predicciones tocantes á la venida del Salvador.*

Como el Verbo divino debía hacerse hombre, no solo en favor de los judíos, sino tambien de los gentiles, quiso Dios á nuestro modo de entender, hacer que en medio de la gentilidad hubiese oráculos que predixesen la encarnacion del Verbo, la venida del Hijo de Dios, y las principales acciones de su vida. Tales son las predicciones de las Sibílas, citadas por los antiguos padres, las cuales anunciaban, entre otras cosas, el nacimiento de Jesucristo de una madre virgen, su pasion, su muerte, su milagrosa resurreccion, y el juicio universal, que son los misterios mas estupendos y mas sobre la capacidad del espíritu humano. Como el don de profecía es un puro don de Dios, independiente del mérito ú de la indignidad del sugeto, como se ve en Balaan y en Saul que ámbos á dos profetizaron, no es imposible que Dios comunicase este don á alguno de entre los gentiles, siguiendo en esto los adorables designios de su providencia.

San Agustin, aquel grande ingenio, superior á tantos ótros, refiere en su libro diez y ocho de la ciudad de Dios la prediccion que hizo de Jesucristo la Sibíla Eritrea, cerca de mil y doscientos años ántes del nacimiento del Salvador. Cuenta este santo Doctor la descripcion viva y enérgica que esta Profetisa hace del juicio final en versos acrósticos sobre estas palabras: *Jesus Christus, Dei filius, Salvator.* No es menos admirable ni ménos propia la pintura que hace mas adelante de la pasion del Salvador: estas son sus palabras, segun las re-

fiere san Augustin despues de Lactancio y de Eusebio de Cesarea, quien cita veinte y siete versos de esta misma Sibila, que predicen la primera venida del Hijo de Dios á unirse á nuestra naturaleza, y la segunda á juzgar al mundo.

“Será entregado, dice, en las manos impías de los que no quisieron reconocerle (habla de Jesucristo): este Dios será abofeteado por unas manos sacrílegas, y cubierto de salivas envenenadas, que unas bocas impuras vomitarán sobre él: sus inocentes espaldas serán rasgadas por una tempestad de azotes, y todo su cuerpo será maltratado á golpes, sin que salga una sola palabra de su boca. Su cabeza será coronada de espinas, y en medio de los mas crueles tormentos no le presentarán sino hiel y vinagre para apagar su sed. Nacion insensata, tú no has querido reconocer á tu Dios disfrazado baxo los velos de la humanidad: tú, por irrisión, y por una crueldad inaudita, le has coronado de espinas; y le has abrevado con hiel. Rasgaráse el velo del templo, y á la mitad del día se extenderá una noche sombría sobre la faz de la tierra por espacio de tres horas. Morirá en fin tu Dios; pero su muerte, que durará tres días, se podrá llamar un sueño, pues resucitará pasado estos tres días, y su resurrección será acompañada de la de aquellos que volverá él mismo á la vida.” San Agustín, que trae esta prediccion, añade que la Sibila Eritrea vivía en tiempo de la famosa guerra de Troya; es decir, mil y doscientos años ántes del nacimiento del Salvador del mundo.

Habiendo, pues, dado Dios á los hombres el retrato de su hijo tanto tiempo ántes que se hiciese hombre, era fácil no desconocerle ni equivocarle cuando este Dios-Hombre se dexase ver. La semejanza tan visible, y la conformidad tan perfecta entre el modo como el Mesías debía nacer, vivir y morir, segun la pintura que de él habian hecho los profetas, y el modo como nació Jesucristo, vivió sobre la tierra y murió; esta conformidad, vuelvo á decir, era mas que bastante para desterrar toda perplexidad y toda duda; sin embargo, para mayor abundamiento quiso Jesucristo demostrar su mision, su omnipotencia y su divinidad con los mas estupendos y

mas incontestables milagros, de los que toda su vida no es otra cosa que un tejido.

Despues de haber estado el mundo en una espectacion de quatro mil años, y llegado el tiempo prescripto por Dios, y señalado por los profetas para la venida del Mesías, estando los judíos esperando ver todos los días, segun su cálculo, comparecer el Redentor que era tanto tiempo habia el objeto de sus votos y promesas, se vió en fin nacer el que debia ser su precursor: Juan Bautista, digo, aquel hombre maravilloso, cuya voz, segun Isaiás, debía hacerse oír en el desierto, y decir á gritos: *Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas de nuestro Dios, porque su gloria se va á manifestar, y toda carne verá el cumplimiento de lo que ha sido prometido* (Isai. 40.): aquel ángel mortal de quien Dios habia dicho por boca del profeta Malaquías: *Veis aquí que envio mi ángel, el cual dispondrá el camino delante de mí* (Malach. 3.): finalmente, aquel nuevo Profeta y mas que profeta, que no debia anunciar el Mesías futuro como lo habian hecho todos los otros, sino que debia mostrarle como ya presente, como en efecto lo hizo, cuando al ver á Jesucristo, exclamó: *Mirad el Cordero de Dios, veis allí el que quita los pecados del mundo;* y cuando en otra ocasion dixo: *En medio de vosotros hay uno que conocéis: él es el que debe venir despues de mí, aunque es ántes que yo, á quien yo no soy digno de desatarle las correas de los zapatos* (Joann. 1.).

Se sabe qué maravillas se obraron en la concepcion de Juan Bautista, cuyo ministerio de precursor del Mesías anunció el ángel san Gabriel, cuando le dixo á Zacarías: que sin embargo de su abanzada edad, y de la larga esterilidad de su esposa Isabel, tendria un hijo que se llamaria Juan.

#### §. IV.

#### *La concepcion de Jesucristo.*

Se hallaba Isabel en el sexto mes de su preñado, cuando el ángel san Gabriel fué enviado por Dios á Nazaret á anunciar su concepcion, y el nacimiento milagroso de

fiere san Augustin despues de Lactancio y de Eusebio de Cesarea, quien cita veinte y siete versos de esta misma Sibila, que predicen la primera venida del Hijo de Dios á unirse á nuestra naturaleza, y la segunda á juzgar al mundo.

“Será entregado, dice, en las manos impías de los que no quisieron reconocerle (habla de Jesucristo): este Dios será abofeteado por unas manos sacrílegas, y cubierto de salivas envenenadas, que unas bocas impuras vomitarán sobre él: sus inocentes espaldas serán rasgadas por una tempestad de azotes, y todo su cuerpo será maltratado á golpes, sin que salga una sola palabra de su boca. Su cabeza será coronada de espinas, y en medio de los mas crueles tormentos no le presentarán sino hiel y vinagre para apagar su sed. Nacion insensata, tú no has querido reconocer á tu Dios disfrazado baxo los velos de la humanidad: tú, por irrisión, y por una crueldad inaudita, le has coronado de espinas; y le has abrevado con hiel. Rasgaráse el velo del templo, y á la mitad del día se extenderá una noche sombría sobre la faz de la tierra por espacio de tres horas. Morirá en fin tu Dios; pero su muerte, que durará tres días, se podrá llamar un sueño, pues resucitará pasado estos tres días, y su resurrección será acompañada de la de aquellos que volverá él mismo á la vida.” San Agustín, que trae esta prediccion, añade que la Sibila Eritrea vivía en tiempo de la famosa guerra de Troya; es decir, mil y doscientos años ántes del nacimiento del Salvador del mundo.

Habiendo, pues, dado Dios á los hombres el retrato de su hijo tanto tiempo ántes que se hiciese hombre, era fácil no desconocerle ni equivocarle cuando este Dios-Hombre se dexase ver. La semejanza tan visible, y la conformidad tan perfecta entre el modo como el Mesías debía nacer, vivir y morir, segun la pintura que de él habian hecho los profetas, y el modo como nació Jesucristo, vivió sobre la tierra y murió; esta conformidad, vuelvo á decir, era mas que bastante para desterrar toda perplexidad y toda duda; sin embargo, para mayor abundamiento quiso Jesucristo demostrar su mision, su omnipotencia y su divinidad con los mas estupendos y

mas incontestables milagros, de los que toda su vida no es otra cosa que un tejido.

Despues de haber estado el mundo en una espectacion de quatro mil años, y llegado el tiempo prescripto por Dios, y señalado por los profetas para la venida del Mesías, estando los judíos esperando ver todos los días, segun su cálculo, comparecer el Redentor que era tanto tiempo habia el objeto de sus votos y promesas, se vió en fin nacer el que debía ser su precursor: Juan Bautista, digo, aquel hombre maravilloso, cuya voz, segun Isaiás, debía hacerse oír en el desierto, y decir á gritos: *Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas de nuestro Dios, porque su gloria se va á manifestar, y toda carne verá el cumplimiento de lo que ha sido prometido* (Isai. 40.): aquel ángel mortal de quien Dios habia dicho por boca del profeta Malaquías: *Veis aquí que envio mi ángel, el cual dispondrá el camino delante de mí* (Malach. 3.): finalmente, aquel nuevo Profeta y mas que profeta, que no debía anunciar el Mesías futuro como lo habian hecho todos los otros, sino que debía mostrarle como ya presente, como en efecto lo hizo, cuando al ver á Jesucristo, exclamó: *Mirad el Cordero de Dios, veis allí el que quita los pecados del mundo;* y cuando en otra ocasion dixo: *En medio de vosotros hay uno que conocéis: él es el que debe venir despues de mí, aunque es ántes que yo, á quien yo no soy digno de desatarle las correas de los zapatos* (Joann. 1.).

Se sabe qué maravillas se obraron en la concepcion de Juan Bautista, cuyo ministerio de precursor del Mesías anunció el ángel san Gabriel, cuando le dixo á Zacarías: que sin embargo de su abanzada edad, y de la larga esterilidad de su esposa Isabel, tendria un hijo que se llamaria Juan.

#### §. IV.

#### *La concepcion de Jesucristo.*

Se hallaba Isabel en el sexto mes de su preñado, cuando el ángel san Gabriel fué enviado por Dios á Nazaret á anunciar su concepcion, y el nacimiento milagroso de

Jesucristo, á la que desde la eternidad habia sido escogida para ser su madre sin dexar de ser vírgen. Inmólabase María á su Dios en el fervor de la mas alta contemplacion, dice san Bernardo, cuando se la apareció el ángel rodeado todo de luz: este enviado del cielo, lleno de respeto y veneracion á la que ya miraba como á reyna del cielo y de la tierra, la dixo: *Dios te salve llena de gracia; el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mugeres.* La vista de un ángel en figura humana, y el magnífico elogio que acababa éste de hacer de su virtud causó á la mas pura y mas humilde de las vírgenes una admiracion y un temor, que no pudo disimular: no sabía tampoco lo que queria decir el ángel con aquella suerte de salutacion. Advertido el ángel de todo esto, la dixo: No temas, María; te ama Dios mucho para que temas: vengo á anunciarte de su parte que has de ser madre de un hijo que será grande de todos modos, pues será al mismo tiempo el hijo único del Altísimo. Como hijo tuyo descenderá de David, siendo tú de esta real casa; pero no debe sentarse sobre el trono por derecho de sucesion: la corona que le está destinada, no será de la misma naturaleza que la de los reyes de la tierra que fenece con ellos: su reyno, como que le tendrá de Dios, que es su padre, no tendrá fin: reynará sobre todos los pueblos del universo: sus vasallos serán los verdaderos descendientes de Jacob, y los únicos herederos de las promesas hechas á todos los santos patriarcas: en él se cumplirá todo lo que los profetas han predicho del Mesías, y por la justa correspondencia que se verá entre la prediccion y los sucesos, no habrá ninguno que no pueda reconocerle por el Mesías.

María, que estimaba en mas la virginidad que habia votado, que todo cuanto habia en el mundo de mas lisonjero y de mas brillante, haciendo reflexion sobre el modo como vivia con san José su esposo, le dixo al ángel, que no comprendia cómo podria cumplirse en ella este gran misterio: que habiendo consagrado á Dios su virginidad desde sus primeros años, parece no podria ser madre. El ángel, que esperaba que la santísima Vírgen le propusiese esta dificultad, la descubrió en-

tonces todo el misterio. Este hijo adorable, la dixo, de que serás madre en tiempo, no tendrá otro padre que aquel de quien ha nacido ante todos los siglos. Tú no tendrás otro esposo que al Espíritu santo, el cual siendo la virtud omnipotente del Altísimo, formará en ti el fruto que has de dar á luz, al cual le pondrás el nombre de Jesus, que quiere decir Salvador, despues que le hayas dado al mundo; y así no temas, Vírgen santísima, pues lejos de quedar empañado el resplandor de tu virginidad, con ser madre de Dios, quedará esta virtud en ti mas brillante y mas pura; y para que veas que ninguna cosa le es imposible, ni aun difícil á Dios, sábete que tu prima Isabel, la cual en la edad en que está no debia naturalmente tener hijos, no obstante está preñada de un hijo, y esto despues de haber sido estéril toda su vida; y la que se creía que habia de morir en su triste esterilidad, se halla al presente preñada de seis meses. Despues que el ángel hubo desatado á María sus dificultades, comprendiendo esta Señora que podia ser madre sin dexar de ser vírgen, le dixo al ángel penetrada del mas vivo afecto de reconocimiento, de sumision y de humildad: *He aquí la esclava del Señor: cúmplase en mí tu palabra, por mas indigna que sea de un tan grande favor.*

Recibida esta respuesta, que llenó el cielo y la tierra del mas dulce gozo, se despidió el ángel de María, y desapareció. En aquel mismo instante vino el Espíritu santo de lo alto á su seno; y derramándose sobre ella como una sombra la virtud del Altísimo, obró en ella el gran misterio para que la habia preparado desde el primer instante de su inmaculada concepcion, y formó de la materia mas pura de su cuerpo el cuerpo del mas hermoso de los hombres, y crió el alma mas perfecta que hubo jamás. Al mismo tiempo la segunda persona de la adorable Trinidad, el Verbo divino, se unió substancialmente al uno y á la ótra; y por medio de esta union hipostática ó personal de la naturaleza humana con la divina en la persona del Verbo, se hizo el Hombre-Dios, Jesucristo verdadero Dios, y juntamente verdadero hombre, hijo de Dios, y consubstancial á su Padre, y verdadero hijo de María, la cual desde entónces quedó he-

cha verdaderamente madre de Dios. En el mismo momento todos los ángeles adoraron á aquel á cuyos méritos debían el haber perseverado en gracia; y los hombres tuvieron un Redentor, y el mundo y un Salvador, y un Mediator todopoderoso entre Dios y los hombres. Aunque el evangelio no habla sino de la operacion del Espíritu santo en este inefable misterio, sin embargo, esta milagrosa produccion fue igualmente obra de las tres divinas Personas; pero se atribuye particularmente al Espíritu santo por atribuírse á esta persona divina las obras en que resplandece mas la caridad y la misericordia, como sucede en ésta.

## §. V.

*La santísima Virgen va á visitar á santa Isabel.*

**H**abiendo sabido la santísima Virgen por el mismo ángel el singular favor que habia hecho el Señor á su prima Isabel, resolvió ir á visitar para darla la enhorabuena, y por obedecer á la inspiracion divina que la movia á hacer esta visita, no tanto por cumplimiento y por bien parecer, quanto por motivo de caridad, pues sabia que esta visita debia ser muy ventajosa, así al hijo como á la madre. Partió, pues, María, sin detencion á las montañas de Judea; llegó á la ciudad de Hebron en donde vivia Isabel: su presencia obró muchos prodigios en favor de la madre y del hijo: el niño que llevaba Isabel en su vientre, el cual no tenia sino seis meses, fue ilustrado de una luz sobrenatural que le dió á conocer quiénes eran los que le visitaban, y en el mismo instante quedó santificado: los saltos sobrenaturales que dió fueron la señal y prueba de su gozo y su respeto. Advirtiéndolos la madre; al mismo tiempo, llena ella tambien del Espíritu santo, conoció el inefable misterio de la Encarnacion y todos los prodigios que habia obrado el Señor en la que la hacia el honor de visitarla. Y así, llena de admiracion y de gozo, apenas hubo oido la voz de María, cuando exclamó con un santo transporte: *Bendita eres entre todas las mugeres, y ben-*

*dito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde me puede venir á mí la dicha de que la madre de mi Señor me venga á visitar? En el mismo instante que he oido tu voz, el niño que llevo en mis entrañas ha dado saltos de gozo. ¡O, y que dichosa eres en haber creído al Señor! No dexará de cumplirse en ti todo lo que se te ha anunciado de su parte (Luc. 1.).*

Unas alabanzas tan bien fundadas no envanecieron á la mas humilde de las vírgenes; la cual, aunque no pudo disimular los favores extraordinarios que la habia hecho Dios, pero supo darle toda la gloria, reconociendo su dignidad, como lo demuestra aquel admirable cántico en que prorumpió por una especie de entusiasmo: "Mi alma, dixo, celebra las grandezas del Señor, que obró en mí tan grandes cosas: á él solo sea dada toda la gloria; yo no puedo pensar en ello sin que mi corazon salte de gozo al acordarme de un tan insignificante favor. Dios se ha dignado poner los ojos en la baxeza de su mas humilde esclava, y esto dará motivo á todos los pueblos para admirar y ensalzar mi dicha en todos los siglos venideros. Dios se complace, por decirlo así, en humillar á los grandes del mundo, en reducirlos á la última miseria, al mismo tiempo que llena de bienes y de gloria á aquellos que el mundo mira con desprecio. Yo seré un ilustre exemplo de esta verdad en todos los siglos, como tambien de la verdad de las promesas que hizo el Señor á Abraham, nuestro padre, y á toda su posteridad." Detúvose la santísima Virgen cerca de tres meses con su prima; y despues de haber santificado con su presencia y su santa conversacion toda la casa de Zacarías, se despidió de ellos para volverse á Nazaret poco ántes del parto de santa Isabel.

Nadie ignora los prodigios que sucedieron en el nacimiento del santo Precursor: el gozo y la admiracion fueron generales: decíanse unos á otros: ¿Quien pensará será este niño? Pero lo que ellos no sabian le fue revelado á Zacarías, el que estando lleno del Espíritu santo conoció el misterio de la Encarnacion, y la parte que su hijo habia de tener en él; y habiendo recobrado el habla el mismo dia que el santo Precursor fue circun-

aidado, el primer uso que hizo de élla fué entonar en voz alta un cántico de admiracion, de alabanza y de acciones de gracias, en el cual, anunciando el ministerio de su hijo, anunciaba tambien en él el nacimiento próximo del Mesías: de este modo se cumplió á la letra lo que los profetas Isaías y Malaquías habian predicho tocante al precursor; pues es evidente que en Juan Bautista se encuentra unos de los caracteres mas expresos del Precursor del Mesías, de que hacen mencion ámbos profetas.

Mientras que el ruido de los prodigios sucedidos en el nacimiento de san Juan se esparcia por todo el pais de las montañas de Judea, la santísima Virgen, que se habia vuelto á Nazaret, meditaba en silencio dia y noche el sagrado misterio que habia obrado en élla el Señor: su humildad no la habia permitido declarar á san José lo que el Espíritu santo no le habia todavía descubierto á este casto esposo, cuando él mismo advirtió el embarazo de su castísima esposa. Parece quiso Dios que san José ignorase hasta entónces lo que la sucedia á la santísima Virgen, para que sabiéndolo despues, su sorpresa fuese una prueba visible de la milagrosa concepcion del hijo, y de la incomparable virginidad de la madre. El pasmo de san José fué tanto mayor, cuanto conociendo mejor que nadie la sublime santidad de la Virgen, y no ignorando el voto que habia hecho de perpetua virginidad, no tenia motivo para sospechar en élla la mas leve infidelidad: inclinábase mas bien, dice san Bernardo, á creer que María fuese aquella afortunada virgen, de que habla Isaías, que debia dar á luz al Mesías. Creyólo, dice el santo Doctor, y por un sentimiento de humildad y respeto semejante al que despues hizo decir á san Pedro: Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador; penetrado, digo, de un sentimiento como éste, san José pensó en apartarse de la santísima Virgen. No digo esto como parto mio, añade el santo Abad; sino como que es el sentimiento de los padres (*Hom. 2. sup. Missus.*).

Entre tanto, el casto esposo no sabia que resolucion tomaria; despedirla y volverla á sus parientes, era infamarla; por otra parte, no se creía bastante santo para

habitar con élla. Entre estas dudas se le apareció un ángel, y le dixo: José, acuérdate que eres de la casa de David, de la cual ha de nacer el Mesías prometido; y no creas que carece de misterio el haberte dado el Señor á María por esposa, la cual es de la misma familia real que tú: sábete que el niño de que está preñada, y que ha concebido milagrosamente por la virtud del Espíritu santo, es el Salvador del mundo, el hijo único del Padre eterno, el Mesías prometido, y Dios te ha escogido á tí para que durante su infancia seas su tutor, y le proveas de alimento, y para que en este sentido seas su padre; y así no temas quedarte á vivir con María tu esposa: tú eres el custodio de su honra y de su virginidad, porque si no hubiera tenido esposo, no hubiera podido ser madre sin infamarse. Le pondrás al niño el nombre de Jesus, para que conozcan los hombres que este niño es el que los ha de salvar, el que viene á ofrecerse en este sacrificio por la expiacion de los pecados de todos los hombres.

Instruido é informado san José de este gran misterio, y de la dignidad del empleo para que el cielo le destinaba, no miró ya á la santísima Virgen sino como á la madre del Redentor: su ternura para con élla creció juntamente con su veneracion, y la eleccion que Dios habia hecho de él para que fuese esposo de la madre de Dios solo sirvió para hacerle todavía mas santo y mas humilde.

§. VI.

### El nacimiento de Jesucristo.

Estaba la santísima Virgen en el nono mes de su preñado, cuando se publicó un edicto de Augusto César, que ordenaba se hiciese una exácta descripcion y enumeracion de todos los súbditos del imperio, y que se le formase un estado de ellos. La orden para hacer la descripcion de los judíos se le encargó á Cirino, comandante de la Siria; porque aunque la Judea no era todavía tributaria, ni estaba puesta en el número de las provincias del imperio, Augusto miraba ya á los judíos como á

Tom. VI.

B

aidado, el primer uso que hizo de ella fué entonar en voz alta un cántico de admiracion, de alabanza y de acciones de gracias, en el cual, anunciando el ministerio de su hijo, anunciaba tambien en él el nacimiento próximo del Mesías: de este modo se cumplió á la letra lo que los profetas Isaías y Malaquías habian predicho tocante al precursor; pues es evidente que en Juan Bautista se encuentra unos de los caractéres mas expresos del Precursor del Mesías, de que hacen mencion ámbos profetas.

Mientras que el ruido de los prodigios sucedidos en el nacimiento de san Juan se esparcia por todo el pais de las montañas de Judea, la santísima Virgen, que se habia vuelto á Nazaret, meditaba en silencio dia y noche el sagrado misterio que habia obrado en ella el Señor: su humildad no la habia permitido declarar á san José lo que el Espíritu santo no le habia todavía descubierto á este casto esposo, cuando él mismo advirtió el embarazo de su castísima esposa. Parece quiso Dios que san José ignorase hasta entónces lo que la sucedia á la santísima Virgen, para que sabiéndolo despues, su sorpresa fuese una prueba visible de la milagrosa concepcion del hijo, y de la incomparable virginidad de la madre. El pasmo de san José fué tanto mayor, cuanto conociendo mejor que nadie la sublime santidad de la Virgen, y no ignorando el voto que habia hecho de perpetua virginidad, no tenia motivo para sospechar en ella la mas leve infidelidad: inclinábase mas bien, dice san Bernardo, á creer que María fuese aquella afortunada virgen, de que habla Isaías, que debia dar á luz al Mesías. Creyólo, dice el santo Doctor, y por un sentimiento de humildad y respeto semejante al que despues hizo decir á san Pedro: Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador; penetrado, digo, de un sentimiento como éste, san José pensó en apartarse de la santísima Virgen. No digo esto como parto mio, añade el santo Abad; sino como que es el sentimiento de los padres (*Hom. 2. sup. Missus.*).

Entre tanto, el casto esposo no sabia que resolucion tomaria; despedirla y volverla á sus parientes, era infamarla; por otra parte, no se creía bastante santo para

habitar con ella. Entre estas dudas se le apareció un ángel, y le dixo: José, acuérdate que eres de la casa de David, de la cual ha de nacer el Mesías prometido; y no creas que carece de misterio el haberte dado el Señor á María por esposa, la cual es de la misma familia real que tú: sábete que el niño de que está preñada, y que ha concebido milagrosamente por la virtud del Espíritu santo, es el Salvador del mundo, el hijo único del Padre eterno, el Mesías prometido, y Dios te ha escogido á tí para que durante su infancia seas su tutor, y le proveas de alimento, y para que en este sentido seas su padre; y así no temas quedarte á vivir con María tu esposa: tú eres el custodio de su honra y de su virginidad, porque si no hubiera tenido esposo, no hubiera podido ser madre sin infamarse. Le pondrás al niño el nombre de Jesus, para que conozcan los hombres que este niño es el que los ha de salvar, el que viene á ofrecerse en este sacrificio por la expiacion de los pecados de todos los hombres.

Instruido é informado san José de este gran misterio, y de la dignidad del empleo para que el cielo le destinaba, no miró ya á la santísima Virgen sino como á la madre del Redentor: su ternura para con ella creció juntamente con su veneracion, y la eleccion que Dios habia hecho de él para que fuese esposo de la madre de Dios solo sirvió para hacerle todavía mas santo y mas humilde.

§. VI.

### El nacimiento de Jesucristo.

Estaba la santísima Virgen en el nono mes de su preñado, cuando se publicó un edicto de Augusto César, que ordenaba se hiciese una exácta descripcion y enumeracion de todos los súbditos del imperio, y que se le formase un estado de ellos. La orden para hacer la descripcion de los judíos se le encargó á Cirino, comandante de la Siria; porque aunque la Judea no era todavía tributaria, ni estaba puesta en el número de las provincias del imperio, Augusto miraba ya á los judíos como á

Tom. VI.

B

á sus súbditos, y al mismo rey Heródes le miraba como á un esclavo. Para evitar la confusion que podia haber en la descripcion, se ordenó que todas las cabezas de familia concurriesen á la ciudad de donde era originaria su familia para hacerse escribir en los registros públicos, y para pagar la capitacion general que se habia impuesto. En todo no tenia Augusto sino miras de avaricia y de ambicion; pero la Providencia divina disponia así las cosas para que precisados José y María á concurrir á Belén, el Mesías viniere al mundo en la ciudad que estaba predicho habia de nacer.

Hicieron José y María este viage con mucha pena é incomodidad, porque como todos los de la familia de David habian concurrido al mismo pueblo en conformidad de lo que ordenaba el edicto, estaban llenas todas las posadas; ademas que el estado pobre de la santísima Virgen y de san José hacia que no se llevase mucha cuenta con ellos para admitirlos en las posadas; y así, no hallando en donde alojarse en la ciudad, se vieron precisados á retirarse á una gruta ó cueva cavada en una roca, la cual pertenecia á una posada que estaba junto á una de las puertas de la ciudad por defuera, y que servia de establo á la posada. Este fué el lugar que el soberano Señor del cielo y tierra escogió para nacer. Todo debia ser extraordinario en el nacimiento de un Hombre-Dios. Los príncipes de la tierra, tan puros hombres como los mas viles de sus súbditos, tienen necesidad de nacer en soberbios palacios, á fin de que el resplandor y magnificencia del lugar ensalcen, de algun modo, la flaqueza natural de su nacimiento, el cual sin esta pompa exterior nada tendria que le distinguiese del nacimiento del menor de sus súbditos; pero un Dios-Hombre no tiene necesidad de un resplandor ageno: él mismo es toda su magestad y toda su gloria: á sus ojos lo mismo vale el trono mas soberbio que el establo mas despreciable: lo mismo el palacio mas magnífico, que el pesebre mas pobre: parece tambien mas conveniente que un Hombre-Dios, habiendo de nacer sobre la tierra, naciese en un lugar que no prestase ni contribuyese nada á la idea que debemos tener de su infinita grandeza y de su magestad divina.

En esta cueva, pues, que servia para recogerse en ella las bestias, fué en donde la santísima Virgen, sintiendo como á media noche que habia llegado el término de su parto, dió á luz á Jesucristo sin padecer el menor dolor, y sin dexar de ser la mas pura de las vírgenes. Fué esto el año 6000 de la creacion del mundo: 2957 despues del diluvio: 2075 despues del nacimiento de Abraham: 1510 despues de Moyses, y del tiempo en que el pueblo de Israel salió de Egipto: 1032 despues que David fue ungido y consagrado rey: la semana 65 segun la profecia de Daniel: en la Olimpiada 194: el año 752 despues de la fundacion de Roma: el 42 del imperio de Octaviano Augusto, gozando todo el universo de una profunda paz en la sexta edad del mundo. En este dia afortunado, que era el 25 del mes de diciembre, y que es el punto fixo de la era ó época cristiana, nació en Belén Jesucristo, el Mesías prometido, el Rey, el soberano Señor de cielo y tierra, el Salvador del mundo, nuestro Padre, nuestro Juez, nuestro Redentor, nuestra salud.

Por mas obscuro que fuese, segun el mundo, este nacimiento, sin embargo se publicó al mismo instante no solo en el pais vecino, sino tambien en los pueblos mas distantes. Envió Dios sus ángeles á anunciar el nacimiento del Mesías á algunos pastores que velaban en los alrededores de Belén en la guarda de sus ganados, al mismo tiempo que á los Magos de Oriente les hizo ver un nuevo astro que les anunciaba el mismo nacimiento. Un ángel lleno de luz y de resplandores se apareció de repente á los pastores: al principio fuéron asaltados de un gran temor; pero el mismo Espíritu celestial, cuyo resplandor los habia aterrado, los serenó y calmó bien presto, diciéndoles: No temais, porque no vengo á anunciaros nuevas funestas: soy enviado de Dios para que os anuncie una nueva, que para vosotros y para todo el pueblo debe ser motivo del mas dulce gozo: vengo á deciros que el Mesías, aquel Salvador deseado por tanto tiempo, y esperado tantos siglos ha, acaba de nacer en la ciudad de David: este es el Cristo, vuestro Señor, y vuestro Dios, el cual viene á haceros eternamente felices: le encontrareis en un establo, en-

vuelto en pañales, y recostado muy pobremente en un pesebre por falta de cuna; estas son las señales que os doy para que le conozcáis, no podeis equivocaros: los sentimientos y afectos interiores que os inspirará su presencia, bien presto os harán sentir que el niño á quien vais á tributar vuestros homenajes es vuestro Salvador, y vuestro Dios.

Apénas el ángel cesó de hablar, cuando una tropa numerosa de espíritus celestiales empezó á cantar las alabanzas de Dios; y á decir en alta voz: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres que tienen un corazon recto, y una voluntad sincera de agradarle. Acabado de decir esto, desapareció la luz celestial, y el concierto de aquellas voces tan sonoras. Transportados entonces del mas dulce gozo que se puede sentir sobre la tierra, aquellos afortunados pastores se dixéron unos á otros: Vamos, vamos hasta Belen, y veamos el prodigio que Dios acaba de hacer, y que se ha dignado manifestarnos. Corren á Belen, y habiendo entrado en el establo, encuentran en él á María y á José con el divino Niño que estaba reclinado en un pesebre. Viendo entonces con sus propios ojos todo lo que el ángel les habia dicho, se desatan en bendiciones y en alabanzas de Dios. Desde luego el divino Infante se atrae á sí todas sus miradas: póstranse á sus pies, le adoran como á su Dios, su Libertador, su Salvador; en una palabra, le adoran como al Mesías, y explican sus sentimientos con las lágrimas de gozo que derraman sus ojos. Vueltos, despues de esto, de su admiracion, cuentan de un modo sencillo y natural todo lo que les habia sucedido; siendo, por decirlo así, los primeros predicadores del Mesías. María quiso saber hasta las menores circunstancias de esta aparicion: informóse, pues, de todo, y despues que se hubieron retirado los pastores, no ocupó su espíritu y su corazon sino en pensar y ponderar estas maravillas.

Mandaba la ley de Moyses, que los hijos varones se circuncidasen al octavo dia despues de su nacimiento, segun el órden que Dios intimó á Abraham sobre este particular; y en esta ceremonia legal se les ponía á los niños un nombre. Llegado, pues, este dia octavo, aunque el Hijo de Dios estaba verdaderamente dispensado de esta

ley, quiso no obstante sujetarse á ella; así como habiendo cargado sobre sí nuestros pecados, quiso tomar las insignias ó apariencias de pecador, aunque era la misma inocencia. Fue, pues, circuncidado segun costumbre, y le pusieron el nombre de *Jesus*, que significa *Salud de Dios*, y *Salvador*; nombre adorable que su padre Dios le habia dado por el ministerio del ángel aun antes que hubiese sido concebido en el seno de su madre: nombre augusto que encierra en compendio todos los misterios de nuestra redencion: nombre divino que no llena su verdadera significacion sino en la persona adorable del Salvador del mundo: nombre sobre todo nombre, al cual debe doblar la rodilla todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos: nombre todopoderoso, en virtud del cual se han hecho y se hacen los mas estupendos milagros: nombre incomparable, pues no hay otro debaxo del cielo, en virtud del cual debemos ser salvos. El primero de enero fue el dia en que el Salvador del mundo se sujetó á la ley de la circuncision, la cual puede llamarse el gran misterio de sus humillaciones, la prenda primitiva de nuestra salvacion, la consumacion de la ley antigua, y como las arras y el sello de la nueva alianza.

No habiéndose extendido sino sordamente y alrededor de Belen el ruido del nacimiento del Mesías, por lo que habian publicado y dicho los pastores, no habia hecho mucha impresion en el espíritu del simple pueblo; ni tampoco en el de la gente principal, cuando he aquí que á pocos dias de la circuncision se viéron llegar á Jerusalem los Magos (Eran éstos, segun la opinion mas comun y mas universalmente recibida en la Iglesia, unos pequeños soberanos, cuyos estados estaban situados hácia el Oriente, respectó de la Judea: la gente de su país los respetaba infinitamente, y los miraba como á los depositarios de la religion y de las ciencias, en las que eran muy versados, especialmente en la astronomía.). Es verisímil que viniéron de la Arabia feliz, que habia sido habitada por los hijos que Abraham habia tenido de Cetura, su segunda muger, y que descendian de Jectan, padre de Sabá, y de Madian, padre de Efa; en lo cual se cumplió lo que habia predicho el Profeta, cuando hablando del Mesías, dixo: que los reyes de Arabia y de Sabá ven-

drian á ofrecerle dones en señal y prenda de su fidelidad (*Psal. 7.*): y el profeta Isaías habia predicho lo mismo, cuando dixo que vendrian de Madian, de Efa y de Sabá en camellos á rendir homenaje al Mesías, ofreciéndole oro, incienso y mirra.

## §. VII.

*Los Magos vienen á adorar á Jesucristo.*

Al momento, pues, que el Salvador vino al mundo, y cuando los ángeles estaban anunciando su nacimiento á los pastores, una nueva estrella que se apareció milagrosamente en los cielos, le anunció á los reyes Magos: estos príncipes hábiles en la astronomía, é instruidos en las predicciones del profeta Balaan, de quien se cree eran descendientes, viendo aquel nuevo fenómeno, pero mas ilustrados todavía por una luz interior que por la que resplandecía á sus ojos, no dudaron que aquella milagrosa estrella fuese la que Balaan aseguraba debía aparecerse en el nacimiento del divino Rey de los judíos que habia de nacer para redimir y salvar á los hombres. Como estaban vecinos los estados de los unos con los de los otros, habiéndose comunicado mutuamente los tres lo que pensaban del nuevo fenómeno que se dexaba ver en los cielos, se conviniéron en partir todos tres juntos sin dilación, para ir á tributar al nuevo rey de los judíos sus homenajes. Apénas se hubieron puesto en camino cuando advirtiéron que la estrella les servia de guía: en efecto, los conduxo en derechura á Jerusalem; pero quedáron sorprendidos al ver desaparecer la estrella desde que entráron en esta capital. Vanse á palacio, y preguntan, ¿dónde estaba el nuevo rey de los judíos que venían á adorar, y cuya estrella habian visto en el Oriente? Al oír Heródes esta aventura de boca de los Magos, se asustó y sobresaltó; pero disimulando sus temores, hizo al punto venir á su presencia á los sacerdotes y á los mas sabios doctores de la ley; y no dudando de un rey, cuyo nacimiento anunciaban los astros, debía ser el Mesías prometido, y mas sabiendo muy bien que habia llegado ya el tiempo de su venida, segun el cálculo de las pro-

fecías, preguntó á los doctores que asistian al congreso, ¿cual era el lugar donde debía nacer el Mesías? Todos respondieron que debía nacer en Belen, segun la predicción del profeta Miqueas. No obstante esta respuesta, desconfiando Heródes de la vision de aquellos extranjeros, y temiendo que si se incorporaba con ellos para ir á rendir sus homenajes á un niño que no era cierto todavía si sería el Mesías, se expondría á la risa y mofa del público; se contentó con decir á los Magos, que segun sus escrituras el Mesías debía nacer en la pequeña ciudad de Belen, que no distaba sino dos leguas de Jerusalem: que les aconsejaba fueran allá cuanto antes, y volviesen sin detenerse á darle noticia de lo que hubiesen visto: pero antes de dexarlos partir este Príncipe astuto, y tan cruel como ambicioso que habia formado el proyecto impío de deshacerse de aquel divino infante, el que si era el Mesías, debía ser tambien rey, coge á los Magos aparte, les hace muchas preguntas, y sobre todo les ruega le digan en qué tiempo precisamente habia empezado á aparecer la estrella; y fingiendo tener él mismo un gran deseo de saber con seguridad si habia nacido el gran libertador, tan esperado por los judíos, les dixo: Id á Belen, informáos como os dicte vuestra prudencia de todo lo que mira á este infante, y volved cuanto ántes á darme noticia de todo, para que yo vaya tambien con toda mi corte á rendirle mis homenajes.

Luego que los Magos se despidieron de aquel Príncipe disimulado, y se pusieron en camino, les volvió Dios á dar su primera guía. La estrella que se les habia ocultado desde que entraron en Jerusalem, se les apareció de nuevo al punto que salieron de esta ciudad, y les conduxo en derechura á Belen. Es fácil de comprender cuál fue su gozo cuando volviéron á ver la estrella, la cual no se paró en su carrera hasta que estuvo encima de la pobre casa en que estaba el que buscaban. Entran en élla, y encuentran á aquel que el cielo les habia anunciado. Estaba el niño Jesus en los brazos de su madre: nada tenia exteriormente que le distinguiese de los otros niños; pero la misma luz interior que les habia dado á conocer lo que indicaba la estrella, les hizo facilmente descubrir por entre aquel feble exterior la augusta magestad y la suprema

dignidad de aquel Dios hecho hombre. Todos tres llenos de una viva fe se postraron delante de él, y le adoraron como al supremo Señor del universo y Salvador de los hombres; y siendo costumbre del país no presentarse jamás delante de los grandes con las manos vacías, le ofrecieron lo que había de precioso en sus tierras, que era oro, incienso y mirra, dones misteriosos, que no solo verificaban á la letra lo que los profetas habían predicho del Salvador, sino que por ello se figuraba misteriosamente y se significaba el imperio supremo, la divinidad adorable, y la sagrada humanidad de Jesucristo: de este modo, aquel Salvador divino, que no solo había venido para salvar á los judíos, sino también á los gentiles, quiso con la vocación y la adoración de los reyes Magos santificar las primicias de la gentilidad, después de haber manifestado por la aparición hecha á los pastores la predilección con que siempre había mirado á la sinagoga.

Pensando los santos Reyes volver á Jerusalem, un ángel enviado por Dios les avisó en sueños que tomaran otra ruta, y que de ningún modo volvieran á declararle á Heródes lo que habían visto; descubriéndoles al mismo tiempo la mala intención y la estratagema del Tirano. El mas común sentir de los santos padres, es, que los Magos llegaron á Belen el día trece después del nacimiento del Salvador del mundo. Bastábales este tiempo para venir de la Arabia; y por otra parte, es cierto que no los hubieran encontrado en Belen si hubieran llegado un poco mas tarde.

Viendo el impío Heródes que no volvían aquellos príncipes extranjeros, creyó, que no habiendo hallado al pretendido rey que habían venido á adorar, habían tenido vergüenza de presentarse en la corte, la cual sin duda los hubiera tenido por unos visionarios; y se alegró mucho no haberlos acompañado, y hubiera perseverado en esta opinión si las maravillas que sucedieron pocos días después no le hubieran desengañado.

La santísima Virgen y san José, que habían observado tan puntualmente el precepto de la circuncisión, no fueron menos fieles en observar otros dos mandamientos de la ley, de los cuales el uno miraba á las madres por un cierto número de días después de su parto, y el otro

á los niños primogénitos: el primero ordenaba que las mujeres permaneciesen cuarenta días después del parto sin entrar en el templo si habían parido niño, y ochenta si habían parido hija: que pasados estos días, fuese la madre al templo á ofrecer un cordero y una tórtola ó un pichon, para dar gracias á Dios por su dichoso parto; y por esta obligación quedaba la madre libre de toda impureza legal; y si era pobre, debía ofrecerle una tórtola, ó un pichon en lugar del cordero; y habiéndolo ofrecido el sacerdote delante del Señor, quedaba purificada.

El segundo precepto miraba al hijo primogénito, el que los padres estaban obligados á ofrecer y consagrar al Señor, ó á rescatarle con dinero, si no era de la tribu de Leví, que era la única que estaba destinada al servicio del altar y del templo. Todo varón que naciere el primero, será tenido por cosa consagrada al Señor, dice la ley. Había impuesto Dios este precepto á los israelitas después que hizo morir á los primogénitos de Egipto, para obligar á Faraon á poner en libertad al pueblo judaico; y para que jamás olvidasen un tan insigne beneficio los judíos, les impuso este precepto; y por cuanto todo lo que estaba consagrado al Señor debía serle inmolado, se contentaba Dios con que se le ofreciesen en sacrificio los primogénitos de los animales, dexando que se rescatasen por dinero los niños que no estaban destinados al servicio del templo.

Es cierto que la ley de la purificación no comprendía á la santísima Virgen, pues era madre que había parido sin dexar de ser virgen; sin embargo, por mas humillante que fuese esta ley para la mas pura de las vírgenes, quiso sujetarse á ella, así como su hijo, que era la misma inocencia, se había sujetado libremente á la humillante ley de la circuncisión.

## §. VIII.

*La purificacion de la santísima Virgen despues del parto, ó la presentacion de Jesus en el templo de Jerusalem.*

Cumplidos los cuarenta dias, va la santísima Virgen á Jerusalem; y llevando á su hijo en los brazos, entra en el templo, ofrece al Señor dos pichones como lo ordenaba la ley á las mugeres pobres, en cuya clase se contaba la santísima Virgen. Es verdad, dicen los padres, que teniendo la ventaja de presentar á Dios el cordero sin mancha en la persona de su hijo, no hubiera sido oportuno ofrecer el cordero, que era una simple figura, cuando se ofrecia la realidad. No obstante esto, fue preciso rescatar por dinero, segun la ley, al que habia venido á rescatar al mundo; para lo cual dió María cinco siclos, que hacen como unas cinco ó seis libras de la moneda de Francia, que equivalen á otras tantas pesetas de España. Toda esta ceremonia legal no fue, digámoslo así, sino la corteza del misterio: el sacrificio del hijo y de la madre era todo interior: el Salvador se ofrecia ya al sacrificio de la cruz, y se ofrecia por las manos de su madre; como si no habiendo querido hacerse hombre sin el consentimiento de su madre, no hubiese querido tampoco ofrecerse en sacrificio sobre la cruz por la salvacion de los hombres sin su consentimiento. Así se reconocen dos sacrificios que hizo en este dia la madre de Dios en una sola ceremonia; el primero, como vírgen por su purificacion legal; el segundo, como madre por la presentacion de su hijo, el cual se obligaba desde entónces á morir en la cruz por nuestra salvacion.

Apénas la santísima Virgen hubo entrado en el templo con el niño Jesus en sus brazos, llegó un venerable viejo llamado Simeon; era éste un santo hombre, que suspiraba mucho tiempo habia por la venida del Redentor; y el Espíritu santo, del cual estaba lleno, le habia dado una secreta seguridad de que veria ántes de su muerte al Mesías, y el mismo Espíritu santo que le conduxo al

templo, le reveló que el niño que veía en los brazos de aquella jovencita muger era el Salvador. Entonces el santo Viejo, arrebatado de un transporte de gozo y de amor, acompañado de un sentimiento del mas vivo reconocimiento, tomando al niño en sus brazos, y levantando los ojos al cielo, exclamó: Ahora, Señor, no teneis ya que hacer otra cosa con vuestro siervo que disponer de su vida; moriré en paz, segun la promesa que me habeis hecho. No tengo ya que desear, ni mis ojos no tienen ya nada que ver sobre la tierra despues que han visto al Salvador del universo. Vos le habeis destinado para que esté expuesto á la vista de todos los pueblos, como el objeto de su respeto y de su amor: él ha de ser la luz de las naciones, y la gloria de vuestro pueblo Israel. José y María estaban en una profunda admiracion viendo lo que pasaba, cuando encarándose á ellos el santo Viejo, les dió la enhorabuena por la dicha de tener por hijo al Salvador del mundo: los bendixo, y á María su madre la dixo, que aunque aquel divino niño no habia venido al mundo sino á salvar á todos los hombres, con todo, muchos no se aprovecharian, por su culpa, del beneficio de la redencion, los cuales en lugar de hallar en él un Salvador misericordioso, no hallarian sino un juez severo, que lejos de ser recibido con respeto por los que le habian deseado con tanta impaciencia, sería el objeto de su odio mortal: que sería maltratado, perseguido y hecho el blanco de la contradiccion; y tú misma, por mas que seas la mas dichosa de todas las madres, serás tambien la mas afligida: tendrás parte y no poca en sus dolores: los ultrages que harán á tu querido hijo, serán para ti como otras tantas puñaladas que te traspasarán el corazon: tú le ofreces en este dia á Dios, como una víctima que debia inmolarse un dia por la salvacion del mundo: te cabrá á ti una gran parte en aquel puro sacrificio; y todo lo que tu hijo padecerá en su cuerpo, lo padecerás tú en tu corazon.

Sobrevino al mismo tiempo al templo una santa viuda, llamada Ana, de edad de ochenta y cuatro años, que estaba dotada del don de profecía, y que lo mas del tiempo estaba en el templo pasando los dias y las noches en ayunos y en oracion, derramando su corazon delante del Señor. Viendo al niño Jesus, conoció quién

era, dándosele á conocer la misma luz interior que se lo habia dado á conocer á Simeon; y lo mismo fue verle, que prorumpir al instante en alabanzas y en acciones de gracias al Señor por el favor que hacia al mundo en darle, en fin, un Salvador en la persona de aquel niño; y no cesó de hablar del prodigio que habia visto á todos los que como élla aguardaban la redencion de Israel.

Habiendo cumplido la santísima Vírgen y san José con todo lo que estaba mandado por la ley, se volviéron á Nazaret, que era el lugar de su residencia; pero no permaneciéron en él mucho tiempo. Las persecuciones contra el Salvador, predichas por el santo Viejo, no tardaron en verificarse: la fama de lo que acababa de suceder en el templo se extendió bien presto por Jerusalem; en todas partes no se hablaba de otra cosa que de estas predicciones, las que parecia solo podian convenir al Mesías. Llegó este ruido hasta la corte: asustóse Heródes; y ajustando lo que acababa de suceder, con lo que le habian dicho los Magos, se afirmó en que aquellos extrangeros le habian burlado: inflamóse entonces toda su crueldad; y viendo su furiosa ambicion que su primer designio se habia frustrado, tomó entonces mismo la bárbara resolucion de hacer degollar á todos los niños de sus estados, de dos años abaxo, pareciéndole que no podia menos de envolver en esta general matanza el que hacia el asunto de su temor: ; pero que puede toda la industria contra los designios de la providencia de Dios.

El ángel del Señor avisó en sueños á san José el bárbaro designio de aquel impío Rey, y le mandó tomar al instante niño y madre, y retirarse prontamente á Egipto, y permanecer allí hasta que se le mandase volver. No se detuvo José un momento en obedecer: aquella misma noche partió para Egipto, en donde permaneció con Jesus y María hasta despues de la muerte del Tirano. Como la santísima Vírgen y san José estaban perfectamente instruidos del misterio que se encerraba en aquella huida, no se sorprendieron, ni se alteraron; estaban demasiado bien dispuestos á toda suerte de acontecimientos para que se asustasen de nada de quanto les sucedia.

La antigua tradicion de los griegos, citada por san

Atanasio y por Sozomeno, dice, que al punto que el Salvador entró en Egipto, todos los ídolos del pais se hicieron pedazos, y quedáron mudos, sin que se supiese por entonces la causa de este accidente. Se cree, que aquella santa familia fixó su domicilio en la ciudad de Hermópolis; y todavía se muestra el día de hoy entre el Cayro y Heliópolis un lugar llamado Mátara, donde hay una fuente, en la cual se pretende que la santísima Vírgen lavó los pañales que servian al niño Jesus; y este lugar está todavía al presente en gran veneracion entre los cristianos y aun entre los infieles.

El retiro del Salvador á Egipto, y su detencion santificaron aquella afortunada region de tal manera, que con el tiempo vino á ser la habitacion de los santos, y el retiro de tantos millares de ilustres anacoretas.

## §. IX.

*Huye el Salvador á Egipto, y Heródes manda degollar á los inocentes.*

Apénas el niño Jesus habia llegado á Egipto, cuando Heródes, el mas bárbaro y cruel de quantos tiranos hubo jamás en el mundo, mandó degollar en Belen y en todos sus alrededores á todos los niños varones de dos años abaxo. Pensando este impío Rey que la estrella no habia podido aparecer sino poco tiempo despues del nacimiento del niño, determinó hacer perecer á todos quantos habian nacido cerca de dos años ántes de la aparicion de la estrella, creyendo que no podia menos de ser envuelto en esta matanza aquel que los Magos habian venido á adorar. El erudito Salmerón dice, que el número de las víctimas inocentes que fueron inmóladas á honra del Salvador recién nacido, fue de cerca de catorce mil. El Tirano no sobrevivió mucho tiempo á esta cruel carnicería; todavía estaba humeando la sangre de todos estos santos inocentes cuando Heródes se sintió asaltado de una enfermedad nunca oida hasta entónces: salió de su cuerpo un hormiguero innumerable de gusanos, que alimentándose de su carne hecha podre, le devoraban con sus mordeduras; y ex-

halaba una hediondez tan insorportable, que no pudiendo sufrirse él á sí mismo, quiso muchas veces matarse para librarse de sus dolores. Un calor lento, que no se percibia por fuera, dice Josefo, le abrasaba y devoraba: tenia un hambre tan violenta, que nada podia saciarle: sus intestinos estaban llenos de úlceras, que le causaban tan violentas cólicas, y estas cólicas tan horribles dolores, que jamás ningun reo sufrió suplicio mas cruel: todo su cuerpo hasta su cara era un hervidero de gusanos, y esta corrupcion general exhalaba un olor tan hediondo, que nadie podia acercarse á él. Despues de haber sido devorado en vida por los gusanos este Príncipe tan cruel como impío, murió desesperado uno ú dos meses despues de la matanza de los inocentes, habiendo caido enfermo el mismo dia en que hizo executar esta horrible carnicería.

Muerto el Tirano, al punto hizo Dios que la nueva fuese llevada á San José por un ángel, que apareciéndosele en sueños, le dixo que se levantara, y tomara al niño y á la madre para volverse con ellos á tierra de Israel, pues ya no vivian los que querian quitar la vida al divino infante. Obedeció José; pero habiendo sabido en el camino que Arquelao, hijo de Heródes, habia sucedido á su padre, temiendo que este Príncipe habia heredado sus zelos y su crueldad, no se atrevió á fixar su domicilio en las inmediaciones de Jerusalem, y por un nuevo orden del cielo se retiró á Nazaret, á fin, dice el Historiador sagrado, que lo que habia sido predicho del Salvador por los profetas se cumpliese; es á saber, que se llamaria Nazareno, aunque no habia nacido en esta ciudad.

Aunque nada nos dicen los evangelistas de la infancia del Salvador, no es difícil comprender que no fue ni ménos admirable, ni ménos prodigiosa que lo restante de su vida mortal: la razon no necesitaba del socorro de los años para desenvolverse en aquel que era esencialmente la sabiduría increada; pues aunque Jesucristo fué niño en la edad, no lo fue jamás en el espíritu: desde el primer instante de su concepcion fue aquel renuevo divino aquella flor celestial, aquella raiz de la vara de José, sobre el cual, como dice el Profeta, descansaba el espíritu del Señor, el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de cien-

cia y de piedad: ni su sabiduría ni su razon dependian de la educacion ni de la edad. Uniéndose el Verbo divino á la naturaleza humana, quiso sujetarse á sus leyes; pero no á sus defectos: quiso ser niño en cuanto al cuerpo; pero su alma jamás experimentó las flaquezas de la infancia: en aquella primera edad poseía ya todos los tesoros de la ciencia y sabiduría divina; y siendo infinitos estos tesoros, no podian tener incremento: Jesucristo no solo no podia adquirir nada de nuevo en cuanto Dios; pero ni aun en cuanto hombre podia crecer en luces, ni en perfecciones, ni en gracias; porque aunque era hombre, era Dios al mismo tiempo: solamente podia dar señales y muestras de sabiduría y de ciencia mas ó ménos sensibles, proporcionando y adaptando á la edad el uso de sus tesoros; y así, cuando el evangelio dice que el niño Jesus crecia en edad, en sabiduría y en gracia, no quiere decir otra cosa, sino que el Salvador, lleno de sabiduría y de gracia, manifestaba mas la una y la otra; á medida que su cuerpo se hacia mayor y mas fuerte conforme iba creciendo en edad. No obstante, aunque fue jóven, es muy cierto que jamás mostró ni en sus palabras ni en sus acciones cosa pueril; todo estaba en aquel divino niño en la última perfeccion: todos sus pensamientos, todos los movimientos de su corazon eran otros tantos sacrificios de alabanza que ofrecia dia y noche á su Padre; y Dios era mas honrado por la menor accion suya, que lo hubiera podido ser por el sacrificio de todas las criaturas juntas. En este jóven infante encontraba Dios todas sus complacencias: Jesucristo era el único objeto en que Dios se complacia plenamente. Y como uno de los principales motivos del inefable misterio de la encarnacion del Verbo divino era dar á Dios un culto digno de su grandeza, y suplir de este modo la imposibilidad en que está el hombre de honrar á este Ser supremo, Jesucristo se dignó hacerse niño para suplir por la flaqueza de una edad naturalmente incapaz de amar á Dios. Todo era santo, todo era noble, todo magestuoso, y de un mérito infinito en este augusto niño, así como todo era divino en él; y aunque sus acciones eran proporcionadas á su edad, pero como tenian todo su mérito de la dignidad infinita de su adorable persona, eran el objeto de las delicias de aquel Dios, de quien era el hijo muy ama-

do. Esto es que lo ha inspirado á tantos santos ser devotos de la infancia del Salvador, y profesarla una piedad en cierto modo mas tierna y mas sensible; y sin duda para testificar cuán agradable le era esta devocion, se ha aparecido este divino Salvador á tantas almas escogidas en figura de niño.

§. X.

*El niño Jesus disputando con los doctores en el templo de Jerusalem.*

Por mas que la ciudad de Jerusalem está bastante distante de Nazaret, como la santísima Virgen y san José eran muy exáctos y religiosos en observar la ley, acudían todos los años á celebrar la fiesta de pascua á aquella capital. Luego que Jesucristo llegó á la edad de doce años, quiso acompañar á sus padres. El viage era á lo ménos de treinta leguas; pero como la santísima Virgen y san José sabían el espíritu que le animaba, asintieron fácilmente á que hiciera con ellos el viage. Pasados los dias de la fiesta, José y María volviéron á tomar el camino de Nazaret en compañía de los que habian ido con ellos á la fiesta. Aunque nunca perdían de vista á su querido hijo, pero en esta ocasion permitió Dios que Jesus se quedara en Jerusalem sin que lo advirtiesen: caminaron todo un dia pensando que Jesus iria con la comitiva; pero habiendo llegado por la tarde á Berea, distante tres leguas y media de Jerusalem, quedáron sorprendidos al ver que no iba con los demas caminantes. Todo es misterioso en la vida de Jesucristo. Beda, san Epifanio y san Bernardo son de parecer que en aquellos viages los hombres iban á pelotones, separados de las mugeres, y que estando san José y la santísima Virgen úno en una banda, y ótro en ótra, creyeron fácilmente que el niño Jesus, que por la prerogativa de su edad podia ir indiferentemente en la una de las dos, estaría sin duda en la una ó en la ótra: san José creyendo que estaría con María su madre, y María creyéndole en compañía de su querido esposo. A la tarde, como las dos bandas se juntaban, le echáron ménos. Ya se dexa considerar cuál sería entónces

su inquietud y su dolor. Lo mismo fue amanecer que volver atrás la santísima Virgen y san José; y la mañana siguiente, que era el tercer dia despues de su partida de Jerusalem, le encontráron en medio de una infinidad de doctores, sentado en una de las galerías ó salas que habia alrededor del templo, donde los doctores de la ley acostumbraban sentarse y tener sus conferencias: allí el divino Niño enseñaba á los maestros, así con su modestia y mansedumbre, como por la sabiduría y sutileza de sus preguntas, y por la solidez y claridad de sus respuestas: no habia en el congreso quien no estuviera lleno de admiracion, y se preguntaban únos á ótros, ¿si el que hablaba era un niño, ó un ángel?

La santísima Virgen, ménos sorprendida que los demas de aquella sabiduría tan superior á su edad, porque conocia á su hijo mejor que ellos, no pudo dexar de manifestarle la pena que les habia ocasionado su ausencia; *Hijo mio*, le dixo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? *Tu padre y yo te buscamos muy afligidos*. Quería darle á entender con esto, que si les hubiera dicho una palabra se hubieran detenido, y le hubieran aguardado con mucho gusto. *No debíais estar con pena por mí*, respondió el Salvador; *podíais pensar que no estando con vosotros estaria en el templo; porque no ignorais que yo debo emplearme en el servicio de mi Padre en toda ocasion, y buscar en todo su gloria, con preferencia á toda otra obra*. Con esto daba Jesucristo á entender bastante que no era simplemente hijo de María, sino que era tambien el hijo único de Dios Padre, pero los que estaban presentes no lo comprendieron, excepto la santísima Virgen: por eso el Evangelista añade, que María conservaba todo esto en su memoria para meditarlo despacio.

Habiendo salido Jesus del templo, despues de haber dexado á todos los doctores llenos de admiracion, volvió con María y José á la pequeña ciudad de Nazaret, donde quiso vivir desconocido, sin que nada se haya sabido en particular de las grandes acciones de virtud que exercitó en su vida escondida; solo se sabe, que obedecia puntualmente á María y á José: que conforme iba creciendo en edad, mostraba mas madurez y prudencia, como si su alma, infinitamente santa, y siempre unida á la persona del

Verbo, hubiese podido hacer nuevos progresos, y crecer en gracia y en mérito delante de Dios, como lo hacia á los ojos de los hombres, acomodándose á su genio y capacidad.

Pasma el que no habiendo venido el Hijo de Dios al mundo sino para glorificar á su Padre, trabajando en la salvacion de los hombres, pasase la mayor parte de su vida en la obscuridad. ¿No hubiera podido en todo aquel tiempo correr el universo, instruir á los hombres con su doctrina, edificarlos con sus exemplos, convencerlos con sus milagros, y traerlos por todos estos caminos al conocimiento del verdadero Dios? ¿El taller de un artesano era una habitacion digna del Salvador de los hombres? ¿una vida escondida y desconocida debia ser la vida del Mesias? ¿un retiro tan largo era conveniente á un Hombre-Dios? Es menester que así fuese; pues el que era la sabiduría por esencia, el que no hace nada que no sea con una prudencia consumada, lo juzgó así.

¿Quien tenia mas en el corazon, quien deseaba promover mas la gloria de su Padre que el Hijo de Dios? ¿quien conocia mejor que él los medios que eran mas á propósito para procurarla? ¿Por ventura la salvacion de los hombres no era el fin de su encarnacion? ¿Ignoraba acaso que la conversion del universo debia ser su obra? Luego era preciso que una vida pobre, humilde y obscura hasta la edad de treinta años, glorificase mas, y fuese mas grata á Dios, que las mas estupendas maravillas: luego la obra de nuestra salvacion pedia este silencio, este retiro, esta obscuridad de vida por todo aquel tiempo. ¡O, y cómo esta verdad confunde visiblemente nuestra falsa prudencia! ¿Quien de nosotros no hubiera pensado lo contrario? Sin embargo, Dios piensa y obra de distinto modo; ¡pero qué de misterios y qué de lecciones en esta vida escondida de Jesus! El Padre Eterno quiere ser glorificado con la vida obscura de su hijo; y el Hijo de Dios prefiere esta obscuridad de vida á todas las maravillas de una vida brillante á los ojos del mundo. ¡O, y cómo esto nos enseña claramente que la perfeccion y el mérito no consisten en hacer ni en padecer grandes cosas por Dios, sino en no querer ni hacer sino lo que le place á Dios!

A la verdad, Jesucristo en el taller de Nazaret glo-

rificaba tanto á su Padre con los mas viles empleos á que se aplicaba, como lo hizo despues en la Judea con sus predicaciones y sus mas estupendos milagros: no tenia necesidad este Señor de un gran teatro para hacer grandes cosas: sus acciones las mas ordinarias y las ménos brillantes eran todas de un mérito infinito que sacaba de su propio fondo. El Evangelista solamente dice, que Jesus en todo aquel tiempo estaba sujeto á José y María: *Et erat subditus illis*; encerrando la generalidad de sus eminentes virtudes baxo el solo nombre de sujecion y de obediencia. Es constante que Jesucristo poseia todas las virtudes en sumo grado de perfeccion, y que hacia los actos de todas ellas durante esta vida escondida: todo lo pretende decir el Historiador sagrado, diciendo que estaba perfectamente sujeto: *Et erat subditus illis*.

¿Pero por qué un Hombre-Dios escoge una vida pobre, vil y obscura, estando en su mano el vivir en la abundancia y en la magnificencia? No se puede responder otra cosa, sino porque es Hombre-Dios. Ninguna condicion convenia mejor al Mesias: un Hombre-Dios no necesitaba de un mérito prestado, ni de una virtud agena para ser grande y glorioso: habiendo venido al mundo para espiritualizarle, el socorro de los sentidos, de los bienes terrenos, y de un resplandor todo material hubiera perjudicado á su designio: su magestad divina no podia, digámoslo así, darse á conocer, ni hacerse sentir mas bien que viviendo en un estado plebeyo: nada de lo que lisonjea la ambicion de un corazon carnal debia tener parte en el establecimiento de una religion del todo sobrenatural: en las humillaciones es propiamente donde su virtud parece todavía divina; y se puede decir, que la obscuridad de la condicion que ha escogido, descubre y hace mas visible, por decirlo así, su divinidad á los hombres.

## §. XI.

*La predicacion de san Juan, precursor de Jesucristo.*

Llegado, en fin, el tiempo en que el que era la luz que alumbra á todo hombre que viene al mundo, debia salir de su vida oculta y escondida, se vió comparecer su precursor el año decimo quinto del imperio de Tiberio, el treinta de Jesucristo, el treinta y medio de san Juan: este fue el año en que este hombre extraordinario, este Profeta y mas que profeta, á quien la Escritura habia llamado el ángel del Señor, destinado á preparar los caminos al Mesías, y á anunciar la venida de aquel de quien él no era sino el precursor y rey de armas: en este tiempo, vuelvo á decir, fue cuando Juan Bautista, que hasta entónces habia vivido en el desierto, salió de la soledad, y vino á las riberas del Jordan predicando un bautismo de penitencia, que no daba la remision de los pecados, sino solo disponia á los hombres á recibirla, por cuanto no era sino figura del bautismo que Jesucristo habia de instituir mas adelante. Haced penitencia, gritaba, porque el reyno de los cielos está cerca: él era el primero que daba exemplo con su vida austera, pues iba vestido de un cilicio hecho de pelo de camello que se ceñía alrededor del cuerpo con un ceñidor ó correa de cuero, no teniendo otro alimento que langostas y miel silvestre.

Bien presto se vió seguido el nuevo predicador de muchas gentes: vino á él todo el pais, y los pueblos movidos á arrepentimiento de sus pecados, los confesaban y recibian á montones su bautismo. Habiéndose extendido su fama por toda la Judea, y estando persuadido todo el Oriente que los dias del Mesías habian ya llegado, la mayor parte de los que iban á oírle creyeron que aquel hombre podia ser muy bien el Mesías. Pregúntanle si era el que esperaban; respondió que no lo era: que él bautizaba solamente con agua para disponer al pueblo á la penitencia, y preparar los caminos á aquel de quien no era

digno ni aun de desatar las correas de los zapatos: que por lo que miraba al Mesías esperado tanto tiempo habia, iba á venir bien presto: que éste era quien les habia de dar el bautismo del Espíritu santo, y de la más encendida caridad; en virtud del cual sus almas serian purificadas de todo pecado: y que ya tenia el cribo en la mano para purgar su era, y arrojar la paja inútil al fuego que no se apaga. Esto era hacer en pocas palabras el verdadero retrato del Salvador del mundo.

Mientras que todas las gentes venian á Juan para ser bautizadas, vino tambien de Nazaret Jesus á que Juan le bautizara. El Bautista, ilustrado interiormente con una luz sobrenatural, le distinguió muy bien entre la muchedumbre, aunque jamás le habia visto: conoció que el que venia á él á ser bautizado era el Mesías prometido, cuya venida habia él mismo anunciado ya. Penetrado entónces del mas profundo respeto y de una secreta confusion, á vista de una humildad tan pasmosa, rehusó al principio bautizar al que era el cordero sin mancha. ¿Que es esto, le dixo, vos venis á que yo os bautize? ¿No es mas justo que reciba yo de vos el bautismo? No duró mucho esta especie de contestacion. Déxame hacer por ahora este acto de humildad, le respondió el Salvador; conviene que yo parezca públicamente entre los pecadores, pues he tomado la semejanza de pecador: debo dar al público este exemplo ántes de darle lecciones de humildad con mis palabras: entrámbos debemos cumplir con todos los officios de la justicia, y practicar quanto hay de mas perfecto. Cualquiera réplica hubiera sido supérflua; y así Juan obedeció, y bautizó á aquel que le habia santificado á él mismo en el seno de su madre Isabel.

Bien presto fue ensalzada la pasmosa humildad del Salvador divino. Apenas habia salido del agua, cuando puesto en oracion á la orilla del Jordan se abrió el cielo, el Espíritu santo baxó visiblemente sobre él en figura de paloma, y se oyó una voz que venia de lo alto, y decia: Este es mi querido hijo en quien tengo todas mis complacencias. Lo que apareció no fue una verdadera paloma, sino que el Espíritu santo quiso manifestarse, y hacerse sensible baxo una figura, que era símbolo de la grande inocencia de aquel que siendo la misma inocen-

cia se había dignado y había querido confundirse con los pecadores.

Fué ésta como una declaracion pública de la llegada del Mesías, y un testimonio auténtico de su mision. Y así en lugar de volverse á Nazaret, el Espíritu santo de que estaba animado le llevó á la soledad. Retiróse Jesus al desierto para ser tentado en él por el demonio, y para alcanzar del demonio una ilustre victoria; no queriendo el Hijo de Dios empezar los exercicios de su vida pública sino despues de haber vencido al enemigo que tenia á los hombres esclavos desde el pecado de Adan.

## §. XII.

*Jesucristo en el desierto.*

Estando Jesus en el desierto, pasó cuarenta días y otras tantas noches sin comer ni beber. Este ayuno de cuarenta días antes de la predicacion del evangelio habia sido figurado por el ayuno de Moyses, el cual estuvo sin comer ni beber los cuarenta días que precedieron á la promulgacion de la ley antigua. Un ayuno tan extraordinario y tan visiblemente sobre las fuerzas de la naturaleza puso en armas á todo el infierno: imaginábase el espíritu de tinieblas por conjeturas, todas las mas bien fundadas, que un hombre de una vida tan exemplar, tan santa, y que era capaz de pasar cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber podía ser muy bien el Hijo de Dios y el Mesías; pero no se hubiera atrevido á tentarle, si Jesus, despues de ayuno tan riguroso, no hubiese querido sentir el hambre, y caer en una extremada flaqueza para animar de este modo al tentador, dexándole creer que aquel hombre, por mas extraordinario que pareciese, no era sino un hombre sujeto á las mismas enfermedades que los otros hombres; y que podría muy bien estar igualmente sujeto á las mismas pasiones. Alentado, pues, con esta opinion el demonio, se le presentó en figura humana, y le dixo: Me parece que eres el Hijo de Dios; si es así, añadió, ¿ cómo no haces que estas piedras se conviertan en pan, y remedias la extremada flaqueza á que te ha re-

ducido el ayuno? Queriendo Jesus dexarle siempre en la duda en que estaba acerca de su divinidad, se contentó con responderle estas palabras de la Escritura: El hombre no vive con solo pan, sino con cualquiera palabra que sale de la boca de Dios; como si dixera: lo que da vida al hombre es una perfecta obediencia á todo lo que Dios manda; sin duda, en consecuencia de esto, dixo despues el Salvador, que su alimento era el cumplimiento de la voluntad de su Padre que le envió (*Joan. 4.*).

Habiéndole salido al demonio tan mal este artificio tan generoso, creyó que sería mas feliz si le tentaba por el lado de la presuncion y vanagloria, la que entre todas las tentaciones es la mas delicada, y por lo comun la mas de temer para aquellos que parece están sobre los placeres sensuales. Habiendo permitido el Salvador que el demonio le tentase, le permitió tambien que le llevara á lo alto del balaustre que rodeaba el techo del templo de Jerusalem. Los intérpretes no dudan que una de las miras del demonio en este transporte fue hacer pasar al Hijo de Dios por hechicero; lo que le parecia conseguiria llevándole por los ayres á vista de todo el mundo, y poniéndole en lo alto del templo á vista de todo el pueblo de Jerusalem; pero es cierto que Jesus se hizo invisible, sin que el demonio lo advirtiese. Estando ya allí, tuvo éste la insolencia de decirle, que si era el hijo tan querido de Dios, como una voz baxada del cielo lo habia publicado en las riberas del Jordan despues de su bautismo, debia dar una prueba manifiesta de ello que confirmara lo que se habia oido: Arrójate, pues, de aquí abaxo, le dixo, no tienes que temer te suceda el menos mal; porque la misma Escritura que citas, dice que Dios tiene encargado á sus ángeles el cuidado de la persona de su hijo para que velen en su conservacion, y le lleven en sus manos por si acaso sus pies tropiezan en alguna piedra; pero Jesus replicó, que esta misma Escritura decia en términos formales: *No tentarás al Señor tu Dios.*

Una respuesta tan precisa y tan sábia cubrió de confusion al tentador; pero no por eso desistió de su empresa. Altivo el espíritu soberbio con el poder que Dios le daba de transportar á su arbitrio á aquel hombre tan

santo y tan prodigioso, tuvo todavía la osadía de llevarle sobre la cima de uno de los mas altos montes; y mostrándole desde allí la inmensa extension de país que comprendía todo el orizonte, le dixo el impostor: Todos estos reynos son míos: yo reyno y soy adorado en todos estos pueblos, á excepcion de la Judea: en todas las naciones se me ofrecen víctimas é incienso: todos estos estados están á mi disposicion, y los reparto entre los que me sirven; todo esto te lo daré si te posturas y me adoras. A una proposicion tan insolente y tan impía, revistiéndose Jesus de Señor que manda con imperio, le dixo con indignacion: Retírate de aquí, Satanás; es decir, enemigo de Dios y de los hombres; y sabe que está escrito: *Adorarás al Señor tu Dios, y le servirás á él solo.* Estas palabras fueron un rayo para el tentador, el cual desapareció cubierto de confusion; y entonces los ángeles, acercándose al Salvador, le sirvieron la comida despues de un ayuno tan largo, trayéndole que comer. Con esto quiso Jesucristo enseñarnos que la victoria de las tentaciones es siempre seguida de favores celestiales: que la tentacion siempre va acompañada de la ayuda de la gracia, y que la fidelidad en la tentacion es siempre premiada inmediatamente con una nueva gracia, y con algun nuevo favor del cielo. Pasma que el Salvador le permitiese al demonio llevarle y transportarle por los ayres; pero el poder que Jesucristo les dió despues á los verdugos sobre su persona no nos debe causar menos admiracion, que el que da aquí al espíritu maligno.

Mientras que el Salvador estaba en el desierto, Juan Bautista, que habia pasado al otro lado del Jordan, predicaba con admiracion y con utilidad de todos la penitencia: su modo de vida austero; su santidad y su predicacion confirmaron la opinion que se tenia de que Juan podia ser muy bien el Mesías; lo cual movió á los principales de entre los judíos á que le enviaran una diputacion de sacerdotes y de levitas para preguntarle si era Cristo; respondiéndoles Juan que no: le dixeron, si era Elías, ó á lo menos algun profeta; á lo que respondió que no era ni lo uno ni lo otro. ¿Pues quien eres, replicaron los diputados? Y si no eres ni Cristo, ni Elías, ni profeta, ¿por qué bautizas? Yo soy, les dixo entonces el

Santo, aquel de quien habló Isaías cuando viendo en espíritu al Mesías, y á aquel que era enviado para darle á conocer, y mostrarle, dixo: *Yo soy la voz del que clama en el desierto: preparad el camino al Señor, hacedle senderos rectos, y llenad los valles, allanad los montes para ver la salud que viene de Dios.* Yo soy, pues, esta voz que no cesa de gritar en el desierto: purificad vuestros corazones con el bautismo de la penitencia; humilláos, enderezad vuestros caminos reformando vuestras costumbres, y preparaos por este medio á recibir á aquel que es la misma salud: por lo que á mí toca, si yo bautizo, no es sino con agua, pero vosotros teneis ya en medio de vosotros mismos, aunque no le conocéis, al que esperais, de quien yo soy el precursor; este es el único que purifica al alma perdonando los pecados.

## §. XIII.

*El bautismo de Jesucristo; el cual comienza á tener discípulos*

Habiendo salido del desierto el Hijo de Dios, fue cerca del parage donde Juan bautizaba; el cual, viéndole acercarse, dixo en voz alta al pueblo que se habia juntado alrededor de él: *¿Veis á ese que viene?* mostrándoles á Jesus, *ese es el cordero de Dios: ese es el que quita los pecados del mundo; ese es aquel de quien os he dicho, despues de mí viene un Salvador que es antes que yo. Yo no le conocia; pero el que me envió á bautizar me dixo: Aquel sobre quien vieres baxar el Espíritu santo es el Hijo de Dios; y habiendo visto baxar sobre él el Espíritu santo en figura de la paloma, le he conocido, y doy testimonio que él es el Hijo de Dios: Ego vidi, et testimonium perhibui quia hic est filius Dei (Joan. 1.).* De este modo desempeñaba el santo Precursor las obligaciones de su ministerio.

El dia siguiente por la tarde, pasando Jesus por el mismo parage, no bien le hubo visto san Juan, que acababa de despedir á los que habian ido á oírle, cuando dixo en presencia de dos de sus discípulos que se ha-

bian detenido: *Veis ahí el cordero de Dios.* Los dos discípulos, oyendo decir á su maestro que Jesus era el cordero de Dios, comprendieron desde luego que Jesus era el Mesías: siguiéronle, pues; y habiéndole preguntado dónde estaba alojado, le acompañaron hasta su alojamiento. Su conversacion los confirmó bien presto en su opinion; y desde la primera vez que le oyeron hablar, conocieron que habian encontrado al Salvador. El uno de los dos, llamado Andres, saltando de gozo, dexa por un instante á Jesucristo, y va á referir á su hermano Simon que habia encontrado al Mesías: *Invenimus Messiam.* Los dos hermanos fueron sin detenerse á juntarse otra vez con el Salvador, quien mirando á Simon, sobre el cual tenia ya formado sus designios, le dixo: *Hasta ahora te has llamado Simon, hijo de Jonás; pero de aquí adelante te llamarás Cefas, que significa Pedro ó piedra.* Por esta distincion y preferencia del Salvador tuvo san Pedro la prerogativa de ser puesto el primero en el número de los discípulos de Jesucristo, pues á él fue á quien el Salvador dirigió desde luego la palabra, y á quien destinó desde entonces por una predileccion bien conocida, á ser la cabeza de su Iglesia, su vicario en la tierra, y la piedra en que debía descansar, y sobre que debía fundarse todo el edificio. Lo restante del dia, y quizá parte de la noche, lo pasaron con el Salvador, y conocieron bien presto que sus palabras eran palabras de vida eterna.

El dia siguiente, como Jesus se volviese á Nazaret acompañado de sus tres primeros discípulos (se ignora el nombre del compañero de san Andres), encontró el Señor á Felipe, que era de Betsáida, de donde eran tambien los dos hermanos Pedro y Andres; díxole el Salvador que le siguiera, y Felipe no se detuvo un instante á deliberar si le seguiria. Habiendo éste encontrado poco despues á Natanaél, que se cree ser san Bartolomé, le dixo: *Amigo, hemos encontrado á aquel que se nos prometió por los profetas y por Moyses; este tal es Jesus de Nazaret. ¿De Nazaret, replicó Natanaél, puede salir cosa buena?* Fue decir, segun el dictámen de algunos santos padres: me dices que Jesus de Nazaret es el Mesías; ¿por ventura el Mesías no debe venir de Belen? ¿El Sal-

vador puede venir de esta ciudad de Galilea? Ven conmigo, replicó Felipe, y tú mismo verás quién es. Siguióle Natanaél; y viendo Jesus que se acercaba, dixo: Este es un verdadero israelita. Sorprendido Natanaél de la acogida que le hizo el Señor, le dixo: *Maestro, ¿de dónde me conoces?* Respondióle el Salvador: *Yo te conocia ya antes que Felipe te llamase, y sé con qué fervor le pedias á Dios debaxo de la higuera que te diese á conocer al Mesías.* Ilustrando entónces la gracia á este nuevo discípulo, exclamó: ¡Ah, bien veo, Señor, que vos sois el Hijo de Dios, y el rey de Israel anunciado por los profetas! *Tu es filius Dei, tu es rex Israel (Joan. I.)* Con todo, esta confesion no le valió tanto á Natanaél, como le valió á Pedro otra semejante que hizo despues: puede ser que el principio de la de Natanaél no fuese tan sobrenatural.

## §. XIV.

*El primer milagro que hace Jesucristo en público.*

Hasta aquí no habia hecho el Hijo de Dios cosa que por lo estupendo diese golpe á los hombres: los cinco discípulos que se le habian juntado, habian sido atraídos solamente por los lazos secretos de la gracia, por la virtud todopoderosa de su palabra, y por la uncion de sus conversaciones; pero habiendo llegado á Nazaret, fué convidado con su madre y sus discípulos á una boda que se celebraba en Caná, pequeño pueblo de Galilea, poco distante de Cafarnaun. Jesucristo nunca hacia nada que no fuese con algun fin y por algun motivo sobrenatural; todo era perfecto en este Señor, aun en sus acciones las mas comunes: convidado á la boda, se dignó asistir á ella. A mitad de la comida, habiendo faltado el vino, la santísima Virgen, que estaba puesta á la mesa junto á él, advirtiéndole la turbacion en que se hallaban aquellos á cuyo cargo estaba la funcion, y queriendo ahorrarles á los que les habian convidado la confusion que les iba á causar esta falta, dió á conocer sencillamente al Salvador el deseo que tenia de que se sirviese en esta ocasion de su omnipotencia para remediar

milagrosamente una tan urgente necesidad Respondióla Jesus: *Muger, ¿que te va á ti ni á mí en esto?* (Joan. 2.) (La palabra *muger*, de que se sirve Jesucristo en esta ocasion, no es un término de arrogancia, y mucho menos de menosprecio: la voz *muger* era entre los hebreos un término político y de respeto, como lo es entre los franceses el de *madama*, y entre los españoles el de *señora*). *Todavía no ha llegado mi hora*; quiere decir, que sin que la Virgen se lo hubiera rogado, no hubiera empezado tan pronto á manifestarse al mundo con milagros públicos. No tenia necesidad la santísima Virgen de una repuesta mas positiva: sabia demasiado bien que su hijo no era capaz de negarla nada, y que bastaba mostrarle su inclinacion para ser oida al mismo instante; así se vió, que llamó luego á los criados, y les dixo que hicieran puntualmente quanto Jesus les dixese. Habia en la casa seis tinajas de piedra; es decir, de aquella especie de alabastro que con facilidad se dexa trabajar del cincel, y aun se puede torneár: estas tinajas estaban muy en uso entre los judíos; servíanse de ellas para lavar los vasos en que bebían, y los cuchillos y otras cosas de que se servían á la mesa; como tambien por si alguno queria lavarse las manos y la cara, que es lo que llamaban los judíos purificacion: cabia en cada una de estas tinajas sesenta ú ochenta azumbres de agua, que es lo que hacen las dos ó tres metretas que dice el evangelio. Dixo Jesus á los que le servían que llenaran de agua las tinajas; y al instante aquella agua se convirtió en un excelente vino. Este fue el primer milagro estupendo que hizo en público el Salvador; cuya vida fue despues un continuo texido de prodigios. Todo es leccion, todo es misterio en la vida de Jesucristo: á ruegos de la santísima Virgen hace el Salvador su primer milagro: la transubstanciacion del agua en vino, por medio de este primer milagro, es figura de la que habia de hacer el Señor al fin de su vida; la que debia renovarse continuamente hasta el fin de los siglos en la adorable Eucaristía, por la transubstanciacion del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre. La fama de este prodigio se extendió bien pronto por toda la comarca.

No tardaron mucho en oirse en Cafarnaun, que no

distaba sino dos ó tres leguas de Caná, las alabanzas que le daban al nuevo profeta. Era Cafarnaun una ciudad de mucho tráfico junto al mar de Tiberíades, en la parte donde recibe las aguas del Jordan. En esta ciudad hizo Jesucristo su principal mansion; y con este motivo vino á ser bien presto este pueblo el teatro de su predicacion y de sus prodigios. Sin embargo, como la fiesta de pascua estaba cerca, marchó á Jerusalem, y se fué en derecha al templo; encontró en el átrio ó pórtico de Salomon una especie de feria, en que se vendian animales para los sacrificios: veíanse tambien allí cambiantes sentados al mostrador que prestaban dinero á grandes intereses, ó baxo de caucion, á los que les faltaba para comprar las cosas necesarias durante la feria. Indignado el Salvador de aquella profanacion que los sacerdotes habian dexado introducir, y de que sacaban su lucro, y animado del mas vivo zelo de la gloria de su Padre, habiendo hecho como un azote de cordéles delgados, echó del templo todos los animales, arrojó á tierra el dinero de los cambiantes y sus mesas; y á los que vendian palomas, les dixo: *Quitad esto de aquí, y no hagais de la casa de mi Padre una casa de negociacion.* ¿Que hubiera hecho el Salvador, dice el venerable Beda, si hubiera visto que habia contiendas y riñas en el templo: que muchos se abandonaban en él á risotadas disolutas, que se hablaba de bagatelas? ¿que hubiera hecho con los tales el que echó del templo á los que en él compraban lo necesario para ofrecer sus sacrificios? ¿y qué hubiera hecho si hubiera visto las irreverencias y profanaciones que vemos en el día de hoy?

La sumision con que recibieron todos esta correccion de una persona que parecia no tener ningun derecho para hacer un acto tan expreso de autoridad, y que todavía no se habia manifestado con milagros, ha parecido á los santos padres un milagro particular; lo cierto es, que aquel hombre tan poco conocido hasta entonces, vino á ser desde aquel punto la admiracion de toda la Judea.

Todo el tiempo que Jesucristo se detuvo en Jerusalem fue una continua serie de prodigios. Las enfermedades mas incurables desaparecian delante de él: los demonios no po-

dian sufrir su presencia: no habia energúmeno que no quedase librado á la menor insinuacion de su voluntad: las olas se endurecian debaxo de sus pies: el mar, los vientos, las tempestades todo obedecia á su voz: los cielos, la tierra, los infiernos todo cedia, todo estaba sujeto á sus órdenes: al menor de sus preceptos toda la naturaleza olvidaba su armonía, sus reglas y sus leyes: mandaba á todas las criaturas, no como oficial subalterno, ni tampoco como ministro del Altísimo, sino como dueño absoluto, y con un pleno y supremo poder: en todo obraba como Dios-Hombre. Si resucitaba los muertos y curaba todas las enfermedades, era en su propio nombre: cuando hacia milagros, no suplicaba sino mandaba: todos los milagros que obraba, tenían un carácter de autoridad soberana que le era personal: este poder supremo no le era extraño, ni le venia de afuera: hablaba el lenguaje de los hombres; pero obraba como Dios. Un Elías, un Eliseo y otros muchos grandes profetas habian hecho milagros; pero haciéndolos, habian hecho ver que solo eran ministros de la autoridad suprema. Solo Jesucristo obra con autoridad propia en cuantos prodigios hace: *Levantáos*, dice á los muertos, *yo os lo mando: sanad*, dice á los que iban á espirar, *yo soy quien os lo dice*; y cuando hasta los mismos ángeles se contentan con decir al demonio: el Señor exerza su imperio sobre ti; Jesucristo que los echaba de los cuerpos en su propio nombre, habla de una manera mucho mas terminante y precisa: *Sal de ese cuerpo*, dice, *espíritu maligno, yo te lo mando*. Hasta los menores de sus discípulos se hacen obedecer de estos espíritus soberbios desde el punto que les mandan en nombre de Jesucristo.

## §. XV.

*Las maravillas que Jesucristo obra, demuestran que es el Mesías prometido.*

Todos estos prodigios llevaban en sí un carácter demasiado expreso de lo que habia de ser el Mesías para no hacer juzgar á todas las gentes que Jesucristo era el que estaban esperando: hasta los demonios cuando salian de los

cuerpos publicaban que solo el Hijo de Dios podia tener sobre ellos tanto imperio: solo los doctores de la ley y los sacerdotes, como hombres terrenos y carnales, se imaginaban que el Mesías prometido debía volverles, y aun aumentarles su antiguo esplendor: que debía subyugar á sus enemigos, como lo hacen los conquistadores de la tierra: que debía de llenar á los herederos de Jacob de gloria y de riquezas temporales: que debía domar á los gentiles á fuerza de armas, abatir á Roma orgullosa con sus victorias, y repartir sus despojos entre los hijos de Judá. Prevenidos de este error, jamás querian rendirse á unos testimonios tan auténticos y concluyentes. Sordos á la voz de tantos prodigios, desdeñaban el ayre y el porte humilde, pobre y modesto de Jesucristo; y aun ménos podian sufrir la santidad de su doctrina, la que no les prometia sino bienes espirituales; y ved aquí lo que inflamó en ellos aquella envidia y aquel odio mortal que profesaron siempre contra el Salvador, y aquella porfiada obstinacion en tenerle por un falso profeta; pero no fueron todos tan ciegos ni tan malignos.

Durante la corta mansion que hizo Jesucristo en Jerusalem, hizo muchos discípulos en esta capital: entre los que creyeron en él, uno fue cierto fariseo de los que componian el sanhedrin, ó gran consejo; hombre de talento y de bondad, llamado Nicodémus, respetable entre los judíos, no ménos por su nacimiento, que por su hombría de bien: estaba atónito á vista de los muchos y grandes prodigios que todos los dias obraba el Salvador delante de todo el mundo; pero sabiendo la envidia que los de su secta, hasta los doctores de la ley, habian concebido contra Jesucristo, no se atrevia á declararse públicamente por él; y el respeto humano le detenia de modo, que temia parecer discípulo suyo; vino, pues, á hablarle por la noche, y le dixo ingenuamente: Maestro, no se puede dudar que eres enviado de Dios para enseñarnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si Dios no está con él. El respeto humano hizo que un hombre tan respetable entre los judíos, como era Nicodémus, escogiese el tiempo de la noche para ir á tratar con Jesucristo; y este es aún hoy el escollo ordinario de las personas distinguidas en el mundo, y muchas veces aun de la plebe.

dian sufrir su presencia: no habia energúmeno que no quedase librado á la menor insinuacion de su voluntad: las olas se endurecian debaxo de sus pies: el mar, los vientos, las tempestades todo obedecia á su voz: los cielos, la tierra, los infiernos todo cedia, todo estaba sujeto á sus órdenes: al menor de sus preceptos toda la naturaleza olvidaba su armonia, sus reglas y sus leyes: mandaba á todas las criaturas, no como oficial subalterno, ni tampoco como ministro del Altísimo, sino como dueño absoluto, y con un pleno y supremo poder: en todo obraba como Dios-Hombre. Si resucitaba los muertos y curaba todas las enfermedades, era en su propio nombre: cuando hacia milagros, no suplicaba sino mandaba: todos los milagros que obraba, tenian un carácter de autoridad soberana que le era personal: este poder supremo no le era extraño, ni le venia de afuera: hablaba el lenguaje de los hombres; pero obraba como Dios. Un Elías, un Eliseo y otros muchos grandes profetas habian hecho milagros; pero haciéndolos, habian hecho ver que solo eran ministros de la autoridad suprema. Solo Jesucristo obra con autoridad propia en cuantos prodigios hace: *Levantáos*, dice á los muertos, *yo os lo mando: sanad*, dice á los que iban á espirar, *yo soy quien os lo dice*; y cuando hasta los mismos ángeles se contentan con decir al demonio: el Señor exerza su imperio sobre ti; Jesucristo que los echaba de los cuerpos en su propio nombre, habla de una manera mucho mas terminante y precisa: *Sal de ese cuerpo*, dice, *espíritu maligno, yo te lo mando*. Hasta los menores de sus discípulos se hacen obedecer de estos espíritus soberbios desde el punto que les mandan en nombre de Jesucristo.

## §. XV.

*Las maravillas que Jesucristo obra, demuestran que es el Mesías prometido.*

Todos estos prodigios llevaban en sí un carácter demasiado expreso de lo que habia de ser el Mesías para no hacer juzgar á todas las gentes que Jesucristo era el que estaban esperando: hasta los demonios cuando salian de los

cuerpos publicaban que solo el Hijo de Dios podia tener sobre ellos tanto imperio: solo los doctores de la ley y los sacerdotes, como hombres terrenos y carnales, se imaginaban que el Mesías prometido debía volverles, y aun aumentarles su antiguo esplendor: que debía subyugar á sus enemigos, como lo hacen los conquistadores de la tierra: que debía de llenar á los herederos de Jacob de gloria y de riquezas temporales: que debía domar á los gentiles á fuerza de armas, abatir á Roma orgullosa con sus victorias, y repartir sus despojos entre los hijos de Judá. Prevenidos de este error, jamás querian rendirse á unos testimonios tan auténticos y concluyentes. Sordos á la voz de tantos prodigios, desdeñaban el ayre y el porte humilde, pobre y modesto de Jesucristo; y aun ménos podian sufrir la santidad de su doctrina, la que no les prometia sino bienes espirituales; y ved aquí lo que inflamó en ellos aquella envidia y aquel odio mortal que profesaron siempre contra el Salvador, y aquella porfiada obstinacion en tenerle por un falso profeta; pero no fueron todos tan ciegos ni tan malignos.

Durante la corta mansion que hizo Jesucristo en Jerusalem, hizo muchos discípulos en esta capital: entre los que creyeron en él, uno fue cierto fariseo de los que componian el sanhedrin, ó gran consejo; hombre de talento y de bondad, llamado Nicodémus, respetable entre los judíos, no ménos por su nacimiento, que por su hombría de bien: estaba atónito á vista de los muchos y grandes prodigios que todos los dias obraba el Salvador delante de todo el mundo; pero sabiendo la envidia que los de su secta, hasta los doctores de la ley, habian concebido contra Jesucristo, no se atrevia á declararse públicamente por él; y el respeto humano le detenia de modo, que temia parecer discípulo suyo; vino, pues, á hablarle por la noche, y le dixo ingenuamente: Maestro, no se puede dudar que eres enviado de Dios para enseñarnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si Dios no está con él. El respeto humano hizo que un hombre tan respetable entre los judíos, como era Nicodémus, escogiese el tiempo de la noche para ir á tratar con Jesucristo; y este es aún hoy el escollo ordinario de las personas distinguidas en el mundo, y muchas veces aun de la plebe.

¿Cuántas personas por un puro respeto humano temen parecer cristianas!

El Salvador, contemporizando como buen padre con la timidez y flaqueza de este discípulo todavía imperfecto, le recibe con agrado; y se digna ilustrarle é instruirle por sí mismo: *Yo soy enviado, le dice, para enseñar á los hombres el camino del cielo; pero para entrar en el reino de Dios, es decir, para hacer profesion del cristianismo es necesario ser reengendrado, y vivir con una vida del todo nueva.* Tomando Nicodémus esta regeneración y este nuevo nacimiento en un sentido material y á la letra, respondió: *¿Cómo un hombre ya viejo puede volver á nacer?* Jesucristo le hizo entender que esta regeneración era una regeneración espiritual que se hace en el bautismo por la infusión del Espíritu santo, que hace al hombre espiritual, de carnal que era por su primer nacimiento: que en esta renovación espiritual no habia cosa que debiera parecer imposible: que el Espíritu santo se comunica á quien le place; y aunque esto se hace de un modo invisible, sin que sepa por donde entra en su corazón, sin embargo, sabe muy bien hacerse oír, y darse á conocer; y este es el modo cómo se hace esta regeneración espiritual.

Aunque Nicodémus era hombre de penetración, sin embargo, como hasta entonces se habia criado en una escuela que todo lo daba á los sentidos, no podia comprender una doctrina que era todo espiritual: díxole entonces el Salvador, que era cosa vergonzosa el que un doctor de la ley ignorase unas cosas que están tan claramente expresadas en la Escritura. Sobre todo, añadió Jesucristo, los fariseos sois inexcusables en no atenderos á lo ménos á mi testimonio, pues nada os digo que no esté perfectamente informado; pero no hay que extrañar que no me creais cuando hablo el lenguaje del cielo, pues no me quereis creer aun en las cosas mas palpables, y que nadie debe ignorar: si no me creis cuando hablo el lenguaje de la tierra; ¿como me creereis cuando hablo el lenguaje del cielo?

Habiendo este divino Maestro preparado así aquel espíritu todavía novicio en la ciencia de los santos, le dió una noción muy clara de la divinidad, de su encarnación,

y de la necesidad de su muerte para la salvación de los hombres; debeis creerme, añadió el Señor, porque mi doctrina, aunque tan sublime, es verdadera; pues la he aprendido en el seno de la misma divinidad. Ninguno ha subido al cielo, sino el que baxó del cielo; solo el Hijo del hombre puede daros una perfecta noticia de las cosas del cielo; pues siendo verdadero hijo de Dios, solo él ha estado en el cielo: él es el que sin dexar el cielo, en donde está siempre por razón de su divinidad, se ha hecho visible sobre la tierra, haciéndose hombre para enseñar á los hombres las verdades de la salvación. Yo sé, continuó el Salvador, que siendo estas verdades tan sobre la capacidad del espíritu humano, encuentran al presente pocos espíritus dóciles; y hasta que yo muera, no abrirán los hombres los ojos á la verdad. Pero así como Moyses levantó en lo alto la serpiente de metal en el desierto por orden de Dios, atándola en lo alto de una pértiga para que todos los que la mirasen tuviesen en élla un remedio seguro, así el Hijo del hombre, de quien era figura aquella misteriosa serpiente, debe ser levantado, es decir, debe ser clavado en una cruz, para curar las heridas del pecado, y por consiguiente para curar la ceguedad espiritual de que el pecado es la principal causa, y para salvar á los que creyeren en él; porque de tal modo ha amado Dios al mundo, que le ha dado su unigénito hijo, para que todos los que creen en él no perezcan, sino que consigan la vida eterna. Este es el fin que se propuso mi Padre enviando su hijo: podia condenar á los hombres á las justas penas que merecian sus pecados; sin embargo, me ha enviado á mí para ponerlos á todos en estado de salvarse; de suerte, que si algunos se perdieren, se perderán solo por su culpa, y contra la voluntad sincera que tiene Dios de salvarlos á todos. ¿Quien mas inexcusable que aquel que á mediodía se precipita en un hoyo por no haber querido abrir los ojos á la luz? Ha venido la luz que alumbra á todo hombre que viene al mundo; alumbra y luce, y sin embargo, los hombres aman mas las tinieblas que la luz: ¿que hay que extrañar, pues, si su ceguedad voluntaria los precipita en las últimas desdichas? Este razonamiento fue como un resumen de toda la religión de su doctrina: comprendió muy bien Nicodémus

toda la santidad de la religion que venia Jesucristo á establecer; y así se le unió inviolablemente, le siguió sin apartarse jamás de él, y no dudó ya que el que le hablaba era el Mesías.

## §. XVI.

*San Juan da testimonio de Jesucristo.*

**H**abiendo salido el Salvador de Jerusalem despues de acabada la fiesta, volvió con sus discípulos á las riberas del Jordan: es verisímil que les dió por su mano el nuevo bautismo, de que el de Juan no era sino una sombra; y que les dexó el cuidado de bautizar á los que de todas partes venian á él. Los discípulos de Juan, que bautizaban en Enon, junto á Salím, fueron á decirle que Jesus bautizaba tambien al otro lado del rio, y que todo el mundo corría á él: Me alegro, respondió el Precursor, es mucha razon que se dexé al arroyuelo, y se vaya á la fuente: yo no tengo nada que no lo haya recibido de él: él es el esposo, y yo solo soy el parainfo; esto es, el amigo del esposo que lleva la esposa: es necesario que él crezca, añadió, y que yo disminuya: vosotros sois testigos que yo he dicho, que no soy yo el Cristo del Señor, sino que soy enviado delante de él. No debo, pues, alegrarme de que todo el mundo le reconozca por lo que es, y le siga? Él ha baxado del cielo, y yo no he salido sino de la tierra: el que viene del cielo es sobre todos, y su language es todo celestial: el que viene de la tierra es terreno, y su language es asimismo terreno: el que viene del cielo es sobre todos; y por mas sublime y superior que sea su doctrina á nuestras débiles luces, debe ser creído, pues no dice sino lo que ha visto, y lo que ha oído. Ay de aquel que no recibiere su testimonio! Porque el que Dios ha enviado, dice las mismas cosas que Dios, pues Dios no le comunica su espíritu con reserva. El Padre ama al Hijo; y ha puesto en su mano todas las cosas: el que cree en el Hijo posee la vida eterna; pero el que no quiere creer en él, será eternamente maldito de Dios, y la ira de Dios no se apartará jamás de él (*Juan. 2.*).

Este fue el testimonio público y auténtico que dió Juan

de la divinidad de Jesucristo á todos sus discípulos pocos dias antes de su prision. No pudiendo este pregonero de la verdad y de la justicia dexar de clamar contra el escándalo público que daba Heródes Antipas, el cual se habia casado con su cuñada Herodías, viviendo todavía su hermano Filipo; esta impía hembra se la juró al santo Predicador, é importunó tanto con sus solicitudes é instancias á Heródes, que aunque este príncipe respetaba á Juan Bautista; le hizo prender con el pretexto de que traía demasiada gente á su bautismo; pero la verdadera causa era porque san Juan decia claramente que no le era permitido á Heródes tener por muger á la muger de su hermano, y que esto era un escándalo público. Sabiendo el Hijo de Dios la mala voluntad que le tenían los fariseos, y previendo que podrian inducir á Pilato, gobernador de la Judea, á hacerle prender baxo el mismo pretexto, pues todavía iba mas gente á oírle que jamás habia ido á oír á san Juan, salió de Judea; y volviendo á Galilea por Samaria, y sintiéndose fatigado, se sentó en el brocal de un pozo, que se llama la fuente de Jacob, distante algunos centenares de pasos de la ciudad de Sicar, hoy Napelusa; pero en este pararse á descansar tenia ménos parte el cansancio, que el zelo de la salvacion de las almas.

## §. XVII.

*La conversion de la Samaritana.*

**A**guardaba allí el Salvador á una muger de una condicion demasiado baxa, pero gran pecadora, que habia de venir á aquel pozo á sacar agua: en efecto, mientras que los discípulos del Salvador iban á la ciudad á comprar que comer, fué la muger á sacar agua del pozo; era la tal de la secta de los samaritanos, enemigos declarados de los judíos. Estas dos naciones se tenían un odio recíproco. Habiéndola pedido Jesus de beber, conoció facilmente que era judío; y le dixo, que extrañaba mucho que un judío pidiese de beber á una muger samaritana; pero Jesus la respondió con la modestia y mansedumbre que acostumbra: Si conocieras el don con que Dios te favorece, y quién es el que te pide de beber, quizá tú le hubie-

ras pedido primero que apagara tu sed, y él te hubiera dado una agua viva. Tomando la muger estas palabras á la letra, le dixo á Jesus: Señor, si tú no tienes con que sacar el agua, y el pozo está hondo, ¿dónde tienes esa agua viva? ¿Acaso eres mas poderoso que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo? Cualquiera que bebiere del agua de este pozo, respondió el Salvador, tendrá todavía sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá jamás sed, y el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna.

Dame de esa agua, Señor, replicó la muger, para que jamás tenga sed, ni me vea en precisión de venir mas á sacarla de este pozo. Anda, la dixo Jesus, llama á tu marido, y vuelve. No tengo marido, respondió la muger: Tienes razon en decir que no tienes marido, replicó el Salvador; porque has tenido cinco, y el que ahora tienes no es tu marido. A estas palabras quedó corrida la muger; y queriendo desviar con arte una conversacion que no era de su gusto, le dixo: Me parece que eres profeta; y pues estás tan ilustrado, te ruego me digas: siendo así que nuestros padres los patriarcas adoraron sobre el monte Garicín donde nosotros tenemos nuestro templo; ¿de dónde viene que vosotros los judíos os encaprichais en decir que Dios quiere ser adorado en el templo de Jerusalem? Entonces Jesus, sin inmutarse, se aprovechó de esta ocasion para enseñarla una gran verdad, y disponerla á recibir las luces del evangelio; dixola pues: Muguer, ha llegado el tiempo en que vosotros no adoraréis ya al Padre sobre este monte, ni en Jerusalem, porque siendo Dios espíritu y verdad, quiere ser adorado de todo el mundo en espíritu y verdad; y este culto no está aligado á un lugar particular; porque estando Dios en todas partes, quiere que en todas partes le tributemos nuestros homenajes; y en todas partes está pronto á recibir nuestros respetos y nuestros votos. La muger admirada cada vez mas de la sabiduría y ciencia profunda del que hablaba con ella, replicó: Sé que el Mesías ha de venir; y cuando viniere, nos instruirá y desvanecerá todas nuestras dudas. Dixola entonces Jesus, que él era el Mesías, y que no debía esperar ótro que el que hablaba con ella.

Estando en esto, llegaron los discípulos, y quedaron

admirados de verle en conversacion con aquella muger; la cual, rindiéndose á las impresiones de la gracia, dexó su cántaro, se volvió en diligencia á la ciudad, y dixo á voces á los habitantes, que habia encontrado un hombre que la habia dicho todo cuanto habia hecho de mas secreto; y que no dudaba que el tal era el Mesías. Entretanto los discípulos instaban al Señor para que comiese; pero les dixo que su alimento era hacer la voluntad del que le habia enviado, y perfeccionar su obra. A este tiempo se vió venir una infinidad de gentes de Sicár por ver al nuevo profeta: dióles golpe su sola presencia, se sintieron con una veneracion extraordinaria hácia él, y le rogaron con muchas instancias, contra lo que acostumbraban, se dignase hacer alguna mansion en su pais. El Salvador se detuvo dos dias con ellos; y con sus conversaciones encendió tan bien la fe en aquellos corazones, que muchos creyeron en él, y decian á la muger: Ya no creemos en él por lo que tú nos has dicho, sino porque nosotros mismos le hemos oido, y sabemos que es el verdadero Salvador del mundo, y el Mesías que esperamos.

## §. XVIII.

*Predica el Salvador en Nazaret.*

Despues de haberse detenido el Salvador dos dias en Sicár ó Siquen, se fué á Nazaret con sus discípulos. La fama de los prodigios que habia obrado en Jerusalem y Galilea á vista de tantas gentes, hacian que en todas partes fuese mirado como un hombre extraordinario á quien obedecia toda la naturaleza. Solos los de Nazaret, la que el Señor miraba como su patria, verificaron el proverbio que dice, que ningun profeta es venerado y honrado en su pais. El sábado siguiente fué Jesus á la sinagoga, como tenia de costumbre; y habiéndose levantado para leer, le presentaron el libro del profeta Isaías; abrióle, y le salió este pasage (*Luc. 4.*): *El espíritu del Señor ha reposado sobre mí; y porque me ha unguido, me ha enviado á predicar á los pobres para que sane á los que tienen el corazon oprimido de tristeza; para que anuncie*

*á los cautivos la libertad, y el recobro de la vista á los ciegos, para que libre á los que están oprimidos, para que publique el año dichoso del Señor, y el día en que se hará justicia (Isai. 61.)*

Habiendo leído este pasage, rolló el libro que era un rollo de vitela, al modo de los antiguos; y empezó á mostrarles que aquella escritura se habia cumplido en su persona: habló con tanta gracia y unción, y de un modo tan persuasivo y tan divino, que no hubo uno que no confesara que ningun hombre habia hablado jamás tan bien como él.

Sin embargo, la cualidad del Salvador y de Mesías que se habia atribuido, chocó á muchas personas: ¿Cómo es esto? decian. ¿No es este el hijo de José? ¿no sabemos lo baxo de su condicion? ¿el hijo de un pobre artesano puede ser el Mesías? ¿es esta la idea que nos diéron nuestros padres de un enviado de Dios que debe ser el Salvador de su pueblo, y el que ha de establecer el reyno de Israel? Estos pensamientos comunicados de unos á otros empezaron á indisponer contra el Señor unos corazones exasperados ya de ante mano por una maligna envidia. El Salvador, á quien nada se ocultaba, conociendo su mala disposicion, previno sus murmuraciones y sus quejas, diciéndoles: Sin duda me diréis lo del antiguo proverbio: Médico, cúrate á ti mismo: si eres tan poderoso en obras, como en todas partes se dice, y como tú quieres hacernos creer, sácate á ti mismo del estado pobre en que vives, saca de miserias á tus padres, haz en favor de tus conciudadanos los prodigios que has hecho en países extraños, y no te olvides de tus compatriotas; pero yo os responderé con otro proverbio, que dice: que ningun profeta está con aceptación en su patria; sed tan dóciles, y estad tan bien dispuestos á recibir mi doctrina como los de Cafarnaun, y yo haré entre vosotros los mismos prodigios.

Unos avisos tan saludables, y unas tan prudentes instrucciones, tomadas por los de Nazaret como unas convenciones que el Salvador les hacia, acabaron de exasperar aquellos malos corazones hasta echarle tumultuosamente de la sinagoga; y persiguiéndole de tropel hasta fuera de la ciudad, que estaba edificada en el declive de

un monte, determinaron precipitarle; pero Jesus, sin inmutarse nada, atravesó tranquilamente por medio de aquel furioso populacho, sin que nadie osase insultarle, ya sea porque se hubiese hecho invisible, como creen algunos intérpretes, ya porque por un efecto de su omnipotencia, como es mas probable, hubiese quitado á aquellos furiosos el poder de executar su depravada intencion, habiéndolos hecho como inmóviles. Dexando el Salvador á Nazaret, se retiró á Cafarnaun, en donde hizo despues su mas larga mansion, y en donde empezó á anunciar su evangelio, el que debia colmar de toda suerte de dichas á los hombres de corazón recto y de buena voluntad, como lo habian publicado los ángeles al tiempo de su nacimiento.

Pasando Jesus por la ciudad de Caná, vió venir hácia sí un oficial del rey que venia á suplicarle se dignase curar á un hijo suyo que estaba enfermo de peligro en Cafarnaun: el Salvador le aseguró que su hijo estaba bueno; creyólo el oficial, y cuando volvió á su casa, encontró que la fiebre habia dexado al enfermo á la misma hora que Jesus le habia dicho que estaba bueno. Pero la Judea y la Galilea no eran el único objeto de su mision, aunque eran el teatro de sus milagros: el Hijo de Dios habia venido para salvar á todos los hombres; ya era el tiempo de elegirse operarios para una mies tan abundante, y formar discípulos que pudiesen llevar la luz del evangelio á toda la tierra. Paseándose un día para este fin á la orilla del mar de Tiberiades, vió á los hermanos Simon y Andres que echaban sus redes en el mar, pues eran pescadores: díxoles: Seguidme, que os tengo destinados para otro genero de pesca; de hoy en mas lo que cogiereis no serán peces, sino hombres. A estas palabras, los dos hermanos, que hasta entonces se habian contentado con ir á verle algunas veces sin dexar ni su modo de vivir ni su familia, lo dexaron todo al instante, y se fueron en seguimiento de Jesucristo. Pocos pasos mas allá vió el Salvador á otros dos hermanos Jacobo y Juan, que con su padre el Zebedeo remendaban sus redes; díxoles á los dos que le siguieran: su obediencia fue tan perfecta como pronta; y habiendo dexado las redes y al padre en la barca, no dexaron ya mas á Jesucristo.

El sábado siguiente estando el Hijo de Dios en Cafarnaun, se fué á la sinagoga; no se puede decir con qué admiración fué oído, porque dice san Márcos enseñaba como un hombre que tiene autoridad sobre los demás, y no como un mero doctor: hablaba Jesus como maestro; y cuando todos le estaban oyendo como á un oráculo, un hombre poseído del demonio vino á la puerta, y se puso á gritar: ¿Que tenemos nosotros contigo, Jesus de Nazaret? ¿Has venido á destruirnos? Sé que tú eres el Santo de Dios, sé que eres el Mesías; déxanos en paz. Amenazóle Jesus, y le dixo: Calla, y sal de ese hombre; á esta voz arrojó el demonio al energúmeno en medio de la asamblea, y salió de su cuerpo sin hacerle mal. Habiendo sido testigo de este milagro toda la ciudad, bien presto se extendió la fama por todo el país.

§. XIX.

### Otros milagros de Jesucristo.

En cada paso se veía un nuevo milagro: al salir de la sinagoga, Jesus entró en la casa de Simon Pedro; encontró á su suegra enferma de peligro, y de repente la dió una salud tan perfecta, que se levantó y le sirvió á la mesa. Por la tarde, luego que hubo pasado la solemnidad del sábado, se vió á la puerta de la casa un número prodigioso de enfermos y de endemoniados que habian ido de los alrededores á buscar en él el alivio de sus miserias: les impone Jesus las manos á todos, y todos se vuelven á sus casas perfectamente sanos. El día siguiente al amanecer, habiéndose retirado solo á un lugar desierto, le avisaron sus discípulos que una infinidad de gentes le buscaban para tener el consuelo de verle y oírle. En efecto, vió llegar al instante aquella muchedumbre hambrienta de su palabra, les consoló y les instruyó; y despidiéndoles despues, les dixo que no habiendo sido enviado para un pueblo solo, era preciso que fuese á anunciar á otros muchos el reino de Dios; es decir, la nueva ley, y los caminos de la salvación. Habiendo dexado á Cafarnaun, corrió la Galilea predicando, curando enfermos,

resucitando muertos, librando energúmenos, haciendo bien en todos los parages por donde pasaba, y llevando en todas partes el carácter de Hijo de Dios y del Mesías.

A su vuelta, habiendo llegado junto al lago de Genezaret, se vió de tal modo oprimido por el tropel de gente que le seguía, que le fue preciso entrar en la barca de Simon Pedro, desde donde se puso á enseñar al pueblo: y habiéndole despedido, dixo á Pedro que hiciese andar la barca á un parage mas profundo, y que tendiese las redes para pescar: Ah Señor! le respondió Pedro, toda la noche nos hemos fatigado sin haber cogido nada; pero pues vos lo mandais echaré la red. Habiéndolo hecho así, cogieron una cantidad tan grande de peces, que se rompía la red; y fue menester que los que estaban en la otra barca fuesen á ayudarles; jamás habian hecho pesca tan abundante: llenaron de ella las dos barcas, de modo que entrámbas casi se iban á fondo. Atónito Pedro de esta maravilla, se arroja á los pies de Jesus, y sobrecogido de un transporte de amor, de humildad y de respeto, exclama: *Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador, y tú eres el Santo de Dios, el todopoderoso, el árbitro de toda la naturaleza* (Luc. 5.). Embesado Jesus de este sentimiento afectuoso de humildad, le dice: No temas; pues, como ya te he dicho, lo que cogeras de hoy en mas no serán peces sino hombres, y esta pesca, de que la de ahora no es sino una figura, será toda milagrosa: todos los que han venido antes de mí han trabajado en vano toda la noche; solo tú, y los que yo enviaré, tendrán poder para ganar para Dios todo el mundo. De este modo formaba el Salvador á su discípulo para hacerle cabeza visible de su Iglesia, de la que aquella barca y aquella pesca eran figura; y quizá por lo mismo, dice el Evangelista, que aquella barca era de Pedro, sin hacer mencion de su hermano Andres, como tampoco de Jacobo, ni de Juan sus compañeros.

Pocos días despues, habiendo visto un leproso al Salvador, se postró delante de él, diciendo: Señor, vos podeis librarme de mi lepra solo con que querais. Yo lo quiero, respondió el Salvador, sin aguardar á que le suplicase por mas tiempo: yo lo quiero, límpiate de ella

El sábado siguiente estando el Hijo de Dios en Cafarnaun, se fué á la sinagoga; no se puede decir con qué admiración fué oído, porque dice san Márcos enseñaba como un hombre que tiene autoridad sobre los demás, y no como un mero doctor: hablaba Jesus como maestro; y cuando todos le estaban oyendo como á un oráculo, un hombre poseído del demonio vino á la puerta, y se puso á gritar: ¿Que tenemos nosotros contigo, Jesus de Nazaret? ¿Has venido á destruirnos? Sé que tú eres el Santo de Dios, sé que eres el Mesías; déxanos en paz. Amenazóle Jesus, y le dixo: Calla, y sal de ese hombre; á esta voz arrojó el demonio al energúmeno en medio de la asamblea, y salió de su cuerpo sin hacerle mal. Habiendo sido testigo de este milagro toda la ciudad, bien presto se extendió la fama por todo el país.

§. XIX.

### Otros milagros de Jesucristo.

En cada paso se veía un nuevo milagro: al salir de la sinagoga, Jesus entró en la casa de Simon Pedro; encontró á su suegra enferma de peligro, y de repente la dió una salud tan perfecta, que se levantó y le sirvió á la mesa. Por la tarde, luego que hubo pasado la solemnidad del sábado, se vió á la puerta de la casa un número prodigioso de enfermos y de endemoniados que habian ido de los alrededores á buscar en él el alivio de sus miserias: les impone Jesus las manos á todos, y todos se vuelven á sus casas perfectamente sanos. El día siguiente al amanecer, habiéndose retirado solo á un lugar desierto, le avisaron sus discípulos que una infinidad de gentes le buscaban para tener el consuelo de verle y oírle. En efecto, vió llegar al instante aquella muchedumbre hambrienta de su palabra, les consoló y les instruyó; y despidiéndoles despues, les dixo que no habiendo sido enviado para un pueblo solo, era preciso que fuese á anunciar á otros muchos el reino de Dios; es decir, la nueva ley, y los caminos de la salvación. Habiendo dexado á Cafarnaun, corrió la Galilea predicando, curando enfermos,

resucitando muertos, librando energúmenos, haciendo bien en todos los parages por donde pasaba, y llevando en todas partes el carácter de Hijo de Dios y del Mesías.

A su vuelta, habiendo llegado junto al lago de Genezaret, se vió de tal modo oprimido por el tropel de gente que le seguía, que le fue preciso entrar en la barca de Simon Pedro, desde donde se puso á enseñar al pueblo: y habiéndole despedido, dixo á Pedro que hiciese andar la barca á un parage mas profundo, y que tendiese las redes para pescar: Ah Señor! le respondió Pedro, toda la noche nos hemos fatigado sin haber cogido nada; pero pues vos lo mandais echaré la red. Habiéndolo hecho así, cogieron una cantidad tan grande de peces, que se rompía la red; y fue menester que los que estaban en la otra barca fuesen á ayudarles; jamás habian hecho pesca tan abundante: llenaron de ella las dos barcas, de modo que entrámbas casi se iban á fondo. Atónito Pedro de esta maravilla, se arroja á los pies de Jesus, y sobrecogido de un transporte de amor, de humildad y de respeto, exclama: *Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador, y tú eres el Santo de Dios, el todopoderoso, el árbitro de toda la naturaleza* (Luc. 5.). Embelesado Jesus de este sentimiento afectuoso de humildad, le dice: No temas; pues, como ya te he dicho, lo que cogeras de hoy en mas no serán peces sino hombres, y esta pesca, de que la de ahora no es sino una figura, será toda milagrosa: todos los que han venido antes de mí han trabajado en vano toda la noche; solo tú, y los que yo enviaré, tendrán poder para ganar para Dios todo el mundo. De este modo formaba el Salvador á su discípulo para hacerle cabeza visible de su Iglesia, de la que aquella barca y aquella pesca eran figura; y quizá por lo mismo, dice el Evangelista, que aquella barca era de Pedro, sin hacer mencion de su hermano Andres, como tampoco de Jacobo, ni de Juan sus compañeros.

Pocos días despues, habiendo visto un leproso al Salvador, se postró delante de él, diciendo: Señor, vos podeis librarme de mi lepra solo con que querais. Yo lo quiero, respondió el Salvador, sin aguardar á que le suplicase por mas tiempo: yo lo quiero, límpiate de ella

y en el mismo instante quedó todo su cuerpo sin la menor mácula.

Habiendo vuelto Jesus á Cafarnaun, no bien se habia sabido su llegada, cuando toda la casa se llenó de gente; entre otros habia muchos fariseos y doctores de la ley que habian ido á Jerusalem por oirle. Apénas habia empezado á hablar, cuando se vió puesto á sus pies un paralítico, al cual le llevaban cuatro hombres; los que no habiendo podido romper por entre la muchedumbre, les habia ocurrido subirle á lo alto de la casa sobre el tejado, y baxarle por el techo, juntamente con la camilla en que estaba tendido: admirado Jesus de la fe de aquellos hombres, le dixo al paralítico: *Hijo, tus pecados te son perdonados (Luc 5.)*. Al oir esto los escribas y fariseos que estaban presentes, se escandalizaron. Este hombre blasfema, decian dentro de sí mismos; porque ¿quien puede perdonar los pecados sino solo Dios? Jesus, que veía claramente sus pensamientos, les dixo: Para haceros ver por la curacion de este paralítico que tengo poder para perdonar pecados, y que me es tan fácil decir, Tus pecados te son perdonados, como decir á un paralítico de todo el cuerpo, Levántate, y vete al instante; para que sepais que tengo este poder, el que verdaderamente es propio y privativo de solo Dios como vosotros lo pensais, digo al paralítico: *Levántate, yo te lo digo; toma tu lecho, y vete á tu casa*. Dicho esto, levántase el paralítico, pónese el lecho sobre sus hombros, y se va á su casa publicando las grandezas de Dios, y dándole mil gracias. Al ver esto quedáron atónitos todos los circunstantes, y cada cual por su parte exclamaba: Un hombre que puede perdonar los pecados, y que para prueba de este poder cura á nuestra vista á un paralítico, no puede menos de ser Cristo hijo de Dios. Este milagro no se publicó solamente en la comarca: la fama de él bien presto se esparció por toda la Siria; de modo, que de todas partes venian las gentes en tropas á ver y á oir á Jesus.

Aumentándose la mies, fue menester aumentar el número de los operarios. Mateo, por sobrenombre Leví, era un publicano, esto es, un receptor ó comisionado para la cobranza de los impuestos cargados sobre los judíos por

los romanos; profesion muy infame en toda la Judea. Habiéndole visto el Salvador sentado á la mesa del despacho, le dixo que le siguiera. Levántase al instante Mateo, dexa su empleo á sus subalternos, abandónalo todo por seguir á Jesucristo; y para hacer mas pública su conversion, le ruega vaya á comer á su casa. Todo es leccion, todo es misterio, como diximos ya, en la vida de Jesucristo: este divino Salvador, para hacer ver que habia venido singularmente para los pecadores, acepta el convite, come en casa de su nuevo discípulo, y quiere que sea en compañía de muchos publicanos. Los fariseos no dexáron de escandalizarse de esto: habíalo previsto Jesus, y como murmurasen de ello, en voz bastante alta, les dixo: que los que estaban buenos no necesitaban de médicos, que los que le necesitaban eran los enfermos; y así añadió: Sabed que no son los justos á quienes yo he venido á buscar, sino á los pecadores para la penitencia: *Non veni vocari justos, sed peccatores ad pœnitentiam (Luc. 5.)*.

Aumentábase y crecia todos los dias la opinion y fama del Salvador: en todas partes se hablaba con admiracion de la santidad de su vida, de la prudencia de sus respuestas, de la pureza y sublime espiritualidad de su doctrina, de lo estupendo de sus milagros; y todo el mundo confesaba que así como el sol al mediodía hace desaparecer todos los demas astros, así la santidad y los prodigios de Jesucristo obscurecian y disipaban todo cuanto se habia visto de prodigioso y extraordinario ántes de él. Pero lo que hacia la admiracion de todo el mundo, ocasionaba zelos, é irritaba la bilis de los sacerdotes, de los escribas y fariseos: esta raza de vívoras, como los llama el Salvador (*Matth. 23.*), austeros, modestos y aun religiosos á los ojos de los hombres, y en el fondo soberbios, llenos de hipocresía y de iniquidad, no podian ver sin despecho la distincion tan visible que habia entre la santidad pasmosa de la vida de Jesus, y la disolucion é irregularidad de la de ellos. Como el pueblo tocaba esta diferencia, los miraba con el mayor desprecio; y ellos ponian el mayor estudio en ver cómo hallar algun pretexto para desacreditar á Jesucristo en la opinion del pueblo. Un nuevo milagro que hizo

el Salvador un sábado les pareció una bella ocasion para exhalar su bñis, y desacreditarle.

## §. XX.

*La curacion del paralitico.*

**H**abiendo ido Jesucristo á Jerusalem para la fiesta de pascua (era esta la segunda despues de su predicacion), entró donde estaba la piscina: era ésta un depósito de agua cerca del átrio del templo, donde asistian siempre una infinidad de enfermos, que aguardaban que el ángel del Señor moviese el agua, porque el primero que baxaba á la piscina inmediatamente despues que el ángel hubiese movido el agua, curaba al mismo instante de cualquiera enfermedad que tuviese. Habia allí un paralítico, que despues de treinta y ocho años, que habia esperado para ver si podia entrar el primero en la piscina, no habia encontrado hasta entonces una mano caritativa que le hiciese este servicio. Viéndole Jesus, tuvo compasion de él, y le dixo: Levántate, toma tu camilla, y vete: el hombre se levanta al punto; y tomando su camilla, se pone á andar. Como aquel dia era sábado empezaron á gritar muchos contra la pretendida transgresion del precepto; pero él les respondió: que el que le habia curado se lo habia mandado. No fue menester mas para hacer reo al Salvador, é imputarle á pecado un milagro que probaba tan visiblemente su santidad y su omnipotencia: los fariseos sobre todo, exasperados de ver que el Salvador en toda ocasion les quitaba la mascarilla, y les mostraba tales cuales eran, se alborotaron, y dixeron á voces, que aquel que hace un milagro en sábado quebranta el precepto, y que el que quebranta el precepto de la ley, no puede ser amado de Dios. El Salvador hizo palpable la contradiccion de este razonamiento, haciendo ver que Dios no puede aprobar con milagros la transgresion de la ley; pero bien presto se le ofreció ocasion de confundir todavía mas sensiblemente la malignidad de aquellos injustos censores.

Habiendo entrado un sábado en la sinagoga, se le pre-

sentó un hombre que tenia una mano seca y perlática: los escribas y fariseos estaban aguardando á ver si en el dia sábado se atrevia el Señor á curar á este enfermo. Viendo Jesus lo que pensaban en su interior, le dixo al hombre que se acercara; y encarándose á aquellos malignos censores, les preguntó si era permitido curar en dia de sábado. No atreviéndose ninguno á responder, les dixo Jesus: ¿ Quien hay entre vosotros que si una oveja suya cae en un hoyo no la saque en dia de sábado? ¿ Como, pues, os atreveis á decir que en semejante dia no es lícito hacer bien al próximo? Dicho esto, haciendo que aquel hombre se acercara, le dixo: Alarga esa mano; y habiéndola alargado, quedó tan sana como la ótra.

Estando en la sinagoga otro sábado, vió á una muger á quien el espíritu maligno tenia tan inclinada diez y ocho años habia, que no podia ni aun levantar la cabeza: habiéndola hecho acercar Jesus, la dixo: Mugger, estás libre de tu enfermedad, y en el mismo instante quedó derecha como ántes. Indignado el príncipe de la sinagoga de que Jesus hubiese hecho esta curacion en sábado, dixo al pueblo con un tono áspero y duro: Seis dias hay en la semana para el trabajo, venid en estos dias á curaros, y no en sábado, en cuyo dia está prohibida toda obra servil. El Salvador todavía mas indignado al oír una advertencia tan importuna, se encaró con él, y le dixo: Hipócrita: ¿ quien de vosotros no saca del establo su buey y su jumento, y los lleva á beber en dia de sábado? ¿ Y esta hija de Abraham, á la que, como ves, Satanás tenia ligada diez y ocho años, todavía no debia ser desatada en dia de fiesta? Este discurso, dice el Evangelista, hizo salir los colores y abochornar á todos sus enemigos, al mismo tiempo que todo el pueblo manifestaba su gozo, y publicaba con admiracion las maravillas del Salvador.

Con motivo de estos milagros dixo positivamente Jesus era el Hijo de Dios, igual en todo á su Padre (*Joan. 5.*): " El hijo, dixo en presencia de toda la sinagoga, nada puede hacer por sí mismo, no hace sino lo que le ve hacer á su Padre; y todo cuanto hace su Padre, lo hace también él; juzgad si lo que hace el hijo puede ser reprehensible. Sabed que el Padre ama al hijo, que le comunica todas las cosas que hace él mismo, y le comuni-

»nicará otras mayores para que vosotros lo admireis; por-  
 »que así como el Padre resucita los muertos, y les da la  
 »vida, así tambien el hijo da la vida á quien quiere: el  
 »Padre no juzga á nadie, sino que le da al hijo facultad  
 »para juzgarlo todo, á fin que todos honren al hijo co-  
 »mo honran al Padre; y así el que no honra al hijo, tam-  
 »poco honra al Padre que le envió. En verdad os digo, que  
 »el que oye mi palabra, y cree á aquel que me envió, tie-  
 »ne la vida eterna, y no será condenado, sino que pasará  
 »de la muerte á la vida. Viene el tiempo, y ya ha veni-  
 »do en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y  
 »los que le oyeren, vivirán: (habla aquí el Salvador de la  
 »conversion de los pecadores y de los gentiles) porque  
 »así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así ha da-  
 »do al hijo el tener la vida en sí mismo. No os admireis  
 »de esto, porque se llega el tiempo en que todos los que  
 »están en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios; y los  
 »que hubieren hecho buenas obras, resucitarán para vivir:  
 »así como los que hubieren hecho malas, resucitarán  
 »tambien, pero será para ser condenados á muerte. Por  
 »lo demas, si yo solamente doy testimonio de mí, mi  
 »testimonio podria no pareceros legítimo; pero hay otro  
 »que da tambien testimonio de mí, y sé yo que dice ver-  
 »dad. Vosotros enviásteis á Juan, y él dió un testimonio  
 »verdadero; sin embargo, yo no busco prestado del hom-  
 »bre el testimonio: tengo un testimonio superior al de  
 »Juan, fuera de que las obras que hago testifican bastan-  
 »te que soy enviado del Padre: el mismo Padre que me  
 »envió, dió por sí mismo testimonio de mí. Leed atenta-  
 »mente las escrituras, y halláreis que todo lo que han di-  
 »cho del Mesías, se cumple en mí: no penseis que sea yo  
 »quien deba acusaros delante de mi Padre; teneis otro acu-  
 »sador, este es el mismo Moyses en quien esperáis; por-  
 »que si creyéseis á Moyses, quizá me creeríais tambien á  
 »mí; pues de mí fué de quien escribió todo lo que leéis.

» Os escandalizais porque he curado á los enfermos en  
 »sábado, y porque mis discípulos, acosados del hambre,  
 »arrancan un dia de sábado cuatro espigas, las desgra-  
 »nan, y frotan en sus manos para encontrar en sus gra-  
 »nos un ligero alimento; (*Matth. 21. et Marc. 2.*). ; No  
 »habeis leído que David, cuando tuvo hambre, comió de

»los panes que habian sido ofrecidos al Señor, aunque es-  
 »to no era permitido á los legos? ; Los mismos sacerdotes  
 »y los demas ministros del templo no violan el descanso  
 »del sábado en las diversas funciones de su ministerio? Si  
 »la ley, pues, que prohíbe todo trabajo en este dia no  
 »habla con los sacerdotes que están ocupados en el ser-  
 »vicio del templo, ménos hablará aún con mis discipu-  
 »los, á quienes la necesidad de seguirme, y su aplicacion  
 »á las funciones evangélicas estorban el que hagan pre-  
 »vencion para tener que comer el sábado. Ciertamente que  
 »yo soy mucho mas que el templo: sabed que soy el Se-  
 »ñor de la ley del sábado, y que puedo dispensar de élla  
 »del mismo modo que mi Padre dispensa.»

## §. XXI.

*Elige Jesucristo á los doce apóstoles.*

A la verdad, no parece podia Jesucristo declarar mas  
 positivamente y en términos mas claros que era el Mesías  
 prometido, que era el Hijo de Dios, que era Dios, que era  
 igual en todo á Dios su Padre, ni probarlo mas invencible-  
 mente que haciendo tan estupendos milagros en confirma-  
 cion de esta gran verdad: comprendiólo bastantemente  
 toda la gente; pero esta gran verdad no hizo el mismo efecto  
 en el espíritu de todos: los fariseos, los sacerdotes y los doc-  
 tores de la ley, preocupados siempre con su falsa idea del  
 Mesías, en lugar de reconocer al Mesías en la persona de Je-  
 sucristo, salieron del congreso mas irritados que nunca con-  
 tra él; y entregado desde entónces á sus pasiones de odio y  
 de envidia, juraron que le habian de perder. Conocien-  
 do el Hijo de Dios su mala voluntad, se retiró hácia el  
 mar de Tiberiades, acompañado de una infinidad de en-  
 ferms, á todos los cuales sanó inmediatamente (*Luc. 6.*):  
 despues se retiró solo con sus discípulos á lo alto del monte,  
 y escogió doce de entre ellos, á los que dió el nom-  
 bre de apóstoles, que quiere decir enviados ú delegados;  
 porque los destinaba á predicar su evangelio por todo el  
 mundo, y para que le llevasen á todas las naciones de la  
 tierra.

Estos doce primeros ministros, por decirlo así de Je-

sucristo, de los cuales Pedro era la cabeza: *Princeps apostolorum*; fueron Simon, por sobrenombre Pedro, Andrés, su hermano, Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo, Felipe y Bartolomé, el que se cree ser Natanael, Tomás y Mateo, Jacobo, hijo de Alfeo, y Júdas su hermano, llamado Tadeo, Simon el Cananeo, y Júdas Iscariotes, que despues vendió y entregó al Salvador. Estos fueron los primeros oficiales que escogió Jesus para conquistarle todo el universo, y para ser las columnas inconstables de la Iglesia y la luz del mundo: todos gente grosera, tímidos, ignorantes, de un entendimiento rudo, de un corazon floxo, y todo material: gente pobre, sin educacion, sin letras, sin nombre; todos gente sacada de la hez del pueblo. Y estos hombres tan despreciables, tan pobres, tan ignorantes convirtieron todas las naciones á la fe, le conquistaron á Jesucristo toda la Grecia, todo el imperio romano, todo el universo; é hicieron todas estas maravillas en el solo nombre de Jesucristo, sin armas, sin socorros, sin apoyo, sin salir jamás de su estado humilde, pobre y abatido; todo esto predicando una doctrina superior á todas las luces de la razon, una moral enteramente opuesta á las inclinaciones naturales del corazon humano, enemiga de los sentidos, y contraria en todo á los deseos del amor propio. Imaginad si puede haber una prueba mas clara, mas convincente, mas irrefragable, mas concluyente de la divinidad de Jesucristo, y de la verdad de la religion cristiana.

Al baxar el Salvador de lo alto del monte con sus apóstoles y muchos de sus discípulos, uno de ellos le pidió le permitiese ir á dar sepultura á su padre; esto es, ir á asistirle en su vejez, y hacerle en su muerte las últimas exequias; pero Jesus le respondió: *Sigueme, y dexa á los muertos que entierren á sus muertos; y tú ve á anunciar el reyno de Dios (Luc 9.)*. Por el término muertos, entendia el Salvador en un sentido figurado las gentes del siglo: bella leccion para las personas religiosas que todavía están presas con los lazos de la carne y de la sangre; pero la que se sigue no es ménos instructiva. Habiéndole dicho uno de sus discípulos: Señor, yo os seguiré, pero permitidme que me deshaga antes de lo que hay en mi casa, le respondió Jesus: *Ningun hombre que echa la ma-*

*no al arado y mira atrás, es apto para el reyno de Dios; queriendo dar á entender con esto que para seguirle verdaderamente es necesario olvidar todo lo que se era, y todo lo que se tenia en el mundo.*

Habiendo llegado el Salvador á la falda del monte, curó todos los enfermos que le aguardaban en el llano á vista de la infinidad de gentes que se habian juntado. Como uno de sus mayores cuidados era instruir y formar á los que debian ser la luz del mundo y la sal de la tierra, habiendo despedido toda aquella multitud, se retiró Jesus con sus apóstoles y discípulos á un sitio de aquella campiña: sentado allí sobre un montecillo, y habiéndoles hecho sentar alrededor de sí, les descubrió los tesoros de la ciencia de la salvacion, y toda la santidad de su doctrina: empezó por enseñarles en qué consiste la verdadera felicidad, aun en esta vida; sabiendo muy bien que la inclinacion mas natural del hombre es querer ser feliz.

## §. XXII.

*Anuncia Jesucristo las bienaventuranzas de este mundo hasta el número de ocho.*

**I** Bienaventurados, les dixo, los pobres voluntarios; porque por este renunciar de todo, es de ellos el reyno de los cielos (*Matth. 5.*). 2. Bienaventurados los que son mansos con todo el mundo, los que lo sufren todo, y de todos con paciencia; porque ellos poseerán la tierra de los vivientes, de la que la tierra prometida no era sino figura. 3. Bienaventurados los que están en la afliccion, y se alimentan del pan de lágrimas; porque sus lágrimas se trocarán un dia en un manantial inagotable del mas dulce gozo. 4. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia; porque ciertamente serán plenamente hartos. 5. Bienaventurados los que se ejercitan en obras de misericordia; porque se usará con ellos de una gran misericordia. 6. Bienaventurados los limpios de corazon; porque ellos verán á Dios, lo primero por la luz de una fe viva en este mundo, y lo segundo por la lumbre ó luz de gloria en el ótro. 7. Bienaventurados los pacíficos; por-

Tom. VI. E

que ellos gozarán de la paz del **corazon**, y Dios los tratará como á hijos suyos. 8. Bienaventurados, en fin, los que padecen persecucion por la **justicia**; porque de ellos es el reyno de los cielos (*Luc. 6*). Sí, hijos míos muy amados, continúa el Salvador, **estad** persuadidos que nunca seréis mas dichosos que cuando seais maltratados de los hombres por mi amor. Siendo el mundo enemigo declarado del maestro, no lo será **ménos** de sus discípulos. Yo os lo digo, y vosotros lo experimentaréis; que todos los que querrán vivir devotamente, y segun el espíritu y las máximas de mi evangelio, **padecerán** persecucion.

La virtud, continuó el Salvador, será bien exercitada en el mundo: á las gentes de bien se las mirará como á unas personas inútiles é incómodas: serán despreciadas, no habrá quien se quiera acompañar con ellas, se las cargará de injurias: su modestia, su humildad pasarán por fatuidad, su recogimiento por **melancolía**, su paciencia por estupidez: serán el objeto de la irrision y de la zumba, se inventarán mil medios para desacreditarlas, se echará mano hasta de la calumnia **para** infamarlas; pero sabed que con tal que sean fieles **en** servirme, gustarán de unas dulzuras inefables en todos esos exercicios amargos de paciencia, y en medio de todas esas injustas persecuciones: no habrá otros que **mis** fieles siervos, que sean verdaderamente felices sobre la **tierra**: las pesadumbres, los lloros, la desesperacion y la eterna ignominia son y serán siempre las compañeras inseparables de los mundanos, Despues de esto, levantando la **voz**, dixo: ¡Ay de vosotros ricos del mundo, dichosos **del** siglo, gentes de comodidades y de placeres! porque **despues** de un puñado de dias pasados en un gozo falso, **inquieto**, superficial, no podeis esperar sino una eternidad **de** desdichas.

Hasta aquí había hablado el Salvador para todos en general; ahora dirigiéndose á sus apóstoles y discípulos en particular, les dice: Vosotros, á quienes yo puedo llamar mis amigos, sabed que sois la **sal** de la tierra, y la luz del mundo. El doctor debe preservar los pueblos de la corrupcion de las costumbres: ¡qué infelicidad, si él mismo llega á corromperse! Debe alumbrar: ¡qué infelicidad, si esta luz padece algún eclipse! Vosotros no me habeis escogido á mí; yo soy quien os ha sacado á vosotros de entre la

muchedumbre, y quien os ha destinado para que vayais á hacer fruto, y un fruto que sea de una duracion eterna (*Joan. 15*). Por lo demas, si el mundo os aborrece, sabed que primero me ha aborrecido á mí: si vosotros fuéseis del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, por eso os aborrece el mundo. El criado no es mayor que su señor: si los del mundo me han perseguido á mí, ¿os perdonarán á vosotros?

Quiero preveniros lo que os ha de suceder: sereis perseguidos por mi amor de todos modos (*Luc. 21*): os prenderán, os maltratarán, os entregarán á las sinagogas, os pondrán en la carcel, os llevarán delante de los reyes y de los gobernadores por causa de mi nombre; esto sucederá para que me sirvais de testigos en todos los siglos; sin embargo, no temais ni cuideis de prevenir las respuestas que habeis de dar, porque yo os daré unas palabras y una sabiduría á que todos vuestros enemigos no podrán resistir, ni tendrán cosa que oponer: todas las potestades de la tierra y del infierno se desencadenarán contra vosotros: seréis entregados por vuestros padres y vuestras madres, por vuestros hermanos, por vuestros parientes, por vuestros amigos; y se imaginarán que hacen un gran servicio á Dios en quitaros la vida; sin embargo, estad seguros que no se perderá ni un cabello de vuestra cabeza; yo los tengo contados, y cuidaré de vosotros. Os he querido prevenir todo esto, para que cuando os suceda, acordándoos de mi palabra, y estando seguros de mi ayuda, no os asusteis.

## §. XXIII.

*Resúmen de la moral cristiana.*

Mientras que el Salvador instruía así á sus apóstoles, el auditorio se había aumentado considerablemente por el concurso de la gente que venía de todas partes en tropas á oír sus instrucciones; y así, dirigiéndose á todos los que le escuchaban, les dixo (*Matth. 5*): No penseis que he venido á abolir la ley y las profecías: el cielo

que ellos gozarán de la paz del **corazon**, y Dios los tratará como á hijos suyos. 8. Bienaventurados, en fin, los que padecen persecucion por la **justicia**; porque de ellos es el reyno de los cielos (*Luc. 6*). Sí, hijos míos muy amados, continúa el Salvador, **estad** persuadidos que nunca seréis mas dichosos que cuando seais maltratados de los hombres por mi amor. Siendo el mundo enemigo declarado del maestro, no lo será **ménos** de sus discípulos. Yo os lo digo, y vosotros lo experimentaréis; que todos los que querrán vivir devotamente, y segun el espíritu y las máximas de mi evangelio, **padecerán** persecucion.

La virtud, continuó el Salvador, será bien exercitada en el mundo: á las gentes de bien se las mirará como á unas personas inútiles é incómodas: serán despreciadas, no habrá quien se quiera acompañar con ellas, se las cargará de injurias: su modestia, su humildad pasarán por fatuidad, su recogimiento por **melancolía**, su paciencia por estupidez: serán el objeto de la irrision y de la zumba, se inventarán mil medios para desacreditarlas, se echará mano hasta de la calumnia **para** infamarlas; pero sabed que con tal que sean fieles **en** servirme, gustarán de unas dulzuras inefables en todos esos exercicios amargos de paciencia, y en medio de todas esas injustas persecuciones: no habrá otros que **mis** fieles siervos, que sean verdaderamente felices sobre la **tierra**: las pesadumbres, los lloros, la desesperacion y la eterna ignominia son y serán siempre las compañeras inseparables de los mundanos, Despues de esto, levantando la **voz**, dixo: ¡Ay de vosotros ricos del mundo, dichosos **del** siglo, gentes de comodidades y de placeres! porque **despues** de un puñado de dias pasados en un gozo falso, inquieto, superficial, no podeis esperar sino una eternidad **de** desdichas.

Hasta aquí había hablado el Salvador para todos en general; ahora dirigiéndose á sus apóstoles y discípulos en particular, les dice: Vosotros, á quienes yo puedo llamar mis amigos, sabed que sois la **sal** de la tierra, y la luz del mundo. El doctor debe preservar los pueblos de la corrupcion de las costumbres: ¡qué infelicidad, si él mismo llega á corromperse! Debe alumbrar: ¡qué infelicidad, si esta luz padece algún eclipse! Vosotros no me habeis escogido á mí; yo soy quien os ha sacado á vosotros de entre la

muchedumbre, y quien os ha destinado para que vayais á hacer fruto, y un fruto que sea de una duracion eterna (*Joan. 15*). Por lo demas, si el mundo os aborrece, sabed que primero me ha aborrecido á mí: si vosotros fuéseis del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, por eso os aborrece el mundo. El criado no es mayor que su señor: si los del mundo me han perseguido á mí, ¿os perdonarán á vosotros?

Quiero preveniros lo que os ha de suceder: sereis perseguidos por mi amor de todos modos (*Luc. 21*): os prenderán, os maltratarán, os entregarán á las sinagogas, os pondrán en la carcel, os llevarán delante de los reyes y de los gobernadores por causa de mi nombre; esto sucederá para que me sirvais de testigos en todos los siglos; sin embargo, no temais ni cuideis de prevenir las respuestas que habeis de dar, porque yo os daré unas palabras y una sabiduría á que todos vuestros enemigos no podrán resistir, ni tendrán cosa que oponer: todas las potestades de la tierra y del infierno se desencadenarán contra vosotros: seréis entregados por vuestros padres y vuestras madres, por vuestros hermanos, por vuestros parientes, por vuestros amigos; y se imaginarán que hacen un gran servicio á Dios en quitaros la vida; sin embargo, estad seguros que no se perderá ni un cabello de vuestra cabeza; yo los tengo contados, y cuidaré de vosotros. Os he querido prevenir todo esto, para que cuando os suceda, acordándoos de mi palabra, y estando seguros de mi ayuda, no os asusteis.

## §. XXIII.

*Resúmen de la moral cristiana.*

Mientras que el Salvador instruía así á sus apóstoles, el auditorio se había aumentado considerablemente por el concurso de la gente que venía de todas partes en tropas á oír sus instrucciones; y así, dirigiéndose á todos los que le escuchaban, les dixo (*Matth. 5*): No penseis que he venido á abolir la ley y las profecías: el cielo

y la tierra perecerán ántes que dexen de cumplirse: he venido al mundo para cumplirlas: he venido para cumplir esta ley segun su espíritu, y en toda su perfeccion, la que hasta aquí habia sido ignorada.

Los escribas y fariseos hacen profesion de observar esta ley, y su aparente regularidad deslumbra y engaña; pero si vuestra virtud no sobrepuja á la suya, no entraréis jamás en el reyno de mi Padre. Hasta aquí os habeis contentado con tener horror al homicidio; y yo os digo, que la menor palabra injuriosa es un pecado. El mas estimable sacrificio será desechado si hay la menor frialdad en el corazon del que le ofrece. El adulterio es un gran delito; y yo os digo, que un solo deseo impuro hace culpable á uno de adulterio. El menor pensamiento impuro se debe desechar; y yo añado, que el mas ligero consentimiento en este pensamiento es un pecado mortal. La pureza que yo pido es una virtud tan delicada, que un hálito demasiado grande la ensucia, y el menor soplo la empaña. Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatele; quiere decir, si lo que te es mas apreciable y de mayor utilidad te es una ocasion de pecado, córtalo, huye de ello, sacrificalo sin dilacion, cueste lo que costare. Apártate de todas las ocasiones peligrosas; porque el que ama el peligro, perecerá en él. Todo divorcio está proscripto. Los juramentos vanos están tan prohibidos como el perjurio. No jureis jamás ni por el cielo, ni la tierra, ni por otra alguna criatura; la verdad no necesita de tantos puntales: contentáos con decir simplemente: esto es así, esto no es así; porque lo que se dice de mas, viene de un mal principio.

Habeis oido que está dicho (*Matth. 5.*): Ojo por ojo, y diente por diente; y yo os digo, que no hagais resistencia si acaso os maltratan; sino que si alguno os hiere en el carrillo derecho, le presentéis el ótro: al que os quiere poner pleyto para quitaros vuestra túnica, alargadle hasta vuestra capa; y si alguno os ruega que andeis mil pasos por servirle, andad dos mil mas por amor de él; de este modo quiero que la caridad y la mansedumbre hagan vuestro carácter.

Hasta aquí se os ha dicho, Amarás á aquel con quien tienes alguna alianza, y aborrecerás á tu enemigo; pero

yo os digo: amad tambien á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y por los que os calumnian; no basta el no quererles mal, es necesario, ademas de esto, hacerles bien, y prevenirles con vuestros buenos servicios y obsequios; porque si amais á los que os aman, ¿que recompensa mereceis en esto? Los publicanos hacen otro tanto; y si no saludais sino á vuestros hermanos, ¿qué haceis en esto de extraordinario? ¿No lo hacen así hasta los mismos paganos? Imitad en esto la conducta de vuestro Padre celestial, y procurad, en cuanto vuestra flaqueza os lo permitiere, llegar á lo que hay de mas perfecto y mas elevado en la virtud.

Decir solamente de boca que se perdona la injuria que hemos recibido, y el mal que se nos ha hecho, es un puro cumplimiento que puede engañar á los hombres, pero no á Dios, el cual quiere que se perdone de corazon; y acordáos que el perdon de las injurias que se concediere al próximo, es, por decirlo así, la regla y la medida del que se debe esperar de Dios. En lo demas, la caridad con que debeis amar á todo el mundo debe desterrar de vosotros todo juicio temerario y toda sospecha: á solo Dios toca el juzgar; y es abrogarse sus derechos el hacerse juez de los pensamientos de los ótros; ningun hombre debe juzgar de la intencion del ótro. Nunca hagais nada por respeto humano, y mucho ménos por vanagloria: lo que entónces se trabaja, no solo no es meritorio delante de Dios, sino que es digno de un severo castigo; y así cuando deis limosna, procurad que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra mano derecha: Dios no estima ni recompensa sino lo que se hace por su amor.

Huid toda ostentacion en vuestras buenas obras, se obra mal desde el punto que se hace alarde del bien: no hagais nada con el fin de ser vistos y estimados de los hombres: la hipocresía es una impiedad duplicada; sed amigos de orar, pero orad con humildad, con confianza, con fervor y con respeto. Habiéndole dicho los apóstoles que los enseñase á orar, como Juan habia enseñado á sus discípulos, les dixo: Cuando tengais que orar, debeis orar de este modo.

Padre nuestro, que estás en los cielos (*Matth. 5.*): santificado sea tu nombre: venga á nos el tu reyno: hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro, ó que necesitamos para nuestra subsistencia, dánosle hoy: y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores: y no nos dexes caer en la tentación; mas libranos de mal. *Amen.* (Así sea). Pero cuando oreis, no imiteis á los hipócritas que gustan de orar de pie derecho en las sinagogas y en las plazas á fin de ser vistos de los hombres: en verdad os digo, que los tales ya han recibido su recompensa. Cuando vosotros hubiéreis de orar, entrad en vuestro cuarto, y cerrando la puerta luego que esteis dentro, orad á vuestro Padre en secreto, y vuestro Padre, que ve lo que está secreto, os recompensará vuestra oración.

Procurad que vuestra oracion vaya acompañada con el ayuno; es decir, con la mortificación, y de este modo será eficaz; pero en vuestras mortificaciones no imiteis á los hipócritas que afectan parecer pálidos y desmayados por la abstinencia. Tened siempre una cara alegre y serena el día que ayuneis, para que solo Dios sea testigo de vuestra penitencia. No deseis la condicion de los ricos y de los dichosos del siglo: la codicia es la raiz de toda suerte de males. No amontoneis para vosotros tesoros sobre la tierra, en donde el herrumbre y los gusanos lo consumen todo, y en donde los ladrones cavan y roban; y aun cuando pusiérais vuestros tesoros á cubierto de los accidentes y del pillage, ¿qué llevaréis de ellos con vosotros al sepulcro? Acaudalad tesoros en el cielo; porque en donde está vuestro tesoro, allí tambien está vuestro corazón. Sed ricos en virtudes y en buenas obras; pues todas las riquezas de este mundo no son otra cosa que espinas que punzan: sola la virtud es el verdadero tesoro.

## §. XXIV.

*Prosigue la moral de Jesucristo.*

Servid á Dios con fervor y con fidelidad, y no os cuideis de agradar ó desagradar al mundo; pues nada teneis que

esperar de él. Ninguno puede servir á dos amos: acordáos que no teneis otro soberano Señor que á Dios; servidle con confianza, y estad seguros que el que alimenta á las aves del cielo, y hace crecer los lirios ó azucenas del campo, no se olvidará de vosotros en vuestras necesidades. Buscad ante todas cosas el reyno de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará como por añadidura.

Disculpád á vuestros hermanos, y usad con ellos de indulgencia si quereis que se use de la misma con vosotros. ¡Cosa extraña! No vemos una viga, por decirlo así, en el ojo propio, y vemos una paja en el ojo de nuestro hermano: examinamos escrupulosamente las menores imperfecciones del próximo, exágeramos hasta sus menores defectos, vemos hasta los menores átomos, tenemos un zelo ardiente, y á veces tambien inquieto, gritamos eternamente que necesita de reforma, y pasamos tranquilamente por sobre nuestros mas groseros defectos. Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y despues pensarás en quitar la paja del ojo de tu hermano: si teneis zelo, empezad siempre la reforma por vosotros mismos.

No te olvides jamás que con la misma medida que midieres á los otros, se te medirá á tí: haz, pues, con los otros todo lo que quieres que los otros hagan contigo. Cuidado con no desconfiar jamás de la bondad de tu Padre celestial: vete sin cesar á él con confianza; no temas que tu importunidad le enfade: al contrario, las mas veces difiere otorgar lo que se le pide solo por el gusto que tiene de ser importunado. Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad á la puerta, y se os abrirá. Si no se os concede siempre lo que pedís, es porque las mas veces pedís lo que ha de seros nocivo: un buen padre jamás le dará una piedra á un hijo pequeñuelo que le pide pan.

No ignoro, añadió el Salvador, que hallaréis muchas dificultades en la práctica de estas máximas tan saludables; quiero advertiroslo de ante mano, y daros al mismo tiempo los medios de superarlas. La primera dificultad que hallaréis es el exemplo del mayor número de los que se dicen mis discípulos: se dirán mis discípulos, y nada ménos seguirán que mis máximas y mis leyes. El gran número no sea jamás vuestra regla; porque el camino que

lleva á la perdicion es espacioso, y ancha la puerta; y este es el camino que siguen los mas. Al contrario, el camino que lleva á la vida es estrecho, y apenas me atrevo á deciros lo corto que será el número de los que tomarán esta ruta (*Matth. 7.*). ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva á la vida! ¡y qué pocas gentes hallan la entrada! Bastante doy á entender que hablo de la ley evangélica, cuya moral y cuyas máximas he querido explicaros sucintamente, y como en compendio. Por mas que asegure que mi yugo es suave, y mi carga ligera, mis máximas no serán del gusto de los mundanos, y no faltarán personas que encontrarán mi moral demasiado austera; no obstante, no hay otro camino que éste que lleve al cielo; toda otra senda mas acomodada, mas ancha extravia; y este es el motivo por qué es tan corto el número de los escogidos de Dios. Sobre lo cual habiéndole dicho uno: Señor, ¿con que son tan pocos los que se salvan? El Salvador se excusó de responder, al parecer por no aterrarles, y se contentó con decirle: Esforzáos para entrar por la puerta angosta; porque os digo, que muchos buscarán cómo entrar, y no podrán por haberse extraviado demasiado.

El otro peligro que debeis evitar, y contra el cual debeis estar alerta, son los falsos profetas; guardáos de estos hipócritas, de estos lobos voraces revestidos de pieles de oveja, que baxo un exterior modesto y compuesto, que no respira sino sencillez y mansedumbre, armarán lazos á vuestra sencillez y á vuestra inocencia: unos, lisonjeando la concupiscencia y el amor propio, se esforzarán á justificar el camino ancho con el exemplo de la muchedumbre, y con falsos racionios para haceros entrar en él: otros, haciendo ostentacion de un falso zelo, y deslumbrándoos con un exterior engañoso y mortificado, querrán estrechar todavía mas el camino estrecho, y hacer la salvacion mas difícil de lo que es, y con esto acobardar y asustar á muchas gentes, ligando cargas pesadas y que no se pueden llevar, y poniéndolas sobre las espaldas de los otros, y á las que estos hipócritas ni quieren ni aun arrimar el dedo. Sin embargo, por mas disfrazados que estén, los conoceréis fácilmente por sus obras: un árbol malo no es capaz de

llevar fruto bueno. Sabed, que no todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reyno de los cielos. Yo no juzgaré á los hombres por su sistema, sino por el mio; ni reconoceré por míos, sino á los que hubieren hecho la voluntad de mi Padre, viviendo segun mis máximas y mi espíritu: el dia del juicio quitará la mascarilla á todos estos falsos profetas, á todos estos hipócritas. Yo sé que muchas personas me dirán en aquel dia: Señor, Señor, ¿no profetizamos nosotros en tu nombre? ¿no expelimos los demonios en tu nombre? ¿no predicamos con feliz suceso en tu nombre? ¿no dirigimos con fruto, no enseñamos con admiracion? ¿no hicimos en tu nombre estupendas conversiones, un gran número de buenas obras y de milagros? Y yo les diré entonces abiertamente: No os conocí jamás por mis verdaderos discípulos: apartaos de mí, vosotros que hicisteis obras de iniquidad, pues buscásteis vuestra gloria en vuestras mejores acciones; y de ningun modo la gloria de mi Padre: predicásteis mas bien vuestra doctrina que la mia: con vuestra conducta desmentisteis la santidad de la moral que exágerábais, solicitando vuestro aplauso: á la verdad, yo saqué mi gloria de vuestros trabajos; pero como vosotros no trabajásteis por mí, tampoco debeis esperar de mí el premio: trabajásteis sin provecho, ó por mejor decir, con pérdida, desde que solo buscásteis vuestro interés, desde que no seguisteis sino vuestra inclinacion, y desde que en el cumplimiento y desempeño de vuestro ministerio no hicisteis sino vuestra propia voluntad.

Tal fue el admirable sermón que predicó Jesus en el monte, y en otras partes, y que me ha parecido deberle reunir aquí para abreviar esta historia: es un resumen de la divina doctrina del Salvador, la que hasta entonces era desconocida á todos los hombres. Ni los antiguos patriarcas, ni los profetas, aunque por otra parte tan ilustrados, habian podido hacer este descubrimiento: su vista era demasiado limitada para penetrar tan arriba; solo aquel que la habia bebido en el seno del mismo Dios la pudo hacer inteligible. Una moral tan santa, tan pura, tan perfecta, tan sublime no podia aprenderse sino en la escuela del Hijo de Dios. Sería menester trasladar palabra por palabra todo el evangelio si

se quisiera referir aquí toda la sagrada doctrina de Jesucristo; al modo que si se quisieran referir todas las maravillas que hizo Jesucristo durante su vida mortal, no podrian caver en todo el mundo, como dice san Juan, los libros que sería preciso escribir.

## §. XXV.

*Otros milagros de Jesucristo.*

**H**abiendo baxado el Salvador del monte, donde acababa de instruir á sus discípulos y á toda la gente que se había juntado, un leproso vino á arrojarse á sus pies (*Luc. 7.*): díxole Jesus que se levantara, y se levantó limpio de su lepra. Luego despues, al ir á entrar á Cafarnaun, le rogáron los principales judíos de la ciudad que curara á un enfermo que estaba á los últimos; el tal era criado de un Centurion; esto es, de un oficial romano que mandaba cien soldados: este oficial era gentil; pero amaba á los judíos, y les había hecho edificar una sinagoga. Púsose en camino Jesus para ir á su casa; pero el oficial vino en persona donde estaba Jesus, y le dixo: Señor, no os incomodeis, porque no merezco yo que entreis en mi casa; y así me ha parecido que ni aun era digno de ir á veros; pero con una palabra que digais, quedará sano mi criado. Una fe tan viva agradó tanto al Salvador, que volviéndose hácia la gente que le seguia, les dixo: En verdad os digo, que no he encontrado tanta fe en Israel. ¡O, y cuántos extrangeros tendrán parte en la herencia celestial, de que serán privados los que debian ser los primeros herederos, como hijos primogénitos que son! Encarándose despues al Centurion, le dixo: Anda, hágase lo que deseas, segun tu fe, y en aquel mismo instante viniéron á decir al oficial, que su criado estaba perfectamente sano.

Habiéndole preguntado algunos discípulos de Juan Bautista, ¿por qué sus discípulos no ayunaban, cuando ellos pasaban toda su vida ayunando? Les respondió: ¿Cómo quieres que los amigos del Esposo estén tristes y se affixan, miéntras que el Esposo está con ellos? Pe-

ro dia vendrá en que les será quitado el Esposo, y entonces ayunarán, y su ayuno será harto mas austero que el vuestro.

Pocos dias despues, yendo Jesus á la ciudad de Nain, encontró á la puerta de la ciudad el acompañamiento de un jóven que llevaban á enterrar: el tal era un hijo único de una viuda, la cual iba en el acompañamiento desconsolada y llorosa. El Salvador, movido á compasion de la afligida muger, la dixo: No llores; y acercándose luego á las andas, puso sobre ellas la mano, y le dixo al muerto: Mancebo, levántate, yo te lo digo: lo mismo fué decir esto, que incorporarse el muerto, sentarse sobre las andas, y empezar á hablar; y cogiéndole Jesus de la mano, le entregó sano y bueno á su madre. No se puede decir cuál fue la admiracion de todos los circunstantes: ¿Se vió jamás cosa igual, se decian unos á otros, llenos de un santo temor? ¿se vió jamás un profeta tan grande? La fama de este prodigio se extendió bien presto por todo el pais, y no habia quien no quisiera ver y oír al que hacia semejantes milagros.

Los discípulos de san Juan fueron á ver á su maestro á la cárcel, y le contáron todos estos prodigios: en lo aturcidos y pasmados que estaban, conoció claramente el santo Precursor, que aunque les habia dicho tantas veces y tan expresamente que Jesus era el Mesías, todavía no lo creían; y así quiso que fuesen á convenirse de éllo por sí mismos. Habiendo, pues, ido los discípulos de Juan á hablar al Salvador, le dixéron: Juan Bautista nos ha enviado á saber de ti, si eres el que ha de venir, ó si debemos esperar ótro.

El Salvador, que estaba rodeado de una infinidad de gente, no les respondió por el pronto: curó entretanto en presencia de ellos todos cuantos enfermos habian venido á él, é hizo á su vista un gran número de milagros; y encarándose despues á los discípulos de Juan, les dixo: Id á contar á vuestro maestro todo lo que acabais de ver: decidle que los ciegos ven, que los cojos andan por su pie, que los leprosos quedan limpios, que los sordos oyen, que los muertos resucitan, y que será bienaventurado el que no se escandalizare de mí; es decir, el que no dudare de mi divinidad al verme en la

apariencia hombre como los demas: bienaventurados los que permanecieren firmes en la fe, cuando me vieren oprimido por mis enemigos, abofeteado, cubierto de salivas, harto de oprobios: bienaventurados, en fin, los que al verme padecer no se alterarán ni me abandonarán; y aquellos tambien á quienes mis humillaciones y mi muerte no serán un motivo de escándalo. Despues de esto hizo el Salvador un magnífico elogio de san Juan, reprendiendo vivamente á los fariseos que se hallaban presentes, y echándoles en cara la poca impresion que habian hecho en ellos las palabras y exemplo de este santo hombre.

## §. XXVI.

*Conversion de la pecadora, y parábolas que propone Jesucristo al pueblo.*

Aunque el Salvador no se las ahorra con aquellos hipócritas, sin embargo, nada omitia para ganarlos y convertirlos, hasta comer en casa de ellos cuando le convidaban, y preveía el fruto que habia de sacar de esta amable condescendencia.

(*Luc. 7.*) Estando un día á la mesa en casa de Simon el fariseo, fué á buscarle una muger, á quien su mala vida hacia muy conocida en la ciudad: esta muger, penetrada de un vivo arrepentimiento de sus delitos, el que habian excitado en su corazon las exhortaciones del Salvador divino, se puso detrás de Jesus, que estaba recostado sobre una tarima de tabla al uso del pais, y postrada á sus pies, no cesaba de regarlos con sus lágrimas; los enxugaba con sus cabellos, los besaba, y derramaba sobre ellos un bálsamo aromático que tenia en un vaso de alabastro. Viendo esto el fariseo que habia convidado á Jesus, decia en su interior: Si este hombre fuera profeta, sabria, sin duda, quién es la que le besa los pies. El Salvador, que penetraba lo que pensaba el fariseo, le hizo ver muy bien que nada se le escondia; y tomando la palabra, hizo la apología de aquella ilustré penitente por medio de una alegoría, que hacia comprender al fariseo que la perfecta contricion de aque-

lla pecadora, de la cual daba pruebas tan insignes, hacia á su mal extremamente agradable á Dios. La son perdonados muchos pecados, añadió Jesus, porque ha amado mucho; y volviéndose despues hácia la muger, la dixo: Vete en paz; tu fe te ha salvado, y todos tus pecados te se han perdonado. Esta remision de los pecados dió mucho que pensar á todos cuantos estaban á la mesa: ¿Quién es este hombre, decian dentro de sí mismos, quién es este hombre que así perdona los pecados? La conversion de esta muger, que hasta entonces habia sido pecadora, fué tan perfecta, que desde aquel punto vino á ser una de las mas fervorosas discípulas del Salvador, y fue la que despues le siguió á todas partes, y hasta el pie de la cruz en el Calvario.

Despues de esta insigne conversion corrió el Salvador, acompañado de sus apóstoles, la mayor parte de las ciudades y aldeas de Galilea, anunciando en todas partes el reyno de Dios, enseñando el camino de la salvacion, y confirmando en todas partes la santidad de su doctrina con una infinidad de milagros; y acomodándose al modo de hablar del pais, no hablaba al pueblo, por lo regular, sino en parábolas.

Sirvióse de la del sembrador para explicar los diferentes efectos de la palabra de Dios, segun son diferentes las disposiciones de los que la oyen (*Matth. 13.*): de la de la cizaña, que sembrada por malicia entre el buen grano, significa los malos, que se toleran en el campo del Señor, mezclados con los buenos; pero que algun dia será separada para arrojarla al fuego con la paja. La parábola del grano de mostaza, que aunque es el mas pequeño de los granos se hace tan alto, que llega á ser la mayor de todas las plantas, tanto, que las aves del cielo van á sentarse en sus ramas; nos propone la figura de una alma verdaderamente humilde: la de la levadura, que se extiende por toda la masa y la fermenta, significa la pureza de intencion; así como la perla fina, por la cual el negociante da todo su caudal, y el tesoro escondido son figura de la eterna salvacion, por lo cual debe el hombre sacrificar todo cuanto hay en el mundo. Queriendo tambien dar á conocer los funestos efectos de la recaída en el pecado, se sirve de la pa-

rábola del fuerte armado, que habiendo sido arrojado de una casa, vuelve con mayores fuerzas, entra en élla con mano armada, se fortifica, y no se le puede volver á echar.

La parábola de los convidados á la cena, que con pretextos frívolos rehusan asistir, úno por ir á ver su nueva casa de campo, ótro por ir á probar cinco yuntas de bueyes que habia comprado, éste porque se habia casado, aquél por negocios de su comercio y por otros embarazos; esta parábola, digo, pinta bastante visiblemente la indiferencia de los que se apartan de la comunión, y que por su apego á las cosas de la tierra se hacen indignos de la cena de las bodas del Cordero. La parábola del hijo pródigo es una de las mas bien descritas, y de las mas bien circunstanciadas, y la que hace la pintura mas natural de una alma que se aparta de Dios; pues describe todos los pasos que da el pecador en todos los desórdenes de su vida; pero así mismo representa todos los resortes que la divina misericordia pone en movimiento, los caminos admirables de que Dios se sirve para convertir al pecador, y la bondad con que le recibe cuando vuelve á él.

Ora sea una historia lo que se cuenta del rico gloton, como lo creen los mas; ora sea una simple parábola, como lo piensan ótros; nada da á conocer mas bien las infinitas desdichas de los dichosos del siglo que viven olvidados de Dios, ni las ventajas de una vida humilde y laboriosa, cuando está animada de una paciencia cristiana. Finalmente, queriendo el Salvador dar una idea, ó imágen sensible de su Iglesia, decia (*Matth. 13.*): El reyno de los cielos es semejante á una red, que echada al mar congrega de toda suerte de peces buenos y malos; los cuales se separan despues en la playa, poniendo los buenos aparte en vasijas, y echando fuera los malos. Así en el día del juicio se apartarán los escogidos de Dios de los réprobos. De este modo, acomodándose el Salvador á la capacidad de un pueblo enteramente terreno y grosero, les hacia sensibles las verdades mas espirituales y con estas comparaciones sencillas y familiares les descubria los misterios mas ocultos: entonces fue cuando se cumplió lo que habia di-

cho de él el Profeta: Os hablaré por figuras (*Psalm. 77.*): *Aperiam in parabolis os meum.*

Habiendo Jesus despedido al pueblo, se metió en una barca con sus discípulos para pasar al otro lado del lago. Apénas habian dexado la costa, cuando se levantó una gran tormenta, de suerte que las olas cubrian la barca. Miétras la borrasca lo turbaba todo, Jesus estaba durmiendo: los discípulos asustados á vista del peligro, le despiertan, clamando (*Matth. 8.*): Sálvanos, que somos perdidos. Jesus les responde: Gentes de poca fé, ¿por qué temeis? Cuando estais conmigo, ¿qué teneis que temer? Con vuestro temor dais á entender que solo medio me conoceis: dichas estas palabras se levanto, mandó á los vientos y al mar que se sosegaran, y al instante sobrevino una gran calma. Al ver esto, exclamaron todos: ¿Qué hombre es éste que los vientos y el mar le obedecen? Habiendo salido á tierra, libró á dos energúmenos furiosos que gritaban: Jesus, hijo de Dios, ¿por qué vienes antes de tiempo á atormentarnos? El uno de los dos estaba poseido de una legion de demonios; los que viéndose precisados por su orden á salir del cuerpo de aquel hombre, le pidieron le permitiese entrar en una piara de puerocos que pastaban por allí; permitiósele el Señor, y al instante todos aquellos animales se precipitaron en el mar y se ahogaron; hermosa figura de lo que sucede al pecador impenitente. Poco despues una muger que habia doce años que padecía un fluxo de sangre fue curada de repente con solo tocar la orla, ú orilla de su vestido. Al mismo tiempo vino uno de los príncipes de la sinagoga, llamado Jayro, el cual se postró á sus pies, suplicándole entrase en su casa, porque se le estaba muriendo una hija única de edad de doce años; el Salvador tuvo la benignidad de ir á verla; pero á mitad del camino vinieron á decir á Jayro que su hija habia muerto, que le ahorrase á Jesus el trabajo de pasar adelante; pero el Salvador, consolando á aquel afligido padre, le dixo: No temas, cree en mí solamente, y tu hija vivirá. Habiendo llegado Jesus á la casa, la halló toda metida en llanto; compadecióse el Señor, y les dixo: No lloreis; la niña no está muerta, sino que duerme; como si dixera, no esta muerta para mucho tiempo: el estado en que la veis, debe ser mira-

do como un sueño, del que me es tan fácil el hacerla salir, como lo es á un hombre el despertar á una persona que duerme. Como todos sabian que la niña estaba muerta, se riéron del Señor; entretanto Jesucristo, habiendo hecho salir del cuarto todos aquellos llorones y lloronas alquiladas, con todos los que tocaban los instrumentos músicos, los cuales, segun el uso del país, asistian á las ceremonias de los funerales para tocar cosas lúgubres, ó para embarazar que se oyesen los lloros; no quiso tener consigo sino al padre y madre de la niña, y á sus tres amados discípulos, Pedro, Juan y Diego; y tomándola de la mano, la dixo en voz alta: Niña, levántate. A estas palabras la niña se levanta tan buena y tan sana como si nunca hubiera estado enferma: y Jesus manda que la den de comer. Al ver esto fueron tantos los clamores de alegría que sucedieron á los lloros, que en toda la ciudad resonaban los vítores y bendiciones que daban al Señor; y bien presto se divulgó por toda élla un prodigio tan estupendo.

## §. XXVII.

*Mision de los setenta y dos discípulos.*

Creciendo y aumentándose la mies todos los días, dió á entender Jesus á sus discípulos la necesidad que tenia de operarios para cultivar un campo que estaba inculto y yermo tanto tiempo habia; y habiendo ya elegido los doce apóstoles, que correspondian á las doce tribus, como si el Salvador hubiese querido elegir un apóstol para cada tribu; quiso ademas de los doce, elegir setenta y dos discípulos para que trabajasen baxo la direccion de los apóstoles; y en este número se encuentran seis discípulos por cada tribu, al modo que Moyses eligió setenta y dos personas, seis por cada tribu, para que partieran con él el peso de los negocios (*Luc. 10.*). Habiéndolos juntado el Señor alrededor de sí, les dixo: Id por todo el país; mirad que os envío como corderos en medio de los lobos: no lleveis con vosotros ni bolsa, ni saco, ni zapatos; como si dixera, segun expresa San Mateo (*Ad. 6.*): no tengais ni oro, ni plata ni dinero alguno en vuestra

bolsa. La intencion del Salvador no era obligar á sus apóstoles y discípulos á andar á pies descalzos, ni prohibirles el uso de un báculo para descansar en él: lo contrario se ve en san Marcos; solo quiere darles á entender el espíritu de pobreza, de mortificación, de desinterés, de desapropio y de confianza con que los operarios del Señor deben trabajar en su viña, siempre prontos á ponerse en camino, sin hacer provision de nada de cuanto les sería necesario para vivir cómodamente mientras durasen sus correrías evangélicas; quiere que vayan con el equipage de unos simples caminantes sin llevar víveres en sacos, sin ir cargados de armas, que es lo que se entiende, segun algunos, por el término de báculo, ni de muebles inútiles, sin que tengan ni zapatos ni vestido que mudar; porque Dios provee siempre á las necesidades de los que en sus ministerios solo buscan su gloria y la salvacion de las almas, y no quiere en su servicio operarios sensuales y delicados.

Cuando fuéreis de camino, añadió, no saludéis á nadie; esto es, no os detengais en el camino á hacer visitas inútiles ó vanos cumplidos. En cualquiera casa que entreis, lo primero que habeis de hacer, es decir: la paz sea en esta casa; y si hubiere en élla un hijo de paz, esto es, una persona que tema á Dios, y con disposiciones cristianas, sobre él descansará vuestra paz; y si no le hubiere, vuestra paz se volverá sobre vosotros. Por la palabra paz se entiende en la Escritura un deseo de toda suerte de bendiciones. Por lo demas, permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo lo que os pusieren delante; en cualquiera ciudad que entreis si acaso os recibieren, comed lo que os dieren. El que es verdaderamente pobre, no piensa en pedir lo que sería mas de su gusto, ni tampoco rehusa lo que le dan. Curad tambien los enfermos que allí hubiere, y decidles, El reyno de Dios; esto es, la salvacion está cerca de vosotros: no hagais inútiles los medios que teneis de hacer bien.

Instruidos de este modo los setenta y dos discípulos, los envió el Salvador á anunciar el reyno de los cielos por los lugares y aldeas vecinas, en donde predicaron con mucho zelo, trabajaron con fruto, y volviéron llenos de gozo, diciendo: Señor, en vuestro nombre hemos

sujetado los demonios, y hemos curado milagrosamente los enfermos. Descubriendo Jesus en ellos una complacencia demasiado natural, quiso corregir todo lo que veía en ellos de mas defectuoso: y así les dixo: Ví á Satanás que caía del cielo como un rayo; dándoles á entender con esto, que el mas noble y mas perfecto ángel se habia perdido por la soberbia: que por mas santo y favorecido de Dios que uno sea, debe humillarse; y por mas prodigios que obre, y por mas fruto que haga, debe creer que es un siervo inútil. Aunque os he dado el poder de pisar las serpientes y los escorpiones, y de superar todas las fuerzas del enemigo sin que nada pueda resistiros ni dañaros; con todo, no os alegréis de que los espíritus se sometan á vosotros; porque estos puros dones no aumentan en vosotros el mérito: alegráos solamente de que vuestros nombres están escritos en el cielo; este es el único verdadero motivo de alegraros. En aquella misma hora, dice san Lucas, tuvo Jesus un transporte de gozo que venia del Espíritu santo, y levantando los ojos al cielo, exclamó (*Luc. 10.*): Yo te bendigo, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas á los sábios y entendidos del mundo, y las has revelado á los pequeñuelos. Todas las cosas han sido puestas en mis manos por mi Padre; y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelárselo. Volviéndose despues á sus discípulos, les dixo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os aseguro que muchos profetas y reyes deseáron ver lo que vosotros veis, y no lo viéron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyéron. Al decir esto, se levantó un doctor de la ley con ánimo de probarle, y le dixo: Maestro, ¿qué haré para salvarme? Jesus le respondió: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella? El doctor respondió: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu; y á tu próximo como á ti mismo. *Has respondido bien*, le dixo Jesus; *haz esto, y vivirás*. Queriendo el doctor saber si en el nombre de próximo comprendia Jesus á los extrangeros, ó solamente á los hermanos, le dixo: ¿Y quién es mi próximo? A esto

le respondió el Salvador con la parábola de un hombre que habiendo caído en manos de ladrones, los que le hirieron, y dexáron medio muerto en el campo, no fue socorrido ni por un sacerdote, ni por un levita, los que se pasáron de largo sin subministrarle ningun socorro; pero lo fue por un samaritano caritativo, que compadecido de él, tomó á su cargo el curarle, limpiándole él mismo las llagas y vendándose las; haciendo ver con este exemplo, que el amor del próximo debe ser un amor universal, un amor eficaz, y no un amor de paisanage, ni de puro cumplimiento.

## §. XXVIII.

*Da Jesus de comer á mas de cinco mil personas, con cinco panes y dos peces.*

**H**abiendo sabido Jesus que Heródes habia hecho morir á san Juan, y noticioso igualmente de lo que se decia de él en la córte de este Príncipe, se metió en una barca con sus discípulos; y habiendo atravesado el lago de Genezaret, fué á abordar á un lugar muy solitario en frente de Betsáida. Pero por desierto que fuese el lugar, se vió bien presto llegar á él una infinidad de gente: mas de cinco mil personas habian caminado á pie casi todo un dia para ir á encontrarle, y les era preciso hacer otro tanto camino para volverse á casa, sin que hubiesen tomado todavía ningun alimento. Despues que el Salvador los hubo instruido, y despues de haber curado á los enfermos, viendo los discípulos que se hacia tarde, le dixéron: Señor, despedidlos, para que vayan á las aldeas vecinas á comprar que comer; pero Jesus les dixo: No tienen necesidad de ir, dadle vosotros mismos de comer. Respondieronle: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces; ¿pero qué es esto para tanta gente? Doscientos denarios de pan (esta suma puede reducirse á cincuenta francos de moneda de Francia, y á ochocientos reales de la de España) no bastarian para que cada uno tomase un bocado, añadió Felipe. Hizo Jesus que le llevasen los cinco panes y los dos peces; y habiéndolos bendecido, hizo que los

sujetado los demonios, y hemos curado milagrosamente los enfermos. Descubriendo Jesus en ellos una complacencia demasiado natural, quiso corregir todo lo que veía en ellos de mas defectuoso: y así les dixo: Ví á Satanás que caía del cielo como un rayo; dándoles á entender con esto, que el mas noble y mas perfecto ángel se habia perdido por la soberbia: que por mas santo y favorecido de Dios que uno sea, debe humillarse; y por mas prodigios que obre, y por mas fruto que haga, debe creer que es un siervo inútil. Aunque os he dado el poder de pisar las serpientes y los escorpiones, y de superar todas las fuerzas del enemigo sin que nada pueda resistiros ni dañaros; con todo, no os alegréis de que los espíritus se sometan á vosotros; porque estos puros dones no aumentan en vosotros el mérito: alegráos solamente de que vuestros nombres están escritos en el cielo; este es el único verdadero motivo de alegraros. En aquella misma hora, dice san Lucas, tuvo Jesus un transporte de gozo que venia del Espíritu santo, y levantando los ojos al cielo, exclamó (*Luc. 10.*): Yo te bendigo, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas á los sábios y entendidos del mundo, y las has revelado á los pequeñuelos. Todas las cosas han sido puestas en mis manos por mi Padre; y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelárselo. Volviéndose despues á sus discípulos, les dixo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os aseguro que muchos profetas y reyes deseáron ver lo que vosotros veis, y no lo viéron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyéron. Al decir esto, se levantó un doctor de la ley con ánimo de probarle, y le dixo: Maestro, ¿qué haré para salvarme? Jesus le respondió: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella? El doctor respondió: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu; y á tu próximo como á ti mismo. *Has respondido bien*, le dixo Jesus; *haz esto, y vivirás*. Queriendo el doctor saber si en el nombre de próximo comprendia Jesus á los extrangeros, ó solamente á los hermanos, le dixo: ¿Y quién es mi próximo? A esto

le respondió el Salvador con la parábola de un hombre que habiendo caído en manos de ladrones, los que le hirieron, y dexáron medio muerto en el campo, no fue socorrido ni por un sacerdote, ni por un levita, los que se pasáron de largo sin subministrarle ningun socorro; pero lo fue por un samaritano caritativo, que compadecido de él, tomó á su cargo el curarle, limpiándole él mismo las llagas y vendándose las; haciendo ver con este exemplo, que el amor del próximo debe ser un amor universal, un amor eficaz, y no un amor de paisanage, ni de puro cumplimiento.

## §. XXVIII.

*Da Jesus de comer á mas de cinco mil personas, con cinco panes y dos peces.*

**H**abiendo sabido Jesus que Heródes habia hecho morir á san Juan, y noticioso igualmente de lo que se decia de él en la córte de este Príncipe, se metió en una barca con sus discípulos; y habiendo atravesado el lago de Genezaret, fué á abordar á un lugar muy solitario en frente de Betsáida. Pero por desierto que fuese el lugar, se vió bien presto llegar á él una infinidad de gente: mas de cinco mil personas habian caminado á pie casi todo un dia para ir á encontrarle, y les era preciso hacer otro tanto camino para volverse á casa, sin que hubiesen tomado todavía ningun alimento. Despues que el Salvador los hubo instruido, y despues de haber curado á los enfermos, viendo los discípulos que se hacia tarde, le dixéron: Señor, despedidlos, para que vayan á las aldeas vecinas á comprar que comer; pero Jesus les dixo: No tienen necesidad de ir, dadle vosotros mismos de comer. Respondiéronle: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces; ¿pero qué es esto para tanta gente? Doscientos denarios de pan (esta suma puede reducirse á cincuenta francos de moneda de Francia, y á ochocientos reales de la de España) no bastarian para que cada uno tomase un bocado, añadió Felipe. Hizo Jesus que le llevasen los cinco panes y los dos peces; y habiéndolos bendecido, hizo que los

distribuyeran entre todo aquel pueblo: comieron todos, y se hartaron, y de lo que sobró se llenaron doce canastas.

Un milagro tan estupendo le dió al pueblo tanto golpe, que no había quien no exclamase: Este es el profeta que ha de venir al mundo. Se pensaba también en cogerle y hacerle rey; pero habiendo conocido Jesus sus intenciones, se huyó otra vez solo al monte. Por la tarde, habiendo entrado sus discípulos en una barca, pasaron el mar para ir á Cafarnaun; pero empezando á soplar un gran viento, se encrespó el mar; y no habiendo podido los apóstoles abordar á fuerza de remos, se creyeron perdidos; tan violenta era la tempestad. Conoció el Salvador desde el desierto el temor y el riesgo en que se hallaban, y no tardó en ocurrir á lo uno y á lo otro.

Hacia las cuatro de la mañana fué á ellos caminando sobre la mar. Los apóstoles viendo á un hombre que caminaba sobre el agua, se asustaron creyendo ver un fantasma. El terror les hizo dar un gran grito; pero Jesus los sosegó, diciéndoles: No temais, yo soy. Señor, exclamó entonces Pedro, si sois vos, mandadme que vaya á vos, caminando también yo sobre las aguas: díxole Jesus ven. Lo mismo fue oír esto Pedro, que baxar de la barca, y caminar animosamente sobre el agua para ir adonde estaba Jesus; pero habiéndose aumentado el viento, tuvo miedo, y empezando á hundirse, exclamó: Señor, sálvame, que me hundo; cogiéndole Jesus por la mano, le dixo: Hombre de poca fe: ¿por qué has dudado? Tanta verdad es, que nos hundimos y empezamos á irnos á pique, aun á la vista del mismo Jesucristo desde el punto que dudamos, desde el instante que nuestra fe se amortigua, y es una fe vacilante. Pero lo mismo fué entrar Jesus en la barca con Pedro, que echarse el viento, y quedar la mar en calma. Todos estos prodigios hicieron que abriesen los ojos los discípulos, que hasta entonces no habían hecho bastante reflexión sobre el milagro de los cinco panes. Todas estas maravillas empezaron á excitar su admiración, y los obligaron que reconocieran por Hijo de Dios al que los había obrado. Habiéndose, pues, postrado á sus pies, le adoraron como á tal.

No bien hubo desembarcado en tierra de Genezaret,

al lado de acá del lago, cuando se esparció por todo el país la fama de la llegada del gran profeta lo que fue causa por todos los parages por donde pasaba le llevasen de todas partes enfermos en camas portátiles, los que se exponían fuera de las casas, y le suplicaban permitiese solamente el que tocasen la orla ó ruedo de su vestido; y todos cuantos le tocaban quedaban al mismo instante perfectamente sanos.

Calvino, conociendo claramente que todos estos hechos prodigiosos condenan visiblemente sus errores, y el menosprecio que hace de las reliquias de los Santos y su culto, no se contenta con acusar de superstición á los de Genezaret, sino que tiene también la insolencia y la impiedad de condenar la condescendencia de Jesucristo, en permitir que se atribuyese á sus sagrados vestidos una virtud milagrosa que no era propia sino de su sagrada persona, y el que esperasen curar tocando el ruedo ó franja de su túnica.

La gente que el Salvador había saciado milagrosamente con los cinco panes, deseaba con ansia saber qué se había hecho: habían visto entrar á los apóstoles en la barca, y sabían que Jesus no se había embarcado con ellos; y así quedaron aturdidos cuando supieron que estaba al otro lado del lago con sus apóstoles, sin saber cómo había pasado. No dudaron que hubiese ido á Cafarnaun, y desde luego se encaminaron todos allá; y habiéndole encontrado, le dixéron: Maestro, ¿cuándo has venido aquí?

El Salvador, sin detenerse á responder á una curiosidad tan inútil, les dixo: *No me buscáis por los milagros que habeis visto, sino por causa de los panes que habeis comido, y porque os habeis hartado (Joan. 6.).* Con esta ligera reconvencción les manifestaba el Hijo de Dios cuál era su disposición interior, y cuán interesado era el motivo de buscarle con tanta ansia. En lugar de mirar mis milagros como obras de un Dios, y como pruebas visibles de que soy el Mesías, no miráis en ellos sino el provecho temporal que os puede resultar, y no me seguís sino por fines groseros y carnales. Con cinco panes habeis comido hasta hartaros mas de cinco mil personas: este milagro os ha dado golpe; y viendo que nada os falta si-

guiéndome, me buscais con impaciencia; pero no por eso me creéis por Hijo de Dios y por Mesías: aquellos panes materiales milagrosamente multiplicados os saciaron, los hallásteis de un gusto exquisito; y viendo que sin trabajar hallais cerca de mí vuestro mantenimiento corporal, no buscais otra cosa siguiéndome. Creedme; tener motivos mas puros y menos interesados: el pan que os he dado alimenta vuestro cuerpo; desead un pan mas precioso y mas divino que sea alimento de vuestra alma: *Haced de modo*, les dice, *que tengáis un alimento que no se corrompa, sino que se conserve hasta en la vida eterna, el cual os le dará el Hijo del hombre, á quien el Padre, que es Dios, ha marcado con su sello* (Joan. 7.) Baxo el nombre de pan y de alimento habla aquí Jesucristo de sí mismo y de su propio cuerpo, como lo dice aun mas claramente en lo que se sigue: el Padre, que es Dios, le ha marcado con su sello; esto es, le ha comunicado todo su poder comunicándole substancialmente su naturaleza divina; como si dixera: siendo yo Dios como mi Padre, soy tan poderoso como él; y así no os admiréis de que pueda yo hacer el prodigio de daros por alimento mi propia carne y mi propia sangre. Los que le oían le preguntaron desde luego, ¿qué debían hacer para merecer un tan insigne beneficio? Lo que debéis hacer, respondió el Salvador, es tener una fe viva; es creer á mi palabra, creer en aquel que mi Padre ha enviado, y estar persuadidos que soy el Mesías, y que por mas elevada que sea sobre los sentidos y sobre la humana razon la maravilla que he de hacer, sujeteis ciegamente todas vuestras luces naturales á las de la fe.

El Hijo de Dios, que conocia perfectamente cuanto pasaba en el fondo de los corazones, habia tenido sobrada razon en decir á los que le oían, que no estimaban sus milagros sino por las ventajas que de ellos les resultaban, y que no por eso le creían por Hijo de Dios y por el Mesías; pues tuviéron el descaro de preguntarle, qué obras eran las suyas para que debiesen creer que era el Hijo de Dios. ¿Qué milagro haces, le dixéron, que nos obligue á creer tan ciegamente á tus palabras? Es verdad que has dado de comer á mas de cinco mil personas con cinco panes; pero esto ha sido un solo dia:

Moyses dió de comer por espacio de cuarenta años á mas de seiscientas mil almas con el maná que caía del cielo: ¿podrás hacer tú mas de lo que hizo Moyses? Respondióles á esto Jesus: En verdad, en verdad os digo: *No os dió Moyses el pan celestial; mi Padre es quien os dá en mi persona el verdadero pan celestial, porque el pan de Dios es el que viene del cielo, y da la vida al mundo* (Joan. 6). Al oír esto, exclamaron todos. Danos, pues, siempre este pan; entonces explicándose Jesus todavía mas claramente sobre el misterio de la divina Eucaristía, que era el principal objeto de todo este razonamiento, les dixo: Yo soy el pan de vida; el que viene á mí, el que cree á mi palabra, el que cree en mí, no tendrá jamás hambre ni sed. *Pero ya os he dicho*, añadió, *que me habeis visto, y que sin embargo no me creéis; vosotros me habeis visto hacer milagros, los admiráis, os alegráis encontrar en mí quien cure vuestras enfermedades, y quien os alivie en todos vuestros malos temporales; y á esto se reduce todo, pues no buscais otra cosa. Mis milagros os dan golpe; pero os hacen mas dóciles á mi palabra? producen en vosotros aquella buena fe, sia la cual serán inútiles mis mayores beneficios? Pero sabed que esta es la voluntad de mi Padre que me ha enviado, añadió, que cualquiera que ve al hijo y cree en él, tenga la vida eterna.*

De este modo disponia el Hijo de Dios aquellos espíritus materiales y carnales para el mas espiritual y mas admirable de todos los misterios; pero aquel pueblo indócil y grosero, léjos de rendirse á las verdades que el Salvador les hacia sensibles por medio de unos hechos tan maravillosos, *murmuraban contra él porque habia dicho, Yo soy el pan vivo que baxé del cielo; y decian* (Paul. 1. ad Cor. 2.): ¿No es éste Jesus, el hijo de José, cuyo padre y cuya madre conocemos todos? ¿Como, pues, dice, he baxado del cielo? Tanta verdad es, que el hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios: que los efectos mas admirables de su omnipotencia, de su sabiduría y de su amor infinito son las mas veces una necedad respecto de él, y que nada de esto puede comprender. Respondióles entonces Jesus: No murmureis los unos con los otros: ninguno puede venir



podido explicarse mas claramente, ni decir en términos mas formales, mas propios, **ni** mas enérgicos, que el pan que les daría á comer era realmente, y sin figura su propio cuerpo, su carne y su sangre: *Pánis quem ego dabo caro mea est pro mundi vita.*

Los judíos se hicieron bien cargo del pensamiento del Salvador, y desde luego comprendieron que no hablaba Jesucristo en un sentido figurado, sino de una manducacion real y propia; y así se dixéron los unos á los otros: ¿Co no puede este hombre darnos á comer su carne? Si Jesucristo no hubiera dicho sino lo que los hereges de estos últimos tiempos le quieren hacer decir: si no hubiera hablado sino de la manducacion por la fe; si no hubiera querido decir otra cosa sino que este pan era figura de su cuerpo, y no su misma carne; conociendo como conocia lo que pensaban sus oyentes; sabiendo lo que les repugnaba y chocaba esta frase, y oyendo como oía sus murmuraciones, ¿podía dexarlos en un error á que sus propias palabras habian sido motivo? ¿podía dexar de decirles que no debian tomar por la realidad lo que no les decia sino en figura? ¿podía dexar de suavizar y modificar sus expresiones? ¿no estaba obligado á hacerlo? Sin embargo, hace todo lo contrario: los confirma en su opinion, se sirve de términos todavía mas claros y mas fuertes; y añade un modo de hablar, que no empleaba sino quando queria decir alguna cosa que merecia una particular atencion, y cuando queria hacerla entender mejor: en verdad, en verdad os digo, y no puedo deciroslo demasiado, que si no coméis la carne del Hijo del hombre; y si no bebéis su sangre, esta carne y esta sangre que componen realmente mi cuerpo, no tendréis la vida en vosotros. Y para manifestar massuperabundantemente su pensamiento y el verdadero sentido de sus palabras, añade inmediatamente: *Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida; y el que come mi carne y bebe mi sangre, queda en mí, y yo en él. En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre, y si no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros;* quiere decir, no perseveraréis mucho tiempo en gracia de Dios. *Yo soy el pan de vida.* Vuestros padres comieron el maná en el de-

sierto, y murieron: si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente: y el pan que yo os daré es mi carne: *Pánis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita;* el pan que yo os daré es el mismo cuerpo que ha de ser inmolado en la cruz por la salvacion de todo el mundo.

Adviértase que Jesucristo habla y responde así á los que acaban de manifestarle la repugnancia que les costaba el creer, que el pan que les queria dar á comer fuese su propia carne; á unos hombres que le habian dado á entender que no podian imaginar que su propio cuerpo y su propia carne se pudiesen dar jamás á comer, que pudiesen ser jamás un verdadero alimento, y que murmuraban porque Jesucristo lo habia aseverado. Díganos los hereges de estos últimos tiempos, ¿como hubiera debido Jesucristo explicarse, de qué otros términos mas claros, mas propios y mas formales se hubiera debido servir para decirnos que la divina Eucaristía contenia realmente su cuerpo, que era su propia carne lo que habíamos de comer en este sacramento, que nos daba realmente su propia carne á comer, en una palabra, qué pensaba de esta maravillosa manducacion del mismo modo que piensa y cree la Iglesia católica?

Se ve claramente por todo este discurso de Jesucristo, por los términos propios, expresivos y naturales de que se sirve, por las expresiones y repeticiones que emplea de los mismos términos, cuánto tenia en el corazon este gran misterio, y cuánto temia que se habia de pensar que por los términos de carne y sangre, de comer y beber habia hablado en un sentido figurado y metafórico, hablando de un misterio y de un prodigio en que todos los sentidos y la misma razon humana se alteran, y como que lo repugnan, y en el que se pierde el espíritu humano. También lo tomaron en el sentido propio, y segun la realidad los que lo escuchaban: comprendieron desde luego que Jesucristo queria darles á comer su propia carne y á beber su propia sangre, no en un sentido figurado, sino realmente; y esto fue lo que movió á algunos de sus discípulos, no de los setenta y dos, sino de los que hasta entonces le seguian ordinariamente, á exclamar, Dura es esta proposicion, ¿quién la puede oír? *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?*

Como el Salvador no explicaba este misterio á escondidas, sino públicamente en Cafarnaun, y en sinagoga plena, se encontraron muchos incrédulos que pensaron ya entonces como los hereges de nuestros tiempos, que esta doctrina de la Eucaristía no se podía sostener, y que entendiéndola Jesucristo en el sentido propio y no en el figurado, repugnaba á los sentidos y á la razon; pero sabiendo Jesucristo por sí mismo que los judíos murmuraban, les dixo: ¿Os choca, y se os hace increíble esta doctrina? No me es mas difícil daros solamente mi cuerpo á comer, que subirme visiblemente al cielo por mi propia virtud y poder; sin embargo, vereis este prodigio con vuestros propios ojos, ¿por qué, pues, no quereis creer este otro milagro? Creedme, añadió el Salvador: *el espíritu es quien vivifica, la carne para nada aprovecha: si se la escucha, no sirve sino para inducir al error. Sabed que lo que os he dicho es espíritu de vida. Yo soy el camino que no puede extraviaros, la verdad que no puede engañaros, la vida que es eterna: yo soy el camino que conduce á la verdad, y soy la verdad que da la vida (Joan 6.).* El camino de los sentidos lleva al error, y el error da la muerte al alma. En este misterio si solo se escucha á la carne, es decir, á una razon puramente humana y carnal: si solo se consulta con los sentidos, todo choca, todo altera; es necesario elevarse por la fe sobre los sentidos y sobre la misma razon; es necesario mirar este misterio con las luces enteramente espirituales de la fe. El espíritu es quien vivifica, pues el justo vive de la fe; al contrario, el pecador y el herege, abismados en el error por no levantarse jamás sobre la carne y los sentidos, están en un estado de muerte, porque la carne mata no menos que la letra.

En este sentido dixo el Salvador poco tiempo despues á Pedro: No te lo ha revelado la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Diciendo Jesucristo que el espíritu es quien vivifica, y que la carne de nada aprovecha, no decia que la carne unida hipostáticamente á la divinidad que queria darnos en alimento del alma, de nada servia; solo hablaba de nuestro modo de concebir carnal y material, el cual es incapaz de hacernos comprender lo que la omnipotencia de Dios puede hacer; y

en el mismo sentido dixo despues san Pablo: que la letra mata, y el espíritu vivifica; y que el hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios (*Paul. 2. ad Cor. cap. 3. et 1. ad Cor. cap. 2.*).

Conocia perfectamente Jesucristo todo lo que pensaban los cafarnaitas; los cuales, no teniendo sino una inteligencia del todo carnal, se imaginaban que el Salvador queria darles su carne á comer, y su sangre á beber del mismo modo que se bebe y se come lo que sirve de alimento al cuerpo; se imaginaban, dicen los santos padres, que Jesucristo queria darles materialmente á comer su carne hecha trozos; esto era lo que los obligaba á reclamar y á decir: *dura es esta proposicion, ¿y quién puede oirla?* Esto obligó al Hijo de Dios á decirles, que la carne en sí misma, separada de la divinidad y del espíritu que vivifica, no serviria de nada. Fué como decirles: la carne humana separada de la divinidad; como lo es la de todos los puros hombres, es una vianda corporal que causa horror, que no es propia sino para podrirse, y que no puede servir de alimento sino á los salvages y á las bestias carniceras; pero el cuerpo que yo intento daros en alimento, es una carne unida substancialmente á la divinidad, y así debe ser alimento del alma y de la vida eterna; pero para que alimente el alma y dé la vida, no se debe separar del espíritu que vivifica; esto es, no debe separarse de la fe, que es la vida del justo. A los judíos de Cafarnaun, que se habian escandalizado del misterio de la Eucaristía con los ojos espirituales de la fe, díceles, pues, el Hijo de Dios, que lo que les habia dicho era espíritu y vida, y que no debian entenderlo de un modo grosero y carnal, como se lo habian desde luego imaginado: que su carne, unida á la divinidad, debia ser alimento espiritual del alma, no del cuerpo; y que aunque su carne hubiese de ser dada á comer real y verdaderamente, esto sería de un modo milagroso, baxo las apariencias de pan; de suerte, que esta manducacion nada tendria que chocase á los hombres; pero no aprovecharia sino á los que tuviesen una fe viva y un corazon puro.

## §. XXX.

*El misterio de la Eucaristía choca á algunos discípulos de Jesucristo, los que se hacen apóstatas.*

Sin embargo de una explicacion tan clara, no faltaron algunos de los que hasta entonces habian sido discípulos del Salvador, á quienes todavia pareciese demasiado dura esta doctrina y esta verdad: como no comprendian que Jesucristo fuese hijo de Dios, y como no lo miraban sino como un puro hombre, no quisieron jamas creer que pudiese hacer lo que decia.

Por mas zeloso que fuese el Salvador de su salvacion, no quiso modificar en nada su doctrina sobre este misterio, como quien sabia muy bien que nada habia dicho que no fuese verdad: contentóse, pues, con decir, lastimándose de su incredulidad, que no ignoraba habia entre ellos algunos que no creían, porque siempre habia tenido conocimiento, añade san Juan, de los que no creían, y en particular del que le habia de entregar (Hablabá del traidor Júdas que estaba falto de fe, y que se puede mirar como el caudillo y padre de todos los hereges que niegan la presencia real de Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía). Por eso añadió Jesus que ninguno podia venir á él si no le era concedida esta gracia por su Padre. La fe es una gracia; pero es una verdad de fe que se puede resistir á la gracia, y esto lo prueba demasiado el exemplo del desventurado Júdas y de los discípulos incrédulos que se retiraron y no siguiéron mas al Salvador. Esta desercion de los discípulos aun despues de la explicacion que Jesucristo les acababa de hacer, es una prueba evidente de que tomaron sus palabras por una promesa que les hacia de darles realmente su cuerpo á comer, y su sangre á beber. Si las cosas no hubiesen debido pasar sino en figura en este misterio, la bondad, y aun la justicia del Salvador pedian, como se ha dicho, que los desengañara; pues su error y su delito no hubiera sido otro sino tomar las palabras de su maestro en el sentido que debian tener; el no hacerlo, era

armarles un lazo en que debia caer todo hombre de juicio, todo hombre de razon; ¡Qué impiedad, creer á Jesucristo capaz de una malicia tan refinada! Este buen Pastor, que corre tras las ovejas que se han descarrido, y las carga sobre sus hombros para volverlas al redil, ¿hubiera podido hacerlas salir del redil él mismo engañándolas voluntariamente?

Esta desercion de muchos de sus discípulos affligió sensiblemente al Salvador divino; mostrólo el Señor bastante, quando encarándose á sus apóstoles, y á los otros discípulos que habian permanecido fieles, les dixo: ¿Por ventura quereis vosotros retiraros tambien? *Numquid et vos vultis abire* (Joan 6.). Entonces Simon Pedro, tomando la palabra por todos, y juzgando de la disposicion interior de los otros por la suya, le dixo: ¿A quién irémos? Vos teneis las palabras de la vida eterna, quiso decir: Vos no enseñais nada, no nos decis nada que no sea verdad, por mas que lo que nos decis parezca admirable, increíble, é incomprendible: vos sois el Todopoderoso, y la misma verdad; y sola vuestra doctrina puede hacer que consigamos la vida eterna, y la eterna salvacion.

Algunos dias despues, yendo Jesus con sus discípulos por los confines de Tiro y de Sidon (*Matth. 15.*), se encontró en el camino con una muger cananea que venia hácia él gritando: Señor, hijo de David, tened misericordia de mí; mi hija es atormentada y maltratada del demonio. Los judíos daban el nombre de cananeos y de fenicios á los de Tiro y Sidon, porque descendian de los antiguos cananeos, y porque estas dos ciudades estaban en la Fenicia. Haciendo Jesus como que no la oía, no la respondió nada; pero ella no cesaba de gritar. Los apóstoles, fatigados de sus clamores, dixéron al Señor: Maestro, despachad á esta muger, que clama sin cesar detras de nosotros, y nos importuna. Respondióles el Salvador: Yo no soy enviado sino á las ovejas descarriadas de la casa de Israel que se han perdido; y siendo pagana esa muger, no pertenece á mi rebaño. La muger, sin acobardarse por esto, se adelanta, y postrándose á los pies de Jesucristo, le dice: Señor, tened misericordia de mí. Respondióla Jesus en un tono un poco seco: No es razon co-

ger el pan de los hijos, y echarle á los perros. Es verdad, Señor, replicó la muger; pero á lo menos no se les niega á los perros las migajas que caen de la mesa de sus amos. Embelesado entonces el Salvador de la fe y perseverancia de esta muger extranjería, la dixo: Mugger, grande es tu fe, hágase contigo conforme deseas; y en aquel mismo instante quedó su hija libre del demonio que la atormentaba.

Como toda la vida de Jesucristo no era sino una série continuada de milagros, no se veían en los caminos por donde pasaba sino tullidos, ciegos, sordos y otros enfermos, y todos sanaban repentinamente; porque salía de él, dice san Lucas, una virtud que los curaba á todos (*Luc. 6.*). Dió de comer otra vez milagrosamente con siete panecillos y algunos peces pequeños á mas de cuatro mil personas que le seguían tres dias habia; y llegando á Betsáida, dió vista á un ciego, poniéndole los dedos sobre los ojos. Los fariseos y los saduceos, que no buscaban sino como armarle lazos, le pidieron que hiciese delante de ellos algun nuevo prodigio en el ayre; pero el Salvador, despues de haberles echado en cara su incredulidad y su hipocresía, dando un profundo suspiro, repitió lo que ya en otro tiempo habia respondido á otros que le hicieron semejante pregunta; díxoles: Esta nacion perversa é infiel pide un prodigio, y no habrá para élla otro prodigio sino el del profeta Jonás; es decir, aquel de que el profeta Jonás fue figura; pues el haberse tragado la ballena al Profeta, y haberle vomitado de su vientre despues de haber estado tres dias en él, significaban la muerte de Jesucristo, el tiempo que su cuerpo habia de estar en el sepulcrao, y el milagro de su gloriosa resurreccion.

## §. XXXI.

*Confiesa san Pedro que Jesucristo es el Hijo de Dios, y el Señor le hace cabeza visible de la Iglesia*

**H**abiendo ido el Salvador á los contornos de Cesarea de Filipo, ciudad situada hácia el nacimiento del Jordan,

un dia caminando, preguntó á sus apóstoles; ¿qué se pensaba de él en la Judea despues de tantos milagros como habia hecho? (*Matth. 6.*) Los apóstoles le respondiéron, que unos creían que era Juan Bautista que habia resucitado, que otros decían que era Elías, otros Jeremías, ó alguno de los profetas. Y vosotros, les dixo Jesus, quién decis que soy? Entonces Pedro, tomando la palabra, respondió: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo. Díxole Jesus: Eres bienaventurado, Simon, hijo de Jona, porque esto no te lo ha revelado la carne, ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra élla. Yo te daré las llaves del reyno de los cielos; y todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado tambien en el cielo; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en el cielo. Despues de esto, prohibió el Señor á sus discípulos el que dixeran á nadie que él era Jesucristo; sin duda, porque esta opinion no fuese un obstáculo á su pasion y á la muerte que habia resuelto padecer por la salvacion de los hombres.

Desde entonces empezó á decir á sus discípulos con términos los mas expresos, que habia de padecer mucho en Jerusalem de parte de los ancianos, de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes: que sería entregado á la muerte; pero que resucitaria al tercero dia. Sobre lo cual habiéndole cogido aparte Pedro, le dixo con la ingenuidad y fervor que acostumbraba: Señor, no quiera Dios que seais tratado jamás tan indignamente: no quiera Dios que tal os suceda. Volvió Jesus hácia él, y le dixo: Retírate de mí, que hablas como ministro de Satanás, y me eres un motivo de escándalo: ¿por qué no quieres que cumpla yo la obra de la redencion de los hombres, para lo cual me ha enviado mi Padre?

En esta ocasion, y con este motivo, dixo Jesus, no solo á sus discípulos, sino á todos los que quisiesen seguirle: que quien quiera seguir sus pisadas, debía renunciarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirle; porque el que quisiese salvar su vida, esto es, buscar sus placeres y sus comodidades, la perderá; y quien la hubiere perdido por mí, por medio de la mortificacion y del martirio, la volverá á en-

trar. Y así, ¿qué le sirve al hombre, añadió, ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿y qué dará en trueque por sí mismo? Si alguno quiere ser mi discípulo, renúnciese á sí mismo, lleve su cruz todos los días, y sígame: por las humillaciones y trabajos quiero salvar al mundo; y el que no fuere por este camino, no puede seguirme. Finalmente, añadió, el que se avergonzare de mí y de mi evangelio, me avergonzaré yo de él cuando viniere en el resplandor de mi gloria. Levantando despues la voz, exclamó: En verdad os digo, que algunos de los que están presentes aquí, no morirán hasta que vean lleno de magestad, rodeado de luz, y revestido de resplandores de gloria al que ahora veis tan humilde y tan semejante á los demas hombres; y por decirlo así, al que ahora veis en la obscuridad y en el abatimiento (*Matth. 16*). Sin duda hablaba el Señor de su gloriosa resurreccion, ó quizá su transfiguracion, de la que fuéron testigos Pedro, Juan y Diego.

S. XXXII.

### *La transfiguracion de Jesucristo.*

**E**n efecto, seis dias despues tomó Jesucristo consigo sus tres amados discípulos, y los llevó á un monte alto, que se cree ser el Tabor, en la Galilea, inmediato al gran llano de Esdrelon y del torrente Gison, á dos leguas cortas de Nazaret hácia el Oriente (*Ibi. 17*): el monte Tabor es muy alto, y aunque la cima parece terminar en punta, sin embargo, en lo alto hay una llanura de cerca de media legua, en la cual la emperatriz santa Elena hizo edificar despues una magnífica iglesia, con tres capillas pequeñas para representar los tres tabernáculos que san Pedro deseó se edificáran. Habiendo, pues, llevado el Salvador sus tres apóstoles á la cima de dicho monte, se puso en oracion, y de repente se transfiguró á vista de ellos: su cara quedó tan resplandeciente como el sol, y sus vestidos se pusieron tan blancos como la nieve. Al mismo tiempo parecieron á sus lados Moyses y Elías hablando con él de la muerte, que dentro de poco había de padecer en Jerusalem. Viendo los tres discípulos la gloria que rodeaba

á su divino Maestro, quedáron deslumbrados. Pedro entonces, transportado de gozo, y como fuera de sí, exclamó: ¡Ah Señor, qué bueno es para nosotros estar aquí! Hagamos aquí tres tiendas, una para vos, ótra para Moyses, y ótra para Elías. Estando todavía hablando, una nube luminosa los envolvió, y de repente salió de la nube una voz que decia: *Este es mi hijo querido en quien tengo todas mis complacencias; oídle* (*Luc. 9*). A estas palabras, sobrecogidos los discípulos de un santo terror, se postráron con el rostro hácia la tierra; pero á poco tiempo, habiéndose disipado todo aquel resplandor, y habiendo desaparecido Moyses y Elías, se acercó á ellos Jesus, les alentó, y les dixo: Levantáos. Entonces levantando ellos los ojos, no viéron á nadie sino á Jesus, el cual les prohibió el que dixesen lo que habian visto hasta despues de su resurreccion: tanto cuidado tenia el Señor de alejar y prevenir todo lo que hubiera podido retardar su pasion, ó servirle de obstáculo para padecer.

Transfiguróse el Salvador, dicen los PP.; primero, para cumplir la promesa que habia hecho á sus discípulos de hacerles ver un bosquejo del resplandor de su gloria y de su magestad, y para afirmarles en la creencia en que estaban de que era el Mesías. Segundo, para fortalecerles contra el escándalo de su pasion y de su muerte. Como Moyses representa la ley y Elías á los profetas, quiso el Hijo de Dios que estos dos personages pareciesen en su transfiguracion para mostrar á sus apóstoles que la ley y los profetas le daban testimonio, y se terminaban en su persona.

Miéntas que el Salvador estaba en la cima del monte, muchas gentes se habian juntado en el llano, en donde le estaban esperando. Lo mismo fue dexarse ver, que postrarse á sus pies un hombre, y suplicarle le sanase un hijo único, que estaba lunático, ó epiléptico, y poseido de un demonio furioso que era sordo y mudo; le he presentado á tus discípulos, añadió, y no le han podido curar. Echó Jesus en cara á sus discípulos su poca fe, y pidió al que deseaba el milagro que tuviese mucha fe, y despues le dixo: Si puedes creer, todo es posible al que cree. El padre del niño exclamó al punto con las lágrimas en los ojos: Creo, Señor, aumenta y fortifica mi poca fe. Al oír

esto Jesus, amenazó al demonio, y le dixo: *Espíritu sordo y mudo, sal del cuerpo de este jóven, y no entres mas en él. Yo te lo mando (Matth. 9.)*. A estas palabras salió de él el demonio, dando grandes gritos, y agitándole con tanta violencia, que le dexó medio muerto; pero cogiéndole Jesus de la mano, le entregó sano y bueno á su padre. Los discípulos que ántes de la llegada del Salvador habian exorcizado al endemoniado, pero inútilmente, le preguntaron aparte, ¿por qué ellos no habian podido expeler aquel demonio? Por vuestra poca fe, les respondió el Señor: No teneis todavía sino una fe débil y bacilante; y estas suertes de milagros piden una fe viva, y una confianza perfecta, y ademas de esta fe, mucha devocion y mortificacion: en verdad os digo, añadió el Salvador, si vuestra fe fuese solamente como un grano de mostaza, esto es, si fuera una fe pura y muy viva, pues se debe tomar la comparacion, no de la pequenez del grano de mostaza, sino de la fuerza y virtud de este grano, el cual aunque abulta poco, sin embargo, llega á hacerse un árbol: si vuestra fe, pues, dice el Salvador, igualara solamente á un grano de mostaza, con solo que dixerais á este monte (hablaba del Tabor), pasa de aquí allá, pasaria al instante, y nada os sería imposible.

## §. XXXIII.

*Jesucristo predice su muerte á sus discípulos, y les da una importante leccion de humildad.*

**E**ntretanto preparaba el Salvador á sus discípulos para el escándalo que habia de causarles su muerte, cuyo tiempo se acercaba; y aprovechándose de todas las ocasiones que se presentaban de prevenirles todo lo que habia de padecer, les hacia de todo esto las mas vivas pinturas (*Marc. 9.*). El Hijo del hombre, les decia, será entregado en manos de los hombres: quitaránle la vida, y despues de haberle muerto, resucitará al tercero día; pero los discípulos, añádele el Evangelista, no comprendian lo que les decia, tomando, sin duda, esta prediccion en un sentido figurado, y por una metáfora, porque no podian imaginarse que

pudiese jamás suceder realmente lo que Jesucristo les decia de su pasion, de su ignominiosa muerte y de su resurreccion: tampoco se atrevian á preguntarle, quizá temiendo les dixese demasiado, y mas de lo que quisieran, para hacerles creer una cosa que les habia de afligir mucho, y de que el solo pensamiento les asustaba.

Habiendo llegado á Cafarnaun, les preguntó á sus discípulos, ¿qué era de lo que hablaban en el camino? Ninguno se atrevió á responderle; porque habian disputado sobre quién de ellos era mayor; esto es, quién ocuparia el primer puesto en el reyno del Mesías; en lo que se ve cuán imbuidos estaban de las ideas terrenas de los judíos, los cuales creían que el reyno del Mesías sobre la tierra sería un reyno de abundancia, de magnificencia y de esplendor; pero el Salvador quiso con su bondad y su mansedumbre ordinaria corregir sus falsas ideas; para lo cual les dixo: Si alguno quiere ser el primero en mi reyno, sea el postrero de todos y el criado de todos (*Marc. 9.*): el mayor título de grandeza para conmigo es la mas profunda humildad: el que es mas humilde, éste será mayor. Y cogiendo luego á un niño pequeuelo, le puso en medio de ellos; y despues de haberle abrazado, en señal de la ternura con que miraba á las almas humildes, les dixo: Si no mudais de opinion, es decir, si no teneis sentimientos baxos y humildes de vosotros mismos muy diferentes de los que habeis tenido hasta aquí, y si no os haceis como niños, no entraréis en el reyno de los cielos: cualquiera, pues, que se hiciere pequeño como este niño, éste será el mayor en el reyno de los cielos (*Matth. 18.*).

Yendo despues Jesucristo á Jerusalem á la fiesta de Pentecostes, que era muy célebre entre los judíos, y se llamaba así, porque era el día cincuenta despues de la pasqua (en memoria de que el día cincuenta despues de la salida de Egipto se les dió la ley en el monte Sinai), los samaritanos, por cuyo pais pasaba el Salvador con sus discípulos, le negaron la entrada en una de sus ciudades: irritados de este atentado Juan y Jacobo hijos del Zebedeo, rogaron á Jesucristo les permitiera hacer baxar fuego del cielo sobre aquella ciudad, como en otro tiempo lo habia hecho Elías en igual caso; pero el Salvador les reprehendió que era su zelo demasiado amargo, diciéndoles, que

la mansedumbre **debía** ser compañera inseparable del zelo.

## §. XXXIV.

*Enseña Jesucristo á sus discípulos por medio de muchas parábolas.*

Jesucristo no **cesaba** de instruir á sus discípulos en secreto, y al pueblo **en público**, explicándoles de un modo acomodado y familiar los misterios de la religion, y los principales puntos de su moral, ya por medio de exposiciones simples y naturales de sus grandes verdades, ya por comparaciones familiares y proporcionadas á la capacidad de cada uno; y lo **mas** comun era por medio de las parábolas. Queriendo, pues, darles á entender que es necesario estar siempre prevenidos contra las sorpresas de la muerte, que es necesario velar siempre, estar siempre alerta; en fin, que es necesario estar siempre prontos á ir á presentarse delante de Dios, porque la hora de la muerte es incierta; les propuso la parábola del criado vigilante que está siempre pronto á abrir la puerta á su amo á cualquiera hora que venga, la del padre de familias que está siempre alerta contra los artificios y sorpresas de los ladrones, y de las diez vírgenes, de las que las cinco, demasiado descuidadas en hacer la provision de aceyte para sus lámparas ántes de la llegada del esposo, son arrojadas por no haber sido **mas** diligentes, mientras que las otras cinco **mas prudentes**, habiendo hecho con tiempo su provision, se encuentran en estado de recibir al esposo á cualquiera hora que venga.

Queriendo el Señor hacerles conocer como una vida pobre, humilde y laboriosa es preferible á una vida deliciosa, regalona y llena de prosperidades, les propuso el exemplo de Lázaro y del rico gloton. Queriendo asimismo confundir á los que presumen tanto de sí mismos, como si fueran unos santos, les representa dos hombres que suben á un mismo tiempo al templo á orar, el uno fariseo, y el otro publicano: aquel estándose en pie con arrogancia, en lugar de suplicar á Dios humildemente, le hace ostentacion de sus pretendidas buenas obras, hace alarde de

éllas, y aun tiene una compasion insultante del pobre publicano, á quien tiene por indigno de comparecer delante de Dios, y le mira como muchos codos debaxo de él; al paso que el publicano, teniéndose por el mayor pecador, se da golpes de pechos; y no atreviéndose ni aun á levantar los ojos al cielo, se contenta con decir: Dios mio, apiadáos de un pecador tan grande como yo. De este modo el publicano, que al entrar en el templo era quizá mayor pecador que el fariseo, sale justificado; mientras que el fariseo, que habia entrado tal vez mas inocente que el publicano, sale mas criminal y mas culpable (*Luc. 18*).

La parábola del criado que debe diez mil talentos, y no teniendo con que pagar, encuentra un amo que por compasion le perdona gratuitamente la deuda, mientras que este mal criado trata con la mayor crueldad á uno de los que servian al mismo amo, el cual no le debía sino cien denarios de plata (*Matth. 18.*). Esta parábola, digo, condena visiblemente la dureza con que tratan algunos á sus hermanos, al paso que piden que los otros usen de toda indulgencia con ellos; y para hacer ver que se puede con el fervor merecer tanto con Dios en poco tiempo, como los que se han hecho viejos en su servicio, les propuso la parábola de los trabajadores que habiendo ido al trabajo á la última hora, recibieron la misma paga que los que habian trabajado desde el amanecer (*Matth. 20*). La parábola de los talentos con que habian negociado, y que habian multiplicado los dos criados fieles é industriosos, y que el tercero tímido y haragan le habia enterrado, manifestaba bastantemente cuánto importa no hacer inútiles los talentos que Dios nos ha dado, y las gracias y favores que nos ha hecho por su pura misericordia (*Ibi. 25.*): finalmente, la de la higuera que se quiere cortar porque no lleva fruto, es una figura harto sensible de una vida estéril en buenas obras, y hace ver bastantemente lo que debemos esperar cuando solo llevamos hojassin frutos.

Peró como estaba ya cerca el tiempo de su pasion, tenía el Salvador un gran cuidado de hacerles, por medio de parábolas, la pintura del enorme delito que cometerian los que con la horrible impiedad le preparaban el mas ignominioso y cruel de todos los suplicios, el cual debía atraer tambien sobre toda la nacion la mas horrible ven-

ganza de Dios (*Ibid.* 21.). Un padre de familias, les dixo, arrendó su viña á ciertos labradores: llegado el tiempo de recoger los frutos, envió sus criados á los renteros para que recogieran los frutos de su viña; pero éstos, apoderándose de los criados, al uno le diéron de golpes, al otro le matáron, y á los demas les ahuyentáron á pedradas. Envió todavía otros en mayor número que los primeros, los que no fuéron mas bien tratados: visto esto, les envió su propio hijo, diciendo: Quizá tendrán respeto á mi hijo único; pero al verle los renteros, dixeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos quedaremos con la viña; prendiéndole, le echáron fuera de la viña, y allí le mataron. Cuando venga el señor de la viña, preguntó Jesus á los judíos; ¿qué hará con tales renteros? Respondiéronle: Les hará perecer miserablemente, y arrendará su viña á otros renteros que le paguen los frutos á sus tiempos. Los fariseos, que estaban presentes, conocieron demasiado que esta parábola hablaba con toda la nación: comprendiéron asimismo que los gefes del pueblo, los escribas, los fariseos, y los sacerdotes eran estos malos renteros, á quienes el Señor habia confiado el cuidado de su viña: que los criados que el padre de familias habia enviado en diferentes tiempos, eran los profetas, á muchos de los cuales les habian dado la muerte; y que el hijo del padre de familias era el mismo Jesus, á quien habian jurado perder. Lejos de aprovecharse los judíos de esta leccion alegórica buscaron cómo echarle la mano; pero temiéron al pueblo, el cual le miraba por lo ménos como el mayor de los profetas. Nada omitiéron desde entonces para ver cómo le podian poner mal con el pueblo ó con el gobierno: por todas partes y de todos modos le armaban lazos; preguntáronle en cierta ocasion si era lícito pagar el tributo al César. Viendo Jesus su malignidad, les dixo: Hipócritas, ¿por qué me quereis sorprender por medio de una pregunta tan capciosa? Mostradme una pieza de moneda y habiéndosela mostrado, les preguntó Jesus, de quién era la figura, y el nombre que estaba escrito alrededor de la figura; Del César, le respondiéron. Díxoles entonces Jesus: Dad, pues, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; y así cumpliréis con las leyes de la justicia, y con lo que debéis á entrambos (*Matth.* 22.).

## §. XXXV.

*Mansedumbre de Jesucristo con la muger adúltera, y malicia de los judíos para hacerle odioso.*

**H**abiendo echado en falso este lazo, le armáron otro. Como su designio era hacerle odioso, y convencerle de ambicion, quisieron llevarle maliciosamente á hacer un acto de autoridad, que hubiera ofendido á todo el sanhedrin ó gran consejo de los judíos, y á Jesucristo le hubiera hecho en su opinion un reo de estado, lo que no hubiera dexado de atraerle la indignacion del pueblo (*Joan.* 8.). Estando Jesus un dia en el átrio del templo, los escribas, de concierto con los fariseos, le lleváron una muger adúltera que habia sido cogida en adulterio; y habiéndola puesto en medio del congreso, dixéron al Salvador: Maestro, se acaba de coger esta muger en adulterio: Moyses, como tú sabes, nos mandó en la ley que la apedreásemos: ¿qué dices tú sobre esto? Hacíanle esta pregunta, tratándole para poderle acusar, añade el Evangelista; pero Jesus en lugar de responder, inclinóse, y se puso á escribir con el dedo en la tierra. Se cree que lo que el Salvador escribia sobre el polvo, insinuaba á los acusadores de la muger adúltera alguna cosa que debia hacerlos avergonzar, y en que ellos mismos se hallaban reos. Perseverando los escribas y fariseos en su pregunta, enderezóse Jesus, y les dixo: El que de vosotros esté sin pecado, tírela el primero la piedra; é inclinándose otra vez, continuó en escribir en la tierra. Guardáronse muy bien los acusadores de replicar: sin duda quedáron tan corridos y avergonzados al ver lo que Jesus escribia, y confundidos por los remordimientos de su propia conciencia, que se saliéron todos sin decir palabra uno despues de otro, empezando por los mas ancianos; de suerte, que no quedáron sino Jesus y la muger que estaba en medio de la gente. Levantándose entonces Jesus, la dixo: Muguer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió élla. Entonces el Salvador, conociendo

ganza de Dios (*Ibid.* 21.). Un padre de familias, les dixo, arrendó su viña á ciertos labradores: llegado el tiempo de recoger los frutos, envió sus criados á los renteros para que recogieran los frutos de su viña; pero éstos, apoderándose de los criados, al uno le diéron de golpes, al otro le matáron, y á los demas les ahuyentáron á pedradas. Envió todavía otros en mayor número que los primeros, los que no fuéron mas bien tratados: visto esto, les envió su propio hijo, diciendo: Quizá tendrán respeto á mi hijo único; pero al verle los renteros, dixeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos quedaremos con la viña; prendiéndole, le echáron fuera de la viña, y allí le mataron. Cuando venga el señor de la viña, preguntó Jesus á los judíos; ¿qué hará con tales renteros? Respondiéronle: Les hará perecer miserablemente, y arrendará su viña á otros renteros que le paguen los frutos á sus tiempos. Los fariseos, que estaban presentes, conocieron demasiado que esta parábola hablaba con toda la nacion: comprendiéron asimismo que los gefes del pueblo, los escribas, los fariseos, y los sacerdotes eran estos malos renteros, á quienes el Señor habia confiado el cuidado de su viña: que los criados que el padre de familias habia enviado en diferentes tiempos, eran los profetas, á muchos de los cuales les habian dado la muerte; y que el hijo del padre de familias era el mismo Jesus, á quien habian jurado perder. Lejos de aprovecharse los judíos de esta leccion alegórica buscaron cómo echarle la mano; pero temiéron al pueblo, el cual le miraba por lo ménos como el mayor de los profetas. Nada omitiéron desde entonces para ver cómo le podian poner mal con el pueblo ó con el gobierno: por todas partes y de todos modos le armaban lazos; preguntáronle en cierta ocasion si era lícito pagar el tributo al César. Viendo Jesus su malignidad, les dixo: Hipócritas, ¿por qué me quereis sorprender por medio de una pregunta tan capciosa? Mostradme una pieza de moneda y habiéndosela mostrado, les preguntó Jesus, de quién era la figura, y el nombre que estaba escrito alrededor de la figura; Del César, le respondiéron. Díxoles entonces Jesus: Dad, pues, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; y así cumpliréis con las leyes de la justicia, y con lo que debéis á entrambos (*Matth.* 22.).

## §. XXXV.

*Mansedumbre de Jesucristo con la muger adúltera, y malicia de los judíos para hacerle odioso.*

**H**abiendo echado en falso este lazo, le armáron otro. Como su designio era hacerle odioso, y convencerle de ambicion, quisieron llevarle maliciosamente á hacer un acto de autoridad, que hubiera ofendido á todo el sanhedrin ó gran consejo de los judíos, y á Jesucristo le hubiera hecho en su opinion un reo de estado, lo que no hubiera dexado de atraerle la indignacion del pueblo (*Joan.* 8.). Estando Jesus un dia en el átrio del templo, los escribas, de concierto con los fariseos, le lleváron una muger adúltera que habia sido cogida en adulterio; y habiéndola puesto en medio del congreso, dixéron al Salvador: Maestro, se acaba de coger esta muger en adulterio: Moyses, como tú sabes, nos mandó en la ley que la apedreásemos: ¿qué dices tú sobre esto? Hacíanle esta pregunta, tratándole para poderle acusar, añade el Evangelista; pero Jesus en lugar de responder, inclinóse, y se puso á escribir con el dedo en la tierra. Se cree que lo que el Salvador escribia sobre el polvo, insinuaba á los acusadores de la muger adúltera alguna cosa que debia hacerlos avergonzar, y en que ellos mismos se hallaban reos. Perseverando los escribas y fariseos en su pregunta, enderezóse Jesus, y les dixo: El que de vosotros esté sin pecado, tírela el primero la piedra; é inclinándose otra vez, continuó en escribir en la tierra. Guardáronse muy bien los acusadores de replicar: sin duda quedáron tan corridos y avergonzados al ver lo que Jesus escribia, y confundidos por los remordimientos de su propia conciencia, que se saliéron todos sin decir palabra uno despues de otro, empezando por los mas ancianos; de suerte, que no quedáron sino Jesus y la muger que estaba en medio de la gente. Levantándose entonces Jesus, la dixo: Muguer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió élla. Entonces el Salvador, conociendo

la viva contrición que tenia de su pecado, la dixo: Ni yo te condenaré; vete, y no vuelvas á pecar mas. ¡O, y como esta conducta suave y caritativa del Salvador es una bella leccion para esos duros y severos presumidos de doctores que quieren siempre hacer baxar fuego del cielo sobre la cabeza del pecador, y que ligan cargas tan pesadas que no se pueden llevar; y las ponen sobre los hombros de los ótros, al paso que ellos no quieren ni aun tocarlas con la punta del dedo! Cuando la pasion nos hace obrar, no nos acobardamos tan fácilmente. Los escribas y fariseos habian sido abochornados por el Salvador; no importa, vuelven todavía á la carga, y le preguntan maliciosamente á vista de una infinidad de gente, si le era permitido á un hombre divorciarse, ó repudiar á su muger por cualquier motivo. El Salvador les responde que el matrimonio era indisoluble atendida su iastitucion, y que un hombre no podia repudiar á su muger, fuera de en caso de adulterio; y tomando de aquí ocasion para hablarles del mérito de la castidad, ensalzó el precio, la hermosura y las admirables ventajas de esta incomparable virtud, poco conocida, y aun ménos estimada de los judíos; pero que sería bien presto amada y cultivada por los que seguirian su doctrina: no todos añadió Jesus, comprenden este moral; el hombre animal halla poco gusto en las verdades puramente espirituales: la castidad es un don de Dios; dichosos los que recibieren este don, y le conservaren toda su vida: el que puede comprender esto, añadió, compréndalo; queriendo dar á entender con este modo de hablar, que la castidad no era de precepto, sino solo un consejo, del cual los hombres carnales eran poco capaces.

Estando en esto, se le acercó un jóven, y le dixo (*Matth.* 19.): Buen Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? Guarda los mandamientos, le respondió el Salvador. ¿Y cuales son éstos? replicó el jóven. No matarás, le dixo Jesus, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, honra á tu padre y madre; y á mas de esto, ama á tu próximo como á ti mismo, y ya sabrás cuánto debes amar á Dios. Todos estos preceptos, respondió el mancebo, los he guardado desde mi juventud; ¿qué me falta todavía pa-

ra ser perfecto? Si quieres ser perfecto, le dixo Jesus anda, vende lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; despues de lo cual ven, y sígueme. En esto hacia el Salvador el retrato del estado religioso, el cual debia ser uno de los preciosos ornamentos de su Iglesia. Habiendo oido el jóven estas palabras, se fué muy triste, porque poseía grandes riquezas, tan difícil le pareció este sacrificio. Al ver esto, dixo Jesus á sus discípulos: En verdad os digo, que con dificultad entrará un rico en el cielo: mas fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reyno de los cielos: era este un proverbio comun entre los judíos, y lo mismo decian de un elefante, para significar que una cosa era naturalmente imposible, ó extraordinariamente difícil. Una proposicion como ésta aturdió á los discípulos tanto, que dixéron: ¿Quién podrá, pues, salvarse? Pero volviéndose Jesus hácia ellos, les dixo: Esto es imposible á los hombres; pero á Dios todo le es posible. Sobre lo cual tomando Pedro la palabra, le dixo: He aquí que nosotros hemos dexado todas las cosas, y te hemos seguido: ¿qué habrá, pues, para nosotros? Respondióle Jesus: En verdad os digo, que en la resurreccion cuando el Hijo del hombre estará sentado en el trono de su magestad, vosotros que me habeis seguido os sentaréis en doce sillas, y juzgaréis á las doce tribus de Israel; y cualquiera que dexare por mi nombre su casa, sus parientes, y todos sus bienes, recibirá un cien doblado en esta vida, y poseerá despues de élla la vida eterna.

Habla aquí Jesucristo de su última venida, segun la idea que tenian los judíos del reyno del Mesías, al que esperaban como á un rey poderoso que habia de volver á la nacion su primer lustre y magnificencia; por eso Jesucristo se representa á sí mismo sobre un trono, y establece á los apóstoles los principales de su córte. Solo hace mencion de las doce tribus, porque en éllas se encerraba toda la nacion; y baxo esta nacion entiende el Señor todos los hombres, así como por el cien doblado, aun en esta vida, entiende aquella paz del alma que es sobre los sentidos, aquellas consolaciones interiores, aquellas bendiciones espirituales y aun temporales de que son colmados los que habiéndolo dexado todo por Dios, si-

guen á Jesucristo, y viven segun su espíritu, sus consejos y sus máximas.

Como el número de los que creían en Jesucristo se aumentaba cada dia, la envidia y el odio de los sacerdotes, de los escribas y fariseos se inflamaba mas y mas cada dia. Habiendo ido el Salvador al templo, la tomaron otra vez con él los fariseos; pero bien presto quedaron confundidos (*Joan. 8*). Habiendo dicho Jesus que él era la luz del mundo, y que los que le siguen caminan siempre con la luz y de dia, le dixéron los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo; y así tu testimonio no debe ser recibido. Respondióles Jesus: Aunque yo doy testimonio de mí, mi testimonio es legitimo, porque yo sé de dónde he venido, y á dónde voy; pero vosotros no sabeis ni de dónde he venido, ni á dónde voy: vosotros juzgais segun la carne; es decir, vosotros no consultais sino las apariencias; vosotros no dais oidos sino á vuestras pasiones en el juicio que haceis, y en el testimonio que dais de los otros. Yo doy testimonio de mí mismo, porque sé quién soy, y porque mi Padre, que me ha enviado, da tambien testimonio de mí por mis milagros, y por el poder que me da para hacerlos en confirmacion de la verdad de mis palabras. ¿Dónde está tu Padre, le dixéron entonces los fariseos. Ni sabeis quién soy yo, ni quién es mi Padre, les respondió Jesus: si supiérais quién soy yo, si quisiérais rendiros á las pruebas que os doy de mi divinidad, sabríais tambien quién es mi Padre, y dónde está.

Hizo el Salvador esta declaracion de su divinidad en presencia de todo el pueblo, en aquella parte del templo la mas frecuentada, donde estaban puestas diferentes sillas ó tronos para recibir las ofrendas del pueblo, y que por tanto se llamaba el gazofilacio, ó la tesorería. Los escribas y fariseos bien hubieran querido prenderle; pero no hubo quien se atreviese á poner en él la mano, dice el Evangelista, porque no habia venido aún el tiempo destinado por él para su pasion.

## §. XXXVI.

*Da Jesucristo testimonio de su divinidad.*

Algunos dias despues les predixo el Salvador su infeliz destino por causa de su obstinada incredulidad, y les dixo: *To me voy, y vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado* por no haber querido abrir los ojos á la luz: por no haber querido reconocer en mí al Mesías: si no creéis que soy yo, añadió, ciertamente moriréis en vuestro pecado. ¿Quién eres tú? replicáron los judíos. Respondióles Jesus: *To, que os hablo, soy ante todas las cosas.* Como si dixera: yo que os hablo, soy el principio y el criador de todas las cosas: yo soy el que os he dicho que yo era el hijo de Dios: yo soy la luz del mundo, el pan de vida, el Mesías tan ardentemente deseado, y por tanto tiempo esperado. Yo soy el Salvador del mundo. Todavía tengo bastantes cosas que decir de vosotros, y por que condenaros; pero cuando hubiéreis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy, y sabreis que siempre os he dicho la verdad. Habla aquí Jesucristo de su muerte de cruz: despues de mi muerte, les dixo, conoceréis que soy Dios, que en todo cuanto hago obro de concierto con mi Padre, y que vuestra suma infelicidad será el no haber querido conocer lo que soy.

Hablando Jesus estas cosas, dice el sagrado Historiador, que creyeron muchos en él; y encarándose á ellos el Salvador, les dixo: Si permanecéis firmes en creer lo que os he dicho, seréis efectivamente mis discípulos, conoceréis la verdad, y la verdad os pondrá en libertad. ¿Como nos dices, le replicáron, seréis libres, pues como descendientes que somos de Abrahan nunca hemos sido esclavos? Replicóles Jesus: Sabed que el que peca es esclavo del pecado: si vosotros sois hijos de Abrahan, haced obras dignas de Abrahan; ¿pero no me direis por qué buscáis cómo quitarme la vida á mí que os he dicho la verdad, la cual he aprendido del mismo Dios? Ciertamente que Abrahan no obró jamás de esta suerte. Al oír esto algunos del auditorio, le dixéron: Nosotros no tene-

mos sino un padre, que es Dios. Si Dios fuera vuestro padre, replicó Jesus, sin duda me amaríais á mí, porque yo he nacido de Dios, y he venido de él, pues yo no he venido de mí mismo, sino que él es quien me ha enviado; ¿de dónde nace, pues, que vosotros no podeis oír mis palabras, ni penetrar lo que os digo? Vosotros solo creéis lo que os sugiere el padre de la mentira; pero si yo os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me acusará de mentira y de pecado? Si os digo, pues, la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es hijo de Dios, oye las palabras de Dios: lo que hace que vosotros no las oigais, es que no sois hijos de Dios. Si alguno obedece á mi palabra, no morirá jamás. Ahora vemos, dixéron los judíos, que tienes el demonio: Abrahan murió, los profetas murieron tambien, y tú dices que si alguno guardare tus palabras, no morirá jamás. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abrahan? Vuestro padre Abrahan, replicó Jesus, tuvo grandes deseos de ver el dia de mi venida; vióle, y se alegró mucho. ¿Cómo? dixéron los judíos; ¿aún no tienes cincuenta años, y has visto á nuestro padre Abrahan? Respondióles Jesus: En verdad, en verdad os digo, que soy ántes que Abrahan naciera. Esta confesion les chocó, y les irritó contra él, de modo, que cogieron piedras para tirárselas; pero Jesus se escondió; es decir, se hizo invisible, y así pasó por medio de ellos, y se salió del templo, escapándose por entonces del furor de sus enemigos, para entregarse él mismo á toda su rabia cuando el tiempo de padecer hubiere llegado.

Pero uno de los milagros del Salvador que hizo mas ruido, fue cuando dió vista á un hombre que habia nacido ciego: los fariseos se valiéron de todos sus artificios para quitarle la gloria que de él le resultaba, ó á lo menos para obscurecerla.

## §. XXXVII.

*Jesucristo da vista á un ciego de nacimiento.*

**P**asando Jesus, vió á un hombre que habia nacido ciego; era esto un dia de sábado: preguntáronle sus discipulos, si aquel hombre habia nacido ciego en castigo de su pecado, ú del de sus padres. Ni uno ni otro, respondió el Salvador, sino que Dios lo ha permitido así para hacer ostension de su omnipotencia, y manifestar por medio de un milagro la gloria de su Hijo. Miétras que estoy en el mundo, añadió el Señor, soy la luz del mundo: para saber quién soy no es menester sino abrir los ojos, y ver las obras que hago: dicho esto, escupió en la tierra; y habiendo hecho un barro de la tierra y su saliva, le frotó con él los ojos al ciego, y le dixo: Anda á lavarte al baño de Siloe, que significa el enviado: este baño era un depósito de las aguas de una fuente que corría á la falda del monte Sion. Como el nombre de Siloe, ú de enviado es uno de los nombres que da la Escritura al Mesías, es claro que no fue sin misterio el enviar el Señor al ciego á aquella fuente; sin duda sería para enseñarle que él es el que nos reengendra en las aguas del bautismo, y el que cura con su gracia nuestra ceguedad espiritual. Obedece el ciego sin dilacion; y apenas se hubo lavado los ojos, cuando vió claramente. Esta fuente que sale del monte Sion en Jerusalem, se ve todavia; y se dice que los turcos van á lavarse en sus aguas para sanar del mal de ojos (*Joan. 9.*).

Un prodigio tan estupendo hizo gran ruido. El ciego, que pedía limosna á la puerta del templo, era conocido de bastantes gentes: muchos no querian creer que fuese el mismo; pero él decía á todo el mundo: Yo soy, no lo dudeis; y contaba en alta voz como aquel hombre llamado Jesus le habia dado vista. Los fariseos fuéron bien presto avisados de lo que pasaba: presentáronles el que hacia la admiracion de todo el pueblo: preguntáronle, y le repreguntáron hasta querer saber de él la menores circunstancias de lo que habia pasado. Era sábado cuando Jesus

hizo el milagro; lo que hizo decir á algunos de los fariseos: este hombre que no guarda el sábado, no viene de parte de Dios; pero los otros no podían persuadirse á que un hombre malo pudiese haber hecho un prodigio tan grande, y sobre esto habia entre ellos una gran disputa. Preguntáronle al ciego, ¿qué era lo que pensaba él de aquel hombre que le habia dado vista? Por lo que á mí toca, respondió, creo que es un gran santo, que es enviado de Dios, que es un profeta.

La confesion del ciego, y la admiracion del pueblo los inquietaba demasiado, y se resolvieron á no creer nada, hasta que hubiesen hecho venir á sus padres. Habiéndose presentado el padre y la madre, les dixéron: ¿Es vuestro hijo ese que decís que ha nacido ciego? ¿Cómo ve ahora? Ellos, que temian á los príncipes del pueblo, y sabian la resolución que habian tomado de echar de la sinagoga y excomulgar á cualquiera que reconociese á Jesus por el Cristo, respondieron solamente: Nosotros sabemos muy bien que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo ve ahora, ni quién le haya abierto los ojos, no lo sabemos; preguntádselo á él, que edad tiene para decir por sí lo que hay en esto. Los judíos hicieron venir á su presencia por la segunda vez al que habia nacido ciego, y le dixéron: Da gloria á Dios (se servian de esta fórmula los judíos cuando hacian jurar á alguno, y cuando le obligaban á poner á Dios por testigo de que diria la verdad); dixéronle, pues: da gloria á Dios; sabemos que este hombre es un pecador, un mal hombre. Si es malo ó bueno yo no lo sé, respondió el que habia sido ciego; lo que sé es, que yo estaba ciego, y ahora veo. Preguntáronle de nuevo, ¿como le habia dado vista? Y él les respondió: Ya os lo he dicho, y lo habeis oido; ¿á que fin queréis que os lo vuelva á decir? ¿Por ventura queréis tambien vosotros ser sus discípulos? Al oír esto se arrebatáron de cólera contra él; y maldiciéndole, le dixéron: Sé tú discípulo suyo: nosotros somos discípulos de Moyses; sabemos que Dios ha hablado á Moyses; pero éste no sabemos de dónde es.

Lo admirable que tiene, replicó el que habia sido ciego, es que no sepais de dónde viene, ni quién es, y que no obstante esto haya abierto mis ojos, y me haya da-

do vista. Sabemos que Dios no oye á los pecadores; pero si alguno sirve á Dios y le obedece, á éste es á quien Dios oye. Desde el principio de los siglos no se ha oido decir que ninguno haya abierto los ojos á un ciego de nacimiento; si éste no viniera de parte de Dios, no pudiera hacer nada de lo que hace.

Una respuesta tan prudente los puso todavía de mas mal humor: Tú no eres sino pecador desde el vientre de tu madre, le dixéron, y quieres hacer de doctor, y enseñarnos; y con esto le echáron de allí. Habiendo sabido Jesus que le habian echado fuera, y habiéndole encontrado, le dixo: ¿Crees en el Hijo de Dios? ¿Y quién es, Señor, respondió; quién es el Hijo de Dios para que yo crea en él? Díxole entonces Jesus: Le has visto, y es el mismo que habla contigo. Entonces exclamó aquel hombre: Creo, Señor; y postrándose á sus pies, le adoró. Entonces el Salvador, dirigiendo la palabra á todos los circunstantes, dixo: He venido al mundo para hacer justicia; como si dixera, para manifestar un secreto impene-trable de la divina Providencia, que aunque espantoso, no dexa de ser justo, pues se funda en el endurecimiento voluntario de los malos. He venido para que los que son ciegos, vean; y para que los que ven, queden ciegos. Los gentiles que están en tinieblas, abrirán un día los ojos á la luz; y los judíos, que por todas partes están rodeados de luces, cerrarán los ojos, y vivirán en una noche sombría. Los sacerdotes, los fariseos, y los doctores de la ley, que están dotados de tantas luces, estarán ciegos en medio de sus mismas luces; y los mas sencillos de entre el pueblo, que tienen un corazon recto y un espíritu mas dócil, serán alumbrados de la luz de la fe y de la verdad.

El juicio que dice Jesus viene hacer, y la justicia que viene á exercer, se toma aquí por la condenacion que hace Jesucristo de los judíos presuntuosos y endurecidos y por la gracia que hace á los gentiles de llamarlos á la Iglesia, mientras que los judíos serán excluidos de ella por su orgullo y su presuntuosa incredulidad. Así lo habian predicho, hablando del Mesías, Jeremías, Isaías y el santo viejo Simeon. Comprendieron muy bien los fariseos que esta terrible amenaza hablaba con ellos; y en

despique, le dixéron: Qué, ¿somos nosotros ciegos? Si fuéseis ciegos, les respondió el Salvador, estaríais sin pecado; pero pues decís que veis claramente, vuestro pecado subsiste: las mismas luces y la ciencia que os lisonjeais tener, hacen vuestra condenacion, y la quitan toda excusa á vuestra infidelidad. Fué como decirles, en sentir de san Agustín: Si vosotros conociérais que sois ciegos, recurriría al médico; pero permanecéis pecadores, porque siendo sábios y santos á vuestros propios ojos, no creéis tener necesidad de nadie que os alumbre y os santifique.

## §. XXXVIII.

*La parábola del buen pastor es un nuevo testimonio de su divinidad.*

**H**abiendo confundido el Salvador la necia vanidad de estos soberbios que se metían á directores de los otros, viviendo ellos mismos en una tan lastimosa ceguedad, les propuso, baxo la parábola del pastor y de las ovejas, los tres diversos caracteres de tres suertes de personas que se entrometen en el gobierno de las almas (Joan. 10.). Les dixo, pues, que algunos en lugar de entrar en el redil por la puerta, como el verdadero pastor, entran por algun agujero, ó por otras partes, como los ladrones para hurtar, degollar y perder; y les explicó este enigma, diciéndoles: que él era la puerta por donde se debe entrar á conducir el rebaño. Representanos al mismo tiempo la Iglesia como un redil, en el cual no se puede entrar sino por él; y á los fieles como unas ovejas de que él es el padre y el pastor.

Hay otros, añadió, que habiendo entrado por la puerta, conducen las ovejas con un espíritu de mercenario; de suerte, que amándose únicamente á sí mismos, las abandonan luego que ven el lobo. Finalmente, hay pastores buenos y legítimos que entran á la verdad por la puerta haciendo que el portero les abra; conocen á las ovejas; y las ovejas los conocen á ellos por la voz: éstos tienen gran cuidado de ellas, las conducen á los buenos pastos, y las aman hasta exponer su vida por ellas

cuando se ofrece la ocasion. Todas las calidades de estos últimos se las aplicó el Salvador á sí mismo, é hizo ver que él era el buen pastor por excelencia, pues habia venido á dar su vida por sus ovejas, y á darla de muy buena gana, pues nadie se la podia quitar si él no queria; y cuando la hubiere dado, él mismo la volverá á tomar sin que nadie se lo pueda embarazar. Dixo, en fin, que los que habian venido antes que él, y se habian atribuido la autoridad y el nombre del Mesías, no lo eran, pues no tenían ninguna de las calidades del buen pastor; que por lo demas, los judíos no eran las únicas ovejas por que queria dar su vida; que habia otros, es á saber, los gentiles, que era necesario traer á su redil; y que de todos los que oírían su voz, y creerían en él, así judíos como gentiles, se haría un solo rebaño, de que él mismo sería el único pastor.

Este razonamiento del Salvador excitó una nueva division entre sus oyentes: unos decían que estaba poseido del demonio, otros defendían que el razonamiento que acababa de hacer no era de quien estaba endemoniado, y que el demonio no abría los ojos de los ciegos de nacimiento, ni expelia á los otros demonios de los cuerpos de los endemoniados.

Poco tiempo despues, miéntras la solemnidad de la renovacion del templo que se celebraba en invierno, paseándose Jesus en el pórtico de Salomon, se juntaron los judíos alrededor de él, y le dixéron: ¿Hasta cuándo nos has de tener suspensos? Si eres Cristo, dínoslo claramente. Ha mucho tiempo, que os hablo, les dixo, y no me creéis: las cosas que hago en el nombre de mi Padre, os dicen con bastante claridad quien soy; pero vosotros no creéis ni á mis palabras, ni á mis obras: lo que mi Padre me ha dado, es sobre todas las cosas, y ninguno puede arrebatarme nada de entre las manos. Estas palabras las entienden los santos padres de la naturaleza y del poder divino que el Padre da al Hijo por su generacion eterna; y como los judíos le habian pedido al Salvador que les dixese claramente si era el Hijo de Dios, y si era Dios, les responde sin rodeos, diciéndoles: *Mi Padre y yo somos una misma cosa* (Joan. 10.). una misma naturaleza, una misma esencia; tenemos un mismo poder, una misma sabiduría, una misma eternidad, y

despique, le dixéron: Qué, ¿somos nosotros ciegos? Si fuéseis ciegos, les respondió el Salvador, estaríais sin pecado; pero pues decís que veis claramente, vuestro pecado subsiste: las mismas luces y la ciencia que os lisonjeais tener, hacen vuestra condenacion, y la quitan toda excusa á vuestra infidelidad. Fué como decirles, en sentir de san Agustín: Si vosotros conociérais que sois ciegos, recurriría al médico; pero permanecéis pecadores, porque siendo sábios y santos á vuestros propios ojos, no creéis tener necesidad de nadie que os alumbre y os santifique.

## §. XXXVIII.

*La parábola del buen pastor es un nuevo testimonio de su divinidad.*

**H**abiendo confundido el Salvador la necia vanidad de estos soberbios que se metían á directores de los otros, viviendo ellos mismos en una tan lastimosa ceguedad, les propuso, baxo la parábola del pastor y de las ovejas, los tres diversos caracteres de tres suertes de personas que se entrometen en el gobierno de las almas (Joan. 10.). Les dixo, pues, que algunos en lugar de entrar en el redil por la puerta, como el verdadero pastor, entran por algun agujero, ó por otras partes, como los ladrones para hurtar, degollar y perder; y les explicó este enigma, diciéndoles: que él era la puerta por donde se debe entrar á conducir el rebaño. Representanos al mismo tiempo la Iglesia como un redil, en el cual no se puede entrar sino por él; y á los fieles como unas ovejas de que él es el padre y el pastor.

Hay otros, añadió, que habiendo entrado por la puerta, conducen las ovejas con un espíritu de mercenario; de suerte, que amándose únicamente á sí mismos, las abandonan luego que ven el lobo. Finalmente, hay pastores buenos y legítimos que entran á la verdad por la puerta haciendo que el portero les abra; conocen á las ovejas; y las ovejas los conocen á ellos por la voz: éstos tienen gran cuidado de ellas, las conducen á los buenos pastos, y las aman hasta exponer su vida por ellas

cuando se ofrece la ocasion. Todas las calidades de estos últimos se las aplicó el Salvador á sí mismo, é hizo ver que él era el buen pastor por excelencia, pues habia venido á dar su vida por sus ovejas, y á darla de muy buena gana, pues nadie se la podia quitar si él no queria; y cuando la hubiere dado, él mismo la volverá á tomar sin que nadie se lo pueda embarazar. Dixo, en fin, que los que habian venido antes que él, y se habian atribuido la autoridad y el nombre del Mesías, no lo eran, pues no tenían ninguna de las calidades del buen pastor; que por lo demas, los judíos no eran las únicas ovejas por que queria dar su vida; que habia otros, es á saber, los gentiles, que era necesario traer á su redil; y que de todos los que oírían su voz, y creerían en él, así judíos como gentiles, se haría un solo rebaño, de que él mismo sería el único pastor.

Este razonamiento del Salvador excitó una nueva division entre sus oyentes: unos decían que estaba poseido del demonio, otros defendían que el razonamiento que acababa de hacer no era de quien estaba endemoniado, y que el demonio no abría los ojos de los ciegos de nacimiento, ni expelia á los otros demonios de los cuerpos de los endemoniados.

Poco tiempo despues, miéntras la solemnidad de la renovacion del templo que se celebraba en invierno, paseándose Jesus en el pórtico de Salomon, se juntaron los judíos alrededor de él, y le dixéron: ¿Hasta cuándo nos has de tener suspensos? Si eres Cristo, dínoslo claramente. Ha mucho tiempo, que os hablo, les dixo, y no me creéis: las cosas que hago en el nombre de mi Padre, os dicen con bastante claridad quien soy; pero vosotros no creéis ni á mis palabras, ni á mis obras: lo que mi Padre me ha dado, es sobre todas las cosas, y ninguno puede arrebatarme nada de entre las manos. Estas palabras las entienden los santos padres de la naturaleza y del poder divino que el Padre da al Hijo por su generacion eterna; y como los judíos le habian pedido al Salvador que les dixese claramente si era el Hijo de Dios, y si era Dios, les responde sin rodeos, diciéndoles: *Mi Padre y yo somos una misma cosa* (Joan. 10.). una misma naturaleza, una misma esencia; tenemos un mismo poder, una misma sabiduría, una misma eternidad, y

una misma virtud. No podia el Salvador hacer una declaracion mas expresa ni mas clara de su divinidad; así lo comprendieron tambien los judíos, y creyeron no poder dar otro sentido á estas palabras; y esto fue lo que los movió á quererle apedrear. Entonces les dixo Jesus: He hecho á vuestros ojos muchas buenas obras y muchos prodigios por la virtud de mi Padre: ¿por cuál de estas obras y de estos prodigios me queréis apedrear? No te queremos apedrear por ninguna buena obra, respondió aquella gavilla de escribas y fariseos, sino porque siendo hombre, quieres que te tengan por Dios.

El Salvador no piensa en retratar ó modificar la proposicion que acaba de proferir; antes bien la confirma con un razonamiento que no tiene réplica, y que confunde la malignidad del corazon y del espíritu de aquellos malignos censores. Los profetas, les dice, son llamados dioses en la Escritura, por haberse dirigido á ellos, y haberseles confiado la palabra de Dios: ¿con cuánta mas razon, pues, el Verbo de Dios será tambien Dios? Todo lo que hago demuestra con evidencia que he sido santificado; esto es, engendrado desde la eternidad por mi Padre, y enviado por él en tiempo al mundo para ser el Mesías: *Y vosotros tenéis osadía para decir que blasfemo porque he dicho que soy el Hijo de Dios (Joan. 10.).* Sino hago obras de Hijo de Dios, de un hombre Dios, de Mesías, no me creais, y decid que soy un impostor y que blasfemo; pero si las hago, y no queréis creerme, creed á mis obras, para que conozcais que el Padre está en mí, y yo en él: que mi Padre y yo somos una misma cosa.

Influye mucho el corazon sobre nuestros pensamientos y nuestros juicios para que dexé ver la verdad á aquellos á quienes ciega la pasion. Los escribas y fariseos, confundidos por el Salvador, no eran por eso ménos incrédulos, y su ódio contra Jesucristo crecía juntamente con su indocilidad: hubieran querido prenderle, pero temian algun tumulto popular; y Jesus, que no quería anticipar su hora, se retiró y los dexó. Sin embargo, la malicia de los fariseos no pudo estorbar el que muchos de los que le habían oído creyesen en él, y le viniesen á buscar al otro lado del Jordán donde se había retirado, y se declarasen por sus discípulos. Juan, decian éstos, no hizo milagros, y Jesus ha-

ce muchos: por otra parte, todo cuanto Juan dixo de este hombre ha sido verdad; y así nosotros debemos creer sobre su palabra que es el Mesías, y unirnos á él. Los milagros de Jesucristo, y el testimonio de Jesucristo eran dos pruebas simples, pero convincentes; era preciso que la pasion les hubiera cegado tanto como á los escribas y fariseos para que no se rindieran á unos testimonios tan claros y tan seguros.

## §. XXXIX.

*Jesucristo se hospeda en la casa de Marta, y manifiesta la hipocresía de los fariseos.*

Pasando el Hijo de Dios con sus discípulos por Betánia, se hospedó en casa de Marta, hermana de María y de Lázaro, á quienes profesaba una particular estimacion y amistad: fue recibido de ellos con el mayor gozo; y mientras que Marta andaba muy solícita en disponer lo que era menester para tratar como era razon á su divino huésped, su hermana se estaba sentada á los pies de Jesus, oyendo con el mayor gusto y atencion sus santas instrucciones. Viendo Marta que el trabajo de cuidar de los huéspedes estaba todo sobre ella, se quejó al Salvador de que su hermana la habia dexado sola en la faena de servirles; y le pidió que la mandase fuese á ayudarla, y que no la dexara trabajar á ella sola; pero justificando Jesus la devocion de María y su eleccion, dixo á Marta: Marta, Marta, andas muy solícita, y te embarzas en muchas cosas; y á la verdad, una sola cosa es necesaria: María ha elegido la mejor parte, la cual jamás se la quitará (*Luc. 9.*). No condena el Salvador la hospitalidad que Marta exercia con tanta caridad con él y con sus discípulos; solo condena la inquietud y turbacion que causa una solícitud demasiado grande; pero prefiere todavía á esta caridad el zelo de la propia perfeccion, y el cuidado de la salvacion, el que sin disputa es la sola cosa indispensablemente necesaria, y que se debe preferir á todo cuidado por loable que sea. Murmuraban mucho entre sí los fariseos porque Jesus se habia puesto á

la mesa sin haberse lavado antes las manos; el Salvador, que penetraba todos sus mas secretos pensamientos, se valió de esta ocasion para quitar la mascarilla á su hipocresía, y hacerles conócer las groseras ilusiones de que se alimentaban.

Vosotros los fariseos, les dixo con un tono de maestro, tenéis gran cuidado de purificar el exterior de la copa y del plato; y el aseo exterior es una de las partes de vuestro carácter, al paso que teneis el alma manchada con mil pecados de que haceis poco escrupulo; vuestro corazon está lleno de rapiñas y de iniquidad; y con tal que vuestras manos estén lavadas, estáis muy tranquilos (*Luc. 11.*). Insensatos, ¿ ignorais que Dios no hace caso sino de la inocencia y de la pureza interior, y que cuando el corazon está corrompido, la limpieza exterior solo hace que el hombre sea un sepulcro blanqueado? Vosotros pregonaís vuestras pretendidas buenas obras, haceis alarde de vuestros ayunos, de vuestras limosnas, y de vuestra aparente regularidad: Hipócritas, ¿ qué ganais con esta ostentacion de virtud? La estimacion de los hombres, y ésta es toda vuestra recompensa. ¡ Infelices de vosotros, que por ser un poco estimados de los hombres sois reprobados de Dios!

¡ Ay de vosotros, añadió el Salvador, que os contentais con pagar el diezmo de los frutos de vuestros huertos, y violais al mismo tiempo la ley en los puntos mas esenciales, y descuidais de hacer justicia á los hombres, y de amar á Dios! Está muy bien que hagais esas cosas, pero no debiais omitir estas ótras. ¡ Ay de vosotros, que haceis escrupulo de las cosas menores, y cometéis los mas enormes delitos sin remordimiento! Sois semejantes á los que tienen miedo de tragarse un mosquito, y no reparan, por decirlo así, en tragarse un camello. Gustais ocupar los primeros puestos en las juntas: deseais ser saludados en los sitios públicos; y con pretexto de vuestras largas oraciones, os creéis con derecho para oprimir á la viuda y al huérfano, y para cometer mil injusticias.

Los doctores de la ley no dexáron de conocer que todas estas reconvençiones recaían sobre ellos; y así tomando la palabra uno de ellos, le dixo: Maestro, tam-

bien tú nos deshonras con estos baldones. Pero el Salvador no por eso dexó de proseguir en decirles: ¡ Ay de vosotros que imponeis á los ótros un yugo que vosotros no habeis querido ni aun mover con la punta del dedo; y que no entrando en el cielo, quereis cerrarles tambien la puerta á los ótros! Reconvinoleis tambien con que aquellos ornatos magníficos con que enriquecian los sepulcros de los profetas, á quienes sus padres habian quitado la vida, no dexaban de ser señales de la aprobacion que daban á los delitos de sus antepasados; pues persiguiendo á los que les decian la verdad, mostraban claramente que eran hijos de los que habian quitado la vida á los profetas. Dió fin á este razonamiento, diciéndoles (*Matth. 23.*): Acabad de llenar la medida de la iniquidad de vuestros padres. Y añadió esta terrible aménaza: Voy á enviaros profetas, sábios é intérpretes de la ley: mataréis á unos, crucificaréis á ótros; á ótros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente que ha sido derramada por vuestros padres. En verdad os digo, que todo esto recaerá sobre el pueblo del día de hoy. Levantando despues la voz, exclamó: Jerusalen, Jerusalen, que quitas la vida á los profetas, y apedreas á los que son enviados á tí de parte del Señor; ¡ cuántas veces he querido congregarte tus hijos, como las gallinas juntan sus polluelos baxo sus alas, y no has querido! (Tómase aquí Jerusalen por toda la nacion judáica.) Veis aquí que vuestra casa se os va á dexar desierta; es decir, vuestra ciudad y vuestro templo van á ser presa de vuestros enemigos, los que las convertirán en una horrorosa soledad.

## S. XL.

*Predice otra vez Jesucristo la ruina total de Jerusalem, figura de lo que debe preceder al juicio final; y exhorta á sus discípulos á ser fieles.*

Pocos dias despues, habiendo salido Jesus del templo, se retiraba; y he aquí que acercándosele sus discípulos, le dixeron que considerara el edificio y la magnificencia de aquella fábrica; pero el Señor les dixo gimiendo: ¿Veis todo esto? Pues en verdad os digo, que de todo ello no quedará piedra sobre piedra, que todo será destruido y trastornado. Esta profecía se cumplió á la letra despues de la toma de Jerusalem por los romanos, cuarenta años despues de la muerte del Salvador del mundo.

Estando Jesus sentado sobre el monte Olivete, le preguntaron sus discípulos, cuándo sucederia lo que les acababa de predecir, y qué señal habria de su venida, y de la consumacion de los siglos. No tuvo el Salvador por conveniente el satisfacer esta inútil curiosidad: contentóse con hacerles una pintura viva y espantosa de la ruina de Jerusalem; y con motivo de esta desolacion general de la nacion judáica, en castigo del delito que habia cometido, les hizo el Salvador una sucinta descripcion de las terribles señales y horrendas calamidades que han de preceder al juicio final, de las que la ruina entera de Jerusalem, y todas sus calamidades solo eran una débil é imperfecta figura.

(*Matth. 24.*). Al fin de los siglos, les dixo, que será en el tiempo que Dios tiene determinado en sus eternos decretos, se verá un general trastorno de toda la naturaleza, la cual se armará, digámoslo así, para vengar al Criador del menosprecio que se habrá hecho de su omnipotencia y de su bondad. Entonces un enxambre de falsos profetas extenderán por todas partes sus malignos artificios para engañar, si fuera posible, á los mismos escogidos; todo estará en una horrible confusion; todo se-

rá guerras, divisiones, revoluciones: levantaránse unas naciones contra otras; la paz será desterrada hasta en las familias: no se verán sino fantasmas, fenómenos espantosos, presagios funestos: los vivos estarán tan pálidos y tan asustados, que mas tendrán caras de muertos que de vivos: el mundo en aquellos dias de tribulacion no será habitado sino de esqueletos, hasta que los vayvenes frecuentes y violentos de la tierra, que se abrirá por todas partes, hagan conocer claramente que toda la masa se va á disolver: la horrible furia del mar se hará oír por el ruido de sus olas, las que encrespándose y levántandose como montañas, no presentarán á los ojos sino horrosos precipicios: el cielo, todo fuego, no mostrará ya astro alguno brillante: todo resplandor se extinguirá; y aquella profunda noche fecunda en rayos, que se verá partir de entre un fuego que la mano del Todopoderoso habrá encendido, anunciará, digámoslo así, los funerales del mundo: los lloros, los gemidos, los gritos de desesperacion de todos los hombres, y los abullidos espantosos de todos los animales, harán sentir bastantemente que llega el fin del mundo; sin embargo, todas estas cosas no serán sino anuncios, y como el preludeo del juicio final. Figuráos como podais, cuál será la consternacion de los hombres al ver este espantoso trastorno del universo. Felices entonces, no los grandes, no los reyes de la tierra, á los cuales su poder no les será de socorro alguno: felices solo los justos, á quienes su inocencia asegurará y consolará, cuando verán comparecer sobre las nubes con un gran poder y una gran magestad al Hijo del hombre, precedido de su cruz, como de su estandarte, baxo la cual se pondrán en orden todos aquellos que habiéndose alistado en la milicia del Salvador, hubieren muerto en su servicio. Entonces, habiendo resucitado ya todos los hombres, comparecerán ante su tribunal para ser juzgados, y para oír la sentencia irrevocable de su eterno destino.

Por lo que mira al dia y hora de este espantoso suceso, de que nadie, excepto mi Padre, tiene la menor noticia, este momento está oculto aun á los mismos ángeles; y así vosotros no esteis impacientes por querer saberlo; lo que debeis hacer es, disponeros por medio de

una vida inocente y rica en buenas obras para salir bien de un juicio en que todo será justicia y severidad.

Jesucristo sabía el día y hora del juicio final, no solo en cuanto Dios, sino en cuanto Hombre-Dios, siendo debido á su humanidad este conocimiento por razon de la union substancial con la naturaleza divina. Jesucristo, pues, quiso significar solamente que no habia sido enviado para enseñarles á los hombres este misterio, sino para enseñarles los medios de prevenirse contra las calamidades que le han de preceder, acompañar y seguir; y así, habiéndoles encargado que estuviesen alerta contra los falsos profetas, que nada omitirian para engañar á los fieles por medio de bellas palabras y de fingidos milagros, les exhorta á velar sin cesar para no ser sorprendidos.

Díceles despues, que estando puestos por intendentes ó mayordomos de su casa para distribuir á su pueblo el alimento de la divina palabra, debian cumplir fielmente con este encargo, no haciendo como el ecónomo insensato, que viendo que su amo no vuelve, disipa en comilonas y locuras el caudal que se le ha confiado, y solo se sirve de la autoridad que tiene sobre los demas criados para maltratarlos, el cual merece por esta conducta desarrreglada ser precipitado con los hipócritas é infieles á aquel lugar de tormentos, donde no hay sino lloros y rechinar de dientes: que pues el soberano Juez debe venir sin avisarles el día ni la hora, velasen continuamente, como velaria un padre de familias si supiera la hora y la noche en que habia de venir el ladron á robar su casa: que pues conocian y sabian la voluntad de su amo, serian mucho mas culpables si no la cumplian; y que cuanto mas se les confiaba, tanto mayor sería la cuenta que tendrian que dar. Finalmente, que despues de haber hecho todo lo que se les habia mandado, lejos de engrirse y envanecerse, se tuviesen por unos criados inútiles. Advirtióles tambien que en el cumplimiento exácto de su ministerio no esperasen honra ni alabanza de parte de los hombres: que solo debian esperar ser despreciados del mundo; pero que Dios, por el cual debian únicamente trabajar, sería tambien su única recompensa.

Continuando el Salvador en recorrer los lugares que estaban al lado de allá del Jordan, respecto de la Judea, y

viéndose seguido de una infinidad de gente, se volvió hácia ellos, y les dixo (*Luc. 14.*): El que viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y aun á su propia persona, no puede ser mi discípulo: como tampoco el que no lleva cada dia su cruz y me sigue. No entiende aquí el Salvador por aborrecer á su padre y á su madre una aversion ó un ódio formal; solo entiende que debemos estar dispuestos á sacrificarlo todo por su amor: la palabra *aborrecer* significa aquí, como tambien en otros lugares de la Escritura, amar menos; y así es como se explica san Mateo, cuando dice Jesucristo: *El que ama á su padre ó su madre mas que á mí, no es digno de mí* (*Matth. 20.*). Tambien pone el Salvador por fundamento de la salvacion la renuncia general de corazon de todas las cosas; y así dice: Cualquiera de vosotros que no renunciare todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo. Como si dixera: en vano os empeñais en seguirme, si no despegais el corazon del amor de las cosas de la tierra, y si no estais dispuestos á privaros de todo lo que estimais mas, desde el punto que puede esto ser un obstáculo al grande y único negocio de la salvacion.

## §. XLI.

*Jesucristo dice que ha venido singularmente por los pecadores; y da saludables documentos á sus discipulos.*

No pudiendo los escribas y fariseos sufrir la bondad y mansedumbre con que el Salvador dexaba se llegasen toda suerte de gentes, sin exceptuar á los publicanos y personas de mala vida (lo que chocaba mucho á aquellos soberbios hipócritas, siempre prontos á decir (*Luc. 15.*), No te arrimes á mí que estoy puro y limpio): para confundirlos, les dixo Jesus: Un hombre que tiene cien ovejas, ¿no dexa las noventa y nueve por correr tras la una que se ha descarriado; y habiéndola encontrado, no la carga gozoso sobre sus hombros, y la vuelve al rebaño, y convida á todos sus amigos á que se gocen con él? Asimismo

una vida inocente y rica en buenas obras para salir bien de un juicio en que todo será justicia y severidad.

Jesucristo sabía el día y hora del juicio final, no solo en cuanto Dios, sino en cuanto Hombre-Dios, siendo debido á su humanidad este conocimiento por razon de la union substancial con la naturaleza divina. Jesucristo, pues, quiso significar solamente que no habia sido enviado para enseñarles á los hombres este misterio, sino para enseñarles los medios de prevenirse contra las calamidades que le han de preceder, acompañar y seguir; y así, habiéndoles encargado que estuviesen alerta contra los falsos profetas, que nada omitirian para engañar á los fieles por medio de bellas palabras y de fingidos milagros, les exhorta á velar sin cesar para no ser sorprendidos.

Díceles despues, que estando puestos por intendentes ó mayordomos de su casa para distribuir á su pueblo el alimento de la divina palabra, debian cumplir fielmente con este encargo, no haciendo como el economo insensato, que viendo que su amo no vuelve, disipa en comilonas y locuras el caudal que se le ha confiado, y solo se sirve de la autoridad que tiene sobre los demas criados para maltratarlos, el cual merece por esta conducta desarrreglada ser precipitado con los hipócritas é infieles á aquel lugar de tormentos, donde no hay sino lloros y rechinar de dientes: que pues el soberano Juez debe venir sin avisarles el día ni la hora, velasen continuamente, como velaria un padre de familias si supiera la hora y la noche en que habia de venir el ladron á robar su casa: que pues conocian y sabian la voluntad de su amo, serian mucho mas culpables si no la cumplian; y que cuanto mas se les confiaba, tanto mayor sería la cuenta que tendrian que dar. Finalmente, que despues de haber hecho todo lo que se les habia mandado, lejos de engrirse y envanecerse, se tuviesen por unos criados inútiles. Advirtióles tambien que en el cumplimiento exacto de su ministerio no esperasen honra ni alabanza de parte de los hombres: que solo debian esperar ser despreciados del mundo; pero que Dios, por el cual debian únicamente trabajar, sería tambien su única recompensa.

Continuando el Salvador en recorrer los lugares que estaban al lado de allá del Jordan, respecto de la Judea, y

viéndose seguido de una infinidad de gente, se volvió hácia ellos, y les dixo (*Luc. 14.*): El que viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y aun á su propia persona, no puede ser mi discípulo: como tampoco el que no lleva cada dia su cruz y me sigue. No entiende aquí el Salvador por aborrecer á su padre y á su madre una aversion ó un odio formal; solo entiende que debemos estar dispuestos á sacrificarlo todo por su amor: la palabra *aborrecer* significa aquí, como tambien en otros lugares de la Escritura, amar menos; y así es como se explica san Mateo, cuando dice Jesucristo: *El que ama á su padre ó su madre mas que á mí, no es digno de mí* (*Matth. 20.*). Tambien pone el Salvador por fundamento de la salvacion la renuncia general de corazon de todas las cosas; y así dice: Cualquiera de vosotros que no renunciare todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo. Como si dixera: en vano os empeñais en seguirme, si no despegais el corazon del amor de las cosas de la tierra, y si no estais dispuestos á privaros de todo lo que estimais mas, desde el punto que puede esto ser un obstáculo al grande y único negocio de la salvacion.

## §. XLI.

*Jesucristo dice que ha venido singularmente por los pecadores; y da saludables documentos á sus discipulos.*

No pudiendo los escribas y fariseos sufrir la bondad y mansedumbre con que el Salvador dexaba se llegasen toda suerte de gentes, sin exceptuar á los publicanos y personas de mala vida (lo que chocaba mucho á aquellos soberbios hipócritas, siempre prontos á decir (*Luc. 15.*), No te arrimes á mí que estoy puro y limpio): para confundirlos, les dixo Jesus: Un hombre que tiene cien ovejas, ¿no dexa las noventa y nueve por correr tras la una que se ha descarriado; y habiéndola encontrado, no la carga gozoso sobre sus hombros, y la vuelve al rebaño, y convida á todos sus amigos á que se gocen con él? Asimismo

mo, una muger que de diez monedas de plata que tenia ha perdido una, ¿no enciende una luz, no barre la casa, y la busca con cuidado hasta que la encuentra; y habiéndola encontrado, no salta de gozo por haber encontrado lo que había perdido? Así os digo, añadió el Salvador, que hay en el cielo un particular gozo en la conversion de un solo pecador.

Otra parábola propuso Jesucristo á sus discípulos, en que les dió una leccion capaz de confundir la avaricia de los fariseos, así como habia confundido ya su orgullo y su envidia: dixo, pues, á sus apóstoles, que un hombre rico tenia un mayordomo, á quien hizo venir á su presencia para que le diera cuenta de su administracion, y para quitarle su empleo por las quejas que le daban sobre su mal proceder. Viéndose el mayordomo á punto de ser reducido á mendigar, para tener donde recurrir, si acaso le quitaban su empleo, pensó en llamar á todos los deudores de su amo, uno despues de otro, y remitirles parte de sus deudas, permitiendo al que debia cien barriles de aceyte, que cogiera su obligacion, é hiciera una de cincuenta: al que debia cien medidas de trigo, que hiciera una de ochenta, y así de los demás. Quiso Jesucristo enseñar á sus discípulos á imitar no la injusticia, sino la astucia y la industria de este mayordomo, dándoles á entender, y diciéndoles: cuánto mas industriosos y hábiles son los hijos del siglo en sus negocios temporales, que los hijos de la luz; esto es, que los fieles en el importante negocio de la salvacion. Encárgales despues que sean fieles y puntuales observantes de los menores preceptos, haciéndoles conocer que en esta fidelidad en las cosas menores, es en lo que suele consistir la mas sólida eminente virtud.

Añadió despues el Señor que el mundo estaba lleno de escándalos: que era necesario que los hubiese; pero que infeliz de aquel por quien sucederia el escándalo: que el cuidado que debemos tener de apartarnos de todo lo que puede sernos un motivo de escándalo, no debia apagar en el corazon la caridad que debemos tener á las personas que los causan; sobre lo cual dió á sus discípulos excelentes reglas para corregir al que hace mal, y para perdonarle la injuria que se ha recibido de él. Si tu herma-

no te ha ofendido, les dixo, vele á buscar y amonéstale con agrado, sin que haya presente otro que tú y él para ganarle, si puede ser, con un modo tan lleno de caridad y de prudencia; pero si la correccion secreta no le sirve de nada, es bueno reiterarla delante de dos ó tres personas prudentes y discretas; y si todavía esto no alcanza, díselo á los superiores, y denúnciale á la Iglesia; y si acaso no escucha tampoco la voz de la Iglesia, mírale como á un infiel y un excomulgado. Sobre lo cual, habiéndole preguntado san Pedro cuántas veces debia perdonar las injurias que le hiciesen, le dixo Jesus que cuántas veces le injuriaran, otras tantas debia perdonar á quien le injuriase: No te digo, añadió el Salvador, que se debe perdonar hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete; esto es, cuantas veces recibas una injuria. Estas dos expresiones no significan un número determinado. Preguntaba san Pedro, si un hombre á quien se ha perdonado muchas veces, se hacia indigno del perdon cuando volvía á injuriar de nuevo; pero Jesucristo, quiere que perdonemos siempre que nos injuriaren.

Pasando Jesus por una casería, vió venir hácia sí diez leprosos, los que habiéndose parado lejos de él, gritaron: *Jesus, Maestro, Maestro, tened misericordia de nosotros.* Mandóles el Salvador que fuesen á presentarse á los sacerdotes: obedecieronle; y yendo á presentarse, se hallaron limpios. Por las palabras que les dixo Jesucristo les daba á entender bastantemente que curarian en el camino, pues solo estando ya limpios debian ir á presentarse á los sacerdotes, á fin que éstos sentenciasen sobre su curacion. Uno de ellos, que era samaritano, y por consiguiente extranjero, respecto de los judíos, volvió luego glorificando á Dios; y postrándose á los pies de Jesus con el rostro en tierra, le dió mil gracias porque le habia dado la salud. Queriendo Jesucristo hacer advertir cuán diferente era para con él la conducta de los gentiles de la de los judíos, le dixo al leproso: ¿No han sido curados todos diez? ¿dónde, pues, están los otros nueve? No se ha encontrado entre ellos otro que este extranjero que haya vuelto á glorificar á Dios. Y encarándose á él, dixo: Levánte, y vete; tu fe te ha salvado; queriendo,

sin duda, decir con esto, que además de su curación, su agradecimiento á su Salvador le había merecido la gracia de ser su discípulo.

Los saduceos, hereges judíos, que no creían la resurrección, pensaron embrollar y confundir al Salvador, haciéndole una pregunta capciosa (*Matth. 22.*). Maestro, le dixeron: Una muger que hubiese tenido sucesivamente siete maridos, ¿de cuál de los siete será al tiempo de la resurrección? Andais errados, les respondió el Salvador, teniendo la misma idea de la otra vida que de ésta; en la resurrección no habrá ni maridos ni mugeres, sino que unos y otros serán como los ángeles de Dios en el cielo.

## §. XLII.

*Resucita Jesucristo á Lázaro.*

Entre todos los milagros que hizo Jesucristo, se puede decir que no hubo otro, ni mas estupendo, ni que diese mas golpe, ni que hiciese mas ruido que la resurrección de Lázaro.

Era Lázaro un hombre de distinción entre los judíos: vivía en Betánia, aldea de la Judea, cerca de Jerusalem, con sus hermanas Marta y María, discípulos todos tres del Salvador, el cual amaba á esta santa familia, y se había hospedado algunas veces en su casa. Habiendo Lázaro caído enfermo de peligro, sus hermanas se lo avisaron á Jesus por un propio, enviándole á decir solamente: *Que aquel á quien amaba estaba enfermo (Joan. 11.)*. Recibida la noticia, respondió Jesus, que aquella enfermedad no era de muerte, sino para gloria de Dios, á fin que el Hijo de Dios fuese por ella glorificado. Detúvose todavía dos días en el mismo lugar, el que se cree era Betánia; al cabo de los dos días, dixo á sus discípulos: Volvamos á la Judea. ¿Cómo, Señor, le dixeron, ha tan poco que los judíos te querían apedrear, y quieres volver á un país en donde no desean sino perderte? Díoles á entender Jesus, que nada se emprendería contra él, sino cuando él lo permitiera. Díoles despues: Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy á despertarle. Si duerme, res-

pondieron ellos, escapará de su enfermedad. Llamaba Jesus sueño á la muerte de Lázaro, porque sabía muy bien que no le costaría mas el resucitarle, que el despertar á un hombre que duerme, y está sano y bueno. Entonces Jesus les dixo abiertamente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros no haberme encontrado allí, á fin que vuestra fe sea mas perfecta. El Salvador no llegó á Betánia hasta cuatro días despues de estar enterrado Lázaro. Como Betánia estaba cerca de Jerusalem, habían ido muchas personas de dicha ciudad á consolar á las dos hermanas en la muerte de su hermano. Sabiendo Marta que llegaba Jesus, corre á encontrarle fuera de la población, y bañada toda en lágrimas, le dice (*Ibi.*). Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto: pero sé que eres todopoderoso, y esto es lo que me consuela. Díxola Jesus: Tu hermano resucitará. Marta le respondió: Sé que resucitará en el último día al tiempo de la resurrección. Yo soy lo resurrección y la vida, replicó Jesus; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y cualquiera que cree en mí, no morirá para siempre; ¿creéis esto? *Si, Señor*, respondió Marta, *yo creo que vos sois Cristo, hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo*. Dicho esto, corrió Marta á avisar á su hermana María, y la dixo al oído: El Maestro ha llegado, y pregunta por ti. Al oír esto María se levanta, y va á encontrar á Jesus fuera del lugar, en el sitio en donde Marta le había encontrado. Siguiéronla todos los que estaban con ella en casa, imaginándose que iba á llorar al sepulcro de su hermano.

Luego que hubo llegado al lugar donde estaba Jesus, se postró á sus pies, y le dixo llorando: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Viendo Jesus llorar á las dos hermanas, y á los judíos que habían venido, se enterneció hasta derramar también él algunas lágrimas. Al ver esto los judíos, se decían unos á otros: Mirad cómo le amaba. Algunos dixeron también: ¿Este que ha dado vista al ciego de nacimiento, no podía hacer que Lázaro no muriera? Preguntó entonces el Salvador dónde le habían enterrado, no porque lo ignorase, pues todo lo sabía, sino porque quería que los circunstantes reflexionasen sobre todo, para que el milagro les diese

mas golpe. Ven, le dixéron, y lo verás. Habiendo ido Jesus al lugar de la sepultura; (era éste un hueco, cavado en una roca, y tenia por encima una piedra; siendo, por lo comun, los sepulcros de los judíos una especie de grutas ó cuevas, cavadas en las rocas, ó hechas de cal y canto, y cuya entrada se cerraba con una piedra bastante abultada; habia en dichas cuevas muchas pequeñas celditas, ó nichos acomodados para tener cada uno su cuerpo. La manera de sepultar entre los judíos era cubrir la cabeza y el rostro con un lienzo, que los latinos y los griegos llamaban sudario, por ser á manera del pañuelo de que nos servimos para limpiarnos el sudor; lo demas del cuerpo lo envolvian en una sábana, la que se apretaba despues con muchas bandas, ó tohallas desde los hombros hasta los pies.) Habiendo, pues, llegado Jesus al lugar de la sepultura, mandó se quitara la piedra que la cerraba. Díxole entonces Marta: Señor, no puede dexar de oler mal, porque ha quatro dias que está enterrado. Jesus la replicó: ¿No te he dicho ya, que si crees verás á Dios glorificado? Quitáron pues la piedra. Quiso el Señor que se abriese el sepulcro, dice san Ambrosio, para que todos los que estaban presentes conociesen bien por el hedor del cadáver, que estaba ya medio podrido. Entonces Jesus levantando los ojos al cielo, dixo en alta voz (*Joan. 11.*). *Padre, te doy gracias porque me has oido, aunque yo sabia muy bien que siempre me oyes; pero he dicho esto por la gente que está aquí para que crean que me has enviado.* Levanta el Salvador los ojos al cielo, dicen los santos padres, y se dirige á Dios Padre, para que no se le pudiese acusar de que usaba de sortilegios, y de que hacia un tan grande milagro por arte del demonio. Dale gracias, porque le ha oido aun antes de haberle suplicado; y añade, que sabe muy bien que su Padre siempre le oye, para manifestar, dice san Crisóstomo, que no es como los otros profetas que necesitan emplear los ruegos á Dios para obrar acciones milagrosas, sino que las hace por su propio poder. Habla tambien como si la cosa estuviera ya hecha, porque como no puede querer sino lo que quiere su Padre, está seguro que su Padre tampoco puede querer sino lo que él quiere; lo cual prueba evidentemente la unidad de voluntad y de poder en emtrámbos. Añade el Salvador

que lo que ha dicho, solo lo ha dicho para que los que están presentes sepan y crean que es el verdadero Mesías, enviado por su Padre celestial, con el cual no tiene sino una misma voluntad. Nótese que el Hijo de Dios siempre tiene cuidado de persuadir bien al pueblo que en nada es inferior á su Padre; si le suplica y habla algunas veces como hombre, y en calidad de tal como inferior á su Padre, mezcla siempre en su deprecacion algunos rasgos que manifiestan su igualdad.

Dichas estas palabras, exclamó el Salvador con un tono de voz muy alto (*Joan. 11.*): *Lázaro, ven afuera.* Á estas palabras sale del sepulcro el muerto con las bandas con que le habian atado los pies y las manos, y con el sudario que cubria el rostro. Fue este un segundo milagro, sin el cual era imposible que un hombre, por mas que estuviese resucitado y sano, pudiese salir del sepulcro, teniendo como Lázaro los pies ligados y juntos el uno con el otro, y las manos tendidas á lo largo de sus costados, y atadas al cuerpo. Hizo Jesus que lo entendieran así, cuando mandó que le desataran, y le dexasen ir.

Jamás se vió prodigio tan estupendo: ¿qué demostracion mas visible de la omnipotencia y de la divinidad de Jesucristo! Ninguna cosa probaba mas invenciblemente que Jesucristo era el Mesías; tan convencidos de ser así quedáron los judíos que se hallaban presentes, que no pudieron menos de reconocerle por tal. Habian visto á Lázaro muerto y sepultado quatro dias habia, y que el cadáver olia mal, y estaba medio podrido: habian ellos mismos quitado la piedra que cerraba el sepulcro; y al solo mandato que Jesus intima al muerto que salga del sepulcro, sale Lázaro ligado todavía con las bandas, y envuelto en sus mortajas. Se le desata en presencia de todos; ellos mismos le desatan. Lázaro vuelto del otro mundo, Lázaro resucitado abre los ojos, ve, habla, se postra á los pies de Jesucristo, le adora, y pocos dias despues se le ve á la mesa en compañía de otros muchos, y mas de sesenta años despues predica el evangelio á los de Marsella, y convierte casi toda esta insigne ciudad; y por último, tiene la dicha de dar su sangre y su vida por aquel Señor que le habia sacado del sepulcro. Un milagro tan pasmoso y tan evidente convirtió muchos de aquellos judíos que habian

sido testigos oculares de él. La fama de este prodigio se extendió bien pronto por todas partes; y muchos de los que le habian visto, corrieron á Jerusalem, y fueron á contar á los sacerdotes, á los escribas y fariseos el prodigio que Jesus acababa de hacer; de modo, que el tal milagro vino á ser el asunto ordinario de todas las conversaciones.

## §. XLIII.

*Los judíos tienen consejo contra el Salvador, y concluyen que se le debe hacer morir.*

La resurreccion de Lázaro era, por decirlo así, un milagro vivo; y cada uno podia convencerse de élla por sus propios ojos. En toda Jerusalem resonaban las alabanzas que se daban á Jesus, á quien ya no le llamaban sino el Mesías; y á la verdad era bien difícil no reconocerle por tal á vista de unos rasgos tan estupendos. Informados por sí mismos de la verdad del hecho los sacerdotes, especialmente los más calificados, y los escribas y fariseos, se juntaron para deliberar sobre lo que debian hacer. Era mas claro que el sol que un hombre que dice que es el verdadero Hijo de Dios y el Mesías, que lo prueba con los mas estupendos milagros, y en quien se verifica todo cuanto los profetas predixeron del Hijo de Dios, debe ser reconocido por tal: no se podia concluir otra cosa, es verdad; pero cuando quien domina es la pasion, cuando la envidia y el odio se han apoderado del corazon y del espíritu, estamos furiosos, estamos ciegos, no usamos de la razon; esto se ve palpablemente en toda la conducta que observan con Jesucristo los fariseos y los príncipes de los sacerdotes: convienen todos en el principio, todos están convencidos de los hechos; y concluyen todos que deben deshacerse de un hombre tan prodigioso, y en quien todo el mundo reconoce todos los rasgos y el carácter del Mesías. Esta fue la deliberacion y la conclusion de aquel impío consejo.

Este hombre dice positivamente que es el Hijo de Dios, que es Cristo, que es el Mesías: en prueba de éllo obra en el nombre de Dios, su Padre, los milagros mas inauditos

hasta resucitar muertos enterrados cuatro dias habia, medio podridos, y que despedian de sí tal hedor, que no se podia sufrir. Si le dexamos en paz, todo el mundo creará en él, y los romanos, que ya nos han subyugado, y hecho como sus tributarios, acabarán de destruirnos, se apoderarán de esta ciudad, y aniquilarán nuestra nacion. Uno de ellos, llamado Cayfas, el cual era sumo sacerdote aquel año, les dixo entonces: Vosotros no entendeis de esto: ¿No veis que es interes vuestro que un hombre solo muera por todo el pueblo, y que no perezca toda la nacion? Hablaba mejor Cayfas de lo que se imaginaba: su pensamiento era que valia mas sacrificar á Jesus haciéndole morir sin otro motivo, que porque con sus milagros atraia á sí demasias gentes, las cuales podrian reconocerle un dia por rey, y dar ocasion con esto á los romanos para arruinar el pais y el templo; y que así valia mas sacrificar un solo hombre, que todo el pueblo, y prevenir con la muerte de uno la ruina de toda la nacion.

Esto era lo que Cayfas queria decir; pero Dios daba un sentido muy diferente á lo que decia. Cayfas habló por su espíritu particular como político; pero al mismo tiempo habló por el espíritu de Dios como profeta, en calidad de sumo sacerdote, diciendo que convenia que Jesus muriese, no solo para salvar á la nacion judáica, sino tambien á todo el género humano: *Expedit vobis, ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.* Tomada la resolucion, los fariseos y los sacerdotes no pensaron ya desde aquel dia sino en ver cómo habian de quitarle la vida; para éllo diéron secretamente sus órdenes, para que en cualquiera parte que estuviesen se le prendiese. El Salvador, á quien nada le era oculto, y que segun los eternos decretos no queria ser inmolado sino en la fiesta de pascua, no se dexó ver mas en público: retiróse á una ciudad cerca del desierto, á los alrededores de Betél, donde permaneció cerca de dos meses con sus apóstoles, preparándoles para el escándalo de su pasion y de su muerte.

Estando cerca la solemnidad de la pascua, en la cual Jesus habia de consumir por el sacrificio de su vida la grande obra de nuestra redencion, se dispuso á la muerte con gozo, y se puso en camino para ir á Jerusalem con un rostro tan sereno, que denotaba el ardiente deseo que

tenia de dar su vida por la salvacion de los hombres. Quiso ir por la Samaria; y llegó á una ciudad de la provincia, en donde no le quisieron admitir, porque conocieron que iba á Jerusalem: tan viva estaba siempre la antipatía de los samaritanos con los judíos. Los dos hijos del Zebedeo, Jacobo y Juan, indignados de la afrenta que hacian á su Maestro, le dixeron: Señor, ¿quieres que hagamos que baxe fuego del cielo, y los consuma para vengaros de la afrenta que os hacen? El Salvador, que queria enseñarnos que el espíritu de sus verdaderos discípulos debía ser un espíritu de caridad y de mansedumbre, y que todo zelo duro y amargo es un zelo falso, volviéndose hácia ellos, les reprendió, diciéndoles: No sabeis con qué espíritu debéis obrar: el Hijo del hombre no ha venido á quitar la vida, sino á darla: no ha venido á perder á los pecadores, sino á salvarlos, y á usar con ellos de misericordia: sabed que yo quiero la misericordia y no la venganza (*Matth. 9.*); *porque no he venido por los justos, sino por los pecadores.* Dicho esto, pasó adelante, y fuéron á hospedarse á otro pueblo.

## §. XLIV.

*Predice Jesucristo su muerte,  
y todas las circunstancias de su pasion.*

Si la serenidad y la alegría se manifestaban hasta en el rostro de Jesucristo, no sucedia lo mismo en el corazon de los apóstoles: el temor de lo que habia de suceder los tenia en una profunda tristeza. Advirtióla el Salvador; y queriendo alentarlos, previniéndoles lo que habian de ver dentro de poco, los tomó á parte, y les dixo: Hijos míos, por fin vamos á Jerusalem, en donde se cumplirá todo lo que los profetas han predicho del Hijo del hombre; porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, los cuales le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para ser tratado con irrision, para ser azotado y cubierto de salibas; y despues que le hubieren azotado y tratado con la mayor indignidad, le quitarán la vida. Os he predicho ya todo esto muchas veces para que

cuando lo veais suceder, sepais que nada sucede ni sucederá que yo no lo haya previsto antes, y que no esté en mi mano el evitarlo; pero si yo lo padezco, es porque he querido padecerlo; es porque conformándome con la voluntad de Dios mi Padre, he querido redimir á los hombres por medio de una muerte tan ignominiosa. El evento de esta prediccion, que bien presto veréis cumplida hasta en sus menores circunstancias, os debe responder de la verdad de la que voy á haceros; esto es, que resucitaré glorioso y triunfante tres dias despues de haber muerto en una cruz: la seguridad que os doy de que resucitaré, os debe alentar contra el escándalo de mi muerte; y el claro conocimiento que tengo de la una y de la otra, debe seros una prueba evidente de mi divinidad, por mas repugnante que os parezca, y por mas contraria y opuesta que se os figure una tal pasion, y una tal muerte á la cualidad de Mesías. El evangelio nos dice, que los apóstoles no comprendieron esta tercera prediccion, como tampoco habian comprendido las otras dos.

Aún no habia acabado de hablar el Salvador, cuando Salomé, madre de Juan y Jacobo, se llegó á él, y le pidió se dignase prometerles á sus dos hijos las dos primeras sillas de su reyno (*Luc. et Matth. 18. et 20.*). El Salvador no dió respuesta á la peticion algo ambiciosa de esta muger; sino que dirigiéndose á sus hijos, que eran los que la hacian hablar, les dixo: No sabeis lo que os pedis: mi reyno no es como vosotros lo imagináis: los primeros puestos de él no se dan al simple favor, sino al mérito; y el medio para merecerlos son los trabajos, las humillaciones y las cruces: ¿podeis beber el cáliz que yo he de beber? Esta expresion que se encuentra muchas veces en la Escritura, estaba muy en uso entre los judíos para significar las penalidades y las aflicciones. Podemos beberle, respondieron los dos hermanos. Parece que esta respuesta, lejos de venir de presuncion, nacia de un efecto sincero, y del amor tierno que entrámbos profesaban á Jesucristo: así se ve que el Salvador les aseguró que participarian de su cáliz; pero que en quanto al puesto que habian de tener en su reyno, debian dexarlo á la disposicion de su Padre. La ambicion de los dos apóstoles desagradó á los otros diez, los que no dexaron de indignarse algun tanto.

tenia de dar su vida por la salvacion de los hombres. Quiso ir por la Samaria; y llegó á una ciudad de la provincia, en donde no le quisieron admitir, porque conocieron que iba á Jerusalem: tan viva estaba siempre la antipatía de los samaritanos con los judíos. Los dos hijos del Zebedeo, Jacobo y Juan, indignados de la afrenta que hacian á su Maestro, le dixeron: Señor, ¿quieres que hagamos que baxe fuego del cielo, y los consuma para vengaros de la afrenta que os hacen? El Salvador, que queria enseñarnos que el espíritu de sus verdaderos discípulos debía ser un espíritu de caridad y de mansedumbre, y que todo zelo duro y amargo es un zelo falso, volviéndose hácia ellos, les reprendió, diciéndoles: No sabeis con qué espíritu debéis obrar: el Hijo del hombre no ha venido á quitar la vida, sino á darla: no ha venido á perder á los pecadores, sino á salvarlos, y á usar con ellos de misericordia: sabed que yo quiero la misericordia y no la venganza (*Matth. 9.*); *porque no he venido por los justos, sino por los pecadores.* Dicho esto, pasó adelante, y fuéron á hospedarse á otro pueblo.

## §. XLIV.

*Predice Jesucristo su muerte,  
y todas las circunstancias de su pasion.*

Si la serenidad y la alegría se manifestaban hasta en el rostro de Jesucristo, no sucedia lo mismo en el corazon de los apóstoles: el temor de lo que habia de suceder los tenia en una profunda tristeza. Advirtióla el Salvador; y queriendo alentarlos, previniéndoles lo que habian de ver dentro de poco, los tomó á parte, y les dixo: Hijos míos, por fin vamos á Jerusalem, en donde se cumplirá todo lo que los profetas han predicho del Hijo del hombre; porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, los cuales le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para ser tratado con irrisión, para ser azotado y cubierto de salibas; y despues que le hubieren azotado y tratado con la mayor indignidad, le quitarán la vida. Os he predicho ya todo esto muchas veces para que

cuando lo veais suceder, sepais que nada sucede ni sucederá que yo no lo haya previsto antes, y que no esté en mi mano el evitarlo; pero si yo lo padezco, es porque he querido padecerlo; es porque conformándome con la voluntad de Dios mi Padre, he querido redimir á los hombres por medio de una muerte tan ignominiosa. El evento de esta prediccion, que bien presto veréis cumplida hasta en sus menores circunstancias, os debe responder de la verdad de la que voy á haceros; esto es, que resucitaré glorioso y triunfante tres dias despues de haber muerto en una cruz: la seguridad que os doy de que resucitaré, os debe alentar contra el escándalo de mi muerte; y el claro conocimiento que tengo de la una y de la otra, debe seros una prueba evidente de mi divinidad, por mas repugnante que os parezca, y por mas contraria y opuesta que se os figure una tal pasion, y una tal muerte á la cualidad de Mesías. El evangelio nos dice, que los apóstoles no comprendieron esta tercera prediccion, como tampoco habian comprendido las otras dos.

Aún no habia acabado de hablar el Salvador, cuando Salomé, madre de Juan y Jacobo, se llegó á él, y le pidió se dignase prometerles á sus dos hijos las dos primeras sillas de su reyno (*Luc. et Matth. 18. et 20.*). El Salvador no dió respuesta á la peticion algo ambiciosa de esta muger; sino que dirigiéndose á sus hijos, que eran los que la hacian hablar, les dixo: No sabeis lo que os pedis: mi reyno no es como vosotros lo imagináis: los primeros puestos de él no se dan al simple favor, sino al mérito; y el medio para merecerlos son los trabajos, las humillaciones y las cruces: ¿podeis beber el cáliz que yo he de beber? Esta expresion que se encuentra muchas veces en la Escritura, estaba muy en uso entre los judíos para significar las penalidades y las aflicciones. Podemos beberle, respondieron los dos hermanos. Parece que esta respuesta, lejos de venir de presuncion, nacia de un efecto sincero, y del amor tierno que entrámbos profesaban á Jesucristo: así se ve que el Salvador les aseguró que participarian de su cáliz; pero que en quanto al puesto que habian de tener en su reyno, debian dexarlo á la disposicion de su Padre. La ambicion de los dos apóstoles desagradó á los otros diez, los que no dexaron de indignarse algun tanto.

contra ellos. El Salvador, que conocia el fondo de sus corazones, y que queria curar la soberbia que hacia ambiciosos á los unos, y á los otros envidiosos, les llamó, y les dixo, que no debian parecerse á los grandes del mundo, que no buscan sino las preeminencias, y que dominan con imperio sobre sus súbditos: que en su servicio sucedia todo al contrario; el que quiere ser grande, debe ser un criado dispuesto á servir á todos los otros, á exemplo del Hijo del hombre, que no ha venido á ser servido, sino á servir, y á redimir las almas á costa de su vida.

## §. XLV.

*Se hospeda el Salvador en casa de Zaqueo.*

*Se cree que va á hacer parecer el reyno de Dios.*

*Júdas condena la devocion de Magdalena.*

Continuando el Salvador su viage, llega á Jericó, y da vista á dos ciegos. Habia en la ciudad un hombre llamado Zaqueo, príncipe de los publicanos y muy rico, el que habia mucho tiempo que tenia grandes deseos de ver á Jesucristo. Como la gente se lo estorbaba por ser pequeño de estatura, corrió adelante, y se subió á un sicómoro, en un sitio por donde el Salvador habia de pasar. En efecto, pasó por allí Jesus, y levantando los ojos, le vió, y le dixo: Zaqueo, baxa pronto, porque me conviene estar hoy en tu casa. Baxa Zaqueo al punto, y le hospeda en su casa con el mayor gozo. Mientras que muchas gentes murmuraban, diciendo que se habia ido á hospedar á casa de un hombre tan desacreditado por sus usuras, Jesus les hizo ver por la mudanza milagrosa que obró en el corazón del publicano, que habia entrado como un médico en la casa de un enfermo, sin otro fin que el de curarle; pues Zaqueo convertido va á postrarse á los pies del Salvador, y le dice: Señor, desde este mismo instante doy la mitad de mis bienes á los pobres; y si en alguna cosa he defraudado á alguno, le vuelvo cuatro tantos mas. Entonces el Salvador, lleno de gozo por haber vuelto al re-

baño aquella oveja descarriada, exclamó: Ha venido la salud á esta casa; y si Zaqueo fue mirado hasta aquí por los judíos como un extranjero y un pagano, su fe le ha hecho uno de los hijos de Abraham, no menos que lo son ellos.

Algunos de los que le oían con admiracion, creyeron que iba á aparecer bien presto el reyno glorioso del Mesías, tal como ellos se le figuraban; y que yendo Jesus á Jerusalem, podria muy bien en la fiesta de la próxima pascua, establecer este reyno, del cual les habia hablado tantas veces; pues no podian desimpresionarse de la idea que habian formado de la persona y reyno temporal del Mesías; pero el Hijo de Dios, que conocia sus pensamientos, les propuso una parábola, en que les daba á entender que todavía no habia llegado el tiempo en que el Mesías debia dexarse ver con todo su poder y magestad: que su reyno no se estableceria sino despues de haber sido maltratado él mismo por sus propios súbditos, los cuales no habian de querer reconocerle por el Mesías sino despues que sus siervos hubiesen padecido los mayores tormentos, y hubiesen sido tratados con la misma crueldad que su Señor; finalmente, que en el juicio final, que sería el gran dia de los premios y de las venganzas, sería propiamente cuando brillaria su magestad y su gloria á los ojos de todos los hombres.

Despues de este razonamiento se puso Jesus en camino para ir á Jerusalem, lo que sucedió seis dias antes de la fiesta de pascua. Llegado á Betánia, en donde habia resucitado pocos dias habia á Lázaro, hermano de Marta y de María, Simon, por sobrenombre el Leproso, quizá por haber sido curado de la lepra por el Salvador, le suplicó se dignase cenar con él. Lázaro fue uno de los convidados, y Marta quiso servir á la mesa. Durante la cena, María, hermana de Lázaro y de Marta, vino á derramar sobre los pies de Jesus un bálsamo muy oloroso de un nardo excelente, y de mucho valor; pues lo que derramó tanto sobre los pies como sobre la cabeza, se apreció en ciento y cincuenta libras ó pesetas. Llenóse toda la casa del olor del bálsamo. Júdas, aquel apóstol traidor, lo murmuró en voz bastante alta, diciendo: ¿A qué fin esta profusion y este engaño? ¿No valia mas vender este precioso bálsamo, y darnos el dinero para distribuirlo á los po-

bres (*Matth. 26.*)? No hablaba así Júdas, añade el sagrado Historiador, por compasion á los pobres, sino porque era un ladrón, y como estaba encargado del bolsillo comun en que se echaban las limosnas que les daban para sus necesidades, y para repartir á los pobres, hubiera querido coger el precio de aquel bálsamo para satisfacer su avaricia. Viendo el Salvador que algunos, aun de sus discípulos, parecía desaprobaban lo que María acababa de hacer en obsequio suyo, aunque esto se practicase de ordinario en los convites entre los judíos, tomó por su cuenta la defensa de la Magdalena, é hizo su elogio. ¿Por qué contristais á esta muger? les dixo: lo que acaba de hacer es una obra muy buena; embalsamando con anticipacion mi cuerpo, ha prevenido el día de mi sepultura. Nunca os faltarán pobres con quienes podais ser caritativos, siempre los habrá entre vosotros; pero no siempre me tendréis á mi visiblemente sobre la tierra; y os añado, que lo que María acaba de hacer, será publicado y alabado en cuantas partes sea predicado mi evangelio. Habiendo sabido muchas personas de Jerusalem la llegada de Jesus á Betánia, viniéron á verle, y á ver á Lázaro, á quien habia resucitado; todo esto inflamó la bñlis de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos, tanto, que pensáron en quitarle la vida á Lázaro, porque su resurreccion era una prueba la mas incontestable de la divinidad de Jesucristo, y le atraía todos los días nuevos discípulos.

Al otro día partió Jesus de Betánia; y luego que estuvo cerca de Betfagé, aldea situada á la falda del monte Olivete, á media legua de Jerusalem, dixo á dos de sus discípulos (*Matth. 21.*): Id á ese lugar que está delante de vosotros, encontraréis una jumenta, y junto á ella su pollino, en el que todavía no ha montado nadie, desatadlos, y traédmelos; y si alguno os preguntare qué es lo que vais á hacer, responderle solamente, que el Señor los necesita. Todo esto se hizo, dice el Evangelista, á fin que cuanto habia sido predicho del Mesías, se cumpliese, y en particular esta expresion del profeta Zacarías (*Zach. 9.*): Decid á la hija de Sion; esto es, á Jerusalem: he aquí á tu Rey, que viene á ti lleno de mansedumbre, montado en una jumenta, y en el pollino de la que lleva el yugo. Los discípulos obedecieron puntualmente al Maestro; y

habiendo sucedido todo como se les habia predicho, le traxéron la jumenta y el pollino; y habiendo puesto sus mantos encima, á manera de una gualdrapa, montó Jesus en ella.

## §. XLVI.

*La entrada de Jesucristo en Jerusalem.*

Muchos intérpretes son de parecer que Jesus montó al principio en la jumenta por no fatigar al pollino, el que siendo todavía jóven, con dificultad le hubiera podido llevar todo el camino; y que el Salvador baxó de la jumenta, y montó en el pollino cuando estuvo ya cerca de la ciudad. En efecto, el Profeta dice (*Zach. 9.*): *He aquí á tu rey, que viene á ti; este rey justo es el Salvador: es pobre, está montado en una jumenta, y en el pollino de la jumenta.* Todo es misterioso en la pasion de Jesucristo: todo, hasta las menores circunstancias, lleva impreso un carácter de verdad y de evidencia; y todo demuestra que el Señor es el Mesías, y que es Dios.

Toda la gente que habia ido á Jerusalem á asistir á la fiesta, y habia sabido la milagrosa resurreccion de Lázaro de boca de aquellos mismos que habian sido testigos del milagro, habiendo sabido que Jesus se encaminaba á Jerusalem, cogiéron ramos de árboles y de palmas, y fueron á encontrarse con él, y á acompañarle: luego que llegaron adonde estaba Jesus, se pusieron delante de él, y empezaron á caminar, diciendo todos á voces: *Hosanna filio David*; que quiere decir: Gloria al hijo de David: viva el Rey de Israel: bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Era tan grande el gozo y la veneracion de aquel innumerable pueblo, que los unos tendian sus mantos y sus gabanes á lo largo del camino, y los otros cortaban ramas de los árboles, y las echaban por donde pasaba Jesus. Estando ya cerca de la ciudad, los discípulos, asaltados de un transporte de gozo á vista de la gloria que recibia su Maestro, juntáron sus cánticos de alegría con los del pueblo, y se pusieron á alabar á Dios por todas las maravillas que habian visto, diciendo á vo-

ces: *Bendito sea el rey que viene en el nombre del Señor: paz en la tierra, y gloria en el cielo.* Toda la gente, tanto los que iban delante del Salvador, como los que iban detrás y á los lados, juntaban sus aclamaciones con las de los discípulos, y gritaban por todas partes: *Hosanna*, gloria al hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor: *Hosanna*, salud y gloria en lo mas alto de los cielos.

Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos no pudieron ver sin despecho las honras extraordinarias que se hacian á un hombre, cuya pérdida habian maquinado y resuelto: decíanse los unos á los otros: Veis aquí como no ganamos nada: veis aquí que todo el mundo corre tras él; y aun hubo algunos de ellos que mezclándose entre la gente, y no pudiendo disimular su indignacion, le dixeron á Jesus: Maestro, haz callar á tus discípulos; pero el Salvador les respondió con su acostumbrada mansedumbre: Os aseguro que cuando estos callaran, las piedras hablarían mas alto que ellos.

Luego que el Salvador llegó á ver la ciudad de Jerusalem, no pudo contener las lágrimas, pensando en las calamidades que habian de venir sobre ella y sobre toda la nacion en castigo de su extraña obstinacion en no querer reconocer al Mesías. Las lágrimas que derramó fueron acompañadas de esta queja y reconvencion amorosa: Desventurada ciudad, que hasta aquí no has querido conocer lo que debía hacerte sumamente feliz: ¿por qué tienes cerrados los ojos á la luz tanto tiempo ha? Oh, si á lo ménos los abrieras en este día que es para ti un día de gracia y de paz: en este día en que la voz del pueblo, y hasta la de los niños te convida á reconocer y á admitir á tu Salvador y á tu Padre; pero estás ciega, y lo quieres estar! Sábete, pues, ciudad infeliz, que Dios que conoce tu ceguedad voluntaria te visitará en su furor: sabe que el tiempo de tu ruina está ya cerca: dentro de pocos años te verás sitiada de enemigos que te cercarán por todas partes, y que habiéndote forzado á rendirte, harán en tus habitadores una horrible carnicería: arrasarán tus muros, lo llevarán todo á sangre y á fuego en la ciudad, arruinarán de arriba á baxo todos tus soberbios edificios, y no dexarán en ti piedra sobre piedra: así te visitará el Señor irritado contra ti, por no ha-

berle querido recibir cuando te visitó como Salvador y como Padre. Con estas palabras hace ver claramente Jesucristo, que era mas sensible á las calamidades de Jerusalem, que á las aclamaciones que daba aquella gente. A su llegada se conmovió toda la ciudad, y todos preguntaban: ¿Quién es éste? Las turbas que le acompañaban, respondían: Qué ¿no sabeis que es Jesus de Nazaret, aquel gran profeta tan poderoso en obras y en palabras? No fueron solo los judíos los que mostraron las ansias que tenían de saber quién era.

Algunos gentiles de los que habian ido á Jerusalem á adorar á Dios el día de la fiesta, no mostraron ménos deseos de verle: es posible que estos gentiles eran la mayor parte prosélitos, que pensaban abrazar el judaismo, ó á lo ménos que creían y adoraban un solo Dios. Encamináronse desde luego á Felipe, manifestándole el deseo que tenían de ver á Jesucristo. Felipe se lo dixo á Andres, y entrámbos se lo dixeron á su Maestro. Jesus, que se preparaba á merecer con su muerte la salvacion de los gentiles, no ménos que la de los judíos, respondió á los apóstoles que habia llegado la hora en que iba á ser glorificado; y que como el grano de trigo no fructifica sino despues de haber muerto en la tierra en donde ha sido arrojado, á este modo su muerte sería semilla de una abundante mies: que los fieles, que serían el fruto de su muerte, aprenderían á imitacion suya á aborrecer su vida en este mundo, á fin de conservarla para el otro; y que caminando sobre sus huellas, llegarían á la mansion de los bienaventurados.

Queriendo el Salvador prevenir el pensamiento que podrían tener algunos de que las humillaciones y la muerte nada habian tenido de amargo y de terrible para él: que siendo Dios habria embotado las puntas del dolor, y disipado todos los terrores de la muerte, quiso sentirlos y experimentarlos, y esto sin admitir alivio: para ello excitó voluntariamente en su alma una agitacion tan viva, que le obligó á decir (*Joan. 12.*): Mi espíritu está conturbado; ¿qué diré? Padre mio, líbrame de esta hora. Luego, como para serenarse á sí mismo, añadió: Pero para esta hora vine al mundo. La turbacion que el Salvador manifiesta aquí á vista de su pasion, le era enteramente libre, como tambien la que manifestó pocos dias despues en el huerto de las

Olivas, dice un erudito intérprete; y añade que la perfecta conformidad que habia entre la voluntad humana y la divina de Jesucristo, no disminuía en nada la vivacidad del sentimiento que debia producir en la parte inferior la idea de una muerte cruel; ni este sentimiento se oponía á la sumision que tenia á las órdenes de su Padre, á las cuales se habia sujetado él mismo libremente; y así añadió: Padre, glorifica tu nombre; como si hubiera dicho: pues tú quieres que mi muerte sirva á tu gloria, no pido sino que se cumpla tu voluntad. Entonces se oyó una voz del cielo, que dixo: *Le he glorificado, y todavía le glorificaré* por los prodigios que ha obrado ya, y por los que obrará en lo por venir.

## §. XLVII.

*Predice el Salvador la conversion de los gentiles á la fe.*

Los que estaban presentes, y habian oido esta voz, dixéron unos, que era el ruido de un trueno; otros, que era un ángel que le habia hablado; pero Jesus les dixo: Esta voz no es por mí, sino por vosotros; y para significar los efectos que habia de obrar la muerte que padecería en la cruz; ahora es, añadió, cuando se va á hacer justicia al mundo, que hasta aquí parecia insultar impunemente á Dios: ahora es cuando el príncipe de este mundo va á ser echado fuera, y destruido del imperio que habia usurpado sobre el espíritu y el corazon de los hombres: para ello la idolatría será abolida, y los gentiles serán llamados á la fe: os digo tambien, continuó, que cuando fuere elevado de la tierra (en la cruz), atraeré á mí todas las cosas, judíos, gentiles, griegos y bárbaros: para mí no habrá aceptación de personas: abriráse el cielo á todos los hombres: ningun pueblo será excluido de la alianza del Señor; y yendo como voy á morir por la salvacion de todos los hombres, no habrá hombre que no pueda tener parte en el beneficio de la redencion. Decía esto, advierte el Evangelista, para significar el género de muerte que habia de tener. Bien lo comprendieron los judíos, y esto fué lo que les hizo decir: ¿ Como se componia la muerte del Hijo del hombre, con lo que la

Escritura decia que Cristo debia permanecer eternamente? ¿Y cómo dices tú, añadieron, que es necesario que el Hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del hombre? Á esto les respondió el Salvador, que todavía tenían consigo la luz por un poco de tiempo: Andad, pues, les dixo, mientras que teneis luz, porque cuando es de noche, no es ya tiempo de caminar ni de obrar: mientras que teneis con vosotros la luz, aprovecháos de ella; como si les hubiera dicho: de hoy en mas es poco el tiempo que tengo de vivir con vosotros: aprovecháos de la facilidad que mi presencia os da de salvaros: va á llegar el momento en que los que no hubieren querido creer en mí, serán abandonados á sus tinieblas, y á su voluntaria ceguedad.

Dicho esto, se retiró Jesus, y se les desapareció, juzgando que despues de tantos milagros como habia obrado inútilmente á vista de ellos, era inútil hablarles mas. Todo esto pasó en el templo, de donde á su llegada habia arrojado á los que le profanaban con el mas indigno tráfico. Aquella misma tarde se volvió Jesus á Betánia con sus apóstoles; el dia siguiente por la mañana volvió á Jerusalem: en el camino, habiéndose acercado á una higuera, y no habiendo hallado en ella fruto, la maldixo, aunque no era tiempo de higos; secóse el árbol al instante, lo que le hizo decir á los apóstoles, que parecieron sorprenderse del caso; que aquello era figura que debia hacerles entender que el fiel jamás debe estar sin fruto. Habiendo entrado en el templo, se vió rodeado de muchas gentes, entre las cuales habia muchos escribas y fariseos, los que habiendo oido la parábola que les propuso entonces de los convidados á la boda del hijo del rey, y que se excusaron todos de admitir la honra que el rey les hacia; y la del amo que entrega el dinero á sus criados para negociar con él, y que castiga severamente al criado haragan é infiel, por no haber aumentado con la negociacion la suma que habia recibido: finalmente, habiendo oido todo lo que Jesus dixo del juicio final; y de la terrible sentencia del soberano Juez, conocieron claramente que era de ellos de quienes hablaba Jesus. Viéndose, pues, pintados en la mayor parte de sus parábolas, y reventando de despecho, hubieran querido prenderle: pero no se atrevieron á echarle la mano, temiendo ser maltratados del pueblo. Como la hora de Jesus era ya llegada, no

se ocultaba de ellos: por el día se dexaba ver en el templo, y por la tarde se retiraba al monte Olivete á pasar la noche en oracion.

## §. XLVIII.

*Deliberan los judíos sobre los medios de prender á Jesucristo.*

Dos días antes de la fiesta de pascua; es á saber, el miércoles, los enemigos del Salvador, que eran todos los principales de la sinagoga, y los escribas y fariseos, se juntaron en la sala del sumo sacerdote Cayfas: tuviéron allí su consejo para deliberar entre ellos cómo harian para prender á Jesus. Puede decirse que el furor y la rabia que tenian los príncipes de la sinagoga, los doctores de la ley y los fariseos por quitarle la vida á Jesucristo, no eran solamente efecto de su envidia y de su malignidad, sino tambien de sus remordimientos. Por maligna y viva que fuese su aversion y su ódio contra el Salvador del mundo porque no se las habia ahorrado con ellos, y porque quitándoles la mascarilla les habia descubierto todos sus desórdenes, su soberbia y su hipocresía; sin embargo, la prodigiosa muchedumbre de maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, el cumplimiento de las profecías tocantes al Mesías, tan visible en la persona y en la conducta de Jesucristo: la época del tiempo y la perfecta semejanza que veían, mal que les pesase, entre Jesus de Nazaret y la pintura que los profetas habian hecho del Mesías; todo esto, á pesar de su terca obstinacion, les hacia sospechar que aquel hombre tan poderoso en obras y en palabras fuese verdaderamente el Hijo de Dios, como él mismo lo aseguraba. Para calmar las inquietudes de su conciencia y serenarse, se habian imaginado que si podian conseguir el prenderle, y hacerle morir en una cruz, sería ésta una prueba visible de que Jesus, lejos de ser el Mesías, era un impostor. Así discurrían por la falsa persuasion en que estaban de que debiendo el Mesías reynar eternamente, no podia morir con una muerte ignominiosa. Por esto, viendo al Salvador á punto de espirar en la cruz, le decían insultán-

le: Si eres el Hijo de Dios, baxa de la cruz: si es el Mesías, baxe ahora de la cruz, y creerémos en él.

## §. XLIX.

*Entrega Júdas á su divino Maestro por la suma de treinta dineros.*

Habiéndose, pues, juntado en casa de Cayfas los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y fariseos, concluyéron que se debía prender á Jesus, y quitarle la vida; pero como temian al pueblo, el cual le tenia en una gran veneracion, resolvieron dexar pasar la fiesta de pascua, no fuese que se levantase algun tumulto en el pueblo en un tiempo en que toda la ciudad estaba llena de extrangeros, los que no le miraban con ménos veneracion que los mismos habitantes. Pero el Salvador, de quien el Cordero pascual era figura tanto tiempo habia, tenia determinado morir el día de pascua; por esto permitió que el demonio, cabeza invisible de la conspiracion, y que tenia el mismo designio que ellos, hiciese nacer un incidente que los determinó á no diferir la execucion de su empresa. Habíase hecho dueño el demonio del alma del impío Júdas, uno de los doce apóstoles. Este traidor fué á presentarse al congreso, y ofreció entregarles seguramente á su divino Maestro, mediante una suma de dinero. Gozosos de haber hallado una ocasion tan favorable á sus intentos, y que no la esperaban, le prometiéron treinta piezas de plata, que hacen unas cincuenta libras de moneda de Francia, y las mismas pesetas de la de España; este era el precio ordinario de un esclavo, y á este vil precio quiso ser vendido el soberano Señor del cielo y tierra. Entonces se cumplió lo que habia dicho el profeta Jeremías, Recibiéron treinta monedas de plata, precio en que apreciaron los hijos de Israel al que prendieron (*Matth. 26.*). No se duda que este pasage que cita san Mateo ha sido suprimido maliciosamente por los judíos, por estar en él pintado con colores demasiado vivos su delito; sin embargo, todavía se encuentran en algunos antiguos manuscritos, escapados á su malicia, en estos términos: *Entonces Jeremías dixo á Fasur ( Era*

se ocultaba de ellos: por el día se dexaba ver en el templo, y por la tarde se retiraba al monte Olivete á pasar la noche en oracion.

## §. XLVIII.

*Deliberan los judíos sobre los medios de prender á Jesucristo.*

Dos días antes de la fiesta de pascua; es á saber, el miércoles, los enemigos del Salvador, que eran todos los principales de la sinagoga, y los escribas y fariseos, se juntaron en la sala del sumo sacerdote Cayfas: tuviéron allí su consejo para deliberar entre ellos cómo harian para prender á Jesus. Puede decirse que el furor y la rabia que tenian los príncipes de la sinagoga, los doctores de la ley y los fariseos por quitarle la vida á Jesucristo, no eran solamente efecto de su envidia y de su malignidad, sino tambien de sus remordimientos. Por maligna y viva que fuese su aversion y su ódio contra el Salvador del mundo porque no se las habia ahorrado con ellos, y porque quitándoles la mascarilla les habia descubierto todos sus desórdenes, su soberbia y su hipocresía; sin embargo, la prodigiosa muchedumbre de maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, el cumplimiento de las profecías tocantes al Mesías, tan visible en la persona y en la conducta de Jesucristo: la época del tiempo y la perfecta semejanza que veían, mal que les pesase, entre Jesus de Nazaret y la pintura que los profetas habian hecho del Mesías; todo esto, á pesar de su terca obstinacion, les hacia sospechar que aquel hombre tan poderoso en obras y en palabras fuese verdaderamente el Hijo de Dios, como él mismo lo aseguraba. Para calmar las inquietudes de su conciencia y serenarse, se habian imaginado que si podian conseguir el prenderle, y hacerle morir en una cruz, sería ésta una prueba visible de que Jesus, lejos de ser el Mesías, era un impostor. Así discurrían por la falsa persuasion en que estaban de que debiendo el Mesías reynar eternamente, no podia morir con una muerte ignominiosa. Por esto, viendo al Salvador á punto de espirar en la cruz, le decían insultán-

le: Si eres el Hijo de Dios, baxa de la cruz: si es el Mesías, baxe ahora de la cruz, y creerémos en él.

## §. XLIX.

*Entrega Júdas á su divino Maestro por la suma de treinta dineros.*

Habiéndose, pues, juntado en casa de Cayfas los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y fariseos, concluyéron que se debía prender á Jesus, y quitarle la vida; pero como temían al pueblo, el cual le tenia en una gran veneracion, resolvieron dexar pasar la fiesta de pascua, no fuese que se levantase algun tumulto en el pueblo en un tiempo en que toda la ciudad estaba llena de extrangeros, los que no le miraban con ménos veneracion que los mismos habitantes. Pero el Salvador, de quien el Cordero pascual era figura tanto tiempo habia, tenia determinado morir el día de pascua; por esto permitió que el demonio, cabeza invisible de la conspiracion, y que tenia el mismo designio que ellos, hiciese nacer un incidente que los determinó á no diferir la execucion de su empresa. Habíase hecho dueño el demonio del alma del impío Júdas, uno de los doce apóstoles. Este traidor fué á presentarse al congreso, y ofreció entregarles seguramente á su divino Maestro, mediante una suma de dinero. Gozosos de haber hallado una ocasion tan favorable á sus intentos, y que no la esperaban, le prometiéron treinta piezas de plata, que hacen unas cincuenta libras de moneda de Francia, y las mismas pesetas de la de España; este era el precio ordinario de un esclavo, y á este vil precio quiso ser vendido el soberano Señor del cielo y tierra. Entonces se cumplió lo que habia dicho el profeta Jeremías, Recibiéron treinta monedas de plata, precio en que apreciaron los hijos de Israel al que prendieron (*Matth. 26.*). No se duda que este pasage que cita san Mateo ha sido suprimido maliciosamente por los judíos, por estar en él pintado con colores demasiado vivos su delito; sin embargo, todavía se encuentran en algunos antiguos manuscritos, escapados á su malicia, en estos términos: *Entonces Jeremías dixo á Fasur ( Era*

Fasur uno de los sacerdotes de Jerusalem, caudillo ó intendente del templo, quien no pudiendo sufrir que Jeremías predixese tan positivamente la ruina de Jerusalem, y la desolacion de la nacion judáica, le hizo prender y tratar como se trataba á los falsos profetas.) A este Fasur fue á quien dixo: *Ha mucho tiempo que vosotros y vuestros padres os oponéis á la verdad; pero vuestros hijos, que vendrán despues de vosotros, cometerán un delito todavía mas enorme que el vuestro; porque pondrán en venta al que no tiene precio, y harán padecer al que cura las enfermedades y perdona los pecados, y recibirán las treinta monedas de plata, que fueron el precio que los hijos de Israel diéron por el que compraron.*

El dia siguiente, que era el juéves, víspera de su muerte, no entró Jesus por la mañana en la ciudad de Jerusalem; quedóse en el monte Olivete en donde habló largamente con sus apóstoles de su muerte, y los dió muchas saludables instrucciones, especialmente por lo tocante á la caridad mútua que debian tenerse unos á otros: contentose con enviar á Pedro y á Juan para que prepararan lo que era necesario para celebrar la pascua. Andad, les dixo, á la ciudad: al entrar en élla, hallaréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle; y en donde quiera que entrare, decid al amo de la casa que yo quiero celebrar la pascua en su casa con mis discípulos: el tal os enseñará una gran sala, alta, alhajada toda y dispuesta; aparejadnos allí todo lo necesario. Hiciéron Pedro y Juan lo que se les habia mandado; y al caer de la tarde se fue Jesus á dicha casa con todos sus apóstoles.

§. L.

*Jesucristo celebra la cena, lava los pies á sus apóstoles, é instituye la divina Eucaristía.*

Llegada la hora, se puso Jesus á la mesa. Mostró entonces este divino Salvador el deseo ardiente que siempre habia tenido de celebrar con ellos aquella pascua, la cual sería la última, pues su muerte iba á dar fin á todas las ceremonias legales: añadió tambien, que desde su

primer instante suspiraba por aquella hora en que se debia inmolar á su Padre por la salvacion de todo el género humano (Joan. 13.). A mitad de cena, viéndose el Salvador al fin de su carrera, y que iba á ausentarse de sus apóstoles por un poco de tiempo, quiso darles un gran exemplo de humildad, curar con una acción estupenda su espíritu de la falsa idea que se habian forjado de la grandeza y de las dignidades de su reyno, y hacerles al mismo tiempo comprender la pureza con que en lo sucesivo deberian llegar al divino Sacramento que queria instituir bien presto.

Levántase de la mesa, se quita sus vestiduras, esto es, su manto largo, el que en el Oriente servia para ponerle encima de todo; toma un lienzo, que sería una tohalla ó servilleta, pónesele en forma de delantal; y habiendo echado agua en una jofayna ó librilla, empieza á lavar los pies á los apóstoles. Este exemplo de humildad los dexa atónitos: san Pedro, sobre todo, no pudo resolverse á dexarse lavar los pies por su divino Maestro: No, Señor, le dixo, no sufriré jamás que vos me laveis los pies. Respondióle Jesus: Lo que yo hago, no lo comprendeis ahora, comprenderéislo con el tiempo. Querria Jesucristo hacer comprender á sus discípulos la pureza con que se debe llegar al misterio de la Eucaristía; y esto fue lo que comprendieron san Pedro y los demas apóstoles cuando Jesucristo instituyó este divino Sacramento. Porfiando siempre san Pedro en no querer ver al Salvador á sus pies, le dixo Jesus, que si no le lavaba los pies, no le reconoceria mas por su discípulo. Si es así, le dixo entonces el santo Apóstol, lavadme, Señor, no solo los pies, sino tambien la cabeza y las manos. Díxole entonces el Salvador: El que sale del baño, no necesita lavarse sino los pies, pues está todo limpio; así vosotros estais limpios, pero no todos: decia esto, porque sabia bien quién era el que le habia de entregar. Con esto quiso Jesucristo significar que los apóstoles, á excepcion de Judas, no tenian ningun pecado grave, y que solo tenian necesidad de purificarse de sus imperfecciones.

Despues que Jesus hubo dado á sus apóstoles esta leccion, y un tan grande exemplo de humildad y de caridad, y encargándoles que lo practicasen tambien ellos,

volvió á tomar sus vestiduras, y puesto otra vez á la mesa, les dixo sin rebozo que iba á ser entregado alevo samente á sus enemigos por uno de los mismos que estaban con él á la mesa. Esta expresion los sorprendió y los affligió extremadamente; y consternados todos, empezaron á exclamar cada uno de por sí: ¿ Soy yo, Señor? Respondióles Jesus: El que me entregará está á la mesa conmigo (*Matth. 26.*). Por lo que mira al Hijo del hombre, él va á la muerte, porque lo ha querido así, y segun está decretado de él en las escrituras; esto es, segun está predicho por los profetas; ; pero ay de aquél por quien el Hijo del hombre será entregado! Mas le valia no haber venido jamás al mundo.

Pero cuando el hombre ha llegado á un cierto punto de malicia, mira á sangre fria los mas enormes delitos, y se endurece contra las mas fuertes impresiones de la gracia. Tuvó Júdas el descaro de preguntar tambien al Salvador, si era él el que le entregaria. Jesus le respondió en voz baxa: Tú eres. Es probable que los apóstoles no oyéron ó no entendieron estas palabras, ó que no pudieron imaginarse jamás que ninguno de ellos pudiese ser capaz de un tan negro delito.

Entretanto se continuó la cena; y al fin de élla, Jesus, que lavádoles los pies los habia como preparado para el Sacramento que debia instituir entonces mismo, y de que el cordero pascual era figura; no contento con haber dado á los hombres señales tan visibles de su ternura, quiso la víspera de su muerte darles una prueba todavía mas sensible del amor mas extraordinario que hubo jamás.

Era costumbre en la ceremonia de la cena y del cordero pascual tener baxo los manteles un pan sin levadura, que el padre de familias cortaba en otros tantos pedazos cuantas eran las personas que habia á la mesa, y los que distribuía á cada uno segun su graduacion. Habiendo tomado el Salvador este pan, le bendixo; es decir, le consagró; y levantando los ojos al cielo, dió gracias á Dios su Padre: despues, habiéndole partido, le distribuyó á sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed; esto es mi cuerpo* (*Matth. 29.*). Era tambien estilo al fin de la cena beber todos, úno despues de ótro, del vino que ha-

bía en un cáliz ó copa que el mismo padre de familias les alargaba. Tomando Jesus la copa, y habiéndola bendecido del mismo modo que lo habia hecho con el pan, la dió á sus discípulos, diciendo: *Bebed todos de élla, porque esta es mi sangre, que hace el nuevo Testamento, y que será derramada por los hombres para que les sean perdonados sus pecados*; fue decir: Esta es mi sangre, por la cual hago el día de hoy una alianza nueva: ahora os doy á beber esta sangre en esta copa baxo la apariencia de vino, y dentro de pocas horas la derramaré á vista de todo el mundo en una cruz por la remision de los pecados, y por la salvacion de todos los hombres; y porque quiero que la memoria de mi muerte subsista hasta el fin de los siglos, os doy poder y os mando que hagais vosotros mismos lo que yo hago. Con esto el sacrificio de mi cuerpo y de mi sangre, ofrecido en la cruz, y por el cual mi Padre será honrado infinitamente, se renovará todos los dias en este Sacramento; el cual baxo las apariencias ó especies de pan y de vino es su representacion real y substancial; y de este modo tambien estaré yo realmente con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos, aunque no me veais con vuestros ojos.

Executa aquí Jesucristo lo que en otro tiempo habia prometido tan positivamente á sus discípulos, cuando les decía que les daria á comer su propia carne, y á beber su propia sangre, no de una manera grosera, y que los moviese á náusea, como lo habian comprendido los carnaitas: no un cuerpo hecho pedazos, ni una carne toda sangrienta y cortada á trozos, sino su verdadero cuerpo, su cuerpo real y su verdadera sangre, baxo las especies ó apariencias de pan y de vino.

**S. LI.**  
*Sale Júdas á entregar á su divino Maestro. Da Jesus las últimas instrucciones á sus apóstoles: predice á san Pedro que le negará aquella misma noche; y va ha hacer oracion al huerto.*

**H**abiendo el traidor Júdas puesto el colmo á su maldad por esta comunión sacrilega, y habiéndose apoderado de su alma el demonio, se determinó á executar su impío designio. Habiendo dicho el Salvador que iba á pasar la noche en oracion al monte Olivete, sale el traidor al instante de la sala á decir á los príncipes de la sinagoga que le den una escolta, que aquel es el tiempo de prender á Jesus seguramente y sin ruido.

Nada de esto ignoraba el Salvador; sin embargo, no quiso darlo á entender: acabada la cena con el cántico con que regularmente se terminaba (era éste una oracion particular, sacada, á lo que se cree, del salmo ciento y trece, y de los siguientes, los cuales los rezaban los judíos despues de haber celebrado la pascua), salió de casa con sus apóstoles para retirarse con ellos al monte Olivete ú de las Olivas. En el camino nada omitió el Salvador divino para preparar á sus amados discípulos para todo lo que habia de suceder, y sobre todo contra el escándalo de su muerte. Esta noche, les dixo, os seré á todos una ocasion de escándalo y de caida; porque está escrito (*Zachar. 13.*), Heriré al pastor, y las ovejas echarán cada una por su parte; pero cuando hubiere resucitado, iré á Galilea antes que vosotros: allí me veréis, y entonces comprenderéis todo este misterio: luego se volvió despues á Pedro, que protextaba que no le abandonaría jamás, sucediese lo que sucediese, y le predixo que antes que el gallo cantara aquella misma noche, le negaría tres veces, diciendo que jamás le habia conocido: despues de esto les dió á entender á todos que convenia el que se ausentase de ellos, á fin de enviarles el Es-

piritu santo (*Matth. 26.*). Exhortóles á guardar todos sus mandamientos, especialmente el de la caridad fraterna: les predixo tambien las persecuciones que se levantarían contra ellos; pero los aseguró que les daría su gracia para que las llevaran no solo con paciencia, sino tambien con alegría. Finalmente, despues de haber hecho una tierna deprecacion á su Padre, lo primero en favor de sus apóstoles, los que le recomendaba en particular, y lo segundo en favor de todos los hombres en general; y despues de haber dicho que el mundo sería siempre su enemigo, y que siendo vencido el demonio, y desarmado por su muerte, substituiría en su lugar al espíritu del mundo para hacer continuamente la guerra á los fieles (toda esta admirable deprecacion que hizo el Salvador á su Padre, se puede ver en el capítulo diez y siete del evangelio de san Juan), pasó Jesus el torrente Cedron que corre á la falda del monte Olivete, y vino con sus apóstoles á una especie de quinta, llamada Getsemaní, en donde habia un huerto, en el cual pasaba regularmente las noches en oracion. Llegado allí, dixo á sus apóstoles, que quedaran y pasaran parte de la noche en oracion para pedir á Dios la gracia de la fidelidad y de la perseverancia.

Tomando Jesus consigo á Pedro, Juan y Diego, se metió con ellos mas adelante en aquella soledad; y habiéndose apartado de ellos como un tiro de piedra, empezó á apoderarse de su corazon un temor, un tedio y una tristeza mortal. Quiso manifestársela á sus tres queridos discípulos, diciéndoles: *Tengo una tristeza mortal; esperad aquí, y velad conmigo* (*Matth. 26.*). El Salvador podia desecher fácilmente aquel temor, aquel excesivo tedio, y aquella profunda tristeza: aquellos movimientos le eran libres, por quanto su alma gozaba de la bienaventuranza, y veía á Dios intuitivamente y en sí mismo; pero quiso sentir en su corazon y en su cuerpo toda la amargura y todo el terror que causa á los hombres la cercanía de la muerte, para mostrarnos el exceso de su amor, cuánto le costaba nuestra salvacion, y asimismo para consuelo de sus siervos, y para enseñarles con su exemplo lo que debian hacer cuando se viesen en semejante estado.

Viendo Jesus que sus discípulos estaban muy acosados

del sueño, se retiró á un lado; y postrándose allí el rostro contra la tierra, empezó su oracion, diciendo: *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no sea como yo lo quiero, sino como tú.* Parece que el Salvador nada olvida para sentir, aunque es Hombre-Dios, aquel monton espantoso de oprobios y de humillaciones, y para padecer todos los horrores de la muerte, como si no fuera sino un puro hombre. No ignoraba que su muerte estaba resuelta en los decretos eternos: él mismo habia asentido á ellos, y los habia firmado voluntariamente; y así la voluntad humana no es aquí opuesta á la voluntad divina; solo muestra la repugnancia natural que todo hombre tiene á las aflicciones y al dolor segun el apetito natural; despues de lo cual la parte superior, que es la racional, declara su conformidad y su entera sumision á la voluntad divina.

Por tres veces hizo el Salvador la misma oracion, siempre con la misma resignacion, sin embargo de sentir en sí la misma repugnancia. Habiendo ido adonde estaban sus tres discípulos, y habiéndolos hallado dormidos, se les quejó amorosamente de la poca parte que mostraban tomar en su tristeza: *Qué, ¿os dormis? les dixo: ¿no habeis podido velar siquiera una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis ni caigais en la tentacion: es verdad que el espíritu es fuerte y está pronto; pero la carne es enferma y flaca; fue como decirles: ha pocas horas que todos queriais morir conmigo; y cuando me veis como en la agonía, no teneis ya ni fervor ni aliento, sino que os dormis. Cuando no vemos la muerte sino de lejos, la desafiamos; pero cuando es necesario luchar con ella brazo á brazo, la flaqueza de la carne se rinde por lo comun á la fuerza del espíritu; y si no le pedimos á Dios por medio de la oracion que nos fortifique contra el temor de la muerte, nos acobardamos y caemos debaxo.*

San Lucas dice (*Luc. 21.*), que vino un ángel del cielo á confortar al Señor. Jesucristo tenia en sí mismo toda su fortaleza y todo su consuelo para no temer á la muerte que veía tan próxima: no tenia necesidad del ministerio de un ángel; sin embargo, quiso admitir este consuelo, así como quiso abandonarse al temor y á la tris-

teza, para enseñarnos con su exemplo á vencer nuestras repugnancias, y á esperar de Dios el socorro en la necesidad. Quiere que un ángel venga á confortarle en aquella agonía ó lucha interior que sentia entre la resignacion y la repugnancia; así como habia querido que los ángeles viniesen á traerle de comer en el desierto despues de su ayuno y de su victoria sobre el tentador. Todo es leccion en la vida de Jesucristo, todo es instruccion, todo es misterio.

## §. LII.

*La agonía de Jesucristo en el huerto, en donde es entregado á los soldados por el traidor Judas.*

La tristeza en que se hallaba Jesucristo en aquel estado por la viva representacion de su muerte afrentosa de cruz, de sus humillaciones, de sus tormentos, le reduxo casi á la agonía, y le causó un estremecimiento tan violento en su cuerpo, que salió de él un sudor, cuyas gotas estaban mezcladas y teñidas en sangre, que corria hasta la tierra; lo cual fue efecto del mas vivo dolor, y de la tristeza mas mortal que hubo jamás: con esto quiso hacernos ver que su divinidad, como ya se ha dicho, no suspendia ni embotaba el rigor ni el sentimiento á sus dolores y tormentos, sino que le dexaba sentir toda la agudeza, toda la amargura, todo el peso que es capaz de producir el dolor. Sin embargo, se puede decir que las aflicciones, las humillaciones y la muerte no eran la causa de su repugnancia, pues todo esto lo habia aceptado voluntariamente. El verdadero motivo de su dolor y de su excesiva tristeza parece era el que preveía que despues de haber hecho tantos gastos por la salvacion de todos los hombres, habria, no obstante, pocos que se salvaran, aunque esto únicamente por culpa de ellos.

Habiéndose levantado Jesus, se fué hácia sus apóstoles, á los que encontrando todavía acosados y oprimidos del sueño, les dixo: Vosotros dormis, y mi hora ha llegado ya: el que me ha de entregar á mis enemigos, ya está cerca; levantáos, y venid conmigo. Lejos de retirarse Jesus, les salió al encuentro á los que iban á prenderle: eran éstos

una tropa de hombres viles é infames, y la mayor parte criados de los fariseos y del sumo Sacerdote, teniendo por su capitan al traidor Júdas. Este apóstata, sabiendo lo mucho que amaban al Salvador sus discípulos, temía no saliesen á la defensa, y se le quitaran de sus manos, ó que aquellos perversos, no conociendo al Salvador, especialmente siéndo de noche, se equivocasen y prendiesen á algún otro; y así les habia dicho que tuviesen cuidado de prender al que él besaria, y que le llevasen con mucha precaucion. Luego que el traidor se adelantó hácia Jesus, y llegó junto al Salvador, le dixo: (*Luc. 22.*) Maestro, Dios te salve, y le besó. Jesus se contentó con decirle: *Amigo, ¿á que has venido? Júdas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre!*

La sola presencia de Jesucristo hizo tal impresion sobre aquella canalla, que quedáron todos inmóviles. Conociendo el Salvador su terror, les dixo con aquel ayre de magestad, y con aquel tono de Señor que hace temblar á todo el infierno: ¿A quien buscáis? A Jesus Nazareno, respondieron ellos: Yo soy, les dixo Jesus; queriendo hacerles ver que él mismo se entrega voluntariamente á la muerte. Luego que Jesus les hubo dicho, yo soy, fuéron sobrecogidos de un terror tan grande, que retrocedieron y cayéron en tierra de cerebro; tanta verdad es, que baxo la figura de esclavo y la condicion de hombre no podía Jesus dexar de hacer ver, ó á lo menos sentir que era el Hijo de Dios.

Habiéndoles hecho levantar, les dixo, que pues él era á quien buscaban, executaran sus órdenes; que podian haber excusado venir con espadas y lanzas á prenderle como á un ladrón, cuando siempre se habia presentado en público entre ellos sin armas y sin defensa. Pero añadió el Salvador: Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas; al presente todo les es permitido á las potestades del infierno: el demonio tiene licencia para exercer sobre mí todo su furor por el ministerio de los que se gobiernan por su espíritu y son sus esclavos. Viendo Pedro que iban á prender á su buen Maestro, se puso á defenderle, y dando contra el primero que encontró (era éste uno de los criados del sumo Sacerdote, llamado Malco) le cortó la oreja de una cuchillada. El

Salvador reprendió á Pedro, y tocando la oreja de Malco, le sanó: Habiendo permitido Jesus que pusieran las manos en él, le atáron como á un delincuente, y le llevaron á casa de Anás, que habia sido sumo Sacerdote, y que todavía era mirado como el príncipe de los sacerdotes. El tal Pontífice al instante dió aviso de lo que pasaba á Cayfas su yerno que le habia sucedido en el exercicio de su empleo, para que hiciese juntar el gran consejo, y no se perdiera un momento de tiempo para deshacerse de aquel hombre. Fue tan grande el gozo que tuviéron entonces los principales del pueblo y de la sinagoga, quanto habian temido no poderle prender jamás, y porque se habian rezelado siempre que se les habia de escapar de las manos por medio de algun milagro, dexándolos siempre en la duda de que fuese ó no verdaderamente el Mesías. Su prision les aquietó, y les hizo esperar que conseguirian perderle, y con su muerte convencerse que no era el Hijo de Dios ni el Mesías.

§. LIII.

*Jesucristo en casa de Anás y de Cayfas, en donde dice que es el Hijo de Dios.*

Mientras se juntaba el consejo, Anás lleno de gozo por tener preso y en su presencia á Jesucristo, le hizo muchas preguntas sobre su doctrina y sus discípulos. Respondióle Jesus, que él nunca habia dogmatizado en secreto, que su doctrina era conocida de todo el mundo, y que sobre esto podia él mismo informarse de los que le habian oido. A estas palabras, uno de los ministros que estaban al lado de Jesus tuvo la insolencia de darle una bofetada, diciendo: *¿Así respondes al pontífice?* (*Joan. 18.*) Queriendo Jesus hacer ver que no habia faltado al respeto debido al pontífice, le replicó: *Si he hablado mal, dime en qué; y si bien, ¿por que me hieres?* Si el Salvador hubiera callado, su silencio quizá se hubiera interpretado como confesion de una falta que de ningún modo habia cometido; y su honor y el de su Padre pedian que su inocencia estuviera exenta de toda sospecha de culpa.

una tropa de hombres viles é infames, y la mayor parte criados de los fariseos y del sumo Sacerdote, teniendo por su capitan al traidor Júdas. Este apóstata, sabiendo lo mucho que amaban al Salvador sus discípulos, temía no saliesen á la defensa, y se le quitaran de sus manos, ó que aquellos perversos, no conociendo al Salvador, especialmente siéndo de noche, se equivocasen y prendiesen á algún otro; y así les habia dicho que tuviesen cuidado de prender al que él besaria, y que le llevasen con mucha precaucion. Luego que el traidor se adelantó hácia Jesus, y llegó junto al Salvador, le dixo: (*Luc. 22.*) Maestro, Dios te salve, y le besó. Jesus se contentó con decirle: *Amigo, ¿á que has venido? Júdas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre!*

La sola presencia de Jesucristo hizo tal impresion sobre aquella canalla, que quedáron todos inmóviles. Conociendo el Salvador su terror, les dixo con aquel ayre de magestad, y con aquel tono de Señor que hace temblar á todo el infierno: ¿A quien buscáis? A Jesus Nazareno, respondieron ellos: Yo soy, les dixo Jesus; queriendo hacerles ver que él mismo se entrega voluntariamente á la muerte. Luego que Jesus les hubo dicho, yo soy, fuéron sobrecogidos de un terror tan grande, que retrocedieron y cayéron en tierra de cerebro; tanta verdad es, que baxo la figura de esclavo y la condicion de hombre no podía Jesus dexar de hacer ver, ó á lo menos sentir que era el Hijo de Dios.

Habiéndoles hecho levantar, les dixo, que pues él era á quien buscaban, executaran sus órdenes; que podian haber excusado venir con espadas y lanzas á prenderle como á un ladrón, cuando siempre se habia presentado en público entre ellos sin armas y sin defensa. Pero añadió el Salvador: Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas; al presente todo les es permitido á las potestades del infierno: el demonio tiene licencia para exercer sobre mí todo su furor por el ministerio de los que se gobiernan por su espíritu y son sus esclavos. Viendo Pedro que iban á prender á su buen Maestro, se puso á defenderle, y dando contra el primero que encontró (era éste uno de los criados del sumo Sacerdote, llamado Malco) le cortó la oreja de una cuchillada. El

Salvador reprendió á Pedro, y tocando la oreja de Malco, le sanó: Habiendo permitido Jesus que pusieran las manos en él, le atáron como á un delincuente, y le llevaron á casa de Anás, que habia sido sumo Sacerdote, y que todavía era mirado como el príncipe de los sacerdotes. El tal Pontífice al instante dió aviso de lo que pasaba á Cayfas su yerno que le habia sucedido en el exercicio de su empleo, para que hiciese juntar el gran consejo, y no se perdiera un momento de tiempo para deshacerse de aquel hombre. Fue tan grande el gozo que tuviéron entonces los principales del pueblo y de la sinagoga, quanto habian temido no poderle prender jamás, y porque se habian rezelado siempre que se les habia de escapar de las manos por medio de algun milagro, dexándolos siempre en la duda de que fuese ó no verdaderamente el Mesías. Su prision les aquietó, y les hizo esperar que conseguirian perderle, y con su muerte convencerse que no era el Hijo de Dios ni el Mesías.

§. LIII.

*Jesucristo en casa de Anás y de Cayfas, en donde dice que es el Hijo de Dios.*

Mientras se juntaba el consejo, Anás lleno de gozo por tener preso y en su presencia á Jesucristo, le hizo muchas preguntas sobre su doctrina y sus discípulos. Respondióle Jesus, que él nunca habia dogmatizado en secreto, que su doctrina era conocida de todo el mundo, y que sobre esto podia él mismo informarse de los que le habian oido. A estas palabras, uno de los ministros que estaban al lado de Jesus tuvo la insolencia de darle una bofetada, diciendo: *¿Así respondes al pontífice?* (*Joan. 18.*) Queriendo Jesus hacer ver que no habia faltado al respeto debido al pontífice, le replicó: *Si he hablado mal, dime en qué; y si bien, ¿por que me hieres?* Si el Salvador hubiera callado, su silencio quizá se hubiera interpretado como confesion de una falta que de ningún modo habia cometido; y su honor y el de su Padre pedian que su inocencia estuviera exenta de toda sospecha de culpa.

Entretanto, juntóse el gran consejo en casa de Cayfas, adonde llevaron al Salvador como á un reo para ser juzgado. Su muerte habia sido decretada unánimemente por todos los que le componian, aun antes de oírle; pero por guardar alguna apariencia de formalidad, hicieron venir algunos falsos testigos que habian sobornado, todos gente de la hez del pueblo; los cuales depusieron que le habian oído decir, Que aunque se destruyera el templo de Dios, él le reedificaria en tres dias: Jesus lo habia dicho en efecto, hablando del templo de su cuerpo que habia de ser como destruido por la muerte, y como reedificado tres dias despues por su gloriosa resurreccion; pero fuera de que los testigos sobornados no se convenian en lo que decian, todo cuanto se deponia contra él no era suficiente para hacerle reo. Viendo el sumo Sacerdote que Jesus no decia palabra, se levanta, y le dice: Te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo hijo de Dios bendito. Respondióle Jesus: *Tú lo has dicho que lo soy; y ademas os digo que de aquí á poco vereis al Hijo del hombre (Matth. 23.)* (este era el nombre que por lo comun tomaba el Salvador cuando solo queria hablar de su humanidad) *sentado á la diestra de la virtud de Dios venir sobre las nubes del cielo.* Oída esta respuesta por el Pontífice, rasgó sus vestiduras, (era esto mostrar que acababa de oír una blasfemia) y exclamó: Ha blasfemado; ¿para qué deseamos mas testigos? ¿No habeis oído vosotros mismos la blasfemia? ¿qué os parece? Respondieron todos que merecia la muerte; y le condenaron á morir. Condenado así á muerte Jesus por el Pontífice y por todos los que componian el sanhedrin ó gran consejo, fue entregado á la insolencia de los soldados y á la brutalidad de los criados, los cuales pasaron lo restante de la noche en usar con Jesus de toda suerte de burlas y de insultos en el atrio de palacio. Escupíanle en la cara, dábanle de puñadas; y hubo quienes al abofetearle, le decian por irrision: Cristo, muéstranos que eres profeta; adivina quién es el que te ha herido. Nunca reo, por infame que fuese, nunca esclavo el mal vil fue tan maltratado, tan ultrajado, ni se vió tan harto de oprobios; pero era preciso que todo lo que habia sido predicho del Mesías se

cumpliese en la adorable persona de Jesucristo, y que en él se cumpliese esta profecía: (*Thren. 3.*) *Saturabitur opprobriis: hartaráse de oprobios.*

## §. LIV.

*Niega Pedro á Jesucristo, y Júdas se ahorca desesperado.*

Pedro, aunque poseido y lleno de miedo, no podia separarse de su buen Maestro: metióse en el átrio de palacio, donde el Salvador pasó la noche baxo la guardia y á la discrecion de los soldados y de los criados del Pontífice. Como las noches son frias al principio de la primavera en la Palestina, se habia encendido fuego en el patio de palacio para calentarse los que guardaban al Salvador. Habiéndose acercado Pedro á la lumbre, fue acusado por una criada de que era uno de los discípulos de Jesus: defendióse Pedro, y negó que le hubiese conocido jamás. Uno de los soldados, habiendo conocido por el habla que era galileo, le hizo la misma reconcion; y Pedro juró que no conocia á aquel preso; finalmente, una hora despues, viéndole á la lumbre uno de los criados del Pontífice, aseguró que ciertamente era uno de los discípulos de Jesus, que él le habia visto en el huerto cuando lo prendieron: entonces Pedro, asustado, y temiendo que le echasen la mano, afirmó por la tercera vez con juramento, que jamás le habia conocido. A este tiempo cantó el gallo segunda vez; y el Salvador, que no estaba lejos de allí, habiendo echado una ojeada amorosa sobre el cobarde discípulo, le hizo acordar de su prediccion. Conoció Pedro entonces su culpa; y penetrado del mas vivo dolor, se salió afuera hecho un mar de lágrimas, y pasó tres dias en llorar amargamente su infidelidad.

Al amanecer del dia siguiente se tuvo todavía otro consejo pleno de los sacerdotes, de los ancianos y de los doctores de la ley en la sala del sanhedrin: hicieron comparecer al Salvador en calidad de reo, preguntáron-

le de nuevo si era Cristo y el Mesías; respondiéndoles Jesus (Luci. 22.): Si os lo digo, no me creereis; y si os pregunto alguna cosa, no me respondereis ni me soltareis, porque mi hora ha llegado ya. Solo os digo que el Hijo del hombre, que está aquí, estará bien presto sentado á la diestra de Dios Padre. Dixéronle entonces todos: ¿Luego tú eres el Hijo de Dios Padre. Respondiéndoles Jesus: Vosotros decís que lo soy. Al oír esto exclamaron tumultuosamente: ¿Qué necesidad tenemos de otro testimonio, una vez que nosotros mismos acabamos de oírlo decir por su propia boca? Y habiendo entonces pensado en los medios que debían tomar para hacerle morir, resolvieron entregarle á Poncio Pilato, gobernador de la Judea por los romanos, por no tener ellos facultades para quitar á nadie la vida.

Mientras sucedía esto, sabiendo el traidor Júdeas que Jesus habia sido condenado á muerte, atormentado horriblemente por los remordimientos de su conciencia, espantado de la enormidad del delito que habia cometido, y penetrado de un pesar vivo, pero puramente natural, se fue al templo donde estaban algunos sacerdotes y ancianos ocupados en sus ministerios; y llevándoles las treinta monedas de plata, les dixo: ¡He pecado entregando la sangre del Justo! ¿Quién dixera que una confesion como ésta no debia haber movido á aquellos impíos? Sin embargo, ellos se contentaron con decirle: ¿Qué se nos da á nosotros de eso? Miráraslo antes. Viendo aquel desventurado que nada remediaba con su retratacion, en lugar de recurrir á la infinita bondad de su buen Maestro, que ciertamente hubiera tenido misericordia de él si se hubiera arrepentido de veras, se abandonó á la desesperacion; y habiendo arrojado los dineros en el templo delante de los sacerdotes, se fué de allí, y se ahorcó. Cogiéron el dinero los ancianos, pero no quisieron echarle en el tesoro del templo, porque era, decían ellos, precio de sangre; sino que compraron con él el campo de un ollero para que sirviese de sepultura á los peregrinos; y este campo se llamó desde entonces *Hacéldama*; esto es, el campo de la sangre. Así se vió cumplido lo que habia predicho formalmente el profeta Zacarías: (*Zach. 11.*) Que Cristo se-

ría puesto en venta, que sería vendido en treinta monedas de plata, y que con este diaero se compraria el campo de un ollero.

§. LV.

*Jesucristo en casa de Pilato, quien le declara inocente.*

Llevaron, pues, al Salvador con las manos atadas como un reo de estado de casa de Cayfas al pretorio, esto es, al palacio del gobernador. Habíase extendido por la ciudad desde el día antecedente el rumor que los doctores de la ley, los príncipes de la sinagoga y los magistrados habian en fin descubierto que aquel Jesus, á quien hasta entonces habian mirado como á un santo y como á un hombre enviado de Dios, era un impostor y un falso profeta; que todo cuanto habia obrado de estupendo y de milagroso habia sido un puro embaucamiento; que era un hechicero y un mágico; que solo echaba los demonios por obra de Belcebub, y que por la misma virtud habia hecho todos los otros milagros. Este falso rumor, que se habia tenido gran cuidado de esparcir desde la tarde antecedente, y que se tenia cuidado de darle cuerpo con todo género de falsedades y de calumnias; este rumor, digo, hizo una extraña impresion en todos los espíritus; de suerte, que toda la buena opinion y veneracion en que el pueblo le habia tenido hasta entónces, se convirtió en horror, en execracion y en rabia; y esto fue lo que hizo gritar *Tolle, tolle*, á aquellos mismos que tres días antes habian gritado *Hosanna in excelsis*.

Habiendo visto Pilato á Jesus en figura de reo, salta de su dosel, y va á preguntar á los judíos, por qué delito le pedian la muerte de aquel hombre. Ellos le responden en general: Si no fuera malhechor no te pediríamos su muerte. Dixoles el Gobernador: Juzgadle, pues, vosotros mismos segun vuestras leyes y vuestras costumbres; pero ellos le replicaron, que no les era permitido matar á nadie. Todo esto no era otra cosa sino cumplirse lo que Jesus habia predicho á sus apóstoles; que

sería entregado á los gentiles para ser crucificado. No satisfaciéndose Pilato con aquellas vanas acusaciones, les preguntó, de qué delito en particular era reo aquel, cuya muerte le pedian. Es un sedicioso, dixéron ellos, que alborota y subleva el pueblo, prohíbe pagar los tributos debidos al César, y dice tambien que es el Mesías que estaba prometido por rey de los judíos.

Habiendo oido Pilato estas tres acusaciones sin ninguna prueba, conoció que todo aquello era una querrela de pura envidia y de pasión. La modestia, la mansedumbre y la serenidad que resplandecian en el semblante de Jesucristo, juntas á su tranquilidad, eran unas pruebas visibles de su inocencia. Entróse, pues, en la sala del tribunal: hizo le traxeran al acusado, y le preguntó sobre los tres capítulos de que le acusaban; pero el Salvador guardó un profundo silencio, resuelto á no hablar palabra en su defensa. Atónito de esto el Gobernador, le dixo: ¿Cómo no respondes á lo que te pregunto? ¿No oyes lo que dicen esos contra ti? Viendo Pilato que Jesus nada decia, no dudó que hubiese algun misterio en aquel silencio. ¿Es verdad, le dixo, que eres tú rey de los judíos? Díxole entonces Jesus con su mansedumbre y modestia acostumbrada: ¿Esto lo dices tú de tu motivo y á fin de conocer la verdad, ó es porque los judíos te han hecho creer que yo pretendo usurpar el reyno de Judea? ¿Acaso soy yo judío, replicó Pilato, para saber quién es ese rey de los judíos y ese Mesías? Los de tu nacion te han entregado á mí: ¿Qué has hecho? ¿qué motivo les has dado para que crean que aspiras al cetro? Entonces Jesus le dixo sin rebozo: Mi reyno no es de este mundo: no baxé del cielo para hacerme rey de la tierra, para exercer acá abaxo un poder temporal, ni para establecer un imperio semejante al del príncipe á quien tú sirves; esto es, no baxé para imponer tributos, levantar gente de guerra, fortificar plazas y dar gobiernos (Joan. 18.). Si mi reyno fuera de esta naturaleza, mis soldados y mis oficiales me vendrían á defender, y hubieran sabido muy bien librarme de las manos de los que quieren perderme; pero como te he dicho, mi reyno no es de acá abaxo. ¿Luego eres rey? replicó Pilato. Sí lo soy, como tú

lo dices, respondió Jesus; pero es en el sentido que te he dicho: he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad; y cualquiera que está de parte de la verdad, oye mi voz.

Oidas estas respuestas de Cristo tan concertadas, coligió de ellas Pilato, aunque pagano, que en aquel hombre habia alguna cosa de divino. Preguntóle por último: ¿Qué cosa es verdad? Pero como si hubiera temido saberlo, sin aguardar respuesta se volvió á los judíos, y les dixo: Yo no hallo en este hombre causa alguna para condenarle. A este tiempo la muger de Pilato le envió un recado, diciéndole: No te metas en la causa de ese hombre justo, porque en un sueño, que he tenido esta noche, me han representado muchas cosas tocantes á él. Muchos santos padres atribuyen este sueño al demonio, que empezaba ya á temer que Jesucristo fuese verdaderamente Hijo de Dios, y por consiguiente el Mesías, que con su muerte habia de redimir al linage humano. Como quiera que fuese, convencido Pilato de su inocencia, estaba resuelto á remitirle plenamente absuelto. Advirtiéronlo los pontífices y los ancianos, y esto les hizo pedir su muerte con mayores instancias. Debe ser condenado á muerte, gritaban, como un perturbador de la quietud pública, y porque ha tres años no cesa de enseñar máximas perniciosas desde Galilea hasta Jerusalem. Estas pretendidas perniciosas máximas eran la pura ley de Dios, y se reducian á que descubria su hipocresía, y condenaba la corrupcion de sus costumbres; y como esto incomodaba á su amor propio y á su soberbia, no tenian otro modo de vengarse de él, que diciendo era un sedicioso, y que enseñaba unas máximas perniciosas al estado y á la religion.

## §. LVI.

*Jesucristo enviado á Herodes, y vuelto á enviar á Pilato; quien, aunque persuadido de la inocencia del Salvador, le hace cruelmente azotar.*

Oyendo Pilato hablar de Galilea, creyó haber halla-

do modo para salir del embarazo en que se hallaba, y no tener parte en la sentencia de aquel inocente. Preguntó, pues, á los judíos, si Jesus era súbdito de Heródes tetrarca; es decir, del gobernador en gefe de Galilea, el cual á la sazón se hallaba en Jerusalem; y sabido que Jesus pasaba por galileo, remitió el acusado y los acusadores á Heródes. Holgóse éste mucho de ver á un hombre de quien habia oido contar tantos prodigios, esperando que haria en su presencia algun milagro estupendo; pero un tirano que tenia aún las manos teñidas con la sangre de san Juan Bautista; un príncipe infame sin honra y sin religion no merecia que el Salvador contentara su curiosidad y sus vanos deseos. Y así, aunque le hizo muchas preguntas frívolas, como habia hecho morir al que se decia la *Voz del Mesias*, no se dignó Jesus responderle ni una palabra. Este silencio admiró mucho á Heródes, quien trató á Jesus de insensato; y habiéndole hecho revestir por irrisión de un manto blanco, que al mismo tiempo no dexaba de ser figura de la inocencia del Salvador, despues de haberle despreciado, con su ejército y su corte, le remitió á Pilato; lo que fue ocasion para que se reconciliaran los dos, habiendo sido hasta entonces enemigos uno de otro.

Persuadido Pilato cada vez mas de la inocencia del Salvador, y convencido plenamente de que todos los capítulos de que le acusaban eran unas puras calumnias, hizo demostracion de querer declararle inocente: envió á llamar á los principales de los judíos, y les dixo públicamente que no hallaba en aquel hombre cosa que mereciese castigo: que el mismo Heródes, mas instruido que él en su ley, no le habia encontrado tampoco reo: que no obstante, para contentarlos no le enviaria absuelto sino despues de haberle hecho castigar, para que no se metiera en mas dogmatizar y en predicar al pueblo: callejuela harto injusta para salvar á un hombre reconocido y confesado inocente en todos los tribunales; pero no se debia esperar la menor apariencia de justicia en la muerte del hombre mas inocente y justo que hubo ni habrá jamás.

Como el pueblo judáico acostumbraba pedirle la libertad de un reo en la fiesta de pascua, Pilato, persuadido á que la envidia de los sacerdotes y doctores de la ley

hacia todo el delito de aquel inocente, creyó que encontraría mas justicia, mas razon y mas humanidad en el pueblo que en los gefes; y así les propuso á cuál de dos querian que pusiera en libertad (estaba en posesion de pedir la soltura de un reo en su fiesta de pascua); á Jesus cuya santidad era universalmente conocida de todos, y que jamás les habia hecho sino bien; ó á Barrabás, famoso bandolero y ladron, que en una sedicion habia hecho una muerte. ¿Quién hubiera pensado jamás que un malvado de profesion, que un asesino habia de ser preferido á Jesucristo? Lo fué no obstante, porque los príncipes de la sinagoga habian fascinado y embaucado al pueblo, el cual, olvidando de un golpe todo lo que habia admirado en el Salvador, pidió á voces que se pusiera en libertad á Barrabás, prefiriéndole al Hijo de Dios. Pilato, sorprendido é indignado al mismo tiempo de una preferencia tan injusta, les dixo: ¿Y qué quereis que haga de Jesus? Respondieron todos á voces: *Crucifícale*. Replicóles Pilato con un tono de indignacion: ¿Qué mal ha hecho este hombre? Pero el pueblo, levantando mas el grito, no cesaba de clamar: *Crucifícale, crucifícale*: creyó Pilato que el medio de aplacar el furor y la rabia del populacho era poner á Jesus en un estado capaz de causar lástima á los mas inhumanos y mas furiosos. Mandó, pues, que rasgasen las espaldas á Jesus con un torbellino de azotes, hasta ponerle en estado de mover á compasion á los mas bárbaros. Executóse la orden con tanta crueldad, que aquel adorable cuerpo, naturalmente tan delicado, parecia un esqueleto. Solo se cesó de descargar sobre él quando se le vió á punto de espirar. Sin duda no hubiera sobrevivido el Salvador á un tan horrible tormento, si no hubiera prolongado su vida por milagro para sacrificarla en la cruz.

Todo es extraordinario, todo es contra todo sentimiento de razon y de humanidad en la pasion de Jesucristo: un Hombre-Dios es quien padece, y padece como Hombre-Dios. Luego que le hubieron desatado de la columna ó poste á que le habian atado, echáron sobre él un manto viejo de púrpura ó grana. Lo que muestra claramente que todo era excesivo, todo monstruoso en aquel brutal procedimiento, es, que aquellas furias del infierno, juntando

la irrisión y el insulto á la crueldad, pasáron á ponerle en la mano una caña en forma de cetro, y en la cabeza una corona de espinas; y doblando la rodilla delante de él, le decían por irrisión: Dios te salve, Rey de los judíos; y escupiéndole en la cara, tomaban también la caña, y le daban con ella en la cabeza para que se metiesen mas en ella las espinas de que estaba coronada.

## §. LVII.

*Jesucristo condenado á ser crucificado.*

Jamás se vió espectáculo mas lastimoso: desde la coronilla de la cabeza hasta las plantas de los pies no era sino una llaga (*Isai. 1.*): *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas.* Jamás alguna profecía se cumplió mas visiblemente. (*Thren. 3.*). *Saturabitur opprobriis.* Jamás hombre alguno se vió mas harto de oprobios que Jesucristo. Era Jesus un espectáculo tan horrible, que el mismo Pilato, con ser pagano, se horrorizó al verle, y creyendo que no podía haber corazón humano tan bárbaro que no se enterneciera al verle, le hizo asomar á un balcon, y mostrándole á los judíos, les dixo: *Ecce homo: veis aquí al hombre*, cuya muerte me pedis con tanta ostinacion y furor: ¿le conoceis? ¿estais contentos? ¿le tendréis todavía envidia? *Veis aquí al hombre* que acusábais que quería hacerse vuestro rey: ¿temeréis despues de esto que se llame de hoy en mas el Mesías? ¿Quien no hubiera creído que la vista de un objeto tan lastimero habia de haber movido á compasion á aquellos hombres? Un vil animal en semejante estado causaria, á lo menos horror á los hombres. Pero los judíos se encarnizaron mas en pedir su muerte; y así exclamaron: *Tolle, tolle; crucifícale, crucifícale*, ha dicho que era Hijo de Dios, y así es preciso que muera.

Al oír Pilato hijo de Dios, se sobresaltó todavía mas; y descubriendo en la obstinada furia del pueblo, y en la paciencia y silencio del Salvador alguna cosa que no le parecia natural, se volvió á entrar en la sala, y habiendo hecho que le traxesen á Jesucristo, le preguntó de nuevo sobre su nacimiento, sobre su país, sobre su origen y su

cuallidad; pero Jesus no le respondió palabra. Pilato, cada vez mas atónito, le dixo: ¿No sabes que tengo poder para hacerte morir en una cruz y para librarle? ¿Cómo, y á qué fin este silencio? No tuvieras sobre mí ningun poder, dixo entonces Jesus, si no se te hubiera dado de lo alto, para que se cumplan los designios de la divina providencia; por esto los que me han entregado á ti son mas culpables que tú. Esta respuesta, llena de misterios, movió á Pilato á hacer nuevos esfuerzos para librarle; pero los judíos, que conocian la floxedad y cobardía del gobernador, exclamaron: Si no das la muerte á este hombre que ha querido hacerse rey, te declaras enemigo de tu príncipe. Esta reconvenccion le aterró, y viendo que el tumulto tomaba cada vez mas cuerpo, se sentó en su tribunal; y habiendo mandado que le traxesen agua, se lavó las manos á vista del pueblo, y protextó que no tenia parte alguna en la muerte de aquel justo, y que no queria ser responsable de su sangre. Entonces el pueblo exclamó: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos; que fue como decir: nosotros nos cargamos con el delito, y salimos á la pena que deba venirnos por su muerte. Esta imprecacion cayó tan visiblemente sobre aquella desventurada nacion, que todavía lleva sobre sí la pena de un delito tan negro, y llevará hasta el fin de los siglos. Cediendo Pilato á un vil respeto humano, y yendo contra su propia conciencia, dió la sentencia y condenó al Salvador del mundo á ser crucificado. Jamás se vió juicio mas injusto ni mas irregular. El mismo juez que dió la sentencia puso al cielo por testigo de la irregularidad de ella. Pero despues que un Dios se ha dignado hacerse hombre, y este Dios hecho hombre ha querido morir para satisfacer á la justicia divina por todos los hombres, no hay que esperar sino excesos, sino hechos los mas incomprensibles al espíritu humano.

Como cuando se pronunció la sentencia era la víspera del sábado, se aceleró la execucion: arrancáronle al Salvador el manto de púrpura con que estaba cubierto el cuerpo; pero como aquel adorable cuerpo era todo una llaga sangrienta, habíase pegado el manto con los huesos de modo, que al arrancarle fue preciso arrancarle los pedazos de carne que habian quedado sobre aquel sagrado

la irrisión y el insulto á la crueldad, pasáron á ponerle en la mano una caña en forma de cetro, y en la cabeza una corona de espinas; y doblando la rodilla delante de él, le decían por irrisión: Dios te salve, Rey de los judíos; y escupiéndole en la cara, tomaban también la caña, y le daban con élla en la cabeza para que se metiesen mas en élla las espinas de que estaba coronada.

## §. LVII.

*Jesucristo condenado á ser crucificado.*

Jamás se vió espectáculo mas lastimoso: desde la coronilla de la cabeza hasta las plantas de los pies no era sino una llaga (*Isai. 1.*): *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas.* Jamás alguna profecía se cumplió mas visiblemente. (*Thren. 3.*). *Saturabitur opprobriis.* Jamás hombre alguno se vió mas harto de oprobios que Jesucristo. Era Jesus un espectáculo tan horrible, que el mismo Pilato, con ser pagano, se horrorizó al verle, y creyendo que no podía haber corazón humano tan bárbaro que no se enterneciera al verle, le hizo asomar á un balcon, y mostrándole á los judíos, les dixo: *Ecce homo: veis aquí al hombre*, cuya muerte me pedis con tanta ostinacion y furor: ¿le conoceis? ¿estais contentos? ¿le tendréis todavía envidia? *Veis aquí al hombre* que acusábais que quería hacerse vuestro rey: ¿temeréis despues de esto que se llame de hoy en mas el Mesías? ¿Quien no hubiera creído que la vista de un objeto tan lastimero habia de haber movido á compasion á aquellos hombres? Un vil animal en semejante estado causaria, á lo menos horror á los hombres. Pero los judíos se encarnizaron mas en pedir su muerte; y así exclamaron: *Tolle, tolle; crucifícale, crucifícale*, ha dicho que era Hijo de Dios, y así es preciso que muera.

Al oír Pilato hijo de Dios, se sobresaltó todavía mas; y descubriendo en la obstinada furia del pueblo, y en la paciencia y silencio del Salvador alguna cosa que no le parecia natural, se volvió á entrar en la sala, y habiendo hecho que le traxesen á Jesucristo, le preguntó de nuevo sobre su nacimiento, sobre su pais, sobre su origen y su

cuallidad; pero Jesus no le respondió palabra. Pilato, cada vez mas atónito, le dixo: ¿No sabes que tengo poder para hacerte morir en una cruz y para librarle? ¿Cómo, y á qué fin este silencio? No tuvieras sobre mí ningun poder, dixo entonces Jesus, si no se te hubiera dado de lo alto, para que se cumplan los designios de la divina providencia; por esto los que me han entregado á ti son mas culpables que tú. Esta respuesta, llena de misterios, movió á Pilato á hacer nuevos esfuerzos para librarle; pero los judíos, que conocian la floxedad y cobardía del gobernador, exclamaron: Si no das la muerte á este hombre que ha querido hacerse rey, te declaras enemigo de tu príncipe. Esta reconvenccion le aterró, y viendo que el tumulto tomaba cada vez mas cuerpo, se sentó en su tribunal; y habiendo mandado que le traxesen agua, se lavó las manos á vista del pueblo, y protextó que no tenia parte alguna en la muerte de aquel justo, y que no queria ser responsable de su sangre. Entonces el pueblo exclamó: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos; que fue como decir: nosotros nos cargamos con el delito, y salimos á la pena que deba venirnos por su muerte. Esta imprecacion cayó tan visiblemente sobre aquella desventurada nacion, que todavía lleva sobre sí la pena de un delito tan negro, y llevará hasta el fin de los siglos. Cediendo Pilato á un vil respeto humano, y yendo contra su propia conciencia, dió la sentencia y condenó al Salvador del mundo á ser crucificado. Jamás se vió juicio mas injusto ni mas irregular. El mismo juez que dió la sentencia puso al cielo por testigo de la irregularidad de élla. Pero despues que un Dios se ha dignado hacerse hombre, y este Dios hecho hombre ha querido morir para satisfacer á la justicia divina por todos los hombres, no hay que esperar sino excesos, sino hechos los mas incomprendibles al espíritu humano.

Como cuando se pronunció la sentencia era la víspera del sábado, se aceleró la execucion: arrancáronle al Salvador el manto de púrpura con que estaba cubierto el cuerpo; pero como aquel adorable cuerpo era todo una llaga sangrienta, habiase pegado el manto con los huesos de modo, que al arrancarle fue preciso arrancarle los pedazos de carne que habian quedado sobre aquel sagrado

esqueleto. Judgad cuál sería este nuevo tormento. Volviéronle á poner sus vestiduras, y cargando sobre sus hombros el pesado madero de la cruz, le sacaron fuera de la ciudad, y le llevaron á crucificar sobre el monte Calvario, ó monte de la Calavera, algunos pasos fuera de los muros de Jerusalem, donde se acostumbraba executar la pena de muerte en los reos, porque los judíos no permitían que se quitase la vida á nadie dentro de poblado. Se cree que el Calvario es el que antiguamente se llamó el monte Moria, adonde Abraham llevó á inmolar á su hijo Isaac, figura de Jesucristo, inmoldándose á su Padre en el Calvario, el que en hebreo se llama Gólgota, que significa cráneo, por encontrarse en él muchos cráneos ó calayeras de los cadáveres de los ajusticiados.

## §. LVIII.

*Va Jesus al Calvario con la cruz á cuestas.*

Jamás se vió espectáculo tan inaudito y tan espantoso. Aquel hombre tan extraordinario que habia tres años colmaba á todo el país de beneficios, y llenaba toda la tierra de resplandor y del prodigioso número de sus maravillas: aquel hombre divino, cuya vida era el modelo mas perfecto de la mas sublime santidad, cuya doctrina era toda divina: aquel hombre tan poderoso en obras y en palabras que expelia los demonios, curaba los enfermos mas deshauciados, resucitaba los muertos medio podridos, y hacia todas estas maravillas por su propia virtud y en su propio nombre; este hombre expuesto en este día á los ojos de un pueblo numeroso, á quien habia milagrosamente saciado en el desierto con solos cinco panes: este Hombre-Dios á los ojos de un pueblo, en el que habia pocos que no le debiesen la vida ó la salud, y quizá ninguno, que á lo menos no hubiera sido testigo de sus milagros; aquel Mesías por tanto tiempo esperado, y tan ardientemente deseado; el hijo único de Dios omnipotente, Dios como su Padre, igual en todo á su Padre, atado como un ladron, arrastrado por las calles de Jerusalem como un facineroso, acusado como el mas culpable de todos los delinquentes, declarado jurídi-

camente inocente de todos los capítulos de que se le acusaba, y tratado no obstante con la mayor infamia por una gabilla de malvados, molido á golpes y á azotes con la mas inaudita crueldad, condenado contra toda la justicia, cargado á mas de esto con el madero de la cruz en que debe espirar; y todo esto por antojo y á petición de aquellos mismos, que pocos días antes le habian recibido como el Mesías. Son éstos unos hechos tan increíbles, que el espíritu se pierde en este laberinto: desde luego se ve que una razon superior á todo espíritu humano ha conducido este misterio; y si el amor de Dios á los hombres se muestra aquí incomprendible, ¿ es mas facil de comprender la malicia y la impiedad de los judíos contra Dios?

Luego que salieron de la ciudad, viendo los soldados que Jesus, exhausto ya de fuerzas con tantos tormentos, estaba abrumado baxo el peso de la cruz, la cual, segun la tradicion, tenia quince pies de alto, y siete el travesaño, forzaron á un cierto Simon, natural de Cirene, para que se la ayudase á llevar. En el camino, habiendo visto el Salvador á unas mugeres piadosas que lloraban á vista de un tan triste espectáculo, se volvió hacia ellas, y las dixo: Hijas de Jerusalem, no me lloreis á mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque vendrá tiempo en que se dirá, Dichosas las mugeres estériles que no teniendo hijos, no tendrán el dolor de verlos envueltos en las calamidades que están para venir sobre esta desventurada ciudad, y sobre esta criminal nacion. Sabed que estas calamidades serán tan terribles, que se dirá entonces, como lo han predicho los profetas, Montes, caed sobre nosotros y estrelladnos, para que no seamos testigos de una desolacion tan espantosa; porque, añadió el Señor, si á mí me veis tratado con tanto rigor, solo por haberme cargado voluntariamente de los pecados ajenos, siendo la misma inocencia; ¿ qué debe esperar toda esta nacion despues del enorme delito que comete en mi persona?

Conducian con él, al suplicio, dos insignes ladrones, que debian ser tambien crucificados. Cuando hubo llegado á lo alto del Calvario, le diéron al Salvador vino de mirra, el que se acostumbraba dar á los reos para ador-

merecerlos, y amortiguar en ellos todo sentimiento de dolor; pero el Salvador, queriendo beber el cáliz hasta las heces, como dice el Profeta; es decir, sin el menor alivio, lo rehusó, y no lo quiso beber. Desnudáronle entonces de sus vestidos; y por un exceso de crueldad y de barbarie le claváron en la cruz con unos clavos por los pies y por las manos, lo cual le causó el mas vivo y mas agudo dolor que puede un hombre padecer en esta vida. Luego, levantando la cruz, la metieron en el agujero de una peña, dexándola caer de golpe; lo cual le causó al Salvador un estremecimiento de todos los miembros y nervios de su sagrado cuerpo, cuyo estremecimiento renovó todos los dolores que habia ya padecido y sentido. De este modo fué levantado de la tierra Jesus, como lo habia predicho, á vista de una infinidad de gente que habia concurrido á aquel triste espectáculo; y para que todo lo que habia sido predicho de él se cumpliera, pusieron á sus dos lados á los dos ladrones clavados ó atados á otras dos cruces, segun aquella prediccion de Isaías: Será puesto en el número de los malos y en la misma clase que los facinerosos (*Marc. 15.*): *Et cum iniquis reputatus est.*

## §. LIX.

*Jesucristo clavado en la cruz, pide á su Padre por sus enemigos. Las palabras de Jesus en la cruz.*

Levantado Jesus en alto sobre su cruz, como una inocente víctima sobre el altar donde va á consumir su sacrificio, pedia á su Padre que perdonase á los que por una ciega pasión le daban una muerte tan ignominiosa: *Padre, exclamó, perdonadles, porque no saben lo que se hacen* (*Luc. 23.*). Aunque Jesus habia dado bastantes pruebas de su divinidad para hacer inexcusable la ignorancia de los judíos; es cierto, no obstante, que jamás le hubieran crucificado si hubieran conocido que era el Señor de la gloria, como dice san Pablo; pero se debe advertir, que habia gran diferencia entre la ignorancia de los soldados y de la plebe, y la de los sacerdotes y doctores de

la ley: la excusa de ignorancia podia quizá poner á cubierto á una parte del pueblo; pero los doctores y los sacerdotes sabian, cuando ménos, que Jesus estaba inocente de los delitos que le imputaban: que era justo, y que sus milagros eran una prueba sin réplica de su santidad. Pero el Salvador no mira aquí la accion de los judíos sino por la cara que les era favorable: echa á un lado todo lo que hay en ella de odioso, como se acostumbra cuando se implora la clemencia de un juez en favor de un reo. En esta oracion manifiesta el Salvador claramente que da su sangre, y que muere por la salvacion de todos, pues no excluye de ella ni aun á los que le quitan la vida.

Habia mandado Pilato que se pusiera en lo alto de la cruz de Jesus un rótulo, en que se leían estas palabras en hebreo, en griego y en latin: *Jesus Nazareno, Rey de los judíos*. Quiso que estas palabras fuesen escritas en dichas tres lenguas, para que todos los extrangeros que habian concurrido á la fiesta pudiesen leerlas. Los pontífices de los judíos representáron á Pilato que no convenia poner en el rótulo Rey de los judíos, sino, *que dixo ser Rey de los judíos*; pero Pilato no quiso que se mudara nada; y así les respondió: *Quod scripsi, scripsi* (*1. Cor. 2.*); lo que escribí, escribí. Quiso Dios que el gobernador pagano, que habia reconocido y atendido jurídicamente la inocencia de Jesucristo, publicase en esto su verdadera cualidad de rey de los judíos; y que supiesen todas las naciones, que los judíos, por el mas enorme de todos los delitos, habian dado la muerte á Cristo, su Rey, el Mesías que habian esperado tanto tiempo, y perdido con tantos votos.

Como los despojos de los ajusticiados eran de los executores, los soldados que habian crucificado á Jesucristo y á los dos ladrones, partiéron entre sí sus vestiduras; pero como la túnica del Salvador era sin costura, texida toda desde arriba abaxo, no quisieron rasgarla, sino que echáron suertes para ver de quién habia de ser, á fin que se cumpliese á la letra lo que David habia profetizado en el salmo 21: *Dividiéron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echáron suertes* (*Psal. 1.*): *Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem.*

En el estado en que se hallaba Jesus hubiera debido causar lástima á los corazones mas bárbaros: no hay al-

mas tan duras y tan infames que se atreven á insultar á los pacientes; ni vemos que los judíos insultasen á los dos ladrones que estaban crucificados á los dos lados del Salvador del mundo. Pero todo es extraordinario en la muerte de Jesucristo: lejos de ser un objeto de compasion á los judíos cuando está cerca de espirar en la cruz, es el objeto de su execracion y de su rabia; no hay injuria que no vomiten contra él.

A otros les salvó la vida; se decian unos á otros insultándole; sálvese ahora á sí mismo si es Cristo; el escogido de Dios. Si eres rey de Israel, le decian los soldados, arrimándole á los labios una esponja empapada en vinagre, muestra ahora tu poder, y de lo alto de tu trono pronuncia edictos, acaba con tus enemigos, y con todos los que te faltan al respeto que se te debe. Otros le decian; ¿No te lisonjeabas que en tres dias reedificarías el templo de Dios si hubiera sido destruido? ¿Por qué, pues, no haces al presente un milagro para salvarte la vida? Baxe de la cruz, decian otros, y creeremos en él. Confiaba tanto en Dios, libbrele si le quiere tanto. El mismo ha dicho que era hijo de Dios; sálvele, pues, su Padre la vida, si le reconoce por su hijo.

No habia quien no le ultrajase con palabras, hasta uno de los dos ladrones crucificados con él, le insultaba y escarnecía, diciendo: Si tú eres Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros. Es verdad que el otro, mas cuerdo y mas prudente, le reprendió con valor y con gravedad: Ni tú remes á Dios, le dixo, estando para morir. Aunque todos tres padecemos el mismo suplicio, ¿ignoramos que si nosotros padecemos pagamos justamente la pena debida á nuestros delitos? Pero éste, ¿qué mal ha hecho? Y luego encarándose á Jesus, le dixo con un corazon contrito y humillado: *Memento meí, Domine, cum veneris in regnum tuum*: Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino. Habla el buen ladron á Jesucristo como al verdadero Mesías; y así se puede decir que su fe le salvó. No duda que el Salvador ha de resucitar despues de su muerte: no le pide las primeras sillas de su reino; se contenta con suplicarle se acuerde de él despues de su muerte. Por eso mereció que Jesus le respondiera: *En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraiso*; esto es, en la felicidad de

los Santos en el seno de Abraham, en donde descansan los santos patriarcas. San Agustín, san Crisóstomo y san Jerónimo son de parecer que el buen ladron entró aquel mismo dia en el cielo, en donde Jesucristo, en quanto Dios, no dexaba jamás de estar. Este dichoso predestinado, cuya memoria celebra la Iglesia, fue bautizado en su propia sangre, é inmediatamente despues de su muerte entró en posesion de la eterna bienaventuranza. ¿Qué suertes tan diversas las de estos dos pecadores que mueren al lado de Jesucristo en el gran dia de su misericordia! Solo uno se convierte, el otro muere en su impenitencia. ¡Oh, y como este exemplo prueba visiblemente que son raras las conversiones á la hora de la muerte! De dos pecadores que mueren á los ojos de Jesucristo, á su lado, y rociados de aquella preciosa sangre que se derramaba por todos los hombres en remision de sus pecados, solo uno se convierte, y el otro muere en la impenitencia final. A vista de esto, contad sobre las conversiones diferidas para la hora de la muerte.

La santísima Virgen tenia demasiada parte en el sacrificio de su querido hijo para no hallarse presente á él: no se habia movido en toda la pasion de su hijo á solicitar de los jueces que le pusieran en libertad, ni á defender su inocencia: instruida perfectamente de todo el misterio de nuestra redencion, no dió un paso para impedir un sacrificio en que ella misma habia consentido, y cuya víctima habia ofrecido ella misma; pero quiso hallarse en el Calvario y al pie de la cruz para consumir con él el cruento sacrificio. Imagínate cuál sería su dolor, y qué cuchillo traspasaría su alma. Juan, aquel discípulo tan amado y tan favorecido, amaba con demasiado ardor á su divino Maestro para abandonarle en su muerte. Encontróse igualmente al pie de la cruz junto á la santísima Virgen. Viendo Jesus á su madre, la dixo con una voz moribunda y afectuosa: *Muger, veis ahí á tu hijo*, hablando de san Juan. Despues dixo al discípulo: *Ves ahí á tu madre*, hablando de la santísima Virgen; y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya, mirándola como á madre, y portándose con ella como hijo.

*Espira Jesucristo en la cruz.*

Magdalena amaba con demasiado ardor al Salvador para ser tan tímida y tan cobarde como los otros discípulos: encontróse en el Calvario, y no se movió del pie de la cruz sin temer las burlas, y menosprecio que hacian de élla los soldados. Era mediodia cuando Jesus fue enclavado en la cruz; y estando el cielo sereno, sin que se viesen en él ni nubes ni nieblas, toda la tierra se cubrió milagrosamente de espesas tinieblas que duraron desde el mediodia hasta las tres de la tarde, que fue la hora en que Jesus espiró: eclipsóse el sol; y aunque la luna estaba en su lleno, el eclipse fue total por espacio de tres horas despues de mediodia; tiempo que los judíos llamaban *hora de uona*, así como llamaban sexta al mediodia. Queriendo Jesus cumplir todas las profecias, dixo: *Tengo sed*, aunque sabía muy bien que no le darian á beber sino vinagre, segun lo que estaba escrito de él en el salmo 68.: *Et in siti mea potaverunt me aceto* (Psalm. 68): mis enemigos para apagar mi sed me ofrecieron vinagre. En efecto, habiendo empapado los soldados una esponja en un vaso de vinagre, la pusieron alrededor de una rama de nísopo, y se la arrimaron á la boca. Luego que Jesus probó el vinagre, dixo: Acabado es, todo está cumplido. Queriendo tambien hacernos comprender cuánto le costaba nuestra salvacion, y á qué precio nos redimia, exclamó en hebreo ó en siríaco (Matth. 27.): *Eli, Eli, lamma sabacthani?* lo que significa: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Esta queja no era efecto de desconfianza, ni de pesar ó tedio que tuviese, sino solo testificar amorosamente el dolor que padecía; como si hubiera querido decir: Dios mio, tú quieres que yo padezca hasta el último suspiro todo el rigor de tu ira contra los pecadores, de cuyas iniquidades quise cargarme para satisfacer plenamente á vuestra justicia; y quieres al mismo tiempo que te dé esta satisfaccion dolorosa, sin el menor alivio ni consuelo; cúmplase tu voluntad.

Algunos soldados, no entendiendo el hebreo, creyeron

que invocaba á Elías, y dixéron: A Elías llama; esperemos un poco á ver si viene á librarle. Entonces Jesus dixo con una voz clara y distinta: *Consummatum est* (Joan. 19.): Ya está todo cumplido: la justicia divina está plenamente satisfecha; los oráculos de los profetas se han verificado; se ha cumplido todo lo que la Escritura habia predicho; ya está acabada y perfeccionada la obra de la redencion; ya están pagadas todas las deudas que los hombres han contraido con Dios; y ya no queda que hacer otra cosa, sino que éstos quieran aprovecharse del tesoro infinito de mis tormentos y del mérito de mi muerte. Finalmente, inclinándose Jesus la cabeza, y dando un gran grito, exclamó: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. En esto se ve que el Salvador era dueño y árbitro de su vida, y que disponia de élla á su voluntad conforme habia dicho en otro tiempo. En mi mano está el dar mi vida, y en mi mano está el volverla á tomar. Dichas estas palabras, inclinó su cabeza, y entregó su espíritu.

A este tiempo, además del eclipse total y milagroso del sol, digo milagroso, porque el eclipse del sol no puede naturalmente suceder sino cuando la luna se encuentra directamente entre el sol y la tierra, lo que no puede suceder sino en la luna nueva; en lugar que en la luna llena, que era precisamente cuando murió el Salvador, este planeta estaba enteramente opuesto al sol, del cual estaba lo más apartado que puede estar. Al tiempo, pues, que el Salvador entregó su espíritu, además del eclipse milagroso del sol que duraba tres horas habia, es á saber, desde el mediodia, que fue cuando Jesucristo fue clavado en la cruz, sucedió uno de los más terribles terremotos que hubo jamás en el mundo: abriéronse las rocas, rompiéronse las piedras, y el velo del templo se rasgó en dos mitades desde arriba á baxo.

Habia dos grandes velos en el templo, el uno delante del santuario, y el otro más adentro, á la entrada del *Sancta sanctorum*, adonde solo era permitido al sumo sacerdote entrar, y esto una sola vez al año. Este último velo fué el que se rasgó milagrosamente en la muerte del Salvador, el que, como dice san Pablo (Hebr. 10.), en calidad de sumo sacerdote ó pontífice, nos abrió la entrada del *Sancta sanctorum*; esto es, del cielo. Este rasgarse el velo en la muer-

te de Jesucristo, significa que esta muerte abrió el cielo á todos los hombres: que ya no hay velo que nos oculte los misterios; que todas las figuras de la ley antigua han pasado, y que ya no queda sino la verdad patente y desnuda. Este rasgarse el velo daba tambien á entender que se habia roto la antigua alianza que Dios habia contraído con el pueblo judáico: que ya no habia santuario en aquel templo; que Dios ya no reconocia al pueblo judáico por su solo pueblo; que para con Dios ya no habia aceptacion de personas, y que en adelante todos los pueblos judíos y gentiles, escitas, griegos y romanos podrian entrar en el santuario; porque habiendo muerto Jesucristo por todos los hombres, todos los hombres habian sido hechos el pueblo de Dios.

Un tan grande golpe de prodigios en el cielo y en la tierra, tantas demostraciones de dolor, tantos gemidos, digámoslo así de toda la naturaleza pasmada y sentida en cierto modo al ver morir al Criador de todo, hizo impresion en los espíritus de los que se halláron presentes á su muerte. El Centurion que mandaba á los soldados, y todos los que estaban con él, habiendo visto tantos prodigios, exclamaron (*Luc. 23.*): *Este hombre era verdaderamente justo, y verdaderamente era hijo de Dios.* Toda la gente que habia estado presente á este espectáculo, al considerar lo que acababa de suceder, se volvía á la ciudad llena de espanto y de confusion, hiriéndose el pecho, y sin hablar palabra, temiendo mucho que la muerte de aquel hombre justo habia de atraer con presto las últimas calamidades sobre toda la nacion. Hubo algunas mugeres devotas, y entre ótras María Magdalena, María, madre de Jacobo el Menor, y Salomé, muger del Zebedeo, que se resolvieron á quedarse en el lugar del suplicio desviadas de la gente, esperando que se desenclavase el cuerpo del Salvador, para ver el parage en dónde sería enterrado para ir á tributarle los últimos obsequios haciéndole los funerales.

## §. LXI.

*La sepultura de Jesucristo.*

Como todo esto habia sucedido en la víspera del sábado, y los cuerpos no debian quedar sobre la cruz el día de fiesta, rogáron los judíos á Pilato mandase quebrar las piernas á los crucificados para acelerar su muerte, lo que se executó con los dos ladrones que se encontráron todavía vivos; pero viendo los soldados que Jesus estaba muerto, uno de ellos, llamado Longinos, se contentó con abrirle el costado con una lanza, y al punto salió de él sangre y agua. El que lo vió, añade san Juan, dió testimonio de ello, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, á fin que vosotros mismos lo creais tambien. San Juan insiste particularmente sobre esta circunstancia para mostrar que Jesucristo tenia verdadero cuerpo, que habia muerto verdaderamente, y que el efecto principal de su muerte era lavarnos de las manchas de nuestros pecados. Tambien se vió en esto cumplida la Escritura, que dice: *No le quebrantaréis hueso alguno: Os ejus non confringent.* Estas palabras se dixéron del cordero pascual, que era figura del Salvador inmolado por los hombres, y contenian al mismo tiempo una profecía de lo que habia de sucederle á Jesucristo.

Mientras que pasaba esto en el Calvario, José de Arimatea, que era un hombre muy rico y distinguido entre los judíos, y discípulo de Jesus, aunque oculto por temor á los judíos, y que no habia tenido parte en la tiranía de ellos contra el Salvador, se fue á Pilato con grande osadía, y le pidió le permitiese dar sepultura á Jesus. Habiéndoselo concedido Pilato, José y Nicodemus, otro discípulo oculto del Salvador, desenclaváron su adorable cuerpo, le baxáron de la cruz; y habiéndole embalsamado, sin temer la indignacion de los príncipes de la sinagoga, los que consternados á vista de lo que habia sucedido en aquella muerte, de la que el pueblo empezaba á murmurar mucho, no se atrevieron á oponerse, le envolviéron en una sábana nueva, y le pusie-

te de Jesucristo, significa que esta muerte abrió el cielo á todos los hombres: que ya no hay velo que nos oculte los misterios; que todas las figuras de la ley antigua han pasado, y que ya no queda sino la verdad patente y desnuda. Este rasgarse el velo daba tambien á entender que se habia roto la antigua alianza que Dios habia contraido con el pueblo judáico: que ya no habia santuario en aquel templo; que Dios ya no reconocia al pueblo judáico por su solo pueblo; que para con Dios ya no habia aceptacion de personas, y que en adelante todos los pueblos judíos y gentiles, escitas, griegos y romanos podrian entrar en el santuario; porque habiendo muerto Jesucristo por todos los hombres, todos los hombres habian sido hechos el pueblo de Dios.

Un tan grande golpe de prodigios en el cielo y en la tierra, tantas demostraciones de dolor, tantos gemidos, digámoslo así de toda la naturaleza pasmada y sentida en cierto modo al ver morir al Criador de todo, hizo impresion en los espíritus de los que se halláron presentes á su muerte. El Centurion que mandaba á los soldados, y todos los que estaban con él, habiendo visto tantos prodigios, exclamaron (*Luc. 23.*): *Este hombre era verdaderamente justo, y verdaderamente era hijo de Dios.* Toda la gente que habia estado presente á este espectáculo, al considerar lo que acababa de suceder, se volvía á la ciudad llena de espanto y de confusion, hiriéndose el pecho, y sin hablar palabra, temiendo mucho que la muerte de aquel hombre justo habia de atraer con presto las últimas calamidades sobre toda la nacion. Hubo algunas mugeres devotas, y entre ótras María Magdalena, María, madre de Jacobo el Menor, y Salomé, muger del Zebedeo, que se resolvieron á quedarse en el lugar del suplicio desviadas de la gente, esperando que se desenclavase el cuerpo del Salvador, para ver el parage en dónde sería enterrado para ir á tributarle los últimos obsequios haciéndole los funerales.

## §. LXI.

*La sepultura de Jesucristo.*

Como todo esto habia sucedido en la víspera del sábado, y los cuerpos no debian quedar sobre la cruz el día de fiesta, rogáron los judíos á Pilato mandase quebrar las piernas á los crucificados para acelerar su muerte, lo que se executó con los dos ladrones que se encontráron todavía vivos; pero viendo los soldados que Jesus estaba muerto, uno de ellos, llamado Longinos, se contentó con abrirle el costado con una lanza, y al punto salió de él sangre y agua. El que lo vió, añade san Juan, dió testimonio de ello, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, á fin que vosotros mismos lo creais tambien. San Juan insiste particularmente sobre esta circunstancia para mostrar que Jesucristo tenia verdadero cuerpo, que habia muerto verdaderamente, y que el efecto principal de su muerte era lavarnos de las manchas de nuestros pecados. Tambien se vió en esto cumplida la Escritura, que dice: *No le quebrantaréis hueso alguno: Os ejus non confringent.* Estas palabras se dixéron del cordero pascual, que era figura del Salvador inmolado por los hombres, y contenian al mismo tiempo una profecía de lo que habia de sucederle á Jesucristo.

Mientras que pasaba esto en el Calvario, José de Arimatea, que era un hombre muy rico y distinguido entre los judíos, y discípulo de Jesus, aunque oculto por temor á los judíos, y que no habia tenido parte en la tiranía de ellos contra el Salvador, se fue á Pilato con grande osadía, y le pidió le permitiese dar sepultura á Jesus. Habiéndoselo concedido Pilato, José y Nicodemus, otro discípulo oculto del Salvador, desenclaváron su adorable cuerpo, le baxáron de la cruz; y habiéndole embalsamado, sin temer la indignacion de los príncipes de la sinagoga, los que consternados á vista de lo que habia sucedido en aquella muerte, de la que el pueblo empezaba á murmurar mucho, no se atrevieron á oponerse, le envolviéron en una sábana nueva, y le pusie-

ron en un sepulcro que José había hecho labrar para sí poco tiempo había en una peña, en un huerto suyo que no estaba lejos del Calvario; y habiendo cerrado el sepulcro con una piedra muy pesada, cortada y hecha expresamente para cerrar la entrada ó boca del sepulcro, se retiraron. Las devotas mugeres, especialmente Magdalena, habiendo observado el sitio donde había sido puesto el sagrado cuerpo, se volviéron á Jerusalem con intencion de volver á embalsamarle luego que hubiese pasado la solemnidad del sábado.

Queriendo Dios que la resurreccion del Salvador fuese incontestable, quiso que los sacerdotes y tambien los magistrados, como tan interesados en embarazar el que se creyese la resurreccion del Salvador, tomasen las medidas y precauciones imaginables, para que no se pudiese decir que el cuerpo de Jesus había sido robado ocultamente. Fuéron, pues, á decirle á Pilato el mismo dia (*Matth. 26.*), que se acordaban que Jesus, á quien diéron el epíteto de embaucador, había dicho que despues de tres dias resucitaria. Rogámoste, le dixéron, mandes guardar el sepulcro, no sea que vayan sus discípulos, y le hurten, y digan despues al pueblo que ha resucitado, pues este error sería peor que el primero. Pilato les dixo: Ahí teneis soldados; id y guardadle vosotros mismos. Otra circunstancia que Dios permitió ó dispuso para que no se pudiese decir que los soldados romanos habían sido sobornados. Cerraron, pues, el sepulcro, y sellaron la piedra con el sello del magistrado, poniendo un cuerpo de guardia, compuesto de soldados judíos, empeñados por obligacion, por honor y por amor á su nacion, á impedir todo fraude y toda sorpresa. Queriendo Dios dar á la resurreccion de su Hijo todas las pruebas y todos los grados de certidumbre posible, se sirve de aquellos mismos que mas temian que Jesucristo resucitase, y que se creyese que había resucitado; se sirve de ellos, vuelvo á decir, para hacer cierta, evidente é incontestable su resurreccion.

### *La resurreccion gloriosa de Jesucristo.*

Aunque las santas mugeres estaban impacientes por ir á tributar á Jesucristo sus últimos obsequios, sin embargo se estuviéron quietas todo el sábado, que era dia de fiesta y de descanso; pero lo mismo fue ponerse el sol, es decir, á las seis de la tarde, tiempo en que se acababa la fiesta, que María Magdalena y sus compañeras fuéron á comprar aromas para embalsamar el cuerpo del Salvador. La santa impaciencia en que estaban de satisfacer su devocion, hizo que partiesen de casa al amanecer, que era la mañana del sábado (segun el uso de los judíos, entre los cuales el dia se componia de la tarde y de la mañana siguiente): saliéron, pues, de casa el domingo por la mañana, el que se llamó desde entonces el dia del Señor, por haber resucitado en él el Salvador. En el camino se decian unas á otras: ¿Quién nos quitará la piedra que cierra la puerta del sepulcro, pues es tan pesada, que muchos hombres apenas podian arrastrarla cuando fue menester cerrar con ella el sepulcro? Pero á quién ama verdaderamente á Dios, nada le parece imposible. Por mas priesa que se diéron, no llegaron al sepulcro hasta despues de salido el sol. El Salvador había ya salido de él vivo, glorioso y triunfante, y se había ya aparecido á su madre, como se dirá mas abaxo y mas largamente en la vida de la santísima Virgen.

Se cree que fue precisamense al salir el sol cuando este divino sol de justicia salió de las tinieblas de la muerte, habiéndose resucitado él mismo por su propia virtud al tercero dia, como lo había predicho tantas veces durante su vida. Fue, pues, en este tercer dia, que por eso llamamos dia del Señor, cuando el alma bienaventurada de Jesucristo, que había descendido á las partes inferiores de la tierra (como habla san Pablo, y que nosotros llamamos el limbo) á sacar las almas de los Santos que aguardaban allí su venida, volvió á unirse á su cuerpo; y habiéndole comunicado todos los dotes de los cuerpos

resucitados y gloriosos, este divino cuerpo, del que jamás se había separado la naturaleza divina, pasó por entre la piedra del sepulcro sin moverla ni hacerla ninguna abertura. A este tiempo se sintió un temblor de tierra alrededor del sepulcro: un ángel baxó del cielo, echó á un lado la piedra que cerraba el sepulcro, y se sentó encima de ella. Su cara era mas resplandeciente que un relámpago, y sus vestidos mas blancos que la nieve. Los soldados que guardaban el sepulcro quedaron tan aturridos y espantados del estruendo y de los demas prodigios, que quedaron como muertos: luego que volvieron en sí, echáron á correr atónitos y perdidos, y se fuéron medio muertos á contar al sumo sacerdote y á los magistrados todo lo que habia sucedido, y todo lo que habian visto, hasta las menores circunstancias. Añade el Evangelista que al tiempo de la resurreccion del Salvador, habiéndose abierto muchos sepulcros, resucitaron muchos cuerpos de Santos, como para hacer mas glorioso el triunfo de Jesucristo, que salia victorioso de aquellos lugares subterráneos, despues de haber puesto en libertad á tantos ilustres esclavos.

Llegan en fin, las santas mugeres y se pasan de no hallar guardias en el sepulcro, de ver quitada la piedra del sepulcro, y abierto el monumento; y todavía se pasan mas, cuando habiendo entrado en él, no encuentran el cuerpo adorable de Jesucristo. María Magdalena, sumamente afligida, vuelve corriendo á Jerusalem, y toda llorosa, dice á los apóstoles que el sepulcro estaba abierto, pero que no habia encontrado en él el cuerpo de su buen Maestro. Las otras mugeres, inmóviles junto al sepulcro, no sabian qué partido tomar: en esta perplexidad, estando hablando entre sí, vieron dos ángeles en figura humana, rodeados de una luz y resplandor celestial: uno de los cuales las dixo: Mugeres, no temais; sé que buscáis á Jesus Nazareno, que ha sido crucificado estos dias, ha resucitado, no está aquí; venid, y veréis el lugar en donde lo habian puesto: id al instante á buscar á sus discípulos, y decidles á todos, especialmente á Pedro, que estará ántes que ellos en Galilea, y que allí le verán despacio, como se lo habia prometido. Las santas mugeres, ocupadas y llenas á un mismo tiempo de temor, de gozo y de ad-

miracion se vuelven á la ciudad sin pensar ni hablar sino de lo que habian visto.

§. LXIII.

*Aparécese Jesucristo á la Magdalena y á las otras santas mugeres.*

Mientras que pasaba esto en el sepulcro, habiendo encontrado Magdalena á san Pedro y á san Juan, les dice que se han llevado del sepulcro el cuerpo de su buen Maestro; y no sé, añade llorando, qué se ha hecho de él. Dicho esto, se vuelve al punto al sepulcro. Corren tras ella Pedro y Juan: llega Juan primero; y habiéndose baxado para mirar hácia dentro, vió las mortajas en que habia estado envuelto el cuerpo, las cuales estaban en tierra. Habiendo llegado Pedro, entra en el sepulcro, y Juan tras él, y ven á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado cogido el sudario con que se cubrió la cabeza; lo que les hizo creer que el cuerpo de su buen Maestro habia sido llevado de allí, como Magdalena les habia dicho, sin pensar en que el Salvador les habia asegurado que resucitaria tres dias despues de su muerte; y así, oprimido el corazón de dolor, se vuelven á Jerusalem. Pero Magdalena, á quien nada era capaz de consolar, no se movió de allí, resuelta á informarse á cualquier precio de cuanto habia pasado. Vuelta otra vez á ver el sepulcro, advirtió que habia en él dos ángeles, los que la dixéron: Muger, ¿por qué lloras? Porque me han llevado á mi Señor, les respondió, y no sé dónde le han puesto. A este tiempo, habiendo vuelto hácia atrás, vió á Jesus que estaba allí en pie, el cual la dixo: ¿Por qué lloras, muger? ¿á quien buscas? Magdalena no conoció á Jesus; antes bien pensando que era el hortelano que cuidaba del huerto en que estaba el sepulcro, le dixo: Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo lo tomaré. Entonces Jesus, llamándola por su nombre, la dixo: María. A esta palabra le miró; y habiendo conocido que el que la hablaba era Jesus, exclamó: Maestro, y postrándose á sus pies, quiso besárselos; pero el Salvador se lo embarazó; porque Magdalena, dice san Leon, creía entonces que

Jesucristo había resucitado como Lázaro para vivir en adelante sobre la tierra como había vivido hasta su muerte, y que había vuelto á tomar su cuerpo pasible y mortal como antes. Su fe no estaba todavía enteramente purificada; y así la dixo Jesus (*Joan. 20.*): No pienses en tocarme, porque no he subido aún á mi Padre; date prisa, ve á decir de mi parte á mis discípulos, á quienes ahora doy el nombre de hermanos, que dentro de algunos dias subiré al cielo, donde está mi Padre, el cual tambien es Padre de ellos.

¿Quién es capaz de explicar el gozo que tendria entonces aquella fiel amante? Parte al instante á llevar la nueva á todos los discípulos; y habiéndose juntado en el camino con sus compañeras, que se volvian tristes y desconsoladas á Jerusalem, las dice que Jesus había resucitado, que élla le ha visto, y que tiene orden de llevar esta nueva á todos los discípulos. Estaba contando todas estas cosas con un transporte de gozo, que manifestaba bien que era verdad cuanto decia, cuando he aquí que el Salvador se les apareció á todas juntas. Penetradas todas de gozo y de admiracion, se postran á sus pies, y le adoran. Mandólas Jesus que fuesen sin detenerse á decir á los discípulos lo que habían visto, y desapareció. Ellas corrieron á contar á los discípulos que estaban juntos, que habían visto á Jesus resucitado, y les dicen lo que Jesus las había mandado. Como siempre cuesta dificultad el creer lo que se desea con ansia, habiendo oído los discípulos lo que las santas mugeres contaban, no las creyeron, sino que las trataron de visionarias.

Se debe advertir que en ninguna de estas apariciones de Jesucristo resucitado, ni en las siguientes, se habla palabra de la santísima Virgen, su madre; pero no tiene duda que al instante que el Hijo de Dios resucitó se apareció á su querida Madre, la que perfectamente instruída é informada de cuanto había de suceder, aguardaba tranquilamente el dichoso momento en que su gozo debía ser lleno. Fuélo, en efecto, viendo la primera á su querido Hijo resucitado, glorioso, triunfante é impassible. No tuvo orden la santísima Virgen de publicar la primera esta gloriosa resurreccion, porque hubiera podido parecer sospechosa. Y si el evangelio nada dice de esto, es porque no debía referir sino las apariciones hechas á los que no

estaban bien instruidos de este gran misterio; á los que dudaban de él, y estaban destinados á comunicarle á toda la tierra.

Sobresaltada furiosamente la sinagoga de lo que los soldados, testigos oculares de todo lo que había pasado en el sepulcro, contaban de la milagrosa resurreccion de Jesus, despues de muchas juntas, se conviniéron los sacerdotes y magistrados en dar á los soldados una gruesa cantidad de dinero para obligarles á decir en todas partes que estando ellos dormidos fueron sus discípulos secretamente, durante la noche, y se llevaron el cuerpo. Jamás se vió mentira mas mal forjada; sin embargo, una impostura tan grosera no dexó de esparcirse entre el vulgo; pero no todos fueron tan simples que se lo creyeran. En efecto, ¿qué verisimilitud había en que unas gentes tan timidas como los discípulos de Jesucristo hubiesen tenido valor para forzar un cuerpo de guardia, romper el sello del príncipe ú del magistrado, quitar una piedra de un peso enorme, y llevarse furtivamente un cuerpo, y todo esto mediando una compañía de soldados, dormidos todos sin que ninguno se despertase? Pero si todos los soldados del cuerpo de guardia se duermen en el servicio militar, ¿qué castigo se executa en ellos por una culpa que así entre los judíos, como entre todos los pueblos del universo es irremisible? ¿Se puede imaginar cosa mas grosera, necedad mas insigne? ¿Qué visos tiene de verdad, y no de patraña la relacion y dicho de los soldados? Pilato, aunque pagano, fue mas sincero en la relacion que envió al emperador Tiberio de todo lo que había pasado, y no omitió advertirle que tenia por cierto que Jesus había resucitado; lo que hizo decir á Tertuliano, que este gentil habla en esta relacion como hubiera podido hablar un verdadero fiel.

## §. LXIV.

*Se aparece Jesus resucitado á los discípulos que iban á Emaus, á S. Pedro y á todos los discípulos juntos, y despues á santo Tomás.*

El mismo día de la resurrección del Salvador, que era al otro día del sábado, y por consiguiente el primer día de la semana, dos de los discípulos partiéron por la tarde de Jerusalem para ir á Emaus, que era una aldea distante dos leguas cortas de la capital. Conversando entre sí en el camino, se les juntó Jesus en figura de peregrino, y les dixo: ¿Qué es eso que habláis, y por qué pareceis estar tan tristes? Uno de ellos, llamado Cleófas, le respondió: Parece que tú eres el único de todos los forasteros que han estado en Jerusalem que ignore lo que ha pado en élla estos días. Que? les dixo Jesus. Cómo? Replicó Cleófas: (Luc. 24.) Pues qué, ¿no sabes lo que ha sucedido con Jesus de Nazaret, que era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de los hombres, á quien los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados han entregado para ser condenado á muerte, y por fin le han crucificado? Nosotros esperábamos que este hombre sería el Salvador de Israel, como él mismo nos lo había hecho esperar; pero ha ya tres días que han sucedido estas cosas, y su promesa no se verifica. Bien es verdad, que unas mugeres de las nuestras nos han dicho que ciertamente había resucitado: fuéron al amanecer el día de hoy al sepulcro; y no habiendo encontrado su cuerpo, nos han asegurado que habían visto unos ángeles, los que las han dicho que estaba vivo. Algunos de entre nosotros han ido al sepulcro, y han visto lo que las mugeres nos decían; pero á Jesus no le han encontrado, ni saben lo que ha sucedido de él.

Entonces Jesus, que los había estado escuchando sin decir palabra, se revistió de maestro, y les reprendió, aunque con buen modo, su poca fe, diciéndoles: ¿Oh necios y tardos de corazón para creer las cosas que han di-

dicho los profetas! ¿Por ventura no conyimo que Cristo padeciese todo esto, y así entrase en su gloria? Despues, comenzando á hablar de Moyses y de todos los profetas, les explicó lo que estaba escrito de él. Entretanto se encontraron cerca del lugar donde iban, y Jesus hizo ademán de querer pasar mas adelante; pero ellos le detuvieron y le forzaron á quedarse con ellos, diciéndole que era tarde y que se acababa ya el día: rindióse Jesus á sus ruegos; y puestos todos á comer, tomó Jesus el pan, le bendixo, (y quizá le consagró) y habiéndole partido, se lo dió á comer. En esto se abrieron sus ojos y le conociéron; pero Jesus desapareció al instante. Entonces, atónitos y admirados, se dixéron uno á otro: Es Jesus; ¿y es posible que hayamos estado tanto tiempo sin conocerle? ¿No sentíamos abrasarse nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino, y nos explicaba las Escrituras? Dicho esto, levántanse al punto de la mesa, y se vuelven á toda priesa á Jerusalem. Encuentran á los apóstoles juntos, los cuales, al verles entrar, les dicen llenos de gozo: El Señor ha resucitado verdaderamente; no hay que poner duda en éllo, pues se ha aparecido á Pedro. ¿A quiénes habláis de esto? responden nuestros dos caminantes. Tambien se nos ha aparecido á nosotros, hemos tenido la dicha de conversar con él un largo rato, nos ha dicho las mas bellas cosas del mundo sobre su pasión, su muerte y su resurrección, predichas por Moyses y por los profetas, de los que nos ha dado una inteligencia clara; bien es verdad que nuestros ojos estaban como fascinados, y que no le hemos conocido hasta la fracción del pan.

(Luc. 24.) Aún no habían acabado de hablar, cuando he aquí que Jesus se presentó en medio de ellos, y les dixo: La paz sea con vosotros: yo soy, no temáis. Por mas dulce y agradable que fuese esta visita tan poco esperada, los discípulos quedaron atónitos, y se imaginaban ver un fantama, ó cuando ménos un espíritu revestido de un cuerpo prestado; pues ignorando todavía las cualidades de un cuerpo resucitado, no comprendían cómo había podido entrar estando cerradas todas las puertas. El Salvador, les serenó diciéndoles: ¿De qué os turbais? ¿y por qué os vienen esos pensamientos? Mi-

rad mis manos y mis pies; yo mismo soy: tocad y ved: el espíritu no tiene ni carne ni huesos, como veis que yo los tengo. Despues de haberles dicho esto, les mostró sus manos, sus pies y el costado con las cicatrices; pero era tanto el gozo que tenian, que apenas podian creer lo mismo que estaban viendo. Estando así suspensos, les dixo Jesus: ¿Teneis algo que comer? Ellos le ofrecieron parte de un pez asado y un panal de miel. Habiendo comido Jesus en su presencia, tomó las sobras y se las dió, diciéndoles despues: Ahora veis cumplirse lo que os decia cuando estaba con vosotros, que era preciso se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moyses, en los profetas y en los salmos. Luego que hubo comido delante de ellos, no porque tuviese necesidad de alimento, sino por desvanecer todas sus dudas, y para convencerlos con las pruebas mas sensibles, que el que estaba con ellos era él mismo y no un fantasma, y que habia resucitado verdaderamente, les dixo otra vez: La paz sea con vosotros; como á mí me envió mi Padre, así tambien os envio á vosotros yo; despues de lo cual sopló en ellos, y les dixo: Recibid el Espíritu santo: (Joan. 10.) A quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados, y á quienes los retuviéreis sin perdonarles, les serán retenidos.

Tomás no estaba con los otros apóstoles cuando vino Jesus, y se les manifestó del modo que acabamos de decir: luego que le viéron, le dixéron, llenos de gozo, que habian visto al Señor; pero él no los quiso creer. Contráronle lo que el Señor les habia dicho, y lo que habia hecho con ellos; pero él les respondió: Mientras yo no vea en sus manos la abertura de los clavos, mientras no meta mi dedo por sus agujeros y mi mano en su costado, nada he de creer. Esta especie de incredulidad parece nacia mas bien de un deseo demasiado vehemente de que esto fuese así, que de una obstinada desconfianza de que pudiese ser. Cuando se desea una cosa con impaciencia y con ansia, se cree poco todo lo que se nos dice tocante á ella; queremos convencernos por nosotros mismos. Como quiera que sea, el Hijo de Dios, que hacia servir todas estas incredulidades al establecimiento de la fe de su resurreccion, no quiso dexar á este Após-

tol en su infidelidad: á este fin ocho dias despues, estando los discípulos juntos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, entró Jesus estando cerradas las puertas; puso en medio de ellos, diciendo: La paz sea con vosotros; y luego volviéndose á Tomás, le dixo: Acércate, discípulo incrédulo, mete aquí tu dedo, y mira mis manos; llega tu mano, y métela en mi costado; asegúrate bien de la verdad y de la realidad de mi resurreccion, y no seas incrédulo, sino fiel. Entonces Tomás, penetrado á un mismo tiempo de gozo y de confusion, y animado de un amor ardiente y de una fe viva, se postró á sus pies, y exclamó: Mi Señor y mi Dios. Díxole entonces Jesus: Tomás, tú no has querido fiarte del testimonio que te di tantas veces cuando estaba contigo, ni del de tus hermanos despues de mi resurreccion, has querido convencerme por tus propios sentidos, has creído ahora porque me has visto y me has tocado. *Pero dichosos los que no han visto, y sin embargo han creído.* La dificultad que tuvo santo Tomás para creer la resurreccion de Jesucristo sobre el testimonio de los discípulos, no es sin misterio. Como la resurreccion de Jesucristo es, digámoslo así, como la basa de toda la religion, quiso Dios que tuviésemos sobre este punto todas las seguridades imaginables, y por eso se dexó ver tantas veces; se dexó tocar, comió y conversó familiarmente con sus discípulos por espacio de cuarenta dias. La incredulidad de santo Tomás, como dicen los santos padres, sirvió mas que la fe sencilla y pronta de todos los otros discípulos: cuando uno quiere convencerse de un hecho con pruebas sensibles, no puede ser acusado de haber creído con demasiada ligereza.

§. LXV.

*Pesca milagrosa. Encarga Jesus sus ovejas á san Pedro, é instruye á sus apóstoles.*

Habiendo mandado el Salvador á sus apóstoles que volviesen á Galilea, se fuéron allá sin detencion, y lograron que Jesus se les manifestase en muchas ocasiones.

(Joan. 21.) Estando un dia juntos Pedro, Tomás, Die-

rad mis manos y mis pies; yo mismo soy: tocad y ved: el espíritu no tiene ni carne ni huesos, como veis que yo los tengo. Despues de haberles dicho esto, les mostró sus manos, sus pies y el costado con las cicatrices; pero era tanto el gozo que tenían, que apenas podían creer lo mismo que estaban viendo. Estando así suspensos, les dixo Jesus: ¿Teneis algo que comer? Ellos le ofrecieron parte de un pez asado y un panal de miel. Habiendo comido Jesus en su presencia, tomó las sobras y se las dió, diciéndoles despues: Ahora veis cumplirse lo que os decía cuando estaba con vosotros, que era preciso se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moyses, en los profetas y en los salmos. Luego que hubo comido delante de ellos, no porque tuviese necesidad de alimento, sino por desvanecer todas sus dudas, y para convencerlos con las pruebas mas sensibles, que el que estaba con ellos era él mismo y no un fantasma, y que habia resucitado verdaderamente, les dixo otra vez: La paz sea con vosotros; como á mí me envió mi Padre, así tambien os envio á vosotros yo; despues de lo cual sopló en ellos, y les dixo: Recibid el Espíritu santo: (Joan. 10.) A quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados, y á quienes los retuviéreis sin perdonarles, les serán retenidos.

Tomás no estaba con los otros apóstoles cuando vino Jesus, y se les manifestó del modo que acabamos de decir: luego que le viéron, le dixéron, llenos de gozo, que habian visto al Señor; pero él no los quiso creer. Contráronle lo que el Señor les habia dicho, y lo que habia hecho con ellos; pero él les respondió: Mientras yo no vea en sus manos la abertura de los clavos, mientras no meta mi dedo por sus agujeros y mi mano en su costado, nada he de creer. Esta especie de incredulidad parece nacia mas bien de un deseo demasiado vehemente de que esto fuese así, que de una obstinada desconfianza de que pudiese ser. Cuando se desea una cosa con impaciencia y con ansia, se cree poco todo lo que se nos dice tocante á ella; queremos convencernos por nosotros mismos. Como quiera que sea, el Hijo de Dios, que hacia servir todas estas incredulidades al establecimiento de la fe de su resurreccion, no quiso dexar á este Após-

tol en su infidelidad: á este fin ocho dias despues, estando los discípulos juntos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, entró Jesus estando cerradas las puertas; puso en medio de ellos, diciendo: La paz sea con vosotros; y luego volviéndose á Tomás, le dixo: Acércate, discípulo incrédulo, mete aquí tu dedo, y mira mis manos; llega tu mano, y métela en mi costado; asegúrate bien de la verdad y de la realidad de mi resurreccion, y no seas incrédulo, sino fiel. Entonces Tomás, penetrado á un mismo tiempo de gozo y de confusion, y animado de un amor ardiente y de una fe viva, se postró á sus pies, y exclamó: Mi Señor y mi Dios. Díxole entonces Jesus: Tomás, tú no has querido fiarte del testimonio que te di tantas veces cuando estaba contigo, ni del de tus hermanos despues de mi resurreccion, has querido convencerme por tus propios sentidos, has creído ahora porque me has visto y me has tocado. *Pero dichosos los que no han visto, y sin embargo han creído.* La dificultad que tuvo santo Tomás para creer la resurreccion de Jesucristo sobre el testimonio de los discípulos, no es sin misterio. Como la resurreccion de Jesucristo es, digámoslo así, como la basa de toda la religion, quiso Dios que tuviésemos sobre este punto todas las seguridades imaginables, y por eso se dexó ver tantas veces; se dexó tocar, comió y conversó familiarmente con sus discípulos por espacio de cuarenta dias. La incredulidad de santo Tomás, como dicen los santos padres, sirvió mas que la fe sencilla y pronta de todos los otros discípulos: cuando uno quiere convencerse de un hecho con pruebas sensibles, no puede ser acusado de haber creído con demasiada ligereza.

§. LXV.

*Pesca milagrosa. Encarga Jesus sus ovejas á san Pedro, é instruye á sus apóstoles.*

Habiendo mandado el Salvador á sus apóstoles que volviesen á Galilea, se fuéron allá sin detencion, y lograron que Jesus se les manifestase en muchas ocasiones.

(Joan. 21.) Estando un dia juntos Pedro, Tomás, Die-

go, Juan, Natanael y otros dos discípulos, les dixo Pedro que iba á pescar; respondiéronle los otros que querian tambien ir con él: entraron, pues, todos en una barca, echaron la red al agua, pero nada pescaron en toda aquella noche. A la mañana se presentó Jesus en la ribera, sin que los discípulos supiesen quién era. Preguntóles si tenían algo que comer; respondiéndole que no, el Salvador les dixo: Tended la red á la diestra de la barca, y hallaréis pesca. Hiciéronlo así, y no podian traer la red por la muchedumbre de los peces que habia en ella. Visto esto, el discípulo á quien amaba Jesus, le dixo á Pedro, *El Señor es*. Lo mismo fue oír Pedro esto, que ponerse la túnica que se habia quitado para pescar, é impaciente por llegar cuanto antes adonde estaba su Maestro, se echó en el mar. Los demas llegaron á la ribera con la barca, trayendo la red llena de peces. Habiéndola sacado á tierra, se hallaron en ella ciento y cincuenta y tres peces, muy grandes; y en medio de haber una cantidad tan grande, no se rompió la red. Habiendo echado pie á tierra, vieron unas ascuas, y un pez asándose en ellas y un pan; díxoles Jesus: Traed de esos peces que habeis cogido, y venid á comer; dióles él mismo á comer del pan y del pez asado. Acabada la comida, dixo Jesus á Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que todos éstos? Sí, Señor, respondió, tú sabes que te amo. Díxole Jesus: *Pues apacienta mis corderos*. Preguntóle luego otra vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Sí, Señor, respondió, tú sabes que te amo. Díxole Jesus: *Pues apacienta mis corderos*. Preguntóle Jesus tercera vez, si le amaba verdaderamente. Entonces Pedro, afligido de que Jesus pareciese dudar de su ardiente amor, le respondió como sentido: Señor, tú sabes todas las cosas, y sabes muy bien que te amo de todo corazón. Habiendo el Salvador hecho de este modo que su apóstol reparara con este triplicado testimonio de su amor la culpa que habia cometido negándole tres veces, le encomendó en presencia de todos el cuidado de sus ovejas; esto es, de las almas, diciéndole otra vez: *Apacienta, no solo mis corderos, sino tambien mis ovejas*. En esta orden reiterada que el Salvador dió á san Pedro en presencia de los demas apóstoles, de apa-

centar sus corderos y tambien sus ovejas, nos dió á entender el divino Pastor de nuestras almas, dicen los santos padres, que le declaraba, y constituía desde entonces por su vicario en la tierra, y por pastor universal de su rebaño; pero al mismo tiempo le dió á conocer que esta honra le costaria muy caro, pues le sería preciso dar su vida por el rebaño, cuya conducta se le encargaba; y entonces le predixo que moriria crucificado.

Dicho esto, mandó Jesus á Pedro que le siguiera. Volviendo Pedro la cara atrás, vió al discípulo, á quien amaba Jesus, es decir, á Juan que le seguía, y dixo á Jesus: Señor, ¿qué ha de ser de éste? Reprendió Jesus su curiosidad, enseñándole que no debia estar solícito por lo que habia de ser de los demas; y en consecuencia de esto le dixo: Si yo quiero que éste se esté así hasta que yo vuelva, ¿qué te importa á ti, ni que te va en ello? Esta fué la séptima aparicion pública del Salvador. Manifestóse tambien poco despues á mas de quinientos discípulos juntos, de los cuales muchos vivian aún cuando san Pablo escribia su primera carta á los corintios, es decir veinte años despues; y san Mateo añade que entonces fue cuando Jesus les dixo: Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra; id., pues, y enseñad á todas las gentes y naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado. Por lo que á mí toca, añadió, aunque bien presto he de subirme al cielo, sin embargo, estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. Esta promesa, dicen los padres é intérpretes, fue una confirmacion de la seguridad que les habia dado de su asistencia, siempre presente en su Iglesia hasta el fin de los siglos.

Otras muchas veces se dexó ver todavia de sus apóstoles el Hijo de Dios en los cuarenta días que estuvo sobre la tierra despues de su resurreccion; (*Joan. 26.*) aparecióseles en varias ocasiones, dice san Lucas, para asegurarles con estas pruebas sensibles que estaba vivo, y para hablarles del reyno de Dios. Como los habia destinado para que con su predicacion llamaran á los hombres á la posesion de este reyno, les dió todas las instrucciones necesarias para desempeñar dignamente esta

funcion. Explícoles todo lo que habia sido dicho de él en la ley de Moyses, en los libros de los profetas y en los salmos; y les hizo ver que convenia, segun estaba escrito, que Cristo padeciese todas las ignominias de su pasion, y la misma muerte, y que resucitase al tercero dia como habia sucedido.

En estas apariciones frecuentes y familiares instruía Jesucristo á sus apóstoles, y les enseñaba los principales misterios de la religion, las grandes verdades de la salvacion, y les hacia el plan de su Iglesia. En éllas les daba una justa idea de la disciplina, les explicaba los sacramentos que habia instituido, y los que instituyó por entonces, el modo de ofrecer el divino sacrificio y toda la moral cristiana, ofreciéndoles que el Espíritu santo, que habia prometido enviarles, les daría una inteligencia perfecta de todo lo que les habia enseñado, queriendo que el Espíritu santo, la tercera persona de la santísima Trinidad, fuese quien diera la última mano, digámoslo así, á su obra.

## §. LXVI.

*La ascension gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.*

**D**iez dias antes de la fiesta de Pentecostes, es decir, el dia cuarenta despues de su resurreccion, habiendo el Salvador divino juntado á todos los apóstoles en Jerusalem, se les apareció por la última vez. Empezó su razonamiento por una dulce y caritativa correccion que les dió como buen padre, por la repugnancia que habian tenido al principio la mayor parte de ellos en creer á los que le habian visto: abrióles el espíritu, el que hasta entonces habian tenido casi todos cerrado á las verdades que les habia enseñado: dióles la inteligencia de las Escrituras; especialmente por lo tocante á los misterios de su muerte y resurreccion. Despues, dirigiéndose particularmente á los apóstoles, les dixo que los habia escogido para que fuesen testigos de todas estas verdades y las anunciasen por todo el mundo, y para que predicasen la penitencia y la remision de los pecados á to-

dos los pueblos de la tierra empezando desde Jerusalem: que los que creyesen y recibiesen el bautismo, y tuviesen una vida pura, santa y conforme á las máximas de su evangelio, se salvarian; pero que los que no creyesen, ó creyendo viviesen poco cristianamente, se condenarian. Y para que podais trabajar mas útilmente en la conversion de los infieles, añadió, os daré el poder de hacer milagros, de expeler los demonios en mi nombre y hablar nuevas lenguas, de no temer las mordeduras de las serpientes, ni nada de cuanto hay de venenoso. (*Marc. 16.*) Finalmente, despues de haberles prometido enviarles el Espíritu santo, les mandó se estuvieran algunos dias retirados en Jerusalem, pasando el tiempo en oracion, y que no se moviesen hasta que fuesen revestidos de una fuerza que vendria de lo alto. (*Luc. 24.*) Despues de lo cual les dixo á todos que fuesen con él al monte de las Olivas. Luego que hubieron subido á dicho monte, levantó las manos, y les echó á todos su bendicion. Postrados todos en tierra, le adoraron; y al mismo tiempo se fue levantando poco á poco hácia el cielo viéndole todos, hasta que en fin le perdiéron de vista. Entonces fue cuando este divino Salvador, penetrando en un instante todos los cielos, en medio de toda la corte celestial que habia salido á recibir á su soberano Señor, fué á sentarse como hijo único de Dios á la diestra de su Padre, en el mismo trono en donde reyna y reynará mas allá de todos los siglos por toda la eternidad, comunicando á su sagrada humanidad toda la plenitud de su gloria.

Todos los apóstoles y discípulos que le habian visto subir al cielo por su propia virtud, penetrados de gozo, abrasados de amor y arrebatados de admiracion, estaban inmóviles en el parage donde les habia cogido un espectáculo de tanto gusto para ellos, sin poder apartar la vista de la nube que les habia quitado de los ojos á su divino Maestro; hasta que dos ángeles se les aparecieron en figura humana, vestidos de blanco, y les dixéron: (*Act. 9.*) *Varones de Galilea, ¿qué haceis aquí mirando al cielo? Este Jesus que se ha partido de vosotros para el cielo, volverá así como le habeis visto subir al cielo.* Hablaban del gran dia del juicio final, en que Je-

Jesucristo vendrá á juzgar á todos los hombres.

La santísima Virgen, que habia asistido á la gloriosa ascension de su divino Hijo á los cielos, se volvió con toda aquella santa comitiva á Jerusalem, en donde, segun la órden de Jesucristo, pasaron todo el tiempo en retiro y oracion, hasta que fueron revestidos de la virtud de lo alto, esto es, hasta la venida del Espíritu santo, la que sucedió diez dias despues, que fue en el santo dia de Pentecostes.

El lugar de donde nuestro Señor Jesucristo subió á los cielos á vista de su santísima madre, de sus apóstoles y de todos sus discípulos, estaba en la cima del monte Olivete, que está á media legua de camino de los muros de Jerusalem, al lado del poniente. Dignóse el Salvador divino dexar impresos en la piedra sus sagrados vestigios ó huellas, y metidos milagrosamente hasta dos ó tres pulgadas hácia abaxo; en cuya forma han quedado sin la menor alteracion, por mas que los cristianos, que han concurrido allá en peregrinacion desde entonces hasta ahora de todas partes, no hayan cesado de raerlos para sacar piedra ó tierra para llevarla por reliquia. Por la figura de los pies del Salvador impresa en la piedra parece que estaba en pie, que tenia la cara vuelta hácia el septentrion.

Cuenta Eusebio, que cuando la emperatriz santa Elena, madre del gran Constantino, hizo edificar una magnífica iglesia en aquel parage, ordenó que el pavimento fuese de mármol y de jaspe, y sobre todo en el sitio en donde subsistian los vestigios del Salvador; pero cuando le quisieron cubrir de jaspe, no fue jamás posible conseguirlo. Todo cuanto se ponía encima, por mas rico y precioso que fuese, era empujado y rechazado por una virtud invisible; de modo que fué preciso dexarle descubierta. San Gerónimo añade que cuando se quiso acabar la bóveda de esta magnífica basílica, no fue posible tampoco cerrar el parage que correspondia perpendicularmente al sitio de los vestigios de los pies del Salvador; de suerte, que fue necesario dexar descubierta el espacio por el cual Jesucristo habia subido de la tierra al cielo, igualmente que el parage de la peña en donde habia dexado impresas sus sagradas huellas.

## §. LXVII.

*Los misterios y fiestas principales en honra de Jesucristo.*

**H**abiendo referido en esta historia con bastante extension, hasta las menores circunstancias, todos los misterios de la vida y muerte de Jesucristo, hasta su gloriosa ascension á los cielos, solo resta hablar aquí de sus sagrados despojos; esto es, de los instrumentos de su pasion y de su muerte, y de todo lo que sirvió en su sepultura; lo que se puede llamar las sagradas reliquias del Salvador, cuya mayor parte honra la Iglesia con particulares fiestas.

Celebrando la Iglesia todos los años con tanta solemnidad estos sagrados misterios, que se pueden llamar el alma de nuestra religion, no pretende precisamente renovar su memoria, sino que sus hijos saquen de ellos todo el fruto que son capaces de producir en las almas bien dispuestas, é intenta asimismo excitar su reconocimiento, fomentar su devocion por la celebridad de estas grandes fiestas. En efecto, entre todos los ejercicios en que puede ocuparse la devocion de los fieles, apenas hay ninguno mas útil que el de emplear bien los dias de las fiestas solemnes; pues en ellos se encuentra lo que la religion nos propone de mas esencial, así en sus misterios como en su culto.

Este es el fin que se propone la Iglesia para celebrar con tanta pompa y religion el misterio de la encarnacion del Verbo Eterno en el seno de la santísima Virgen el 25 de marzo, la natividad de Jesucristo el 25 de diciembre; su circuncision el primero de enero; su manifestacion á los gentiles ó la Epifanía, comunmente llamada la fiesta de los Reyes, el 6 del mismo mes; su presentacion en el templo de Jerusalem, cuarenta dias despues de su nacimiento, el 2 de febrero; su gloriosa transfiguracion el 6 de agosto, la memoria de su pasion y de su muerte en la última semana de Cuaresma; su triunfante resurreccion el santo dia de pascua, llamado por excelencia el dia del Señor, *Dies Dominica*, y del que todos los domingos del año

son como el día de la octava; finalmente, su gloriosa ascension á los cielos el día 40 despues de su resurreccion; y diez dias despues de la ascension; la venida del Espíritu santo en figura de lenguas de fuego sobre sus apóstoles y discípulos, el santo día de Pentecótes, como el Salvador divino les habia prometido; y despues de todas estas grandes solemnidades, la fiesta de la Eucaristía, llamada la fiesta del Corpus, una de las mas célebres y mas privilegiadas, como que encierra y contiene en sí todos los otros misterios; pues la divina Eucaristía es como el compendio de todos, siendo como es la representacion real de su muerte, la obra mas grande y mas excelente de su omnipotencia y de su sabiduría, el milagro, digámoslo así, de su amor, y como el compendio de todas sus maravillas.

Ademas de todas estas fiestas solemnes y universales de los principales misterios de nuestra religion, ademas de las de la cruz adorable de Jesucristo, principal instrumento de nuestra redencion, se celebran tambien en algunas iglesias particulares las grandezas de Jesus el 28 de enero; la fiesta del santo nombre de Jesus el 14 del mismo mes, ó la dominica 2.<sup>a</sup> despues de la Epifanía; la de las cinco llagas, monumentos eternos de lo que le costó al Salvador el redimirnos; la de los santos clavos, y de la corona de espinas, de que se hablará mas adelante.

Se ve finalmente celebrarse el día siguiente á la octava del Corpus la fiesta del sagrado Corazon de Jesus, que es la fuente de todos los beneficios de que el Salvador nos ha llenado, la silla ó centro del amor infinito que nos tiene, y el principio de todos estos grandes misterios: se ve, vuelvo á decir, establecida el día de hoy esta fiesta en una infinidad de diócesis, en la mayor parte por voto, con motivo de la enfermedad contagiosa con que la Francia ha sido tanto tiempo afligida. La liberalidad con que los sumos pontífices han derramado por medio de muchos breves los tesoros de la Iglesia sobre todos los que tienen esta sólida devocion en el corazon, autoriza bastante su práctica. (1) Aunque esta devocion, que no tiene por objeto sino el amor inmenso de que está abrasado el corazon

(1) A instancia del Rey nuestro Sr. D. Fernando VII. expidió el Papa Pio VII. en 7 de diciembre de 1815, el breve para que se celebre en todos los reynos y dominios de España dicha festividad el viernes despues de la octava del Corpus.

de Jesus, y el desagravio de los ultrajes que recibe en la divina Eucaristía de la enorme ingratitud de los hombres; aunque esta sólida devocion sea tan antigua, y siempre haya sido tan de la aprobacion y del gusto de los mas grandes santos, como se puede ver en el libro intitulado: *devocion al sagrado Corazon de Jesus*, que el autor de esta historia ha dado al público; parece que no se ha renovado en estos últimos tiempos sino para hacer revivir aquel primer fervor casi apagado el día de hoy en la mayor parte de los cristianos.

A la verdad, como el adorable Corazon de Jesucristo Señor nuestro, es el santuario de la santidad del mismo Dios; como todos sus movimientos por la dignidad de la persona divina que los obra, son de un valor infinito; como este divino Corazon no solo es el asiento del inmenso amor que Jesucristo nos tiene, sino tambien el órgano de este amor; como en este sagrado Corazon nacen todos los sentimientos de dulzura, de bondad y de misericordia que este divino Salvador nos manifiesta; como este Corazon es el manantial y el tesoro de todos los favores y beneficios de que somos colmados; como es el asilo de los pecadores, y la mas dulce morada de las almas santas; finalmente, como este divino Corazon fue como la oficina en donde se formó el plan de todos los sagrados misterios de la vida y muerte de Jesucristo, no hay que extrañar el que todos los Santos hayan honrado á este sagrado Corazon con un culto tan religioso, y le hayan profesado tan tierna devocion.

(S. Bernardus de Pas. Serm. 3.) "¡ Oh dulcísimo Jesus  
"exclama san Bernardo, qué de riquezas encerrais en vuestro  
"sagrado Corazon! ¿ Es creible que los hombres no  
"sientan lo mucho que pierden por su indiferencia, y  
"por el olvido que tienen á este adorable Corazon? Por  
"lo que á mí toca, añadé el santo Doctor, yo nada omitiré  
"para ganarle y poseerle, y le consagraré desde hoy  
"todos mis pensamientos: sus sentimientos y sus deseos  
"serán los míos; y en fin, lo daré todo, todo lo sacrificaré  
"por comprar este tesoro. ¿ Pero qué necesidad hay de  
"comprarle, continúa el santo Doctor, siendo como es  
"verdaderamente mio? El corazon de Jesus (lo digo con  
"confianza) el corazon de Jesus es mio, pues es de mi ca-

»beza; y lo que es de la cabeza, es asimismo de todos  
 »los miembros. Será, pues, de hoy en mas este sagrado  
 »Corazon el templo en que yo no cesaré de adorarle, la  
 »víctima que ofreceré sin cesar, el altar donde haré mis  
 »sacrificios, sobre el cual el mismo fuego del divino amor  
 »en que arde su corazon consumirá el mio; en este sagra-  
 »do corazon hallaré un modelo por donde arreglar los mo-  
 »vimientos del mio: un fondo con que pagar todo lo que  
 »debo á la justicia divina, y un puerto seguro en donde  
 »al abrigo de las tempestades y de los naufragios cantaré  
 »con David (2. Reg. 7.): He encontrado mi corazon para  
 »orar á mi Dios, sí; he encontrado este adorable Cora-  
 »zon en la divina Eucaristía, encontrando en élla el sa-  
 »grado Corazon de mi buen Amigo, de mi Hermano, de  
 »mi Rey, de mi Redentor; despues de esto, ¿de quién de-  
 »penderá el que ore con confianza, y no consiga lo que  
 »pidiere? Vamos, hermanos míos, entremos en este ama-  
 »ble Corazon para nunca jamás salir de él.”

El culto al sagrado Corazon de Jesus no se termina á  
 aquella porcion material y musculosa del cuerpo del Sal-  
 vador; pues la Iglesia no acostumbraba dar culto particu-  
 lar á las partes materiales del cuerpo de Jesucristo sepa-  
 radamente. Este es un culto espiritual y simbólico, que tie-  
 ne por objeto el amor que este Señor nos ha profesado y  
 nos tiene; y como nada expresa mas bien este amor que  
 el corazon, centro y oficina del amor, este es el motivo  
 por que se dice adorarse el corazon de Jesus con cul-  
 to particular, aunque no se dé culto sino á su amor. Así  
 se explica el autor en el libro que compuso sobre la *de-  
 voción del Corazon de Jesucristo.*

## §. LXVIII.

*La invencion de la santa Cruz.*

La santa Cruz, glorioso trofeo de nuestra redencion, au-  
 gusto teatro de las divinas misericordias, instrumento  
 precioso de que Dios se sirvió para la salvacion del gé-  
 nero humano, ha sido despues de la muerte de Jesucristo el  
 objeto del culto particular de todos los fieles. Como los ju-

díos acostumbraban á enterrar con los ajusticiados los ins-  
 trumentos de su suplicio, la cruz del Salvador fue arrojada y  
 puesta en un hoyo junto á su sepulcro con los clavos de que  
 estuvo pendiente. Despues de la resurreccion de Jesucristo  
 nada olvidaron los judíos para robar á la veneracion de  
 los cristianos todas estas preciosas reliquias. Habiéndose  
 apoderado los paganos de los santos Lugares, llevaron  
 aun mas adelante la impiedad de los judíos, se va-  
 liéron de todos los medios imaginables para abolir hasta la  
 memoria de los instrumentos de nuestra redencion. Cegá-  
 ron la cueva del santo sepulcro, pusieron encima una gran  
 cantidad de tierra y de cascote, embaldosaron este te-  
 rreno, y por colmo de impiedad y profanacion edificaron  
 encima un templo consagrado á Vénus, donde ofrecian  
 los mas abominables sacrificios; y con esto embarazaron  
 á los cristianos el que comparciesen jamás en aquel sitio.

Despues de la entera derrota de Licinio, emperador  
 de Oriente, el gran Constantino, primer emperador cris-  
 tiano, viéndose único dueño de los dos imperios, excitado  
 por el celo de la ilustre Elena, su madre, empleó todos  
 sus cuidados en hacer florecer la verdadera religion, des-  
 truyendo las infames reliquias del paganismo. Mandó des-  
 truir, entre otras cosas, este monumento de la impiedad,  
 haciendo edificar en el mismo sitio una iglesia tan mag-  
 nífica, que sobrepujó á los mas soberbios edificios de otras  
 ciudades.

La emperatriz santa Elena quiso encargarse por sí mis-  
 ma de esta grande y piadosa obra. Ocupada largo tiempo  
 habia en obras de piedad, y en todo lo que podia con-  
 tribuir á la gloria de la religion, fué á Jerusalem, sin em-  
 bargo de tener ya cerca de ochenta años de edad, con la re-  
 olucion de no omitir diligencia alguna para encontrar la  
 cruz del Salvador, sin reparar en los obstáculos que se  
 le ofrecian, y que parecian insuperables; pues, como dice  
 Sozomeno, los gentiles, en odio del nombre cristiano, ha-  
 bian hecho todos sus esfuerzos, y se habian valido de to-  
 da su industria para abolir hasta la memoria del lugar en  
 que habia sido enterrada la cruz en donde estaba el san-  
 to sepulcro. Santa Elena empezó haciendo echar á tierra  
 el ídolo y el templo, quitóse despues la tierra y el casco-  
 te, y al favor de una antigua tradicion, hizo cavar tan

» beza; y lo que es de la cabeza, es asimismo de todos  
 » los miembros. Será, pues, de hoy en mas este sagrado  
 » Corazon el templo en que yo no cesaré de adorarle, la  
 » víctima que ofreceré sin cesar, el altar donde haré mis  
 » sacrificios, sobre el cual el mismo fuego del divino amor  
 » en que arde su corazon consumirá el mio; en este sagra-  
 » do corazon hallaré un modelo por donde arreglar los mo-  
 » vimientos del mio: un fondo con que pagar todo lo que  
 » debo á la justicia divina, y un puerto seguro en donde  
 » al abrigo de las tempestades y de los naufragios cantaré  
 » con David (2. Reg. 7.): He encontrado mi corazon para  
 » orar á mi Dios, sí; he encontrado este adorable Cora-  
 » zón en la divina Eucaristía, encontrando en élla el sa-  
 » grado Corazon de mi buen Amigo, de mi Hermano, de  
 » mi Rey, de mi Redentor; despues de esto, ¿de quién de-  
 » penderá el que ore con confianza, y no consiga lo que  
 » pidiere? Vamos, hermanos míos, entremos en este ama-  
 » ble Corazon para nunca jamás salir de él.”

El culto al sagrado Corazon de Jesus no se termina á  
 aquella porcion material y musculosa del cuerpo del Sal-  
 vador; pues la Iglesia no acostumbraba dar culto particu-  
 lar á las partes materiales del cuerpo de Jesucristo sepa-  
 radamente. Este es un culto espiritual y simbólico, que tie-  
 ne por objeto el amor que este Señor nos ha profesado y  
 nos tiene; y como nada expresa mas bien este amor que  
 el corazon, centro y oficina del amor, este es el motivo  
 por que se dice adorarse el corazon de Jesus con cul-  
 to particular, aunque no se dé culto sino á su amor. Así  
 se explica el autor en el libro que compuso sobre la *de-  
 voción del Corazon de Jesucristo.*

## §. LXVIII.

*La invencion de la santa Cruz.*

La santa Cruz, glorioso trofeo de nuestra redencion, au-  
 gusto teatro de las divinas misericordias, instrumento  
 precioso de que Dios se sirvió para la salvacion del gé-  
 nero humano, ha sido despues de la muerte de Jesucristo el  
 objeto del culto particular de todos los fieles. Como los ju-

díos acostumbraban á enterrar con los ajusticiados los ins-  
 trumentos de su suplicio, la cruz del Salvador fue arrojada y  
 puesta en un hoyo junto á su sepulcro con los clavos de que  
 estuvo pendiente. Despues de la resurreccion de Jesucristo  
 nada olvidaron los judíos para robar á la veneracion de  
 los cristianos todas estas preciosas reliquias. Habiéndose  
 apoderado los paganos de los santos Lugares, llevaron  
 aun mas adelante la impiedad de los judíos, se va-  
 liéron de todos los medios imaginables para abolir hasta la  
 memoria de los instrumentos de nuestra redencion. Cegá-  
 ron la cueva del santo sepulcro, pusieron encima una gran  
 cantidad de tierra y de cascote, embaldosaron este te-  
 rreno, y por colmo de impiedad y profanacion edificaron  
 encima un templo consagrado á Vénus, donde ofrecian  
 los mas abominables sacrificios; y con esto embarazaron  
 á los cristianos el que comparciesen jamás en aquel sitio.

Despues de la entera derrota de Licinio, emperador  
 de Oriente, el gran Constantino, primer emperador cris-  
 tiano, viéndose único dueño de los dos imperios, excitado  
 por el celo de la ilustre Elena, su madre, empleó todos  
 sus cuidados en hacer florecer la verdadera religion, des-  
 truyendo las infames reliquias del paganismo. Mandó des-  
 truir, entre otras cosas, este monumento de la impiedad,  
 haciendo edificar en el mismo sitio una iglesia tan mag-  
 nífica, que sobrepujó á los mas soberbios edificios de otras  
 ciudades.

La emperatriz santa Elena quiso encargarse por sí mis-  
 ma de esta grande y piadosa obra. Ocupada largo tiempo  
 habia en obras de piedad, y en todo lo que podia con-  
 tribuir á la gloria de la religion, fué á Jerusalem, sin em-  
 bargo de tener ya cerca de ochenta años de edad, con la re-  
 olucion de no omitir diligencia alguna para encontrar la  
 cruz del Salvador, sin reparar en los obstáculos que se  
 le ofrecian, y que parecian insuperables; pues, como dice  
 Sozomeno, los gentiles, en odio del nombre cristiano, ha-  
 bian hecho todos sus esfuerzos, y se habian valido de to-  
 da su industria para abolir hasta la memoria del lugar en  
 que habia sido enterrada la cruz en donde estaba el san-  
 to sepulcro. Santa Elena empezó haciendo echar á tierra  
 el ídolo y el templo, quitóse despues la tierra y el casco-  
 te, y al favor de una antigua tradicion, hizo cavar tan

hondo, que se descubrió en fin el santo sepulcro, cerca del cual se encontraron tres cruces de la misma figura, é igualmente abultadas, sin que se pudiese discernir bien cuál era la del Salvador. El título en que Pilato había escrito estas palabras: *Jesus Nazareno Rey de los judíos*, había sido arrancado; y estaba entre las cruces: lo que hacía ver bastantemente que una de las tres era la que se buscaba; pero no fué jamás posible conocer cuál era ésta.

En este embarazo consultó la Emperatriz á san Macario, obispo de Jerusalem, el cual fue de parecer que se arrimasen las tres cruces á algunos enfermos, no dudando que Dios declararía por medio de algun milagro cuál de las tres era verdaderamente la cruz del Salvador. Aprobóse este consejo; aplicáronse las tres cruces á una señora de distincion que estaba agonizando: las dos primeras no produxéron ningun efecto; pero apénas la enferma hubo tocado la tercera, cuando de repente quedó sana á vista de una infinidad de gente, que fuéron testigos todos del milagro. Para asegurarse todavía mas de la verdad se pusieron las tres cruces sobre un cadáver; y la que había ya curado la enferma, fue la única que resucitó al muerto. Desde entonces á este leño sagrado, que había servido de instrumento al misterio de nuestra redencion, se le dió el culto que le era debido; y desde este tiempo se hizo célebre la memoria de este día entre las fiestas de la Iglesia, baxo el título de la Invencion de la santa Cruz, cuya fiesta se celebra todos los años el día tres de mayo. La emperatriz santa Elena hizo edificar una magnífica iglesia en el mismo sitio en que se halló la cruz, y puso en esta iglesia la mitad de este sagrado leño, el que hizo engastar ricamente, y llevó la otra mitad al emperador Constantino, su hijo, el que recibió este precioso don con particular veneracion. Conservó una porcion de él en Constantinopla, y la ótra la envió á Roma, en donde fue colocada en la magnífica iglesia que dicho Emperador mandó edificar expresamente para este fin, y que por esto se llamó la iglesia de santa Cruz de Jerusalem.

San Cirilo, que fue obispo de Jerusalem veinte y cuatro años despues de san Macario, asegura que el universo se halló en poco tiempo lleno de pedazos de la porcion de la cruz que estaba en Jerusalem; por quanto sus pre-

decesores desde san Macario, y él mismo daban particitas de élla á los peregrinos de distincion que iban por devocion á Jerusalem de todas las partes del mundo á adorar este sagrado madero; y el mismo Padre añade, como testigo ocular, que esta porcion de la cruz no se disminuía por la distribucion que de élla se hacía, sino que antes bien se renovaba en élla visiblemente el milagro de la multiplicacion de los cinco panes, distribuyéndose sin cesar pedazos de élla, sin disminuirse en nada dicha porcion del sagrado madero. San Paulino, que vivia el año 425, dice que esta virtud milagrosa de este sagrado madero, que sin embargo de estar muerto y seco parecia reproducirse todavía como si estuviese vivo, le había sido comunicada por el contacto de aquella carne divina, que habiendo padecido la muerte sobre el mismo madero, la venció con su gloriosa resurreccion. Esta cruz en medio de ser material, y estar totalmente seca, parece vivir aún y alimentarse, con todo que nada tiene ya de vegetable; de suerte, que desde aquel tiempo, añade dicho Santo, aunque se han cortado de élla un sin número de particitas para satisfacer á la devocion de los fieles, no se ha disminuído en nada; y aunque tantas gentes tienen pedazos de élla, se diria no obstante que no se ha tocado á élla, estando siempre tan entera como cuando se encontró. Así habla san Paulino de este milagro de la cruz en la carta once á Severo.

§. LXIX.

#### *La fiesta de la Exáltacion de la santa Cruz.*

El año 615, Cósroas, segundo rey de Persia, habiendo tomado á Jerusalem, se llevó la santa cruz, y un gran número de fieles que hizo cautivos, entre los cuales estaba Zacarías, patriarca de Jerusalem. Heraclio, emperador de Constantinopla, le pidió la paz; pero el rey bárbaro no se la quiso conceder, sino con la condicion que renegaría de Jesucristo, y que sus pueblos harían lo mismo, y adorarían al sol, que era el dios de los persas. Una proposicion tan impía animó de una justa indignacion á

los cristianos, al clero y á todas las casas religiosas, quienes diéron espontánea y muy liberalmente gran parte de sus bienes al Emperador para sostener una guerra tan legítima. Enardecido este Príncipe con este socorro, y todavía mas alentado por su confianza en Dios, hizo avanzar sus tropas; y llevando él mismo una imágen milagrosa de nuestro Señor Jesucristo, dió, sin embargo de la desigualdad de sus fuerzas, la batalla á Cósroas el año 627: le deshizo enteramente, y consiguió de él una victoria completa. Precisado el Rey bárbaro á huir, perseguido hasta dentro de sus estados, en donde Síroes, su hijo primogénito, á quien habia querido desheredar para poner á su hijo segundo sobre el trono, se apoderó de él, le puso preso, y se hizo dueño de sus hermanos. Este nuevo Rey pidió la paz al Emperador. Concediósele Heracio, con la condicion que le volviese el sagrado leño de la cruz, y que pusiese en libertad á Zacarías, patriarca de Jerusalem, y á los otros cautivos cristianos. Executáronse estas condiciones, y la santa cruz fué llevada en triunfo á Jerusalem en el mes de septiembre del año 628. Quiso el Emperador llevar él mismo sobre sus hombros el sagrado madero; pero no pudo entrar en la ciudad sino despues de haberse quitado sus vestidos llenos de pedrería, y ricamente bordados, y haberse puesto otros mas sencillos y modestos, lo que hizo á persuasion del Patriarca. Despues de esto, la Iglesia ordenó que todos los años se celebrase la fiesta de la Exáltacion de la Cruz el dia 14 de septiembre, para que no se perdiera la memoria de un triunfo tan glorioso.

La porcion de la cruz que quedaba en Jerusalem despues de sacada de las manos de los persas, fué transportada algunos años despues á Constantinopla para ponerla á cubierto de los insultos de los infieles. Los emperadores creían no podian hacer mayor obsequio á los príncipes extrangeros que darles algunas partecitas de este sagrado leño. El emperador Justino el jóven envió una parte del que se guardaba en Constantinopla desde el año 569 á santa Badegunda, el cual esta Santa hizo encerrar en un rico relicario, y le envió á su célebre abadía, llamada por esto de santa Cruz, que mandó edificar en Poitiers, y en la que acabó santamente su vida el año 587. Con

motivo de esta preciosa reliquia, Fortunato de Poitiers compuso en honra de la cruz los dos himnos de que la Iglesia todavía se sirve el dia de hoy en las solemnidades de la adoracion en el viérnes santo, y en los oficios de la semana santa, los cuales himnos empiezan con estas palabras: *Vexilla Regis*, y *Pange lingua gloriosi laetream certaminis*. Continuáron los emperadores desde entonces en hacer regalos del sagrado madero, hasta que finalmente, habiéndose transportado á Venecia lo restante de él, fue dado al rey san Luis, y llevado á Francia el año 1241; el que el año siguiente, juntamente con la corona de espinas del Salvador, fue colocada en la capilla de palacio que el santo Rey acababa de edificar, que despues se ha llamado la santa Capilla.

Otra porcion muy considerable del sagrado leño de la cruz, dada á su abuelo Felipe Augusto por Balduino, primero de este nombre, emperador de Constantinopla el año 1205, fue depositada en la abadía de san Dionisio; de suerte, que con lo que ya habia de esta preciosa reliquia en diversas iglesias y monasterios del reyno, se puede decir que la mayor parte de la verdadera cruz está en Francia.

## §. LXX.

*De los sagrados clavos, de la corona de espinas, del título de la cruz, y de la esponja que aplicáron á los labios de Jesucristo en la cruz.*

Con la cruz del Salvador del mundo se halláron tambien los sagrados clavos que habian atravesado sus pies y sus manos: fue fácil distinguirlos de los que habian servido á la crucifixion de los dos ladrones, por quanto á éstos los habia comido la herrumbre y los del Salvador se habian conservado milagrosamente tersos, y parecian nuevos. Santa Elena hizo todo el aprecio que debia de una tan preciosa reliquia: envió dos de ellos al emperador Constantino, los que empleó éste en el bocado de la brida de su caballo; á lo cual san Gregorio de Turs, despues de san Ambrosio, de Teodoreto y de otros padres, aplica el versículo 20 del capítulo 14 del profeta Zaca-

rías, que dice: *In die illa erit quod super frenum equi est, sanctum Domino*: en aquel día será santo y consagrado al Señor lo que sirve de bocado á la brida del caballo. Uno de estos santos clavos se guarda en Carpentrás, ciudad episcopal del condado Venesin, y á esta preciosa reliquia se la hace una fiesta particular en dicha ciudad, baxo el título del Clavo santo. El otro clavo se ve en Milan en la iglesia mayor, que se llama el Domo de Milan, adonde fue trasladado con mucha solemnidad por san Carlos. El tercer clavo le hizo engastar santa Elena en la diadema de su hijo Constantino. El cuarto asegura san Ambrosio que fué echado en el mar Adriático por orden de esta Princesa, para aplacar una furiosa tempestad que parecía iba á tragárselo todo. Dícese que este clavo no se perdió, sino que volvió nadando sobre el agua, como en otro tiempo la segur del profeta Eliseo; lo que le hizo mas apreciable, y le concilió mas la veneración de todo el mundo, y se cree es el que se guarda en París en la santa Capilla, ó en la iglesia de san Dionisio. Algun tiempo despues regaló santa Elena á la iglesia de Roma, llamada santa Cruz de Jerusalem, el clavo que habia mandado engastar en el casco ó diadema del emperador; y si se encuentran algunos clavos en otras partes con el nombre de clavos de la cruz del Salvador, no tiene duda que serán clavos hechos de otro hierro, y son alguna mezcla de limaduras de los verdaderos clavos del Salvador; los cuales por razon de esta mezcla no son menos dignos de nuestro culto.

## NOTA.

En Madrid, en la real capilla de palacio, se venera uno de los clavos con que fué enclavado el Salvador en la cruz, el que se da á adorar todos los años el viérnes santo; cuya preciosa reliquia, habiendo estado envuelta en sus llamas que consumieron todo el palacio el año 1734, se halló, acabado el incendio, entera é ilesa. Igualmente se conservan en la catedral de Valencia dos piedras del supulcro de Jesucristo, las que forman las tapas alta y baxa de la arquilla en que se reserva el Sacramento el juéves santo, el que se mete dentro del mismo cáliz e n

que consagró el Señor su sangre la noche de la cena. Este cáliz, que es de una piedra parecida á la ágata, no es tan alto como los que se usan hoy, aunque la copa es mayor. La iglesia de Valencia, fundada en una antigua tradicion, tiene por dádiva de san Lorenzo esta asombrosa reliquia.

La corona de espinas consagrada por estar tocada á la cabeza del Salvador, y bañada en su preciosa sangre, ha sido siempre mirada con mucha razon como una de las mas preciosas reliquias. Este tesoro fue transportado á Constantinopla verisimilmente por el gran Constantino, que nada olvidaba para enriquecer su nueva ciudad imperial. Esta preciosa reliquia se guardaba aún en Constantinopla en tiempo de los emperadores franceses, al principio del siglo XIII. Habiéndolos reducido la necesidad de sus negocios á empeñar lo que tenían de mas precioso para defenderse de los griegos, la santa corona fue empeñada á unos venecianos por unas sumas considerables que habian prestado. Despues, habiéndosela regalado el emperador de Constantinopla á san Luis, el santo Rey la aceptó con mucho gusto: envió á desempeñar la reliquia, la que ya se habia llevado á Venecia; pagó las deudas de Constantinopla, y envió á mas de esto otras sumas de dinero al Emperador. Fué traída á Francia la corona el año 1239; la salió á recibir el Rey á cinco leguas de Sens, acompañado del clero y de toda la corte: la ceremonia de la entrega se hizo con una pompa tan magnífica como religiosa: al principio fue colocada en la capilla de san Nicolas, de donde dos años despues fue trasladada á la santa Capilla; despues se han distribuido muchas espinas de esta sagrada corona, con el beneplácito de nuestros reyes, á muchas iglesias no solo de Francia, sino tambien de otros reynos. La santa Capilla de París se dedicó baxo el título de la *santa Corona de Espinas* el año 1248, y se renueva todos los años la fiesta de la Dedicacion á 26 de abril, como tambien la fiesta de la Translacion que se hizo de Venecia á París en el Reynado de san Luis, la cual se celebra todos los años á 11 de agosto. Por lo que mira al título de la cruz donde estaba escrito: *Jesus Nazareno Rey de los judíos*, se asegura que santa Elena le envió á Roma, y que fué colocado en la iglesia de

santa Cruz de Jerusalem, en donde se guarda con gran veneracion; de lo qual se infiere, que si otras iglesias se glorían de tener otros titulos, no pueden ser sino copias del original que se encontró en Jerusalem.

La esponja que fue aplicada á la boca de Jesus quando estaba agonizando, ha sido mirada de todos los fieles como uno de los instrumentos de la pasion del Salvador, y en calidad de tal como un objeto digno de la veneracion de los fieles: conservóse por muchos siglos en Jerusalem en la iglesia del santo Sepulcro; pero habiendo sido tomada y saqueada esta ciudad por los persas el año 614, esta preciosa reliquia fué llevada á Constantinopla el 14 de septiembre del mismo año. Una parte fue enviada despues á Roma, y depositada en la iglesia de san Juan de Letran, donde se manifiesta todavia el dia de hoy; la otra parte, habiéndose empeñado á los venecianos con la santa corona, fue traída á París por san Luis, y colocada con las demas reliquias en la santa Capilla. La lanza con que abrieron el costado de Jesucristo en la cruz despues de su muerte, se guarda en Roma en la iglesia del Vaticano; pero entre todas estas santas reliquias las que se han mirado siempre como las mas preciosas, son los santos sudarios y las sábanas que sirvieron para envolver el cuerpo de Jesucristo todo el tiempo que estuvo en la sepultura.

§. LXXI.

*De los santos sudarios, en que fue envuelto y sepultado el adorable cuerpo de Jesucristo, y primero del de Besanzon.*

Todos cuatro evangelistas dicen que el cuerpo adorable de Jesucristo, luego que fue baxado de la cruz, fue envuelto en unos lienzos muy curiosos y limpios. San Marcos dice que José de Arimatea compró para esto una sábana nueva, en la cual fue envuelto este precioso cuerpo antes de ponerle en la sepultura.

El modo de sepultar entre los judíos era tapar la cara con un lienzo que baxaba desde la cabeza hasta los

pies, y despues envolver todo el cuerpo con uno ó muchos paños que se ajustaban con muchas bandas; llamábanse indiferentemente todos estos lienzos ó paños en que se envolvian los muertos antes de ponerlos en las andas, sudarios, aunque la palabra sudario significa principalmente el lienzo ó pañuelo que se ponía sobre la cara, como para enxugar el sudor frio que acompaña regularmente á la muerte.

San Juan advierte que eran muchos los lienzos ó telas en que fue envuelto el cuerpo del Salvador; y añade, que habiendo ido san Pedro al sepulcro el dia de la resurreccion, vió que estaban allí los lienzos, y que el sudario estaba separado del lienzo que le habian puesto sobre la cabeza, el qual no estaba con los otros lienzos, sino que estaba doblado y puesto en un lugar separado, y esto mismo es lo que vió tambien san Juan en el sepulcro luego que hubo entrado en él. No ha permitido Dios que se hayan perdido estas preciosas reliquias. Todos los santos sudarios en que se imprimió milagrosamente la imágen de la cara y del cuerpo de Jesucristo se conservan despues de mas de mil y ochocientos años tan enteros como quando los emplearon para envolver el adorable cuerpo del Salvador del mundo: se ve en Besanzon, en Turin, en Salát, en Compiegne y en Tolosa el santo sudario en que está impresa la imágen de Jesucristo. No se duda que en todas las telas en que fue envuelto el sagrado cuerpo de Jesucristo quedó impresa y grabada milagrosamente su imágen; prueba de éllo es el exemplo de la Verónica, y de esta multiplicidad de telas y lienzos que sirvieron para envolver el adorable cuerpo del Salvador, ha nacido la multiplicidad de tantos sudarios que se adoran en varias partes.

Los mas famosos santos sudarios que llevan impresa la imágen del cuerpo de Jesucristo en su tela, son el de Besanzon en el Franco Condado, y el de Turin en el Piamonte: en uno y otro la imágen del Salvador es como de unos cinco pies de largo, lo que hace ver que Jesucristo era de una estatura mas que mediana. El de Besanzon es de una tela muy fina: es de dos paños cosidos con mucha delicadeza; tiene cerca de ocho pies de largo, y por lo ménos cinco de ancho. La imágen del adorable

santa Cruz de Jerusalem, en donde se guarda con gran veneracion; de lo qual se infiere, que si otras iglesias se glorían de tener otros titulos, no pueden ser sino copias del original que se encontró en Jerusalem.

La esponja que fue aplicada á la boca de Jesus quando estaba agonizando, ha sido mirada de todos los fieles como uno de los instrumentos de la pasion del Salvador, y en calidad de tal como un objeto digno de la veneracion de los fieles: conservóse por muchos siglos en Jerusalem en la iglesia del santo Sepulcro; pero habiendo sido tomada y saqueada esta ciudad por los persas el año 614, esta preciosa reliquia fué llevada á Constantinopla el 14 de septiembre del mismo año. Una parte fue enviada despues á Roma, y depositada en la iglesia de san Juan de Letran, donde se manifiesta todavia el dia de hoy; la otra parte, habiéndose empeñado á los venecianos con la santa corona, fue traída á París por san Luis, y colocada con las demas reliquias en la santa Capilla. La lanza con que abrieron el costado de Jesucristo en la cruz despues de su muerte, se guarda en Roma en la iglesia del Vaticano; pero entre todas estas santas reliquias las que se han mirado siempre como las mas preciosas, son los santos sudarios y las sábanas que sirvieron para envolver el cuerpo de Jesucristo todo el tiempo que estuvo en la sepultura.

§. LXXI.

*De los santos sudarios, en que fue envuelto y sepultado el adorable cuerpo de Jesucristo, y primero del de Besanzon.*

Todos cuatro evangelistas dicen que el cuerpo adorable de Jesucristo, luego que fue baxado de la cruz, fue envuelto en unos lienzos muy curiosos y limpios. San Marcos dice que José de Arimatea compró para esto una sábana nueva, en la cual fue envuelto este precioso cuerpo antes de ponerle en la sepultura.

El modo de sepultar entre los judíos era tapar la cara con un lienzo que baxaba desde la cabeza hasta los

pies, y despues envolver todo el cuerpo con uno ó muchos paños que se ajustaban con muchas bandas; llamábanse indiferentemente todos estos lienzos ó paños en que se envolvian los muertos antes de ponerlos en las andas, sudarios, aunque la palabra sudario significa principalmente el lienzo ó pañuelo que se ponía sobre la cara, como para enxugar el sudor frio que acompaña regularmente á la muerte.

San Juan advierte que eran muchos los lienzos ó telas en que fue envuelto el cuerpo del Salvador; y añade, que habiendo ido san Pedro al sepulcro el dia de la resurreccion, vió que estaban allí los lienzos, y que el sudario estaba separado del lienzo que le habian puesto sobre la cabeza, el qual no estaba con los otros lienzos, sino que estaba doblado y puesto en un lugar separado, y esto mismo es lo que vió tambien san Juan en el sepulcro luego que hubo entrado en él. No ha permitido Dios que se hayan perdido estas preciosas reliquias. Todos los santos sudarios en que se imprimió milagrosamente la imágen de la cara y del cuerpo de Jesucristo se conservan despues de mas de mil y ochocientos años tan enteros como quando los emplearon para envolver el adorable cuerpo del Salvador del mundo: se ve en Besanzon, en Turin, en Salát, en Compiegne y en Tolosa el santo sudario en que está impresa la imágen de Jesucristo. No se duda que en todas las telas en que fue envuelto el sagrado cuerpo de Jesucristo quedó impresa y grabada milagrosamente su imágen; prueba de éllo es el exemplo de la Verónica, y de esta multiplicidad de telas y lienzos que sirvieron para envolver el adorable cuerpo del Salvador, ha nacido la multiplicidad de tantos sudarios que se adoran en varias partes.

Los mas famosos santos sudarios que llevan impresa la imágen del cuerpo de Jesucristo en su tela, son el de Besanzon en el Franco Condado, y el de Turin en el Piamonte: en uno y otro la imágen del Salvador es como de unos cinco pies de largo, lo que hace ver que Jesucristo era de una estatura mas que mediana. El de Besanzon es de una tela muy fina: es de dos paños cosidos con mucha delicadeza; tiene cerca de ocho pies de largo, y por lo ménos cinco de ancho. La imágen del adorable

cuerpo de Jesucristo está en él impresa al natural desde los pies hasta la cabeza: todas las facciones de su cara están señaladas, y todas las señales de su pasión están impresas distintamente: en él se ve la llaga del costado, las de los pies y manos, y todas las cicatrices que dexaron en él los azotes, los que hicieron de todo aquel sagrado cuerpo una sola llaga. Dicen que el color no le tenía tan vivo, ni tan distintas las facciones como el santo sudario de Turin; lo que prueba que estaba inmediatamente sobre el cuerpo del Salvador, el cual, habiendo sido ungiendo de las quintas esencias sacadas de muchos aromas para embalsamarle, era preciso tuviese las facciones menos distintas, y el color menos fuerte. En los dos está el cuerpo tendido todo á lo largo, los brazos también tendidos, y las manos cruzadas (*Chifflet. de Lint. Sepulch.*). Uno de los mas sábios escritores del siglo pasado cree, y con razón, que el sudario de Besanzon es aquel con que dixo san Juan habia sido cubierta la cabeza de Jesucristo, y que san Pedro y él habian hallado doblado y separado de los otros sudarios, ó sábanas en el sepulcro el día de la resurrección de su divino Maestro. La figura de este santo sudario, lo largo de él, que no podia cubrir el adorable cuerpo sino por delante, y el estar impreso y señalado sobre esta sagrada tela el cuerpo de Jesucristo por delante, autorizan esta opinión, y hacen creer ser éste el verdadero sudario que estaba inmediatamente sobre el adorable cuerpo de Jesucristo, sobre el cual estaba la sábana que envolvía todo el cuerpo por delante y por detras, ajustada con muchas bandadas ó tohallas; y tal parece ser el santo sudario de Turin.

Esta preciosa reliquia se guarda con mucho cuidado y veneración en la célebre iglesia de Besanzon ha mas de quinientos años: no se sabe qué año, ni por quién fue llevada á esta ciudad, mas ilustre todavía por este precioso depósito que por su antigüedad, y por otros cien títulos que la hacen una de las mas famosas ciudades de las Gálias. El incendio que consumió enteramente la iglesia de san Esteban, juntamente con los archivos, el año 1349, ha privado á la posteridad de la historia de esta ilustre reliquia; todo lo que se sabe por una antigua tradición, es que el santo sudario fue traído de la Palestina á Besanzon á fines del siglo XI, ó á principios del XII cuando se acabó la prime-

ra Cruzada, en tiempo de Godofre de Bullon (*De locis sanct. c. 5.*). El venerable Beda, que vivía á fines del siglo VII, y á principios del VIII, en el libro que escribió de los santos Lugares, dice que el santo sudario que estuvo inmediatamente sobre el cuerpo del Salvador despues de su muerte, cayó en manos de un judío que se habia convertido á la fe por la predicación de los apóstoles, y atraxo sobre él las mismas bendiciones del cielo que Obededon habia recibido guardando en su casa el Arca del Señor. Todo sucedia prósperamente en su casa desde que habia entrado en ella el santo sudario; y en poco tiempo se vió uno de los mas opulentos de la Palestina. Poco ántes de morir, queriendo hacer la partición de sus bienes entre sus hijos, dió á escoger al primogénito, ó todos los bienes raíces que poseía, ó el santo sudario, á quien miraba como á la verdadera causa de su fortuna. Escogió desde luego el primogénito todas sus grandes posesiones y riquezas, dexándole al menor el santo sudario por su única herencia; pero por mas desigual que pareciese á los ojos esta herencia, se vió bien pronto que el menor habia sido el mas bien librado; pues todas las grandes riquezas del primogénito se desvanecieron en poco tiempo entre las manos del que las poseía, siendo mayor cada día la abundancia en casa de su hermano. Habiendo perseverado esta serie de prosperidades muchos siglos de padres á hijos, atraxo muchos envidiosos á esta afortunada familia, hasta que habiéndose apoderado los sarracenos de los santos Lugares, y noticiosos de la virtud milagrosa de este sagrado depósito, quisieron quitársele á los fieles. Fue llevada la causa al tribunal de Mauvias, rey de los sarracenos, el cual, queriendo terminar todas estas disputas, mandó encender una grande hoguera, y en presencia de infinidad de infieles y de cristianos hizo arrojar en ella el santo sudario; pero el Señor, que queria conservarnos esta preciosa reliquia, no permitió que pereciera: vióse este sagrado sudario, despues de haber estado algunos instantes en medio del fuego sin quemarse ni padecer la menor lesión, levantarse de repente hácia arriba; y habiendo estado algun tiempo en el ayre á vista de toda aquella gente, fue á ponerse suspenso en las manos de un cristiano que se hallaba entre la multitud, al cual se le dexó el rey de los sarracenos. Despues de este milagro estuvo esta

preciosa reliquia en una particular veneracion en todo el Oriente: *Missum ergo in ignem sudarium*, dice el santo Historiador, *veloci raptu effugiens evolat, et summo in aere diutissime quasi ludendo volitans; ad ultimum, cunctis utrinque intuentibus, esse leniter in cujusdam de christiana plebe sinum deposuit, quod mane mox totus populus summa veneratione salutabat, et osculabatur; habet autem longitudinis pedes octo.* Hasta aquí son las propias palabras del venerable Beda; quien, como dice él mismo, habia sabido toda esta historia de boca del obispo Anulfo, el que, habiendo hecho la peregrinacion de la Tierra santa, se habia encontrado en ella casi al mismo tiempo que sucedió este milagro. Teniendo el sudario de Besanzon los mismos ocho pies de largo que el sudario de que habla el venerable Beda, hay un gran motivo para creer que el sudario de que habla este hombre sabio, á quien se mira como á un padre de la Iglesia, es el mismo que el de Besanzon. El santo sudario de Turin tiene doce pies de largo, y no se halla otro santo sudario que el de Besanzon que sea de la misma medida que el sudario de que habla el venerable Beda.

El incendio de la iglesia de san Esteban de Besanzon del año de 1349, de que hemos hablado, nos privó de la noticia del año en que fue traído este precioso depósito, y del bienhechor que enriqueció con él á esta célebre iglesia. Lo cierto es, que habiendo tomado la cruz Godofre de Bullon, Roberto, conde de Flandes, y los mas grandes señores de Francia, y habiéndose puesto á la frente de aquella famosa Cruzada que sacó la Tierra santa de manos de los infieles, fuéron acompañados de una infinidad de eclesiásticos y de prelados, que quisieron tener parte en una tan santa conquista. De este número fue Hugo, arzobispo de Besanzon, á quien acompañaron algunos de sus canónigos. Uno de los cuales, segun se cree, habiendo rescatado esta reliquia, enriqueció despues su iglesia con tan precioso don.

Habiéndose quemado la iglesia de Besanzon el año de 1349, no se dudó que el santo sudario hubiese sido consumido por las llamas con todo el tesoro de dicha iglesia, hasta que algunos años despues se advirtió que todas las noches se dexaba ver una luz milagrosa sobre un parage de las ruinas; se cavó, y se halló el santo sudario

rio en la caxita en que se guardaba, sin que hubiese padecido la menor lesion, ni por el fuego ni por las ruinas. Sin embargo de ser tan pasmosas todas las circunstancias del milagro, muchos no dexáron de temer que hubiese algún fraude ó engaño en los hechos, y que quizá se hubiese substituido un nuevo sudario en lugar del verdadero. Se hizo exâminar escrupulosamente la tela por personas inteligentes, y la imâgen en él impresa del cuerpo del Salvador por los mas hábiles pintores; y todos aseguraron que la tela era de un tejido y de una calidad á que no alcanzaba el arte, y que la pintura no habia tenido parte en esta imâgen milagrosa; esto es lo que se sabe por una tradicion respetable por su antigüedad, lo que á mas de esto está confirmado por un manuscrito muy antiguo de la iglesia de Santiago de Rems, el cual, despues de haber ponderado la dicha de la iglesia de Besanzon por estar enriquecida con el santo sudario, añade que esta preciosa reliquia estuvo perdida por algun tiempo; pero que habiendo sido finalmente recobrada, y habiendo reconocido que la imâgen del Salvador habia sido impresa en ella milagrosamente, todos se habian convencido que este sagrado sudario era el que habia estado sobre el cuerpo de Jesucristo; lo que fué confirmado, añade el mismo manuscrito, con un insigne milagro; pues habiendo sido puesto este santo sudario sobre un difunto que llevaban á enterrar, se le vió resucitar al mismo instante, al modo que aquel cuerpo muerto que echáron en el sepulcro de Eliseo, el cual lo mismo fue tocar los huesos del Profeta que resucitar y ponerse en pie (4. Reg. 13.): *Revixit homo, et stetit super pedes suos.* Despues de este prodigio ha ido siempre en aumento la veneracion á esta preciosa reliquia: desde entonces se han visto venir, como se ven todavía el día de hoy, gentes de todas partes á dar á este sagrado monumento de nuestra redencion el culto que le es debido; y se puede decir, que esta devocion de los fieles nunca es en vano y sin fruto. Atribúyase, si se quiere, á la fe de los fieles la infinidad de milagros que esta santa reliquia ha obrado hasta aquí: el que subsiste despues de tantos siglos, y que se puede llamar un milagro visible y permanente, es una prueba incontestable de la autenticidad de esta preciosa reliquia; pues aunque la

tela es sumamente fina, y está cogida en una infinidad de pliegues y de repliegues, de suerte que teniendo ocho pies de largo y cinco de ancho, está reducida á un muy pequeño volúmen; sin embargo, está tan entera y tan nueva despues de tantos siglos como si acabara de salir de las manos del artífice, al paso que las estofas que la rodean se gastan y se rasgan en fin por sus pliegues, y necesitan renovarse despues de pasados algunos años. ¿No se puede decir que esta visible integridad del sudario de Besanzon es un milagro permanente, que confunde la mas maligna incredulidad, y que no tiene por donde morderle la crítica mas severa?

Así se ven pocas santas reliquias que se guarden con mas cuidado, y que se reverencien con tanta religion. El santo sudario está encerrado en un cofrecito de plata sobredorada, está envuelto en un raso carmesí, y dicho cofre de plata sobredorada está dentro de una caxita de madera, forrada por dentro de una estofa de las mas preciosas; está cerrado con cinco cerraduras todas diferentes, de las que cinco canónigos guardan cada uno su llave: este sagrado depósito está detras del altar, que se llama del santo Sudario, en un armario cerrado con tres llaves, que guardan tres distintas personas; á mas de esto, es menester todavía pasar, para llegar á él, por dos puertas, una de las cuales está forrada con planchas de hierro. Todos estos cuidados y precauciones, despues de tantos siglos, muestra bastante la veneracion que se tiene á esta preciosa reliquia, y la estimacion que se hace de élla: se manifiesta públicamente el santo sudario dos veces al año con una magnífica solemnidad; en la Pascua le muestra el señor arzobispo, asistido de dos canónigos; y el dia de la Ascension hacen esta augusta ceremonia dos señores canónigos al son de las campanas y al ruido de toda la artillería de la plaza.

(*Chifflet, de Lint, sepulc.*) El historiador arriba citado refiere una infinidad de milagros obrados por esta preciosa reliquia, y autorizados con actas tan auténticas que no se pueden poner en duda sin temeridad. Muchos ciegos han recobrado repentinamente la vista con solo tocar el santo sudario, y éstos en presencia de infinitas gentes que han servido de testigos. Se ha visto tambien un pobre cie-

go, llamado Rosieu, del lugar del Millet, cerca de Jusey, el cual, lleno de fe en esta santa reliquia, y no encontrando á nadie que quisiese llevarle á Besanzon para asistir el dia de pascua á la manifestacion del santo sudario, se puso de rodillas á la hora en que sabia se manifestaba la reliquia; y animando su oracion de una viva fe, recobró tan perfectamente la vista, que sin palo y sin lazarillo se fué á Besanzon, y fue él mismo la prueba mas cierta del milagro. Se ha visto recobrar milagrosamente la salud á muchos enfermos reducidos á lo último con solo besar una imágen del santo sudario. La cofradía fundada baxo la invocacion *del santo Sudario*, la fiesta particular que se celebra todos los años el dia 3 de mayo, y el monumento público que la ciudad levantó por voto el año de 1540 por haberla librado del mal contagioso, prueban bastante la certeza y autenticidad de esta preciosa reliquia.

## §. LXXII.

*El santo sudario de Turin.*

El santo sudario que se guarda en Turin con mucha devocion, y que se manifiesta todavía con mas solemnidad, parece ser el paño ó sábana en que el adorable cuerpo de Jesucristo fue envuelto luego que le desenclavaron y baxaron de la cruz; el que cogiendo desde los talones y pasando por encima de la cabeza, baxa hasta los pies, y se llamaba la sábana ó sudario grande; se ve en él la imágen de Jesucristo tendido á lo largo, su sangre impresa y señalada como en el de Besanzon, con las mismas proporciones; la misma postura y las mismas facciones; con esta sola diferencia, que el de Besanzon no representa sino el cuerpo por delante, y el de Turin representa toda la figura del adorable cuerpo de Jesucristo, así por delante como por detras. La tela de éste no parece tan fina como la de aquél, porque el sudario que envolvía inmediatamente el cuerpo por delante era siempre mas fino que la sábana que estaba por detras, y que envolvía todo el cuerpo, al cual se ajustaba despues con unas bandas ó tohallas. Los colores de la imágen impresa en el santo su-

tela es sumamente fina, y está cogida en una infinidad de pliegues y de repliegues, de suerte que teniendo ocho pies de largo y cinco de ancho, está reducida á un muy pequeño volúmen; sin embargo, está tan entera y tan nueva despues de tantos siglos como si acabara de salir de las manos del artífice, al paso que las estofas que la rodean se gastan y se rasgan en fin por sus pliegues, y necesitan renovarse despues de pasados algunos años. ¿No se puede decir que esta visible integridad del sudario de Besanzon es un milagro permanente, que confunde la mas maligna incredulidad, y que no tiene por donde morderle la crítica mas severa?

Así se ven pocas santas reliquias que se guarden con mas cuidado, y que se reverencien con tanta religion. El santo sudario está encerrado en un cofrecito de plata sobredorada, está envuelto en un raso carmesí, y dicho cofre de plata sobredorada está dentro de una caxita de madera, forrada por dentro de una estofa de las mas preciosas; está cerrado con cinco cerraduras todas diferentes, de las que cinco canónigos guardan cada uno su llave: este sagrado depósito está detras del altar, que se llama del santo Sudario, en un armario cerrado con tres llaves, que guardan tres distintas personas; á mas de esto, es menester todavía pasar, para llegar á él, por dos puertas, una de las cuales está forrada con planchas de hierro. Todos estos cuidados y precauciones, despues de tantos siglos, muestra bastante la veneracion que se tiene á esta preciosa reliquia, y la estimacion que se hace de élla: se manifiesta públicamente el santo sudario dos veces al año con una magnífica solemnidad; en la Pascua le muestra el señor arzobispo, asistido de dos canónigos; y el dia de la Ascension hacen esta augusta ceremonia dos señores canónigos al son de las campanas y al ruido de toda la artillería de la plaza.

(*Chifflet, de Lint, sepulc.*) El historiador arriba citado refiere una infinidad de milagros obrados por esta preciosa reliquia, y autorizados con actas tan auténticas que no se pueden poner en duda sin temeridad. Muchos ciegos han recobrado repentinamente la vista con solo tocar el santo sudario, y éstos en presencia de infinitas gentes que han servido de testigos. Se ha visto tambien un pobre cie-

go, llamado Rosieu, del lugar del Millet, cerca de Jusey, el cual, lleno de fe en esta santa reliquia, y no encontrando á nadie que quisiese llevarle á Besanzon para asistir el día de pascua á la manifestacion del santo sudario, se puso de rodillas á la hora en que sabia se manifestaba la reliquia; y animando su oracion de una viva fe, recobró tan perfectamente la vista, que sin palo y sin lazarillo se fué á Besanzon, y fue él mismo la prueba mas cierta del milagro. Se ha visto recobrar milagrosamente la salud á muchos enfermos reducidos á lo último con solo besar una imágen del santo sudario. La cofradía fundada baxo la invocacion *del santo Sudario*, la fiesta particular que se celebra todos los años el día 3 de mayo, y el monumento público que la ciudad levantó por voto el año de 1540 por haberla librado del mal contagioso, prueban bastante la certeza y autenticidad de esta preciosa reliquia.

## §. LXXII.

*El santo sudario de Turin.*

El santo sudario que se guarda en Turin con mucha devocion, y que se manifiesta todavía con mas solemnidad, parece ser el paño ó sábana en que el adorable cuerpo de Jesucristo fue envuelto luego que le desenclavaron y baxáron de la cruz; el que cogiendo desde los talones y pasando por encima de la cabeza, baxa hasta los pies, y se llamaba la sábana ó sudario grande; se ve en él la imágen de Jesucristo tendido á lo largo, su sangre impresa y señalada como en el de Besanzon, con las mismas proporciones; la misma postura y las mismas facciones; con esta sola diferencia, que el de Besanzon no representa sino el cuerpo por delante, y el de Turin representa toda la figura del adorable cuerpo de Jesucristo, así por delante como por detras. La tela de éste no parece tan fina como la de aquél, porque el sudario que envolvía inmediatamente el cuerpo por delante era siempre mas fino que la sábana que estaba por detras, y que envolvía todo el cuerpo, al cual se ajustaba despues con unas bandas ó tohallas. Los colores de la imágen impresa en el santo su-

dario de Turin son mas vivos, y todas las cicatrices de este adorable cuerpo están mas bien señaladas que en el de Besanzon; la razon de esto es clara: habiendo José de Arimatea obtenido de Pilato permiso para desenclavar de la cruz el cuerpo de Jesucristo, luego que le hubo baxado, le envolvió en una sábana, dice el evangelio (*Luc. 23.*): *Depositum, involvit sindone.* Como las heridas estaban todavía abiertas todas y la sangre fresca, la señal que este sagrado cuerpo dexó impresa milagrosamente en esta sábana, debió ser mas viva, el color de las llagas y de la sangre mas subido, y las facciones mas finas y mas distintas. Este sudario fue el primero en que el cuerpo de Jesucristo fue envuelto luego que fue baxado de la cruz. Como antes de ponerle en el sepulcro le quisieron embalsamar, segun era costumbre en el pais, luego que le ungiéron con quintas esencias de muchos aromas, pusieron sobre el cuerpo un sudario que baxaba solamente desde los pies hasta la cabeza por delante; y despues envolviéron todo el cuerpo en la sábana, que habia sido envuelto al principio, la cual cogia desde los talones hasta los pies, pasando por sobre la cabeza, la cual se ajustó al cuerpo con algunas bandas ó tohallas como se ha dicho. En este intervalo, habiéndose enfriado el cuerpo, y helado y cuaxado la sangre, las llagas se habian encogido; y esto fue lo que hizo que en el sudario que se puso por delante sobre el cuerpo embalsamado, y que es el de Besanzon, las llagas ó cicatrices aparezcan menos anchas, los colores mas baxos, la sangre pasada y descolorida, y todas las facciones del cuerpo ménos finas, ménos distintas y mas confusas; pero por lo que toca á la medida del cuerpo y á la aptitud de todas las proporciones, se encuentran perfectamente las mismas en los dos sudarios; y por confesion de los mas hábiles pintóres que los han examinado escrupulosamente, ni el arte, ni el pincel han tenido parte en las sagradas imágenes de estos dos sudarios; cuya autenticidad ha querido Dios manifestar, obrando por medio de ellos muchos y grandes milagros.

No se debe extrañar el que en los primeros siglos, en aquellos tiempos de turbacion y de persecuciones de la Iglesia, no haya habido cuidado de escribir la historia de estas preciosas reliquias, ni el modo como se han conser-

vado y han llegado hasta nosotros. Lo que hay de cierto en esto, como ya se ha dicho hablando del santo sudario de Besanzon, es que el de Turin nos vino de la Palestina, habiendo querido Dios que estos sagrados despojos estuviesen en poder de los cristianos y tambien de los infieles, hasta que por una disposicion impenetrable de la divina providencia, habiendo caido todo el Oriente, por secretos juicios de Dios, baxo la dominacion de los infieles, todo lo que habia servido de instrumento á la pasion y muerte de Jesucristo pasase y se conservase en tierra de cristianos.

Lo que se sabe de mas cierto tocante á las aventuras, por decirlo así, del santo sudario de Turin, es que en la decadencia del imperio de los griegos, habiéndose apoderado los príncipes franceses de Constantinopla y del imperio de Oriente, esta preciosa reliquia, como otras muchas, fue guardada en aquella ciudad imperial hasta fines del siglo XII ó principios del XIII, en que los emperadores de Constantinopla la regaláron, segun se cree, á los príncipes de la casa de Lusignan, que poseían el reyno de Chipre. Habiendo muerto Juan III ó Juan el postrero, rey de Chipre, el año 1473, dexó los reynos de Chipre, de Jerusalem y de Armenia á Carlota, su hija única, que fué coronada en Nicosia por reyna de los tres reynos en 1485; pero poco despues, habiéndose rebelado Jayme, hijo natural de Juan III, usurpó el reyno; y ayudado del Soldan Melec-Ella, echó á la reyna de todos sus estados. Esta Princesa se retiró á Saboya, donde era duque Carlos su sobrino; y habiendo ido despues á Roma, hizo donacion de sus reynos á dicho Carlos duque de Saboya, su sobrino, en presencia del papa y de muchos cardenales.

Cuando Carlota se retiró á Saboya, traxo consigo á la princesa de Charni su parienta, que era depositaria del santo sudario, el que traxo consigo, y le conservó como por milagro, dice la historia; porque habiéndola robado su equipage, en el cual estaba la rica caxita en que estaba encerrada esta preciosa reliquia, queriendo los ladrones partir por medio el santo sudario en la division que hacian del robo, al ir uno de ellos á cortarle, quedó de repente sin movimiento en las manos, y al mismo tiempo se sintió acometido de una enfermedad mortal. Habiéndose

apoderado de esta sagrada tela uno de sus compañeros, hizo los mayores esfuerzos para ver si podia borrar la imagen del Salvador, que estaba grabada en ella; pero cuanto mas la lavaba, tanto mas vivos se ponian los colores y la figura. Tantas maravillas les abrieron los ojos á los ladrones, los que, habiéndose convertido, restituyéron, en fin, la reliquia. Se asegura que el Duque y la Duquesa, despues de muchos ruegos, obtuviéron al cabo un tan precioso don, el que depositáron en la iglesia de Chamberi, capital de Saboya, la que el papa Paulo II. erigió en colegial en atención á esta sagrada reliquia: esta es la primera opinion por lo tocante á la deposicion del santo sudario en la capilla de Saboya.

Algunos escritores mas modernos citan unas actas mas antiguas; las que aseguran que estando este precioso depósito en poder de Geofredo de Charni, caballero de Borgoña y gobernador de Picardía, fué dado á la iglesia colegial de Liré, aldea de Champaña, á tres leguas de Troyes, por dicho Geofredo que era señor del lugar, y habia hecho edificar dicha iglesia en cumplimiento de un voto que habia hecho por su libertad, habiéndole hecho prisionero los ingleses. Los canónigos que habia fundado, expusieron á la pública veneracion el santo sudario; y bien presto viéron venir infinidad de gentes de todas partes á adorar este precioso depósito. El obispo de Troyes, Henrico de Poitiers, en cuya diócesi estaba la iglesia de Liré, indignado de que se hubiese expuesto á la veneracion pública el santo sudario sin su aprobacion y sin su permiso, les prohibió á los canónigos el que expusieran en adelante públicamente la reliquia. Fue, pues, llevada fuera de la diócesi, donde quedó en depósito y encerrada casi veinte y cuatro años. El jóven Geofredo de Charni, hijo del fundador, halló medio para hacerla volver á su iglesia de Liré, donde se conservó religiosamente hasta el año 1418. Habiendo sido assoladas la Champaña y el ducado de Borgoña, por la guerra en tiempo de Juan el Intrepido, duque de Borgoña, los canónigos de Liré pusieron en depósito el santo sudario con otras reliquias en poder de Humberto, conde de la Roca, señor de Villas-Seyssel, casado con Margarita de Charni, nieta y heredera de su fundador. Esta reliquia, con otras muchas, fue

guardada en el castillo de san Hipólito en el Franco-condado, del que era señor el conde Humberto, el cual les dió una acta de reconocimiento de ella. Despues de su muerte, Margarita fue obligada, por sentencia del parlamento de Dola en el Franco-condado, á restituir el depósito de Liré. En efecto, les volvió á los canónigos de Liré todas las otras reliquias y vasos sagrados; pero jamás quiso volverles el santo sudario, el cual le miraba como un tesoro hereditario en su familia, por haber sido de su abuelo Geofredo, quien le habia traído de la Palestina durante la guerra de las Cruzadas, y se le habia dado á ella. Viéndose Margarita de Charni inquietada por los canónigos de Liré, que repetian sin cesar se les diese el santo sudario, se retiró á Chamberi, corte de Saboya, y regaló esta preciosa reliquia á la duquesa de Saboya, Ana de Chipre Lusignan, su parienta, por un acto de donacion hecho en 22 de marzo del año de 1452. Desde el año siguiente el duque de Saboya Luis II. hizo batir medallas, puesto en el reverso el santo sudario en manos de una muger arrojada con esta inscripcion: SANCTA SINDON. D. N. JESU XPI: que quiere decir: *El santo sudario de nuestro Señor Jesucristo.* Habiendo sucedido el beato Amadeo, duque de Saboya, á Luis su padre el año de 1456, hizo edificar una capilla magnífica en la plaza del castillo del Chamberi, en la que hizo depositar el santo sudario, la que el papa Paulo II. erigió en iglesia colegial el año de 1467, y en el de 1480 el papa Sixto IV. quiso se llamase la capilla del santo Sudario. El papa Julio II. estableció una famosa cofradía, llamada del santo Sudario por una bula, su data en Bolonia á 6 de enero de 1506, en la cual dice su Santidad que se ve en este santo sudario la imagen y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo: *Imaginem et verum sanguinem Domini nostri Jesu Christi.* Y el mismo soberano Pontífice, por otra bula de 9 de mayo del mismo año, fixa la fiesta particular del santo sudario al día 4 de mayo; y concede muchas indulgencias, no sólo á todos los cofrades, sino tambien á todos los fieles que visitaren la santa capilla en ciertos dias. Los papas Leon X. y Clemente VII. confirmáron despues todas estas gracias, y nada olvidáron para excitar la devocion de los fieles para con esta santa reliquia, que debe

ser mirada como uno de los mas preciosos tesoros del mundo cristiano.

El santo sudario fue transportado despues á Vercel por motivo de las guerras; despues á Niza, de donde fue vuelto otra vez á Vercel; hasta que al cabo de veinte y seis años, poco mas ó ménos, fué vuelto á Chamberi el año de 1562, y colocado en su santa capilla, en donde permaneció hasta el año de 1578. Sabiendo el duque Manuel Filiberto, que san Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, habia resuelto ir en peregrinacion á Chamberi á adorar el santo sudario, quiso ahorrarle el trabajo de un tan largo y tan penoso viage, haciendo llevar el santo sudario á Turin, en donde desde entonces se guarda con mucha veneracion en la iglesia metropolitana.

Por mas obscura, y tal vez poco cierta que pueda ser la verdadera época en que se traxo esta santa reliquia al Franco-condado y á los estados del duque de Saboya, no puede dexar de escandalizar á los fieles la licenciosa critica de algunos escritores, que por no sé qué genio fastidioso, siempre poco favorables á las mas santas reliquias, parece no ponen su estudio sino en ver cómo han de destruir, ó á lo ménos entibiar la devocion de los pueblos para con este sagrado depósito, contra el testimonio de la mas venerable tradicion, y á vista de la autenticidad de los milagros de que parece servirse Dios todos los dias para confirmar la devocion de los pueblos, y su piadosa credulidad, sin embargo de ver la piedad de los mas ilustres personajes distinguidos por su mérito y por su santidad; á pesar en fin de la opinion tan sabia de los mayores y mas eruditos prelados, y hasta de los soberanos pontifices por lo que mira á esta insigne reliquia.

El evangelista san Juan finaliza la historia de la vida de Jesucristo, diciéndonos que el Salvador hizo otros muchos prodigios á mas de los que están escritos (*Joan. 21.*). Hizo Jesus, dice el Evangelista, otras muchas cosas, las cuales si quisiera yo referirlas en particular, pienso que en todo el mundo no podrian caber los libros que sería menester escribir para éllo. *Nec ipsum arbitror mundum capere posse eos qui scribendi sunt libros.* Con esta expresion quiere significar el Evangelista, que no era posible referir por menor todas las acciones, milagros y palabras de Je-

sucristo. Sin embargo, las que refirió en su evangelio pueden bastar para convencer á todo espíritu en quien haya quedado la menor vislumbre de juicio y el menor rayo de razon; y para hacer sentir á los ingenios mas limitados, á los entendimientos mas oscuros, y á los hombres mas broncos y mas salvages aquel carácter de sabiduría infinita, de santidad sin mezcla, y de omnipotencia que resplandece en toda la vida de Jesucristo, y hace su verdadero retrato. No hay rasgo que no demuestre invenciblemente su divinidad, aun á los mas incrédulos por mas libertinos que sean. En efecto, ¿quién no ve claramente, por solos los hechos incontestables, que Jesucristo vino al mundo precisamente en el tiempo señalado por los profetas, y con todas las circunstancias que debian caracterizar, por decirlo así, el nacimiento del Mesías, y la famosa época de su venida? Todo el antiguo Testamento está lleno de figuras proféticas de este divino libertador: Manifiéstese una sola que Jesucristo no haya cumplido; ¿qué rasgo de su vida, de su pasion y de su muerte no es la pintura que los profetas habian hecho de él mas de mil años ántes? El mismo dixo positivamente, que era hijo de Dios, que era el Mesías prometido, y lo probó y demostró; ¿pero con cuántos milagros? ¿y no subsiste todavia el mas estupendo, el mas persuasivo de todos estos milagros segun el sentir de todos los santos PP.? ¿no lo vemos con nuestros propios ojos en la abolicion, en la ruina total del paganismo despues del nacimiento de Jesucristo, y en el milagroso establecimiento del cristianismo por todo el universo sobre las ruinas de la idolatria (*1. Joan. 5.*)? *Hæc est victoria quæ vincit mundum fides nostra.* La victoria que la fe ha conseguido en todo el mundo, purgándole de todas las supersticiones paganas, es un milagro visible y permanente.

Es preciso confesar que la omnipotencia y la divinidad de Jesucristo se manifiestan de una manera sensible en la conversion de todo el universo. Esta es una de aquellas verdades palpables de primer orden, tan evidente, que hasta los sentidos, por decirlo así, se ven precisados á servir á su infalibilidad. El desarreglo de las costumbres puede llegar á obscurecer esta evidencia; pero para ello ha de debilitar antes, ha de apagar las luces mas comunes de

la razon: ningun hombre, como no haya perdido enteramente la razon, como le haya quedado la menor tintura de nuestra religion, dexará de exclamar con Marta (*Joan. 11.*): *St, Señor, vos sois Cristo, hijo de Dios vivo*; y se puede decir que la falta de fe sobre este artículo nace mas bien de la corrupcion del corazon, que de la flaqueza y debilidad del espíritu de los hombres.

Toda la vida de Jesucristo no es otra cosa que un tejido de milagros tan extraordinarios y tan estupendos, que su divinidad se hace sensible en todo cuanto obra: y cuando se ve la docilidad con que toda la naturaleza obedece á su voluntad y á sus órdenes, no se puede dexar de confesar con el Centurion que este hombre era verdaderamente hijo de Dios (*Matth. 27.*): *Veré filius Dei erat iste*. Estas maravillas no han cesado por haberse ausentado de la tierra en cuanto á su presencia visible: todavía tenemos á la vista milagros mas decisivos y mas estupendos que los que convirtieron en otro tiempo á tantos pueblos: estos milagros son el milagroso establecimiento del cristianismo en toda la tierra, la total destruccion del imperio del demonio en todo el universo.

§. LXXIII.

*Cesan los oráculos desde el nacimiento de Jesucristo.*

Nadie ignora el furor con que la idolatría se habia derramado como un torrente, y habia inundado casi todas las naciones desde la primera edad del mundo, y la autoridad con que reynaba en todas partes. Solo un pequeño rincón del mundo conservaba el conocimiento del verdadero Dios (*Psal. 25.*): *Notus in Judæa Deus*; y aun entre los mismos judíos, ¿cuán pocos verdaderos fieles se hallaban? El paganismo no era solamente la religion dominante; era, hablando en propiedad, la única religion que habia, excepto entre los judíos. El demonio, erguido con la victoria que habia alcanzado del primer hombre, tenia en sus cadenas á todos sus descendientes: dueño de los corazones por la disolucion, lo era tambien de los espíritus por sus prestigios y encantos. Habiendo el orgullo

precipitado al primer ángel en los infiernos por haber querido hacerse semejante al Altísimo, tuvo atrevimiento para usurpar sobre la tierra el culto que se le debia á Dios únicamente. Habia casi cuatro mil años que las potestades de las tinieblas reynaban en todas partes con imperio, no solo como tiranos, sino como dioses. ¿Qué de templos soberbios edificados á estas falsas divinidades? ¿qué de altares ensangrentados con una infinidad de víctimas las mas sacrílegas? Solo Dios podia destruir el imperio de este fuerte armado; y para conseguirlo, ¿qué de milagros no era necesario hacer? Hízolos Jesucristo; pero puede decirse que entre todos los milagros que sirvieron para establecer el cristianismo sobre las ruinas de la idolatría, no ha habido ninguno mas estupendo que este mismo establecimiento; ninguno que pame mas á los paganos que la importancia de sus pretendidas divinidades, y el silencio de sus oráculos. Como no habia en su falsa religion cosa mas maravillosa, ni al parecer mas divina que los oráculos, ni cosa mas magnífica y mas famosa que los templos en que estaban establecidos; como no habia asimismo cosa que diese mas golpe que las predicciones de los falsos profetas, los cuales les parecia ser inspirados por sus falsas divinidades, nada les causó mas admiracion que el ver empezar á enmudecer estos oráculos en el nacimiento de Jesucristo, y que conforme este divino Salvador era conocido y adorado en el mundo, cesaban todas estas pretendidas maravillas; y los demonios, á quienes hasta entonces habian adorado como dioses, eran arrojados de los templos en que obraban sus encantos, sin mas que invocar el nombre de Jesucristo. Desde que Jesucristo se dexó ver en el mundo empezó á correr á su destruccion el imperio del príncipe de las tinieblas. Es confesion esta del mayor enemigo que tuvo jamás el cristianismo; de Porfirio digo: *Esculapio no cura á nadie*, dice este filósofo, *desde que se empezó á adorar á Cristo*.

De este suceso maravilloso se sirvieron comunmente los primeros cristianos, especialmente los santos PP. para demostrar á los paganos la importancia y las ilusiones de sus pretendidas divinidades, y la omnipotencia de Jesucristo, cuyo solo nombre hacia enmudecer á sus famosos oráculos. Les ponian continuamente delante de los

la razon: ningun hombre, como no haya perdido enteramente la razon, como le haya quedado la menor tintura de nuestra religion, dexará de exclamar con Marta (*Joan. 11.*): *St, Señor, vos sois Cristo, hijo de Dios vivo*; y se puede decir que la falta de fe sobre este artículo nace mas bien de la corrupcion del corazon, que de la flaqueza y debilidad del espíritu de los hombres.

Toda la vida de Jesucristo no es otra cosa que un tejido de milagros tan extraordinarios y tan estupendos, que su divinidad se hace sensible en todo cuanto obra: y cuando se ve la docilidad con que toda la naturaleza obedece á su voluntad y á sus órdenes, no se puede dexar de confesar con el Centurion que este hombre era verdaderamente hijo de Dios (*Matth. 27.*): *Veré filius Dei erat iste*. Estas maravillas no han cesado por haberse ausentado de la tierra en cuanto á su presencia visible: todavía tenemos á la vista milagros mas decisivos y mas estupendos que los que convirtieron en otro tiempo á tantos pueblos: estos milagros son el milagroso establecimiento del cristianismo en toda la tierra, la total destruccion del imperio del demonio en todo el universo.

§. LXXIII.

*Cesan los oráculos desde el nacimiento de Jesucristo.*

Nadie ignora el furor con que la idolatría se habia derramado como un torrente, y habia inundado casi todas las naciones desde la primera edad del mundo, y la autoridad con que reynaba en todas partes. Solo un pequeño rincón del mundo conservaba el conocimiento del verdadero Dios (*Psal. 25.*): *Notus in Judæa Deus*; y aun entre los mismos judíos, ¿cuán pocos verdaderos fieles se hallaban? El paganismo no era solamente la religion dominante; era, hablando en propiedad, la única religion que habia, excepto entre los judíos. El demonio, erguido con la victoria que habia alcanzado del primer hombre, tenia en sus cadenas á todos sus descendientes: dueño de los corazones por la disolucion, lo era tambien de los espíritus por sus prestigios y encantos. Habiendo el orgullo

precipitado al primer ángel en los infiernos por haber querido hacerse semejante al Altísimo, tuvo atrevimiento para usurpar sobre la tierra el culto que se le debia á Dios únicamente. Habia casi cuatro mil años que las potestades de las tinieblas reynaban en todas partes con imperio, no solo como tiranos, sino como dioses. ¿Qué de templos soberbios edificados á estas falsas divinidades? ¿qué de altares ensangrentados con una infinidad de víctimas las mas sacrílegas? Solo Dios podia destruir el imperio de este fuerte armado; y para conseguirlo, ¿qué de milagros no era necesario hacer? Hízolos Jesucristo; pero puede decirse que entre todos los milagros que sirvieron para establecer el cristianismo sobre las ruinas de la idolatría, no ha habido ninguno mas estupendo que este mismo establecimiento; ninguno que pame mas á los paganos que la importancia de sus pretendidas divinidades, y el silencio de sus oráculos. Como no habia en su falsa religion cosa mas maravillosa, ni al parecer mas divina que los oráculos, ni cosa mas magnífica y mas famosa que los templos en que estaban establecidos; como no habia asimismo cosa que diese mas golpe que las predicciones de los falsos profetas, los cuales les parecia ser inspirados por sus falsas divinidades, nada les causó mas admiracion que el ver empezar á enmudecer estos oráculos en el nacimiento de Jesucristo, y que conforme este divino Salvador era conocido y adorado en el mundo, cesaban todas estas pretendidas maravillas; y los demonios, á quienes hasta entonces habian adorado como dioses, eran arrojados de los templos en que obraban sus encantos, sin mas que invocar el nombre de Jesucristo. Desde que Jesucristo se dexó ver en el mundo empezó á correr á su destruccion el imperio del príncipe de las tinieblas. Es confesion esta del mayor enemigo que tuvo jamás el cristianismo; de Porfirio digo: *Esculapio no cura á nadie*, dice este filósofo, *desde que se empezó á adorar á Cristo*.

De este suceso maravilloso se sirvieron comunmente los primeros cristianos, especialmente los santos PP. para demostrar á los paganos la importancia y las ilusiones de sus pretendidas divinidades, y la omnipotencia de Jesucristo, cuyo solo nombre hacia enmudecer á sus famosos oráculos. Les ponian continuamente delante de los

ojos el estado en que se hallaban entonces sus oráculos, y el poder que habían tenido los cristianos para hacer cesar sus ilusiones, y expeler de sus templos sus pretendidas divinidades: los convidaban á hacer de nuevo la experiencia, llevando á sus tribunales alguno de aquellos falsos profetas que pasaban por inspirados, á los cuales se ofrecían reducir al mas vergonzoso silencio, como igualmente á arrojar los demonios de cualquier cuerpo en que estuviesen; sobre lo cual les hablaban con una confianza tal, que daba á entender cuán seguros estaban de que decían verdad, y de la imposibilidad en que se hallaban los paganos de responderles.

Tal fue en los primeros siglos la ventaja que los defensores de la religión cristiana sacaron del silencio milagroso de los oráculos, para demostrar la divinidad de Jesucristo, y confundir los prestigios y encantos de la idolatría.

En otro tiempo, dice san Atanasio, los oráculos de Delfos, de Dódona, de la Beócia, de la Licia y del Egipto estaban llenos de las imposturas de la magia; la Pítia era admirada de todo el mundo; pero despues que Jesucristo es anunciado, en todas partes ha cesado este furor, y ya no se ven semejantes adivinos. En otro tiempo, los demonios, hechos dueños de las fuentes y de los rios, de los ídolos de madera y de piedra, engañaban á los hombres con sus encantos; pero al presente, despues que el Hijo de Dios se ha dexado ver, han cesado, porque para hacerlos desaparecer, no es menester mas que hacer la señal de la cruz.

El mismo san Atanasio, despues de haber referido el sin número de prodigios estupendos que demuestran visiblemente la divinidad de Jesucristo, y que eran confesados con admiracion por los mismos paganos, dice: Despues de todo lo que hemos referido, ved aquí una cosa, que como la principal, y que nadie puede ponerla en duda, merece una atencion particular, y es que despues que el Hijo de Dios se dexó ver sobre la tierra, la idolatría se debilita y disminuye todos los dias: la sabiduría de los gentiles ya no hace progresos; y lo que de ella queda, se va disipando á toda priesa. Los demonios ya no engañan á los hombres con sus ilusiones, con sus oráculos, sus encantos; antes bien, si intentan algu-

na vez hacerlo, al punto son confundidos con solo hacer la señal de la cruz: á medida que la doctrina del Salvador del mundo se va extendiendo, la idolatría y todo lo que se opone á la religion cristiana cae y se arruina. Viendo esta maravilla, adora el poder de Jesus, y menosprecia todas las supersticiones que este poder hace desaparecer; pues al modo que las tinieblas no tienen fuerza á vista del sol, y si quedan todavía algunas en algun parage se disipan al punto; así despues que el Hijo de Dios se dexó ver en el mundo, las tinieblas de la idolatría no tienen fuerza ni poder alguno, y todas las partes del mundo se van llenando de las luces de la fe. Y así como sucede que cuando un rey se está encerrado en su palacio, y no se de dexa ver en público, se hallan espíritus revoltosos que se valen de su ausencia para invadir y usurpar el nombre y la autoridad real; los pueblos caen en el error, cuando sabiendo que tienen un rey, no viéndole, se unen á los que quieren tomar el nombre de rey; pero luego que el verdadero rey se dexa ver, y se presenta en público, se descubre la impostura de los usurpadores, y los pueblos reconocen á su legítimo soberano, y abandonan á los que los han engañado: á este modo, los demonios engañaron en otro tiempo á los hombres, usurpando el nombre y los honores debidos únicamente á Dios; pero despues que el Verbo divino se ha dexado ver sobre la tierra, y ha hecho que los hombres conozcan á su Padre, se han disipado todas las imposturas, y los hombres, poniendo los ojos en el Verbo encarnado, han abandonado los ídolos, y reconocido al verdadero Dios.

Respondiendo san Cirilo á Juliano Apóstata, que confesaba haber cesado los oráculos, dice: Alabo su sinceridad en confesar haber cesado enteramente la inspiracion diabólica de que estaban animados sus falsos profetas; sin embargo, ignora la verdadera causa que ha hecho cesar así la mentira, y que ha reducido al silencio los oráculos de sus falsas divinidades. Sepa, pues, que despues que el mundo ha sido alumbrado con las luces de Jesucristo, el imperio de los demonios ha sido destruido: todas sus ilusiones al modo que los embaucaamientos de los niños han sido disipadas; y los espíritus in-

» puros y malignos han sido encerrados en los infiernos.  
 » Antes que Jesucristo se hubiese dexado ver sobre la  
 » tierra, continúa el mismo Padre, el demonio exercia en  
 » élla una universal tiranía, todos los hombres estaban su-  
 » mergidos en las mas profundas tinieblas; pero despues  
 » que la verdadera luz; esto es, el hijo único de Dios hu-  
 » bo alumbrado toda la tierra con los oráculos de su evan-  
 » gelio; despues que las tinieblas del pecado han sido disi-  
 » padas; despues que todos los hombres, que habian estado  
 » en el error hasta entonces, han sido llamados al conoci-  
 » miento de la verdad, han desaparecido todas las ilu-  
 » siones de los falsos profetas; las pretendidas maravillas  
 » y las predicciones de la falsa adivinacion han sido ani-  
 » quiladas: los oráculos de los gentiles han cesado en to-  
 » das partes; y aquellos dioses que acostumbraban vender á  
 » buen precio sus mentiras, han sido reducidos al silencio.  
 » Antes de la venida de Jesucristo, dice Teodoreto,  
 » los demonios engañaban á los hombres de mil maneras;  
 » pero despues que la luz de la verdad se ha dexado ver,  
 » han echado á correr, y han abandonado sus oráculos.  
 » Viendo los demonios predicada y anunciada la verdad  
 » en todas partes, han desaparecido y huido como unos in-  
 » felices fugitivos que se conocen reos de muchos delitos, y  
 » que saben que no puede tardar en venir su soberano Se-  
 » ñor: han dexado vacías sus antiguas habitaciones, de mo-  
 » do, que al presente la fuente Castalia guarda un silen-  
 » cio tan profundo como la Colofona, como las vasijas de  
 » Dódona, ó la Trípole de Delfos. Finalmente, desde que  
 » el Hijo de Dios encarnó, los oráculos de Delfos y de  
 » Dódona, de Amon, y todos los otros falsos profetas  
 » han perdido el habla. El Capitolio gime al ver que los  
 » príncipes romanos se han hecho cristianos, y que por  
 » su orden han sido arruinados los templos de los ídolos.  
 » Los emperadores se postran ya delante de los altares de  
 » Jesucristo, y adoran el estandarte de la cruz.  
 » ¿Se vió jamás prodigio mas estupendo? ¿Puede haber  
 » demostracion mas visible y mas clara de la divinidad de  
 » Jesucristo, de su imperio sobre el demonio y de su omni-  
 » potencia? La idolatría, casi tan antigua como el mundo,  
 » era la sola religion dominante en todo el universo, mé-  
 » nos en la Judea: se veía autorizada por la supersticion

de todos los pueblos: los espíritus la habian mamado con  
 la leche por espacio de casi cuatro mil años: estaba sos-  
 tenida por todos los edictos de todos los emperadores,  
 por los votos unánimes de todos los sábios griegos y ro-  
 manos: se hallaba animada y fomentada por los encantos  
 del príncipe de las tinieblas. La idolatría, en fin, defen-  
 dida con todas las fuerzas del imperio romano; la idola-  
 tría, que contaba casi tantos secuaces fanáticos de sus su-  
 persticiones como habia hombres sobre la tierra; la ido-  
 latría cae, desaparecen todas sus ilusiones, enmudecen  
 todos sus oráculos desde que Jesucristo se dexó ver: todo  
 el paganismo se ha aniquilado desde que hay cristianos en  
 el mundo. Estos tan pasmosos hechos, que se muestran  
 todos los dias á nuestros ojos, valen solos ellos por todos  
 los milagros. Solo Dios ha podido vencer á este usurpa-  
 dor: solo Dios ha podido disipar unas tan antiguas preo-  
 cupaciones: solo Dios ha podido disipar unas tan espesas  
 y tan envejecidas tinieblas. Jesucristo ha hecho este pro-  
 digio. Imagina, si puedes, una prueba mas convincente  
 de su divinidad. Los profetas habian predicho de él todo  
 esto, y nosotros vemos con nuestros propios ojos cum-  
 plidas estas profecias: *Exaltabitur Dominus solus in die  
 illa, et idola penitus conterentur*, dice Isaías al c. 2. El  
 Señor solo parecerá grande en aquel dia, y los ídolos, no  
 solo enmudecerán todos, sino que serán reducidos en pol-  
 vo. *In die illa projiciet homo idola argenti sui, et simu-  
 lachra auri sui, que fecerat sibi, ut adoraret*: En aquel dia,  
 en aquel dia (habla el Profeta del nacimiento de Jesucris-  
 to), en aquel dia arrojará el hombre lejos de sí los ídolos  
 de plata, y las estatuas de oro que habia hecho para ado-  
 rarlas.

## §. LXXIV.

*Establécese la religion cristiana sobre las ruinas  
 de la idolatría.* ®

El establecimiento de la religion cristiana sobre las rui-  
 nas de la idolatría, como ya hemos dicho, y no se pue-  
 de repetir demasiado por mas que se diga, no es un  
 milagro ménos sensible, ni ménos concluyente. Repre-

séntate la confusión extraña en que se vivía, por lo tocante á la religion, quando el Hijo de Dios se hizo hombre, y cuál era el desarreglo universal del espíritu y del corazón del hombre quando Jesucristo tomó á su cuenta el reformarle. El error reynaba con imperio en todo el universo, y la corrupcion de las costumbres habia inundado toda la tierra. No habia criatura, desde la mas noble hasta la mas vil, que en alguna parte del mundo no tuviese altares y templos, Aquí adoraban al sol, allí á la luna, ó á algun otro planeta. Los hombres mas malvados, las mugeres mas disolutas estaban en la clase de divinidades, y se les ofrecia todas los dias inciensos y sacrificios. Habia países en donde se ofrecian sacrificios á aquellos mismos animales que en otras partes sacrificaban á los otros dioses: habia tierras en donde los insectos que arrastran por la tierra eran puestos sobre los altares. Este pueblo se arrojaba delante de una encina, aquél quemaba incienso y le ofrecia á una cebolla: unos adoraban á un fantasma que su imaginacion habia formado soñando: otros adoraban á un buey, una vaca, un puerco: muchos miraban como un punto de religion el tener por dioses á todas estas quiméricas divinidades; y al mismo tiempo habia sectas que no reconocian ninguna divinidad. Veíanse pueblos que tenian el pleno poder para hacer dioses de todo lo que amaban: otros se tomaban la libertad de degradar á los dioses antiguos quando no estaban contentos con ellos; finalmente, no se puede imaginar hasta que exceso de extravagancia habia multiplicado los errores el desarreglo del espíritu; pero la corrupcion del corazón no habia ido ménos lejos, ni conocia mas límites.

*Omnis caro corruperat viam suam*: la corrupcion de la carne, la disolucion, el libertinage habia en estos últimos tiempos inundado mucho mas la tierra, que quando fue menester purificarla con el diluvio. Las pasiones del corazón de acuerdo, por decirlo así, con los errores del espíritu reynaban no solo en paz, sino tambien con honor. La injusticia, la impureza, la venganza, el adulterio, y todos los delitos, aun los mas enormes, nada tenían de horriblos: la religion pagana los habia como civilizado, autorizándolos con el exemplo de los mismos dioses: el desorden habia llegado á tal exceso, que ya no

era la razon la que gobernaba al hombre; la carne era la única á quien se escuchaba, y todo se hacia al arbitrio de las pasiones.

En este estado estaban las cosas quando Jesucristo formó el designio de purgar el entendimiento humano de todos los errores, y el corazón de toda corrupcion, congregando todos los hombres en una sola Iglesia, y no tolerando en el mundo sino una sola religion. Este, sin duda, era un gran designio, dice un gran siervo de Dios; pero sería mucho mas fácil hacer hablar un mismo lenguaje á todas las naciones, y ponerlas todas baxo la obediencia de un mismo monarca, por tener los pueblos naturalmente mas apego á la religion que han recibido de sus padres, que á su lengua ó á su forma de gobierno.

¿Pero por qué medio se propone el Salvador del mundo executar su proyecto? ¿Compondrá su nueva ley de la ruina de todas las otras, ó á lo ménos encontrará algun sesgo para concordarlas? De ningun modo, la religion que este nuevo Legislador quiere establecer, reprueba y arruina hasta los fundamentos de todas las demas religiones; el modo con que pretende reunir los espíritus, no es concordando las opiniones, sino echándolas por tierra y condenándolas todas. ¿Qué empresa, al parecer, mas quimérica! A lo ménos es necesario que la doctrina que quiere insinuar en todos los espíritus sea sumamente plausible; y que la regla de costumbres que quiere hacer universal lisonjee extraordinariamente la concupiscencia y los sentidos. Será todo lo contrario; nada hay en el mundo mas sobre la razon humana, nada parece á primera vista mas opuesto á esta razon, nada que sea efectivamente mas contrario á los sentidos que su doctrina: es esta una teología que es sobre toda inteligencia humana: es una moral que parece sobrepujar á todas las fuerzas de la naturaleza: que condena todas las inclinaciones del amor propio, y los menores movimientos desordenados de las pasiones; misterios inefables de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Eucaristia; máximas puras, santas, pero incómodas, á cuya sola vista se asustan todos los sentidos. ¿Qué prodigio si estas verdades incomprendibles, si esta ley tan difícil, si esta religion tan sobrenatural, si esta doctrina tan extraordinaria, propuesta desnudamente sin arte, sin elocuencia, sin aparato vinie-

sen á ser universalmente recibidas de toda suerte de gentes! Pues este prodigio se ha obrado, y nosotros somos todos testigos de este prodigio. Aquellos filósofos paganos que estaban acostumbrados á no creer sino lo que veían: que examinaban, que contradecían, que hallaban que replicar en todo, que se preciaban de ser constantemente tenaces de sus opiniones, que jamás se rendían sino á unas pruebas evidentes y sensibles, se han rendido sin réplica á estas grandes verdades en medio de no poderlas comprender: han reducido á esclavitud su entendimiento baxo la obediencia de Jesucristo: se han sometido ciegamente á la fe: han confesado que toda su teología era fabulosa: que hasta entonces su filosofía había errado, y todo esto sin ser forzados por ningun razonamiento, sin que se haya podido suavizar ó disminuir su repugnancia. Es verdad que les ha costado dificultad el creer: es verdad que al principio trataron á este nuevo Maestro de visionario y extravagante: que recibieron á sus discípulos con risa: que reclamaron contra lo que les decían: que disputaron, que escribieron: todo esto es verdad; y tambien lo es, que las mas veces no se les respondió nada, contentándose con decirles que era necesario creer; sin embargo de todo esto, estos filósofos han creído sin contradecir, sin examinar; y se han rendido con las condiciones y partidos que se les han querido prescribir.

Los reyes y los emperadores que emplearon todas sus fuerzas por ver si podían aniquilar el cristianismo, se han hecho cristianos: aquellos grandes del mundo que se criaron en el fausto, y en los placeres, han abrazado la cruz, sometiéndose á una ley, y abrazando una religion que no predica sino mortificacion y penitencia. El mundo, despues de haber sido cerca de quatro mil años idólatra, se ha hecho cristiano: unas manos acostumbradas desde la infancia á ofrecer incienso á los ídolos, se han empleado en hacerlos pedazos y en destruirlos: la Iglesia se ha fundado y establecido en todo el universo sobre las ruinas del paganismo, no con mano armada, sino con la sangre de casi diez y ocho millones de mártires.

El establecimiento del cristianismo hubiera sido siempre un gran milagro, por cualquiera medio que se hubiera tomado para fundarle; pero para que no pareciese que era obra del hombre, desechó Jesucristo todos aquellos cami-

nos y medios ordinarios que hubieran podido facilitar esta empresa, dice el mismo autor ya citado; y para hacer todavía mas visible que era la mano de Dios quien la conducía, la executó por caminos y medios enteramente opuestos, haciendo servir á su designio lo que parecia era mas capaz de frustrarle y destruirle. Doctrina incomprensible, moral austera, fe ciega, humildad profunda, despojo y despejo universal; de todo se valió para llevar al cabo su proyecto. Para persuadir los misterios mas grandes, para predicar esta nueva ley, para confundir toda la sabiduría humana escogió lo mas vil, lo mas grosero, lo mas ignorante que habia entre los hombres: escogió las condiciones mas baxas, y lo que hay de mas despreciable y mas rústico en estas viles condiciones, para hacer y formar sus principales discípulos; doce pobres pescadores sin letras, sin saber del mundo, sin medios, que no conocen sino unas redes, y que solo son capaces de remar en una barca son sus reyes de armas, y Pedro, el mas cobarde y el mas grosero de todos, es su primer ministro; sin embargo, con unos medios tan poco á propósito, con unos instrumentos tan contrarios á sus designios ha sometido Jesucristo á su ley todo el universo; ha convertido todos los filósofos y emperadores paganos; y ha establecido y fundado sobre las ruinas de todas las falsas religiones el cristianismo.

Por mas que todos los ateístas, por mas que todos los libertinos, por mas que todos los hereges se levanten contra nuestra creencia, este es un argumento que da por el pie á todos sus sofismas, á todas sus dudas, á todas sus dificultades, convirtiéndolas contra ellos mismos á nuestro favor. Todos aquellos grandes genios del paganismo, todos aquellos secuaces porfiados de la razon humana, todos aquellos esclavos del deleyte; y por decirlo de una vez, todos los hombres han sentido naturalmente estas dificultades; pero á pesar de su repugnancia y de sus antiguas preocupaciones han creído estos grandes misterios: todo el universo los ha adorado, y todo el mundo se ha hecho cristiano: la Iglesia de Jesucristo ha hecho desaparecer, ha aniquilado el enorme enxambre de falsas divinidades, el inmenso caos de tinieblas que vieron los siglos antiguos. Buscad, imaginad un prodigio en que la divinidad de Jesucristo se manifieste mas visiblemente al espíritu humano, en donde la sa-

biduría infinita y la omnipotencia de Dios se hagan sentir de una manera mas convincente que en este milagroso establecimiento del cristianismo. Despues de esto, si es impiedad el creer y no vivir conforme á lo que se cree, exclama con razon el sábio Pico de Mirándula, el no creer despues de unos testimonios tan auténticos y tan incontestables, es efecto de una debilidad de espíritu sin límites, y el colmo de la necedad y locura es no conocer esta debilidad de espíritu.

Una maravilla tan estupenda debe ser el objeto de nuestra consideracion mas de una vez; y así no se debe extrañar el que yo la vuelva á repetir: Jesucristo se propone abolir todas las religiones que reynaban en el mundo, y establecer una nueva, cuyo dogma es sobre todas las luces de la razon, cuya doctrina es incomprendible á todo espíritu humano, cuya moral hace estremecer todos los sentidos, á los cuales les es enteramente contraria. Este proyecto no podia executarse naturalmente; cualesquiera medios humanos que se hubieran podido emplear en éllo; y por consiguiente, la execucion de este proyecto, es un milagro visible y claro; y lo que hace que este milagro sea todavía mas estupendo, es el no haberse empleado ningun medio humano en la execucion de este proyecto. Finalmente, Jesucristo ha empleado unos medios enteramente contrarios, unos medios que en el orden natural debian ser unos obstáculos invencibles; este es el colmo del prodigio, y por decirlo así, el milagro del mismo milagro. Porque, ¿qué sujetos eligió para executar una empresa tan difícil, y al parecer tan quimérica? Doce apóstoles sacados de la hez del pueblo, hombres groseros, sin espíritu, sin letras, sin educacion, sin medios: doce pescadores que no tenían otro caudal que unas redes, ni otra ciencia que el arte de coger peces, ni otro recurso que una miserable barca. Hombres tan tímidos, tan cobardes, que el mas generoso, el mas osado, y aun se pudiera decir el mas fiel, á excepcion de san Juan, juró tres veces que no habia conocido jamás á Jesucristo; y esto á la sola reconvencion de un criado y de una criada. Tales son los instrumentos de que se quiso servir Jesucristo para confundir á todos los sábios del mundo, y para someter al yugo de su ley todo el imperio romano y todos los pueblos de la tierra á pesar de una inmemorial posesion de costum-

bres, de supersticiones, de errores; á pesar de toda la fiereza de los romanos, y de todo el orgullo de los griegos; á pesar de la corrupcion general de toda la tierra. Tal fue el designio de Jesucristo; designio al parecer quimérico, proyecto naturalmente imposible; pero Jesucristo le ha executado, y para éllo da por máximas á sus apóstoles naturalmente tan groseros, tan tímidos, tan ignorantes, que se ofrezcan, que corran á la muerte, que se presenten en los tribunales sin pensar ni aun en lo que han de responder; que él les dará entonces unas palabras y una sabiduría, á que todos sus enemigos no podrán resistir, ni tendrán que oponer. ¿Qué prueba mas visible, mas incontestable de su divinidad! ¿qué milagro mas grande! Esta prueba subsiste todavía el día de hoy: este milagro le vemos con nuestros propios ojos diez y siete siglos ha. Incrédulos, resistió todavía á un convencimiento, á una demostracion tan sensible: vuestra insensata terquedad, vuestra falta de fe es efecto de lo limitado de vuestro talento, y fruto natural de la corrupcion de vuestro corazon.

## §. LXXV.

*La divinidad de Jesucristo reconocida  
por los mismos paganos.*

La divinidad de Jesucristo es tan visible, que ha sido reconocida y publicada por aquellos mismos que tenían mas interes en negarla, y que hallaban mas dificultad en creerla. Josefo, que vivia hácia el año 70 de Jesucristo, es el personage mas sábio que han tenido jamás los judíos; y ved aquí lo que este escritor, tan zeloso y tan adicto al judaismo, dice de nuestro Señor Jesucristo en su historia: "En este tiempo, dice, pareció Jesus, hombre sábio, si acaso puede llamarse solamente hombre, porque era poderoso en prodigios, y maestro de los que amaban la virtud. Atraxo á su doctrina muchos de entre los judíos y no pocos gentiles. Era este hombre el Cristo, y sin embargo del suplicio de la cruz á que Pilato le condenó sobre las acusaciones y deposiciones de los principales de la nacion, sus primeros discípulos no dexá-

biduría infinita y la omnipotencia de Dios se hagan sentir de una manera mas convincente que en este milagroso establecimiento del cristianismo. Despues de esto, si es impiedad el creer y no vivir conforme á lo que se cree, exclama con razon el sábio Pico de Mirándula, el no creer despues de unos testimonios tan auténticos y tan incontestables, es efecto de una debilidad de espíritu sin límites, y el colmo de la necedad y locura es no conocer esta debilidad de espíritu.

Una maravilla tan estupenda debe ser el objeto de nuestra consideracion mas de una vez; y así no se debe extrañar el que yo la vuelva á repetir: Jesucristo se propone abolir todas las religiones que reynaban en el mundo, y establecer una nueva, cuyo dogma es sobre todas las luces de la razon, cuya doctrina es incomprendible á todo espíritu humano, cuya moral hace estremecer todos los sentidos, á los cuales les es enteramente contraria. Este proyecto no podia executarse naturalmente; cualesquiera medios humanos que se hubieran podido emplear en éllo; y por consiguiente, la execucion de este proyecto, es un milagro visible y claro; y lo que hace que este milagro sea todavía mas estupendo, es el no haberse empleado ningun medio humano en la execucion de este proyecto. Finalmente, Jesucristo ha empleado unos medios enteramente contrarios, unos medios que en el orden natural debian ser unos obstáculos invencibles; este es el colmo del prodigio, y por decirlo así, el milagro del mismo milagro. Porque, ¿qué sujetos eligió para executar una empresa tan difícil, y al parecer tan quimérica? Doce apóstoles sacados de la hez del pueblo, hombres groseros, sin espíritu, sin letras, sin educacion, sin medios: doce pescadores que no tenían otro caudal que unas redes, ni otra ciencia que el arte de coger peces, ni otro recurso que una miserable barca. Hombres tan tímidos, tan cobardes, que el mas generoso, el mas osado, y aun se pudiera decir el mas fiel, á excepcion de san Juan, juró tres veces que no habia conocido jamás á Jesucristo; y esto á la sola reconvenccion de un criado y de una criada. Tales son los instrumentos de que se quiso servir Jesucristo para confundir á todos los sábios del mundo, y para someter al yugo de su ley todo el imperio romano y todos los pueblos de la tierra á pesar de una inmemorial posesion de costum-

bres, de supersticiones, de errores; á pesar de toda la fiereza de los romanos, y de todo el orgullo de los griegos; á pesar de la corrupcion general de toda la tierra. Tal fue el designio de Jesucristo; designio al parecer quimérico, proyecto naturalmente imposible; pero Jesucristo le ha executado, y para éllo da por máximas á sus apóstoles naturalmente tan groseros, tan tímidos, tan ignorantes, que se ofrezcan, que corran á la muerte, que se presenten en los tribunales sin pensar ni aun en lo que han de responder; que él les dará entonces unas palabras y una sabiduría, á que todos sus enemigos no podrán resistir, ni tendrán que oponer. ¿Qué prueba mas visible, mas incontestable de su divinidad! ¿qué milagro mas grande! Esta prueba subsiste todavía el día de hoy: este milagro le vemos con nuestros propios ojos diez y siete siglos ha. Incrédulos, resistíos todavía á un convencimiento, á una demostracion tan sensible: vuestra insensata terquedad, vuestra falta de fe es efecto de lo limitado de vuestro talento, y fruto natural de la corrupcion de vuestro corazon.

## §. LXXV.

*La divinidad de Jesucristo reconocida  
por los mismos paganos.*

La divinidad de Jesucristo es tan visible, que ha sido reconocida y publicada por aquellos mismos que tenían mas interes en negarla, y que hallaban mas dificultad en creerla. Josefo, que vivia hácia el año 70 de Jesucristo, es el personage mas sábio que han tenido jamás los judíos; y ved aquí lo que este escritor, tan zeloso y tan adicto al judaismo, dice de nuestro Señor Jesucristo en su historia: " En este tiempo, dice, pareció Jesus, hombre sábio, si acaso puede llamarse solamente hombre, porque era poderoso en prodigios, y maestro de los que amaban la virtud. Atraxo á su doctrina muchos de entre los judíos y no pocos gentiles. Era este hombre el Cristo, y sin embargo del suplicio de la cruz á que Pilato le condenó sobre las acusaciones y deposiciones de los principales de la nacion, sus primeros discípulos no dexá-

»ron de permanecerle fieles. Aparecióseles vivo tres dias  
 »despues de su muerte, segun lo habian predicho los pro-  
 »fetas con otros prodigios de su vida; y hasta hoy sus  
 »discípulos han continuado en subsistir baxo el nombre  
 »de cristianos que toman de él." Los talmudistas; esto  
 es, los que siguen ciegamente las opiniones del Talmud,  
 que es un libro en que los judíos han recogido todo lo  
 que mira á la explicacion de la ley: los talmudistas, di-  
 go, enemigos los mas furiosos y mas desencadenados de  
 los cristianos; no han podido dexar de confesar los mi-  
 lagros de Jesucristo. Su despecho contra nosotros en su  
 mayor furor nada ha podido contra la notoriedad de es-  
 tos hechos, y se han visto precisados á confesar que el  
 Dios de los cristianos habia pasmado la tierra con sus  
 prodigios.

Hasta los emperadores romanos tan furiosamente de-  
 clarados contra los cristianos, cuyo nombre se habian pro-  
 puesto borrar y acabar con su memoria, conocieron que  
 habia algo divino en Jesucristo.

Tiberio, informado por el mismo Pilato de los prodi-  
 gios que hizo Jesucristo en la Siria, y de todas las ma-  
 ravillas que sucedieron en su muerte, y tres dias despues  
 de su muerte, resucitando como lo habia predicho, lo  
 que estaba atestiguado por una infinidad de personas, y  
 demostrado con unas pruebas incontestables; Tiberio, di-  
 go, pidió al senado que Jesucristo fuese colocado entre  
 las otras divinidades del imperio. Tal era entonces la cos-  
 tumbre de los romanos; divinizaban á los hombres en que  
 brillaban señales extraordinarias de virtud y de poder.  
 Ninguno habia mostrado jamás tantas como Jesucristo: las  
 relaciones que se enviaban á montones de la Judea á Ro-  
 ma anunciaban cada dia la infinidad de milagros que ha-  
 bia hecho. Rehusó el senado, dice Eusebio, executar lo  
 que pedia el Emperador, porque no queria ser prevenido  
 de nadie en sus decisiones; ó mas bien, porque el mismo  
 Jesucristo no quiso permitir que su nombre se viese mez-  
 clado con el de aquellas divinidades paganas. Lo cierto  
 es que Tiberio propuso que se le hicieran á Jesucristo los  
 honores supremos; lo que prueba, dice Tertuliano, cuán  
 incontestables son los milagros que hizo Jesucristo, y la  
 impresión que hacian hasta en el espíritu de los paganos.

Lampridio es garante de la veneracion profunda en  
 que tenia á Jesucristo el emperador Adriano. Este Prín-  
 cipe intentó erigirle altares, y ponerle en el número de  
 sus dioses: hizo edificar templos en todas las ciudades,  
 sin poner en ellos ningun ídolo, dice el historiador; y si  
 el proyecto se quedó sin executar, fué, añade Lampri-  
 dio, porque consultados los oráculos respondiéron que si  
 se executaba este designio, todos los antiguos dioses que-  
 darían mudos, y toda la tierra se haria cristiana antes  
 de mucho tiempo. Todos estos hechos son positivos. El  
 emperador Alexandro Severo, embelesado de todo lo que  
 habia oido decir de Jesucristo, le colocó en un oratorio  
 doméstico, dice Lampridio; y estaba tan encantado de su  
 doctrina, que hizo publicar por un rey de armas ciertas  
 máximas del evangelio, y las hizo grabar en las obras  
 públicas, y hasta en su gabinete y en su alcoba; que-  
 riendo que hasta en su palacio se las pusiera á toda hora de-  
 lante de los ojos. Y si no obstante la estimacion y vene-  
 racion que profesaban á Jesucristo estos Príncipes hubo  
 mártires durante su reynado, esto era efecto de la preo-  
 cupacion superticiosa de sus pueblos, y de la impía cruel-  
 dad de los comandantes de provincia, la mayor parte ver-  
 daderos tiranos, como tambien del odio furioso que todo  
 el infierno tenia al cristianismo. Así pensaba de Jesucris-  
 to el paganismo, no obstante su preocupacion á la tenaz  
 adhesion á sus dioses; y si vamos á registrar las histo-  
 rias mas antiguas y mas célebres de los paganos, apénas  
 hallarémos historiador que no haya referido con admira-  
 cion algunos sucesos milagrosos de Jesucristo.

Calcidio refiere por extenso el fenómeno que apare-  
 ció á los Magos en el Oriente. Flegon, liberto de Adria-  
 no, cuenta como un prodigio inaudito el eclipse de sol  
 que sucedió en la muerte de Jesucristo, de que hablan  
 los evangelistas. Talo hizo la misma observacion. Macro-  
 bio atestigua la verdad de la matanza de los niños ino-  
 centes inmolados por Heródes en el nacimiento del Sal-  
 vador, sin haber perdonado ni aun á su propio hijo; lo  
 que hizo decir, segun refiere este Historiador, que valia  
 mas ser puerco, que hijo de Heródes. Finalmente, Porfi-  
 rio, enemigo acérrimo del cristianismo, conviene en que  
 Jesucristo habia expelido los demonios, abolido su impe-

rio, y hecho vano el poder de los dioses de la gentilidad por sola la virtud de su nombre. Hasta el mismo infierno se ha visto precisado, á pesar de su rabia contra Jesucristo, á dar testimonio de su divinidad y de su omnipotencia. Se ha visto en la historia de la vida de este divino Salvador cuántas veces los demonios, forzados por su virtud á salir de los cuerpos, han confesado que era el Mesías, que era Cristo, que era el hijo de Dios, quejándose amargamente de él porque habia venido á destruir su imperio.

En el capítulo 19 de los Hechos de los Apóstoles leemos que estando san Pablo en Efeso bautizó algunos discípulos que solo habían recibido el bautismo de Juan; y que habiéndoles impuesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu santo, de suerte que recibieron con él el don de lenguas, y el de profecía. Por aquel mismo tiempo algunos exorcistas judíos, que corrían el país, viendo los milagros que hacia san Pablo todos los días en el nombre del Señor, pasaron á invocar también ellos el nombre de nuestro Señor Jesucristo sobre los que estaban poseidos de los espíritus malignos, diciendo: *Os conjuro por el Jesus que predica Pablo, que salgais de este cuerpo.* Los que hacían esto eran los siete hijos de Esceva, judío, príncipe de los sacerdotes. Pero el maligno espíritu les dió esta respuesta: *Conozco á Jesus y sé quién es Pablo; ¿pero quiénes sois vosotros?* Dicho esto, el hombre que estaba poseido de un demonio muy malo, se tiró á ellos, y habiéndoles dado muchos golpes, se metió dentro de sus cuerpos. El caso fue notorio á todos los judíos y gentiles que vivían en Efeso, añade el sagrado Historiador: no hubo quien no se espantase de un caso tan terrible; pero al mismo tiempo sirvió para que todos ensalzaran el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

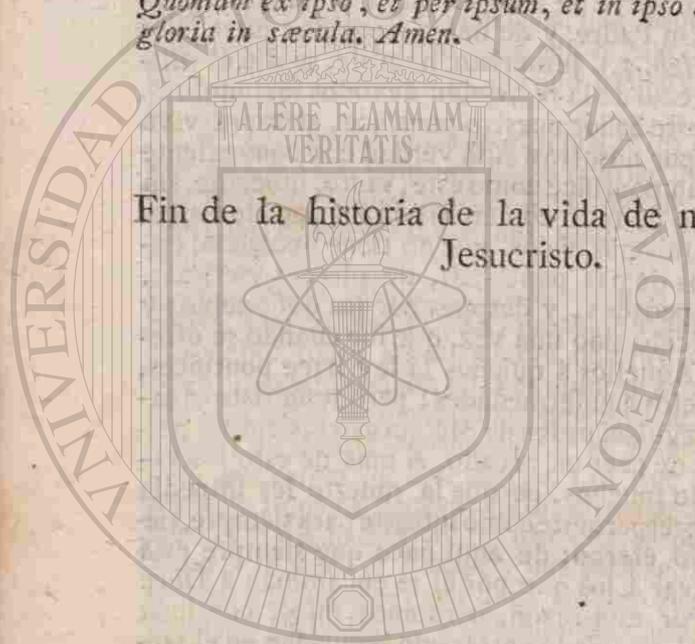
Después de esto, ¿quién se atreverá á poner en duda á la divinidad de un Señor á quien el mismo infierno se ve precisado á respetar como á dueño absoluto de cuanto hay en el cielo, en la tierra, y en los infiernos? Jesus es aquel Señor á cuyo nombre doblan las rodillas todas las criaturas: es el Hijo de Dios, el cual está sentado en la gloria á la diestra del Padre, adonde fue á prevenirnos un puesto, con tal que sigamos sus huellas y guardemos sus leyes. El estar sentado Jesus en el cielo á la diestra de Dios denota su igual-

dad con el Padre. Conserva todavía allí en sus manos, pies y costado las cicatrices sagradas, monumentos eternos del amor que nos tiene, y de lo que padeció por nosotros: lenguas siempre vivas, dice san Bernardo, que sin cesar imploran la misericordia de Dios sobre nosotros (*Tim. 2.*). En la mansión de su gloria, dice san Pablo, ruega continuamente por nosotros, y nos sirve de abogado para defender nuestra causa delante de su Padre, y de único mediador entre Dios y los hombres (*Heb. 7.*). Jesucristo, hombre, se dió él mismo para ser el precio de la redención de todos los hombres. Es, finalmente, este Señor nuestro pontífice, siempre vivo para interceder por nosotros. A la verdad era conveniente que tuviésemos un pontífice como éste, santo, inocente, sin mancha, apartado de todo comercio con los pecadores, colocado sobre los mismos cielos, que no tiene necesidad cada día, como los demás pontífices, de ofrecer víctimas, primero por sus pecados, y después por los del pueblo; y así no las ha ofrecido sino una vez, que fue cuando se ofreció á sí mismo. Aquellos á quienes la ley hace pontífices, son hombres sujetos á enfermedades; pero Jesucristo es sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec, siempre perfecto, é incapaz de caer en pecado. A más de esto los sacerdotes han sido muchos, porque la muerte les impedia el subsistir siempre; pero éste como subsiste para siempre, tiene un sacerdocio eterno; de aquí nace que siempre está en estado de salvar á los que por él se encaminan á Dios.

(*Heb. 10.*) Por esta razón, hermanos míos, continúa el mismo Apóstol, pudiendo entrar con seguridad en el santuario por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo que conduce á la vida, y que él nos abrió por medio del velo, que es su carne; teniendo también en él un pontífice que gobierna la casa de Dios, lleguémonos á él con un corazón sincero, y con una fe perfecta. Jesucristo ha muerto, ha resucitado, está á la diestra de Dios, y es el mismo que intercede por nosotros (*Rom. 8.*). Después de esto, ¿quién nos separará del amor de Jesucristo? exclama el mismo Apóstol. ¿Por ventura será la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, los peligros, la persecución, la espada? Por lo que á mí toca, añade san Pablo, estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni el poder, ni lo

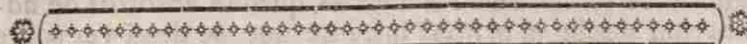
mas alto, ni lo mas baxo, ni otra ninguna criatura nos podrá separar del amor de Dios que está fundado en Jesucristo (*Hebr. 4.*). Vamos, pues, con confianza al trono de la gracia para alcanzar misericordia, y encontrar gracia junto á él; pues todas las cosas son de él, por él, y en él; á él sea la gloria por los siglos de los siglos. Así sea (*Rom. 11.*). *Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia, ipsi gloria in sæcula. Amen.*

Fin de la historia de la vida de nuestro Señor Jesucristo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## VIDA

### DE LA SMA. VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS.

**E**scribir la vida de la santísima virgen María, madre de Dios, es hacer un compendio y resumen de todas las maravillas del Señor: es reunir baxo un punto de vista todas las mas brillantes virtudes; es hacer una pintura de la obra mas perfecta que ha salido de las manos de Dios; y por consiguiente, es hacer el retrato de la mas santa, de la mas excelente, y de la mas perfecta de todas las puras criaturas. Ninguna cosa, decía san Bernardo, me espanta mas que el tener que hablar de la santísima Virgen: para hacerlo dignamente no sería bastante tomar de sobre el altar un carbon encendido, y purificar con él mi lengua, como en otro tiempo se hizo con Isaías; sería menester un globo de fuego que, consumiendo toda la herrumbre, me hiciese bastante elocuente, bastante hábil para poder decir algo que no desdixese de la grandeza y perfecciones de la madre de Dios: *Non quidem carbo unus, sed igneus globus, et igneus afferatur.*

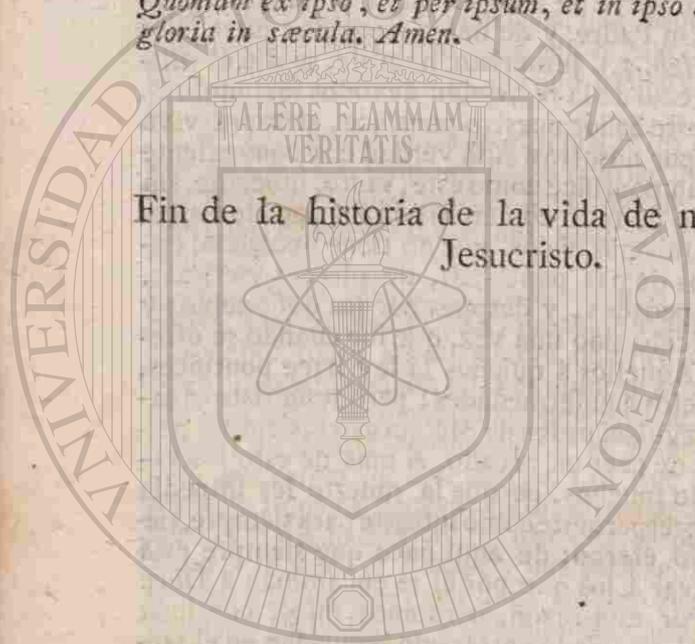
§. I.

*Idea general de las prerrogativas de la santísima Virgen.*

**N**o hay que extrañar el que una muger vestida del sol, que tiene la luna baxo sus pies, y una corona de doce estrellas en la cabeza deslumbre con el resplandor que

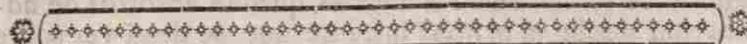
mas alto, ni lo mas baxo, ni otra ninguna criatura nos podrá separar del amor de Dios que está fundado en Jesucristo (*Hebr. 4.*). Vamos, pues, con confianza al trono de la gracia para alcanzar misericordia, y encontrar gracia junto á él; pues todas las cosas son de él, por él, y en él; á él sea la gloria por los siglos de los siglos. Así sea (*Rom. 11.*). *Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia, ipsi gloria in sæcula. Amen.*

Fin de la historia de la vida de nuestro Señor Jesucristo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## VIDA

### DE LA SMA. VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS.

**E**scribir la vida de la santísima virgen María, madre de Dios, es hacer un compendio y resumen de todas las maravillas del Señor: es reunir baxo un punto de vista todas las mas brillantes virtudes; es hacer una pintura de la obra mas perfecta que ha salido de las manos de Dios; y por consiguiente, es hacer el retrato de la mas santa, de la mas excelente, y de la mas perfecta de todas las puras criaturas. Ninguna cosa, decía san Bernardo, me espanta mas que el tener que hablar de la santísima Virgen: para hacerlo dignamente no sería bastante tomar de sobre el altar un carbon encendido, y purificar con él mi lengua, como en otro tiempo se hizo con Isaías; sería menester un globo de fuego que, consumiendo toda la herrumbre, me hiciese bastante elocuente, bastante hábil para poder decir algo que no desdixese de la grandeza y perfecciones de la madre de Dios: *Non quidem carbo unus, sed igneus globus, et igneus afferatur.*

§. I.

*Idea general de las prerrogativas de la santísima Virgen.*

**N**o hay que extrañar el que una muger vestida del sol, que tiene la luna baxo sus pies, y una corona de doce estrellas en la cabeza deslumbre con el resplandor que

despide de sí: los mismos ángeles quedan absortos de admiración desde el primer instante que se dexa ver sobre la tierra: *Que est ista, exclaman, quæ ascendit de deserto deliciis affluens?* ¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de las mas suaves delicias, y despidiendo de sí un resplandor que deslumbra? ¿Quién es ésta? Es la Reyna del cielo y de la tierra, se les responde con toda la Iglesia. Es la hija querida del Altísimo: es aquella Virgen sin mancha, bendita entre todas las mugeres: aquella Virgen bienaventurada que ha logrado la dicha de ser madre sin dexar de ser vírgen: es el arca de la nueva alianza: la estrella de la mañana, como canta la Iglesia, que nos anuncia el próximo nacimiento del sol: es la madre de misericordia, el asilo de los pecadores, nuestra vida, nuestro consuelo, nuestra esperanza: *Vita, dulcedo, spes nostra*. Es nuestra fiadora para con Dios, dice san Agustín: nuestra mediadora para con el soberano Mediador, dice san Bernardo: nuestra abogada, nuestra paz, nuestro gozo, dice san Efren; en una palabra, es la madre de Dios: esta sola cualidad, dicen los PP., encierra en sí todos los mas pomposos y magníficos títulos. Solo Dios, dice san Andres de Creta, puede hacer el digno elogio y el verdadero retrato de la santísima Virgen; porque ¿qué cosa hay en el cielo, ó en la tierra, dice san Agustín, mas augusta, mas grande, mas respetable despues de Dios, que la madre del mismo Dios? La vida de esta divina Madre es la que voy á escribir: ninguna historia debe interesar mas á todos los fieles: ninguna puede serles mas útil despues de la de Jesucristo.

Habiendo determinado Dios desde la eternidad que el Verbo se hiciese hombre para satisfacer plenamente á la justicia divina ofendida é irritada por el pecado del primer hombre, le escogió para madre una vírgen, en cuyo seno debia obrarse este misterio: esta bienaventurada criatura fué María, hija de Joaquin y de Ana, de la tribú de Judá, descendiente de la sangre real de David (*Joan. 21.*); la cual, como habla san Bernardo, debia ser la obra mas excelente y mas cabal que habían de ver todos los siglos.

## §. II.

*El retrato que el Espíritu santo hizo de la santísima Virgen.*

La elección de la madre es tan antigua en Dios como la encarnación del hijo: *Ab æterno ordinata sum, et ex antiquis*, la hace decir la Iglesia: Dios dispuso desde la eternidad la preeminencia que yo habia de tener sobre todas las puras criaturas, y ensalzándome desde entónces á la maternidad divina, quiso que no fuese inferior sino á Dios. Antes que Dios sacara de la nada todas las cosas, mi retrato, por decirlo así, estaba ya acabado en las ideas y decretos eternos de Dios. Aún no habia sido criado el mundo, ni nada de cuanto existe en el mundo, y ya era yo el objeto de las complacencias y delicias del Altísimo; porque desde entonces me representaba ya á sus ojos con aquel cúmulo de dones sobrenaturales y de virtudes, con aquella plenitud de gracias y de privilegios que han hecho siempre, hacen y harán mi carácter: *Dominus possedit me in initio viarum suarum*.

Si esta Señora fué tan privilegiada en la eternidad no lo ha sido ménos en el tiempo. Apénas sale el mundo de la nada, cuando se publican las maravillas y las insignes prerrogativas de la santísima Virgen. Apenas triunfa el demonio del primer hombre, haciéndole caer de la justicia original en el pecado, cuando María se presenta en campaña, digámoslo así, para reprimir y ahogar el gozo maligno que tenia todo el infierno por esta infeliz victoria (*Gen. 3.*): *Inimicitias ponam inter te, et mulierem... Ipsa conteret caput tuum*. Sábeta, dice el Señor hablando con el seductor, que pondré una enemistad irreconciliable entre ti y una muger, la cual te romperá la cabeza, por mas esfuerzos que hagas para evitarlo. Si has encontrado en Eva, madre de los vivientes, y todavía vírgen, una credulidad y una flaqueza que te ha servido para inficionar á todo el género humano con el pecado, hallarás en María, madre del Mesías, siempre vírgen, una fecundidad que reparará y resarcirá abundantemente esta pérdida. En

vano vomitarás contra ella y contra su hijo toda tu rabia y todo tu veneno: no te será posible morderla con todos tus esfuerzos, ni con toda tu malicia: no serás capaz de acercarte ni aun á sus talones; el hijo que ella dará al mundo, destruirá tu imperio desde su nacimiento; *Et tu insidiaberis calcaneo ejus* (Gen. 3). Hasta entonces serás tirano; pero entonces pasarás á ser esclavo; y teniendo la cabeza magullada, no podrás ya hacer mal sino á los que quisieren ponerse voluntariamente en tus manos.

Como desde la creación del mundo fué el Mesías el grande objeto de los deseos, de las promesas y de las profecías del antiguo Testamento, se dexa conocer claramente que su dichosa Madre debió ser al mismo tiempo el objeto de aquellos deseos, de aquellas predicciones y de aquellas promesas. (*Soft. Serm. de Assumpt.*) No extrañéis, dice el célebre Sofronio, que tantas gentes publiquen á porfia las grandezas de la madre de Dios, cuando el mismo Dios está haciendo su elogio desde el principio del mundo: todo el antiguo Testamento está lleno de rasgos y de figuras, que son como los diseños de su verdadero retrato. En la zarza encendida que vió Moyses reconocemos la figura de vuestra admirable virginidad, ó madre de Dios, exclama la Iglesia. La vara prodigiosa de Aaron que florece sola en el Tabernáculo, y que despues se guardó con todo cuidado en el arca del Testamento, es una figura no menos expresiva de esta fecunda virginidad. (*S. Ambr. serm. 15.*) El vellon de Gedeon, embebido todo en el rocío del cielo, mientras que toda la tierra de su alrededor queda seca, es una de las mas particulares figuras de la madre de Dios, dice san Ambrosio; esto es lo que hace decir á la Iglesia, que cuando el Verbo divino se hizo carne en el vientre virginal de María, baxó á ella como una lluvia milagrosa sobre el vellon: *Sicut pluvia in vellus descendisti.* (*B. Petrus Dam. serm. de Nativ.*) ¿Quién no ve, dice el beato Pedro Damiano, que el arca del Testamento hecha de una madera incorruptible, y que inspiraba tanto respeto y veneracion á los sacerdotes, á los pueblos y á los reyes, era una figura demasiado sensible de la madre de Dios; la cual puede llamarse con muy justa razon el arca del nuevo Testamento, como la llama la Iglesia en la letanía de esta Señora? *Fœderis ar-*

ca. En este mismo sentido exclama el Profeta al salmo 31: *Surge, Domine, in requiem tuam, tu, et arca sanctificationis tue.* Levantáos, Señor, y entrad en fin en la morada de vuestra gloria, vos, y el arca en que habeis comenzado la nueva alianza, y la grande obra de nuestra redencion. El trono de Salomon de oro purísimo y de un marfil resplandeciente, dice el mismo Padre, no es menos figura de María santísima. En el seno de la santísima Vírgen, mas precioso que el oro mas puro, y mas puro que el mas blanco marfil, se sentó el verdadero Salomon como en su trono cuando el Verbo divino se hizo carne.

Apenas hay figura en el antiguo Testamento que no sea una pintura alegórica de la santísima Vírgen. Se llama el árbol de la vida, que lleva el verdadero fruto de la salud; la fuente de agua clara, que nace de la tierra para regar toda su superficie; y el arco iris, señal cierta de nuestra paz y de nuestra reconciliacion con Dios; la escala misteriosa que vió Jacob, por la cual se sube hasta el cielo. Llámase tambien el tabernáculo, la casa, el templo de Dios y el candelero de oro macizo, adornado de los siete dones del Espíritu santo, como de siete mecheros que dan una luz hermosa y clara; el altar santo, en donde Jesus, víctima inocente, se ofreció á su Padre por la salud de los hombres; la rosa de un lustre vivo y brillante, que jamás se aja ni baxa de color; la torre de David, de la cual estan pendientes mil escudos y todas las armas de los mas valientes. Finalmente, la puerta del cielo, pues por ella vino el que solo puede abrirnos la entrada á él. Estas son las figuras, baxo las cuales la sagrada Escritura nos hace el retrato de la santísima Vírgen.

Notan los santos PP. que el Cántico de los cánticos no es otra cosa que una alegoría continuada de la madre de Dios, á la cual se la ha aplicado con mucha razon la Iglesia, animada siempre del Espíritu santo. Todo lo que se dice de la Sabiduría en los libros de Salomon y en el Eclesiástico hace el retrato de esta feliz criatura, como lo reconoce la Iglesia: *El Señor me poseyo desde el principio de sus caminos.* Es decir, así como desde la eternidad se propuso Dios obrar el misterio de la encarnacion de su hijo; así tambien desde la eternidad fui yo escogida para ser su madre; y así como el Verbo encarnado na-

ció en la idea eterna de Dios antes que tuviera ser ninguna criatura (*Ad col. 1.*). *Primogenitus omnis creaturae*; así con proporcion, soy en las divinas ideas la primogénita de todo cuanto ha sido criado (*Eccl. 24.*) *Ego ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam*. El que me crió descansó en mi propio seno: *Qui creavit me, requievit in tabernaculo meo*. Y en atención á este favor tan insigne, me dixo el Señor: *Habita en Jacob, Israel sea tu herencia*; reyna como soberana sobre mi pueblo, y hecha raíces en mis escogidos, de los que serás á un mismo tiempo por madre y reyna. Ningun predestinado dexó jamás de tener una tierna devocion y un afecto ardiente á la madre de Dios; ninguno dexó de honrarla jamás con un culto particular (*Prov. 8.*) *In multitudine electorum habebit laudem*. Solo los hereges y los réprobos deben desaprobá el culto con que es venerada: *Omnes, qui me oderunt, diligunt mortem*.

## §. III.

*Figuras del antiguo Testamento, y profecías que miraban á la Virgen santísima.*

Así como todos los hombres grandes y todos los santos personajes del antiguo Testamento fueron figuras de Jesucristo; así, dicen los santos PP., no hay muger en la sagrada Escritura, célebre por sus raras virtudes y por sus acciones heróicas, que no sea figura de la santísima Virgen.

(*Jerem. 15.*) Eva, criada en el estado de la inocencia, es símbolo, según ellos, de María concebida sin pecado. Aza, que significa hermosa y ricamente adornada, y cuyo marido, llamado Otoniel, significa el dios de mi corazón, es, dice san Buenaventura, otra figura de la santísima Virgen. Nadie ignora la semejanza de Judit, Estér, Abigail y Abisag con María madre de Dios. Estér, por un privilegio particular, es exenta de la ley general que condena á muerte á todos los otros. *Esta ley no se ha puesto por ti sino por todos* (*Esth. 15.*); símbolo bien expreso de la inmaculada concepcion de la santísima Virgen. Estér libra á su pueblo de un exterminio univer-

sal; y María pone en el mundo al Redentor de todos los hombres.

Judit libra á su nacion del formidable Holofernes, que habia jurado aniquilar el pueblo judaico; ¿y á quién mejor que á la santísima Virgen conviene lo que el sumo sacerdote Joaquin dixo de esta heroína (*Judith 16.*): *Tú eres la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel y la honra de nuestro pueblo; Dios se ha servido de ti para librarnos de nuestro mas mortal enemigo, porque amaste la castidad mas que ninguna otra persona; y así serás bendita eternamente. Tú eres bendita del Señor Dios excelso sobre todas las mugeres*, la dixo Ozías, caudillo del pueblo de Israel. ¿Quién no ve en todos estos rasgos lo mas exquisito y lo mas fino, digámoslo así, de la pintura de la santísima Virgen, madre de Dios, y esto, seiscientos ó setecientos años antes que viniese al mundo?

Todos los profetas han hecho el retrato de la Madre de Dios al hacer el de su Hijo. No ha habido intérprete del Espíritu santo que no haya hablado de vos, Virgen santísima, eclama san Andres de Creta; vos sois el asunto ordinario de sus oráculos, y el objeto de los retratos alegóricos que nos han dexado. Así como se debia preparar el mundo para el misterio inefable de la encarnacion del Verbo divino por las profecías, dicen san Crisóstomo y san Gregorio Niseno, también se debia preparar por las profecías el espíritu humano para creer que habia de haber una Madre siempre virgen, y una pura criatura verdaderamente madre de Dios. Mirad, dice Isaías mas de seiscientos años antes del nacimiento de María, una virgen concebirá y parirá un hijo, sin dexar por eso de ser virgen (*Isai. 7.*) *Ecce concipiet, et pariet filium*. El Señor ha obrado sobre la tierra un nuevo prodigio, dice Jeremías (*Jerem. 31.*). Una muger llevará en su seno un varon, un hombre perfecto; es á saber, un hombre Dios, dicen los intérpretes; el cual, baxo la forma de un niño, es la fortaleza, y la sabiduría del mismo Dios, el resplandor de su gloria y la figura de su substancia, que sostiene y lleva todas las cosas con la virtud de su palabra toda poderosa (*Heb. 2.*). *Creavit Dominus novum super terram: femina circumdabit virum*. (*Cant. 6.*) ¿Quién es ésta parecida á la aurora, que viene á anunciarnos el nacimien-

to del sol? dice Salomon en el Cántico de los cánticos. Desde el primer instante de su vida, hasta que dió al mundo al Salvador, fue María como la aurora que se levanta sobre el horizonte, y que nos trae y acerca el día á medida que se va ella misma adelantando; hermosa como la luna en su lleno; resplandeciente como el sol, de quien la luna recibe y tiene toda su belleza y su luz; terrible á las potestades de las tinieblas, las que disipa con su esplendor; semejante á un ejército formado en batalla, que infunde terror al enemigo y le obliga á echar á correr: *Pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata*. Por medio de estas sagradas alegorías, de estas misteriosas metáforas y de estas figuras proféticas, preparaba el Espíritu santo al mundo para la maravilla, que habia de ser la admiración de los ángeles y de los hombres en la persona de la santísima Virgen.

## §. IV.

*La santísima Virgen por una gracia especial es concebida sin pecado original.*

Llegado en fin el tiempo en que, despues de tantas promesas, predicciones y figuras, debia obrarse el inefable misterio de la encarnacion del Verbo, resolvió Dios dar al mundo aquella muger, en cuyo seno se habia de obrar este gran misterio. Hacia el año de 4000 del mundo fue cuando María, la muger mas feliz, la maravilla del universo y la mayor obra que viéron los siglos, como se explican los santos PP., fue concebida como por milagro. Fue hija única de Joaquin, llamado tambien Heli, de la tribu de Judá y de la raza de David por Natan, como José esposo de María lo era por Salomon, hermano de Natan hijo de David. Tuvo por madre á santa Ana, de la misma familia real y de la misma tribu. Estos dos esposos, los mas religiosos y los mas santos que habia entonces sobre la tierra, habia mas de veinte años que estaban casados, sin haber tenido jamás fruto alguno de su matrimonio. La esterilidad era entre los judíos una especie de infamia, y se miraba como una maldicion de Dios,

porque quitaba toda esperanza de poder jamás contar entre sus descendientes al Mesías.

San Joaquin y santa Ana, resignados perfectamente en la voluntad de Dios, llevaban con paciencia esta humillacion; y miraban á los pobres como á sus hijos, para los cuales destinaban su herencia. Pero Dios tenia sobre ellos muy distintas miras, y la humillante esterilidad de los dos esposos era en los designios de Dios una condicion para tener el mas precioso fruto de su matrimonio. Sara tampoco fue madre de Isaac sino despues de una larga esterilidad; ni Ana, muger de Alcana, tuvo á Samuel sino despues de una larga esterilidad; ni Juan Bautista habia de ser de otro modo el hijo tan deseado de una estéril. Convenia, dice san Juan Damasceno, que María, que habia de tener una virginidad fecunda, fuese hija de una madre estéril, para que así el primer milagro dispudiese los espíritus á otro prodigio mayor, y aun por eso el Angel se sirvió despues del exemplo de una esterilidad fecunda, para probar que Dios puede hacer que una vírgen sea madre sin dexar de ser vírgen, y que para Dios nada hay imposible.

Es una piadosa y antigua tradicion, que viviendo estos dos santos esposos con mucho retiro, y derramando sin cesar su corazon delante de Dios, fuéron avisados separadamente por un ángel que bien pronto tendrian una hija, que sería la gloria de Israel y el consuelo de su pueblo. En efecto, el día 8 de diciembre del mismo año, que era el 4000, poco mas ó ménos despues de la creacion del mundo, santa Ana concibió á la Virgen santísima, la cual, por un privilegio singular, fue criada en gracia y amistad de Dios, habiéndola exímido el Señor, por un favor especial, del pecado original, y dotádola desde el primer instante de su concepcion de todos los dones del Espíritu santo; siendo ya mas santa y mas agradable á los ojos de Dios en aquel primer momento, que todos los Santos juntos han sido y serán al fin de su vida (*Bonav. dist. 13.*). *Era convergente*, dice san Buenaventura, *que la santísima Virgen no fuese manchada con ningun pecado, y que de tal suerte venciese al demonio, que no estuviese ni aun un solo instante baxo su imperio.* Solo el hijo de la vírgen María, dice en otra parte, fué exento por na-

turalidad del pecado original; fuélo tambien la que fue su madre sin dexar de ser vírgen; pero ésta no lo fue por naturaleza, sino por un favor especial; porque se debe creer, que por un nuevo género de satisfaccion la libró el Espíritu santo desde el mismo instante de su concepcion del pecado original, no del que estuvo en élla, sino del que hubiera estado, si Dios no la hubiese preservado de él por una gracia singular. (*Idem serm. de B. Virg.*): *Solus filius Virginis fuit ab originali culpa immunis, et ipsa mater et virgo, &c.* Los demas hombres todos han sido levantados despues de haber caído, dice tambien el mismo santo Doctor; pero María fue detenida y sostenida como en el borde del precipicio, para que no cayera (*Idem in dist. 3.*): *Alii post casum erecti; Maria quasi in ipso casu sustentata est ne rueret.* Mayor beneficio es impedir el que uno caiga, que sacarle del hoyo despues de haber caído. María está mucho mas obligada al Redentor por haberla preservado del pecado original, por una gracia especial, que si la hubiera librado de él, aunque no fuera sino un instante despues de haber estado manchada con él. ¿Acaso se podrá decir que por este insigne privilegio no tuvo esta Señora parte en la redencion? Pero á quién sino á los solos méritos del Redentor debe esta primera gracia? Esto es lo que hizo decir á san Bernardino de Sena, que el principal fin del Señor en su venida al mundo fué la redencion de su madre (*Bern. Sen. 52*); y así la llama la hija primogénita del Redentor: *Primogenita Redemptoris.*

He hallado un hombre entre mil, dice el ángel de las escuelas santo Tomas, he hallado un hombre, es á saber, Jesucristo, exento de todo pecado original y venial; pero entre todas las mugeres no he hallado una exenta de todo pecado, á lo ménos original y venial, excepto á la santísima Vírgen, digna de toda alabanza. (*D. Thom. lect. 6. cap. 5. in epist. ad gal. et in sent. dist. 44. q. 1. art. 3. ad 3.*) *Virum de mille unum reperi, scilicet Christum, &c.* El mismo santo Doctor encierra en pocas palabras el elogio mas magnífico de la eminente santidad de María en su immaculada concepcion. Puede encontrarse, dice, una pura criatura tan santa, que no haya cosa mas santa en todo quanto ha sido criado, si por dicha no ha sido manchada

con ningun pecado, ni aun con el original; y tal fue la santidad y pureza de la bienaventurada Vírgen, la cual fue exenta de todo pecado original y actual: *Et talis fuit puritas beatæ Virginis, quæ à peccato originali et actuali immunis fuit.*

§. V.

*Cómo sienten los padres de la Iglesia de la immaculada concepcion de María.*

No se hallará padre alguno de la Iglesia, que sea de otra opinion en quanto á la immaculada concepcion de la santísima Vírgen destinada á ser madre de Dios. (*D. Ansel. de Nativ. Virg.*): Convenia, dice san Anselmo, que esta Señora fuera tan pura, que no se pudiera imaginar mayor pureza que la suya en ninguna otra criatura. No era justo, dice san Cipriano, que este vaso de eleccion (habla de María) estuviese sujeto á la infelicidad comun de los otros hombres; pues aunque participó de la naturaleza humana, participó de la culpa (*D. Bern. epist. ad Lugd.*). A la verdad, dice san Bernardo, ¿quién puede creer que lo que se la concedió á Eva, madre de los hombres, que fue criada sin pecado, se le negase á María, madre de Dios? Sobre esta incomparable cualidad de madre de Dios se funda san Agustin, cuando dice que es menester exceptuar de la ley general á la santísima Vírgen, de la cual, dice, no puedo sufrir que se haga mencion alguna cuando se trata del pecado; y esto por la honra que se le debe al Señor, de quien es madre; porque estamos ciertos que esta Señora recibió mas gracia y mas auxilios para vencer enteramente al pecado, la cual mereció concebir y parir al que jamás tuvo, ni pudo tener pecado. Las palabras del santo Doctor son tan bellas, que no es razon omitirlas (*Aug. lib. de Nat. et Grat. 45.*): *Excepta sancta Virgine, de qua propter honorem Domini nullam prorsus, cum de peccato agitur, habere volo questionem; inde, enim scimus quod ei plus gratiæ collatum fuit ad vincendum omni ex parte peccatum, quæ concipere, & parere meruit eum, quem constant nullum habuisse peccatum.* No solo no pretende san Agustin comprender á la santísima

Tom. VI.

Q

Virgen cuando trata del pecado original, en que son concebidos generalmente todos los hombres, sino que ni aun puede sufrir que se ponga en cuestion si estuvo sujeta á él. La razon que alega explica todavía mejor su pensamiento; porque sabemos, dice el santo Doctor, que esta incomparable Virgen recibió tanto mas abundantes gracias para triunfar enteramente del pecado, quanto mereció concebir y parir al que la fe nos enseña haber sido exento de todo pecado, y absolutamente incapaz de tener nada de comun con el pecado. ¿ De dónde podria venir, dice en otra parte, la mancha á una casa en que ningun habitante; esto es, ningun deseo terreno, ningun extranjero entró jamás, ni fue habitada jamás sino por el Señor que la crió? *Unde sordes in domo in qua nullus habitator terræ accessit? Solus ad eam ejus fabricator et Dominus venit* (D. Hier. epist. ad Eust.). No hay duda, dice san Gerónimo, que la madre del Señor debió ser de una pureza tan grande y de una santidad tan perfecta, que no se la pudiese echar en cara haber sido manchada jamás con el menor pecado. María es aquella vara de que habla el Espíritu santo, dice san Ambrosio, toda derecha, toda lisa y resplandeciente, en la cual jamás se halló ni el nudo del pecado original, ni la corteza del actual.

Este sentimiento es tan universal y tan comun entre los padres de la Iglesia, que no se sabe haya habido alguno que se haya atrevido á poner en duda si la santísima Virgen contraxo el pecado original.

Este insigne privilegio les pareció á todos tan conveniente á la augusta cualidad de madre de Dios, que no hallaron términos bastante pomposos, ni bastante enérgicos para publicar y celebrar esta primera gracia; y todas las razones de este insigne privilegio las encierra san Agustín en decir que la carne de Jesus es una parte, ó es la misma carne que la de María madre de Dios: *Caro Jesu, caro est Mariæ* (Aug. de Assumpt. B. V.).

A la verdad, ¿ qué hijo podria jamás sufrir que su madre hubiese estado un solo instante cubierta de lepra, que hubiese estado en desgracia del soberano, y que hubiese sido esclava de su mayor enemigo, si hubiera estado en su poder el estorbarlo? El Hijo de Dios pudo embarazar el que su madre estuviese en el primer instante de su con-

cepcion cubierta de la lepra del pecado original, y por consiguiente en desgracia de Dios y baxo la tiranía del demonio; ¿ quién, pues, se atreverá á imaginar, dice el ya citado san Bernardo, que no la haya preservado? Esto obligó á los sumos pontífices á prohibir tan expresamente el defender jamás que la santísima Virgen fué envuelta en la masa comun; y Gregorio XV. en su bula de 24 de mayo de 1622, prohibe no solo el que se enseñe en las escuelas y se predique en los púlpitos, sino tambien el que se defienda aun por via de conversacion, que la Virgen santísima contraxo el pecado original: Ved aquí como habla el sumo Pontífice en dicha bula.

“ Despues de un largo y maduro exámen, hecho con toda la atencion y diligencia posible, declaró y mandó nuestro santísimo padre el Papa, y por el presente decreto ordena y manda á todos y á cada uno en particular, así eclesiásticos, como seculares, de cualquier orden religioso que sean, de cualquiera clase, condicion y dignidad que puedan ser, que en adelante no se atrevan á defender, predicar ó enseñar en los púlpitos ó en las escuelas, en sus lecciones, ni en ninguno de todos los demas actos públicos, que la santísima Virgen fue concebida en pecado original; y quiere y declara su Santidad, que cualquiera que contravenga al presente decreto, incurra en las censuras y penas, &c. Por las mismas razones, y baxo las mismas penas prohibe su Santidad defender, aun en las conversaciones particulares ó en escritos privados, que la santísima Virgen fué concebida en pecado original.” *Post longam et maturam discussionem, &c. Hoy es de fe Católica esta doctrina.*

§. VI.

Los sumos pontífices y concilios tocante á la inmaculada concepcion.

Desde Sixto IV. hasta hoy no ha habido papa, excepto Pio III., Marcelo II. y Urbano VII., que no vivieron sino uno ú dos meses en el pontificado, que no hayan autorizado por sus bulas y breves la doctrina de la inmaculada concepcion de la santísima Virgen. La fiesta de la in-

Virgen cuando trata del pecado original, en que son concebidos generalmente todos los hombres, sino que ni aun puede sufrir que se ponga en cuestion si estuvo sujeta á él. La razon que alega explica todavía mejor su pensamiento; porque sabemos, dice el santo Doctor, que esta incomparable Virgen recibió tanto mas abundantes gracias para triunfar enteramente del pecado, quanto mereció concebir y parir al que la fe nos enseña haber sido exento de todo pecado, y absolutamente incapaz de tener nada de comun con el pecado. ¿ De dónde podria venir, dice en otra parte, la mancha á una casa en que ningun habitante; esto es, ningun deseo terreno, ningun extranjero entró jamás, ni fue habitada jamás sino por el Señor que la crió? *Unde sordes in domo in qua nullus habitator terræ accessit? Solus ad eam ejus fabricator et Dominus venit* (D. Hier. epist. ad Eust.). No hay duda, dice san Gerónimo, que la madre del Señor debió ser de una pureza tan grande y de una santidad tan perfecta, que no se la pudiese echar en cara haber sido manchada jamás con el menor pecado. María es aquella vara de que habla el Espíritu santo, dice san Ambrosio, toda derecha, toda lisa y resplandeciente, en la cual jamás se halló ni el nudo del pecado original, ni la corteza del actual.

Este sentimiento es tan universal y tan comun entre los padres de la Iglesia, que no se sabe haya habido alguno que se haya atrevido á poner en duda si la santísima Virgen contraxo el pecado original.

Este insigne privilegio les pareció á todos tan conveniente á la augusta qualidad de madre de Dios, que no hallaron términos bastante pomposos, ni bastante enérgicos para publicar y celebrar esta primera gracia; y todas las razones de este insigne privilegio las encierra san Agustín en decir que la carne de Jesus es una parte, ó es la misma carne que la de María madre de Dios: *Caro Jesu, caro est Mariæ* (Aug. de Assumpt. B. V.).

A la verdad, ¿ qué hijo podria jamás sufrir que su madre hubiese estado un solo instante cubierta de lepra, que hubiese estado en desgracia del soberano, y que hubiese sido esclava de su mayor enemigo, si hubiera estado en su poder el estorbarlo? El Hijo de Dios pudo embarazar el que su madre estuviese en el primer instante de su con-

cepcion cubierta de la lepra del pecado original, y por consiguiente en desgracia de Dios y baxo la tiranía del demonio; ¿ quién, pues, se atreverá á imaginar, dice el ya citado san Bernardo, que no la haya preservado? Esto obligó á los sumos pontífices á prohibir tan expresamente el defender jamás que la santísima Virgen fué envuelta en la masa comun; y Gregorio XV. en su bula de 24 de mayo de 1622, prohíbe no solo el que se enseñe en las escuelas y se predique en los púlpitos, sino tambien el que se defienda aun por via de conversacion, que la Virgen santísima contraxo el pecado original: Ved aquí como habla el sumo Pontífice en dicha bula.

“ Despues de un largo y maduro exámen, hecho con toda la atencion y diligencia posible, declaró y mandó nuestro santísimo padre el Papa, y por el presente decreto ordena y manda á todos y á cada uno en particular, así eclesiásticos, como seculares, de cualquier orden religioso que sean, de cualquiera clase, condicion y dignidad que puedan ser, que en adelante no se atrevan á defender, predicar ó enseñar en los púlpitos ó en las escuelas, en sus lecciones, ni en ninguno de todos los demas actos públicos, que la santísima Virgen fue concebida en pecado original; y quiere y declara su Santidad, que cualquiera que contravenga al presente decreto, incurra en las censuras y penas, &c. Por las mismas razones, y baxo las mismas penas prohíbe su Santidad defender, aun en las conversaciones particulares ó en escritos privados, que la santísima Virgen fué concebida en pecado original.” *Post longam et maturam discussionem, &c. Hoy Es de fe Católica esta doctrina.*

§. VI.

Los sumos pontífices y concilios tocante á la inmaculada concepcion.

Desde Sixto IV. hasta hoy no ha habido papa, excepto Pio III., Marcelo II. y Urbano VII., que no vivieron sino uno ú dos meses en el pontificado, que no hayan autorizado por sus bulas y breves la doctrina de la inmaculada concepcion de la santísima Virgen. La fiesta de la in-

maculada Concepcion que establecieron los sumos pontífices, y que se celebra en toda la Iglesia, es una prueba la mas auténtica de este insigne privilegio; pues segun el angélico doctor santo Tomás, la Iglesia romana no puede celebrar fiesta á una cosa que no sea santa. No se puede decir que el objeto de esta solemnidad sea el segundo momento de su vida, en el cual la santísima Virgen haya sido santificada; porque por la palabra concepcion no se debe ni puede entenderse sino el primer instante de su vida; así lo entendió Zacarías, obispo de Guardia, en los himnos que compuso de orden, y con la aprobacion del papa Leon X. y de Clemente VII., en los cuales dice que la santísima Virgen fue criada en estado de gracia, y que en aquel primer instante en que todos los hombres son hijos de ira, María fue ya el objeto de las delicias y complacencias de Dios.

Aunque no tengamos por ecuménico al concilio de Basilea; sin embargo, no puede menos de ser de un gran peso el consentimiento de los prelados y doctores que se hallaron en él, dice el sabio padre Vicente Antiste del orden de Predicadores; á lo ménos hace ver cuál era su modo de pensar por lo tocante á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen; pues en la sesion 36 formaron un decreto, en que se prohíbe, so pena de incurrir en la indignacion del cielo, el defender la opinion contraria.

Finalmente, los padres del santo concilio de Trento declararon, que en el decreto que hicieron para expresar la fe de la Iglesia por lo que mira al pecado original, no pretendian comprender á la inmaculada y bienaventurada Madre de Dios. No habiendo, pues, querido el santo concilio confundirla con los demas hombres en la ley general del pecado, ¿quién será tan temerario que la envuelva en ella? El mismo concilio; mandando que se observasen las constituciones de Sixto IV. baxo las penas enunciadas en dichas constituciones, creyó haberse explicado bastante sobre este artículo, sin que fuese necesario hacer sobre él un decreto mas expreso.

En la adición del tratado del erudito padre Antiste, que ya hemos citado, pretende el autor que el segundo concilio Niceno, el segundo de Toledo, el sexto sínodo

general baxo el papa Agatón, el concilio de Francfort, el séptimo sínodo baxo Adriano, y el de Osona declaran suficientemente haber sido inmaculada la concepcion de la santísima Virgen, aunque no hiciesen sobre ello un artículo de fe. Lo cierto es, que la fiesta de la inmaculada Concepcion se celebraba ya entre los griegos en el siglo séptimo; llamábase esta fiesta *Panagia*, que quiere decir la fiesta de la *totalmente santa en su concepcion*. Si la Iglesia romana ha empezado mas tarde á celebrarla, no lo hace con menos solemnidad; y los sumos pontífices la han dado los mismos privilegios en todo el orden de san Francisco, que á la fiesta y octava del Corpus. Al fin de esta historia se verá el concursó maravilloso de todos los órdenes religiosos, de todas las universidades, de los mas grandes emperadores, de los reyes y de los pueblos en honrar á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, y los monumentos que subsisten de este zelo, y de esta singular y tierna devocion. El especial favor que hizo Dios á la santísima Virgen en preservarla del pecado original en consideracion á su maternidad divina, es un privilegio tan singular, y que da una idea tan alta de la incomparable santidad de María, que no se debe extrañar el que nos hayamos extendido tanto sobre una tan grande prueba de distincion, y que se puede llamar la mas gloriosa época de su vida.

## §. VII.

*Las prerogativas que acompañaron al privilegio de la inmaculada concepcion de María.*

Esta primera gracia fue acompañada de muchas otras. Desde el primer instante de su vida tuvo la santísima Virgen, dice san Bernardino, un perfecto uso de toda su razon; fue dotada de todos los dones del Espíritu santo; formó los actos de las mas excelentes virtudes; y su espíritu fue enriquecido de los mas sublimes conocimientos. Su corazón desde entonces fue abrasado del fuego del mas puro amor de Dios; y los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre, meses que son para todos los hom-

bres una continua inacción, fueron para esta Señora un fondo de perfecciones y de méritos. En su primera santificación, dice san Vicente Ferrer, recibió la gracia con mas plenitud que todos los santos y ángeles juntos; de suerte, que aunque todos los serafines, aquellos espíritus celestiales que son todo fuego, juntarán todos sus divinos ardores, no igualarian con mucho al ardor que María sintió en el primer instante de su vida.

No se puede dudar, dice un gran siervo de María, que el alma que infundió Dios en el cuerpo de la santísima Virgen cuando fue concebida, fue la mas hermosa que habia habido jamás antes del alma de Jesucristo; y no solo fue el alma mas perfecta del mundo, sino que se puede decir tambien que fue la mas excelente obra que habia salido de las manos del Criador; y para encontrar alguna cosa mas grande en la naturaleza, es necesario, dice el beato Pedro Damiano, subir hasta el mismo Autor de la naturaleza: *Opus quod solus opifex supergreditur*. ¡Qué de luces, qué solidez, qué elevacion en su espíritu! ¡qué docilidad en su voluntad! ¡qué ternura, qué magnanimidad, qué extension, qué pureza en aquel corazón del que Dios solo fue siempre dueño! ¡qué inclinaciones mas conformes á los movimientos de la gracia! ¡qué natural mas suave, mas perfecto, mas susceptible de las impresiones del Espíritu santo! Ved aquí cuáles fueron los primeros frutos de la primera gracia de María.

A esta alma privilegiada, continúa el mismo Orador sagrado, se la habia preparado un cuerpo tan hermoso, que el gran san Dionisio confesaba cincuenta años despues, que no podia mirarle sin quedar deslumbrada su vista; y que la hubiera adorado como á una diosa, si la fe no le hubiera enseñado que en el mundo no habia sino una sola divinidad.

Desde el instante primero en que esta alma, toda hermosa y sin mancha, fue unida á un tan hermoso cuerpo, empezó á amar á Dios mas ardientemente que todos los serafines; de suerte, que lo mismo fue empezar á vivir, que prestar sus órganos aquel cuerpo tan perfecto á todas las funciones de la vida racional y espiritual.

Habiendo recibido con la gracia santificante, como se

ha dicho, el perfecto uso de la razon, desde entonces fue ilustrado su espíritu con todas las luces de la sabiduría, y enriquecido de todos los conocimientos naturales y morales. Este insigne favor, esta gracia de predilección fue tan abundante, que sobrepusó á la de todos los santos, y de todas las celestiales inteligencias, dice san Vicente Ferrer; de modo, que en el primer instante de su vida fue ya María mas pura, mas santa y mas agradable á los ojos de Dios, que todos los predestinados juntos al fin de su carrera.

Veis aquí lo que fue la santísima Virgen, no digo antes de nacer, sino desde del primer instante de su concepcion. Concebid, si es posible, lo que sería en adelante por el santo uso que sin interrupcion hizo de un tan rico fondo de virtudes y de dones sobrenaturales. Jamás tuvo ociosa ninguna de sus cualidades infusas, ni ninguno de sus talentos naturales. Desde su immaculada concepcion todo su espíritu se aplicó y dedicó á conocer y á alabar á Dios; todo su corazón, toda su alma á amarle con el amor mas puro, mas encendido, mas perfecto y mas tierno, dice san Bernardo. En la santísima Virgen jamás hubo momento vacío; jamás hubo dones infructuosos, jamás hubo gracia ineficaz: desde el primer instante de su concepcion no perdió jamás un solo instante, ni cesó un solo instante de amar á Dios cuanto podia amarle con aquella sobreabundancia de gracias de que estaba llena. ¿Cuál debió ser el tesoro de merecimientos de que fue enriquecida en aquellos nueve meses que pasó en el vientre de su madre? María, dice el mismo Santo, recibió tanta gracia, cuanta se puede dar á una pura criatura. No debemos admirarnos de los términos enfáticos de que se sirven todos los santos padres cuando hablan de la gracia de que fue colmada la santísima Virgen desde el primer instante de su vida. San Epifanio dice que esta gracia es inmensa: san Agustin que es inefable: san Juan Crisóstomo llama á María el tesoro de todas las gracias: san Gerónimo dice que la gracia se derramó toda en su seno. A los mas grandes santos se les dió la gracia con medida; pero en María se infundió toda la plenitud de la gracia (*Serm. de Assumpt.*).

## S. VIII.

*La natividad de la santísima Virgen.*

Habiendo llegado el feliz término del preñado de santa Ana, dió á luz el día 8 de septiembre del año de 3985 del mundo á esta bienaventurada Niña, la maravilla del mundo, el pasmo de la gracia, el mas bello ornamento de la Jerusalem celestial, la Reyna de los hombres y de los ángeles, predestinada desde la eternidad para ser madre de Dios en el tiempo.

Si los pueblos acostumbran manifestar una tan grande alegría cuando le nace algun hijo á su soberano, porque les nace á ellos mismos un rey y un señor; ¿quién no ve que el nacimiento de Maria debió llenar de gozo al cielo y á la tierra, como canta la Iglesia, pues habia de ser esta preciosa Niña la gloria y el consuelo de entrambos? *Tu natividad, Virgen madre de Dios, anunció un gran gozo á todo el mundo*; y así como ninguna cosa regocija tanto á los caminantes como el ver levantarse la aurora sobre el horizonte, así ninguna cosa debió causar tanto gozo á los hombres como el nacimiento de Maria. *Lætentur cæli, et exultet terra*, exclama el Profeta (*Psalm. 59.*): alégrense los cielos, y muestre la tierra su gozo; pues viendo á Maria en el mundo, estamos ciertos que va á venir el Redentor. La natividad de la santísima Virgen, dice san Idefonso, es como el principio del nacimiento de Jesucristo; y así como la aurora es el fin de la noche, así este feliz nacimiento fue el fin de todos nuestros males, dice el abad Ruperto, y el principio de aquel dichoso dia, por el cual suspiraban todos los hombres.

*Certabant sæcula quoniam ortu Virginis gloriaretur.* Todos los siglos, dice san Juan Damasceno, parecian disputar sobre quién tendria la gloria de ver nacer á la santísima Virgen (*Orat. de Nat. Virg.*). En ese dichoso dia, dice el beato Pedro Damiano, ha nacido aquella por quien todos renacemos; pues se puede decir con san Bernardo, que en el nacimiento de la santísima Virgen empieza el cielo á reconciliarse con la tierra, y que este dichoso na-

cimiento es como los preliminares de la paz, digámoslo así, que Jesucristo ha de hacer entre Dios y los hombres.

En Nazaret, ciudad de Galilea, en donde estaban domiciliados san Joaquin y santa Ana, nació la santísima Virgen. Era de la tribu de Judá y de la familia real de David, como ya hemos dicho, y como lo expresa la Iglesia en el oficio del dia de su nacimiento. Jamás vió el cielo nacer una niña mas noble, mas cabal, mas santa, dice san Bernardino. Descendiente de David y de tantos otros reyes como contaba entre sus antepasados, habia heredado la gloria de todos ellos. Dotada de las cualidades naturales que habia recibido de Dios, era, como habla san Bernardo, la obra mas perfecta que viéron los siglos: ninguna de las hijas de Israel pudo jamás compararse con ella en el conjunto maravilloso de gracias y perfecciones sobresalientes de que se hallaba enriquecida: de ella fue de quien habia dicho el Espíritu santo por el Profeta (*Prov. 19.*): *Multæ filiæ congregaverunt divitias; tu supergressa es universas*: son muchas las doncellas ilustres por su nobleza, por sus virtudes, por sus prendas, por su mérito; pero ninguna iguala con mucho al tesoro de gracias con que el cielo te ha privilegiado á ti, ninguna hay que no sea inferior á ti en dones naturales y sobrenaturales.

El nacimiento de la santísima Virgen fue sin ruido y sin aparato, como que el de Jesucristo habia de ser bastante obscuro á los ojos del mundo. Habiendo querido Dios que hubiese una perfecta conformidad entre el nacimiento de la madre y el del hijo, es fácil concebir cuál sería el gozo de todo el cielo al ver nacer á la que estaba reconocida por Reyna del cielo y tierra. Muchos santos padres creen que el ángel que anunció á san Joaquin y á santa Ana que tendrian una hija, sin embargo de su avanzada edad y de su larga esterilidad, les habia dado á entender al mismo tiempo que esta dichosa hija sería madre del Mesías; lo cierto es que jamás se vió niña mas querida de sus padres, ni que mereciese mas sus caricias, que la que desde su inmaculada concepcion era el objeto de la predileccion de su Dios.

El nacimiento de la santísima Virgen fue sin ruido y sin aparato, como que el de Jesucristo habia de ser bastante obscuro á los ojos del mundo. Habiendo querido Dios que hubiese una perfecta conformidad entre el nacimiento de la madre y el del hijo, es fácil concebir cuál sería el gozo de todo el cielo al ver nacer á la que estaba reconocida por Reyna del cielo y tierra. Muchos santos padres creen que el ángel que anunció á san Joaquin y á santa Ana que tendrian una hija, sin embargo de su avanzada edad y de su larga esterilidad, les habia dado á entender al mismo tiempo que esta dichosa hija sería madre del Mesías; lo cierto es que jamás se vió niña mas querida de sus padres, ni que mereciese mas sus caricias, que la que desde su inmaculada concepcion era el objeto de la predileccion de su Dios.

## §. IX.

*Del santo nombre de María.*

Como san Joaquín y santa Ana eran los mas exáctos en observar la ley, no dexáron de cumplir con lo que prescribía se hiciese el día 9 despues del nacimiento de las niñas: una de las ceremonias legales era ponerles nombre á las niñas en este día; y así luego que hubo llegado, la pusieron á su hija el misterioso nombre de María, el cual significa en siríaco *señora soberana*; y en hebreo *estrella del mar*, que guía seguramente al puerto, y que el piloto no pierde jamás de vista, durante la noche, sin peligro de naufragar. No se sabe si se la puso este nombre por alguna revelacion particular; pero no hay duda, dicen los santos padres, que se le impuso Dios; pues élla sola debía llevar toda su significacion, y todos los misterios que encierra en sí dicho nombre. Las tres Personas de la santísima Trinidad le pusieron un nombre tan santo y tan respetable, Virgen santísima, canta el sábio y devoto Raymundo Jordán, preboste de Usez en 1351, y despues abad de Celles, conocido baxo el sobrenombre del Sábido idiota, para que oyéndole pronunciar se arrodillen todas las potestades del cielo, de la tierra y de los infiernos. Este nombre, añade el mismo, es de tanta virtud y excelencia, que el cielo se rie, la tierra se alegra, y hasta los ángeles saltan de gozo siempre que se pronuncia; *Dedit tibi Maria tota Trinitas nomen, &c.* No podía tener la Madre de Dios, dice san Bernardo, nombre que la conviniera mas bien que el de María, ni que mas bien significara su excelencia y sus grandezas. María, continúa el Santo, es aquella hermosa y brillante estrella, elevada sobre este vasto y espacioso mar del mundo: élla guía á los que están embarcados sobre este tempestuoso mar: perder de vista á esta estrella, es exponerse á un evidente peligro de extraviarse, de dar bien presto contra los escollos, y padecer un triste naufragio: *Ne avertas oculos á fulgore hujus syderis, si non vis obrui procellis.* Las tempestades son frecuentes en este vasto mar (habla el mismo Padre): á cada paso se encuen-

tran escollos: ningun puerto, ninguna ensenada en donde no soplen con furia los vientos, donde no se encrespen las olas; ¿pero quieres evitar el naufragio? mira siempre á esta estrella, *respice stellam*: llama á María que te socorra: invoca sin cesar el santo nombre de María: *voca Mariam*. ¿Eres como el blanco de las desdichas y calamidades; te hallas afligido, porque todo te sucede adversamente; estás abrumado por las mas amargas contradicciones, dice el grande Alberto (*In cap. 1. Luc.*)? invoca el santo nombre de María. El nombre de María, decia san Antonio de Padua, es un motivo de gozo y de confianza para todos los que le pronuncian con devocion y con respeto: es mas dulce á la boca que la miel: mas agradable al oido que un cántico lleno de melodía; mas delicioso al corazon que el gozo mas dulce: *Nomen virginis Mariæ, mel in ore, melos in aure, jubile in corde.* ¿Qué nombre despues del de Jesus, dice el célebre Alano de la Isla, del orden del Cister, uno de los mas ilustres ornamentos de la universidad de París; qué nombre se debe publicar con mas elogios, con mas veneracion que el nombre de María? ¿qué nombre debe estar continuamente en la boca y en el corazon de los fieles que el nombre de María? ¿con cuánta razon se compara á un aceyte precioso, que derrama por todas partes el olor mas exquisito (*In cap. 11. Cant.*)? *Cujus nomen præconizatur in mundo nisi Virginis hujus? &c.*

San Anselmo sube todavía mas de punto la veneracion y el elogio de este santo nombre: algunas veces, dice este Santo (*Lib. de Excell. Virg.*), se consigue antes gracia y misericordia invocando el nombre de María, que invocando el de Jesus. No es esto decir que el nombre de Jesus no sea mas respetable que el de María, sino que la santísima Virgen invocada intercede con su hijo, (segun el pensamiento de este Padre) en favor de los que, invocando su santo nombre, acuden á élla, y buscan su poderosa proteccion. La Iglesia apenas oye el nombre de María, dice el sábio Pedro de Blois, cuando dobla la rodilla por el respeto que profesa á este santo nombre; y nunca se oye pronunciar que no se avive la devocion de los fieles: *Ecclesia audito nomine Mariæ genua terræ infigit, &c.*

Desde el nacimiento del cristianismo se han acostumbrado los fieles á no separar los dos augustos nombres de

Jesus y de María: en aquellos primeros tiempos de fervor no se pronunciaban el uno sin el otro. La religion era la misma hoy que era entonces: los verdaderos fieles tienen el dia de hoy el mismo amor y el mismo respeto al Hijo, é igualmente profesan á la Madre la misma veneracion y la misma ternura que se la profesaba en aquellos felices tiempos; esto es lo que junta ordinariamente estos dos augustos nombres en el corazon y en la boca de los cristianos, especialmente á la hora de la muerte, de modo, que no se ha visto santo que no haya tenido la devocion y el dulce consuelo de morir pronunciando los santos nombres de Jesus y Maria. El santo nombre de Maria, nombre que es el terror de los infiernos, la alegría de los ángeles en el cielo, y el consuelo de los fieles sobre la tierra, es tan dulce y tan respetable á toda la Iglesia, que ha establecido una fiesta particular á honra suya el domingo primero despues del dia de su natiuidad. Al fin de esta vida se verá el motivo y la historia de esta fiesta.

## §. X.

*La santísima Virgen se cria en Nazaret en casa de sus padres hasta la edad de tres años.*

Cumplidos los ochenta dias despues del nacimiento de la santísima Virgen, que era el tiempo en que ordenaba la ley que las madres que habian parido hija debian purificarse, llevar la niña al templo, y ofrecer al Señor por sí y por la hija un cordero en holocausto, y un pichon ú dos tórtolas; santa Ana no faltó á esta ceremonia que prescribia la religion, de que era tan zelosa. Llevó, pues, la Niña virgen á Jerusalem, y la ofreció al Señor en el templo; pero mientras que se ofrecia por Maria la victima prescripta por la ley, esta dichosa Niña inmolvaba ella misma al Señor de un modo mucho mas espiritual y mas perfecto. Hasta entonces no habia visto Dios en su templo, ni sobre sus altares una victima tan pura, tan santa, tan agradable á sus ojos; tan digna de sus divinas complacencias. La Niña virgen se ofrecia interiormente á su Dios como la mas humilde de sus esclavas; y Dios la recibia como á su hija queri-

da, como á su esposa sin mancha, como á la que habia de ser madre de su amado Hijo. Solo Dios puede saber cuán agradable le fue esta ofrenda, y las abundantes gracias de que fue acompañado este primer acto exterior de religion de la mas feliz y devota Niña.

Se cree, y es muy probable, que san Joaquin y santa Ana no lleváron su santa Hija al templo solamente para satisfacer á la obligacion de esta ceremonia, ó presentacion puramente legal, sino tambien para ofrecerla toda al Señor, y consagrársela como un don del cielo, que ellos no tenian sino en depósito, y que estaban resueltos á volvérsela á dar muy luego que estuviese en edad de ser admitida para el servicio del templo.

Acabada la ceremonia, volvió la santísima Virgen á Nazaret, en donde fue por espacio de tres años el objeto de los cuidados y las delicias de su santa familia. Como la gracia se habia anticipado nueve meses á su nacimiento, tambien el uso de la razon se anticipó en ella á la edad en que la razon acostumbra desenvolverse en los demas niños. Apenas tenia Maria dos años cuando ya parecian hacer su carácter la piedad, la prudencia, la mansedumbre y la docilidad. Al modo que los astros, aunque luminosos totalmente desde el punto que aparecen sobre el orizonte, parecen descubrirse á nuestros ojos un nuevo resplandor á medida que se alejan del punto de donde se levantan; así la santísima Virgen, semejante á la estrella, de la cual llevaba el nombre, aunque desde el primer instante de su immaculada concepcion habia recibido el don de sabiduría, no manifestaba sus tesoros sino conforme iba creciendo en edad. Se admiraban todos los dias en esta jóven Niña golpes brillantes de una razon anticipada: todo era en ella extraordinario, porque todo era maravilloso. Habiéndose anticipado la razon á la edad, creyeron san Joaquin y santa Ana que debian anticipar el tiempo de cumplir su voto. Habian prometido al Señor, que si no obstante su larga esterilidad les daba un niño ó niña, lo consagrarían á su servicio en el templo. Hallando, pues, en su santa Hija, en la edad de tres años, un juicio, una sabiduría, una devocion anticipada, que no se hallaba en ninguna de las otras niñas de mucha edad, determináron ir á volverle al Señor un tesoro que hasta entonces no habian tenido sino en depósito. Ya se de-

Jesus y de María: en aquellos primeros tiempos de fervor no se pronunciaban el uno sin el otro. La religion era la misma hoy que era entonces: los verdaderos fieles tienen el dia de hoy el mismo amor y el mismo respeto al Hijo, é igualmente profesan á la Madre la misma veneracion y la misma ternura que se la profesaba en aquellos felices tiempos; esto es lo que junta ordinariamente estos dos augustos nombres en el corazon y en la boca de los cristianos, especialmente á la hora de la muerte, de modo, que no se ha visto santo que no haya tenido la devocion y el dulce consuelo de morir pronunciando los santos nombres de Jesus y Maria. El santo nombre de Maria, nombre que es el terror de los infiernos, la alegría de los ángeles en el cielo, y el consuelo de los fieles sobre la tierra, es tan dulce y tan respetable á toda la Iglesia, que ha establecido una fiesta particular á honra suya el domingo primero despues del dia de su natiuidad. Al fin de esta vida se verá el motivo y la historia de esta fiesta.

## §. X.

*La santísima Virgen se cria en Nazaret en casa de sus padres hasta la edad de tres años.*

Cumplidos los ochenta dias despues del nacimiento de la santísima Virgen, que era el tiempo en que ordenaba la ley que las madres que habian parido hija debian purificarse, llevar la niña al templo, y ofrecer al Señor por sí y por la hija un cordero en holocausto, y un pichon ú dos tórtolas; santa Ana no faltó á esta ceremonia que prescribia la religion, de que era tan zelosa. Llevó, pues, la Niña virgen á Jerusalem, y la ofreció al Señor en el templo; pero mientras que se ofrecia por Maria la victima prescripta por la ley, esta dichosa Niña inmolaba ella misma al Señor de un modo mucho mas espiritual y mas perfecto. Hasta entonces no habia visto Dios en su templo, ni sobre sus altares una victima tan pura, tan santa, tan agradable á sus ojos; tan digna de sus divinas complacencias. La Niña virgen se ofrecia interiormente á su Dios como la mas humilde de sus esclavas; y Dios la recibia como á su hija queri-

da, como á su esposa sin mancha, como á la que habia de ser madre de su amado Hijo. Solo Dios puede saber cuán agradable le fue esta ofrenda, y las abundantes gracias de que fue acompañado este primer acto exterior de religion de la mas feliz y devota Niña.

Se cree, y es muy probable, que san Joaquin y santa Ana no lleváron su santa Hija al templo solamente para satisfacer á la obligacion de esta ceremonia, ó presentacion puramente legal, sino tambien para ofrecerla toda al Señor, y consagrársela como un don del cielo, que ellos no tenian sino en depósito, y que estaban resueltos á volvérsela á dar muy luego que estuviese en edad de ser admitida para el servicio del templo.

Acabada la ceremonia, volvió la santísima Virgen á Nazaret, en donde fue por espacio de tres años el objeto de los cuidados y las delicias de su santa familia. Como la gracia se habia anticipado nueve meses á su nacimiento, tambien el uso de la razon se anticipó en ella á la edad en que la razon acostumbra desenvolverse en los demas niños. Apenas tenia Maria dos años cuando ya parecian hacer su carácter la piedad, la prudencia, la mansedumbre y la docilidad. Al modo que los astros, aunque luminosos totalmente desde el punto que aparecen sobre el orizonte, parecen descubrirse á nuestros ojos un nuevo resplandor á medida que se alejan del punto de donde se levantan; así la santísima Virgen, semejante á la estrella, de la cual llevaba el nombre, aunque desde el primer instante de su immaculada concepcion habia recibido el don de sabiduría, no manifestaba sus tesoros sino conforme iba creciendo en edad. Se admiraban todos los dias en esta jóven Niña golpes brillantes de una razon anticipada: todo era en ella extraordinario, porque todo era maravilloso. Habiéndose anticipado la razon á la edad, creyeron san Joaquin y santa Ana que debian anticipar el tiempo de cumplir su voto. Habian prometido al Señor, que si no obstante su larga esterilidad les daba un niño ó niña, lo consagrarían á su servicio en el templo. Hallando, pues, en su santa Hija, en la edad de tres años, un juicio, una sabiduría, una devocion anticipada, que no se hallaba en ninguna de las otras niñas de mucha edad, determináron ir á volverle al Señor un tesoro que hasta entonces no habian tenido sino en depósito. Ya se de-

xa discurrir cuánto les costaría este sacrificio. La pequeña hija era todo su consuelo, todo su tesoro, y todas sus mas dulces delicias; pero cuando el espíritu de Dios es quien nos anima, cuando somos tan religiosos como san Joaquin y santa Ana, se prefiere con gusto á su propia satisfaccion lo que se debe al Señor.

Hízose este doble sacrificio el dia 21 de noviembre, en el que san Joaquin y santa Ana fuéron á ofrecer al Señor en el templo la alhaja que mas amaban y apreciaban; y María fue igualmente á animar esta ofrenda, y á efectuar este sacrificio, consagrándose élla misma de todo corazon, y del modo mas perfecto á su Dios, por la obligacion pública y solemne que hizo al Señor de su corazon, de su espíritu, de su cuerpo y de todas las potencias de su alma; y todo esto del modo mas santo y mas agradable á los ojos de Dios; de suerte, que se puede decir, que este sacrificio fue el mas santo y mas perfecto de cuantos se habian hecho á Dios desde el principio del mundo; y esto es lo que se llama la presentacion de la santísima Virgen en el templo de Jerusalem.

## §. XI.

*La presentacion de la virgen María.*

Entre los judios habia dos géneros de presentacion en el templo: la primera era de obligacion, pues era mandada por la ley, y era la que hacian las mugeres en determinados dias despues de sus partos; es á saber, á los ochenta dias por las niñas, y á los cuarenta por los varones. La otra presentacion se hacia por los que habian votado consagrar sus hijos al servicio de Dios en el templo, como la que hizo Ana, madre de Samuel, y santa Ana, madre de la santísima Virgen. Habia para esto alrededor del templo de Jerusalem habitaciones destinadas, unas para los hombres, otras para las mugeres, algunas para los niños, y otras para las niñas que debian cumplir la promesa que habian hecho ellos ó ellas, ó sus padres por ellos. Habia maestros hábiles, y maestras de una virtud conocida para educar en la piedad á los niños y niñas respectivamente; y el empleo de éstos y de éstas era servir en los ministerios sagrados, ca-

da cual segun su edad, su estado, su sexo y su capacidad. Instruidos san Joaquin y santa Ana en aquello del Sábio: *Si has hecho voto á Dios, no dilates su cumplimiento*, desde que viéron que su santa Hija tenia mas prudencia y mas virtud á los tres años, que los otros niños á los quince, resolvieron cumplir su voto, cuyo cumplimiento solicitaba su santa Hija con un ardor extraordinario.

Esta piadosa ceremonia se hacia siempre con solemnidad; los padres, acompañados de toda la parentela, llevaban sus hijos al templo: habiendo el padre y la madre presentado el niño al sacerdote al pie del altar, le decian el voto que habian hecho de consagrar su hijo al templo; y despues de ciertas oraciones, el sacerdote le admitia solemnemente en el número de los ministros ó sirvientes de la casa de Dios, hasta un tiempo determinado; y esto es lo que se llamaba prestar un niño al Señor, segun el lenguaje de la Escritura: *Idcirco et ego commodavi eum Domino*; por eso le he prestado al Señor, decia Ana, madre de Samuel, cuando fue á presentarle en el templo.

Isidoro de Tesalónica dice que la ceremonia de la presentacion de la santísima Virgen en el templo de Jerusalem se hizo con un aparato extraordinario: que no solo quiso acompañarla toda la parentela, sino que por una inspiracion secreta de la divina Providencia, cuyo misterio se ignoraba, todas las personas de distincion de Jerusalem quisieron asistir á esta augusta ceremonia, mientras que los ángeles acompañaban y celebraban con sus dulces cánticos esta fiesta. No se sabe quién fue el sacerdote que recibió á esta incomparable Virgen. San German, patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia, tienen por verisímil que fue san Zacarías, padre de san Juan Bautista. Esta presentacion fue, sin duda, acompañada de algun sacrificio, como lo fue la de Samuel; pero el que hizo entonces á Dios esta bienaventurada Niña de todo cuanto era y tenia, fue de un valor y de un mérito mucho mayor delante de Dios, que todas las víctimas inmoladas.

Las otras niñas que se presentaban en la menor edad para ser consagradas al servicio del templo, como la mayor parte de ellas no tenian todavia el uso de la razon, no sabian lo que se hacia de ellas en esta ceremonia, y

su voto no tenia por mérito sino por respeto á la consagracion interior y espiritual que hacian de éllas sus padres; pero María, en quien por un privilegio especial se habia adelantado el uso de la razon y de la libertad desde el primer instante de su vida, instruida perfectamente por el Espíritu santo, conocia toda la santidad de esta augusta ceremonia, y la acompañaba de todos los sentimientos de religion y de las demas virtudes; lo que hacia que su sacrificio fuese mas meritorio y mas agradable á los ojos de Dios, que cuantos se habian ofrecido hasta entonces en el mundo. *Omnis gloria ejus filia Regis ab intus*, dice de la santísima Virgen el Profeta. Por mas que las brillantes cualidades exteriores de esta hija del Rey de los cielos, que habia de ser á un mismo tiempo esposa y madre suya, fuesen la admiracion y el embeleso de todos, sin embargo, era infinitamente mas hermosa interior que exteriormente por sus eminentes virtudes. Por esto la Iglesia, gobernada en todo y por todo por el Espíritu santo, ha querido honrar esta santa presentacion con una fiesta particular que se celebra el 21 de noviembre. ¿Por ventura habia visto Dios jamás victima que le fuese mas agradable? ¿Qué de espíritus celestiales asistirían á este acto de religion tan glorioso para Dios, á esta augusta ceremonia, que era la admiracion de toda la celestial Jerusalem! Todo el cielo estuvo de fiesta en este dichoso dia: ¿cómo podia, pues, la Iglesia dexar de celebrar el mismo dia la memoria y la fiesta de la presentacion de su reyna y abogada? Esto es lo que movió á tantos santos padres, á san Evodio de Antioquia, á san Epifanio de Salamina, á san Gregorio de Nisa, á san Gregorio el teólogo, á san Andrés de Creta, á san German de Constantinopla, á san Juan Damasceno, y á tantos padres latinos á mirar la presentacion de la santísima Virgen en el templo de Jerusalem como el primer acto de religion mas agradable á Dios; y la fiesta de este dia como el preludio y el ensayo, por decirlo así, de todas las fiestas.

Habiendo sido admitida la santísima Virgen en el número de las niñas consagradas solemnemente al Señor, aunque era la mas jóven de todas, bien pronto sobrepusó en cordura, en virtud y en mérito, tanto interior como exteriormente á todas las ótras. Las bellas prendas de

que estaba dotada la ganaron muy desde los principios el corazon y la estimacion de las devotas matronas, destinadas á educarla. Jamás se vió educacion mas bella, mas feliz, y que costase menos. El tesoro de gracias, de virtudes, de merecimientos con que el Espíritu santo la habia enriquecido desde su immaculada concepcion, y que élla aumentaba todos los instantes por su fiel correspondencia, se desplegaba todos los dias á los ojos de cuantos la veían; y si decimos que desde entonces era ya mirada como la maravilla de su sexó, como el prodigio de su siglo y con un milagro de inocencia, nada tendrán de ponderacion estas expresiones.

§. XII. *El modo cómo vivió la santísima Virgen todo el tiempo que estuvo en el templo.*

Jamás se vió un conjunto tan completo de prendas y de virtudes, todas las mas raras y las mas eminentes. Todas las personas que velaban sobre élla, estaban tan admiradas de lo que veían en élla, que la miraban como un milagro de santidad; y como el mas grande y mas rico tesoro que habia habido jamás en el templo.

En efecto, nunca hubo en el templo una vírgen mas pura que María, dice san Ambrosio en la excelente pintura que nos hizo de esta Señora. Su modestia daba un nuevo brillo á su peregrina belleza, y su mansedumbre un nuevo realce á su modestia: cada una de sus acciones tenia un carácter particular de santidad; hasta en su profunda humildad se descubria un ayre magestuoso. Meditaba mucho, y hablaba poco, dice el mismo Padre: el amor divino en que estaba abrasado su corazon la hacia amar el retiro, y no hallar gusto sino en las íntimas comunicaciones que tenia continuamente con su amado. Nunca se la vió ociosa: la oracion, el trabajo de manos, y la lectura de los libros santos, de los que tenia una inteligencia infusa y profunda, ocupaban todo su tiempo. Su espíritu siempre de acuerdo con su corazon, no perdía jamás de vista á aquel á quien élla sola amaba mas ardiente y mas per-

fectamente que todos lo serafines juntos. Toda su vida no fue, propiamente hablando, sino un ejercicio continuo del más puro amor de su Dios, en el que su corazón se abrasaba más y más cada día. Ninguna cosa fue jamás capaz de interrumpir ni turbar en nada este ejercicio. Si el sueño la embarazaba el uso de los sentidos, su corazón velaba de suerte que ni aun el sueño interrumpía el hilo de su oración: toda su conversacion era en los cielos y de las cosas del cielo; y esto era lo que la hacía amar con tanta vehemencia el retiro. Su frecuencia en el templo en una edad tan tierna daba á conocer bastantemente cuál era el atractivo que la casa de Dios tenía para ella. San Ambrosio conviene en que jamás criatura alguna fue dotada de un don tan sublime de contemplacion, y que toda su vida, hablando en rigor, no fue otra cosa que un éxtasis continuado. Jamás se vió una pura criatura tan querida de Dios, añade el Santo, ni tan perfecta; *Quantæ in una virgine species virtutum emicant!* (Amb. de Virg. l. 2.). Imagina una virtud que no estuviese en esta incomparable Niña en el más alto grado de perfeccion: su pureza fue sin exemplo, su humildad sin medida, su caridad sin límites, su fe sin obscuridad, su piedad sin alteracion. Jamás persona llegó quizá á tan alto punto de abstinencia; si tomaba algun alimento, solo era el que bastaba para no morir de hambre, y jamás buscó el gusto en lo que comia. Su modestia tenia alguna cosa de sobrenatural, y su mansedumbre realzaba todavía su modestia. Jamás persona viviente, dice el mismo san Ambrosio, llenó mejor todos los oficios y deberes de la decencia y de la cortesania. Toda su vida fue un espejo fiel de todas las virtudes: *Talis fuit Maria, ut ejus unius vita omnium sit disciplina.*

Algunos otros santos PP. afirman que se tenía una idea tan alta de su eminente santidad, que todo el mundo la miraba con veneracion, y que los sacerdotes, descubriendo en esta dichosa Niña una virtud tan extraordinaria, la permitian por un especial favor ir de tiempo en tiempo á orar á aquella parte del templo que se llamaba el *Sancta sanctorum*, ó el Santo de los santos; sitio sagrado, á la verdad; pero se puede decir que María le hacía todavía más santo por el fervor con que oraba en él.

Comprehendamos, si podemos, cuál sería el ardor de aquel divino fuego que abrasaba el corazón de María en aquel santo lugar: solo las celestiales inteligencias, testigos ordinarios de su devocion, pudieron formarse una idea justa del fervor de sus meditaciones, de la sublimidad de su contemplacion, del valor y del mérito de aquella infinidad de actos multiplicados de las más heróicas virtudes, que fueron la ocupacion ordinaria de María en los once ó doce años que estuvo en el templo.

Quando el santo Rey profeta decía que serían llevadas un gran número de vírgenes tras ella para servirla y hacerla, por decirlo así, la corte (*Psalm 44.*): *Adducentur regi virgines post eam*; parece no pudo tener otro objeto que la consagracion que la santísima Vírgen habia de hacer de sí misma á su Dios; la cual por su morada y su clausura en el templo habia de servir de modelo á aquel número infinito de doncellas jóvenes que, renunciando al mundo á imitacion de María, y consagrándose enteramente á Dios, pasarian sus dias en la clausura de los monasterios, y en el templo. En efecto, ¿cuántos millares de vírgenes han seguido á esta Reyna de las vírgenes, y á exemplo suyo se han consagrado al servicio de Dios en el claustro para pasar toda su vida en los ejercicios continuos de la más alta devocion, pudiendo decir: Todos nuestros dias están dedicados á meditar y cumplir la ley del Señor, á caminar por las sendas de la justicia y de la santidad, á amar á nuestro Dios, y cantar día y noche sus alabanzas! ¿No hay sobrada razon para decir que la presentacion de la santísima Vírgen, y su morada en el templo de Jerusalem fueron como el sagrado prototipo, y por decirlo así, la primera época de la institucion de todas las religiosas? Esta esposa, ¿ó Rey de la gloria! os traerá en su seguimiento, ó tras sí un número infinito de almas puras é inocentes, una infinidad de vírgenes que pondrán todo su estudio en asemejarse á ella: *Proxime ejus offerentur tibi.* Todas vendrán alegres y placenteras á consagrarse á vos en vuestro templo: *In lætitia et exultatione adducentur in templum regis.* ¿No es esto lo que vemos todos los dias en la vocacion de tantas doncellitas, que con tanta generosidad y alegría se meten en las casas religiosas para seguir el exemplo que las dió la santísima Vírgen

en la augusta ceremonia de su presentacion? *Adducentur regi virgines post eam.*

Epifanio, presbítero de Constantinopla, y san Anselmo, dicen que la santísima Virgen tuvo perfecta inteligencia de la lengua hebrea, aunque ya no estaba entonces en uso entre los judíos; pero que era la lengua original de los libros santos, de los que el Espíritu santo la había dado una inteligencia sobrenatural, como también de todos los sagrados misterios que estos libros santos contenían. El mismo Epifanio añade que nadie supo jamás trabajar tan bien como María en obras de lino, de lana, de seda y de oro; pero que nunca se sirvió de su arte y de su habilidad sino para emplearla en obras destinadas al uso del altar y de sus ministros. Se dexa comprender fácilmente, que con la plenitud de dones del Espíritu santo recibió toda la ciencia y todos los talentos propios de su sexo y de su estado; porque, ¿cómo era posible que negara Dios á la santísima Virgen las prerogativas, los conocimientos, las habilidades y dones naturales que concedió á Eva y Adán en el estado de la inocencia?

## §. XIII.

*Muerte de san Joaquín y de santa Ana.*

**H**abia ocho ó nueve años que la santísima Virgen estaba en su retiro, siendo la admiracion de los hombres y de los ángeles por el resplandor extraordinario de su santidad, y por el conjunto maravilloso de las mas eminentes virtudes, cuando perdió á su padre san Joaquín, y poco después á su madre santa Ana. Una muerte tan preciosa á los ojos de Dios como la de sus queridos padres, la fue sensible; pero la contristó poco: estaba demasiado segura de la suerte feliz de entrámbos; y demasiado resignada en las sagradas órdenes de la Providencia divina para no consolarse bien pronto de su ausencia: había mucho tiempo que Dios estaba en lugar de padre, de madre y de todas las cosas, respecto de ella. Como los sacerdotes que servían en el templo eran por oficio los tutores de las niñas huérfanas consagradas al servicio de Dios, tuvieron desde en-

tonces un cuidado mas particular de esta insigne virgen, la que había mucho tiempo era el objeto de su cariño y de su admiracion.

Apenas hubo llegado á la edad de catorce ó quince años, que era la edad en que se pensaba en casar á las doncellas, pensáron sus tutores en buscarla un esposo que fuese digno de tal esposa. Turbóse María á la primera proposicion que se la hizo sobre este punto. Un autor antiguo, citado por san Gregorio Niseno, dice que la santísima Virgen representó con mucha modestia á los que estaban encargados de su conducta, que habiendo sido consagrada á Dios por sus padres, aun antes de nacer, para servir en el templo, había ratificado despues ella misma esta consagracion, y que así no tenia ni otra inclinacion ni otros deseos que pasar en él el resto de sus dias en calidad de virgen: que si querían tener alguna consideracion á la intencion de sus padres y á la inclinacion propia, no la podrían dar mayor gusto que el no hacerla mudar de estado. Alabáron todos su devocion; pero como entre los judíos toda la gloria consistia en tener sucesion, para de este modo poder esperar tener un dia algun parentesco con el Mesías, especialmente aquellos y aquellas que eran de la tribu de Judá y de la raza de David, como lo era Maria, no se defirió á lo que esta Niña deseaba; y solo se pensó en buscarla un esposo correspondiente, el cual fuese de la misma tribu y de la misma estirpe real que ella.

Era una costumbre introducida entre los judíos, y observada religiosamente en todos los siglos, que cuando una familia se hallaba reducida á una sola hija, se casara ésta con el pariente mas cercano de la misma tribu, con el fin de que distando menos los enlaces, se viese mas claro cuál era la genealogía del Mesías, que era el fin de todos los casamientos y generaciones, tanto en la ley natural, como en la escrita. Así, Abrahan se casó con Sara, y Nacor con Melca, una y otra hijas de Arán, hermano de Abrahan y de Nacor; así, Tobías el jóven, por consejo del ángel Rafael, y en conformidad de la ley de Moyses, se casó con Sara, hija única de Raguel su parienta cercana. Habiendo, pues, sabido la santísima Virgen el desigño que tenían de casarla, y no habiendo juzgado al pro-

pósito declarar el voto secreto que había hecho de permanecer siempre vírgen, sabiendo muy bien que habiéndole hecho de tan poca edad no dexarian de dispensarle, recurrió á la oración; y no cesó de suplicar día y noche al Señor que tomara baxo su protección á su esposa. Vos estáis en posesión de mi corazón, decia hablando con el divino Esposo: vos le poseéis desde el primer instante de mi vida: vuestro santo Espíritu ha habitado en mi cuerpo desde entonces como en su templo; no permitais, Dios de pureza, que este templo sea manchado jamás.

No se duda que despues de algunas largas y fervorosas súplicas tuvo una secreta seguridad de que el matrimonio que contraeria, siendo ordenado por la Providencia divina, no serviría de obstáculo al cumplimiento de su voto; y que el esposo que el cielo la destinaba, sería el custodio de su virginidad en el mismo matrimonio.

## §. XIV.

*La santísima Vírgen se desposa con S. José.*

Luego que la santísima Vírgen hubo cumplido los quince años, se juntaron sus parientes mas cercanos, todos de la tribu de Judá, y de la familia de David con ella. Entre todos los que estaban en estado de casarse con María, se eligió á san José, á quien la divina Providencia había destinado desde la eternidad para ser el tutor y el padre legal y putativo del Salvador como esposo de María, madre natural y verdadera de Jesus. Algunos son de parecer que era tío de la santísima Vírgen, ó á lo menos su primo hermano; lo cierto es, que era uno de sus parientes mas cercanos de la misma tribu, y de la misma sangre real que ella; aunque la fortuna le había reducido á la humilde condicion de artesano, pues era carpintero; pero por mas obscura que fuese su condicion, ningun hombre, dice san Epifanio, fue jamás, ni mas noble, ni mas rico que él á los ojos de Dios: ninguno llegó con mucho al mérito, á la pureza, y á la eminente santidad de este gran Patriarca: el mismo santo Padre añade, que san José era entonces de una edad muy avanzada, y que pre-

venido desde su primera juventud en una gracia especial, casi desconocida en aquel tiempo entre los judíos, no había querido jamás casarse, resuelto á guardar perpetua virginidad toda su vida: que si asintió á la caída de la edad al casamiento con María, su parienta, fue porque conociendo su eminente virtud y su extraordinario amor á la castidad, se prometió vivir siempre vírgen en el matrimonio: tambien se cree que emtrámbos se habían convenido en éllo antes de desposarse.

Efectuóse el matrimonio en Jerusalem. No tanto fuéron, dice el célebre Gerson, dos esposos los que contraxéron, quanto una virginidad que se ensalzó con otra: *Virginitas nupsit*. Jamás vió el cielo esponsales tan santos, ni mas dignos de ser honrados con la asistencia de toda la córte celestial; y es probable que lo fueron de la de todos los espíritus bienaventurados. Muchas iglesias celebran fiesta particular á los desposorios de María con José el veinte y dos de enero, que se cree haber sido el día de esta augusta ceremonia (En España se celebra el 26 de noviembre). Jamás se vió casamiento mas digno ni mas feliz, porque jamás hubo casamiento tan santo: si María recibió un custodio y un protector de su virginidad, José, dice san Juan Damasceno, recibió con ser esposo de María la mas augusta cualidad que se puede imaginar sobre la tierra; *Virum Mariæ; nihil præterea dici potest*. Santo Tomás es de parecer que á poco tiempo de haberse celebrado este dichoso matrimonio, san José y la santísima Vírgen hicieron de mútuo consentimiento voto de virginidad, ó le renováron. Este acto de religion, dice el santo Doctor, es demasiado perfecto para que dos personas tan santas se descuidasen de hacerle; y sus inclinaciones sobre este particular estaban demasiado conformes para no convenir en la práctica de una tan admirable virtud, estando animados emtrámbos de un mismo Espíritu santo, que es el que tiene un cuidado particular de las almas castas.

El voto de perpetua castidad había sido hasta entonces inaudito, porque había sido desconocido; pues aunque había habido santos personajes en el antiguo Testamento, que habían vivido celibatos, como Elías, Eliseo, Daniel, y los tres jóvenes que fueron conservados milagrosamente en el horno encendido de Babilonia, no nos consta se-

pósito declarar el voto secreto que había hecho de permanecer siempre vírgen, sabiendo muy bien que habiéndole hecho de tan poca edad no dexarian de dispensarle, recurrió á la oración; y no cesó de suplicar día y noche al Señor que tomara baxo su protección á su esposa. Vos estáis en posesión de mi corazón, decia hablando con el divino Esposo: vos le poseéis desde el primer instante de mi vida: vuestro santo Espíritu ha habitado en mi cuerpo desde entonces como en su templo; no permitais, Dios de pureza, que este templo sea manchado jamás.

No se duda que despues de algunas largas y fervorosas súplicas tuvo una secreta seguridad de que el matrimonio que contraeria, siendo ordenado por la Providencia divina, no serviría de obstáculo al cumplimiento de su voto; y que el esposo que el cielo la destinaba, sería el custodio de su virginidad en el mismo matrimonio.

## §. XIV.

*La santísima Virgen se desposa con S. José.*

Luego que la santísima Virgen hubo cumplido los quince años, se juntaron sus parientes mas cercanos, todos de la tribu de Judá, y de la familia de David con ella. Entre todos los que estaban en estado de casarse con María, se eligió á san José, á quien la divina Providencia había destinado desde la eternidad para ser el tutor y el padre legal y putativo del Salvador como esposo de María, madre natural y verdadera de Jesus. Algunos son de parecer que era tío de la santísima Virgen, ó á lo menos su primo hermano; lo cierto es, que era uno de sus parientes mas cercanos de la misma tribu, y de la misma sangre real que ella; aunque la fortuna le había reducido á la humilde condicion de artesano, pues era carpintero; pero por mas obscura que fuese su condicion, ningun hombre, dice san Epifanio, fue jamás, ni mas noble, ni mas rico que él á los ojos de Dios: ninguno llegó con mucho al mérito, á la pureza, y á la eminente santidad de este gran Patriarca: el mismo santo Padre añade, que san José era entonces de una edad muy avanzada, y que pre-

venido desde su primera juventud en una gracia especial, casi desconocida en aquel tiempo entre los judíos, no había querido jamás casarse, resuelto á guardar perpetua virginidad toda su vida: que si asintió á la caída de la edad al casamiento con María, su parienta, fue porque conociendo su eminente virtud y su extraordinario amor á la castidad, se prometió vivir siempre vírgen en el matrimonio: tambien se cree que emtrámbos se habían convenido en éllo antes de desposarse.

Efectuóse el matrimonio en Jerusalem. No tanto fuéron, dice el célebre Gerson, dos esposos los que contraxéron, quanto una virginidad que se ensalzó con otra: *Virginitas nupsit*. Jamás vió el cielo esponsales tan santos, ni mas dignos de ser honrados con la asistencia de toda la córte celestial; y es probable que lo fueron de la de todos los espíritus bienaventurados. Muchas iglesias celebran fiesta particular á los desposorios de María con José el veinte y dos de enero, que se cree haber sido el día de esta augusta ceremonia (En España se celebra el 26 de noviembre). Jamás se vió casamiento mas digno ni mas feliz, porque jamás hubo casamiento tan santo: si María recibió un custodio y un protector de su virginidad, José, dice san Juan Damasceno, recibió con ser esposo de María la mas augusta cualidad que se puede imaginar sobre la tierra; *Virum Mariæ; nihil præterea dici potest*. Santo Tomás es de parecer que á poco tiempo de haberse celebrado este dichoso matrimonio, san José y la santísima Virgen hicieron de mútuo consentimiento voto de virginidad, ó le renováron. Este acto de religion, dice el santo Doctor, es demasiado perfecto para que dos personas tan santas se descuidasen de hacerle; y sus inclinaciones sobre este particular estaban demasiado conformes para no convenir en la práctica de una tan admirable virtud, estando animados emtrámbos de un mismo Espíritu santo, que es el que tiene un cuidado particular de las almas castas.

El voto de perpetua castidad había sido hasta entonces inaudito, porque había sido desconocido; pues aunque había habido santos personajes en el antiguo Testamento, que habían vivido celibatos, como Elías, Eliseo, Daniel, y los tres jóvenes que fueron conservados milagrosamente en el horno encendido de Babilonia, no nos consta se-

hubiesen obligado por voto á vivir en un estado tan perfecto. María, dice san Ambrosio, es la primera que ha dado exemplo de esta virtud, y la que por el voto que hizo de perpetua virginidad levantó sobre la tierra el estandarte, digámoslo así, de la virginidad; y la que por su exemplo ha atraído tras sí aquella infinidad de vírgenes que siguen al Esposo celestial, y componen su brillante corte, segun las palabras ya citadas del real Profeta: *Adducuntur regi virgines post eam*. Esta esposa tan querida, esta madre tan digna, ¡ó Rey de la gloria! te traerá tras sí una infinidad de almas puras é inocentes, un sin número de vírgenes que, siguiendo su exemplo, te consagrarán su virginidad, y vendrán alegres y gozosas á consagrarse á ti en tu templo: *In lætitia et exultatione adducuntur in templum regis*. ¿Por ventura, no vemos cumplida á la letra esta profecía en todas esas santas y numerosas comunidades de religiosas, de quienes la santísima Virgen es la madre, y de quienes debe ser el modelo, segun el espíritu de su instituto? Quiso Dios que esta Virgen purísima, que habia de ser madre de su hijo, sin dexar de ser vírgen, se casara, dice san Gerónimo, lo primero, para que se pudiese saber que era de la tribu de Judá, y de la raza de David, porque no se podia texer la genealogía de las mugeres entre los judíos sino por medio de las de sus maridos: *Ut per generationem Joseph origo Mariæ monstraretur*. Lo segundo, para que su milagroso preñado no se la imputase á delito; lo que no hubiera podido evitar si no se hubiera casado. Lo tercero para que en su huida á Egipto, para librar al niño Jesus de la crueldad de Herodes, tuviese el socorro y alivio de su esposo, tanto en el viage, como en la detencion que habia de hacer en aquella tierra extrangera: *Ut in Egyptum fugiens, habere solatium*. San Ignacio mártir añade todavía otra razon, dice el mismo san Gerónimo, para que el demonio, dice el Santo, ignorase la milagrosa concepcion del Mesías, pareciéndole que no podia haber nacido de una vírgen habiendo nacido de una muger casada: *Ut partus ejus celaretur diabolo, dum eum putat non de virgine sed de uxore generatum*. Fácilmente se dexa comprender cuál sería la vida santa y edificante de los dos santos esposos; ¡qué paz, qué virtud, qué mútua venera-

cion en esta augusta familia! Nazaret admiraba la eminente santidad y las pasmosas virtudes del uno y del otro; pero ignoraba el valor del tesoro que poseía; sola la celestial Jerusalem conocia todo el mérito de ámbos; sola élla sabia que María era el templo vivo del Espíritu santo y el santuario de la divinidad, como la llaman los santos PP. Vivió esta Señora con gran retiro todo el tiempo que estuvo en Nazaret; su ocupacion ordinaria eran la oracion y la contemplacion. Como no perdia jamás á Dios de vista, ni el trabajo de manos interrumpia su oracion, ni el cuidado de su corto omenage su íntima union con Dios; jamás se vió modestia tan perfecta ni tan respetable; con solo dexarse ver, infundia un respeto y una veneracion sin igual. Rara vez se la veía en público, dice san Ambrosio; el retiro tenia para élla atractivos maravillosos. Conversaba poco con los hombres, porque toda su conversacion era en los cielos; la caridad reglaba todas sus visitas, y todos experimentaban los efectos de su misericordia: *Eos solus solita cætus virorum invisere, quos misericordia non erubesceret*.

## §. XV.

*La anunciacion de la santísima Virgen.*

**H**abia dos meses y algunos dias que estos dos castos esposos vivian como hermanos en el exercicio de las mas admirables virtudes, cuando habiendo llegado el dichoso momento en que Dios desde la eternidad tenia determinado enviar su hijo al mundo, el ángel Gabriel fue enviado á esta incomparable Virgen, para anunciarla que en su seno debia obrarse este gran misterio, y para poner en su noticia que habiendo resuelto el Verbo divino hacerse carne, la habia escogido para madre suya con preferencia á todas las demas mugeres. Apareciósela el Angel, dice san Bernardo, cuando invisible á toda criatura se inmolaba á su Dios en el fervor de la mas sublime contemplacion, y meditaba en su retiro el inefable misterio que no sabia habia de obrarse en élla. El celestial Enviado lleno de respeto y veneracion á la que ya miraba como á su soberana, se la apareció en figura de un mance-

bo que despedía de sí rayos de luz, con los que alumbró toda la habitacion, y la dixo: *Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mugeres.*

La aparicion de un ángel en figura de hombre asustó al principio algun tanto á la mas pura de todas las vírgenes; y un elogio tan magnífico y tan lisonjero sobresaltó su humildad, y la causó algun sonrojo, de modo que pareció turbarse. Habiéndolo advertido el Angel, la dixo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; concebirás y darás al mundo un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus. Será grande de todos modos este hijo, y los prodigios estupendos que obrará, publicarán bastante quién es, y le harán conocer visiblemente por el hijo del altísimo y por el Mesías que hasta aquí ha sido el objeto de todos los deseos, y la espectacion de todos los siglos. Como hijo tuyo será descendiente de David, por ser tú de sangre real; pero no debe sentarse en el trono por derecho de sucesion: la soberanía y el imperio le son debidos por otros muchos y muy diferentes títulos. Como verdadero hijo de Dios reynará sobre todos los pueblos del universo; pero su corona no será de la misma naturaleza que la de los reyes de la tierra, los cuales no reynan mas que sobre una nacion, y solo por un cierto número de años; ninguno de éstos dexa de ver acabarse con su muerte su poder, su magestad y todos sus títulos. Tu hijo fundará una nueva monarquía, la cual encerrará todos los pueblos en la misteriosa casa de Jacob; reynará en ella sin tener jamás ni competidores ni sucesores; porque el imperio de este gran Rey no tendrá otros límites que el universo entero, ni otra medida de su duracion que la misma eternidad.

Ya se dexa conocer cuáles serían entonces los sentimientos de la mas humilde de las criaturas. No podia comprender María cómo Dios hubiese podido poner los ojos en ella para el cumplimiento de un misterio tan admirable, tan inefable y tan incomprendible á todo criador entendimiento; por otra parte la qualidad de madre la confundía y asustaba; tanto era el aprecio en que tenía la de vírgen, y esto fue lo que la obligó á preguntar, ¿Cómo se haría lo que el Angel la anunciaba? *Quodomo fiet*

*istud?* Lo que no hubiera preguntado, dice san Agustín, si no hubiera hecho voto de perpetua virginidad: *Quod profecto non diceret, nisi virginem se ante novisset* (Lib. de Virg.).

Respondióla el Angel que no se asustara, que Dios era todopoderoso, y que su bondad era igual á su omnipotencia; que habiéndola escogido por una predileccion tan conocida para ensalzarla á una dignidad tan alta, haría en su favor el mas estupendo de todos los milagros: que su virginidad no padecería la menor lesion; pues esta virtud debia ser una de las principales qualidades de la madre del Mesías: que para aquietarla queria declararla que el adorable hijo de que habia de ser madre en el tiempo, no tendría otro padre que aquel que es engendrado ante todos los siglos: que ella no tendría otro esposo, propiamente hablando, que al Espíritu santo; el cual, siendo la virtud del Altísimo, formaría milagrosamente en ella de su propia substancia el divino fruto que habia de llevar; el cual, lejos de ajar la flor de su virginidad, la haría mas brillante y mas pura; y por eso añadió el Angel, el santo Niño que nacerá de tí, será verdadero hijo de Dios, no precisamente por denominacion, sino realmente y por naturaleza; y para hacer ver, continuó, que nada le es imposible á la omnipotencia de Dios, sábete que tu prima Isabel, en una edad en que naturalmente no podía esperar tener hijos, ha concebido, y está preñada de seis meses: tanta verdad es que nada es difícil al Todopoderoso; pues el que ha podido dar un hijo á una muger vieja, despues de tantos años de esterilidad, puede muy bien dársele á una vírgen.

Mientras que el santo Angel estaba hablando, María, ilustrada de una luz sobrenatural, comprendió perfectamente toda la economía y todas las maravillas de este inefable misterio, para el cual Dios la habia preparado desde su inmaculada concepcion, y la habia colmado de todos aquellos favores celestiales, que resplandecian en ella tan visiblemente; y así, anonadándose delante de Dios, exclamó: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí lo que me has anunciado.* Dicho esto, desapareció el Angel; y en el mismo instante el Espíritu santo formó de la sangre (ó substancia) mas pura de la santísima Vírgen el cuerpo

mas hermoso que hubo jamás; y habiendo criado la mas perfecta alma, la infundió en aquel cuerpo, y unió uno y otro substancialmente á la persona divina del Verbo eterno, el cual de este modo se hizo carne, haciéndose hombre: *Et Verbum caro factum est.* Al momento mismo que se obró todo esto, y que fue la primera época de nuestra redencion, todos los espíritus celestiales adoraron á este hombre Dios, y María vino á ser verdadera madre de Dios, sin dexar de ser virgen.

Preguntar cómo, y por qué se hizo este prodigio, sería envilecerle y como degradarle, dice san Agustin; pues es cierto que el misterio de la encarnacion del Verbo no sería la obra de Dios por antonomasia si se pudiera dar razon de él; y no tendría la ventaja de distinguirse por su singularidad, si en el orden de la naturaleza ú de la gracia se pudiera encontrar algun exemplo semejante: *Hic si ratio queritur, non erit mirabile: si exemplum, non erit singulare.* Es verdad que cuando el Angel hizo la proposición á María, no dexó ésta de decir: *¿Cómo se hará esto?* Pero esta pregunta, dice san Crisóstomo, fue efecto de una profunda y respetuosa admiracion, no de una presumida y vana curiosidad; y si María quiso saber de qué modo se verificaria lo que se la anunciaba de parte del cielo, no fué por incredulidad, sino por un puro zelo, y por un sincero amor de la virginidad que habia votado, y que preferia á la misma maternidad divina.

## §. XVI.

*Profunda humildad de la santísima Virgen,  
y su amor á la virginidad.*

Ninguna cosa da una idea mas alta del valor y del mérito de la virginidad, dicen los santos PP., que el ver que María rehusa ser madre de Dios, si para serlo ha de dexar de ser virgen. *O veneranda virginitas*, exclama san Agustin, (*Serm. 3. de Nat.*) *ó humilitas prædicanda!*; *O* virginidad digna de toda veneracion!; *ó* humildad superior á toda alabanza! Un angel ofrece á María de parte de Dios la incomparable dignidad de madre del mismo

Dios, y María la rehusa si es incompatible con la virginidad. Se podría decir que María quizá no hizo al pronto bastante reflexion sobre la eminente y gloriosa dignidad de madre de Dios, y no desechó las ofertas que se la hacían, dice uno de sus mas zelosos siervos, sino porque no comprendió bien el punto sobre que era la cuestión; pero sin hablar de los conocimientos que habia bebido en la contemplacion y en la leccion de los libros santos, el Angel se habia explicado lo bastante para ser entendido; nada habia omitido de cuanto era capaz hacerla asentir á la propuesta. El hijo que concebirás, la dixo, *será grande: Hic erit magnum*; es el hijo del Altísimo, es el hijo de Dios; será reconocido por tal por toda la tierra: *Et filius Altissimi vocabitur.* Le pondrás por nombre Jesus, no solo porque es el que ha de salvar á su nacion, sino tambien porque ha de ser el Salvador de todos los hombres. El Señor le hará sentar sobre el trono de su padre David, para que reyne sobre toda la casa de Jacob; y este reyno no será de una duracion limitada, como son los demas reynos; será eterno, y no tendrá jamás fin: *Et regni ejus non erit finis.* Despues de una explicacion tan clara, ¿podia ignorar la santísima Virgen las ventajas y prerogativas de la dignidad que se la ofrecia? Sin embargo, nada de todo esto la tiente ni la lisonjea; lejos de dexarse prender de unos títulos tan magníficos y tan pomposos, los mira como insuficientes para resarcirla y consolarla de la pérdida que miraba como inevitable de su castidad virginal. Si es posible que una muger sea juntamente madre y virgen, nora buena; pero si es preciso renunciar una ú otra de estas dos ventajas, y el Señor me dexa á la libertad de elegir, vé, Angel santo, lleva á otra la corona que Dios me ofrece; que yo soy virgen, y lo quiero ser eternamente.

Virgen santísima, exclama aquí san Anselmo, nada hay que sea igual á vos, y nada que sea comparable con vos; pues todo lo que es, ó es sobre vos, ó es inferior á vos, solo Dios es sobre vos, y todo lo que no es Dios, es inferior á vos en dignidad, en santidad, en virtud y en mérito: *Nihil tibi, ó Domina, æquale, nihil comparabile...* María es tal por razon de su dignidad de madre de Dios, dice san Buenaventura, que el mismo Dios no

puede hacer otra madre mas excelente: puede hacer un mundo mayor, un cielo mas espacioso, mas brillante y mas bello; pero no puede hacer una madre de una dignidad mas eminente: *Majorem mundum, majus cælum facere potest, majorem matrem non potest.* ¿Quereis saber, dice san Equerio, cuál es esta madre, cuál su dignidad, su santidad y su mérito? Informáos antes, cuál es el hijo que concibió y dió á luz (*Serm. de Nat.*). La carne de Jesus, dice san Agustin, es una parte de la carne de María: *Caro Jesu caro est Mariæ.* Por cualquier parte que mires este misterio, dice san Bernardo, no verás sino maravilla, prodigio y motivo de espanto; pues el que Dios sea hijo de una muger, y le esté sujeto, es una humildad sin exemplo; y el que una muger sea madre de su Dios, y tenga derecho de mandarle, es una gloria, es una grandeza, y es una dignidad que no puede tener igual (*Serm. sup. Miss. est*): *Quod Deus fœminæ obtemperet humilitas sine exemplo: et quod Deo fœmina principetur, sublimitas sine socio.*

## §. XVII.

*Visita la santísima Virgen á santa Isabel,  
en cuya casa pasa tres meses.*

Noticiosa por el ángel Gabriel la santísima Virgen del milagroso preñado de su prima santa Isabel, se sintió inspirada á ir á verla, para alegrarse con élla de un prodigio tan no esperado. Con el beneplácito, pues, de su casto esposo san José partió al punto, y fué en diligencia por los montes de la Judea á la ciudad de Hebrón, en donde vivia su amada Prima. El camino era largo é incómodo; era preciso ir de Nazaret á Hebrón, que era una ciudad sacerdotal, situada en la parte meridional de Judea, entre los montes, distante diez ú doce leguas de Jerusalem, y cerca de cuarenta de Nazaret, en donde estaba domiciliada la santísima Virgen. Un viage como este no era muy cómodo para una persona tan delicada; pero su zelo y su caridad la hiciéron atropellar por todas las dificultades. No hizo alto sobre las fatigas del viage, por-

que la caridad, dice san Ambrosio, no conoce dificultades é ignora toda tardanza: *Nescit tarda molimina Spiritus sancti gratia.* Por otra parte, queriendo Dios servirse de María para santificar al Precursor en el mismo vientre de su madre, la inspira un viage que es de pura caridad, y élla obedece sin detencion.

Habiendo llegado á Hebrón la santísima Virgen, se fué derecha en casa de Zacarías. Lo mismo fue saber Isabel la llegada de su querida prima, que salirla inmediatamente al encuentro: María la saludó y la abraza; y apenas habia abierto la boca para saludarla, cuando el niño de seis meses que Isabel llevaba en sus entrañas, fue repentinamente ilustrado de una luz celestial. Desde la obscuridad de su prision vió á los que le hacian la honra y el favor de visitarle; y no pudiendo todavía hablar, honró como pudo á Jesus y á María con unos saltos milagrosos, que fueron, dice san Crisólogo, señal y demostracion del gozo, del respeto y de la anticipada gratitud del Precursor. Advirtiolo Isabel, la que, ilustrada con la luz sobrenatural que del hijo resaltó sobre élla, conoció por inspiracion el incomprendible misterio de la encarnacion del Verbo; su alma se llenó del Espíritu santo; y no cabiendo élla misma de gozo, correspondiendo á la urbanidad de su querida prima, y á los honrosos términos con que la santísima Virgen la habia saludado, exclamó en alta voz: *Eres bendita entre todas las mugeres: y bendito es el fruto de tu vientre.* Y considerando al mismo tiempo el extraordinario mérito de la que venia á visitarla, cuya dignidad la habia dado á conocer el Espíritu santo, prorumpió admirada en estas voces: *¿De dónde me viene á mí el que la madre de mi Señor me venga á visitar?* Este es un favor que no puedo yo admirar bastantemente, y que me llena de pasmo y de confusion, sabiendo lo indigna que soy de él. Hasta el mismo niño que llevo en mis entrañas ha sentido ya los maravillosos efectos de tu presencia; pues luego que he oido las palabras con que me has saludado, él tambien las ha oido y ha saltado de gozo. ¡Qué dichosa eres, querida prima, qué dichosa eres, que creiste sencillamente y sin dudar lo que el Angel te dixo de parte de Dios! Aquel Dios todopoderoso que ha empezado á hacer en ti cosas tan grandes y tan prodigiosas, las acabará

puede hacer otra madre mas excelente: puede hacer un mundo mayor, un cielo mas espacioso, mas brillante y mas bello; pero no puede hacer una madre de una dignidad mas eminente: *Majorem mundum, majus cælum facere potest, majorem matrem non potest.* ¿Quereis saber, dice san Equerio, cuál es esta madre, cuál su dignidad, su santidad y su mérito? Informáos antes, cuál es el hijo que concibió y dió á luz (*Serm. de Nat.*). La carne de Jesus, dice san Agustin, es una parte de la carne de María: *Caro Jesu caro est Mariæ.* Por cualquier parte que mires este misterio, dice san Bernardo, no verás sino maravilla, prodigio y motivo de espanto; pues el que Dios sea hijo de una muger, y le esté sujeto, es una humildad sin exemplo; y el que una muger sea madre de su Dios, y tenga derecho de mandarle, es una gloria, es una grandeza, y es una dignidad que no puede tener igual (*Serm. sup. Miss. est*): *Quod Deus fœminæ obtemperet humilitas sine exemplo: et quod Deo fœmina principetur, sublimitas sine socio.*

## §. XVII.

*Visita la santísima Virgen á santa Isabel,  
en cuya casa pasa tres meses.*

Noticiosa por el ángel Gabriel la santísima Virgen del milagroso preñado de su prima santa Isabel, se sintió inspirada á ir á verla, para alegrarse con élla de un prodigio tan no esperado. Con el beneplácito, pues, de su casto esposo san José partió al punto, y fué en diligencia por los montes de la Judea á la ciudad de Hebrón, en donde vivia su amada Prima. El camino era largo é incómodo; era preciso ir de Nazaret á Hebrón, que era una ciudad sacerdotal, situada en la parte meridional de Judea, entre los montes, distante diez ú doce leguas de Jerusalem, y cerca de cuarenta de Nazaret, en donde estaba domiciliada la santísima Virgen. Un viage como este no era muy cómodo para una persona tan delicada; pero su zelo y su caridad la hicieron atropellar por todas las dificultades. No hizo alto sobre las fatigas del viage, por-

que la caridad, dice san Ambrosio, no conoce dificultades é ignora toda tardanza: *Nescit tarda molimina Spiritus sancti gratia.* Por otra parte, queriendo Dios servirse de María para santificar al Precursor en el mismo vientre de su madre, la inspira un viage que es de pura caridad, y élla obedece sin detencion.

Habiendo llegado á Hebrón la santísima Virgen, se fué derecha en casa de Zacarías. Lo mismo fue saber Isabel la llegada de su querida prima, que salirla inmediatamente al encuentro: María la saludó y la abraza; y apenas habia abierto la boca para saludarla, cuando el niño de seis meses que Isabel llevaba en sus entrañas, fue repentinamente ilustrado de una luz celestial. Desde la obscuridad de su prision vió á los que le hacian la honra y el favor de visitarle; y no pudiendo todavía hablar, honró como pudo á Jesus y á María con unos saltos milagrosos, que fueron, dice san Crisólogo, señal y demostracion del gozo, del respeto y de la anticipada gratitud del Precursor. Advirtiolo Isabel, la que, ilustrada con la luz sobrenatural que del hijo resaltó sobre élla, conoció por inspiracion el incomprendible misterio de la encarnacion del Verbo; su alma se llenó del Espíritu santo; y no cabiendo élla misma de gozo, correspondiendo á la urbanidad de su querida prima, y á los honrosos términos con que la santísima Virgen la habia saludado, exclamó en alta voz: *Eres bendita entre todas las mugeres: y bendito es el fruto de tu vientre.* Y considerando al mismo tiempo el extraordinario mérito de la que venia á visitarla, cuya dignidad la habia dado á conocer el Espíritu santo, prorumpió admirada en estas voces: *¿De dónde me viene á mí el que la madre de mi Señor me venga á visitar?* Este es un favor que no puedo yo admirar bastantemente, y que me llena de pasmo y de confusion, sabiendo lo indigna que soy de él. Hasta el mismo niño que llevo en mis entrañas ha sentido ya los maravillosos efectos de tu presencia; pues luego que he oido las palabras con que me has saludado, él tambien las ha oido y ha saltado de gozo. ¡Qué dichosa eres, querida prima, qué dichosa eres, que creiste sencillamente y sin dudar lo que el Angel te dixó de parte de Dios! Aquel Dios todopoderoso que ha empezado á hacer en ti cosas tan grandes y tan prodigiosas, las acabará

y perfeccionará según lo has esperado, te lo ha prometido, y cumplirá su palabra.

Unas alabanzas tan grandes, y una manifestación tan clara de un misterio tan glorioso para María, no la envidiaron: es verdad que no pudo disimular ni callar las maravillas que Dios había revelado á Isabel, y que ésta acababa de publicar; pero quiso atribuirle á Dios toda la gloria, reconociéndose y confesándose indigna de tales favores; y animada del Espíritu santo, de que estaba llena, y dilatando su espíritu y su corazón, pronunció este cántico que es el primero del nuevo Testamento, el cual excede á todos los antiguos, así por el espíritu de devoción que resplandece en él, como por la sublimidad de los afectos, y por la nobleza y magestad del estilo; y es el más precioso monumento de la profunda humildad de la Madre de Dios, el acto más heroico de su eminente santidad, y el más excelente modelo del más perfecto reconocimiento y de la más tierna gratitud: *Magnificat anima mea Dominum* (Luc. 1.).

“Mi alma glorifica al Señor, dice María, y está llena de un tan santo gozo, pensando en la bondad de Dios mi Salvador, que no puedo callar más tiempo sus maravillas; porque se ha dignado poner los ojos sobre la baxeza de su esclava; por esto me llamarán bienaventurada en todos los siglos futuros. El Todopoderoso, cuyo nombre es infinitamente santo, y cuya misericordia se extiende de generación en generación sobre todos los que le temen, ha obrado grandes milagros en mi favor. De este modo despliega, cuando le place, el poder de su brazo; trastorna los designios de los soberbios, abate á los grandes de la tierra para ensalzar á los pequeños; llena de bienes á los pobres menesterosos, al mismo tiempo que despoja á los ricos de sus propios bienes. Se ha acordado de su misericordia; y por eso quiere levantar á su pueblo Israel en cumplimiento de la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y á todos sus descendientes.”

Más ilustrada la santísima Virgen, y mil veces más privilegiada élla sola que todos los profetas juntos, vió de una mirada las antiguas promesas que hizo Dios al pueblo hebreo y su perfecto cumplimiento. En efecto, la

visita y conversacion que tuvieron entre sí las dos primas, es una señal la más evidente que entrámbas profetizaban por el Espíritu santo de que estaban llenas, y por el mérito de sus hijos, dice san Ambrosio: *Duplici miraculo prophetant matres spiritu parvulorum.*

Cerca de tres meses se detuvo la santísima Virgen en casa de santa Isabel. Ya se dexa conocer, dicen los santos PP. lo ventajosa que sería esta detención á la casa de Zacarías, y qué abundancia de gracias y de bendiciones celestiales atraería sobre los dos santos viejos la morada de la santísima Virgen; pues si el Señor bendixó tan abundantemente á Obbedon y á todas sus cosas por haber tenido tres meses el arca en su casa; ¿qué bendiciones no derramaría el Señor sobre la dichosa familia de Zacarías y de Isabel en atención á los tres meses que permaneció con ellos María, verdadera arca del nuevo Testamento, y de la cual la antigua no era sino una figura? La pureza con que san Juan vivió toda su vida, dice san Ambrosio, fue uno de los efectos de la unción y de la gracia derramada en su alma por la presencia de la santísima Virgen.

La visita que la santísima Virgen hizo á santa Isabel encierra tan grandes maravillas, que la Iglesia ha querido se renovase todos los años su memoria, estableciendo una fiesta particular el día 2 de julio, que es el día siguiente á la octava de la natividad de san Juan Bautista. En efecto, este día fue el primero en que la santísima Virgen fue reconocida públicamente por Madre de Dios, y honrada como tal. Este fue el día en que Jesucristo santificó á su precursor por medio de la palabra de la santísima Virgen; y tuvo razón el que dixo, que la santificación de san Juan fue el primer milagro que hizo Dios por medio de la santísima Virgen. Ninguna cosa manifiesta mejor el poder que el Salvador dió á su madre, dicen san Bernardo y san Bernardino, que la conducta del mismo Salvador en la administración de sus primeras gracias. Si quiere santificar á su precursor aun antes de nacer, le hace esta primera gracia por medio de María: si ha de manifestarse al mundo con el primero de sus milagros, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná, espera á que María se lo pida; queriendo darnos á entender con

esto, dicen los santos PP. que así como no quiso darse á nosotros sino por medio de María; tampoco quiere que recibamos sus gracias sino por medio de esta Señora: *Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret.*

Al representar san Ambrosio esta célebre visita, señalada con tantos misterios, profecías y prodigios, es tanta su admiración, que no puede menos de manifestarla. Isabel, dice este Padre, es la primera que oye la voz de María; y Juan siente y experimenta al mismo tiempo la gracia de Jesucristo. Las dos madres publican exteriormente las maravillas de la gracia, y Juan experimenta dentro los efectos. Jesucristo llena á san Juan de la gracia aligada al ministerio de precursor, y san Juan anticipa las funciones de su ministerio por un duplicado milagro; finalmente, María é Isabel, concluye san Ambrosio, animadas interiormente del espíritu de sus hijos, hacen de su conversacion una série de oráculos y de profecías.

## §. XVIII.

*Ignora san José el misterio de la Encarnacion, y advierte el preñado de la santísima Virgen.*

La mayor parte de los santos PP. y de los intérpretes son de parecer que la santísima Virgen no aguardó al parto de santa Isabel, sino que se volvió pocos dias antes de él á Nazaret, su dulce y amado retiro. El viage no entibió su amor á la soledad, ni la manifestacion de su maternidad divina alteró en nada su profunda humildad. Lo que pasó en Hebrón la hacia demasiado honor para no ocultárselo al mismo san José, ni pensaba en descubrirle lo que el Espíritu santo le habia ocultado hasta entonces: pero estaba demasiado adelantada en su preñado para que el casto Esposo no lo echase de ver. La alta y justa idea que tenia éste de la santidad y de la castidad de su esposa, no le permitia sospechar que hubiese cometido la menor infidelidad: por otra parte estaba informado de su voto de virginidad, era testigo de su delicadeza extremada sobre una virtud que le era tan ama-

ble; y así no dudó que fuese aquella milagrosa virgen de que habla Isaías al capítulo 7, la cual sin dexar de ser virgen habia de dar á luz al Salvador: *Ecce virgo concipiet et pariet filium.* Creyólo, dice san Bernardo; y por un consentimiento de humildad y de respeto semejante á aquel que despues hizo decir á san Pedro, Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador; san José, que no era menos humilde que este Apóstol, pensó apartarse de la santísima Virgen, no dudando que estuviese preñada del Salvador: *Accipe, et in hoc non meam sed Patrum sententiam:* no soy yo quien defiende esto, dice el santo Abad: (*Hom. 2. sup. Miss. est.*), como que sale de mí, sino que es el sentir de los santos PP.

Combatido el santo Esposo de varias olas de pensamientos, no sabia á qué determinarse. Por una parte no podia resolverse á dexarla; y por ótra no se creía bastante santo para quedarse con élla. En esta perplexidad se le apareció un ángel, y le dixo: José, acuérdate que eres de la sangre real de David, de la cual debe descender el Mesías; no creas que es sin misterio el haberte dado el Señor á María por esposa. El niño de que está preñada, y que ha concebido milagrosamente por el Espíritu santo, es el Salvador del mundo, el hijo único del Padre Eterno, el Mesías prometido: Dios te ha escogido para que seas su tutor, su ayo, y en este sentido su padre; y así no temas el quedarte con María, tu esposa, pues eres el custodio, y como el ángel tutelar de su virginidad. Si María hubiese permanecido sin casarse, no hubiera podido ser madre sin infamarse. Cuando nazca el niño le pondrás por nombre *Jesus*, para dar á conocer á los hombres que este niño es el que los ha de redimir y salvar; y que viene al mundo para ofrecerse en sacrificio á su Padre, en calidad de víctima, por la expiacion de los pecados de todos los hombres.

Instruido á fondo san José del mas grande de todos los misterios, en el cumplimiento del cual queria Dios que tuviese alguna parte, confirmado por el ángel del Señor en el alto pensamiento que habia tenido de la sublime dignidad de su santísima Esposa, y tranquilo al mismo tiempo contra los terrores, aunque santos, de su humildad; instruido de todo el ministerio, penetrado de los

mas vivos sentimientos de estimacion, de amor y de reconocimiento, no miró desde entonces á la santísima Virgen sino como al templo vivo de la diuinidad, como á la madre del Mesías y del Redentor, y como á la Reyna de los ángeles y hombres. Su veneracion hácia élla se aumentó con su ternura, y su amor á élla creció con su respeto. La admiraba como á la mayor de todas las maravillas: la reverenciaba como á la mas santa que hubiese habido jamás en la tierra: la honraba como á la persona mas respetable del universo; y sus cuidados, su atención y sus officios correspondieron en todo á su estimacion, á su veneracion y á su ternura. La santísima Virgen pasó de este modo con su casto Esposo los seis meses de su preñado, viviendo entrámbos en un perfecto recogimiento, y en una continua meditacion de un tan inefable misterio. Este era el asunto ordinario de sus conversaciones, las cuales eran todas espirituales. Mas semejantes los dos esposos á los ángeles que á los hombres pasaron su vida en una perpetua adoracion, acompañada de los sentimientos del mas vivo reconocimiento y del mas puro amor. ¡Con qué profusion derramaba Dios sus mas insignes favores y sus celestiales tesoros sobre estas dos almas privilegiadas! con qué ternura se comunicaba Dios á uno y á otro! No se duda que desde que se obró el inefable misterio de la Encarnacion, tuvo la santísima Virgen continuamente un gran número de ángeles destinados únicamente á la conservacion y custodia de su sagrada persona, como tan necesaria para la salvacion de los hombres, como tan amada de Dios y tan respetada de todo el cielo.

Se llegaba el término de los nueve meses del preñado de María, cuando queriendo el emperador Augusto tener un estado y razon puntual de las fuerzas y rentas del imperio, mandó hacer la descripcion de todos sus súbditos, entre los cuales se comprendian los judíos; é impuso una capitacion general, la cual era un tributo en que se pagaba un tanto por cada cabeza. Para ello hizo publicar un edicto en que se mandaba, que para evitar la confusion fuese cada uno al lugar de su origen, se hiciese matricular en los registros públicos, y se pagase por cabeza la suma señalada, como se dixo en la vida de Jesucristo. En todo esto no tenia el Emperador sino

finés y motivos de ambicion y de avaricia; pero la Providencia disponia así las cosas para que, precisados José y María á concurrir á Belen, viniése al mundo el Mesías en esta pequeña ciudad, en la cual estaba profetizado que habia de nacer, y con esto se cumpliese la profecía. Aunque san José y la santísima Virgen vivian de asiento en Nazaret, ciudad de Galilea, eran no obstante de la tribu de Judá, y de la casa y sangre de David; y por haber nacido David, y haberse criado en Belen, esta ciudad era como el tronco y solar de todos sus descendientes, y habia retenido siempre el nombre de ciudad de David; y por lo mismo todos los descendientes de este santo Rey debian ir á matricularse en el registro público de dicha ciudad, segun el órden del Príncipe.

## §. XIX.

*La santísima Virgen pare en Belen al Salvador del mundo.*

Informada perfectamente la santísima Virgen de todo lo que habia de suceder, y sabiendo muy bien que paria en Belen, habia prevenido los pañales para envolver al divino Niño luego que naciese. No nos detenemos ahora á contar todas las maravillas que pasaron en este admirable nacimiento, por haber referido toda la historia muy por menor en la vida de Jesucristo; nos contentamos con decir que habiendo ido María y José á Belen, encontraron que todas las posadas estaban ocupadas por los de la misma descendencia real, que habían acudido de todas partes, y siendo mas ricos que ellos, se les habian adelantado. No habiendo encontrado donde alojarse la santísima Virgen y san José, por razon de la multitud de extrangeros que el edicto del Príncipe habia atraido á Belen, se vieron precisados á retirarse á una cueva hecha en una roca, la cual pertenecía á una posada que estaba junto á una de las puertas de la ciudad por la parte de afuera, la cual cueva servia de alvergue á las bestias de carga, y era como una especie de establo ó caballeriza pública. Aquí fue donde la mas santa, la mas augus-

ta y la mas pura de las vírgenes, sin sentir el mas ligero dolor, y sin dexar de ser vírgen, dió al mundo al Rey del cielo y de la tierra, al supremo Señor del universo, al Mesías por tanto tiempo esperado y tan ardentemente deseado, y en que se cumplieran perfectamente todas las promesas y profecías. Fue como á media noche del día 25 de diciembre del año 4000 del mundo cuando parió la santísima Vírgen, y desde entonces fue este dichoso día la primera época de la era cristiana.

No es posible comprender cuáles fuéron los sentimientos de gozo, de veneracion y de ternura de aquella dichosa Madre al tener por la primera vez en sus brazos á aquel divino Niño á quien adoraba y reverenciaba como á su Dios, y á quien amaba como á su único hijo. A la verdad, este gozo se hubiera disminuido en parte por la indignidad del lugar á que su pobreza la habia reducido, si ilustrada de una luz sobrenatural, no hubiera descubierto todo el misterio de una providencia tan extraordinaria. Pero como madre, y la mas tierna de las madres, no dexó de sentir todo lo que su estado ocasionaba á su querido hijo de incomodidad y humillaciones. Es verdad que la llegada de los pastores, y poco despues la de los reyes Magos, la consoláron bastante, viendó que mientras que el mundo recibia tan indignamente al supremo Señor del universo, todo el cielo corria á tributarle sus adoraciones y sus homenages; y que mientras que viniendo Dios á su propia heredad y á su propia casa, no era recibido de los suyos, unos príncipes extrangeros venian á adorarle y á reconocerle como á verdadero Dios, como á Rey de los judíos y como al Mesías.

La santísima Vírgen quiso saber individualmente de los pastores y de los reyes Magos quanto les habia sucedido con motivo del nacimiento de su divino hijo, sin perder ni una circunstancia de todo lo que oía contar de milagroso y extraordinario; todo lo cual lo meditaba despues interiormente, considerando con el mayor gozo como se habian cumplido perfectamente, y hasta las menores circunstancias, así las profecías que habia meditado tan repetidas veces, como las promesas que el ángel Gabriel la habia hecho.

Aunque la santísima Vírgen estaba plenamente ilustra-

da sobre todo lo que pertenecia al misterio de la encarnacion del Verbo divino, con todo no dexaba de adquirir todos los dias nuevas luces y un conocimiento experimental, á vista de las maravillas que cada día sucedian con motivo de estar ya en el mundo este Hombre-Dios, su querido hijo. Pero lejos de derramar hácia fuera su gozo y su corazon en conversaciones que hubieran podido satisfacer al amor propio, encerraba todo su gozo y su admiracion dentro de su alma, no hablando jamás de un misterio de que la resultaba una gloria y una honra tan grandes. Jamás se vió tanta prudencia, tanta reserva, tanta modestia como las que se veían en la santísima Vírgen y en san José. Contentábanse con admirar y glorificar á Dios interiormente por todas las maravillas que obraba, sin cuidarse de hablar de ellas con los demas, dexando á la divina Providencia el cuidado de manifestar á su tiempo el tesoro que poseían.

## §. XX.

*La purificacion de la santísima Vírgen.*

**A** los cuarenta dias del nacimiento del Salvador, los que habian pasado en Belen un poco menos mal alojados que en el establo, el día 2 de febrero la santísima Vírgen y san José, religiosos observantes de la ley, fuéron á Jerusalem á cumplir la ceremonia legal de la presentacion del hijo, y de la purificacion de la madre.

Es evidente que la ley de la purificacion de ningun modo hablaba con María, la cual, habiendo concebido únicamente por el Espiritu santo, y habiendo logrado ser madre sin dexar de ser vírgen, no podia tener necesidad de purificarse, y por consiguiente, no estaba comprendida en una ley que solo se dirigia á las mugeres ordinarias. Toda purificacion supone alguna mancha; ¿pero qué impureza podia haber en la que, sin dexar de ser vírgen, habia logrado ser madre, dice san Agustin? *Unde sordes in virgine Maria?* ¿Qué mancha en aquella en quien el Verbo divino se hizo carne? María, pues, estaba absolutamente dispensada de esta ley; pero basta que fuese éste un acto de humildad y de religion para creerse obligada á cumplirle

sin atender á su calidad de madre de Dios, ni á su privilegio de vírgen: ve que el mismo Jesucristo se habia sujetado á la ley humillante de la circuncision, no es razon, pues, dice, que me dispense yo de la purificacion legal cuarenta dias despues de mi parto.

En consecuencia de esto se fue al templo con su querido hijo en los brazos; ofreció al Señor dos pichones, como la ley lo ordenaba, respecto de los pobres, pues María jamás se avergonzó de serlo: dió tambien cinco siclos, lo que hacia como unas cuatro pesetas de nuestra moneda, por el rescate de aquel que habia de inmolarsse un dia en la cruz por la redencion de todos los hombres; al cual le rescató para criarle, digámoslo así, como una sagrada víctima que se le habia encargado, y que élla tenia solo en depósito.

Si en esta ceremonia hizo la santísima Vírgen un gran sacrificio como vírgen, sujetándose á la purificacion legal, no le hizo menor como madre, presentando á su querido hijo; pues ofreciéndole al Eterno Padre, se le ofrecia para la muerte de cruz, á pesar de toda su ternura maternal, sacrificando así todo lo que tenia de mas amado y de mas precioso en el mundo para la salvacion de todos los pecadores. Por esto aplica san Buenaventura en esta ocasion estas palabras de san Juan (Joan. 3). *Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.* María, dice el santo Doctor, amó al mundo hasta dar á su hijo único por su rescate: *Sic Maria dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.*

Bastante sabido es lo que pasó en esta santa ceremonia, y sobre todo la prediccion que el santo viejo Simeon hizo á María cuando teniendo al divino Infante en sus brazos, y encarándose á su madre, la dixo: Eres la mas dichosa de todas las mugeres, por tener un hijo como éste; pero prevente para ser la mas afligida, pues verás con tus propios ojos el indigno modo con que será tratado un dia por aquellos mismos cuya salvacion habrá procurado por todos medios. Te digo tambien que este divino Niño, que es el objeto de tus delicias, y de las complacencias de Dios su padre, será puesto por blanco de la contradiccion; y aunque ha venido al mundo por la salvacion de todos, sin embargo, muchos por su culpa no se aprovecharán del beneficio de la redencion; y así al que no habrán querido tener por

Salvador, le tendrán por juez. Finalmente te digo á ti en particular, que tendrás no poca parte en todo lo que padecerá este tu querido hijo, y que una espada traspasará tu alma por el dolor que sentirás al verle padecer y morir en el mas cruel de todos los suplicios.

Es probable que esta prediccion no la cogió de nuevo á la santísima Vírgen. Instruida en todo el misterio, habia ido élla misma á ofrecer su querido hijo al Eterno Padre en calidad de víctima, consintiendo y subscribiendo de todo corazon á quanto el Salvador habia determinado padecer y sufrir por la salvacion de los hombres. Esta resignacion en la voluntad de Dios, este asenso á sus órdenes no fue el menor sacrificio que la santísima Vírgen tuvo que hacer durante su vida; y por esto, sin duda, no se movió ni dió un paso por defender la inocencia de su querido hijo durante su pasion.

## §. XXI.

*Huye la santísima Vírgen á Egipto  
con el niño Jesus.*

**N**o estuvo mucho tiempo María sin ver el cumplimiento de lo que el santo viejo Simeon la habia predicho tocante á las persecuciones que se suscitarian contra su hijo; pues apenas la santa familia habia llegado á Nazaret, de vuelta de Jerusalem, cuando un ángel se apareció en sueños á san José, y le dixo de parte de Dios que se levantara al instante, que tomara al niño y á la madre, y huyera á Egipto, y que no volviera sin una orden expresa del cielo; porque va á suceder, le añadió, que Heródes buscará al niño para quitarle la vida; y así no hay que perder tiempo. Levántase José, toma á la madre y al niño, y se retira á Egipto. El viage era largo é incómodo, sobre todo para una muger jóven y muy delicada. El término del viage no podia servirles de consuelo, pues iban á vivir á una tierra extraña entre un pueblo idólatra, y naturalmente duro con los extranjeros. Pero Dios, en cuya mano están los corazones de todos los hombres, trocó de tal suerte el de los egipcios en favor de esta familia refugiada, que fue recibida de todos con una benignidad y una caridad, cuales no se de-

sin atender á su calidad de madre de Dios, ni á su privilegio de vírgen: ve que el mismo Jesucristo se habia sujetado á la ley humillante de la circuncision, no es razon, pues, dice, que me dispense yo de la purificacion legal cuarenta dias despues de mi parto.

En consecuencia de esto se fue al templo con su querido hijo en los brazos; ofreció al Señor dos pichones, como la ley lo ordenaba, respecto de los pobres, pues María jamás se avergonzó de serlo: dió tambien cinco siclos, lo que hacia como unas cuatro pesetas de nuestra moneda, por el rescate de aquel que habia de inmolarsse un dia en la cruz por la redencion de todos los hombres; al cual le rescató para criarle, digámoslo así, como una sagrada víctima que se le habia encargado, y que élla tenia solo en depósito.

Si en esta ceremonia hizo la santísima Vírgen un gran sacrificio como vírgen, sujetándose á la purificacion legal, no le hizo menor como madre, presentando á su querido hijo; pues ofreciéndole al Eterno Padre, se le ofrecia para la muerte de cruz, á pesar de toda su ternura maternal, sacrificando así todo lo que tenia de mas amado y de mas precioso en el mundo para la salvacion de todos los pecadores. Por esto aplica san Buenaventura en esta ocasion estas palabras de san Juan (*Joan. 3*). *Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.* María, dice el santo Doctor, amó al mundo hasta dar á su hijo único por su rescate: *Sic Maria dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.*

Bastante sabido es lo que pasó en esta santa ceremonia, y sobre todo la prediccion que el santo viejo Simeon hizo á María cuando teniendo al divino Infante en sus brazos, y encarándose á su madre, la dixo: Eres la mas dichosa de todas las mugeres, por tener un hijo como éste; pero prevente para ser la mas afligida, pues verás con tus propios ojos el indigno modo con que será tratado un dia por aquellos mismos cuya salvacion habrá procurado por todos medios. Te digo tambien que este divino Niño, que es el objeto de tus delicias, y de las complacencias de Dios su padre, será puesto por blanco de la contradiccion; y aunque ha venido al mundo por la salvacion de todos, sin embargo, muchos por su culpa no se aprovecharán del beneficio de la redencion; y así al que no habrán querido tener por

Salvador, le tendrán por juez. Finalmente te digo á ti en particular, que tendrás no poca parte en todo lo que padecerá este tu querido hijo, y que una espada traspasará tu alma por el dolor que sentirás al verle padecer y morir en el mas cruel de todos los suplicios.

Es probable que esta prediccion no la cogió de nuevo á la santísima Vírgen. Instruida en todo el misterio, habia ido élla misma á ofrecer su querido hijo al Eterno Padre en calidad de víctima, consintiendo y subscribiendo de todo corazon á quanto el Salvador habia determinado padecer y sufrir por la salvacion de los hombres. Esta resignacion en la voluntad de Dios, este asenso á sus órdenes no fue el menor sacrificio que la santísima Vírgen tuvo que hacer durante su vida; y por esto, sin duda, no se movió ni dió un paso por defender la inocencia de su querido hijo durante su pasion.

## §. XXI.

*Huye la santísima Vírgen á Egipto con el niño Jesus.*

No estuvo mucho tiempo María sin ver el cumplimiento de lo que el santo viejo Simeon la habia predicho tocante á las persecuciones que se suscitarian contra su hijo; pues apenas la santa familia habia llegado á Nazaret, de vuelta de Jerusalem, cuando un ángel se apareció en sueños á san José, y le dixo de parte de Dios que se levantara al instante, que tomara al niño y á la madre, y huyera á Egipto, y que no volviera sin una orden expresa del cielo; porque va á suceder, le añadió, que Heródes buscará al niño para quitarle la vida; y así no hay que perder tiempo. Levántase José, toma á la madre y al niño, y se retira á Egipto. El viage era largo é incómodo, sobre todo para una muger jóven y muy delicada. El término del viage no podia servirles de consuelo, pues iban á vivir á una tierra extraña entre un pueblo idólatra, y naturalmente duro con los extranjeros. Pero Dios, en cuya mano están los corazones de todos los hombres, trocó de tal suerte el de los egipcios en favor de esta familia refugiada, que fue recibida de todos con una benignidad y una caridad, cuales no se de-

bian esperar naturalmente. La mansedumbre y la modestia de la santísima Virgen ablandáron é hicieron tratables desde el primer día aquellos espíritus fieros y supersticiosos, y aquellos corazones insensibles hasta entonces á las miserias ajenas; por otra parte, cierto ayre de magestad sobrenatural que relucia en el niño Jesus, daba tal golpe, que no se le podía mirar sin veneracion y sin ternura. Permaneció en Egipto la santa familia hasta la muerte de Heródes; esto es, un año con poca diferencia; pues habiendo muerto infelizmente este tirano pocos meses despues de haber hecho degollar á los niños inocentes, el ángel del Señor se apareció en sueños á san José, y le dixo: Toma al niño y á la madre, y volvéos á la tierra de Israel, porque los que querian matar al niño han muerto ya. Levantóse san José, tomó al niño y á la madre, y se vino á la tierra de Israel; pero oyendo decir que Arquelao reynaba en la Judea en lugar de su padre Heródes, y temiendo que con el cetro hubiese heredado la ambicion, los zelos y la crueldad de su padre, no se atrevió á ir allá; pero avisado en sueños que fuese á Galilea, se retiró á Nazaret, que era el lugar de su nacimiento, y el del nacimiento de la santísima Virgen. En esta afortunada ciudad permaneció oculto este rico tesoro por mucho tiempo: en este obscuro retiro alimentó y crió la Madre de Dios á un Dios niño con todo el amor, con todo el cuidado, con todo el respeto que merecia tan querido hijo, el cual era Dios y hombre á un mismo tiempo.

La sagrada Historia nada mas nos dice en particular ni de la madre y del hijo mientras estuviéron en este obscuro retiro; sin duda porque es mas fácil imaginar, que decir todo lo que pasó de maravilloso, de misterioso y de inefable durante la santa infancia, y en aquella primera edad del Salvador, así por parte de la mas santa, de la mas tierna y de la mas amante de todas las madres, como por parte del mas admirable, del mas hermoso y mas respetable de todos los niños. Puede decirse que todos los torrentes de delicias sobrenaturales en que son inundados los bienaventurados, se hallaban como unidos en esta santa familia. ¡Qué ternuras, y qué transportes de amor los de la santísima Virgen á vista de su querido hijo! Su corazon estaba todo ocupado en contemplar á su querido hijo, el cual le tenia en sus brazos continuamente, y le queria cien veces

mas que á sí misma. Sabía que este divino niño era su Criador, su Salvador y su Dios: con su respeto, con sus adoraciones, con sus cariños, con su amor y con su culto suplía los actos de religion y de reconocimiento que le eran debidos de parte de los hombres, de quienes este Dios-Hombre era todavía desconocido.

Habiendo llegado Jesus á la edad de doce años, inspiró Dios á la santísima Virgen y á san José que le llevaran consigo á Jerusalem á la fiesta de pascua. Acabada la solemnidad, como todos los que eran de una misma ciudad ú de un mismo pais, se juntaban para volverse en compañía unos de otros, caminaban repartidos en muchas bandas ó pelotones: el Salvador dexó partir á la santísima Virgen y á san José, los cuales en la inteligencia de que Jesus iba en una de las dos bandas, no le echáron menos hasta por la tarde. Aunque la santísima Virgen no ignoraba que todo era sabiduría y misterio en la conducta de su querido hijo, con todo no dexó de afligirla sensiblemente este eclipse, como lo mostró cuando le volvió ó encontrar; pues habiendo vuelto con san José al otro día por la mañana á Jerusalem, y habiéndole encontrado en el templo sentado en medio de los doctores oyéndoles, preguntándoles y encantándoles con una sabiduría anticipada y sobrenatural que le hacia admirar en todas sus respuestas, le dixo: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu Padre y yo te hemos andado buscando afligidos y transportados de dolor. La respuesta de Jesus explicó el misterio que habia en esto, é hizo ver bastantemente que no habia habido culpa en ellos; pues si se habia quedado en Jerusalem, solo habia sido por hacer la voluntad de su Padre celestial. *¿Para que me buscábais?* les respondió, *¿no sabíais que debo emplearme en las cosas que miran á mi Padre?* Habiendo partido despues con ellos, vino á Nazaret, y les estaba sujeto. Es todo lo que nos dicen de la madre y del hijo los escritores sagrados. En efecto, los evangelistas nada mas nos enseñan, nada mas nos dicen de lo que pasó en todo aquel espacio de tiempo que hubo desde los doce años de la vida de Jesucristo hasta los treinta: creen haber hecho bastante con decir: *Et erat subditus illis*, estaba sujeto á ellos.

Es verdad que estas dos palabras encierran un gran sentido; y haciendo en miniatura el retrato de las profundas

humillaciones del hijo, hacen el elogio mas elocuente y mas pomposo de las sublimes grandezas de la madre. Y á la verdad, ¿se puede imaginar cosa mas admirable, ni que dé mas golpe que ver á un Dios que se emplea en obedecer á una pura criatura, y que lo mira esto como una especie de obligacion? Por otra parte, ¿puede haber dignidad mas sublime que la de tener derecho de mandar á un Dios? ¿Que humildad la de Jesucristo en estar sujeto á José y á María! ¿Y qué gloria es comparable á la de María en tener la misma autoridad sobre Jesucristo, que tienen todas las madres sobre sus hijos? ¿Qué se puede decir de una pura criatura que dé una idea mas alta de su excelencia, de su santidad, de su mérito y de su poder, que decir que Jesucristo, este Dios-Hombre la estaba sujeto? ¿Qué título de nobleza mas bien fundado, qué calidad mas respetable, qué superioridad mas visible y mas bien establecida sobre todos los ángeles y hombres, que la que la da á la santísima Virgen su augusta é incomparable cualidad de madre de Dios? Pues esto es lo que significan, y lo que dicen estas palabras del evangelio: Y Jesus les estaba sujeto: *Et erat subditus illis.*

## §. XXII.

*La vida escondida de la santísima Virgen en Nazaret. Por su respeto hace el Salvador su primer milagro en las bodas de Caná de Galilea.*

MA S fácil es imaginar, que explicar, dicen los santos PP. las eminentes virtudes que la santísima Virgen practicó en los diez y ocho años de aquella vida obscura y escondida que pasó con su querido hijo en la humilde condicion de artesano á que estaba reducido san José para tener con que vivir; pero la pobreza de la familia no envilecia la nobleza, ni la obscuridad de la condicion obscurecia su lustre y resplandor. La santísima Virgen pasó todo este tiempo en una profunda, pero dulce soledad, la cual se la hacia tan deliciosa la presencia visible de Jesucristo, como lo es la que gozan los espíritus bienaventurados en el cielo.

¿Quién es capaz de referir cuáles eran las piadosas conversaciones de la madre con el hijo, y las dulzuras de que

abundaba el trato ordinario de esta santa familia? San José con su trabajo procuraba proveer á las necesidades de la vida; y la santísima Virgen cuidaba del corto menage, sin perder jamás de vista á su querido hijo. Jamás hubo vida mas perfecta, jamás se vió familia mas santa, mas respetable, mas dichosa, ni mas digna de los homenajes de los ángeles y de los hombres en medio de su misma obscuridad.

No se sabe precisamente el tiempo en que murió san José; lo cierto es, que ya no vivia cuando Jesucristo empezó á predicar su evangelio: murió, pues, con la muerte de los justos durante la vida privada y oculta de Jesucristo en Nazaret. Es seguro que ninguna muerte fué mas preciosa á los ojos de Dios, que ninguna fue mas dichosa; pues espiró este gran Santo entre los brazos de Jesus y de María. Por mas resignada que estuviese la santísima Virgen para cualquiera acontecimiento, con todo la separacion de su casto Esposo no dexó de serla sensible. Pero como era María el ornamento de su sexo, convenia, dice san Ambrosio, que despues de haber sido el modelo y la gloria de las doncellas y de las casadas, sin haber dexado de ser virgen, fuese tambien el modelo mas perfecto de las viudas, siendo una de ellas.

Entretanto llegó el tiempo en que el Salvador debia manifestarse al mundo; y es probable que descubrió á la santísima Virgen la intencion que tenia de ir á pasar cuarenta dias en el desierto, debiendo ser su retiro y su ayuno como el prelude de su vida pública, y por decirlo así, la primera época de su mision. A su vuelta, habiendo juntado los primeros discípulos, fué á Nazaret, donde estaba su querida madre: pasó con ella algunos dias, comunicándola, sin duda, el plan y la economía de sus trabajos y maravillas.

Habia empezado Jesucristo á anunciar á los pueblos el reyno de los cielos, cuando fué convidado por algunos de sus parientes carnales á asistir con su madre y sus primeros discípulos á una boda que se hacia en Caná, pequeña ciudad de Galilea, poco distante de Nazaret. Estando comiendo, se acabó el vino: advirtiendo la santísima Virgen, que estaba á la mesa junto á su Hijo, el embarazo en que se hallaban los que le habian convidado,

y queriendo ahorrarles la confusion que les iba á causar esta falta de prevencion, mostró al Salvador el deseo que tenia de que los sacase de aquella pena con algun milagro. Esta madre de misericordia, que previene siempre nuestras necesidades, se contentó con decirle en voz baxa que no tenian mas vino: *Vinum non habent*. El Hijo de Dios, queriendo hacer ver el poder que tenian sobre él hasta las insinuaciones de su querida Madre, anticipó, en atencion á ella, el tiempo de manifestar su omnipotencia, convirtiendo inmediatamente el agua que habia en seis tinajas en un vino excelente; éste fue el primero de los milagros públicos que hizo el Salvador, el cual quiso que se debiera á los ruegos de su querida Madre.

Habiendo tenido por conveniente el Salvador establecer su principal residencia en Cafarnaun, la santísima Virgen, que no le dexaba un punto, vino á establecerse igualmente allí. San Epifanio y san Bernardo dicen que le acompañaba las mas veces en sus correrías evangélicas, no solo por tener el consuelo de oírle mas á menudo, sino tambien para cuidar de él en sus viages. Encontróse con él en Jerusalem en la fiesta de pascua; despues de la cual le siguió á las riberas del Jordan, donde el Salvador comenzó á conferir su bautismo. Los santos PP. no dudan que la Virgen le recibió de mano de su hijo; y aunque como exénta de toda culpa, aun venial, y preservada, como se ha dicho, de pecado original, parece no tenia necesidad del bautismo; sin embargo, no quiso dexarle de recibir despues que el mismo Salvador se habia sujetado á la ley de la circuncision, y ella misma á la de la purificacion. Por otra parte es cierto que nadie observó jamás la nueva ley con mas perfeccion que la santísima Virgen, y que cumplió y llenó excelentemente todos los deberes que prescribe esta ley: ¿cómo pues, hubiera querido ser privada de un sacramento que es como el sello que caracteriza á todos los fieles? Y habiendo de recibir el bautismo, ¿de qué manos debia recibirle sino de las de su Hijo?

El evangelio nada mas nos dice de la santísima Virgen hasta el tiempo de la pasion del Salvador, sino es en dos ocasiones. La primera, cuando una buena muger, embelesada al oír predicar á Jesucristo, exclamó: Bienaven-

turado el vientre que te llevó, y los pechos que te diéron de mamar. *Antes bien*, replicó Jesucristo, *bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la ponen por obra*. No niega el Salvador que su madre sea la mas dichosa de todas las mugeres: estas palabras son mas bien una confirmacion de lo que esta devota muger acababa de decir; pero como nadie puede aspirar á la sublime dignidad de madre de Dios, les muestra Jesus una cosa que nadie puede racionalmente excusarse de llegar á conseguir; y sin insistir mas sobre la dicha singular de su madre, toma de aquí ocasion para hacer conocer á sus oyentes cuál es la felicidad que les es propia y á que todos pueden aspirar, la cual es ser dóciles á la voz de Dios, tener fe, y animar esta fe con las obras. Fue como decir: mi madre es bienaventurada por haber sido elegida para formarme un cuerpo, y darme á luz; pero lo que la hace verdaderamente bienaventurada, es el haber creído: *Beata que credidisti*; y ved aquí lo que debéis imitar en mi madre. La segunda vez que habla el evangelio de la santísima Virgen, es cuando habiendo ido á oírle á un sitio en donde enseñaba al pueblo, y habiéndole dicho al Salvador que estaba allí su madre, respondió Jesus, señalando con la mano á sus discípulos: *Veis aquí quiénes son mi madre, y mis hermanos; porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre*. Esta respuesta, que en otras circunstancias hubiera podido parecer un poco seca, era á la sazón misteriosa y aun necesaria, atendida la disposicion de los que lo oían. Los judíos, á quienes anunciaba el reyno de los cielos, no le miraban sino solo como un puro hombre, hijo de María; ¿No es este, decían, el hijo de un artesano? ¿Su madre no se llama María? ¿Sus parientes no viven y están entre nosotros? ¿Quién, pues, el Salvador enseñarles á no mirarle solamente como hijo de María, sino á reconocer en su persona aquel carácter de divinidad que no querian advertir, aunque se manifestaba tan claramente en sus palabras y en sus obras. Quería tambien hacerles entender que cuando se trata de la gloria y de los intereses de Dios, no se debe dar oídos ni á la carne ni á la sangre, no se debe atender ni á amigos, ni á aparentes, ni á otra ninguna cosa del

mundo, por mas apreciable que pueda sernos; sino que debemos preferir los intereses de Dios á todo lo que nos toca de mas cerca. En el mismo sentido y con el mismo espíritu habia respondido á su Madre cuando se le quejaba amorosamente de su ausencia por haberse detenido en el templo de Jerusalem á los doce años de su edad: ¿No sabiais, la respondió, que debo emplearme en las cosas que miran á mi Padre con preferencia á lo que apetece la inclinacion natural? Por eso la santísima Virgen, que penetraba y comprendia perfectamente el sentido de una y otra respuesta, no hizo ademan de ofenderse de ellas.

## §. XXIII.

*Lo que la santísima Virgen tuvo que sufrir durante la pasion de Jesucristo.*

Por mas dulce que fuese el consuelo y el gozo de la santísima Virgen al ver las maravillas que obraba el Salvador en toda la Galilea y la Judea; sin embargo, el pensamiento de su pasion, y la imagen de la muerte que habia de padecer por la redencion del linage humano, la que tenia continuamente presente, anegaban su corazon en un mar de amargura, como hablan los santos PP. Quanto veía que su sabiduría era mas admirada, y sus milagros mas publicados y aplaudidos: quanto mas sabia cuál era la reputacion de su divino hijo en toda la Siria, tanto mas se affigia su corazon al pensar que este querido hijo, que era las delicias del Padre Eterno y las suyas, debía verse un dia harto de oprobios, y morir afrentosamente en una cruz; pues instruida en toda la economía del misterio de la redencion, preveía con un amargo dolor el tiempo destinado para este sangriento sacrificio; y como cada dia se iba acercando el término de él, su corazon padecia cada dia un nuevo suplicio, teniendo noche y dia presente en su espíritu hasta las menores circunstancias de su pasion.

Llegado en fin el tiempo de la pasion del hijo, como tambien el de la pasion de la madre, se fue María á Jerusalem, casi al mismo tiempo que su hijo; esto es, seis ó siete dias antes de la fiesta de pascua: se retiró á casa de

María, Madre de Marcos, su parienta, desde donde fue testigo del triunfo superficial y pasajero con que el Salvador fue recibido en Jerusalem, el cual debía parar bien presto en la mas triste y funesta tragedia, de la cual era preludio aquella alegría de tan poca duracion que mostraba el pueblo por la llegada del Salvador; y así los gritos y clamores de *hosanna*, ó *viva*, que resonaban en toda la ciudad, aumentaban la amargura de su corazon, y hacian mas profunda su tristeza, sabiendo que bien pronto se convertirian en gritos y clamores de execracion. Se dexa comprender cuál sería su afficcion, cuando supo que Jesucristo habia sido preso, y que le llevaban de tribunal en tribunal con la mayor ignominia. Ninguna madre amó jamás á un hijo único con una ternura tan viva; ninguna madre sintió mas vivamente los indignos y crueles tratamientos que tuvo que sufrir este hijo querido; y toda la Iglesia conviene en que no hubo jamás una madre mas affligida que María. Todos los santos padres dicen á una voz, que María sola padeció mas que todos los mártires juntos: y que con razon se la da el titulo de Reyna de los mártires, *Regina martyrum*; y que sin un milagro no hubiera podido sobrevivir á la dolorosa y afrentosa pasion de su adorable Hijo. No dió María el menor paso para reclamar contra el inaudito cúmulo de injusticias, de calumnias, de oprobios y de tormentos que le hacian sufrir al Salvador; porque habiéndole ofrecido ella misma al Padre Eterno en calidad de víctima el dia de su purificacion, habia consentido, digámoslo así, en que muriere por la redencion de los hombres; y veis aquí por qué guardó el mas mudo silencio durante toda su pasion. Resolvióse tambien por una especie de aliento sobrenatural, y muy superior á su sexo y á su calidad, de madre, acompañarle al Calvario, y asistir á su muerte al pie de la cruz, conformándose con los inescrutables designios de la Providencia divina. Todo quanto la crueldad de los verdugos hizo sufrir á los cuerpos de los mártires, todo fue poco, y aun debe reputarse por nada, si se compara con lo que vos, Virgen santísima, padeciste en la muerte de vuestro Hijo sobre el Calvario, dice san Anselmo. Los otros fueron mártires, muriendo por Jesucristo, dice san Gerónimo; pero María lo fue muriendo con Jesucristo, ó

por mejor decir, sobreviviendo á Jesucristo. Porque María, continúa el Santo, amó mas á su hijo que todos los otros, por eso sintió mas dolor, viéndole padecer; en tanto grado, que la violencia de su dolor penetró toda su alma de parte á parte. En los otros mártires, dice san Bernardo, el grande amor que tenían á Dios, aliviaba el dolor que les causaban sus tormentos; pero en María, el amor extremado con que amaba á su hijo, hacia su martirio; y como amó á Jesucristo mas que todos los santos juntos, su martirio fue mas amargo y mas doloroso que el de todos ellos. *In aliis martyribus magnitudo amoris dolorem lenivit passionis; sed beata Virgo quanto plus amavit, tanto plus doluit, tantoque ipsius martyrium gravius fuit.* La pasion dolorosa del hijo fue con todas sus circunstancias la pasion dolorosa de la madre.

Con solo mirar á Jesucristo en la cruz se consolaban todos los mártires; pero respecto de la santísima Virgen, este triste objeto era su mas doloroso martirio. Jesucristo consolaba y aun llenaba de gozo interior á todos los mártires en medio de los mas crueles tormentos; y algunas veces llegaba hasta suspender en su favor la actividad del fuego en las calderas de plomo derretido, y en los hornos encendidos; pero respecto de la Virgen santísima, Jesucristo padeciendo y muriendo, es el mayor suplicio de su Madre; es para ella, dice san Bernardo, un mar de amargura en que está anegada. Juzgad de la grandeza del dolor, dice el santo Abad, por lo grande del amor: ella sola padeció mas en su alma que todos los mártires juntos padecieron en su cuerpo: *Juxta magnitudinem amoris erat vis doloris, &c.* Ciertamente, dice san Bernardino de Sena, el dolor que la santísima Virgen padeció viéndose espirar á su querido hijo en la cruz fue tan vivo, tan extraordinario y tan grande, que si se hubiera repartido entre todas las criaturas capaces de sentir, no hubiera habido una que no hubiera muerto de dolor con sola la porcion que la hubiera cabido. El amor tierno y compasivo, dice Arnaldo de Chartres, hacia en el alma de María lo que los clavos, los azotes, las espinas y la lanza hacian en el cuerpo adorable del hijo. Tu hijo, Virgen santísima, padeció en el cuerpo, y tú en el alma, exclama san Buenaventura; pero todas las llagas que estaban divididas en

cada miembro de su cuerpo, se hallaban juntas en tu corazón: *Singula vulnera per ejus corpus sparsa, in tuo corde sunt unita.* ¡O, y cuánta verdad es, santísima Virgen, concluye san Bernardo, que tu alma fue verdaderamente traspasada de una espada de dolor! Como la santísima Virgen padeció un tan doloroso martirio, al cual con razon se le ha dado el nombre de pasion, por el amor y la salvacion de los hombres, en todos tiempos han tenido los fieles la particular devocion de honrar esta pasion de la santísima Virgen, baxo el título de nuestra Señora de las Angustias, baxo el de la Compasion de nuestra Señora, baxo el de los Dolores de la santísima Virgen; cuya fiesta está aprobada por la santa Sede: en toda España se reza de ella con oficio propio, y tambien en muchas diócesis de Italia y de Francia.

## §. XXIV.

*La santísima Virgen al pie de la cruz de su querido hijo.*

Estaba junto á la cruz de Jesus, María, su madre, dice el evangelio: era uno mismo el sacrificio, digámoslo así, uno mismo el holocausto de hijo y madre; ofrecíanse y padecian entrámbos á un mismo tiempo, dice Arnaldo de Chartres: *Omnino unum erat Christi, et Mariæ holocaustum.* El amor hacia el oficio de sacrificador: el amor inmolaba á Jesus á su Padre sobre el altar de la cruz por la expiacion de los pecados de todos los hombres; y el amor inmolaba á Maria al pie de la cruz, haciéndola sufrir todos los oprobios y dolores que padecia su querido Hijo. Pero lo que puso el colmo á este incomprendible dolor, y lo que fue como la espada que atravesó el alma de esta afligida madre, fueron las últimas demostraciones de ternura que la dió su querido hijo antes de espirar en la cruz. Sus últimas palabras renovaron, por decirlo así, todas las llagas de que el corazón de esta madre moribunda estaba ya traspasado, y aquel mar de amargura en que su alma estaba como anegada.

Viendo Jesus al pie de la cruz á su madre y al discí-

por mejor decir, sobreviviendo á Jesucristo. Porque María, continúa el Santo, amó mas á su hijo que todos los otros, por eso sintió mas dolor, viéndole padecer; en tanto grado, que la violencia de su dolor penetró toda su alma de parte á parte. En los otros mártires, dice san Bernardo, el grande amor que tenían á Dios, aliviaba el dolor que les causaban sus tormentos; pero en María, el amor extremado con que amaba á su hijo, hacia su martirio; y como amó á Jesucristo mas que todos los santos juntos, su martirio fue mas amargo y mas doloroso que el de todos ellos. *In aliis martyribus magnitudo amoris dolorem lenivit passionis; sed beata Virgo quanto plus amavit, tanto plus doluit, tantoque ipsius martyrium gravius fuit.* La pasion dolorosa del hijo fue con todas sus circunstancias la pasion dolorosa de la madre.

Con solo mirar á Jesucristo en la cruz se consolaban todos los mártires; pero respecto de la santísima Virgen, este triste objeto era su mas doloroso martirio. Jesucristo consolaba y aun llenaba de gozo interior á todos los mártires en medio de los mas crueles tormentos; y algunas veces llegaba hasta suspender en su favor la actividad del fuego en las calderas de plomo derretido, y en los hornos encendidos; pero respecto de la Virgen santísima, Jesucristo padeciendo y muriendo, es el mayor suplicio de su Madre; es para élla, dice san Bernardo, un mar de amargura en que está anegada. Juzgad de la grandeza del dolor, dice el santo Abad, por lo grande del amor: élla sola padeció mas en su alma que todos los mártires juntos padecieron en su cuerpo: *Juxta magnitudinem amoris erat vis doloris, &c.* Ciertamente, dice san Bernardino de Sena, el dolor que la santísima Virgen padeció viéndose espirar á su querido hijo en la cruz fue tan vivo, tan extraordinario y tan grande, que si se hubiera repartido entre todas las criaturas capaces de sentir, no hubiera habido una que no hubiera muerto de dolor con sola la porcion que la hubiera cabido. El amor tierno y compasivo, dice Arnaldo de Chartres, hacia en el alma de María lo que los clavos, los azotes, las espinas y la lanza hacian en el cuerpo adorable del hijo. Tu hijo, Virgen santísima, padeció en el cuerpo, y tú en el alma, exclama san Buenaventura; pero todas las llagas que estaban divididas en

cada miembro de su cuerpo, se hallaban juntas en tu corazón: *Singula vulnera per ejus corpus sparsa, in tuo corde sunt unita.* ¡O, y cuánta verdad es, santísima Virgen, concluye san Bernardo, que tu alma fue verdaderamente traspasada de una espada de dolor! Como la santísima Virgen padeció un tan doloroso martirio, al cual con razon se le ha dado el nombre de pasion, por el amor y la salvacion de los hombres, en todos tiempos han tenido los fieles la particular devocion de honrar esta pasion de la santísima Virgen, baxo el título de nuestra Señora de las Angustias, baxo el de la Compasion de nuestra Señora, baxo el de los Dolores de la santísima Virgen; cuya fiesta está aprobada por la santa Sede: en toda España se reza de élla con oficio propio, y tambien en muchas diócesis de Italia y de Francia.

## §. XXIV.

*La santísima Virgen al pie de la cruz  
de su querido hijo.*

Estaba junto á la cruz de Jesus, María, su madre, dice el evangelio: era uno mismo el sacrificio, digámoslo así, uno mismo el holocausto de hijo y madre; ofrecíanse y padecian entrámbos á un mismo tiempo, dice Arnaldo de Chartres: *Omnino unum erat Christi, et Mariæ holocaustum.* El amor hacia el oficio de sacrificador: el amor inmolaba á Jesus á su Padre sobre el altar de la cruz por la expiacion de los pecados de todos los hombres; y el amor inmolaba á María al pie de la cruz, haciéndola sufrir todos los oprobios y dolores que padecia su querido Hijo. Pero lo que puso el colmo á este incomprendible dolor, y lo que fue como la espada que atravesó el alma de esta afligida madre, fueron las últimas demostraciones de ternura que la dió su querido hijo antes de espirar en la cruz. Sus últimas palabras renovaron, por decirlo así, todas las llagas de que el corazón de esta madre moribunda estaba ya traspasado, y aquel mar de amargura en que su alma estaba como anegada.

Viendo Jesus al pie de la cruz á su madre y al discí-

pulo á quien amaba, dixo á su madre: *Muger, ahí tienes á tu hijo* (hablaba de san Juan). Despues dixo al discípulo: *Ahí tienes á tu madre* (hablaba de la santísima Virgen); y desde antonces el amado Discípulo, por estas palabras que eran como el testamento y última voluntad de Jesus moribundo, hecho hijo adoptivo, digámoslo así, de la santísima Virgen, la miró siempre como á su querida madre, hizo con ella todos los oficios de hijo, y la cuidó con el esmero que un hijo debe cuidar de una madre como María.

Los santos PP. descubriendo todo el misterio de estas palabras de Jesucristo, dicen que estando para morir el Salvador, declaró á la santísima Virgen por madre de todos los fieles, los cuales desde entonces quedaron hechos hijos adoptivos de María en la persona de san Juan; y por consiguiente, el Salvador en su testamento y por su última voluntad dexó á la santísima Virgen por abogada, protectora y madre de toda la Iglesia. San Juan Crisóstomo dice que el Salvador en esta ocasion no quiso llamar á María con el tierno nombre de madre, por no avivar mas su dolor, dióla solo el nombre de *muger*, que es un término mas genérico. Algunos santos padres añaden que el Hijo de Dios no la llamó entonces con el nombre de madre, por no irritar contra ella el furor de los verdugos, y porque este nombre atraxese sobre ella algunos malos tratamientos de parte de aquellos impíos.

Muchos intérpretes son tambien de parecer que Jesus llamó entonces á su madre con el nombre de *muger*, *mulier*, por respeto, como lo habia hecho en las bodas de Caná; porque el nombre de *mulier* en hebreo es, como ya se ha dicho, un nombre de honor y de respeto, que significa lo mismo que el nombre de madama entre los franceses, y el de señora entre nosotros. En efecto, se ve que siempre que el Salvador habla con su Madre delante del pueblo y en público, se servia de este término respetuoso mas bien que del de madre. Finalmente, otros piensan que como todo era misterioso en la consumacion de aquel gran sacrificio, quiso Jesucristo darnos á entender que su Madre era aquella segunda muger, que debia reparar, digámoslo así, baxo el árbol de la cruz, por la muerte de su hijo, todo el mal que la primera muger ha-

bia hecho baxo el árbol fatal que ocasionó su desobediencia, origen funesto de todos nuestros males.

## §. XXV.

*Al instante que Jesucristo resucita se aparece á su querida Madre.*

Luego que la santísima Virgen vió espirar á su querido hijo en la cruz, y que la grande obra de nuestra redencion se habia consumado ya por el sangriento sacrificio del Redentor de todos los hombres, se retiró á Jerusalem á casa de María, madre de Márcos, en donde se cree que el Salvador habia celebrado la última cena con sus apóstoles. Pasó allí los tres dias antes de la resurreccion en una sublime y continua contemplacion de todos los misterios que acababan de cumplirse, y de todos los que se habian de cumplir despues. No se debe dudar que al punto que resucitó Jesucristo se apareció á su querida madre, para indemnizar abundantemente con el indecible gozo de que la llenó entonces de todo lo que habia padecido durante su pasion: la prueba de esta verdad es que en toda la historia tan individual de la resurreccion del Salvador y de sus apariciones no se dice haberse aparecido á su Madre; y es claro que si María no hubiera sido favorecida con la primera aparicion del Salvador, no hubiera dexado este Señor de distinguirla la primera vez que se apareció á todos sus discípulos juntos, con los cuales se hallaba tambien la santísima Virgen.

Manda el Salvador á Magdalena y á las otras santas mugeres, á quienes se apareció inmediatamente despues de su resurreccion, que vayan á decir á todos sus discípulos, y á Pedro en particular, que ha resucitado: ¿no las hubiera mandado tambien que llevaran esta nueva á su querida Madre, si el mismo Señor no se la hubiera llevado primero? Y si le pregunta, dice san Anselmo, ¿por qué la Iglesia no hace mencion de esta aparicion privilegiada hecha á la Madre de Dios? Porque el evangelio, responde el Santo, nada dice que sea inútil y superfluo; y sería inútil decir que la primera aparicion del Salvador

resucitado fué á su querida Madre antes de aparecerse á las otras mugeres y á sus discípulos; pues no se puede pensar en su calidad de madre, en la ternura con que amaba á su querido hijo, en lo mucho que habia padecido en su pasion, y en la ternura que el Salvador la profesaba, sin quedar convencidos á que María vió la primera á su adorable Hijo resucitado, al modo que hubiera sido superfluo, añade el mismo Padre, decirse en el evangelio, que Jesucristo amaba tiernamente á su madre; y así el evangelio nada habla de este amor tierno, siendo así que habla tantas veces de la predileccion de Jesus á san Juan. Y si este amado Discípulo dice que nuestro Señor se apareció primero á Magdalena, esto debe entenderse, dice el abad Ruperto, respecto de los testigos que Dios habia elegido para publicar por el mundo el gran misterio de la resurreccion, como se dice en las Actas de los apóstoles: *Dedit eum manifestum fieri testibus præordinatis à Deo.* Le resucitó Dios al tercero dia, y le hizo ver á los que estaban destinados por Dios para testificar y predicar su resurreccion á toda la tierra.

Si no ha sido posible expresar cuál fué la afliccion y el dolor de la santísima Virgen en la afrentosa muerte de Jesucristo, su querido hijo, todavía lo es ménos el hacer sentir cuál fue el gozo inefable de esta bienaventurada madre en la gloriosa resurreccion del Salvador del mundo. Todo lo que se puede decir, y lo que todo el mundo comprende bastantemente, es, que si el corazon de la santísima Virgen estuvo sumergido en un mar de amargura mientras duró la pasion de Jesucristo, su triunfante resurreccion llenó su alma, y la inundó de una alegría incomprendible. No se duda que gozó de la presencia casi continua de este divino Salvador todos los cuarenta dias que precedieron á su ascension gloriosa á los cielos. No solo tuvo el consuelo de verle todas las veces que se apareció á todos los discípulos juntos, sino que otras muchas tuvo el gusto de hablar familiarmente con él en sus apariciones particulares; y se puede decir, que desde entonces gozó de aquel torrente de delicias y de gozos celestiales en que los bienaventurados están como inundados en el cielo; y aunque como moradora de la tierra estaba en cierto modo en un pais extranjero, y como en un lugar de

destierro, es cierto que gustaba á su satisfaccion de las dulzuras de la patria celestial.

## §. XXVI.

*La santísima Virgen está presente á la ascension de Jesucristo á los cielos.*

Pasados cuarenta dias despues de la resurreccion, la santísima Virgen, que habia vuelto á Jerusalem para estar presente á la triunfante ascension de su querido Hijo á los cielos, le acompañó con todos sus discípulos al monte Olivete, que era el lugar que Jesucristo habia elegido para subir de él á los cielos, é irse á sentar á la diestra de su Padre. En la cima de este famoso monte fue donde, despues de haber dado el Salvador sus últimas instrucciones á toda aquella santa congregacion, despues de haberles echado su bendicion, y haber dado á su querida Madre todas las pruebas de distincion y de la mas afectuosa ternura, se elevó lentamente de la tierra hácia el cielo, teniendo todos los circunstantes clavados los ojos en él, hasta que una nube luminosa le robó de su vista.

Nuestro espiritu es demasiado limitado, y demasiado débiles nuestras expresiones para hacer comprender, y para concebir nosotros mismos cuáles fueron los sentimientos y afectos de Hijo y Madre al tiempo de su separacion. Todo lo que se puede decir es que el cuerpo de María se quedó acá baxo, pero que su corazon se subió con Jesucristo á los cielos. Retiróse despues con los apóstoles al cenáculo para esperar la venida del Espíritu santo, la que es cierto aceleró esta Señora con sus ardientes deseos y fervorosas súplicas. Recibióle diez dias despues con una nueva plenitud, que la llenó de una superabundancia de gracias y de dones.

Una alma de las mas santas, y dotada de un don de contemplacion muy sublime ha dexado escrito, que la llama maravillosa, baxo cuya figura se apareció el Espíritu santo el dia de Pentecostes, descansó al principio toda entera sobre la cabeza de la santísima Virgen, y que despues se dividió en otras tantas lenguas de fuego, cuantas

eran las personas que había en el cenáculo; sobre la cabeza de los cuales se fueron á poner dichas lenguas. Esta circunstancia, que parece muy verosímil, es un símbolo bien expresivo para hacer conocer que la sagrada Virgen recibió élla sola en aquel dia tantas gracias y dones del Espíritu santo, como todos los otros juntos; esta Señora tenia, sin disputa, disposiciones interiores mas excelentes que todos, y como el Padre Eterno había distinguido á María desde su inmaculada concepcion por una predileccion tan conocida, como á su hija querida; y como el hijo la había distinguido como á su amada madre, infundiendo en su alma un maravilloso conjunto de todas las gracias; era justo; dicen los santos padres que el Espíritu santo la distinguiese también como á su esposa, derramando en élla sobreabundante plenitud de sus dones.

Los padres de la Iglesia no dudan que el motivo de haber dexado Dios todavía muchos años á la santísima Virgen sobre la tierra, despues de la gloriosa ascension de su divino Hijo á los cielos, fue para que fuese madre de la Iglesia recién nacida, y sirviese del más dulce consuelo á los discípulos y á los apóstoles, á los que había prometido Jesucristo que no los dexaria huérfanos. Si fue un dulce consuelo y un gran motivo de gozo para la Madre de Dios ver el prodigioso número de milagros que los apóstoles y discípulos obraban todos los dias en el nombre de Jesucristo, y saber la rapidez con que el reyno de Jesucristo, es decir, la Iglesia, se extendía por todo el mundo; este gozo no dexaba de estar mezclado de amargura, pues sabia el furor con que todas las potestades del mundo se desencadenaban contra los discípulos de Jesucristo. Judíos y paganos, todos se conjuraron para ver como habían de sufocar la Iglesia recién nacida en su misma cuna. Es verdad que no ignoraba María que todas las potestades de la tierra y del infierno no prevalecerían jamás contra élla; sabia asimismo, que la sangre de los mártires había de ser como la semilla de los cristianos, y esto la servía de un gran consuelo.

Permaneció la santísima Virgen en Jerusalem hasta que los apóstoles fueron precisados á salir de dicha ciudad con motivo de la cruel persecucion que se movió contra los fieles hácia el año 44 de Jesucristo; entonces

san Juan, que la tenia consigo y la miraba siempre como á su querida madre, la llevó á Efeso. No se sabe el tiempo fixo que se detuvo en esta ciudad; pero es cierto que volvió á Jerusalem antes de su preciosa muerte.

Toda la vida de la santísima Virgen, especialmente despues de la gloriosa ascension de Jesucristo á los cielos, no fué otra cosa que una continua oracion y una union íntima con Dios; la que no fue jamás interrumpida por accidente alguno en todo el tiempo que vivió esta incomparable Virgen. Pasó todos sus dias en un dulce retiro; su corazon estaba siempre en los cielos, en donde estaba su tesoro, y abrasada continuamente en el mismo fuego que abrasa á los serafines. No se duda que comulgaria todos los dias; porque ¿cómo era posible que una alma tan pura y tan santa fuese privada de aquel pan de los ángeles, que era el alimento sagrado y diario de los fieles en aquellos primeros dias de la Iglesia? Es cierto que cada comunión iba acompañada de un éxtasis, que no la dexaba nada que envidiar á los que estaban ya en la mansion de los bienaventurados. Todos los fieles recurrían á élla en sus necesidades espirituales; y no se duda que los mismos apóstoles la consultarían frecuentemente, y se aprovecharían de sus luces sobrenaturales; esto es lo que movió al sábio Idiota á decir, que María enseñaba á los doctores, y que era maestra de los mismos apóstoles: *Doctrinam doctorum, magistram apostolorum.*

*Talis fuit Maria,* dice san Ambrosio, *ut ejus unius vita omni um sit disciplina.* María santísima no fue como ciertas almas escogidas, en quienes vemos relucir solo ciertas virtudes, á las que se limitan, y en las que consiste todo su mérito. Estudiemos la vida de la Madre de Dios, y hallarémnos que es una lección universal de todas las virtudes y para todos los estados: arreglando nuestra conducta por la suya, aprenderémos á ser fieles á Dios, á ser equitativos hácia el prójimo, á amar la pureza, y á vivir con una grande inocencia: aprenderémos á amar á Dios sobre todas las cosas, á aborrecernos á nosotros mismos, á ser humildes, modestos, obedientes y devotos. Los padres y madres aprenderán á gobernar y reglar sus familias, y á criar sus hijos cristianamente; todos, en fin, aprenderán amar á Dios y á aborrecer al mun-

do, al espíritu del mundo y á las máximas del mundo.

El abad Ruperto, en el libro primero sobre los Cantares, dice que la santísima Virgen se puede llamar la fuente de los jardines y el pozo de aguas vivas: *Fons hor-torum, et puteus aquarum viventium*; y añade, que con sus luces suplía lo que el Espíritu santo, que se habia dado con medida á los discípulos, no habia querido descubrirles; y los santos padres convienen todos en que san Lucas aprendió de la santísima Virgen aquella admirable descripción de muchas circunstancias particulares de la niñez de Jesucristo, que nos refiere en los primeros capítulos del evangelio que escribió. A la verdad, ¿quién estaba mejor instruido que María de todo lo que mira á la vida de su querido Hijo?

§. XXVII.

*Ultimos años de la vida mortal  
de la santísima Virgen.*

Es cierto que toda la vida de la santísima Virgen fue una serie continuada de maravillas, y que fue todopoderosa sobre la tierra, como lo es al presente en el cielo por el valimiento que logra con Dios. Toda su vida tuvo el don de milagros en un grado mucho mas excelente que le han tenido todos los santos. ¿Qué de curaciones milagrosas no obraría! ¿Qué favor, qué efecto maravilloso rehusó Dios jamás á sus solos deseos, á la menor insinuacion de su voluntad y á su palabra! Todo el infierno, la miraba con terror, ¿y podía toda la naturaleza no obedecer á la Madre de Dios? ¿Había una pura criatura tan santa y tan agradable á los ojos de Dios como María? ¿había quién fuese tan poderosa para con Dios? Si no tenemos una relacion pasmosa de sus milagros, ni una historia de todos los prodigios que obró durante su vida, es porque á la verdad su eminente santidad, su augusta é incomparable dignidad de Madre de Dios no tenían necesidad de este realce, ni de estos hechos maravillosos para merecer nuestra veneracion y autorizar nuestro culto.

Los milagros son unas obras de la omni potencia de

Dios, y unos efectos extraordinarios y maravillosos sobre las fuerzas de la naturaleza, los que hace Dios para manifestar su amor ó su poder sin límites; y muchas veces para manifestar el mérito y la gloria de los santos; por eso no se canoniza ningun santo, sin que antes se hayan verificado sus milagros. La santísima Virgen no tuvo necesidad de este testimonio, su inmaculada concepcion, y lo que la fe nos enseña de la eleccion que el Señor hizo de ella para ser madre de Dios, la plenitud de gracias y dones del Espíritu santo que poseyó, en fin, lo que sabemos de su maternidad divina, todo esto brilla bastante por sí mismo, sin que sea necesario añadirla ningun lustre extraño. Esto sería añadir á la mas brillante luz del sol de mediodia el débil vislumbre de una candela. La santísima Virgen pudo resucitar muertos, sanar mudos, dar vista á ciegos, librar endemoniados, y curar repentinamente todo género de enfermedades: es tambien mas que probable que lo hizo; pero aun cuando jamás hubiera hecho ninguno de estos milagros durante su vida, élla misma fué, dice san Bernardo, el milagro mas extraordinario y mas estupendo de todos los milagros: *Miraculum miraculorum*. En efecto, ¿qué podrían manifestarnos, que podrían publicar todos los milagros, que iguale á la idea de santidad que nos dicen estas palabras del evangelio (*Matth. 22.*): *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo? Ved aquí en pocas palabras el elogio mas completo que se puede hacer de la Madre de Dios; estas dos palabras encierran en sí la idea mas noble, mas sublime y mas cabal que se puede formar de la grandeza, del mérito y de la eminente santidad de la santísima Virgen.

Habiendo tenido la santísima Virgen el consuelo de ver extendida la Iglesia casi por todo el mundo, á pesar de la mas crueles persecuciones que el infierno levantaba contra los fieles, vió con el mayor gozo acercarse el dichoso día en que debía ir á juntarse con su querido Hijo en el cielo. La opinion mas generalmente recibida en la Iglesia es que la santísima Virgen tenia quince ó diez y seis años cuando el Verbo divino se hizo carne en su seno; que vivió veinte y tres años despues de la ascension de Jesucristo á los cielos, lo que junto á los treinta y tres

años que vivió el Salvador sobre la tierra, hace los setenta y dos años que vivió la santísima Vírgen.

Algunos antiguos padres, y entre otros san Epifanio, parece dudan si la Madre de Dios murió verdaderamente ó si permaneció inmortal, y fue llevada en cuerpo y alma á los cielos. Su concepcion immaculada y su maternidad divina parece autorizan esta duda, la que se les representaba bastantemente fundada. Pero la Iglesia dice claramente en la oracion de la misa del dia de la Asuncion, (y este es el comun sentir de toda la Iglesia) que la santísima Vírgen murió verdaderamente segun la carne: *Quam pro conditione carnis migrasse cognoscimus*. Y ciertamente, no habiendo querido Jesucristo dispensarse de morir, no se podia creer que María hubiera sido exenta. Es verdad que san Juan Damasceno con algunos otros santos padres dice, que su tránsito no se puede llamar muerte, sino mas bien un dulce sueño, una union mas íntima con Dios, y un pasar de una vida mortal á una inmortalidad bienaventurada; y la mayor parte de los antiguos, al tratar de la muerte de la santísima Vírgen, han intitulado sus obras: *De Dormitione*, del sueño de la santísima Vírgen.

En efecto, quien rompió los lazos naturales que tenían unida el alma con el cuerpo, no fue ni lo caduco de la vida, ni la inclinacion de la edad, ni la violencia de la enfermedad, ni la alteracion y trastorno de los humores, ni un desfallecimiento de la naturaleza, dicen los santos padres; quien hizo esta separacion por algunas horas fue el fuego del puro amor divino. Fue necesario un milagro continuo, dice san Bernardo, para que los lazos naturales, que unen el alma con el cuerpo, pudiesen subsistir en medio del fuego ardiente del amor divino, de que el alma de la santísima Vírgen estaba abrasada desde el primer instante de su immaculada concepcion. En su muerte suspendió Dios este milagro; y ved aquí cuál fue la causa de esta preciosa muerte. Llegados que fueron el día, la hora y el feliz momento que la santísima Vírgen debía acabar esta vida mortal, no suspendió el Señor el efecto de aquel fuego sagrado, le dexó obrar segun toda su fuerza sobre aquel corazon sin mancha, y sobre aquel santuario del amor divino. Entonces, no pudiendo este santo

corazon sostener por mas tiempo sus esfuerzos, abrasado y consumido con aquellos divinos ardores, terminó sin dolor la mas pura y la mas santa de todas las vidas. La santísima Vírgen, abrasada en el fuego del amor divino, no vivió sino por milagro, segun el pensamiento de san Bernardo, y solo cuando cesó este milagro, acabó sus dias. O la santísima Vírgen no debía morir, dice san Ildefonso, ó si habia de morir, habia de ser de amor.

## §. XXVIII.

*Muerte feliz de la santísima Vírgen.*

Sucedió esta preciosa muerte en Jerusalem en casa de María, madre de Márcos, en donde estaba hospedada. Informada la santísima Vírgen del dia y hora en que habia de dexar la tierra para ir á vivir eternamente en el cielo, lo hizo saber á los fieles que estaban en Jerusalem. Esta nueva los afligió; porque, en fin, despues de la ascension del Hijo de Dios, María, madre de Dios, era todo el consuelo de la Iglesia. San Juan, feliz depositario de este tesoro, no la dexaba un punto; antes bien procuraba mas que nunca hacer con ella todos los oficios que el mas amante de todos los hijos podia tributar á la mas querida de todas las madres. Estaba sentada María en una pequeña cama, desde donde consolaba á todos los fieles que estaban presentes, y á quienes tenia inconsolables el pensamiento de una separacion tan amarga. Aseguróles que así como Jesucristo era su soberano y todopoderoso mediador con el Padre eterno, así ella sería su soberana y todopoderosa mediadora y abogada con su hijo en la feliz mansion de la gloria.

Mientras que todos los fieles se apresuraban por ir á recibir su última bendicion, se viéron llegar á la sala, por un prodigio de que sola la santísima Vírgen sabia el secreto, todos los apóstoles, menos santo Tomás, y tambien algunos de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo; los cuales se encontraron transportados milagrosamente á la sala donde estaba la Vírgen, para tributar los últimos obsequios á la Madre de Dios, á la cual honraban y amaban todos como á su querida madre. San

años que vivió el Salvador sobre la tierra, hace los setenta y dos años que vivió la santísima Vírgen.

Algunos antiguos padres, y entre otros san Epifanio, parece dudan si la Madre de Dios murió verdaderamente ó si permaneció inmortal, y fue llevada en cuerpo y alma á los cielos. Su concepcion inmaculada y su maternidad divina parece autorizan esta duda, la que se les representaba bastantemente fundada. Pero la Iglesia dice claramente en la oracion de la misa del dia de la Asuncion, (y este es el comun sentir de toda la Iglesia) que la santísima Vírgen murió verdaderamente segun la carne: *Quam pro conditione carnis migrasse cognoscimus*. Y ciertamente, no habiendo querido Jesucristo dispensarse de morir, no se podia creer que María hubiera sido exenta. Es verdad que san Juan Damasceno con algunos otros santos padres dice, que su tránsito no se puede llamar muerte, sino mas bien un dulce sueño, una union mas íntima con Dios, y un pasar de una vida mortal á una inmortalidad bienaventurada; y la mayor parte de los antiguos, al tratar de la muerte de la santísima Vírgen, han intitulado sus obras: *De Dormitione*, del sueño de la santísima Vírgen.

En efecto, quien rompió los lazos naturales que tenian unida el alma con el cuerpo, no fue ni lo caduco de la vida, ni la inclinacion de la edad, ni la violencia de la enfermedad, ni la alteracion y trastorno de los humores, ni un desfallecimiento de la naturaleza, dicen los santos padres; quien hizo esta separacion por algunas horas fue el fuego del puro amor divino. Fue necesario un milagro continuo, dice san Bernardo, para que los lazos naturales, que unen el alma con el cuerpo, pudiesen subsistir en medio del fuego ardiente del amor divino, de que el alma de la santísima Vírgen estaba abrasada desde el primer instante de su inmaculada concepcion. En su muerte suspendió Dios este milagro; y ved aquí cuál fue la causa de esta preciosa muerte. Llegados que fueron el día, la hora y el feliz momento que la santísima Vírgen debía acabar esta vida mortal, no suspendió el Señor el efecto de aquel fuego sagrado, le dexó obrar segun toda su fuerza sobre aquel corazon sin mancha, y sobre aquel santuario del amor divino. Entonces, no pudiendo este santo

corazon sostener por mas tiempo sus esfuerzos, abrasado y consumido con aquellos divinos ardores, terminó sin dolor la mas pura y la mas santa de todas las vidas. La santísima Vírgen, abrasada en el fuego del amor divino, no vivió sino por milagro, segun el pensamiento de san Bernardo, y solo cuando cesó este milagro, acabó sus dias. O la santísima Vírgen no debía morir, dice san Ildefonso, ó si habia de morir, habia de ser de amor.

## §. XXVIII.

*Muerte feliz de la santísima Vírgen.*

Sucedió esta preciosa muerte en Jerusalem en casa de María, madre de Márcos, en donde estaba hospedada. Informada la santísima Vírgen del dia y hora en que habia de dexar la tierra para ir á vivir eternamente en el cielo, lo hizo saber á los fieles que estaban en Jerusalem. Esta nueva los afligió; porque, en fin, despues de la ascension del Hijo de Dios, María, madre de Dios, era todo el consuelo de la Iglesia. San Juan, feliz depositario de este tesoro, no la dexaba un punto; antes bien procuraba mas que nunca hacer con ella todos los oficios que el mas amante de todos los hijos podia tributar á la mas querida de todas las madres. Estaba sentada María en una pequeña cama, desde donde consolaba á todos los fieles que estaban presentes, y á quienes tenia inconsolables el pensamiento de una separacion tan amarga. Aseguróles que así como Jesucristo era su soberano y todopoderoso mediador con el Padre eterno, así ella sería su soberana y todopoderosa mediadora y abogada con su hijo en la feliz mansion de la gloria.

Mientras que todos los fieles se apresuraban por ir á recibir su última bendicion, se viéron llegar á la sala, por un prodigio de que sola la santísima Vírgen sabia el secreto, todos los apóstoles, menos santo Tomás, y tambien algunos de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo; los cuales se encontraron transportados milagrosamente á la sala donde estaba la Vírgen, para tributar los últimos obsequios á la Madre de Dios, á la cual honraban y amaban todos como á su querida madre. San

Dionisio Areopagita, que tuvo la dicha de hallarse presente, nombra en particular á san Pedro, al cual le llama la suprema cabeza de los teólogos; á Santiago por sobrenombre el hermano del Señor; y á los otros, príncipes (como él los llama) de la gerarquía eclesiástica; y á mas de éstos, á san Timoteo, primer obispo de Éfeso, y á otros muchos discípulos de los apóstoles, de cuyo número era el mismo san Dionisio; el que cuenta todo esto como testigo de vista en la carta que escribió despues al mismo S. Timoteo. Ved aquí sus palabras: *Quando nos quoque, ut nostri, et multi ex sanctis nostris fratribus ad contuendum corpus quod vitæ principium dedit, et Deum suscepit, convenissemus: (aderat autem et Domini frater Jacob, et Petrus suprema et antiquissima theologorum summitas) et visu sacro corpore, placuit omnibus, prout quisque poterat, hymnis celebrare infinitam bonitatem divinæ potentiæ.* Nos encontramos, dice, todos juntos, como sabes, con los santos apóstoles y muchos de nuestros hermanos, para obtener el consuelo de ver por la última vez á la que habia concebido y parido al que es el principio de la vida, á Dios hecho hombre, principio de nuestra salvacion. ( Jacobo, por sobrenombre el hermano del Señor, estaba presente, como tambien Pedro, príncipe de los apóstoles, y supremo maestro de aquella ciencia que tiene por objeto á Dios y á las cosas reveladas por Dios). Habiendo, pues, visto aquel santo cuerpo, nos pareció á todos honrarle lo mejor que pudiésemos con himnos y cánticos, y alabar la bondad infinita y la omnipotencia de Dios, que habia hecho tantos prodigios en su favor. Hasta aquí son palabras de san Dionisio, referidas por san Juan Damasceno, de las cuales se sirve la Iglesia en el oficio de la Asuncion el dia diez y ocho de agosto, que es el cuarto de la octava.

Estando la santísima Virgen en medio de una tan santa, tan escogida y tan respetable asamblea, consolando á todos sus queridos hijos, los que estaban hechos un mar de lágrimas, despues de haber exhortado á los apóstoles y discípulos á predicar el evangelio con mas ánimo y zelo que nunca, ofreciendo á toda la Iglesia su poderosa proteccion y su ternura, vió comparecer al Salvador,

el cual, acompañado de todos los coros de los ángeles, y de todos los habitantes de la corte celestial, venia á recibir su bienaventurado espíritu, y conducir, como en triunfo, aquella alma tan pura y tan santa á la estancia de la bienaventurada inmortalidad. A este tiempo el alma de la santísima Virgen, abrasada de todo el ardor del divino fuego que ya no guardaba medida, se desunió por sí misma de su santo cuerpo, y fue llevada en triunfo hasta el trono del mismo Jesucristo, como dice san Agustin: *Angelicam transiens dignitatem, usque ad summi Regis thronum sublimata est.* Inmediatamente que espiró la santísima Virgen, todo el cuarto se llenó de una luz milagrosa, mas resplandeciente que la del sol. Toda la milicia celestial, dice san Gerónimo, salió al encuentro á la Madre de Dios, cantando himnos y cánticos á honra suya, los que fueron oídos de toda la asamblea: *Militiam caelorum cum suis agminibus, festive obviam venisse Genitrici Dei cum laudibus et canticis, &c.* No era justo, dice san Agustin, que María fuese colocada en la gloria en otra parte, que en donde está aquel á quien parió: *Non enim fas est alibi te esse, &c.*

Luego que la santísima Virgen hubo dado su espíritu, todos se postraron á sus pies, besándolos con un profundo respeto, y regándoselos con sus lágrimas. Todos los fieles que estaban en Jerusalem y en aquellos contornos fueron á toda prisa, con una devocion la mas tierna, á honrar aquel santo cuerpo, que habia sido el santuario hecho carne, y que era el objeto mas digno de la veneracion de los hombres y de los ángeles que habia habido sobre la tierra. No se presentó ningun enfermo que no quedase curado allí mismo; y san Juan Damasceno, que nos conservó y traspasó á nosotros lo que habia recibido de la mas antigua tradicion, dice que hasta los judíos no convertidos experimentaron los efectos de su poder, y participaron de sus milagros.

Satisfecha la devocion de los fieles, se llevó aquel sagrado depósito al lugar de la sepultura, que fue en la aldea de Getsemaní, distante como unos trescientos ó cuatrocientos pasos de Jerusalem. Los apóstoles llevaban las andas, y todos los fieles, seguian con hachas encendidas, cantando himnos y cánticos. El santo cuerpo fue puesto

con gran respeto en el sepulcro que se le habia dispuesto; el cual se cerró con una gran piedra.

Juvenal, patriarca de Jerusalem, que vivia en el quinto siglo, escribiendo al emperador Marciano y á la devota emperatriz Pulqueria, dice que los apóstoles, alternando unos con otros, pasaban el día y la noche con los fieles junto al sepulcro, mezclando sus voces y sus cánticos con los de los ángeles, los que por espacio de tres días no cesaron de hacer oír la mas armoniosa melodía, la que fue oída de todos cuantos estaban presentes, habiendo empezado en el mismo instante que espiró la santísima Virgen, como lo afirma san Juan Damasceno.

§. XXIX.

*La gloriosa asuncion de la santísima Virgen á los cielos.*

No se sabe fixamente el tiempo que este precioso y sagrado depósito estuvo en el sepulcro. Algunos creen que apenas fue sepultado el santo cuerpo, cuando se volvió á unir con el alma, y fué llevado milagrosamente al cielo; pero parece mas verosímil que el cuerpo de la santísima Virgen, á imitacion del de su divino Hijo, estaria tres días en el sepulcro; tiempo en que se oyó día y noche la armoniosa melodía de los ángeles, de que hemos hablado. Lo que hay en esto de cierto, segun san Juan Damasceno, y la mayor parte de los padres griegos y latinos, es que santo Tomás era el único apóstol (de los que se hallaban en vida) que no se habia encontrado en la muerte de la santísima Virgen, habiéndolo permitido así Dios, para manifestar su gloriosa asuncion en cuerpo y alma á los cielos; prodigio que tal vez se hubiera ignorado, si hubiera estado presente con los demas apóstoles cuando murió la santísima Virgen. No habiendo parecido santo Tomás sino despues de las exequias de esta madre de los fieles, suplicó con las mayores instancias le permitiesen siquiera tener el consuelo de ver aquel santo cuerpo, que habia llevado dentro de sí por nueve meses al autor de la vida. Se creyó ser muy

debido satisfacer su devocion; abrióse, pues, el sepulcro, y quedaron todos gustosamente sorprendidos, dice el mismo san Juan Damasceno, al no encontrar en él otra cosa que los paños y lienzo en que habia sido envuelto, los cuales exhalaban un olor exquisito, que se esparció por todo el ambiente, y le percibiéron todos los fieles. Admirados de un tan gran prodigio todos los que se hallaban presentes, volviéron á cerrar el sepulcro, convencidos á que el Verbo divino, que habia querido encarnar y hacerse hombre en las entrañas de la santísima Virgen, no queria, continúa el mismo Padre, que un cuerpo tan puro estuviese sujeto á la corrupcion, sino que habia querido resucitarle tres días despues de su muerte, y le habia hecho entrar triunfante en la gloria antes de la resurreccion general: *Post tres dies, angelico cantu cessante, qui aderant apostoli (cum unus Thomas qui abfuerat, venisset, et quod Deum susceperat, corpus adorare voluisset) tumultum aperuerunt; sed omni ex parte sacrum ejus corpus nequam invenire potuerunt, cum ea tantum invenissent in quibus fuerat compositum, et ineffabili, qui ex iis proficisceretur, essent odore repleti. Loculum clauserunt, ejus mysterii obstupefacti miraculo, hoc solum cogitare potuerunt, quod, qui placuit ex Maria virgine carnem sumere, et hominem fieri, et nasci cum esset Deus, Verbum Dominus gloriae: quique post partum incorruptum servavit ejus virginitatem, eidem etiam placuit; et ipsius postquam migravit immaculatum corpus incorruptum servare et translatione honorare ante communem et universalem resurrectionem.* Habiendo conservado el Verbo divino y el Señor de la gloria á su amada madre siempre pura, siempre sin mancha y siempre virgen antes y despues de su parto; quiso tambien que aquel cuerpo tan puro y tan santo fuese incorruptible, y gozase desde su muerte de todos los dotes de los cuerpos gloriosos. Todo esto es de san Juan Damasceno. En toda esta historia se descubre una providencia del Señor muy particular; pues así como permitió Dios que santo Tomás no se hallase con los demas apóstoles y discípulos congregados, cuando se les apareció Jesucristo la primera vez despues de su resurreccion, para que metiendo este apóstol, demasiado incrédulo, su mano en la llaga del costado del Salvador, y viendo con

sus propios ojos las cicatrices de sus manos y de sus pies, diese á todos los siglos venideros un testimonio incontestable de la resurreccion de su divino Maestro; á este modo, parece permitió el Señor que este mismo Apóstol no se encontrase en la muerte de la santísima Virgen, para que con motivo de su ausencia se asegurasen todos de la verdad de su gloriosa asuncion en cuerpo y alma á los cielos.

Y ciertamente convenia, como dice san Agustin, que el Salvador no dexara en el sepulcro un cuerpo tan puro, del cual habia sido formado el suyo; una carne, que en algun modo era la suya propia (*Serm. 1. de Assumpt.*): *Caro enim Jesu, caro Mariæ.* No puedo creer, continúa el santo Doctor, que el cuerpo en que el Verbo divino se hizo hombre, fuese dado por presa á los gusanos y á la corrupcion; solo el pensarlo me estremece y horroriza. ¿Quién podría imaginar, y quién osaria creer, dice el mismo san Agustin, que Jesucristo, que conservó la integridad de la madre durante su vida, no la habia de preservar de la corrupcion despues de su muerte? *Illud sacratissimum corpus, in quo Christus carnem assumpsit, escam vermibus traditam, quia sentire non valeo, dicere pertimesco. Quid hoc est? In vita Christus matrem integram servavit, et in morte illius corpus incorruptum non servaverit?* ¿Por ventura le era mas mas difícil conservar la integridad de su madre viva, que preservarla difunta de la corrupcion? Y si el cuerpo de los predestinados debe estar enteramente en el cielo, ¿se puede imaginar que el sagrado cuerpo de su beatísima madre habia de quedar hasta el fin de los siglos sobre la tierra? Este divino Salvador, que hace se honren en todas partes los huesos y cenizas de sus siervos, y que autoriza con tantos prodigios el culto que se les da, ¿dexaria las reliquias de su santísima madre en la obscuridad, en el olvido y sin culto? Pues esto sucederia, si este santo cuerpo hubiese quedado sobre la tierra, y si no se hubiera dado priesa el Señor á ponerle en el cielo.

¿Qué felices somos, dicen todos los santos PP. en tener en el cielo una tal protectora, y una tal abogada que tiene en sus manos todos los tesoros de las misericordias del Señor! como dice el B. Pedro Damiano: *In manibus ejus*

*sunt thesauri miserationum Domini.* Se puede decir que desde los primeros siglos de la Iglesia han mirado los fieles el misterio de la gloriosa asuncion de la santísima Virgen al cielo como una de las mas célebres y mas solemnes festividades de la Iglesia. Veis aquí el dia tan respetable, carísimos hermanos, dice san Agustin, el dia que excede á todas las solemnidades que celebramos en honor de los santos; el dia tan augusto y de tanto consuelo, y el dia tan bello en que creemos que la vírgen María pasó de este mundo á la mansion de la gloria. Resuene toda la tierra con alabanzas y clamores de alegría en el glorioso dia de su triunfante asuncion: *Laudes insonet universa terra cum summa exultatione tantæ virginis illustrata excessu.* Porque ¿qué indignidad no sería el no honrar de un modo extraordinario la solemne festividad de aquella, por quien recibimos al autor de la vida? continúa el mismo santo Doctor. Este es uno de los dias mas célebres del año, dice el B. Pedro Damiano; pues es el dia en que la santísima Virgen, digna por su nacimiento del trono real, ha sido elevada hasta el trono del mismo Dios, y colocada tan arriba, que se atrae todas las miradas y excita la admiracion de todos los ángeles. Quiere el Beato dar á entender por estas expresiones, que la santísima Virgen está puesta en el cielo sobre todo lo que no es Dios, y que solo Dios está mas alto que su madre. A la verdad el misterio de este dia es sobre todo cuanto podemos decir; y san Bernardo no tiene dificultad en afirmar, que la asuncion de María es tan inefable casi como la generacion de Jesucristo: *Christi generationem, et Mariæ assumptionem, quis enarrabit?* Penetrados de admiracion los santos padres á vista de una gloria que deslumbra á los mismos ángeles, no hablan de élla sino con unos términos entusiásticos; y convienen todos en que el espíritu humano es demasiado limitado, y la elocuencia demasiado débil para dar una justa idea de la incomprendible gloria, y de la triunfante asuncion de la santísima Virgen.

## §. XXX.

*La solemnidad de la fiesta de la asuncion de la santísima Virgen.*

Esto es lo que la Iglesia pretende dar á entender á todos los fieles, celebrando este misterio con una solemnidad extraordinaria; y ciertamente ninguna fiesta hay mas solemne en la Iglesia que la de la gloriosa asuncion de la santísima Virgen. En el cuarto siglo se celebraba ya con la misma solemnidad que al presente, ni aun habia guardado la Iglesia tan tarde á celebrarla con devocion y con gozo. Apenas hubo desaparecido del mundo la santísima Virgen, cuando el dia de su gloriosa asuncion á los cielos fue uno de los mas solemnes para todos los fieles; y desde que la Iglesia tuvo la libertad de celebrar públicamente sus fiestas despues de las fiestas establecidas á honra y gloria de Jesucristo, ninguna celebró con mas magnificencia y devocion que la de la asuncion de la santísima Virgen.

En un calendario manuscrito, intitulado: *Libro de los santos Evangelios*, escrito de la propia mano de san Agobardo, obispo de Leon, el año 801, que se guarda en la célebre biblioteca de los jesuitas del gran colegio de Leon, se encuentra la fiesta de la asuncion de la santísima Virgen, asignada al 15 de agosto, con el evangelio de san Lucas: *Intravit Jesus in quoddam castellum*, &c. que es el mismo que se lee todavía el dia de hoy en la misa del dia: *Die XV. augusti, assumptio sanctæ Mariæ; evangelium secundum Luc. Intravit Jesus in quoddam castellum, &c. usque ad hæc verba: non auferetur ab ea.*

Asímismo en la abadía de san Andres de Villanueva, junto á Aviñon, hay un monumento todavía mas viejo, de la antigüedad de esta gran fiesta: este es un calendario de la Iglesia romana, mucho mas antiguo que el precedente; pues de todos los santos confesores, cuya memoria se celebra el dia de hoy, no hace mencion de otro que de san Silvestre papa: en este antiguo calendario se encuentra la fiesta de la asuncion de la santísima Virgen,

Madre de Dios, asignada al 15 de agosto, *Die XV. augusti, assumptio sanctæ Mariæ*. Los sábios benedictinos de san Mauro ponen la data de este calendario manuscrito al fin del siglo IV. hácia el año 390; lo que demuestra que la Iglesia ha celebrado con solemnidad la fiesta de la asuncion de la santísima Virgen desde que tuvo libertad de celebrar públicamente sus fiestas en el reynado del gran Constantino; es á saber, á principios del siglo IV. inmediatamente que se acabaron las persecuciones excitadas por los paganos. No es esto decir que esta fiesta no fuese antes muy solemne entre todos los fieles; pues no se puede dudar que desde que murió la santísima Virgen se haria en particular en toda la Iglesia la fiesta de su gloriosa asuncion á los cielos como se hacia en particular la fiesta del nacimiento, de la resurreccion y de la ascension del Salvador del mundo; solo queremos decir, que despues que el gran Constantino hubo dado la paz á la Iglesia, se celebró públicamente la fiesta de la asuncion de la Virgen con mucha solemnidad, y quizá no se tiene noticia de fiesta mas antigua que ésta. Tambien se puede decir que el nombre de asuncion que la caracteriza, declara bastante cuál es la fe de la Iglesia tocante á este misterio; y que cree verdaderamente que la santísima Virgen fue llevada en cuerpo y alma á los cielos desde su preciosa muerte.

Ningun santo ha habido, ningun mártir, ningun apóstol, cuya muerte y entrada en el cielo se haya jamás llamado *asuncion*. El dia feliz en que entraron en el gozo del Señor se llama solemnidad, triunfo, nacimiento; solo al triunfo de la santísima Virgen se le da el nombre de asuncion; que quiere decir, dia en que su dichosa alma, volviendo á tomar su santo cuerpo, entró triunfante en la mansion de la gloria, y elevándose sobre todas las puras criaturas, fué á colocarse inmediatamente debaxo de Dios: *Angelicam transiens dignitatem usque ad summi regis thronum sublimata est.*

San Juan Damasceno, explicando estas palabras del Profeta: *Surge, Domine, in requiem tuam, tu et arca sanctificationis tuæ* (*Psalm. 131.*): levántate, Señor, y el arca, por la cual haces glorificar tu nombre: levántate, y entra en el lugar que debes fixar para siempre tu morada: ¿quién no ve, dice este Padre, que el Profeta habla aquí

no solo de la resurreccion y de la ascension del Salvador, sino tambien de la asuncion de la santísima Virgen, arca misteriosa, que llevó en su seno al principio y fuente de toda santidad?

¿Quién puede comprender, exclama san Bernardo, la gloria con que subió á los cielos la Reyna del universo, los transportes de amor con que tantas legiones de ángeles la salieron al encuentro, los sentimientos de respeto y de veneracion, y los cánticos de gozo con que la acompañaron? Jamás se vió triunfo mas glorioso. ¿Qué dia mas célebre, dice san Gerónimo, que aquel en que la santísima Virgen fue elevada á los cielos? *Et hæc est præsentis diei festivitas.* En el cuarto siglo hablaba ya así este gran Doctor de la asuncion de la santísima Virgen.

Me atrevo á decir, exclama el beato Pedro Damiano, salva la magestad del Hijo, que la asuncion de María se hizo con mas pompa y aparato que la ascension del mismo Jesucristo; pues en la ascension del Salvador solos los ángeles le salieron al encuentro, y le acompañaron; pero en la asuncion de María, á mas de todos los espíritus bienaventurados, el mismo Hijo de Dios sale al encuentro á su madre, y la lleva en triunfo hasta el mas alto de los cielos. Así se ha visto que muchos reyes y emperadores han querido que la entrada de sus madres en la capital fuese en algun modo mas magnífica que la de ellos mismos, sabiendo muy bien que es su propia persona la que se honra en la persona de sus madres. No hay que espantarnos, dice san Bernardo, de que toda la corte celestial se admire, y de que todas las celestiales inteligencias exclamen: *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens, inmixta super dilectum suum?* ¿Quién es ésta? Como si dixeran: ¿qué pura criatura puede igualar en santidad y en gloria á ésta que se levanta del desierto; esto es, de esta tierra cubierta toda de abrojos y espinas: de esta tierra maldita despues del pecado del primer hombre? ¿Quién esta Virgen privilegiada que sale del mundo, brillante como el sol, enriquecida de los mas preciosos dones, llena de las mas dulces delicias, y recostada sobre su amado, nuestro Señor y nuestro Dios?

El recibimiento que el rey Salomon hizo á su madre, dicen los intérpretes, no fue sino una débil y tosca figu-

ra del que el Salvador hizo á su santísima Madre el dia de su triunfante entrada en el cielo. Se levantó el rey, dice el texto, la salió al encuentro, la saludó con mucho respeto; y habiéndose sentado en su trono, mandó poner otro trono para su madre, y la hizo sentar á su diestra (3. Reg. 2.). Tambien en el dia de la asuncion de la santísima Virgen se verificó aquel prodigio que san Juan admiraba tanto en el cielo; una muger vestida del sol, con la luna baxo de sus pies, y una corona de doce estrellas en la cabeza. Si los ojos del hombre no vieron jamás, dice san Bernardo, si los oidos jamás oyéron, si el corazon del hombre no comprendió jamás lo que Dios tiene preparado para los que le aman, ¿quién podrá, no digo explicar, pero ni aun comprender lo que preparó para su madre, la cual le amó mas élla sola que todos los hombres juntos, y la que el mismo Señor amó con una ternura que excede á quanto se puede pensar? *Quid præparavit gignenti se?* No es posible que ninguno pueda jamás expresar, ni aun comprender lo grande de la gloria, y la sublime elevacion del trono de la Madre de Dios, dicen los santos padres. No hay que pasmarse de lo que voy á decir, añade Arnaldo de Chartres: la gloria de María en cuerpo y alma en el cielo no es como la de los demas bienaventurados: María forma un orden particular: tiene un puesto incomparablemente mas alto que el de todos los habitantes de la celestial Jerusalem; y se puede decir, que la gloria á que María está sublimada en el cielo, no es solamente una gloria semejante, digámoslo así, á la de su Hijo, sino que es en algun modo la misma: *Gloriam cum matre non tam communem judico quam eandem.*

En todos los santos son diferentes las gracias, aunque en todos es uno mismo el espíritu: no hay santo que no se haya aventajado en alguna virtud, que parece haber hecho su carácter: *Divisiones gratiarum sunt.* A esta diversidad de gracias corresponde en el cielo una diversidad de gloria, que hace haya alguna diferencia entre cada bienaventurado: cada uno tiene sus rasgos de belleza particular: cada uno tiene como sus colores y su ropaje de gloria que le distinguen. La santísima Virgen, habiendo sido colmada de gracias, reunió en sí todos los

caractéres de todas las virtudes, todas las especies de santidad que están esparcidas en todos los otros santos: en María se encuentran juntos todos estos colores, todos estos rasgos, todas estas facciones. María juntó una inocencia perfecta con una perfectísima penitencia: fue elevada al mas alto grado de contemplacion; fue el modelo de las vírgenes, de las viudas y de las casadas; fue la reina de los mártires, y el apóstol de los mismos apóstoles. Todos los privilegios con que Dios ha gratificado á sus mas queridos siervos, la ciencia infusa, la profecía, las lenguas, los milagros, y todos los otros dones sobrenaturales de cualquiera especie que puede ser, la fueron concedidos en un grado eminente: *Sanctorum omnium privilegia, ò Virgo! omnia habes in te congesta*, dice el sábio Idiota. Habiendo tenido María todas las virtudes, es consiguiente tener en el cielo todos los premios, y ocupar un puesto muy superior al de todos los ángeles y santos: *Sicut est inestimabile quod accepit, inefabile quod gessit; ita est incomprehensibile præmium gloriæ quod obtinuit*, dice san Ildefonso.

El sepulcro de la santísima Vírgen estaba, como se ha dicho, en el arrabal de Getsemani, en el valle de Josafat; y despues del de Jesucristo era el mas glorioso, el mas respetable, y el mas respetado que habia en el mundo; pero baxo el imperio de Vespasiano y de Tito fue de tal suerte desolado este santo lugar por el ejército de estos príncipes, que tomáron y saqueáron la ciudad de Jerusalem con todos sus alrededores, que los fieles no pudieron reconocer en dónde estaba. Por eso san Gerónimo, que hace mencion de los sepulcros de los patriarcas y de los profetas que fueron visitados por santa Paula y santa Eustoquia, no habla del de la santísima Vírgen; pero ha sido descubierto despues, no habiendo querido el Señor privar por mas tiempo á la veneracion de los fieles de un lugar santificado con un tan sagrado depósito. Buchardo afirma haberle visto; pero tan lleno de ruinas y de cascotes de otros edificios, que era menester baxar á él por sesenta escalones. Al presente se les manifiesta á los peregrinos cavado en una roca.

Ya se ha dicho que la Iglesia universal celebra la fiesta de la asuncion de la santísima Vírgen con la mayor

solemnidad; pero se puede decir, que esta universal solemnidad es mas célebre en Francia que en otras partes, desde que el rey Luis XIII., por sobrenombre el Justo, de gloriosa memoria, consagró solemnemente el año 1638, el 15 de agosto, su persona, toda la familia real y su reyno á la santísima Vírgen, no con un voto secreto y formado solamente en su corazon, sino públicamente en la iglesia metropolitana de nuestra señora de París, con un voto solemne y perpetuo, el mas auténtico que quizá haya hecho jamás un rey cristiano, pues le hizo como David en presencia de su pueblo: *In conspectu omnis populi ejus*; y ordenó se publicase en todos los lugares de su obediencia, interesando en élló á todos sus súbditos, queriendo que se renovase todos los años el dia de la Asuncion esta solemne consagracion, exponiendo el Santísimo Sacramento, y haciendo una procesion general todas las ciudades del reyno para hacer eterna su memoria. Este es el origen y el fin de las santas y solemnes procesiones que se hacen todos los años en toda la Francia el dia de la Asuncion, y que son otros tantos testimonios públicos con que nuestros reyes protextan que han puesto baxo la proteccion de la santísima Vírgen todo su reyno, y toda su real familia, y que la reconocen por su Soberana con este culto solemne y público. Despues de este acto de religion de tanta edificacion, se ha observado que el Reynado de nuestros reyes ha sido una continuacion de prosperidades, todas las mas insignes; y que la Francia es el reyno mas floreciente del universo.

## §. XXXI.

*La devocion de la santísima Vírgen hace en parte el carácter de todos los escogidos, y ha sido muy comun en todos los verdaderos fieles.*

Es verdad que la tierna devocion á la santísima Vírgen nació con la Iglesia. Desde que se conoció al Hijo, se amó á la Madre, se la dió un culto muy religioso, se la profesó un zelo de los mas vivos, y una confianza casi sin límites. Asilo de todos los infelices, refugio de los pecadores

res, madre de misericordia, nuestra vida despues de Dios, todo nuestro consuelo, toda nuestra esperanza, nuestra mediadora omnipotente para con su Hijo, como dicen los santos padres con toda la Iglesia: ha poseido en todos los tiempos el corazon de todos los verdaderos fieles; y la devocion á la santísima Virgen en todas las edades de la Iglesia ha sido en parte el carácter de todos los escogidos. De aquí aquella priesa, aquellas ánsias, aquel zelo vivo y ardiente de todos los santos padres y todos los santos en publicar las grandezas, las prerogativas, el poder y las alabanzas de la santísima Virgen.

Teneros una particular devocion, ó beatísima Virgen, exclama san Juan Damasceno, es tener aquellas armas defensivas que pone Dios en las manos á todos aquellos que quiere salvar: *Devotum tibi esse, ó beata Virgo, est arma quedam habere, que Deus iis dat quos vult salvos fieri.* Aunque gemimos todavía en el lugar de nuestro destierro, dice san Bernardo, hemos enviado delante de nosotros una abogada, la cual, siendo madre de nuestro Juez y madre de misericordia, tratará eficazmente el negocio de nuestra salvacion. Consiento, santísima Virgen, añade el mismo Santo, convengo que no hable jamás de vuestra misericordia, y la bondad con que nos miras, si hay alguno que puede decir que no le has socorrido en la necesidad cuando te ha invocado con fervor y confianza: *Sileat misericordiam tuam, Virgo beata: si quis est qui invocatum te in necessitatibus suis, sibi meminerit defuisse.* Es comun sentir de todos los padres de la Iglesia, que una de las señales mas ciertas y menos equívocas que podemos tener sobre la tierra de nuestra predestinacion, es la tierna devocion á la santísima Virgen. Esto es lo que hace decir á san Anselmo estas bellas palabras:

“Así como es necesario, benditísima Virgen, que perezca cualquiera que os mira con aversion, á quien vos despreciáis; así no es posible que no se salve aquel á quien vos honrais con vuestra benevolencia, y que despues de Dios pone en vos toda su confianza.”

En el mismo sentido y con el mismo fin la dirige san Agustín estas palabras: “Vossois la única esperanza de los pecadores, santísima Virgen: por vuestra intercesion esperamos conseguir el perdon de nuestros pecados, y los premios eter-

nos.” El mismo espíritu animaba á san Buenaventura cuando decia, “que el que honrase y sirviese dignamente á la santísima Virgen, se salvaria; pero que el que se descuidase de honrarla y de servirla; moriria infaliblemente en sus pecados.” Esto es tambien lo que significan estas palabras de la Sabiduría que la Iglesia aplica á la santísima Virgen: *Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino:* el que me hallare, hallará la vida, y alcanzará la salud de la misericordia del Señor; pero el que me mirare con indiferencia y con frialdad, el que me ofendiere ú despreciare, perjudicará á su alma: todos los que me aborrecen, aman la muerte: *Qui autem in me peccaverit, lædet animam suam: omnes qui me oderunt, diligunt mortem (Serm. de Aquæ ductu).* “Hijos míos, decia san Bernardo, esta Señora es la escala de los pecadores, es mi gran confianza; toda mi esperanza está fundada en su poderosa proteccion.” Siendo como es tesorera de las gracias que nos mereció Jesucristo; en favor de quienes derramará estos tesoros de bendiciones, sino sobre los que la honran con un culto verdaderamente religioso, la aman con ternura, imitan sus virtudes, y la sirven con zelo y con fervor? *Ut ditem diligentes me.*

## §. XXXII.

*Fiestas particulares, establecidas en la Iglesia á honra de la santísima Virgen.*

Las fiestas de la Iglesia son unos devotos regocijos, y unas religiosas solemnidades en honra de Dios ú de los santos, no solo para celebrar sus virtudes, y honrar su mérito por medio de un culto religioso, sino tambien para mostrar nuestro agradecimiento á los beneficios que hemos recibido, para excitar nuestra devocion á los santos, para vencer nuestra floxedad con la vista de sus exemplos, para invocar su poderosa proteccion, y avivar nuestra confianza.

La Iglesia tiene demasiado en el corazon el culto de la Madre de Dios, y está demasiado persuadida del valimiento sumo que tiene en el cielo, y de la necesidad

que los fieles tienen de su protección, para que ó se descuiden en darla el culto que se la debe, ó en mostrarla su reconocimiento á los muchos y grandes beneficios que ha recibido y recibe continuamente de su bondad y benevolencia. De aquí nace el estar tan atenta á aprovecharse de todas las ocasiones de inspirar, de conservar y de aumentar su culto en todo el mundo cristiano: de aquí la costumbre tan antigua y universal de empezar y acabar el oficio divino y todas sus horas por una oración especial á la Madre de Dios: de aquí aquella ánsia de inspirar á todos sus verdaderos hijos la verdadera devoción á la santísima Virgen: de aquí, en fin, aquella multitud de fiestas establecidas á honra suya, y aquella infinidad de devotas hermandades y congregaciones, baxo el nombre y la protección de la santísima Virgen; y así como jamás se han visto hereges que no hayan sido enemigos de la devoción y del culto debido á la Madre de Dios, así tampoco se han visto jamás verdaderos fieles que no hayan tenido un amor filial, una ternura singular, y una especial veneración á la santísima Virgen.

La Iglesia, animada de este espíritu, y llena de esta ternura, nada desea tanto como hacer participantes de uno y otro á todos sus hijos. Por esto, á mas de todos los misterios de la santísima Virgen que celebra con tanta solemnidad, como son la fiesta de su inmaculada concepción el 8 de diciembre: la de su natividad el 8 de septiembre: su presentación en el templo el 21 de noviembre: la fiesta de la anunciación el 25 de marzo: la de la visitación el 2 de julio; y su gloriosa y triunfante ascension en cuerpo y alma á los cielos el 15 de agosto, que es una de las fiestas mas solemnes de la Iglesia: fuera de todas estas fiestas, esta comun madre de los fieles, gobernada siempre por el Espíritu santo, ha establecido otras muchas fiestas particulares en honra de la Madre de Dios, con ocasión de algun nuevo beneficio recibido por su intercesion, ó de alguna nueva señal de su ternura para con los fieles. De este número son la fiesta de nuestra señora de los Angeles, llamada comunmente nuestra señora de las Nieves el 5 de agosto: la del Rosario el primer domingo de octubre; la del santo Escapulario el 16 de julio: la de nuestra señora de las Mercedes el 24 de septiem-

bre; y la del santo nombre de María el domingo siguiente á la natividad de la santísima Virgen.

Se sabe que con ocasión de la dedicacion de la célebre iglesia de Roma, llamada santa María la mayor, se instituyó la fiesta de nuestra señora de las Nieves, hácia la mitad del siglo IV, en el pontificado del papa Liberio, y en el reynado del emperador Constancio. El patricio Juan, de una de las mas antiguas y primeras casas de Roma, pero todavía mas ilustre por su devoción que por su nacimiento, quiso dar una demostración pública de su devoción á la santísima Virgen, de la cual era singularmente devoto; y no teniendo hijos, resolvió, con el consentimiento de su muger, que no le cedia ni en nobleza, ni en virtud, hacer heredera de todos sus bienes á la que despues de Dios era para él todas las cosas. Tomada la resolución, se conviniéron en hacer particulares oraciones y limosnas para obtener de la santísima Virgen el favor y gracia de conocer en lo que deseaba esta Señora que empleasen los bienes que la habian consagrado. Esta madre de misericordia oyó los votos de los dos piadosos siervos, y la noche del dia 5 de agosto se les apareció á entrámbos separadamente; y despues de haberles dicho cuánto la habia agradado su devoción, y cuán grata le habia sido su resolución, les añadió que la voluntad de su Hijo y la suya era que empleasen sus bienes en hacer construir una iglesia á honra suya sobre el monte Esquilino: que en él hallarian señalado el puesto, y trazado el plan de la iglesia por el espacio que encontrarian cubierto de nieve.

Habiendo tenido entrámbos la misma vision, no dudaron que fuese sobrenatural. Fuéron inmediatamente á buscar al papa Liberio, el cual halláron haber tenido por la noche en sueños la misma vision. Viendo el santo Papa que el cielo hablaba, quiso verificar el hecho por sí mismo. Hizo juntar el clero, y acompañado del patricio Juan, de su muger y del pueblo, fuéron en procesion al lugar del prodigio. Habiendo subido al monte Esquilino, encontraron un sitio cubierto todo de nieve, sin embargo de ser el tiempo de mayor calor del año. Un prodigio tan palpable dió golpe á todos los circunstantes, los cuales gritáron todos, *Milagro, milagro*: á la admiración se si-

guiéron los mas vivos sentimientos de reconocimiento, de respeto y de devocion. El proyecto se puso al punto en exécutacion, segun el plan delineado por la nieve milagrosa; y en poco tiempo se edificó la Iglesia á expensas del patricio Juan.

El milagro era demasiado patente para no excitar la devocion pública. Todo el mundo miró esta iglesia como un lugar santo, y singularmente privilegiado por la eleccion particular que habia hecho de él la santísima Virgen. Aunque ya habia en Roma, como en todas partes, oratorios consagrados á Dios, y dedicados á honra de la santísima Virgen; con todo, esta fue la primera iglesia que en Roma se edificó, y dedicó baxo el título especial de la Madre de Dios, cuya dedicacion celebra la Iglesia el día 5 de agosto. Era justo que despues de la dedicacion de la iglesia del Salvador, llamada san Juan de Letran, se celebrase la dedicacion de la iglesia de santa María la Mayor, comunmente llamada nuestra señora de las Nieves.

#### *La fiesta del santo Rosario.*

Nadie ignora que el rosario; compuesto de quince decenas de cuentas, para rezar otras tantas *Ave Marias* á honra de la santísima Virgen, es una de las mas santas prácticas de devocion que hay entre los fieles. Se sabe que al gran santo Domingo, fundador de la famosa orden de Predicadores, se le debe este devoto método de orar, el que enseñó el Santo en consecuencia de una aparicion que tuvo de la santísima Virgen el año 1028 mientras que predicaba á los albigenses, del cual se sirvió con tanto fruto para la conversion de estos hereges. Este gran Santo en lugar de echar mano, como lo habia hecho hasta entonces, de las disputas y controversias, las cuales pueden confundir á los hereges, pero no siempre los convierten, se aplicó despues de esta celestial vision solamente á predicar las grandezas y excelencias de la Madre Dios, y á explicar á los pueblos la utilidad y las ventajas del rosario. Mas de cien mil hereges convertidos, y un sin número de famosos pecadores, sacados del hábito

del pecado, hiciéron ver bastantemente lo que puede con Dios esta santa deprecacion. Esta fue en rigor la primera época de esta insigne devocion, y del establecimiento de la santa cofradia del Rosario, tan famosa en todo el mundo cristiano, autorizada despues por muchos sumos pontífices con una infinidad de privilegios, y que ha venido á ser como una insignia de devocion para todos los piadosos y zelosos cofrades.

Aunque habia muchos siglos que esta santa devocion era familiar á todas las gentes de bien, sin embargo, no estaba todavía establecida en fiesta particular, hasta que el año 1572 el papa san Pio V. la instituyó, baxo el nombre de nuestra señora de la Victoria, con motivo de la insigne victoria ganada sobre los turcos en Lepanto, por la especial proteccion de la santísima Virgen, baxo cuyos auspicios peleaban los cristianos, segun la intencion del santo Papa. La armada cristiana, inferior con mucho á la otomana, casi no habia empezado á invocar públicamente en su ayuda á la Madre de Dios, cuya imágen estaba puesta sobre todos los costados de las embarcaciones, cuando el viento que llevaban los baxeles turcos hácia la escuadra cristiana se mudó milagrosamente en un instante, y toda la armada cristiana se vió con el viento en popa. Despues de tres horas de combate, los cristianos, contando mas sobre la proteccion de la santísima Virgen, que sobre su valor, viendo que los enemigos afloxaban, gritaron, *Victoria, victoria*. En efecto, se consiguió una victoria de las mas completas que se han visto jamás. Halí Baxá, general de los turcos, fue muerto sobre su bordo, y tomada la Capitana turca. Perdiéron los turcos mas de treinta mil hombres: se hiciéron cinco mil prisioneros, entre los cuales se halláron los dos hijos del general Halí: las galeras de que se apoderáron los cristianos, fueron ciento y treinta: mas de noventa se estrelláron contra la tierra, y fueron, ó echadas á fondo, ó quemadas. Mas de veinte y mil esclavos cristianos recobraron la libertad, y la armada cristiana solo perdió unos quinientos hombres. Consiguióse esta famosa victoria el día 7 de octubre del año 1571.

guiéron los mas vivos sentimientos de reconocimiento, de respeto y de devocion. El proyecto se puso al punto en exécutacion, segun el plan delineado por la nieve milagrosa; y en poco tiempo se edificó la Iglesia á expensas del patricio Juan.

El milagro era demasiado patente para no excitar la devocion pública. Todo el mundo miró esta iglesia como un lugar santo, y singularmente privilegiado por la eleccion particular que habia hecho de él la santísima Virgen. Aunque ya habia en Roma, como en todas partes, oratorios consagrados á Dios, y dedicados á honra de la santísima Virgen; con todo, esta fue la primera iglesia que en Roma se edificó, y dedicó baxo el título especial de la Madre de Dios, cuya dedicacion celebra la Iglesia el día 5 de agosto. Era justo que despues de la dedicacion de la iglesia del Salvador, llamada san Juan de Letran, se celebrase la dedicacion de la iglesia de santa María la Mayor, comunmente llamada nuestra señora de las Nieves.

#### *La fiesta del santo Rosario.*

Nadie ignora que el rosario; compuesto de quince decenas de cuentas, para rezar otras tantas *Ave Marias* á honra de la santísima Virgen, es una de las mas santas prácticas de devocion que hay entre los fieles. Se sabe que al gran santo Domingo, fundador de la famosa orden de Predicadores, se le debe este devoto método de orar, el que enseñó el Santo en consecuencia de una aparicion que tuvo de la santísima Virgen el año 1028 mientras que predicaba á los albigenses, del cual se sirvió con tanto fruto para la conversion de estos hereges. Este gran Santo en lugar de echar mano, como lo habia hecho hasta entonces, de las disputas y controversias, las cuales pueden confundir á los hereges, pero no siempre los convierten, se aplicó despues de esta celestial vision solamente á predicar las grandezas y excelencias de la Madre Dios, y á explicar á los pueblos la utilidad y las ventajas del rosario. Mas de cien mil hereges convertidos, y un sin número de famosos pecadores, sacados del hábito

del pecado, hiciéron ver bastantemente lo que puede con Dios esta santa deprecacion. Esta fue en rigor la primera época de esta insigne devocion, y del establecimiento de la santa cofradia del Rosario, tan famosa en todo el mundo cristiano, autorizada despues por muchos sumos pontífices con una infinidad de privilegios, y que ha venido á ser como una insignia de devocion para todos los piadosos y zelosos cofrades.

Aunque habia muchos siglos que esta santa devocion era familiar á todas las gentes de bien, sin embargo, no estaba todavía establecida en fiesta particular, hasta que el año 1572 el papa san Pio V. la instituyó, baxo el nombre de nuestra señora de la Victoria, con motivo de la insigne victoria ganada sobre los turcos en Lepanto, por la especial proteccion de la santísima Virgen, baxo cuyos auspicios peleaban los cristianos, segun la intencion del santo Papa. La armada cristiana, inferior con mucho á la otomana, casi no habia empezado á invocar públicamente en su ayuda á la Madre de Dios, cuya imágen estaba puesta sobre todos los costados de las embarcaciones, cuando el viento que llevaban los baxeles turcos hácia la escuadra cristiana se mudó milagrosamente en un instante, y toda la armada cristiana se vió con el viento en popa. Despues de tres horas de combate, los cristianos, contando mas sobre la proteccion de la santísima Virgen, que sobre su valor, viendo que los enemigos afloxaban, gritáron, *Victoria, victoria*. En efecto, se consiguió una victoria de las mas completas que se han visto jamás. Halí Baxá, general de los turcos, fue muerto sobre su bordo, y tomada la Capitana turca. Perdiéron los turcos mas de treinta mil hombres: se hiciéron cinco mil prisioneros, entre los cuales se halláron los dos hijos del general Halí: las galeras de que se apoderáron los cristianos, fueron ciento y treinta: mas de noventa se estrelláron contra la tierra, y fueron, ó echadas á fondo, ó quemadas. Mas de veinte y mil esclavos cristianos recobraron la libertad, y la armada cristiana solo perdió unos quinientos hombres. Consiguióse esta famosa victoria el día 7 de octubre del año 1571.

## NOTA.

No debemos pasar en silencio que las principales fuerzas de que se componía la armada cristiana consistían en las galeras y soldados españoles que envió la religiosa piedad de nuestro monarca el señor don Felipe II., cuyo hermano don Juan de Austria, general de la liga, tan devoto como valiente, no contribuyó poco á la derrota de los turcos. La espada con que este insigne general hizo prodigios de valor en aquella acción, se conserva en Madrid en la armería del rey: ótra se muestra en el convento observantísimo de predicadores de nuestra señora de Atocha, de la misma villa y corte de Madrid, que sacan en la procesion del Rosario. Pero quizá será una de las muchas que tendria aquel general para lo que pudiese ocurrir.

El santo papa san Pio V. tuvo relacion de esta milagrosa victoria al mismo tiempo que los turcos fueron derrotados; y estuvo tan persuadido á que habia sido efecto de la especial proteccion de la Madre de Dios, que en acción de gracias instituyó á honra suya una fiesta particular el año 1572, baxo el nombre de nuestra señora de la Victoria: la que quiso fuese al mismo tiempo la solemnidad del Rosario. El papa Gregorio XIII. permitió á la cofradía del Rosario hiciese esta fiesta el primer domingo de octubre; finalmente, dos victorias alcanzadas casi al mismo tiempo sobre los turcos por la omnipotente proteccion de la Madre de Dios de los exércitos movieron al papa Clemente XI. á hacer que se celebrase la fiesta del Rosario en toda la Iglesia.

La primera de estas dos insignes victorias conseguidas sobre los turcos por la especial proteccion de la santísima Virgen es la que se llama la victoria de Selim, conseguida por las tropas del emperador Carlos Francisco el día de la fiesta de nuestra señora de las Nieves, el 5 de agosto del año 1716, en la cual los turcos perdieron mas de treinta mil hombres, muertos en el campo de batalla, sin contar los prisioneros, todos sus cañones, sus tiendas, todo su bagage, todas sus banderas y estandartes: esta señalada victoria fue seguida de la toma de Belgrado.

A este insigne favor del cielo se siguió diez y siete días despues otro no menos insigne: éste fue levantar los turcos el sitio de Corfú el día 22 del mismo mes, día de la octava de la Asuncion del mismo año. El papa, en memoria de tan repetida y tan señalada proteccion de la Madre de Dios, mandó que la solemnidad del santo Rosario, que hasta entonces solo se habia celebrado en las iglesias de los padres dominicos, fuese en adelante una fiesta universal en toda la Iglesia, fixa al primer domingo de octubre; estando bien persuadido este gran Pontífice á que la devocion del rosario era el medio mas á propósito para dar gracias á la santísima Virgen por los beneficios recibidos por su singular proteccion, y para alcanzar otros nuevos.

*La fiesta del santo Escapulario.*

La fiesta del santo Escapulario no se celebra hasta ahora sino en el santo orden de padres carmelitas (ya se reza en toda la Iglesia); pero no es menos del gusto y devocion de los fieles que la del Rosario.

Todo el mundo sabe que el escapulario es una parte del vestido de los religiosos que se pone encima de la túnica: es como la librea de la Madre de Dios, y denota una particular devocion á la santísima Virgen. Se compone de los pedazos de paño que cubren el pecho y la espalda, con una abertura en medio para meter la cabeza. Y porque no todos son llamados al estado religioso, ha querido la Iglesia que los seglares que tuviesen esta devocion á la Madre de Dios, pudiesen llevar la misma librea, llevando á honra suya un pepueño escapulario, y estando sentados sus nombres en la misma cofradía.

Al célebre Simon de Estok, ingles de nacion, general de la orden de los carmelitas, debe su establecimiento esta santa cofradía, y el orden del Cármen su escapulario. Este gran siervo de María, de edad de doce años, se retiró á una horrorosa soledad, y habitó en la concavidad del pie de un grueso árbol, lo que le hizo dar el nombre de *Stok*, que en inglés significa tronco de árbol. Este ilustre penitente pasó muchos años en el desierto favorecido de las

mas raras gracias del cielo, de muchas visiones de la santísima Virgen, á quien amaba con ternura. Por orden de la Señora entró en el orden del Cármen, en donde se distinguió bien pronto por su mérito y por su santidad, y fue elegido á poco tiempo general de toda la orden. La historia dice que en una vision que tuvo le dió la santísima Virgen el escapulario, como una señal de su proteccion especial en favor de todos los que llevasen este pequeño hábito, y tuviesen una vida pura y verdaderamente cristiana. Recibe, hijo, le dixo la Madre de misericordia, recibe este escapulario que te doy á ti y á toda tu orden en señal de mi benevolencia y proteccion particular, y como un privilegio singular y privativo nuestro. Con esta librea se me darán á conocer mis hijos, y los que hicieren una profesion especial de estar en mi servicio. *Ecce signum salutis*, añadió; mírale como una señal de salud, como una prenda de paz y de alianza. *Fœdus pacis, et pacti sempiterni*. Y con tal que la inocencia de la vida y de la devocion correspondan á la santidad de este hábito, el que muriese con esta señal de mi proteccion no padecerá los fuegos eternos, sino que por la misericordia de mi divino Hijo gozará de la felicidad eterna: *In quo quis moriens, æternum non patietur incendium*.

Una revelacion de tanto consuelo y tan interesante, hecha por otra parte á un hombre tan santo, no bien se hizo pública, cuando los reyes y los pueblos corrieron á porfía á vestir este santo hábito, el que siempre ha sido mirado como la librea de la santísima Virgen. Los milagros con que parece ha querido Dios autorizar la devocion del Escapulario, no han contribuido poco al afecto universal que los pueblos han mostrado en todos tiempos á este santo hábito. ¿Cuántos furiosos incendios se han apagado luego que el escapulario ha sido arrojado á las llamas? ¿Cuántas veces envueltas en llamas las personas que le llevaban no han padecido la menor lesion, ni en los vestidos, ni aun en los cabellos? Se ha visto mantener el escapulario sobre las aguas á los que estaban á punto de sumergirse: se ha visto á muchos caer de espantosos precipicios, y ser como suspendidos en el ayre por el escapulario, que se ha asido á la punta de una peña. ¡Y

cuántas personas, por la virtud de este santo hábito, han sido preservadas de rayos y de centellas! No debe, pues, admirarnos el que tantos sumos pontífices hayan no solo aprobado y confirmado esta santa devocion, sino que hayan distribuido con una especie de profusion los tesoros de la Iglesia á todos los cofrades del santo Escapulario.

### *La fiesta de nuestra señora de las Mercedes.*

La fiesta de la santísima Virgen, baxo el título de nuestra señora de las Mercedes; ha sido instituida en la Iglesia universal en memoria y reconocimiento de la misericordia especial de la santísima Virgen en favor de los cautivos cristianos, habiéndose dignado la misma Señora inspirar el establecimiento de un orden religioso, cuyos individuos se dedicasen con particular cuidado á su rescate. Inspiróle este devoto designio á san Pedro Nolasco, apareciéndosele el año 1218, á tiempo que estando el Santo en oracion, derramaba lágrimas de compasion, considerando los muchos pobres cristianos que gemian baxo la tiranía de los infieles. Díxole la santísima Virgen que nada podria hacer que fuese mas agradable á su Hijo y á ella misma que establecer una nueva congregacion, baxo el título de nuestra señora de la Merced, cuyo fin fuese trabajar en la redencion de los cristianos que estaban esclavos baxo el poder de los moros. El Santo sin deliberar un momento, animado del zelo y consejos de san Raymundo de Peñafort, y de la ayuda de don Jayme, rey de Aragon, que habian tenido la misma revelacion, instituyó, con la aprobacion de la santa Sede, la famosa orden de nuestra señora de las Mercedes, de la redencion de los cautivos; y la Iglesia, siempre zelosa de la honra de la Madre de Dios, deseando aumentar todos los dias el culto y la devocion de los fieles á esta Madre de misericordia, instituyó una fiesta particular el 24 de septiembre, para celebrar perpetuamente la memoria de un tan insignificante beneficio, en accion de gracias por la institucion de un orden religioso, que es un milagro permanente de la mas heroica caridad cristiana.

*La fiesta del santo nombre de María.*

La fiesta del santo nombre de María es tambien un monumento instructivo de su omnipotente proteccion, y de la ternura con que mira esta Señora á todos los fieles. Se ha visto al principio de esta historia cuán respetable es este santo nombre, y cuán grande es su virtud; ahora se va á ver el motivo que ha habido para instituir su fiesta en la Iglesia universal.

El año 1683, fieros los turcos con las ventajas que habian conseguido sobre los imperiales, formaron el designio de llevar sus conquistas hasta el otro lado del Danubio y del Rhin; y amenazando á toda la cristiandad, viniéron con un ejército de trescientos mil hombres á poner sitio á Viena. Fue tan general la consternacion, que los pueblos, temiendo caer en manos de los infieles, se salian de las ciudades, y todo lo abandonaban. El emperador, no teniendo bastantes tropas para resistir al ejército otomano, se vió precisado á salir de Viena con las dos emperatrices, los archiduques y archiduquesas, y tomar la ruta de Lintz, mientras que el duque Carlos de Lorena, temiendo ser arrollado, vino á retirarse baxo el cañon de la ciudad.

El dia 14 de agosto, vigilia de la Asuncion, abrieron los turcos la trinchera por el lado de la puerta imperial, y se alojaron en ella, sin embargo del fuego que hacian los sitiados. Habiendo ocupado despues el Tabor, cercaron y cerraron la ciudad por todas partes, pusieron fuego al palacio de la Favorita, quemaron las casas de campo de los grandes en el arrabal de Leopoldstad, y llenaron de genizaros todos los alrededores. Un inopinado accidente aumentó su valor, disminuyendo el de los sitiados; se prendió fuego en la iglesia de los escoceses, el que consumió este soberbio edificio; y ganando el arsenal en donde estaba la pólvora y las municiones de guerra, iba á abrir la ciudad á los turcos, si por una proteccion la mas visible de la santísima Virgen, el mismo dia de la Asuncion, no se hubiera detenido el fuego milagrosamente de repente para dar lugar á sacar la pólvora y las municiones: Un favor tan visible de la Madre de Dios avivó el aliento me-

dio muerto de los soldados y de los habitantes, avivando su confianza en su poderosa protectora. Por mas que los turcos hiciéron el 22 un gran fuego contra el bastion del Danubio, y por mas que las bombas, las granadas y las balas roxas consumieron muchas casas, no embarazaron á los habitantes el implorar dia y noche el socorro del cielo en las iglesias, ni á los predicadores el exhortarlos á poner toda su confianza, despues de Dios, en aquella madre, cuya proteccion habian experimentado tantas veces. El 31 adelantaron los sitiadores sus trabajos hasta la contra-escarpa, y se acercaron tanto á los imperiales, que los soldados de las dos partes muchas veces se daban unos á otros con las estacas de las palizadas, y se precipitaban en el foso.

Viena, el baluarte de la cristiandad, estaba casi reducida en polvo, cuando el dia de la natividad de la santísima Virgen, habiendo los cristianos aumentado sus súplicas, su devoción, su fervor y sus votos, recibieron, como por milagro, aviso cierto de un pronto inopinado socorro, con que respiraron y cobraron nuevo aliento.

En efecto, al otro dia, que era el segundo de la octava de la natividad, se vió toda la montaña de Kalemberg cubierta de tropas auxiliares. Esta vista llenó de gozo á los sitiados, y disipó todos sus terrores. Sobieski, rey de Polonia, á la frente de sus tropas, vino el 21 á la capilla de san Leopoldo con el duque Carlos: oyeron la misa, á la que quiso ayudar el mismo Rey, quien todo el tiempo de la misa tuvo los brazos en cruz, fuera de aquellos instantes en que el sacerdote tenia necesidad de su ministerio. Comulgó en ella, y despues de haberse puesto él y todo el ejército baxo la proteccion y amparo de la santísima Virgen, y recibido la bendicion, que se hecía igualmente á todo el ejército, se levantó el religioso Príncipe, y lleno de una santa confianza, dixo en alta voz: Ahora ya podemos marchar sin temor, pues la Madre de Dios es nuestra protectora: estemos seguros que no nos faltará su asistencia.

No se tardó mucho en ver los efectos de una confianza tan bien fundada: no bien se habia puesto en marcha el ejército cristiano hácia el campo de los turcos, cuando á poco rato de sostener los infieles el combate, se reti-

raron al otro lado del Danubio con tanta precipitación, que dexaron en el cuartel del Gran Visir el gran estandarte del imperio otomano, y las colas de caballo, que son las insignias ordinarias de su dignidad, y que se llevan delante de su Alteza.

Nunca victoria alguna costó menos sangre á los vencedores, ni fue mas completa. Los turcos dexaron todas sus tiendas, casi todo su equipage, todas sus municiones de guerra y boca, toda la artillería, la que subia á ciento y ochenta piezas entre cañones y morteros, y casi cien mil hombres muertos en el campo. El cansancio del exercito cristiano impidió á los generales el seguir á los enemigos. Se veían los soldados cargados de botin entrar en Viena, llevando delante los nuestros rebaños de bueyes que los turcos habian dexado en el campo: no hubo soldado cristiano que no cogiese muchos despojos de los infieles. El emperador Leopoldo Ignacio, habiendo vuelto el mismo dia á Viena hizo cantar el *Te Deum*. con toda solemnidad; reconociendo y confesando, que una victoria tan no esperada, era efecto de la ayuda del cielo, y singularmente de la proteccion tan visible de la santísima Virgen. El mismo juicio hizo el papa Inocencio XI, persuadido este gran Pontífice á que una victoria tan célebre se debia singularmente á la especial proteccion de la santísima Virgen; y en memoria y reconocimiento de un tan insigne beneficio mandó que la fiesta del santo nombre de Maria, establecida ya mucho tiempo habia en muchas provincias de la cristiandad, se celebrase en adelante universalmente de precepto en toda la Iglesia, y fixó esta fiesta al domingo dentro de la octava de la Natividad, en memoria y reconocimiento de esta famosa accion tan feliz para los cristianos, la que sucedió el quinto dia de la octava.

## §. XXXIII.

*De las santas congregaciones establecidas á honra de la santísima Virgen.*

Esta confianza de todos los verdaderos fieles en la bondad y proteccion de la santísima Virgen, no es solamen-

te de estos últimos tiempos; es de todas las edades de la Iglesia: el espíritu primitivo de nuestra religion siempre es el mismo; así tenemos el consuelo de ver en estos últimos tiempos la misma confianza, la misma devocion, el mismo zelo, el mismo fervor para con la Madre de Dios, que se veía en los primeros siglos de la Iglesia. De aquí aquel sin número de templos y de altares consagrados á Dios baxo el augusto nombre de la santísima Virgen, y tantos y tan diversos exercicios de devocion establidos en la Iglesia para fomentar y aumentar el zelo y la confianza hácia la Madre de Dios. De aquí tantas familias religiosas baxo el augusto título de siervos y devotos particulares de esta madre de los escogidos. De aquí tantas devotas hermandades baxo su proteccion y su nombre, autorizadas por tantos sumos pontífices.

*De varias congregaciones.*

De aquí esas congregaciones, que se pueden llamar unas academias de virtud y de santidad, de donde salen todos los dias para el bien y la santificacion del mundo tantos dignos prelados, tantos pastores y sacerdotes zelosos, tantos santos magistrados incapaces de cometer la menor injuria, tantos religiosos, tantos padres de familia tan irreprehensibles y tan exemplares, que reconocen deber toda su felicidad á la proteccion de la santísima Virgen, baxo cuyos auspicios están especialmente en esas congregaciones: en donde reyna la pureza de la fe, la solidez de la devocion, el zelo y el fervor de la caridad cristiana: en donde las gentes del mundo experimentan aumentarse en sus personas todas las semanas el espíritu del cristianismo, gustando cada dia mas de las máximas de Jesucristo; y en donde la verdadera devocion se fortifica y arraiga con las fervorosas exhortaciones que se oyen, con el frecuente uso de los sacramentos, y con los buenos exemplos. Tales son las congregaciones establecidas en varias casas religiosas á honra y baxo la proteccion especial de la Madre de Dios. Los elogios que de ellos hacen los sumos pontífices, la liberalidad con que no cesan de distribuir los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que están sentados en ellas,

raron al otro lado del Danubio con tanta precipitación, que dexaron en el cuartel del Gran Visir el gran estandarte del imperio otomano, y las colas de caballo, que son las insignias ordinarias de su dignidad, y que se llevan delante de su Alteza.

Nunca victoria alguna costó menos sangre á los vencedores, ni fue mas completa. Los turcos dexaron todas sus tiendas, casi todo su equipage, todas sus municiones de guerra y boca, toda la artillería, la que subia á ciento y ochenta piezas entre cañones y morteros, y casi cien mil hombres muertos en el campo. El cansancio del exercito cristiano impidió á los generales el seguir á los enemigos. Se veían los soldados cargados de botin entrar en Viena, llevando delante los nuestros rebaños de bueyes que los turcos habian dexado en el campo: no hubo soldado cristiano que no cogiese muchos despojos de los infieles. El emperador Leopoldo Ignacio, habiendo vuelto el mismo dia á Viena hizo cantar el *Te Deum*. con toda solemnidad; reconociendo y confesando, que una victoria tan no esperada, era efecto de la ayuda del cielo, y singularmente de la proteccion tan visible de la santísima Virgen. El mismo juicio hizo el papa Inocencio XI, persuadido este gran Pontífice á que una victoria tan célebre se debia singularmente á la especial proteccion de la santísima Virgen; y en memoria y reconocimiento de un tan insigne beneficio mandó que la fiesta del santo nombre de Maria, establecida ya mucho tiempo habia en muchas provincias de la cristiandad, se celebrase en adelante universalmente de precepto en toda la Iglesia, y fixó esta fiesta al domingo dentro de la octava de la Natividad, en memoria y reconocimiento de esta famosa accion tan feliz para los cristianos, la que sucedió el quinto dia de la octava.

§. XXXIII.

*De las santas congregaciones establecidas á honra de la santísima Virgen.*

Esta confianza de todos los verdaderos fieles en la bondad y proteccion de la santísima Virgen, no es solamen-

te de estos últimos tiempos; es de todas las edades de la Iglesia: el espíritu primitivo de nuestra religion siempre es el mismo; así tenemos el consuelo de ver en estos últimos tiempos la misma confianza, la misma devocion, el mismo zelo, el mismo fervor para con la Madre de Dios, que se veía en los primeros siglos de la Iglesia. De aquí aquel sin número de templos y de altares consagrados á Dios baxo el augusto nombre de la santísima Virgen, y tantos y tan diversos exercicios de devocion establidos en la Iglesia para fomentar y aumentar el zelo y la confianza hácia la Madre de Dios. De aquí tantas familias religiosas baxo el augusto título de siervos y devotos particulares de esta madre de los escogidos. De aquí tantas devotas hermandades baxo su proteccion y su nombre, autorizadas por tantos sumos pontífices.

*De varias congregaciones.*

De aquí esas congregaciones, que se pueden llamar unas academias de virtud y de santidad, de donde salen todos los dias para el bien y la santificacion del mundo tantos dignos prelados, tantos pastores y sacerdotes zelosos, tantos santos magistrados incapaces de cometer la menor injuria, tantos religiosos, tantos padres de familia tan irreprehensibles y tan exemplares, que reconocen deber toda su felicidad á la proteccion de la santísima Virgen, baxo cuyos auspicios están especialmente en esas congregaciones: en donde reyna la pureza de la fe, la solidez de la devocion, el zelo y el fervor de la caridad cristiana: en donde las gentes del mundo experimentan aumentarse en sus personas todas las semanas el espíritu del cristianismo, gustando cada dia mas de las máximas de Jesucristo; y en donde la verdadera devocion se fortifica y arraiga con las fervorosas exhortaciones que se oyen, con el frecuente uso de los sacramentos, y con los buenos exemplos. Tales son las congregaciones establecidas en varias casas religiosas á honra y baxo la proteccion especial de la Madre de Dios. Los elogios que de ellos hacen los sumos pontífices, la liberalidad con que no cesan de distribuir los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que están sentados en ellas,

manifiestan bastante la utilidad de estas devotas juntas y hermandades.

Noticioso, dice el papa Gregorio XIII. de los grandes bienes que resultan de este género de congregaciones establecidas ya en las principales ciudades de Europa, y sabiendo lo mucho que contribuyen á reformar las costumbres, á aumentar la piedad, y á inspirar una devoción tierna y sólida á la santísima Virgen, deseando de todo corazón que todos los fieles se aprovechen de unos tan santos establecimientos, además de la indulgencia plenaria que les concedemos para el día de su admisión, como también para la hora de su muerte, y para las principales fiestas del año, queremos que todos los que fueren admitidos en ellas en cualquiera parte del mundo, solo con visitar una de las iglesias del lugar donde se hallaren, y rezando siete veces el *Padre nuestro* y el *Ave María*, ganen la mismas indulgencias que ganarían, si estando en Roma, visitasen las estaciones, é hiciesen las demás obras de devoción que se deben hacer para ganarlas.

Así derrama este gran Papa con una liberalidad extraordinaria el tesoro de las indulgencias en favor de estas asambleas de devoción, de estas hermandades y compañías cristianas, que llama escuelas de la salvación.

Viendo, dice Sixto V., los grandes bienes que producen en la viña del Señor las edificativas congregaciones consagradas á la santísima Virgen, no podemos menos de alabarlas y honrarlas con los títulos que las son debidos. A fin, pues, que los fieles se animen á hacerse admitir en ellas, y se exerciten en las buenas obras que en ellas se practica, confirmamos todas las gracias y privilegios que nuestro predecesor Gregorio XIII. de feliz memoria, les concedió, concediéndoles nosotros otros nuevos, sabiendo cuán útiles y ventajosos son al público estos establecimientos: *Ipsas congregationes seu sodalitates condignis titulis extollimus, &c.*

Clemente VIII. no hace de ellas menor elogio. Todos estos grandes Papas, y muchos de sus sucesores, que antes de ser elevados á la santa Sede eran de estas devotas congregaciones, informados perfectamente de los grandes bienes que de ellas resultaban á toda la Iglesia, no han dexado pasar ocasión en que no hayan exhortado á los fieles á una

devoción tan sólida, y tan propia para hacer reynar la paz en las familias, la caridad cristiana en las ciudades, y en todas partes una tierna devoción á la santísima Virgen, y una sincera y edificativa piedad.

Del mismo principio de religion, y del mismo Espíritu santo que anima á la Iglesia, tienen su origen las célebres cofradías del Rosario y del Escapulario, fuentes inagotables de gracias y bendiciones del cielo, sobre las cuales la Iglesia no cesa de derramar con profusión sus tesoros, en las cuales pocos de sus verdaderos cofrades dexan de experimentar todas las días, y singularmente á la hora de la muerte, especiales gracias y auxilios, y una particular protección de la santísima Virgen. De aquí, en fin, viene esta variedad, esta multiplicidad admirable de devotas hermandades establecidas todas con tanto fruto baxo el estandarte y los auspicios de la reyna de todos los santos, de la madre de los escogidos, de la abogada omnipotente de todos los fieles.

#### *Archicofradía de nuestra señora de los Sufragios.*

La antigua archicofradía, ó la gran cofradía establecida tanto tiempo ha en Roma y en otras partes, baxo el título de nuestra señora de los Sufragios, en favor de las almas del purgatorio.

#### *Cofradía, baxo el título de la Correa de la santísima Virgen.*

La célebre cofradía llamada de la Correa de la santísima Virgen, establecida con la autoridad de la santa Sede en todo el famoso órden de san Agustin, es un fondo no menos fecundo en favores y gracias espirituales para todos los cofrades. Era costumbre entre los judíos que todas las doncellas llevasen una correa, hasta que habiéndose casado, y empezado á parecer embarazadas, las iban á ofrecer á Dios en el templo, y desde entonces gozaban de la dignidad y privilegio de las madres. Despues de haber parido llevaban ótra, que era como símbolo de la modes-

tia y del pudor que debían ser comunes á todas las mugeres; y esta correa, segun el reparo del erudito Pedro de san Romualdo, se enterraba con ellas. Habiéndose encontrado esta sagrada reliquia en el sepulcro de la santísima Virgen por Juvenal, patriarca de Jerusalem, hácia el año 450, la devota emperatriz Pulqueria la hizo llevar á Constantinopla, donde fue colocada en la magnífica iglesia de nuestra Señora, llamada de las Blaquernas; y esto es lo que dió ocasion á la Iglesia griega para establecer una fiesta particular, llamada de la Correa de la santísima Virgen, en el día 2 de julio, que fue el dia de esta célebre translacion; y otra segunda fiesta en el 31 de agosto, que se cree haber sido el dia en que empezando á conocerse el milagroso preñado de la santísima Virgen, fue esta Señora á ofrecer á Dios su correa de doncella en el templo.

San German, patriarca de Constantinopla, y el célebre Eutimio compusieron muchos sermones á honra de esta sagrada Correa, y refieren los milagros que se obraban con solo tocarla. *No es posible ver vuestra venerable correa, santísima Virgen*, dice el mismo san German, *sin quedar llenos de gozo y penetrados de devocion.* Eutimio todavia se extiende más sobre el respeto y devocion que se debe tener á esta santa reliquia: *Honramos y veneramos*, dice, *la respetable correa que vemos conservarse entera despues de novecientos años: creemos que la Reyna del cielo se ciño con ella. A vista de esta santa reliquia se han hecho pedazos los altares de los falsos dioses: ¿cuántos templos de ídolos no ha arruinado, y qué de milagros no obra á vista de todo el mundo?*

Habiendo los príncipes cristianos sacado la Tierra santa del poder de los infieles, y hechos dueños de Constantinopla los franceses, á principio del siglo XIII. traxeron á Francia gran número de santas reliquias con que la mayor parte de sus iglesias están enriquecidas el dia de hoy. No fueron las menos preciosas las dos correas de la santísima Virgen. La una se conserva en la iglesia de Bruxas, en Flándes; la otra se ve en la célebre iglesia de nuestra señora del Pui, en Velay. La mayor parte de las iglesias de España hacen una fiesta particular de la ofrenda que hizo la santísima Virgen de su correa en el tem-

plo, la cual fiesta se intitula: *Depositio sanctæ zonæ beate Virginis.* Aix La-Chapela y la iglesia de Chartres se juzgan dichosas en poseer una parte de este tesoro, como parece por la inscripcion en griego que se lee sobre el sitio en que esta santa reliquia se conserva en Chartres en estos términos: *De la venerable correa de la Madre de Dios.*

En la vida de santa Mónica se lee que se la apareció la santísima Virgen vestida de negro, con una correa del mismo color, de mas de una pulgada de ancho; y no se duda que en atencion á esta misteriosa aparicion se estableció la devota cofradía, llamada de la Correa de la Madre de Dios en todo el orden de san Agustin. Instituyóse el año 1446, segun Baronio, en el pontificado de Eugenio IV. al principio, baxo el título y advocacion de la Correa de la santísima Virgen, y despues baxo el de nuestra señora de la Consolacion.

#### Cofradía baxo el título del santísimo Corazon de María.

Fuera de un sin número de otras devotas congregaciones, establecidas con la autoridad de la santa Sede, baxo diversos títulos tomados de las prerogativas de las virtudes y cualidades particulares de la Madre de Dios, todas las cuales son unos medios muy propios para avivar la devocion, y merecer á todos los que están sentados en ellas una especial proteccion de la santísima Virgen, hay tambien la cofradía del santísimo Corazon de María, establecida en Arlés, en Ar. y en otras partes con autoridad de la santa Sede, como parece de una bula del papa Clemente IX. del 28 de abril de 1668, cuya fiesta se celebra el día 8 de febrero con autoridad del mismo Papa. Ciertamente, despues del corazon de nuestro Señor Jesu-  
 cristo, centro é instrumento del extremado amor que nos tiene, ¿qué corazon mas digno de nuestra veneracion y de nuestro culto, que el amable corazon de María, siempre abrasado en el mas puro amor de Dios, y siempre lleno de ternura para con todos los hombres? A la verdad, si la veneracion que pro fesamos á los Santos hace que su

corazon nos sea tan precioso, y que le miremos como la mas preciosa de sus reliquias; ¿qué debemos pensar del corazon tan puro y tan santo de María, objeto de las mas tiernas complacencias de Dios desde el primer instante de su inmaculada concepcion? ¿cómo debemos mirar á este corazon mas puro, mas santo, mas abrasado del fuego del amor divino desde aquel primer instante que el corazon de todos los santos juntos lo ha sido al fin de su vida? ¿qué corazon despues del sagrado corazon de Jesus ha estado jamás en disposiciones tan admirables, y tan conformes á nuestros verdaderos intereses? ¿dónde hallaremos un corazon, cuyos sentimientos, cuyos movimientos no hayan sido, y nos sean todavía tan ventajosos? ¿de qué zelo de nuestra salvacion no ha estado siempre abrasado? ¿de qué compasion no está penetrado continuamente á vista de nuestras necesidades y miserias? Juzguémoslo por la parte que tomó en los tormentos y en la muerte de su divino Hijo, cuyo sacrificio habia ya hecho mucho tiempo antes al Eterno Padre. ¿Qué corazon de madre mas afectuoso hácia nosotros, mas impaciente, mas sensible, mas tierno? Este amable corazon es el asiento de todas las virtudes: es un manantial inagotable de bendiciones, y debe ser el asilo de los pecadores y el retiro de todas las almas santas. Y así pocos establecimientos hay mas piadosos, pocas cofradías mas devotas y mas útiles que la cofradía del santísimo Corazon de María: dichosas las comunidades y las ciudades donde está fundada esta devota hermandad.

*Cofradía de la inmaculada Concepcion  
de María santísima.*

Finalmente, hay tambien la cofradía de la inmaculada Concepcion de María, una de las mas antiguas, establecida en Tolosa mas de quinientos años ha, aprobada y enriquecida de privilegios é indulgencias por cuatro breves; uno del papa Alexandro VI. y tres del papa Alexandro VII. y fundada, segun se cree, por Folques, obispo de Tolosa, el año 1208.

## §. XXXIV.

*Zelo ardiente que en todo tiempo ha mostrado  
la Iglesia por la gloria y culto  
de la santísima Virgen.*

La verdad no hay cosa mas sólidamente establecida que la profunda veneracion, la tierna devocion, y la entera confianza hácia la santísima Virgen. Apelemos al testimonio auténtico de la Iglesia; y sobre los vestigios de la mas antigua tradicion, subamos hasta los primeros siglos; recojamos todos los sufragios de los padres griegos y latinos; consultemos las mas antiguas liturgias; sigamos las luces que nos subministra la historia; ¿qué prodigioso número no hallaremos de templos y de altares edificadas baxo su advocacion! ¿qué de imágenes cuyas pintadas y grabadas que hemos heredado de nuestros antepasados! ¿qué ciudad, qué aldea donde no haya una imagen milagrosa de la Madre de Dios, donde no haya alguna iglesia, alguna capilla ó algun oratorio consagrado singularmente á honra suya, y adonde no acuda un concurso extraordinario de verdaderos fieles! ¿Quién puede ignorar el zelo ardiente y universal que cada siglo, en que María ha sido atacada, ha manifestado por la defensa de sus intereses? Traigamos solamente á la memoria el glorioso triunfo que consiguió la Madre de Dios en uno de los numerosos y mas santos concilios, qual es el de Efeso. El hecho es demasiado glorioso á la santísima Virgen, y demasiado notable para que le omitamos en esta historia.

Nestorio, patriarca de Constantinopla, aquel hombre vano, que con capa de modestia y de piedad ocultaba el alma mas maligna y mas negra, dexándose arrebatado del espíritu de soberbia, y abusando del poder que le daba su carácter y su dignidad, tuvo la osadía de disputarla á María la augusta cualidad de madre de Dios; y en consecuencia de esto, no hubo artificio que no emplease, ni estratagemas de que no usase para encubrir su error, ó para suavizar y modificar la malignidad de su heregía; pues, segun la relacion de los padres, concedia á María cuantos

títulos especiosos y brillantes se pueden imaginar, menos el de *Theótocos*, ó *Madre de Dios*, sobre el que era únicamente la cuestión. Confesaba el malvado que María era madre del Santo de los santos, y que era madre del Redentor de los hombres; convenía en que había recibido y llevado al Verbo de Dios en sus castísimas entrañas; pero jamás quiso confesar que la santísima Virgen fuese absolutamente y sin restricción Madre de Dios; cualidad que es el principio y fundamento de todas las otras. La Iglesia que veía, que negar á María el augustísimo título de Madre de Dios, era destruir todo el misterio de la encarnación, tomó la defensa de este punto esencial con toda la fuerza y ardor que la inspiraba su zelo; y cuanto mas se obstinaba Nestorio en combatir el título de Madre de Dios, tanto mas se interesó ella en mantenerle y defenderle. Se juntó el célebre concilio de Efeso el año 431. En él fue condenado y excomulgado, degradado el herejarca Nestorio, y anatematizados todos sus errores. Declaróse como uno de los principales artículos de la fe, y como un punto esencial de religion, el creer que María era, en el sentido mas natural, verdaderamente madre de Dios. No quiso decir con esto el concilio que fuese nueva esta creencia; pues, segun san Cirilo, toda la tradición la autorizaba, y ya había mucho tiempo que Juliano apóstata se les había echado en cara á los cristianos: *Vos Mariam nunquam cessatis vocare Dei genitricem*. Lo que quiso decir fue, que esta creencia tan antigua como la Iglesia fuese en adelante como un símbolo de fe; y así se decretó en el concilio de Efeso, que el título de Madre de Dios fuese un término consagrado contra la heregia nestoriana, como el de consubstancial lo había sido en el concilio Niceo contra la heregia arriana.

No se puede imaginar con qué alegría, con qué aplauso fue recibido este juicio de la Iglesia universal, tan glorioso á la santísima Virgen; el caso es demasiado notable para ser omitido aquí.

Llegado el día en que se debía concluir y pronunciar el juicio del concilio sobre la maternidad divina de María, las calles y plazas se llenaron de gente, corrieron en tropas á la puerta del famoso templo dedicado á Dios baxo la advocación de la santísima Virgen, en donde los pa-

dres del concilio estaban congregados; y lo mismo fue publicarse la decision, y saber que á María se la había mantenido en la justa posesion del augustísimo título de Madre de Dios, que resonar toda la ciudad con aclamaciones y gritos de gozo: el gozo y la alegría fueron tan universales, que al salir los padres para irse á sus casas, los llenó el pueblo de bendiciones, y los llevó en triunfo hasta sus posadas. Todo era quemar aromas é inciensos en las calles por donde debían pasar; mil fuegos artificiales alumbraban y hermozeaban el ayre; y puede decirse que nada faltó á la pompa de este devoto y universal regocijo, ni á la magnificencia de la gloriosa victoria que María había conseguido de sus enemigos y de los de su Hijo. Tanta verdad es, exclama san Buenaventura, que esta piadosa ternura y este culto religioso hácia la Madre de Dios han sido en todo tiempo comunes á todos los verdaderos fieles. El desgraciado fin del impío Nestorio hizo ver bien presto lo que deben esperar todos los enemigos de la santísima Virgen. Se cree que en el santo concilio de Efeso, presidido por san Cirilo en nombre del papa san Celestino, compusieron el presidente y los demas padres esta hermosa deprecación á la Madre de Dios, que la Iglesia ha adoptado despues; *Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amen*. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

§. XXXV.

*Del zelo particular de todos los fieles por la inmaculada concepcion de la Madre de Dios.*

Si los fieles han tenido tanto ardor, y han mostrado tanto zelo en defender la divina maternidad de la santísima Virgen, no han manifestado menos devoción y fervor en honrar su inmaculada concepcion, privilegio que la es todavía mas apreciable que la misma maternidad divina; pues estando resuelta á preferir su virginidad á esta sublime dignidad; ¿cuánto mas hubiera preferido la

títulos especiosos y brillantes se pueden imaginar, menos el de *Theótocos*, ó *Madre de Dios*, sobre el que era únicamente la cuestión. Confesaba el malvado que María era madre del Santo de los santos, y que era madre del Redentor de los hombres; convenía en que había recibido y llevado al Verbo de Dios en sus castísimas entrañas; pero jamás quiso confesar que la santísima Virgen fuese absolutamente y sin restricción Madre de Dios; cualidad que es el principio y fundamento de todas las ótras. La Iglesia que veía, que negar á María el augusto título de Madre de Dios, era destruir todo el misterio de la encarnacion, tomó la defensa de este punto esencial con toda la fuerza y ardor que la inspiraba su zelo; y cuanto mas se obstinaba Nestorio en combatir el título de Madre de Dios, tanto mas se interesó élla en mantenerle y defenderle. Se juntó el célebre concilio de Efeso el año 431. En él fue condenado y excomulgado, degradado el hereciarca Nestorio, y anatematizados todos sus errores. Declaróse como uno de los principales artículos de la fe, y como un punto esencial de religion, el creer que María era, en el sentido mas natural, verdaderamente madre de Dios. No quiso decir con esto el concilio que fuese nueva esta creencia; pues, segun san Cirilo, toda la tradicion la autorizaba, y ya habia mucho tiempo que Juliano apóstata se les habia echado en cara á los cristianos: *Vos Mariam nunquam cessatis vocare Dei genitricem*. Lo que quiso decir fue, que esta creencia tan antigua como la Iglesia fuese en adelante como un símbolo de fe; y así se decretó en el concilio de Efeso, que el título de Madre de Dios fuese un término consagrado contra la heregia nestoriana, como el de consubstancial lo habia sido en el concilio Niceo contra la heregia arriana.

No se puede imaginar con qué alegría, con qué aplauso fue recibido este juicio de la Iglesia universal, tan glorioso á la santísima Virgen; el caso es demasiado notable para ser omitido aquí.

Llegado el dia en que se debia concluir y pronunciar el juicio del concilio sobre la maternidad divina de María, las calles y plazas se llenaron de gente, corrieron en tropas á la puerta del famoso templo dedicado á Dios baxo la advocacion de la santísima Virgen, en donde los pa-

dres del concilio estaban congregados; y lo mismo fue publicarse la decision, y saber que á María se la habia mantenido en la justa posesion del augusto título de Madre de Dios, que resonar toda la ciudad con aclamaciones y gritos de gozo: el gozo y la alegría fueron tan universales, que al salir los padres para irse á sus casas, los llenó el pueblo de bendiciones, y los llevó en triunfo hasta sus posadas. Todo era quemar aromas é inciensos en las calles por donde debian pasar; mil fuegos artificiales alumbraban y hermozeaban el ayre; y puede decirse que nada faltó á la pompa de este devoto y universal regocijo, ni á la magnificencia de la gloriosa victoria que Maria habia conseguido de sus enemigos y de los de su Hijo. Tanta verdad es, exclama san Buenaventura, que esta piadosa ternura y este culto religioso hácia la Madre de Dios han sido en todo tiempo comunes á todos los verdaderos fieles. El desgraciado fin del impío Nestorio hizo ver bien presto lo que deben esperar todos los enemigos de la santísima Virgen. Se cree que en el santo concilio de Efeso, presidido por san Cirilo en nombre del papa san Celestino, compusieron el presidente y los demas padres esta hermosa deprecacion á la Madre de Dios, que la Iglesia ha adoptado despues; *Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amen*. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

§. XXXV.

*Del zelo particular de todos los fieles por la inmaculada concepcion de la Madre de Dios.*

Si los fieles han tenido tanto ardor, y han mostrado tanto zelo en defender la divina maternidad de la santísima Virgen, no han manifestado menos devocion y fervor en honrar su inmaculada concepcion, privilegio que la es todavia mas apreciable que la misma maternidad divina; pues estando resuelta á preferir su virginidad á esta sublime dignidad; ¿cuánto mas hubiera preferido la

gracia de ser concebida sin pecado, á la honra de concebir y parir al Verbo divino hecho carne, si se hubiera dexado úno y ótro á su eleccion?

Al principio de esta historia se han visto los sentimientos y dictámenes de los santos padres, de los sumos pontífices y de toda la Iglesia por lo tocante á este insigne y singular privilegio, principio y fundamento de todas las grandezas de la Madre de Dios. Es verdad que no la preservó Dios del pecado original, sino en atencion á su divina maternidad; pero esta primera gracia es demasiado gloriosa á María para que no la miren con el mayor aprecio y estimacion todos sus siervos: y así en todos los verdaderos fieles se ve una particular inclinacion á la immaculada concepcion de la santísima Virgen, que es imposible disimular. Ciertamente, si este insigne privilegio, y si esta gracia de predileccion realza tanto la gloria de María; no ha excitado menos la devocion de los fieles en todos tiempos. No ha habido siglos, desde el nacimiento de la Iglesia hasta nosotros, en que la immaculada concepcion de la Madre de Dios no haya sido el objeto de su veneracion y de su culto.

En el primer siglo vemos á los dos Santiagos, á san Márcos y á san Andrés en sus liturgias, y sobre todo en la de Santiago el Mayor, referida por Tesifon, y por Alacio que prueba su antigüedad. En el segundo siglo tenemos á San Justino mártir; en el tercero á san Hipólito, á san Cipriano y al que es el autor del tratado de las principales obras de Jesucristo, que se encuentran entre las obras de este Padre. Este autor, que vivia hácia el año de 250, hablando de la Madre de Dios, dice que la justicia no podía permitir que este vaso de eleccion fuese manchado con la mancha comun á las humanas criaturas; tanto mas, quanto era muy desemejante á ellas en este punto, no habiendo tenido ninguna comunicacion con ellas en la culpa, sino solo en la naturaleza: *Non sinebat justitia ut illud vas electionibus communibus lacesseret injuriis, quoniam plurimum à cæteris different, natura communicabat, non culpa.* En el siglo cuarto se ve á san Ambrosio, quien en su Comentario sobre el salmo 118 afirma, que la santísima Virgen fué exenta de todo pecado: *Ab omni integra labe peccati.* San Anfiloquio, su contem-

temporáneo, no se explica menos claramente sobre este asunto, cuando llama á la santísima Virgen immaculada, y la única entre las puras criaturas que esté exenta de todo pecado: *Virgo Maria, digna digni, immaculata immaculati, una unius, unica unici.* En el quinto siglo tenemos á san Agustin y á san Gerónimo, los que ya hemos citado en otra parte, los cuales no pueden sufrir que nadie se atreva ni aun á dudar si la santísima Virgen fue exenta del pecado original. Sofronio, patriarca de Jerusalem, que vivia en el mismo siglo, hablando de la Madre de Dios en su epístola sinódica, dice que fue immaculada y exenta de todo contagio de pecado en el cuerpo y en el alma: *Mariam fuisse liberam ab omni contagione peccati.* Esta epístola fue recibida con aplauso en el sexto concilio general, que es el tercero de Constantinopla. San Máximo, arzobispo de Turin, en una homilía de la Natividad, publicada por el padre Mabillon, dice que la santísima Virgen fue una morada digna del Verbo encarnado, siendo toda pura por la gracia original.

En el sexto siglo se ve que san Fulgencio, llamado el Agustino de su siglo, jamás habla de la santísima Virgen, sino como exenta por una gracia especial del pecado original; y se cree que san Sabas fue autor de un oficio á honra de la immaculada concepcion de la Madre de Dios, al cual san German, patriarca de Constantinopla, añadió una antifona. San Andres Cretense, ú de Creta, que florecia en el mismo siglo, hace mencion de la fiesta de la immaculada Concepcion de la santísima Virgen, lo que autoriza la opinion de los que creen que esta fiesta ha mucho tiempo que se celebra entre los griegos.

San Ildefonso, arzobispo de Toledo, que vivia en el siglo séptimo, dice que la santísima Virgen en su concepcion fue exenta, por una pura gracia del Señor, de toda maldicion: *Ab omni præssura maledictionis, non ex se, sed ex virtute Altissimi immunis et aliena fuit.* En el siglo octavo se ve á Radberto, abad de Corbia, que propone como un sentir comunmente recibido en la Iglesia, la opinion que afirma que la santísima Virgen no contraxo ninguna mancha en su concepcion; siendo muy justo, dice, que fuese exenta de todo pecado original aquella por la cual no solo se desterró la maldicion de nuestra prime-

ra madre, sino que á mas de esto, se nos dió la bendicion. San Juan Damasceno en el Menologio de los griegos, ordenado y compuesto por él, señala la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen; y en un discurso sobre las grandezas de María, habiendo comparado á la santísima Vírgen al Paraiso terrenal, dice: Este paraiso fue mas privilegiado que el primero, pues jamás tuvo entrada en él la serpiente. *Ad hunc paradisum serpens aditum non habuit.* El sábio y devoto Raymundo Jordan, canónigo reglar de Usez, despues abad de Selles, tan conocido baxo el nombre del Idiota, dirige estas palabras á la santísima Vírgen: Eres toda hermosa, no en parte sino de todos modos y en todo sentido; y jamás hubo, hay, ni habrá en ti mancha de pecado, ni original ni actual: *Pulchra es, non in parte, sed in toto, &c.* Y el séptimo concilio general, que fue el segundo Niceno, celebrado el año de 757, llama á la santísima Vírgen mas pura que toda la naturaleza sensible é intelectual; es decir, mas pura que los mismos ángeles, los que se sabe bien no haber sido manchados jamás con ningun pecado, ni actual ni original.

En el siglo nono, Teófanos, abad de Campo mayor, que asistió al séptimo concilio general, era de la misma opinion por lo tocante á la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen; y se ve en las Méneas tan antiguas de que usan los griegos, cuál era su especial devocion á la inmaculada concepcion. Ved aquí cómo se explican: *Singulari providentia perfecit Deus, ut sacra virgo ab ipso suæ vitæ principio tam existere pura, quam esse puram decebat illam quæ tanto bono, id est, Christo digna existeret:* Por una singular providencia quiso el Señor que la sacratísima Vírgen desde el primer instante de su vida fuese tan pura, como convenia que lo fuese la que habia de ser digna de concebir en su vientre, y de parir á Jesucristo el Verbo hecho carne. San Fulberto, obispo de Chartres, que vivia en el décimo siglo, parafraseando la salutacion del ángel á la Vírgen, dice: Dios te salve, María, que fuiste escogida como la mas noble entre todas las vírgenes, y que fuiste siempre inmaculada desde el primer principio de tu creacion, porque habias de parir al Autor de toda santidad: *Inmaculata semper extitisti*

*ab exordio tuæ creationis; quia paritura eras creatorem totius sanctitatis.* En otra parte hemos referido el modo de pensar de un san Anselmo y del cardenal Pedro Damiano; añadamos á éstos el del gran san Bruno, fundador de los cartuxos, que vivia casi al mismo tiempo: explicando éste aquellas palabras del salmo 101: *Dominus de cælo in terram aspexit;* y aplicándolas á la santísima Vírgen, dice: Esta es la tierra exenta de corrupcion sobre la cual echó el Señor sus bendiciones, la cual, habiendo sido exenta del contagio de todo pecado, nos mostró el camino de la vida. El beato Ivo de Chartres, una de las mas brillantes lumbreras del siglo doce, santo Tomás y san Buenaventura, que lo fuéron del treceño piensan ni hablan de otro modo de la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen, que todos los santos padres de la Iglesia que les habian precedido. Hemos dicho en otra parte con las propias palabras de santo Tomás cuán persuadido estaba el doctor Angélico á que la santísima Vírgen, por un singular privilegio, habia sido exenta del pecado original, ¿y qué no hubiera dicho si hubiera visto entónces, como nosotros lo vemos el dia de hoy, celebrarse la fiesta de la inmaculada Concepcion con tanta solemnidad en toda la Iglesia, el que para probar que la natividad de la santísima Vírgen fue toda santa, da por razon que la Iglesia celebra fiesta de élla, poniendo por principio incontestable, que la Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu santo, no puede celebrar fiesta de una cosa que no sea santa?

San Buenaventura no se explica de un modo menos terminante ni menos claro que santo Tomás (*Tom. 3. edit. Mogunt. an. 1609.*). Ved aquí cómo habla en el segundo sermón que hizo en honra de la santísima Vírgen: "Primeramente digo, que nuestra Señora fue llena de gracia proveniente en su santificacion; es decir, de una gracia preservativa contra la mancha del pecado original, el que hubiera contraido por la corrupcion de la naturaleza, si no hubiera sido preservada de él por una gracia especial con que fue prevenida; porque se debe creer que el Espíritu santo, con un nuevo género de santificacion, la preservó en el mismo instante de su concepcion del pecado original, no porque ya estuviese en élla, sino por-

„que hubiera estado en élla, si no la hubiera preservado de él el Señor por un singular favor.”

Alberto Magno, que florecia en el siglo trece, como tambien Alexandro de Ales, enseñan que la santísima Virgen es la única exceptuada de esta ley comun: *Omnes in Adam peccaverunt*: Todos pecáron en Adán.

San Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia, y ornamento del siglo catorce, hablando del pecado original en que somos concebidos, dice (*Lib. de Casto connub. Dei et animæ*): “Esto es la pena del pecado original, de la cual nadie se exime por mas santo que pueda ser; pues todos los que traen su origen del primer hombre, están sujetos á esta ley del pecado, excepto solamente Jesucristo nuestro mediador y su santísima Madre (*Serm. 5.*)” San Bernardino de Sena, que vivia en el mismo siglo, dice expresamente que la santísima Virgen fue exenta de la tiranía de la concupiscencia del pecado original, por haber sido concebida, añade, sin pecado original, como nos lo enseña Salomon en el Cántico de los cánticos en donde hablando de élla, dice: Eres toda hermosa, y no hay en ti mancha alguna, esto es, ni la del pecado original ni la del actual. Escoto, el doctor sutil, una de las mas grandes lumbreras de su siglo, y uno de los mas brillantes ornamentos de su orden y de las universidades de Oxfor de Inglaterra y de París, dió pruebas las mas estupendas de la devoción que profesaba á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen.

§. XXXVI.

*Zelo de los sumos pontífices, de los concilios y de todos los órdenes religiosos por lo que mira á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen.*

Se cuentan mas de cuatrocientos autores de los tres siglos siguientes, y entre ellos sesenta y seis obispos, todos célebres por su piedad, por su ciencia, y algunos tambien por su santidad, como lo es un san Francisco de Sales, los cuales todos han escrito en favor de la inmaculada

concepcion de la Madre de Dios; y puede decirse, que despues de las verdades de fe, no hay en el cristianismo otra mas cierta y mas sólidamente establecida, que la de la inmaculada concepcion de la santísima Virgen. Las historias nos refieren muchos prodigios hechos por Dios en prueba de esta verdad. El célebre continuador de los Anales de Baronio Mr. Espondano, obispo de Pamiers, cuenta un hecho pasmoso referido por Henrico de Hasia, cartuxo, por Longio y por Moyer, el cual se halla tambien en la gran Crónica de Flándes, de un cierto monge llamado Pablo, el cual, habiendo tenido la temeridad de decir predicando en la ciudad de Cracovia, que la Madre de Dios habia sido concebida en pecado, fue castigado rigurosamente allí mismo habiendo caido muerto en el púlpito al acabar de pronunciar una proposicion, de que todo el auditorio se habia escandalizado. Por lo que á mí toca, añade este sábio Prelado, estoy pronto á morir mil veces, si pudiera ser, antes que poner en duda el que la santísima Virgen fue concebida en gracia original; y esto lo escribo y protexto de todo corazon el mismo dia de su fiesta, año de nuestra redencion 1632. Esto mismo escribo yo, dice el autor, el dia de la misma fiesta, el año 1722. Y el traductor, siguiendo el exemplo de entrámbos, protexta estar animado de los mismos sentimientos el dia 6 de febrero del año 1772.

Los sumos pontífices no hablan otro language que el de los padres. Todos cuantos han gobernado la Iglesia despues de Sixto IV. excepto tres, que no habiendo vivido sino un mes ó cinco semanas en el pontificado, no han tenido lugar de manifestar su devoción á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, todos los demas nada han omitido para excitar el fervor de los fieles; han abierto, á imitacion de sus predecesores, los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que honran con un culto religioso á la vírgen María en su inmaculada concepcion.

El papa Sixto IV. en dos bulas dirigidas á este fin, publica un oficio compuesto por un religioso de Verona para la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Virgen, cuyo principal fin es declarar que fue enteramente preservada del pecado original; como se ve en

la oración de dicho oficio, la cual es del tenor siguiente: *Deus, qui per immaculatam Virginis conceptionem dignum filio tuo habitaculum præparasti; præsta, quæsumus, ut sicut ex morte ejusdem filii tui prævisa eam ab omni labe præservasti; ita nos quoque mundos ejus intercessionem ad te prevenire concedas; Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum, &c.* la que traducida á nuestra lengua, dice así: O Dios, que por la inmaculada concepcion de la Virgen preparaste á tu hijo una morada digna de él; te suplicamos, que así como por la muerte prevista del mismo hijo tuyo la preservaste de toda mancha, así nos concedas tambien por su intercesion á nosotros el llegar á ti despues de esta vida, purificados de nuestros pecados. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor, &c. El papa san Pio V. en 1569 concedió á todo el orden de san Francisco permiso para poder rezar este oficio. El papa Clemente VII. habia ya publicado con el mismo fin un Breviario, compuesto por el cardenal Quiñones, en el cual, á mas de la oracion, hay un invidatorio, que se dice al empezar maytines en estos términos: *Celebremos la concepcion inmaculada de María, y adoremos á Jesucristo nuestro Señor que la preservó.* Fuera de esto, en los himnos que Zacarías, obispo de Guardia, compuso por orden y con aprobacion del papa Leon X. y de Clemente VII. se dice que la santísima Virgen fue criada en estado de gracia. Los papas Alexandro VI. y Adriano VI. aplaudiéron mucho el que algunas comunidades religiosas se intitulasen de la orden de la Concepcion inmaculada de la santísima Virgen, y la honraron con muchos y muy particulares privilegios. Pocos papas ha habido despues de Sixto IV. que no hayan concedido muchas indulgencias á las cofradías fundadas baxo el título y advocacion de la inmaculada Concepcion, y con motivo de esta fiesta. El erudito padre Antiste, dominico, hace mencion de un orden de religiosas, fundado en honra de la inmaculada Concepcion de la Reyna del cielo, con la autoridad del papa Inocencio VIII. y confirmado despues por Julio II. por un breve del año 1511 el 17 de septiembre. Este Papa en la regla que dió á dichas religiosas, despues de haber dicho en el capítulo primero, que las que entran en esta orden pretenden

honrar á la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, dice en el capítulo segundo, que entrar en esta orden, es hacer un servicio singular á esta augusta Reyna. Mas adelante ordena que las religiosas vistan un hábito y escapulario blanco, y un manto de color azul celeste; y la razon que da para esta ordenanza, es que con este vestido dan á conocer, que el alma de la santísima Virgen desde el primer instante de su creacion fue hecha templo del Hijo de Dios de un modo particular. El papa Paulo V. prohibe baxo graves penas predicar, enseñar ó escribir que la santísima Virgen haya pecado en Adan. Gregorio XV. extiende esta prohibicion hasta en los discursos particulares y conversaciones familiares. Alexandro VII. expidió un nuevo decreto en favor de la inmaculada Concepcion el 8 de diciembre de 1661, y en él dice que es antigua piedad de los fieles el creer que la Madre de Dios fue preservada de la mancha del pecado original; y ademas de esto solemnizó su fiesta en Roma con mucha magnificencia. No hay iglesia particular que no tenga muy en el corazon el mismo culto y la misma devocion, y que no dé pruebas visibles de éllo, celebrando con solemnidad la fiesta y la octava de la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios.

Se puede decir que se ve el mismo zelo por lo que mira á la inmaculada concepcion de la Madre de Dios en los mas antiguos concilios. El concilio general de Éfeso, celebrado, como hemos dicho, el año 431, llama á la santísima Virgen inmaculada, es decir, sin ninguna mancha, como interpretó Sofronio, citado por san Gerónimo: *Ideo immaculata, quia in nullo corrupta.* El concilio cuarto de Toledo, tenido el año 634, aprueba con elogio el Breviario reformado por san Isidoro, arzobispo de Sevilla, en el cual hay oficio de la inmaculada Concepcion para toda la octava, y en todo él se dice preservada del pecado original por un privilegio singular. El concilio undécimo del año 675, haciendo el elogio de la doctrina de san Ildefonso, da bastante á entender que la Madre de Dios jamás fue tiznada con el pecado original; pues esto se infiere de las alabanzas que tributa á María este su ilustre devoto. El concilio de Aviñon, celebrado en 1457, en que se hallaron dos cardenales, un

arzobispo y once obispos, confirmó todo lo que hasta entonces se había hecho en favor de la inmaculada concepción, particularmente el decreto de Basilea, mandando con pena de excomunión observarle religiosamente.

La devoción singular de todos los órdenes religiosos á la inmaculada concepción, el zelo de todas las universidades, y el consentimiento unánime de todos los pueblos en honrar y venerar este primer privilegio de la Madre de Dios, todo esto hace sumamente célebre esta gran fiesta.

El erudito padre Antiste en su tratado de la inmaculada Concepción hace ver, que santo Domingo, uno de los mas ilustres devotos de la Madre de Dios, fue tambien uno de los mas zelosos defensores de su inmaculada concepción. Ved aquí cómo se explica este gran Santo en el admirable libro que escribió del adorable sacramento de la Eucaristía; el cual libro, habiendo sido echado al fuego, fue conservado milagrosamente entre las llamas, *Así como, dice, el primer Adán fue formado de una tierra virgen que no había sido maldita; así el segundo Adán, Jesucristo, fue formado de una tierra virgen, y de una madre que nunca fue maldita.* El mismo Autor prueba que desde el santo fundador hasta su tiempo, cuantos personajes grandes y santos hubo en su orden, cuyo número ciertamente es muy grande, todos emplearon su zelo y su saber en honrar y defender la inmaculada Concepción. A mas de lo dicho hasta aquí, vemos que todos los órdenes religiosos, el de san Benito, el de san Bernardo, el de las camaldulas, el de los cartuxos, el de san Bernardo, (es el del Cister) el de Cluni, el de Gramón, los premonstratenses, los agustinos, los carmelitas, los franciscos, los trinitarios, los servitas, los mercenarios, los gerónimos, los cayetanos, los jesuitas vemos que todos hacen profesión de venerar y defender la santidad privilegiada de la santísima Virgen en el primer instante de su creación, dándole testimonio de su zelo ardiente y de su tierna devoción por el fervor con que celebran su fiesta. En la biblioteca de los reverendos padres dominicos de Dijon se encuentra un antiguo Martirologio manuscrito, cuyo carácter parece del principio del siglo trece, en el cual están tambien las

constituciones de la orden y un calendario que es de una escritura mas reciente; y no solo en el calendario, que parece no tener menos de doscientos ó trescientos años, se encuentra la fiesta de la inmaculada Concepción de la santísima Virgen puesta en el dia 8 de diciembre, sino tambien en el Martirologio, cuyo carácter parece de quinientos años de antigüedad, se halla notada en el dia 8 del mismo mes la fiesta de la inmaculada Concepción de la santísima Virgen; lo que es una prueba bastante clara, dicen los sábios benedictinos que han leído estos antiguos manuscritos (*Viage literario.*), de que esta fiesta era ya célebre en toda la Iglesia en tiempo de santo Domingo.

## §. XXXVII.

*Zelo de las mas famosas universidades de Europa por lo que mira á la inmaculada concepción.*

A este zelo tan universal de todos los órdenes religiosos por lo que mira á la inmaculada concepción de la santísima Virgen, se debe añadir el unánime consentimiento de las mas famosas universidades de Europa, y en particular de las de Colonia, de Maguncia, de Salamanca, de Alcalá, de Sevilla, de Valencia, de Praga, y sobre todo de la de París, todas las cuales tienen entre sus constituciones la de no admitir á ninguno al grado de doctor, sin que se haya obligado antes á defender la inmaculada concepción de la santísima Virgen.

A fines del siglo decimocuarto, Juan de Monzon, español, doctor de teología, tuvo la osadía de enseñar que la santísima Virgen había sido concebida en pecado, y que era error decir lo contrario; con lo cual sublevó contra sí á todos los fieles, y sobre todo á la universidad de París; la que condenó catorce de sus proposiciones, de las cuáles cuatro miraban á la inmaculada concepción de María, las condenó, digo, como falsas, escandalosas, temerarias y ofensivas de los oídos piadosos. El obispo Pedro de Orgemont confirmó esta censura, y condenó so-

arzobispo y once obispos, confirmó todo lo que hasta entonces se había hecho en favor de la inmaculada concepción, particularmente el decreto de Basilea, mandando con pena de excomunión observarle religiosamente.

La devoción singular de todos los órdenes religiosos á la inmaculada concepción, el zelo de todas las universidades, y el consentimiento unánime de todos los pueblos en honrar y venerar este primer privilegio de la Madre de Dios, todo esto hace sumamente célebre esta gran fiesta.

El erudito padre Antiste en su tratado de la inmaculada Concepción hace ver, que santo Domingo, uno de los mas ilustres devotos de la Madre de Dios, fue tambien uno de los mas zelosos defensores de su inmaculada concepción. Ved aquí cómo se explica este gran Santo en el admirable libro que escribió del adorable sacramento de la Eucaristía; el cual libro, habiendo sido echado al fuego, fue conservado milagrosamente entre las llamas, *Así como, dice, el primer Adán fue formado de una tierra virgen que no había sido maldita; así el segundo Adán, Jesucristo, fue formado de una tierra virgen, y de una madre que nunca fue maldita.* El mismo Autor prueba que desde el santo fundador hasta su tiempo, cuantos personajes grandes y santos hubo en su orden, cuyo número ciertamente es muy grande, todos emplearon su zelo y su saber en honrar y defender la inmaculada Concepción. A mas de lo dicho hasta aquí, vemos que todos los órdenes religiosos, el de san Benito, el de san Bernardo, el de las camaldulas, el de los cartuxos, el de san Bernardo, (es el del Cister) el de Cluni, el de Gramón, los premonstratenses, los agustinos, los carmelitas, los franciscos, los trinitarios, los servitas, los mercenarios, los gerónimos, los cayetanos, los jesuitas vemos que todos hacen profesión de venerar y defender la santidad privilegiada de la santísima Virgen en el primer instante de su creación, dándola testimonio de su zelo ardiente y de su tierna devoción por el fervor con que celebran su fiesta. En la biblioteca de los reverendos padres dominicos de Dijon se encuentra un antiguo Martirologio manuscrito, cuyo carácter parece del principio del siglo trece, en el cual están tambien las

constituciones de la orden y un calendario que es de una escritura mas reciente; y no solo en el calendario, que parece no tener menos de doscientos ó trescientos años, se encuentra la fiesta de la inmaculada Concepción de la santísima Virgen puesta en el dia 8 de diciembre, sino tambien en el Martirologio, cuyo carácter parece de quinientos años de antigüedad, se halla notada en el dia 8 del mismo mes la fiesta de la inmaculada Concepción de la santísima Virgen; lo que es una prueba bastante clara, dicen los sábios benedictinos que han leído estos antiguos manuscritos (*Viage literario.*), de que esta fiesta era ya célebre en toda la Iglesia en tiempo de santo Domingo.

## §. XXXVII.

*Zelo de las mas famosas universidades de Europa por lo que mira á la inmaculada concepción.*

A este zelo tan universal de todos los órdenes religiosos por lo que mira á la inmaculada concepción de la santísima Virgen, se debe añadir el unánime consentimiento de las mas famosas universidades de Europa, y en particular de las de Colonia, de Maguncia, de Salamanca, de Alcalá, de Sevilla, de Valencia, de Praga, y sobre todo de la de París, todas las cuales tienen entre sus constituciones la de no admitir á ninguno al grado de doctor, sin que se haya obligado antes á defender la inmaculada concepción de la santísima Virgen.

A fines del siglo decimocuarto, Juan de Monzon, español, doctor de teología, tuvo la osadía de enseñar que la santísima Virgen había sido concebida en pecado, y que era error decir lo contrario; con lo cual sublevó contra sí á todos los fieles, y sobre todo á la universidad de París; la que condenó catorce de sus proposiciones, de las cuáles cuatro miraban á la inmaculada concepción de María, las condenó, digo, como falsas, escandalosas, temerarias y ofensivas de los oídos piadosos. El obispo Pedro de Orgemont confirmó esta censura, y condenó so-

lemnemente las proposiciones del doctor en presencia de una infinidad de personas que habian concurrido á este espectáculo, como al triunfo de la santísima Virgen, y diéron mil bendiciones y aplausos al obispo y á la universidad. El negocio fue llevado al papa, quien, despues de un exámen de cerca de un año, confirmó la sentencia del obispo y la censura de la universidad; pero habiendo rehusado someterse el doctor al juicio del papa, éste le excomulgó á él y todos sus adherentes.

La universidad de París, no contenta con haber defendido con tanto zelo la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, la que despues de algun tiempo querian algunos poner en duda, resolvió no admitir en adelante á ninguno al grado de doctor, que no se hubiese obligado antes con juramento á creer y defender que la santísima Virgen fue preservada del pecado original por una gracia especial. Hízose las fórmula de este juramento, la que fue aprobada en las juntas del 3, del 6, del 9 de marzo, y del 23 de agosto de 1497. La acta del juramento dice, que los antiguos doctores de la facultad se habian propuesto combatir y extirpar todos los errores; pero sobre todo los que atacaban la dignidad de la purísima y gloriosísima Madre de Dios; que habiéndose agitado en el siglo precedente la disputa sobre la inmaculada concepcion con mas calor de lo regular, habian suspendido desde luego su juicio, é inclinándose despues al partido que era mas favorecido á María, que habian refulado la vana temeridad de los que sin prueba alguna sólida defendian pertinazmente que la Virgen habia sido envuelta en la masa comun; de suerte, que habian pronunciado y decidido, que la opinion contraria que eximia á María de la ley general era muy conforme á la piedad de la fe, á la recta razon y á las santas Escrituras: que pocos años despues de esta determinacion se trató el mismo punto en el concilio general de Basilea, en el que, despues de un exámen muy exácto, se prohibió, so pena de incurrir en la indignacion del cielo, el defender la opinion contraria; que habiendo sido recibido este santo decreto por el consentimiento de todas las iglesias, y con aprobacion de todo el pueblo cristiano, la facultad no podia admirar bastante el insolente orgullo, la

temeridad y la loca obstinacion de ciertos particulares que declarando una guerra implacable é impía á la eminente cualidad de la Madre de Dios, todavía se atreven á atacar y poner en duda una doctrina tan piadosa, apoyada con la autoridad de un concilio universal, que, segun las promesas de Jesucristo, no puede errar: que á fin de oponerse con mas fortaleza á este furor, habiéndose juntado todos los doctores por tres veces, resolviéron, despues de una madura deliberacion, obligarse con particular juramento á defender la doctrina de la inmaculada concepcion, la que miran ha mucho tiempo como la sola que se puede defender con verdad; y mandan que nadie sea en adelante admitido á recibir ningun grado en la facultad, si primero no hace juramento de defender constantemente la misma doctrina; y que si por desgracia llegase alguno á olvidar el guardar dicho juramento, y sostuviere y defendiese la opinion que la facultad (habla siempre de la teología) juzga falsa y errónea, sea cortado del cuerpo como un miembro podrido. Ya se ha dicho que no tenemos por ecuménico al concilio de Basilea; pero sin embargo, el consentimiento de los padres que asistieron á él no puede dexar de ser de un gran peso en esta materia.

## §. XXXVIII.

*Devocion de la iglesia de Leon de Francia  
á la inmaculada concepcion de la santísima  
Virgen.*

Se sabe que la iglesia de Leon, tan célebre por su antigüedad, por el número de sus mártires, por la pureza de su fe, singularmente por su tierna y tan conocida devocion á la santísima Virgen, fue una de las primeras de Francia en celebrar públicamente la fiesta de la inmaculada Concepcion. San Bernardo, aunque era uno de los mas ilustres devotos de la santísima Virgen, y quizá el mas zeloso de la gloria de la Madre de Dios, creyó no obstante, que se habian precipitado un poco mas de lo regular, porque no creía que una iglesia particular pudiese establecer una fiesta nueva sin la autoridad de la santa Sede;

y así escribió á los canónigos de Leon aquella famosa carta tan decantada, aunque tan mal entendida, de los pocos afectos á este misterio: en élla el santo Abad, lejos de condenar el modo de pensar de los canónigos sobre la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, el que ciertamente era el mismo que el suyo: despues de haber alabado su zelo y su piedad, se toma la libertad de representarles, que á lo menos antes de hacer ninguna novedad sobre este punto, debian haber consultado á la santa Sede, sin cuyo permiso no se debe introducir en la Iglesia novedad alguna: me admiro, les dice, que hayais introducido una nueva fiesta que la Iglesia no celebra: *Novam celebritatem quam ritus Ecclesie nescit*. Confieso que se debe honrar y venerar á la santísima Virgen todo lo posible; y que cuanto hagamos, todo será menos de lo que merece; pero el aprobar y regular nuestro culto, es propio y privativo de la Iglesia. Por lo que á mí toca, hago profesion de no seguir sino lo que la Iglesia me enseña, ni tampoco enseño sino lo que he aprendido de élla: *Ego vero quod ab illa accepi, securus teneo et trado*. La Iglesia me enseña á celebrar el triunfo de su gloriosa asuncion á los cielos, y el dia feliz de su santo nacimiento sobre la tierra. No se puede dudar que la Madre del Señor fue santificada antes de nacer: *Fuit proculdubio ante sancta, quam nata*; porque no se puede creer que Dios negase á la santísima Virgen los privilegios que concedió á otras puras criaturas; pero sin embargo, las fiestas que debemos celebrar, á sola la Iglesia toca determinarlas.

Para autorizar san Bernardo su delicadeza sobre esta novedad, dice que hasta que haya hablado la Iglesia, nada se puede decir sobre este artículo. Siendo esto así, añade el Santo, ¿qué razon teneis para celebrar la fiesta de la inmaculada Concepcion? *Cum hæc ista se habeant, quænam jam erit festivæ ratio Conceptionis?* Si creéis, continúa, que María fue verdaderamente exenta del pecado original, y por consiguiente que su concepcion fue santa, no debiais seguir solamente vuestro propio juicio, sino que debiais antes consultar á la santa Sede. Acaba el santo Doctor su carta, protextando que sujeta todo cuanto ha dicho sobre este punto á la autoridad de la santa Sede, estando pronto y dispuesto á corregir todo lo que no fuese conforme á su jui-

cio. Son dignas de ponerse aquí todas sus palabras: *Quæ autem digni, absque præjudicio sane dicta sint sanius sapientis. Romanæ presertim Ecclesie auctoritati atque examini totum hoc, sicut et cætera quæ ejusmodi sunt universa reservo, ipsius, si quid aliter sapio, paratus judicio emendare*. Esta docilidad de san Bernardo á la autoridad de la santa Sede ¿puede hacer dudar un instante sobre el partido que hubiera tomado, si hubiera visto á la santa Sede declararse tan abiertamente, como lo ha hecho despues, en favor de la inmaculada concepcion, de la que ha ordenado se celebre fiesta con octava en toda la Iglesia? Es evidente que la carta de san Bernardo á los canónigos de Leon no es sobre la doctrina de la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, sino solo sobre el establecimiento anticipado de la fiesta sin consultar á la santa Sede; y esto es lo que únicamente reprueba el santo Abad.

La iglesia de Leon recibió esta carta con respeto, y alabó el zelo de san Bernardo; pero no la hizo fuerza su representacion, y así prosiguió en celebrar la fiesta de la inmaculada Concepcion cada vez con mas solemnidad; y aun se puede decir, que como en toda la cristiandad quizá no hay iglesia particular mas noble, mas ilustre y mas respetable que la de Leon, quizá tampoco hay otra mas zelosa de la gloria y culto de la santísima Virgen. Sus ritos y sus usos, épocas sagradas de la mas venerable antigüedad, publican bastante cuál es su devocion á la vírgen María. No hay una de sus fiestas que no se celebre con solemnidad. En cualquiera de ellas asisten siempre doce ministros al altar. Jamás se pronuncia en el oficio el santo nombre de María, sin que se haga ó una genuflexion, ó una inclinacion de cabeza en señal de respeto. Todos los dias al fin de completas se canta una antífona y una oracion particular á honra suya; y cinco veces al año se ven todos los individuos de este ilustre cuerpo, con velas encendidas en las manos, cantar himnos de alabanzas y de accion de gracias en honra de la santísima Virgen. Lo que añaden al *Gloria in excelsis*, durante la misa, es una prueba de su insigne devocion, y no la menor. *Qui tollis peccata mundi, suscipe deprecationem nostram ad Mariæ gloriam*: Tú que quitas los pecados del mundo, recibe nuestras súplicas para gloria de María. *Quoniam tu solus Sanctus, Mariam sanc-*

*tificans: tu solus Dminus, Mariam gubernans: tu solus Altissimus, Mariam coronans, Jesu Christe:* Porque tú, Jesucristo, eres el solo Santo que santificas á María: el solo Señor que gobiernas á María: el solo Altísimo que coronas á María. Aunque la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Virgen no sea de precepto en toda la cristiandad, sino despues de las dos bulas de Sixto IV, sin embargo, se celebraba ya antes por devocion en la mayor parte de las iglesias de Francia, de España, de Italia, de Inglaterra; y en todas partes con mucha devocion y mucho fruto.

## §. XXXIX.

*Zelo de don Juan I, rey de Aragon, por lo tocante á la inmaculada concepcion.*

Si los pueblos son tan zelosos por lo que mira á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, no muestran menos zelo y devocion los mayores monarcas del mundo. Lo que los emperadores y los reyes de España y Francia han hecho para que esta devocion sea cada día mas floreciente, son unos monumentos eternos de la que los animaba é inflamaba á ellos mismos. El edicto del serenísimo señor don Juan I. rey de Aragon y de Valencia, de gloriosa memoria, en favor de la inmaculada Concepcion, es demasiado glorioso á la Madre de Dios para ser omitido en esta historia: está sacado del libro de los Privilegios del reyno, y de la ciudad de Valencia; y es del año 1394, y dice así: Nos don Juan, por la gracia de Dios, rey de Aragon y de Valencia, &c. ¿Por qué se pasman algunos de que la beatísima María, madre de Dios, haya sido concebida sin pecado original, cuando no dudan que san Juan Bautista fue santificado en el vientre de su madre por el Santo de los santos, el cual, baxando de lo alto de los cielos, y del trono de la santísima é individua Trinidad, se encerró en las purísimas entrañas de la misma Virgen, haciéndose carne en ellas? ¿Qué gracia no debia haber reservado Dios para su santa Madre, proponiéndose hacer en élla una obra digna de su omnipotencia y de su divina magestad? El que crió de nada todas las cosas, es el mismo que hizo

que su madre fuese vírgen antes del parto, en el parto, y despues del parto. Siendo, pues, todopoderoso, y amando á su madre como la ama, es preciso reservase para la concepcion, para la natividad, para la vida y para las costumbres de su propia madre, siempre vírgen, privilegios singulares é incomparables de la mas alta santidad. ¿Por qué pones en duda la gloriosa concepcion de una Virgen tan privilegiada, de quien la fe católica nos obliga á creer grandezas y maravillas que no somos capaces de admirar bastantemente? ¿No es un motivo de admiracion mucho mayor á todos los cristianos el ver que una criatura haya engendrado á su criador, y que fuese madre sin dexar de ser vírgen? ¿Cómo será capaz el entendimiento humano de alabar bastantemente á esta gloriosa Virgen, á quien la divina Magestad predestinó para gozar sin la menor corrupcion de las ventajas de la divina maternidad, juntamente con la gloria de la mas pura virginidad, y para ser ensalzada sobre todos los santos y sobre todos los coros de los ángeles, como su Reyna y su Soberana? Hubiera, pues, faltado alguna pureza y alguna gracia á esta excelente Virgen en el primer instante de su concepcion, y se la podia imputar la mancha del pecado original, sino hubiera sido concebida sin pecado; lo que parece no componerse bien con estas palabras que la dixo el ángel del Señor, enviado del cielo: *Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mugeres.* Y así, callen todos esos que hablan tan sin fundamento; y esos que no tienen que proponer sino vanos y frívolos argumentos contra la inmaculada concepcion, tan privilegiada y tan pura de la santísima Virgen, tengan vergüenza de publicarlos; pues convenia que fuese dotada de una tan gran pureza, que desde la de Dios no se pudiese imaginar otra igual. También es razon que la que tuvo por hijo al criador y padre de todas las cosas, hubiese sido y sea siempre purísima, hermosísima, perfectísima; habiendo sido desde el principio y antes de todos los siglos escogida entre todas las criaturas por un decreto eterno de Dios, para tener en su seno á aquel á quien no puede contener el mundo entero, ni toda la inmensidad de los cielos. Nos, que entre todos los reyes católicos hemos reci-

»bido de esta madre de las misericordias tantos favores  
 »y beneficios sin merecerlos, creemos firmemente y con-  
 »fesamos que fue pura la concepcion de esta bienaven-  
 »turada Virgen en el seno de la cual se dignó el hijo de  
 »Dios hacerse hombre, y habitar nueve meses. Y así hon-  
 »ramos y veneramos con un corazon puro el misterio de  
 »la immaculada Concepcion de la beatísima y santísima  
 »Virgen; y en compañía de todos los de nuestra real ca-  
 »sa celebramos todos los años su fiesta con solemnidad  
 »del mismo modo que nuestros muy ilustres predeceso-  
 »res de gloriosa memoria la han celebrado, habiendo fun-  
 »dado para éllo una cofradía perpétua. Por tanto, orde-  
 »namos que la fiesta de la immaculada Concepcion se ce-  
 »lebre todos los años con gran solemnidad y reverencia  
 »en todos los reynos de nuestra obediencia por todos los  
 »fieles católicos, así religiosos, como sacerdotes secula-  
 »res, y otras personas de cualquier estado y condicion  
 »que sean; y que en adelante no se permita á nadie ni  
 »á los predicadores, ni á los que enseñan públicamente el  
 »evangelio el decir, publicar ú defender ninguna cosa  
 »que de cualquier modo pueda perjudicar á la pureza y  
 »santidad de la feliz concepcion de María; al contrario,  
 »ordenamos que los predicadores y las otras personas  
 »que tuviéron otros sentimientos guarden un profundo si-  
 »lencio, pues la fe católica no nos impone necesidad al-  
 »guna de sostener y profesar la opinion contraria; y los  
 »que tienen nuestra santa y saludable opinion en su co-  
 »razon, la publiquen en sus discursos, y manifiesten ale-  
 »gres su devocion, celebrando con alabanzas del Altísi-  
 »mo la gloria y honra de la santísima Madre, la que  
 »es la Reyna del cielo, la puerta del paraíso, la que  
 »tiene cuidado de nuestras almas, es el puerto seguro de  
 »salvacion, y el áncora de los pecadores que esperan y  
 »tienen puesta en élla su confianza. Por el tenor de las  
 »presentes, ordenamos expresamente desde ahora para  
 »siempre, que si sucediese en lo por venir que algun pre-  
 »dicador, ó algun otro de nuestros súbditos, de cualquier  
 »estado ó condicion que sean, no observaren esta orde-  
 »nanza, sean desterrados de sus conventos y de sus ca-  
 »sas, sin que para éllo sea necesario ningun otro edicto  
 »ni mandato nuestro; y mientras preserperaren en la opi-

»nion contraria á la nuestra, salgan como enemigos nues-  
 »tros de toda la extension de nuestros reynos. Queremos  
 »asimismo, y ordenamos de nuestra ciencia y madura  
 »deliberacion, so pena de incurrir en nuestra desgracia é  
 »indignacion, á todos y cada uno de nuestros oficiales  
 »y ministros que están al lado de acá, y al lado de allá  
 »del mar, á los que lo son al presente, y á los que lo  
 »fueren en adelante, que guarden y hagan guardar con  
 »la mayor diligencia y respeto este nuestro presente edic-  
 »to y ordenanza luego que llegue á su noticia; y que ca-  
 »da uno en su distrito le haga publicar solemnemente, y  
 »á su vez de trompeta en todos los lugares y sitios acostum-  
 »brados, para que ninguno pueda alegar ignorancia, y  
 »para que la devocion á la immaculada concepcion de la  
 »santísima Virgen, que los cristianos conservan mucho  
 »tiempo ha en sus corazones, se aumente mas y mas, y  
 »para que en adelante no se les oiga abrir la boca á este  
 »género de gentes que son de contraria opinion. En fe-  
 »de lo cual, ordenamos y mandamos expedir las presen-  
 »tes, autorizadas con nuestro sello, el que va impreso  
 »en éllas. Dado en Valencia á 2 de febrero, dia en que  
 »celebramos la fiesta de la Purificacion de la santísima  
 »Virgen, año de nuestro Señor de 1394, y el octavo de  
 »nuestro reynado.

Se sabe el culto y devocion que toda España profesa  
 á la santísima Virgen; y sobre todo, cuál es su zelo y su  
 religion por lo que mira á su immaculada concepcion. Es-  
 ta fiesta ha mucho tiempo es de las mas solemnes en es-  
 tos reynos, en los que ningun predicador secular ó regu-  
 lar, de cualquier órden que sea, dexa de empezar su ser-  
 mon con estas palabras: "Sea por siempre bendito y ala-  
 »bado el Santísimo Sacramento del altar, y la pura y  
 »limpia concepcion de María santísima, concebida sin pe-  
 »cado original en el primer instante de su ser natural."

## NOTA.

*Zelo del rey don Carlos III. á la immaculada concepcion de la Virgen.*

Aunque desde muy antiguo han manifestado los reyes de España su devocion á la immaculada concepcion de la virgen María, ninguno se ha mostrado mas devoto de este misterio que el piadoso rey don Carlos III., que en paz descansa. Y en señal de esta afectuosísima devocion, el patrocinio de estos reynos que estaba confiado desde el año 1756 á la Reyna de ángeles y hombres María santísima, sin la advocacion del misterio alguno en particular, le contraxo S. M. al misterio de la immaculada Concepcion en las còrtes que el año 1760 se juntaron en Madrid con motivo de la jura de S. M. por rey de las Españas, y su hijo don Carlos por príncipe de Asturias, como heredero único y universal de todos los reynos y derechos del Rey su padre. Impetró asimismo S. M. facultad del santísimo papa Clemente XIII. para que en todos sus dominios se pudiese rezar por todas las personas de uno y otro clero el oficio de la Concepcion que rezaba mucho tiempo habia la religion franciscana. Y para celebrar este patrocinio como era debido, ordenó se estableciese en el convento de san Francisco, llamado el Grande, en Madrid, una octava de misas y sermones, que empezarian todos los años el dia de la immaculada Concepcion; lo que se executó haciéndose la fiesta el primer dia á nombre y expensas de S. M.; el segundo á nombre y expensas del Príncipe, su hijo nuestro señor: el tercero y cuarto á nombre y expensas de la Reyna madre, y del señor infante don Luis: los demas dias á expensas y con asistencia respectivamente de todos los consejos, y de la imperial y coronada Villa de Madrid en cuerpo de ayuntamiento.

No contento S. M. con estas tan sensibles demostraciones de su zelo y devocion al misterio de la immaculada Concepcion de la santísima Virgen, quiso dar nuevas pruebas de la veneracion que profesaba á este misterio insti-

tuyendo la distinguida Orden española de Carlos III. baxo la proteccion y auspicios de María santísima concebida sin pecado original; con motivo de haber dado á luz el 19 de septiembre del año pasado 1771 un robusto y agraciado infante la señora doña María Luisa de Borbon, dignísima esposa de don Carlos, príncipe de Asturias, nuestro Señor; queriendo manifestar S. M. con este acto heroico de religion y de piedad, que así este insigne beneficio como los demas con que la divina Providencia ha querido favorecer y distinguir su reynado, son todos efectos de la singular proteccion con que la santísima Virgen mira á un monarca y á una monarquía que procuran esmerarse tanto en su culto, y que han tomado tan á pechos el venerar y defender el misterio de su immaculada Concepcion. Las insignias de esta Orden, fundada para caballeros españoles de mérito, son manto azul y blanco, bordado de oro, banda de color azul celeste, escudo al pecho con la imágen de la immaculada Concepcion, bordada en el mismo escudo para los caballeros grandes cruces: los de las pequeñas cruces no llevan escudo ni banda, sino la imágen de la Concepcion de esmalte, colgada de una cinta azul á un ojal de la casaca, si son seglares; y negra, colgada al cuello, si son eclesiásticos. Omito otras particularidades de esta Orden, todas vivas expresiones de la devocion de su fundador á este misterio.

## §. XL.

*Zelo de los reyes de Francia Luis XIII. y Luis XIV. por lo que mira á la santísima Virgen.*

Si el rey de Aragon Juan el primero dexó á la posteridad, por su edicto, un tan ilustre monumento de su devocion al misterio de la immaculada Concepcion de la santísima Virgen, los reyes de Francia Luis XIII. y su ilustre sucesor Luis el Grande todavía llevaron mas adelante su devocion y su zelo por lo tocante á la immaculada concepcion que el rey de Aragon.

El rey Luis XIII, de feliz memoria, uno de los mas

## NOTA.

*Zelo del rey don Carlos III. á la inmaculada concepcion de la Virgen.*

Aunque desde muy antiguo han manifestado los reyes de España su devocion á la inmaculada concepcion de la virgen María, ninguno se ha mostrado mas devoto de este misterio que el piadoso rey don Carlos III., que en paz descansa. Y en señal de esta afectuosísima devocion, el patrocinio de estos reynos que estaba confiado desde el año 1756 á la Reyna de ángeles y hombres María santísima, sin la advocacion del misterio alguno en particular, le contraxo S. M. al misterio de la inmaculada Concepcion en las còrtes que el año 1760 se juntaron en Madrid con motivo de la jura de S. M. por rey de las Españas, y su hijo don Carlos por príncipe de Asturias, como heredero único y universal de todos los reynos y derechos del Rey su padre. Impetró asimismo S. M. facultad del santísimo papa Clemente XIII. para que en todos sus dominios se pudiese rezar por todas las personas de uno y otro clero el oficio de la Concepcion que rezaba mucho tiempo habia la religion franciscana. Y para celebrar este patrocinio como era debido, ordenó se estableciese en el convento de san Francisco, llamado el Grande, en Madrid, una octava de misas y sermones, que empezarian todos los años el dia de la inmaculada Concepcion; lo que se executó haciéndose la fiesta el primer dia á nombre y expensas de S. M.; el segundo á nombre y expensas del Príncipe, su hijo nuestro señor: el tercero y cuarto á nombre y expensas de la Reyna madre, y del señor infante don Luis: los demas dias á expensas y con asistencia respectivamente de todos los consejos, y de la imperial y coronada Villa de Madrid en cuerpo de ayuntamiento.

No contento S. M. con estas tan sensibles demostraciones de su zelo y devocion al misterio de la inmaculada Concepcion de la santísima Virgen, quiso dar nuevas pruebas de la veneracion que profesaba á este misterio insti-

tuyendo la distinguida Orden española de Carlos III. baxo la proteccion y auspicios de María santísima concebida sin pecado original; con motivo de haber dado á luz el 19 de septiembre del año pasado 1771 un robusto y agraciado infante la señora doña María Luisa de Borbon, dignísima esposa de don Carlos, príncipe de Asturias, nuestro Señor; queriendo manifestar S. M. con este acto heroico de religion y de piedad, que así este insigne beneficio como los demas con que la divina Providencia ha querido favorecer y distinguir su reynado, son todos efectos de la singular proteccion con que la santísima Virgen mira á un monarca y á una monarquía que procuran esmerarse tanto en su culto, y que han tomado tan á pechos el venerar y defender el misterio de su inmaculada Concepcion. Las insignias de esta Orden, fundada para caballeros españoles de mérito, son manto azul y blanco, bordado de oro, banda de color azul celeste, escudo al pecho con la imágen de la inmaculada Concepcion, bordada en el mismo escudo para los caballeros grandes cruces: los de las pequeñas cruces no llevan escudo ni banda, sino la imágen de la Concepcion de esmalte, colgada de una cinta azul á un ojal de la casaca, si son seglares; y negra, colgada al cuello, si son eclesiásticos. Omito otras particularidades de esta Orden, todas vivas expresiones de la devocion de su fundador á este misterio.

## §. XL.

*Zelo de los reyes de Francia Luis XIII. y Luis XIV. por lo que mira á la santísima Virgen.*

Si el rey de Aragon Juan el primero dexó á la posteridad, por su edicto, un tan ilustre monumento de su devocion al misterio de la inmaculada Concepcion de la santísima Virgen, los reyes de Francia Luis XIII. y su ilustre sucesor Luis el Grande todavía llevaron mas adelante su devocion y su zelo por lo tocante á la inmaculada concepcion que el rey de Aragon.

El rey Luis XIII, de feliz memoria, uno de los mas

dignos sucesores de san Luis, quiso señalar su devoción á la santísima Virgen, tomándola por protectora especial de toda la familia real, y de todo su reyno, por una declaración solemne del 10 de febrero de 1637, consagrándola su persona, sus estados, y sus súbditos, y ofreciéndola despues sobre el altar de la iglesia metropolitana de nuestra señora de París su corona y su cetro. Ved aquí cómo se explica S. M. en esta declaración.

«Hemos declarado, y declaramos, que tomando á la santísima y gloriosísima Virgen por especial protectora de nuestro reyno, la consagramos particularmente nuestra persona, nuestro estado, nuestra corona y nuestros súbditos, suplicándola se digne inspirarnos una santa conducta, y defender este reyno contra todos los esfuerzos de sus enemigos con tanto cuidado, que ya sea que padezca el azote de la guerra, ó que goce de las dulzuras de la paz, la que pedimos á Dios de todo corazón, no salga jamás de los caminos de la gracia, que conducen á los de la gloria. Exhortamos á todos los arzobispos y obispos amonesten á todos nuestros pueblos á que tengan una particular devoción á la santísima Virgen, y que imploren su protección, para que baxo tan poderosa patrona nuestro reyno esté á cubierto de todas las empresas de sus enemigos, goce de una larga y dichosa paz, y sea Dios servido y reverenciado tan santamente, que así Nos como nuestros súbditos podamos llegar felizmente á conseguir el último fin para que hemos sido criados.»

No hizo esperar mucho tiempo la santísima Virgen los felices efectos de su protección á un monarca tan piadoso, y á un reyno que se le había consagrado con una solemnidad tan religiosa. El nacimiento del mayor rey que ha tenido jamás la Francia, el cual sucedió el año siguiente despues de una esterilidad de veinte años, y una serie continua y prodigiosa de victorias y de prosperidades, hicieron ver que jamás se tiene en vano una devoción llena de confianza á la santísima Virgen.

Luis el Grande, de feliz y gloriosa memoria, ratificó bien pronto un tan santo y tan sagrado ofrecimiento por su declaración de 25 de marzo de 1650: en ella se explica en estos términos: «No podemos diferir mas tiempo

«el renovar semejantes votos á honra y gloria de la santísima Virgen, á cuya intercesion creemos ser deudores de los favores y bendiciones del cielo, los que se han continuado en tantos y tan varios acontecimientos como ha visto nuestro reynado, en tantas batallas como hemos ganado á nuestros enemigos, las que han sido seguidas de las conquistas de muchas de sus mas importantes ciudades, así en Flándes, como en Alemania y en Italia. Y así queremos manifestar el mismo reconocimiento, y hacer iguales ofrecimientos y sumisiones de Nos y de nuestra corona á la santísima Virgen, y esperamos gozar mucho tiempo los efectos de tan santa protección.»

La continuacion de prodigios en un reynado de sesenta y dos años verificó plenamente una confianza tan bien fundada. No contento este gran Monarca, admiracion y milagro de su siglo, no contento con haber renovado por esta declaración del año 1650 la solemne consagracion de Luis XIII., su padre, á la santísima Virgen, y haber ordenado que se renovara todos los años el día de la Asuncion en París, y en todas las iglesias del reyno, con la exposicion del santísimo Sacramento, y con una procesion solemne, quiso ademas este gran Rey señalar su singular devoción á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, obteniendo del papa Clemente IX. que la fiesta de la inmaculada Concepcion se celebrara en todas partes con octava.

## §. XLI.

*Zelo del emperador Ferdinando III. á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen.*

Finalmente, el año 1647, viendo el emperador Ferdinando III. que los suecos, soberbios con las victorias conseguidas en Alemania, iban á arrojarse sobre la Bohemia y sobre las provincias hereditarias de la casa de Austria, recurrió á la omnipotente proteccion de la Madre de Dios, consagrándola solemnemente su persona, toda su familia imperial, todos sus estados, sus súbditos y todo el imperio; y esto baxo el glorioso titulo de su inmaculada Concepcion, haciendo levantar en la plaza mayor de Viena una magnífica columna, adornada de emblemas y de figuras, símbolos todos de las victorias que María consiguió sobre el pecado en el primer instante de su vida por un singular privilegio del Altísimo.

Esta soberbia columna tiene á cada ángulo de su pedestal un ángel armado, aterrando á un monstruo que tiene baxo sus pies, lo que hace alusion á la victoria que la santísima Virgen consiguió sobre el pecado en su inmaculada concepcion.

El primer ángel, que mira al oriente, está pisando á un dragon ó serpiente infernal, y tiene esta divisa: *Ipsa conteret*: élla te quebrantará la cabeza. *Gen. 3.* El segundo, que mira al occidente, pone el pie sobre un leon con esta divisa; *Conculcabis*: pisarás al leon y al dragon sin miedo alguno. *Psalm. 90.* El tercero, que mira al medio-día, marcha sobre un áspid, y tiene estas palabras en su rodela: *Ambulabis super*: andarás intrépida sobre el áspid. *Psalm. 90.* El cuarto, que mira al septentrion, desafia con osadía al basilisco, y tiene esta divisa: *Non pro te lex*: la ley que condena á muerte, no habla contigo. *Esth. 15.* Encima de esta magnífica y rica columna está la estatua de la santísima Virgen, baxo el símbolo de su inmaculada Concepcion; esto es, con la luna baxo de sus pies, y magullando con la planta del pie la cabeza de la serpiente infernal. Esta admirable columna está puesta

en medio de la gran plaza de Viena, enfrente de la Casa profesa de los padres jesuitas, con esta inscripcion que el Emperador hizo grabar en élla.

DEO OPTIMO, MAXIMO,  
SUPREMO CÆLI TERRÆQUE IMPERATORI,  
PER QUEM REGES REGNANT:  
VIRGINI DEIPARÆ,  
IMMACULATÆ CONCEPTÆ,  
PER QUAM PRINCIPES IMPERANT:  
IN PECULIAREM DOMINAM,  
AUSTRIÆ PATRONAM,  
SINGULARI PIETATI SUSCEPTÆ,  
SE, LIBEROS, POPULOS, EXERCITUS, PROVINCIAS;  
OMNIA DENIQUE CONFIDIT, DONAT, CONSECRAT,  
ET IN PERPETUAM MEMORIAM  
STATUAM HANC EX VOTO PONIT  
FERDINANDUS TERTIUS AUGUSTUS.

Quiere decir: A Dios óptimo, máximo, supremo Emperador del cielo y tierra, por quien los reyes reynan; á la Virgen madre de Dios, concebida sin mancha de pecado, por quien los príncipes dominan, elegida por una singular devocion por Señora y especial patrona de la Austria; Ferdinando III. emperador, se confia, se da y se consagra él mismo, sus hijos, sus pueblos, sus exércitos, sus provincias, y todo cuanto le pertenece; y para perpetua memoria pone por voto esta estatua.

Para hacer mas solemne y mas universal la tierna y fina devocion que profesaba á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, le pareció á su Magestad imperial proponer sus motivos, y los puntos siguientes á los estados del pais, al consejo de la provincia y de la ciudad, á los superiores de los órdenes religiosos, al obispo y al clero.

I. Que su intencion era honrar y celebrar con un culto universal y mas solemne la inmaculada concepcion de la Madre de Dios, y aumentar con este monumento eter-

no y con este acto de religion la devocion de los pueblos y de los grandes á la santísima Virgen, á quien amaba y estimaba como á su mas tierna madre. II. Que á este fin habia hecho poner aquella estatua, la que deseaba bendixera el obispo con la mayor solemnidad. III. Que sería de su gusto se ordenase por medio de un edicto público, que en lo por venir el 8 de diciembre no solo se celebrara con toda solemnidad por sus estados la fiesta de la inmaculada Concepcion, como su difunto padre Ferdinando II., de gloriosa memoria, lo habia mandado en otro tiempo, sino tambien que la vigilia de esta gran fiesta fuese ayuno de precepto, ordenado por los obispos en todos sus estados. IV. Que la santísima Virgen, concebida sin pecado, fuese en adelante reconocida por todos sus estados, y venerada como patrona de la Austria. Todos estos artículos fueron unánimemente recibidos y aprobados por todos con el mayor gozo, é inmediatamente se pusieron en execucion.

El día de esta augusta y santa ceremonia se fixó para el 18 de mayo del mismo año 1547. Jamás se vió fiesta mas solemne, ni acto de religion mas célebre ni mas devoto: fue propiamente un día de triunfo para la santísima Virgen en el misterio de su inmaculada Concepcion. Quiso asistir á la funcion toda la ciudad; al amanecer ya estaban llenas de gente la iglesia, la plaza mayor y todas las calles. Todos deseaban tener parte en la solemnidad: el gozo universal y el júbilo que mostraban los grandes y los pequeños, daban á conocer bastantemente cuán general era la devocion. El devoto Emperador, acompañado de los serenísimos archiduques, sus hijos, Ferdinando IV. rey de Bohemia y de Hungría, y Mariana de Austria, Reyna de España, el nuncio del papa, los embaxadores de España y de Venecia, toda la corte del Emperador y del Rey, todas las damas y camaristas de la Reyna, toda la nobleza, todas las comunidades religiosas, todo el clero; en una palabra, todas las personas de toda condicion, de todo sexó, de toda edad y de todo estado se pusieron en procesion á las ocho de la mañana. La primera estacion fue en la iglesia de los reverendos padres agustinos descalzos; desde donde aquella augusta asamblea se puso en camino por entre una infinidad de gente que no po-

dia ir en filas, á la iglesia de la Casa profesa de la Compañía de Jesus, en donde habiendo el padre Gans, célebre predicador de la misma Compañía y confesor del Emperador, pronunciado un sermón tan elocuente como sábio de la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, el ilustrísimo príncipe Federico, obispo de Viena, dixo misa pontifical, la que cantó la música del Emperador con una extraordinaria solemnidad. Despues que el subdiácono hubo llevado la paz, segun costumbre, á S. M., baxó de su trono, fue á ponerse de rodillas al pie del altar; donde, despues de la comunión del obispo, habiendo entregado el Emperador su espada al conde de Pucheyn, su sumiller de corps, recibió de su confesor la fórmula del voto que iba á hacer; despues de lo cual, vuelto el obispo con la hostia en la mano hácia el Emperador, pronunció S. M. en voz alta su voto en estos términos.

“ Dios omnipotente y eterno, por quien los reyes reynan, en cuya mano está el poder y todos los derechos del imperio: Yo Ferdinando, postrado humildemente delante de vuestra divina Magestad, en mi nombre y en el de mis sucesores, y en el de esta noble provincia de Austria, invoco y tomo hoy á la inmaculada vírgen María madre de vuestro Hijo por especial soberana y patrona de este archiducado. A mas de este voto, prometo hacer guardar y celebrar solemnemente todos los años esta fiesta en esta provincia, como fiesta de precepto, el día de su inmaculada concepcion 8 de diciembre, con ayuno en su vigilia. Os suplico, supremo Emperador de cielo y tierra, tengais por hecho á vos mismo todo lo que se hace en favor de nuestra santísima Madre, y querais recibir benignamente este voto que os habeis dignado inspirarme por vuestra clemencia, y extender vuestra mano favorable para protejerme y defenderme á mí, á mi casa, y á todos los pueblos que me están sujetos. Así sea. A 18 de mayo de 1647, en la iglesia de la Casa profesa de la Compañía de Jesus, al pie del altar mayor, en manos de Felipe Federico de la casa de Breyniere, príncipe y obispo de Viena.”

La fórmula de este voto, escrita y firmada de mano del Emperador se entregó á su confesor para que se guardase en el archivo de la Casa profesa; despues de lo cual,

habiendo comulgado el Emperador de mano del obispo, se volvió á su sitial, edificando á toda la córte y á todo el pueblo con su piedad y religion.

Acabada la misa, el Emperador acompañado del rey de Bohemia y de Hungría, su hijo, y de la archiduquesa reyna de España, su hija, del obispo y de todo el clero secular y regular, fué á la plaza mayor, donde estaba puesto el trofeo de la inmaculada Concepcion, y en donde se habia juntado toda la ciudad de Viena. Habiendo bendecido el obispo la famosa columna, consagrada á la inmaculada concepcion, se tocó, mientras se cantaba la letanía de la Virgen, uno de los mas magníficos conciertos por la música del Emperador, acompañada de las trompetas, timbales, oboes, tambores y de una salva general de toda la artillería de la ciudad: quizá no se vió jamás ceremonia mas augusta, ni que honrase mas devotamente á la inmaculada concepcion de la Madre de Dios.

Despues de mediodia volvió á empezar la fiesta con tanta pompa y celebridad como por la mañana, por el zelo y devocion de la emperatriz Leonor, viuda del emperador Ferdinando II. la cual quiso dar por sí pruebas visibles de su tierna devocion á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, terminando esta fiesta con un nuevo espectáculo de los mas edificativos y pomposos que se viéron jamás. Despues que la córte y el pueblo hubieron pasado lo mas del dia en exercicios de devocion, se vió al anochecer una decoracion que arrebató la admiracion de todos: se ilumináron todas las casas de la ciudad con fuegos y luces, en lo que cada particular quiso distinguirse; pero lo que dió mas golpe, fue la estatua en que se habia puesto á la Madre de Dios. La columna llena de velas de cera blanca parecia arder toda: veíase un arco iris de luces que rodeaba la estatua de la santísima Virgen; y todas las ventanas de las casas de la plaza estaban iluminadas con una infinidad de hachas, pintadas en ellas las armas de la casa de Austria. Este espectáculo resplandeciente, que duró dos horas largas era todavía mas augusto por la presencia del Emperador, de la Emperatriz viuda, de los Reyes de Bohemia y Hungría, de la Reyna de España y de todas sus familias, cuya devocion animaba á la de todo el pueblo. Todo este tiempo

se pasó en oraciones, en letanías, en salutaciones que cantaba la música del Emperador. Terminóse toda esta pompa con la bendicion que el obispo echó al pueblo. Queriendo S. M. hacer tierna esta devocion, fundó las letanías, llamadas de nuestra señora de Loreto, las que se cantan todos los sábados del año, y en todas las fiestas de la santísima Virgen con mucha solemnidad, y aun con mas devocion.

Este acto de devocion tan glórioso y de tanto honor á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, agradó tanto á Dios, que no se tardó mucho en ver conocidamente los efectos de la omnipotente proteccion de tan gran patrona; pues habiéndose plantado el Emperador pocos dias despues de esta ceremonia de religion en Egra, ciudad inmediata al enemigo, detuvo de repente las rápidas conquistas de los suecos, fieros hasta entonces con los prósperos sucesos que los habian hecho el terror de toda la Alemania; y los obligó á retirarse, precisándolos á hacer una paz gloriosa á todo el imperio.

## §. LXII.

*La sola cualidad de madre de Dios, fundamento de todas sus prerogativas, como tambien de toda nuestra confianza en élla, encierra todos los títulos, todos los elogios y todas las dignidades.*

**P**asma, dice uno de los mas zelosos devotos de María, que el sagrado texto del nuevo testamento nos diga tan pocas cosas de las grandezas de la santísima Virgen; y por poco zelo que se tenga, se querría que el Evangelista se extendiese mas sobre los elogios de la Madre de Dios; pero con solas estas dos palabras del evangelio: *Maria de qua natus est Jesus*; María, de la cual nació Jesus, dice un doctor intérprete, hay mas que bastante materia para llenar la mas alta idea que el hombre se pueda formar de una pura criatura. No ignoraba el Espíritu santo sobre qué fundamento debia establecer la grandeza de su esposa: sabia que la sola cualidad de madre de Dios bien entendida,

podría suplir por todos los elogios; y que haciendo conocer la divinidad del hijo por una relacion larga y circunstanciada de milagros todos incontestables, no se la podrían rehusar las mayores honras á la que estaba reconocida, y confesaban todos por madre de tal hijo; y así no juzgó necesario dilatarse en los elogios de la Madre de Dios.

En efecto, cuando se concibe bien lo que es ser madre de Dios, se comprende desde luego, dicen los padres de la Iglesia, que debió ser santa é inmaculada en su concepcion: que debió ser madre sin dexar de ser vírgen: que debe hacer coro aparte entre Dios y las demas criaturas: que debe poderlo todo con Dios, porque Dios no puede negar nada á su madre; se comprende que se la debe dar un culto particular, y que de la divinidad abajo no hay título de honor, de virtud, de alabanza que no se deba dar á María. Dad á María, dice san Bernardo en su célebre carta á los canónigos de Leon; dad á María las justas alabanzas que la son debidas. Decid, por exemplo, que María encontró para sí y para nosotros la fuente de la gracia: decid que es la mediadora de la salvacion, y la restauradora de los siglos; con razon direis todo esto, pues esto es lo que toda la Iglesia pública y canta todos los dias: *Magnifica gratiae inventricem Mariam, mediatricem salutis, restauratricem saeculorum; haec mihi de illa cantat Ecclesia.* La santísima Vírgen, dice san Juan Damasceno, es sobre todas las alabanzas que se la puede dar. Decid de la santísima Vírgen todo quanto se puede decir de grande, de magnífico, de pásmoso, de admirable, dice el sábio Basilio de Seleucia, que florecia en el quinto siglo; dad á María todas las alabanzas imaginables; nada diréis que no sea verdad, nada diréis que no sea menos de lo que merece. *De virgine qui omnia illustra dixerit numquam à veritatis aberraverit scopo; attamen dignitatis magnitudinem nulla umquam oratione exequabit.* Tengamos una entera confianza en la bondad y en la poderosa proteccion de la santísima Vírgen, dice el B. Pedro Damiano; pues todos los tesoros de las misericordias del Señor están en sus manos. Busquemos la gracia, dice san Bernardo, y busquémosla por la intercesion de María, porque María halla todo lo que busca, y jamás pide nada que no lo consiga: *Maria quod querit invenit, et frustrari*

*non potest.* Y á la verdad, ¿cómo es posible que un Dios que ha prometido executar las órdenes de sus siervos, cuando les sean fieles. (son términos expresos de la Escritura) *Voluntatem timentium se faciet.* (Psalm. 244): ¿cómo es posible que un Dios que ha dado un poder sin límites á una fe viva; que sujetó, por decirlo así, su providencia á la autoridad de un hombre, hasta obedecerle, haciendo pararse el sol contra las leyes y el curso ordinario de la naturaleza: *Obediente Domino voci hominis.* (Jos. 10.): cómo es posible que este mismo Dios haya querido limitar el poder de una madre tan santa, tan perfecta, tan amable y tan amada como María, á la cual quiso estar perfectamente sujeto toda su vida? *Et erat subditus illis.* No, no escasees tus peticiones, la dice su hijo, con mas razon que Salomon á su madre Betsabé: (Reg. 2.) *Pete, mater mea: Pide, madre mia; ó mas bien, manda quanto quisieres: Neque enim fas est ut avertam faciem tuam:* porque ¿cómo podré negaros nada, cuando levantes hácia mi trono esas manos tan puras que me llevaron cuando era niño? Ved aquí en qué consiste la omnipotencia de María: no es absoluta é independiente como la de Dios, sino que es suplicante, pero no por eso es menos eficaz: *Omnipotentia supplex.* Esto es lo que quisieron decir los padres, dice uno de los mas hábiles predicadores del siglo pasado, cuando se dirigian á María con términos tan respetuosos y tan sumisos. *Ad te recurrimus, ó benedicta.* A ti recurrimos, exclama Orígenes, bendita entre todas las mugeres. *Intercede hera, domina, et regina, et mater Dei pro nobis.* Intercede por nosotros, (es oracion esta de san Atanasio) intercede por nosotros, señora, ama, Reyna del cielo y de la tierra, madre de Dios. Me arrodillo delante de vos, conociendo vuestro poder, decia san Efrén. *Supplica Deo, ut animas nostras salvet:* Pide á Dios que nos salve, la decia san Juan Crisóstomo. *Aspice nos de caelo oculo propitio:* Miradnos con ojos favorables, así la hablaba san Basilio *Santa Maria, succurre miseris:* Santa María, socorre á los miserables, así oraba san Agustin. *Salve, Regina, mater misericordiae, vita, dulcedo, spes nostra, salve:* Dios te salve, Reyna, madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. *Ad te clamamus:* Como Reyna que sois os tomamos por nuestra protectora,

y enviamos á vos nuestros clamores y suspiros: *ad te suspiramus*. Virgen santísima, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos; y despues de este destierro en que gemimos continuamente, muéstranos á Jesus, Salvador divino, fruto bendito de tu vientre, tú que eres nuestra madre llena de bondad, de ternura y de misericordia. Esta oracion es la que la Iglesia pone todos los dias en la boca de sus hijos, para que con élla se presenten delante de la Madre de Dios.

A vista de este unánime consentimiento de todos los santos padres, de todos los concilios, de todos los sumos pontífices, de todos los santos y de toda la Iglesia en honrar á la Madre de Dios, ¿qué impiedad osar censurar la religiosa devocion que la profesan todos los verdaderos fieles, y gritar contra el culto que se la tributa, y contra los elogios que se la dan! Se ha osado llamar devotos indiscretos á los que daban á María los homenajes debidos; á los que la daban aquellos títulos de honor que la diéron los santos padres; á los que la creían concebida sin pecado por un especial privilegio; finalmente, á los que imploraban su proteccion, y á los que despues de Dios, ponian en élla toda su confianza. Pero á pesar del despecho de la heregía, y á pesar de la malignidad de estos indiscretos reformadores del culto de la Madre de Dios, no hay verdadero fiel en quien no sobresalga la devocion á la santísima Virgen, y que no ponga en élla toda su confianza despues de Dios; que no implore su proteccion en todos los peligros; que no publique, y no defienda hasta la muerte sus ilustres prerogativas. ¿Cosa extraña! Despues que los primeros hombres de nuestra religion se han esmerado tanto en celebrar las grandezas de María; despues que no han creído poder encontrar términos proporcionados á la sublimidad de su estado; despues que san Agustin en nombre de todos ha confesado su insuficiencia, protextando altamente que le faltaban expresiones para dar á la Madre de Dios las alabanzas que la son debidas: *Quibus te laudibus efferam nescio*; ¿no es una indignidad, que se encuentren cristianos que temen excederse en sus alabanzas; y que no contentos con esto, se arrojen á blasfemar de su devocion y su culto?

## §. XLIII.

*No ha habido herege que no se haya desenfrenado contra el culto de la santísima Virgen.*

A vista de este consentimiento tan unánime y tan universal de todos los santos, de todos los siglos en amar, en alabar y en honrar á la Madre de Dios; á vista del zelo tan ardiente, tan vivo y tan constante con que la Iglesia ha procurado desde su nacimiento inspirar á todos los fieles el amor, el culto, la mas tierna y la mas entera confianza hácia la Madre de Dios, ¿de dónde nace que no ha habido herege en ningun siglo, que no haya aborrecido señaladamente á la santísima Virgen? No se puede negar que esta Señora es el conducto por donde Dios se ha dado á los hombres, y por donde les dispensa los tesoros de sus gracias y favores; que es, como canta la Iglesia, aquella misteriosa torre de David, de la cual penden mil escudos; que es el arca de la nueva alianza, la puerta del cielo, nuestra abogada para con Dios, la salud de los enfermos espirituales, el refugio de los pecadores, el socorro mas pronto de todos los cristianos, el consuelo de los afligidos, y despues de Jesucristo toda nuestra esperanza. En élla se encuentra todo lo que puede merecer nuestros homenajes y nuestros respetos; no hay en élla cualidad, que no sea un título acreedor al respeto, al amor, al obsequio y al reconocimiento. Sin embargo de todo, ¿de dónde nace ese desencadenamiento, ese furor de tantos sectarios de todos los tiempos contra la mas tierna, la mas poderosa y la mas benéfica de todas las madres? ¿Qué protectora mas eficaz? ¿qué abogada mas fiel, qué virgen mas pura, qué reyna mas liberal, qué madre, en fin, mas compasiva que María madre de Dios? Esta sola cualidad de madre de Dios encierra en sí todos los títulos que se la pueden dar. ¿Baxo qué aspecto, por qué cara se la puede mirar, en que se descubra en élla el menor mo-

y enviamos á vos nuestros clamores y suspiros: *ad te suspiramus*. Virgen santísima, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos; y despues de este destierro en que gemimos continuamente, muéstranos á Jesus, Salvador divino, fruto bendito de tu vientre, tú que eres nuestra madre llena de bondad, de ternura y de misericordia. Esta oracion es la que la Iglesia pone todos los dias en la boca de sus hijos, para que con élla se presenten delante de la Madre de Dios.

A vista de este unánime consentimiento de todos los santos padres, de todos los concilios, de todos los sumos pontífices, de todos los santos y de toda la Iglesia en honrar á la Madre de Dios, ¿qué impiedad osar censurar la religiosa devocion que la profesan todos los verdaderos fieles, y gritar contra el culto que se la tributa, y contra los elogios que se la dan! Se ha osado llamar devotos indiscretos á los que daban á María los homenajes debidos; á los que la daban aquellos títulos de honor que la diéron los santos padres; á los que la creían concebida sin pecado por un especial privilegio; finalmente, á los que imploraban su proteccion, y á los que despues de Dios, ponian en élla toda su confianza. Pero á pesar del despecho de la heregía, y á pesar de la malignidad de estos indiscretos reformadores del culto de la Madre de Dios, no hay verdadero fiel en quien no sobresalga la devocion á la santísima Virgen, y que no ponga en élla toda su confianza despues de Dios; que no implore su proteccion en todos los peligros; que no publique, y no defienda hasta la muerte sus ilustres prerogativas. ¿Cosa extraña! Despues que los primeros hombres de nuestra religion se han esmerado tanto en celebrar las grandezas de María; despues que no han creido poder encontrar términos proporcionados á la sublimidad de su estado; despues que san Agustin en nombre de todos ha confesado su insuficiencia, protextando altamente que le faltaban expresiones para dar á la Madre de Dios las alabanzas que la son debidas: *Quibus te laudibus efferam nescio*; ¿no es una indignidad, que se encuentren cristianos que temen excederse en sus alabanzas; y que no contentos con esto, se arrojen á blasfemar de su devocion y su culto?

## §. XLIII.

*No ha habido herege que no se haya desenfrenado contra el culto de la santísima Virgen.*

A vista de este consentimiento tan unánime y tan universal de todos los santos, de todos los siglos en amar, en alabar y en honrar á la Madre de Dios; á vista del zelo tan ardiente, tan vivo y tan constante con que la Iglesia ha procurado desde su nacimiento inspirar á todos los fieles el amor, el culto, la mas tierna y la mas entera confianza hácia la Madre de Dios, ¿de dónde nace que no ha habido herege en ningun siglo, que no haya aborrecido señaladamente á la santísima Virgen? No se puede negar que esta Señora es el conducto por donde Dios se ha dado á los hombres, y por donde les dispensa los tesoros de sus gracias y favores; que es, como canta la Iglesia, aquella misteriosa torre de David, de la cual penden mil escudos; que es el arca de la nueva alianza, la puerta del cielo, nuestra abogada para con Dios, la salud de los enfermos espirituales, el refugio de los pecadores, el socorro mas pronto de todos los cristianos, el consuelo de los afligidos, y despues de Jesucristo toda nuestra esperanza. En élla se encuentra todo lo que puede merecer nuestros homenajes y nuestros respetos; no hay en élla cualidad, que no sea un título acreedor al respeto, al amor, al obsequio y al reconocimiento. Sin embargo de todo, ¿de dónde nace ese desencadenamiento, ese furor de tantos sectarios de todos los tiempos contra la mas tierna, la mas poderosa y la mas benéfica de todas las madres? ¿Qué protectora mas eficaz? ¿qué abogada mas fiel, qué virgen mas pura, qué reyna mas liberal, qué madre, en fin, mas compasiva que María madre de Dios? Esta sola cualidad de madre de Dios encierra en sí todos los títulos que se la pueden dar. ¿Baxo qué aspecto, por qué cara se la puede mirar, en que se descubra en élla el menor mo-

tivo de aversion ú de frialdad hácia nosotros? Sin embargo, súbase hasta la primera época de la heregía, se verá que desde el nacimiento de esta hidra infernal hasta estos últimos tiempos, todo ha sido brotar y vomitar enemigos de la santísima Virgen: unos tuvieron la osadía de negar que fuese madre de Dios; otros que hubiese sido siempre vírgen. El mismo infierno tiene horror á las horribles blasfemias, que un Lutero y un Calvino vomitaron contra la Madre de Dios. ¿Con qué impiedad no ha sido tratada por todos los otros sectarios? Unos condenan los magníficos elogios que todos los santos padres la han dado; otros, la muchedumbre de templos levantados á honra suya, y el gran número de fiestas que la Iglesia ha establecido para aumentar y avivar la devoción de los fieles. *Entre todas las fiestas que se celebran á honra de María, decía el impío Lutero, no hay otra á que tenga yo mas horror, que á la de su inmaculada Concepcion.* ¿Con qué irreligion, con cuántas frias é insolentes sátiras y bufonadas no se han esforzado los libertinos de nuestros tiempos á desacreditar en el concepto de todo el pueblo las mas santas prácticas de devoción, autorizadas con el exemplo de los santos, y con la aprobacion de la santa Sede! ¿con qué furor no se han desencadenado contra las mas piadosas congregaciones, dirigidas á honra y gloria suya! No ha habido devoción á la santísima Virgen, que no haya sido tratada de superstición, rosario, corona, escapulario, letanias, Oficio parvo y congregaciones; á nada se ha perdonado: y esta impiedad ha pasado hasta nuestros días. Finalmente, se ha tratado de zelo indiscreto al que muestra el pueblo cristiano en defender las mas ilustres prerogativas de la Madre de Dios, y en poner en ella, despues de Jesucristo, toda su confianza. ¿De dónde nace esta aversion de la heregía contra la santísima Virgen? Revolvamos los diez y ocho siglos que la Iglesia cuenta de duracion; no sé si en todos ellos se hallará una sola secta que no haya vomitado contra María santísima todo su veneno, y que no se haya declarado abiertamente contra su culto: *Inimicitias ponam inter te et mulierem.* Ved aquí la causa de este desenfreno que muestran y han mostrado siempre todos los sectarios contra la Madre de Dios.

Pondré una enemistad irreconciliable, dixo Dios á la serpiente, entre ti y la muger que debe quebrantarte la cabeza, no hay que buscar otro origen, ni otra causa del implacable odio que la heregía tiene contra la santísima Virgen. Ella quebrantó la cabeza á la serpiente, no solo por haber sido preservada del pecado original, funesto manantial de todos los otros pecados, sino principalmente porque concibió en su seno, y parió al Salvador del mundo, el cual desarmó á todo el infierno, y arruinó su imperio: *Ipsa conteret caput tuum.* María quebrantó la cabeza á la serpiente infernal, ¿qué hay que admirarnos, pues, de que vomite contra ella todo su veneno? Mientras le quede algo de hiel, (y le quedará siempre) no cesará el demonio de hacer todos sus esfuerzos para desacreditar y estorbar el culto que la es debido á María; no cesará de hacer todos sus esfuerzos para obscurecer el resplandor de sus grandezas, para privarla de las ilustres prerogativas de su dignidad, y para disputarla los mas bellos privilegios que ha recibido de Dios; hará, en fin, todos sus esfuerzos para cerrarles este asilo á los pecadores, y para debilitar y aun sufocar, si pudiese, en el corazon de los cristianos el mas bien fundado título de su mas dulce confianza: *Et tu insidiaberis calcaneo ejus:* y tú no cesarás de poner tropiezos y armar lazos á su talon; buscarás cómo impedir, cómo obscurecer el culto que se la da, y cómo desacreditarle é infamarle por medio de tus emisarios.

Pero serán inútiles, como lo han sido hasta aquí, los esfuerzos de todo el infierno. Por mas que la serpiente infernal haga nacer en todos los siglos nuevos insectos, que arrastrando sobre la tierra, se encaminen hácia ella, no podrán hacer sino vanos esfuerzos para morder su talon: *Calcaneo ejus.* A esto se reducirá siempre todos los malignos esfuerzos de los hereges. María estrellará siempre á los hijos, así como quebrantó la cabeza del padre. No hay enemigo de Jesucristo que no lo sea de su santísima Madre. Todos los hereges aborrecen á la Madre, porque aborrecen al Hijo: *Qui me odit, et matrem meam odit,* se pudiera decir; pero vos, ó santa Madre de Dios, decía el mas célebre de los oradores sagrados del siglo pasado, vos sois el escollo contra el cual se han estrellado

do todos los errores, y siempre lo sereis. Vos sola habeis triunfado de todas las heregias: apenas se ha formado una en el cristianismo que no os haya hecho la guerra; pero no ha habido una que no la hayais confundido: *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*, dice toda la Iglesia con san Agustin. La victoria que habeis conseguido, y que conseguireis sobre todos vuestros enemigos, y sobre los temerarios censores de vuestro culto, coronará vuestro triunfo. A pesar de todas las empresas malignas que la heregia ha formado despues de tantos siglos, y á pesar de todos los sofismas que el error ha empleado contra la santísima Madre de Dios, su culto ha subsistido y subsistirá; y la devocion á esta divina Madre ha sido y será todos los dias mas fervorosa y mas universal. Las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra el zelo de los verdaderos cristianos, ni contra su religiosa impaciencia é inviolable fidelidad en hacerla sus justos obsequios y homenages. De cualquier artificio que se use, y cualquier esfuerzo que se haga para arrancar de sus corazones los tiernos y respetuosos afectos que los unen tan estrechamente para defender sus intereses, los conservarán siempre, los publicarán y se gloriarán de ellos. Su ternura, su religion y su devocion á una madre tan buena, á una reyna tan magnífica y tan liberal, arrollarán la malignidad y las impías estratagemas de sus enemigos; y ninguna cosa será jamás capaz de seducir, ni de hacer mudar de dictámen á los verdaderos devotos de María.

Exclamemos, pues, aquí, y digamos con san Juan Damasceno: "Venid todas las naciones del mundo; venid todos los habitantes de la tierra, de toda lengua, de toda edad y de toda condicion; venid, y celebremos juntos con gozo y alegría las fiestas de la que es el gozo y la alegría de todo el mundo."

#### Oracion de san Bernardo á la santísima Virgen.

**T**e suplicamos, Virgen santísima, bendita entre todas las mugeres, fuente de la vida y madre de la salud, exclama san Bernardo, que ya que por ti encontramos la

fuelle de la gracia, hagamos que hallemos favorable acogida cerca de tu Hijo, para que por ti seamos bien recibidos de aquel que se nos dió por ti: *Ut per te nos suscipiat, qui per te datus est nobis*; para que en atencion á tu incomparable virginidad, y á esa profunda humildad tuya, que le fue tan agradable, se digne perdonarnos todo lo que nace del orgullo de nuestro espíritu, y de la corrupcion de nuestro corazon: haz que tu inmensa caridad cubra la muchedumbre de nuestros pecados, y que tu gloriosa y milagrosa fecundidad nos haga fecundos en méritos y en buenas obras. Dignáos, Virgen santísima, dignáos tener á bien que yo publique vuestras alabanzas por mas indigno que sea; y dadme valor y fuerza para pelear contra vuestros enemigos, para vencerlos y confundirlos: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata, da mihi virtutem contra hostes tuos*. Dignáos, Señora nuestra, mediadora nuestra, abogada nuestra, dignáos recomendarnos á vuestro Hijo, reconciliarnos con vuestro Hijo, y presentarnos á vuestro Hijo: *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra, tuo filio nos commenda, tuo filio nos reconcilia, tuo filio nos repraesenta*. Haced, beatísima Virgen, por la gracia que merecisteis y por la misericordia que paristeis, que aquel que por tu medio se dignó hacerse participante de vuestras miserias y enfermedades, se digne asimismo por tu intercesion hacernos participantes de su felicidad eterna y de su gloria, Jesucristo nuestro Señor, vuestro querido hijo nuestro Dios, el cual es bendito sobre todas las cosas por los siglos de los siglos. Así sea. *Fac, ó benedicta, per gratiam quam meruisti, misericordiam quam peperisti, ut qui, te mediante, fieri dignatus est particeps infirmitatis et miseriae nostrae, te quoque intercedente: et participes faciat nos benedictionis et gloriae suae, Jesus Christus filius tuus Dominus noster, qui est super omnia Deus benedictus in saecula*.

Demos ya fin á la historia de la santísima Virgen: para esto; ¿qué cosa mas propia que la devota oracion con que hablando san Agustin con esta Señora, la dice?

## Oracion de san Agustin á la santísima Virgen.

O beata Maria, (Serm. 18. de Sanct. in medio.) quis digne valeat jura gratiarum ac laudum præconia rependere, quæ singulari tuo assensu mundo succurristi perditio? Quas tibi laudes fragilitas humani generis persolvat, quæ solo tuo commercio recuperandi additum invenit. Accipe itaque quascumque exiles, quascumque meritis tuis impares gratiarum actiones, et cum susceperis vota, culpas nostras orando excusa. Admitte nostras preces intra sacrarium exauditionis, et reporta nobis antidotum reconciliationis. Sit per te excusabile, quod fida mente poscimus. Accipe quod offerimus, redona quod rogamus, excusa quod timemus, quia tu es spes unica peccatorum, per te speramus delictorum veniam, et in te, beatissima Virgo, nostrorum est expectatio præmiorum. Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes, refove debiles, ora pro populo, interveni pro clero, intercede pro devoto fæmineo sexu; sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.

La que traducida á nuestra lengua, es como se sigue: «Beatísima María, ¿quién podrá jamás alabarte dignamente, y darte las gracias que se te deben por haber asentido á los saludables designios de la divina Providencia, y con este asenso haber socorrido al mundo perdido? Siendo los hombres tan flacos, y de un entendimiento tan limitado, ¿cómo podrán jamás pagarte el justo tributo de alabanzas que te deben, por haberles procurado con tu poderosa mediacion introducirlos á tu Hijo? Dignaos, Virgen santísima, aceptar nuestros débiles agradecimientos, aunque tan desproporcionados á vuestros méritos; y despues de haberos dignado aceptar nuestros votos, dignaos tambien excusar las imperfecciones con que van mezclados. Oye nuestras súplicas, y haz que nuestra reconciliacion con el Padre de las misericordias nos sirva al mismo tiempo de preservativo contra el veneno del pecado. Ofrece tú misma nuestros votos al Señor, y serán ménos indignos de serle presentados; consigamos por tu intercesion lo que le pe-

«dimos con confianza. Recibe benignamente lo que te ofrecemos con confianza; concédenos lo que te pedimos, y no mires á nuestra pusilanimidad y á nuestra desconfianza, pues eres, despues de Jesucristo, la única esperanza de los pecadores. Por tu poderosa intercesion, beatísima Virgen, esperamos conseguir el perdón de nuestros pecados, y con élla contamos tambien para obtener de Dios nuestra entera recompensa. Santa María, socorre á los miserables, alienta á los pusilánimes, consueta á los afligidos, ruega por todo el pueblo, toma baxo tu especial proteccion al clero, é intercede por el sexô femenino, el que te es singularmente devoto; y finalmente, haz que todos los que recurren á vos en sus necesidades, y os honran con un culto particular, sientan y experimenten los dulces efectos de vuestra poderosa proteccion.»

Como los ejercicios y prácticas de devocion son siempre del gusto de los verdaderos fieles, y como el principal fruto que se debe sacar de la lectura de esta historia, debe ser una mayor devocion á la Madre de Dios, nos ha parecido que no podia menos de ser del gusto del público el poner una fórmula de consagracion y ofrecimiento de toda una familia á esta Madre de misericordia, y ótra de cada uno en particular; sobre todo habiéndose ya hecho familiar á la mayor parte de las familias cristianas.

## Fórmula y modo de consagrarse y ofrecerse á la santísima Virgen toda una familia.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Santísima María, madre de Dios, Virgen purísima é inmaculada, Reyna de los ángeles y de los hombres, refugio seguro de los pecadores, veísme aquí postro á vuestros pies delante de vuestro trono con toda mi familia; yo os adoro, reconozco y escojo el día de hoy por mi soberana Señora, por mi madre y abogada para con Dios. Aunque sabemos que sois la Reyna del universo, y que todas las criaturas del cielo y de la tierra están sujetas á vuestro imperio, sin embargo, queriendo cuanto es de nuestra parte, extender vuestra dominacion,

y aumentar el número de vuestros súbditos y devotos, os hacemos aquí una ofrenda voluntaria de nosotros mismos, y nos ofrecemos y consagramos á vuestro servicio; y si no fuéramos vuestros súbditos, como lo somos por tantos títulos, protestamos que nos haríamos ahora, y lo seríamos por el tiempo y por toda la eternidad, en virtud de la consagracion que os hacemos al presente de todo cuanto somos, valemos y tenemos.

Hablo, santísima Virgen, en nombre de toda mi familia, y de todas las personas que la componen; dignaos, Madre de misericordia, admitirnos á todos en el número de vuestros hijos y devotos; dignaos poner vuestros misericordiosos días sobre mí y sobre toda mi familia, la que será de hoy en mas la vuestra: dignaos tomarla á vuestro cuidado y protegerla. Dadnos, santísima Virgen, y echadnos á todos vuestra bendicion; y no permitais que ninguno de los que aquí están postrados á vuestros pies, se haga jamás indigno de vuestra proteccion y de vuestros favores. Asistidnos en todas nuestras necesidades, consoladnos en nuestras aflicciones, socorrednos en todos los peligros, y haced que nuestra devocion y nuestra confianza sea cada dia mas viva y mas tierna; protegednos en vida, y sobre todo á la hora de la muerte, para que así aumentemos el número de vuestros fieles siervos en la dichosa morada de la gloria eterna, por la misericordia de vuestro hijo, nuestro Señor Jesucristo. Amen.

DIA DEL MES DEL AÑO

*Fórmula y modo de consagrarse y ofrecerse á la santísima Virgen cada particular.*

Santísima Virgen María, madre de Dios, nuestra vida, nuestro consuelo, y despues de Dios, toda nuestra esperanza; yo N. N. aunque indigno de ser vuestro siervo, confiado no obstante en vuestra misericordia, y llevado de un deseo sincero de servirlos, os escojo y tomo el dia de hoy en presencia de toda la corte celestial por mi soberana Señora, por mi amada madre y mi abogada, y hago firme propósito de honrarlos, amarlos y servirlos fiel-

mente lo restante de mi vida; de no hacer ni decir jamás nada que sea contra el respeto y honra que se os deben; y de no permitir jamás que ninguno de los que dependan de mí, diga ó haga jamás nada que os pueda desagradar. Os suplico, madre de misericordia, y os ruego por la preciosa sangre que vuestro querido Hijo derramó por mí, me recibais y admitais en el número de vuestros hijos y de vuestros mas humildes devotos: me asistais en todas mis acciones: me alcanceis todas las gracias y auxilios que necesito; y sobre todo, que no me abandoneis á la hora de la muerte.

FIN

## T A B L A

De los párrafos contenidos en la vida  
de Jesucristo.

- §. I. **M**isterio de la encarnacion del Verbo divino , págin. 2.
- §. II. Cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo , pág. 5.
- §. III. Otras predicciones por lo que mira á la venida del Salvador , pág. 9.
- §. IV. La concepcion de Jesucristo , pág. 11.
- §. V. Visita la santísima Virgen á santa Isabel , pág. 14.
- §. VI. El nacimiento de Jesucristo , pag. 17.
- §. VII. Vienen los Magos á adorar á Jesucristo , pág. 22.
- §. VIII. La purificacion de la santísima Virgen despues del parto , ó la presentacion de Jesucristo en el templo de Jerusalem , pág. 26.
- §. IX. La huida del Salvador á Egipto , y la muerte de los santos Inocentes , pág. 29.
- §. X. El niño Jesus en medio de los doctores en el templo de Jerusalem , pág. 32.
- §. XI. La predicacion de san Juan Bautista , precursor de Jesucristo , pág. 36.
- §. XII. Jesucristo en el desierto , pág. 38.
- §. XIII. El bautismo de Jesucristo , quien empieza á tener discípulos , pág. 41.
- §. XIV. El primer milagro que hace Jesucristo en público , pág. 43.
- §. XV. Las maravillas que obra Jesucristo demuestran que es el Mesías prometido , pág. 46.
- §. XVI. San Juan da testimonio á Jesucristo , y de Jesucristo , pág. 50.
- §. XVII. La conversion de la samaritana , pág. 51.
- §. XVIII. Predica el Salvador en Nazaret , pág. 53.
- §. XIX. Nuevos milagros , pág. 56.
- §. XX. La curacion del paralítico , pág. 60.
- §. XXI. Elige Jesucristo los doce apóstoles , pág. 63.

- §. XXII. Anuncia Jesucristo las bienaventuranzas de este mundo en número de ocho , pág. 65.
- §. XXIII. Un resumen de la moral cristiana , pág. 67.
- §. XXIV. Prosigue la moral de Jesucristo , pág. 70.
- §. XXV. Otros milagros de Jesucristo , pág. 74.
- §. XXVI. La conversion de la pecadora , y parábolas que propone Jesucristo al pueblo , pág. 76.
- §. XXVII. Mision de los setenta y dos discípulos , pág. 80.
- §. XXVIII. Da Jesucristo de comer con cinco panes y dos peces á mas de cinco mil personas , pág. 83.
- §. XXIX. Jesucristo declara positivamente su presencia real en el sacramento de la Eucaristia , pág. 89.
- §. XXX. El misterio de la Eucaristia choca á algunos discípulos de Jesucristo , que se hacen apóstatas , pág. 94.
- §. XXXI. Habiendo confesado san Pedro que Jesucristo era el hijo de Dios , es hecho cabeza visible de la Iglesia , p. 96.
- §. XXXII. La transfiguracion de Jesucristo , pág. 98.
- §. XXXIII. Jesucristo predice su muerte á sus discípulos , y les da una importante leccion de humildad , pág. 100.
- §. XXXIV. Instruye Jesucristo á sus discípulos con muchas parábolas , pág. 102.
- §. XXXV. Mance dumbre de Jesucristo con la muger adúltera , y malicia de los judíos para hacerle odioso , pág. 105.
- §. XXXVI. Jesucristo da testimonio de su divinidad , p. 109.
- §. XXXVII. Jesucristo da vista á un ciego de nacimiento , pág. 111.
- §. XXXVIII. La parábola del buen pastor es un nuevo testimonio de su divinidad , pág. 114.
- §. XXXIX. Jesucristo se hospeda en casa de María , y descubre la hipocresía de los fariseos , pág. 117.
- §. XL. Jesucristo predice la entera ruina de Jerusalem , figura de lo que ha de preceder al juicio final , y exhorta á sus discípulos á ser fieles , pág. 120.
- §. XLI. Jesucristo dice que ha venido singularmente por los pecadores , y da saludables documentos á sus discípulos , pág. 123.
- §. XLII. Jesucristo resucita á Lázaro , pág. 126.
- §. XLIII. Tienen consejo los judíos contra el Salvador , y decretan que deben hacerle morir , pág. 130.
- §. XLIV. Predice Jesucristo su muerte , y todas las circunstancias de su pasion , pág. 132.

- §. XLV. Se hospeda el Salvador en casa de Zaquéo. Hórron algunos que va á restaurar el reyno de Israel: condena Júdas la devocion de Magdalena, pág. 134.
- §. XLVI. La entrada de Jesucristo en Jerusalem, pág. 137.
- §. XLVII. Predice el Salvador la conversion de los gentiles á la fe, pág. 140.
- §. XLVIII. Deliberan los judíos sobre los medios de que han de valerse para apoderarse de Jesucristo, pág. 142.
- §. XLIX. Entrega Júdas á su divino Maestro por la suma de treinta dineros, pág. 143.
- §. L. Jesucristo celebra la cena, lava los pies á sus apóstoles, é instituye la divina Eucaristía, pág. 144.
- §. LI. Sale Júdas para entregar á su divino Maestro. Habiendo dado Jesucristo sus postreras instrucciones á sus apóstoles, y habiendo dicho á san Pedro que aquella misma noche le negaria, va á orar al huerto de las Olivas, pág. 148.
- §. LII. La agonía de Jesucristo en el huerto en donde el traidor Júdas le entrega á los soldados, pág. 151.
- §. LIII. Jesucristo en casa de Anás y Cayfás, en donde afirma que es hijo de Dios, pág. 153.
- §. LIV. Niega Pedro á Jesucristo, y Júdas se ahorca por desesperacion, pág. 155.
- §. LV. Jesucristo en casa de Pilato, quien le declara inocente, pág. 157.
- §. LVI. Jesucristo enviado á Herodes, y vuelto á Pilato, el que, aunque persuadido de la inocencia del Salvador, le manda azotar cruelmente, pág. 159.
- §. LVII. Jesucristo condenado á ser crucificado, pág. 162.
- §. LVIII. Jesucristo camina con la cruz áuestas al Calvario, pág. 164.
- §. LIX. Jesucristo clavado en la cruz ruega por sus enemigos: palabras de Jesucristo en la cruz, pág. 166.
- §. LX. Jesucristo espira en la cruz, pág. 170.
- §. LXI. Sepultura de Jesucristo, pág. 173.
- §. LXII. La resurreccion gloriosa de Jesucristo, pág. 175.
- §. LXIII. Jesucristo se aparece á la Magdalena y á las otras santas mugeres, pág. 177.
- §. LXIV. Jesus resucitado se aparece á los discípulos que iban á Emaús, á Pedro, y á todos los discípulos juntos, y despues á santo Tomás, pág. 180.

- §. LXV. Pesca milagrosa. Jesus encarga sus ovejas á san Pedro, é instruye á sus apóstoles, pág. 183.
- §. LXVI. La ascension gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, pág. 186.
- §. LXVII. Los misterios y fiestas principales á honra de Jesucristo, pág. 189.
- §. LXVIII. La invencion de la santa Cruz, pág. 192.
- §. LXIX. La exáltacion de la santa Cruz, pág. 195.
- §. LXX. De los sagrados clavos, de la corona de espigas, del rótulo de la cruz, de la esponja que aplicáron á los labios de Jesucristo en la cruz, pág. 197.
- §. LXXI. De los santos sudarios, ó sábanas en que fue envuelto el cadáver adorable de Jesucristo; primero del de Besanzon, pág. 200.
- §. LXXII. El santo sudario de Turin, pág. 207.
- §. LXXIII. Cesan y enmudecen los oráculos desde el nacimiento de Jesucristo, pág. 214.
- §. LXXIV. Establecimiento de la religion cristiana sobre las ruinas de la idolatría, pág. 219.
- §. LXXV. La divinidad de Jesucristo reconocida por los mismos paganos, pág. 225.
- §. LXXVI. La anunciacion de la santísima Virgen, pág. 227.
- §. LXXVII. La profunda humildad de la santísima Virgen, pág. 230.
- §. LXXVIII. La natividad de la santísima Virgen, pág. 233.
- §. LXXIX. Del santo nombre de María, pág. 236.
- §. LXXX. La santísima Virgen en su parto, pág. 239.
- §. LXXXI. La vida de la santísima Virgen, pág. 242.
- §. LXXXII. La vida de la santísima Virgen, pág. 245.
- §. LXXXIII. La vida de la santísima Virgen, pág. 248.
- §. LXXXIV. La vida de la santísima Virgen, pág. 251.
- §. LXXXV. La vida de la santísima Virgen, pág. 254.
- §. LXXXVI. La vida de la santísima Virgen, pág. 257.
- §. LXXXVII. La vida de la santísima Virgen, pág. 260.
- §. LXXXVIII. La vida de la santísima Virgen, pág. 263.
- §. LXXXIX. La vida de la santísima Virgen, pág. 266.
- §. LXXXX. La vida de la santísima Virgen, pág. 269.
- §. LXXXXI. La vida de la santísima Virgen, pág. 272.
- §. LXXXXII. La vida de la santísima Virgen, pág. 275.
- §. LXXXXIII. La vida de la santísima Virgen, pág. 278.
- §. LXXXXIV. La vida de la santísima Virgen, pág. 281.
- §. LXXXXV. La vida de la santísima Virgen, pág. 284.
- §. LXXXXVI. La vida de la santísima Virgen, pág. 287.
- §. LXXXXVII. La vida de la santísima Virgen, pág. 290.
- §. LXXXXVIII. La vida de la santísima Virgen, pág. 293.
- §. LXXXXIX. La vida de la santísima Virgen, pág. 296.
- §. LXXXXX. La vida de la santísima Virgen, pág. 299.

## TABLA

## De los párrafos contenidos en la vida de la santísima Virgen.

- § I. Idea general de las prerogativas de la santísima Virgen, pág. 231.
- § II. El retrato que el Espíritu santo hizo de la santísima Virgen, pág. 233.
- § III. Figuras del antiguo Testamento, y profecías que hablan de la santísima Virgen, pág. 236.
- § IV. La santísima Virgen por una gracia especial es concebida sin pecado original, pág. 338.
- § V. Dictámen y juicio de los padres de la Iglesia por lo que mira á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, pág. 241.
- § VI. Los sumos pontífices y los concilios, por lo tocante á la inmaculada concepcion, pág. 243.
- § VII. Prerogativas que acompañaron al privilegio de la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, p. 245.
- § VIII. La natividad de la santísima Virgen, pág. 248.
- § IX. Del santo nombre de María, pág. 250.
- § X. La santísima Virgen se cria en casa de sus padres en Nazaret hasta la edad de tres años, pág. 252.
- § XI. La presentacion de la santísima Virgen, pág. 254.
- § XII. Método de la vida de la santísima Virgen todo el tiempo que estuvo en el templo, pág. 257.
- § XIII. Mueren san Joaquin y santa Ana, pág. 260.
- § XIV. La santísima Virgen se desposa y casa con san José, pág. 262.
- § XV. La anunciacion de la santísima Virgen, pág. 265.
- § XVI. La profunda humildad de la santísima Virgen, y su extremado amor á la virginidad, pág. 268.
- § XVII. La santísima Virgen visita á santa Isabel, en cuya casa se detiene tres meses, pág. 270.
- § XVIII. Ignorando san José el misterio de la encarnacion del Verbo divino, advierte el preñado de la santísima Virgen, pág. 274.

- § XIX. La santísima Virgen pare en Belen al Salvador del mundo, pág. 277.
- § XX. La purificacion de la santísima Virgen, pág. 279.
- § XXI. La santísima Virgen huye á Egipto con el niño Jesus, pág. 281.
- § XXII. La vida oculta de la santísima Virgen en Nazaret: por su intercesion hace el Señor su primer milagro en las bodas de Caná, pág. 284.
- § XXIII. Lo que la santísima Virgen padeció durante la pasion de Jesucristo su querido hijo, pág. 288.
- § XXIV. La santísima Virgen al pie de la cruz de su querido hijo, pág. 291.
- § XXV. Jesucristo se aparece á su querida madre al punto que resucita, pág. 293.
- § XXVI. La santísima Virgen está presente á la ascension de Jesucristo á los cielos, pág. 295.
- § XXVII. De los últimos años de la vida mortal de la santísima Virgen, pág. 298.
- § XXVIII. La dichosa muerte de la santísima Virgen, pág. 301.
- § XXIX. La gloriosa asuncion á los cielos de la santísima Virgen, pág. 304.
- § XXX. La solemnidad de la fiesta de la Asuncion de la santísima Virgen, pág. 308.
- § XXXI. La devocion á la santísima Virgen es en parte el carácter de todos los escogidos, y ha sido familiar á todos los fieles, pág. 313.
- § XXXII. De las fiestas particulares establecidas en la Iglesia á honra de la santísima Virgen, pág. 315.
- La fiesta del santo Rosario: la fiesta del santo Escapulario: la fiesta de nuestra señora de las Mercedes: la fiesta del santo nombre de María, páginas 318, 321, 323, 324.
- § XXXIII. Muchas santas hermandades fundadas á honra de la santísima Virgen, pág. 326.
- De las congregaciones, pág. 327.
- De la cofradía de la Correa de la santísima Virgen, p. 329.
- Cofradía del santísimo Corazon de María, pág. 331.
- Cofradía de la inmaculada Concepcion de María santísima, pág. 332.
- § XXXIV. Zelo ardiente que en todo tiempo ha tenido la Iglesia por la gloria y culto de la santísima Virgen, p. 333.

- §. XXXV. Del zelo en particular de todos los fieles por lo que mira á la inmaculada concepcion de la Madre de Dios, pág. 335.
- §. XXXVI. Zelo de los sumos pontífices, de los concilios y de todos los órdenes religiosos por la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, pág. 340.
- §. XXXVII. Zelo de las mas célebres universidades de Europa por lo que mira á la inmaculada concepcion, págin. 345.
- §. XXXVIII. Devocion de la insigne iglesia de Leon de Francia á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, pág. 347.
- §. XXXIX. Zelo de don Juan I, rey de Aragon, por lo tocante á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, pág. 350.
- §. XL. Zelo de los reyes de Francia, Luis XIII. y Luis XIV. para con la santísima Virgen, pág. 355.
- §. XLI. Zelo del emperador Ferdinando III. á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, pág. 358.
- §. XLII. La sola cualidad de madre de Dios, fundamento de todas sus prerogativas, como tambien de toda nuestra confianza en élla, encierra todos los títulos, todos los elogios, y todas las dignidades, pág. 363.
- §. XLIII. No ha habido herege que no se haya desenfrenado contra el culto de la santísima Virgen, pág. 367.
- Oracion de san Bernardo á la santísima Virgen, pág. 370.
- Fórmula y modo de consagrarse una familia á la santísima Virgen, pág. 373.
- Fórmula y modo de consagrarse cada particular á la santísima Virgen, pág. 374.

FIN DE LA TABLA.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

§. XXXIV. Zelo de los sumos pontífices, de los concilios y de todos los órdenes religiosos por la inmaculada concepcion de la Madre de Dios, pág. 335.





CEV  
OTEC